FREUD (2)

ERNEST JONES

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS



FREUD
(Volumen segundo)

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS

FREUD
(Volumen segundo)

ERNEST JONES

SALVAT

Versión española de la obra original inglesa: *The Life and Work of Sigmund Freud,* publicada por Basic Books Publishing Co., Inc.

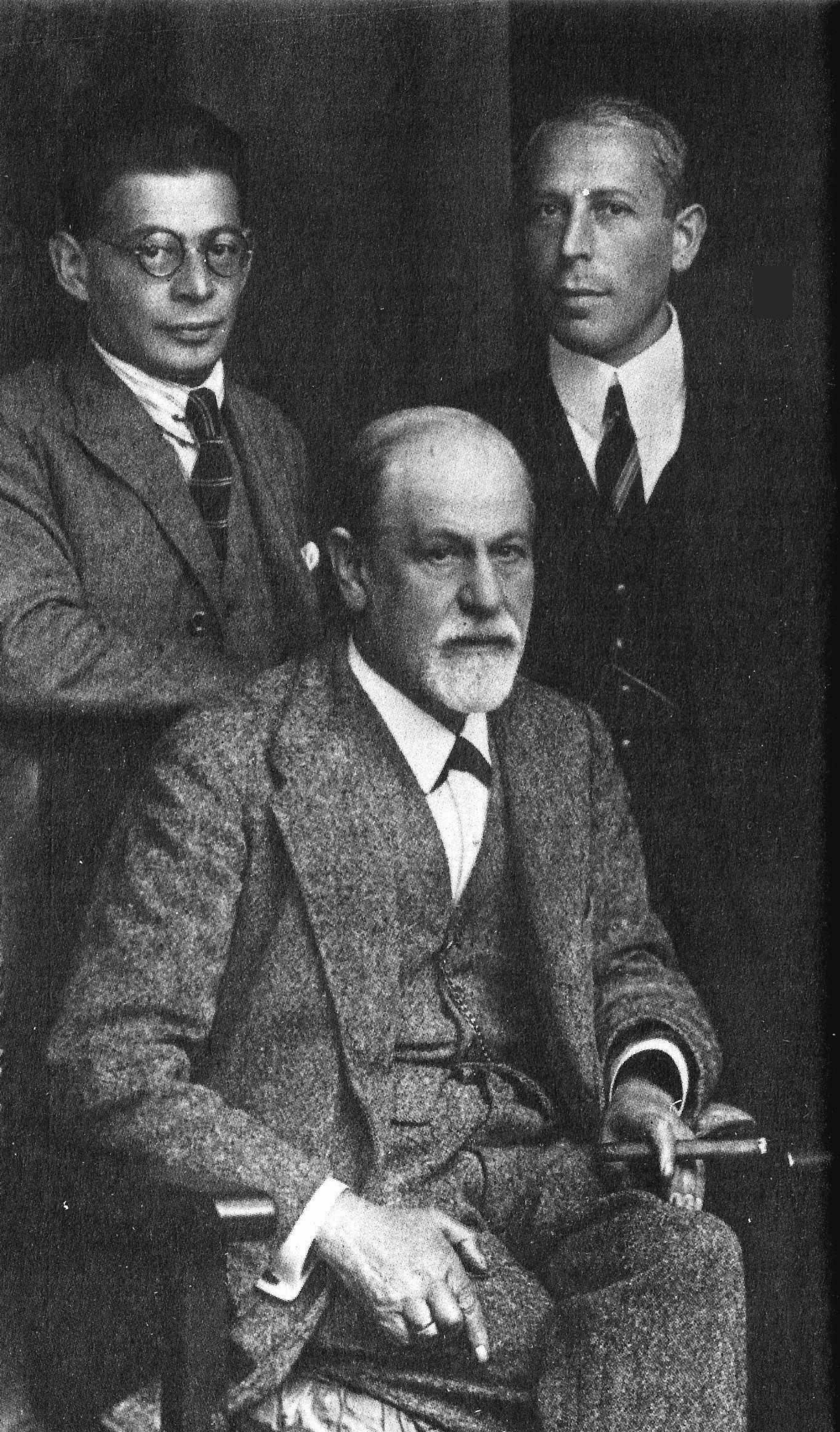
Traducción del inglés a cargo del Dr. Mario Carlisky
y José Cano Tembleque.

Edición abreviada en dos volúmenes a cargo de Lionel Trilling
y Steven Marcus.

Las ilustraciones proceden del Archivo Salvat

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa).
ISBN: 84-345-8158-2.
Depósito legal: NA-1048-1984(II)
Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca 41-49 - Barcelona.
Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1985
Printed in Spain

Indice





Comité de la Asociación Psicoanalítica Internacional. Berlín, 1922.
De izquierda a derecha, y de arriba a abajo: O. Rank, K. Abraham, Eiton, E. Jones, S. Freud, S. Ferenczi y H. Sachs.

17. El fin del aislamiento (1901-1906)

Durante algunos años —diez, según él— Freud tuvo que soportar y padecer intensamente un aislamiento intelectual que sólo se vio mitigado por el cálido contacto de su familia, y por su vida de relación social. No tenía absolutamente a nadie con quien comentar sus novedosos hallazgos, salvo, hasta cierto punto, con su cuñada, Mina Bernays, y en la correspondencia y los ocasionales encuentros con su gran amigo Wilhelm Fliess. Fueron años que él luego denominó de «espléndido aislamiento».

Freud describió más tarde las ventajas de este periodo: la ausencia total de competencia y de «adversarios mal informados», y no tener que leer o reunir una amplia literatura, tal como tuvo que hacer en la etapa neurológica, dado que en ese nuevo campo que él estaba inaugurando no había nada escrito. En su descripción idealizaba, sin duda, ese periodo. «Cuando vuelvo la mirada hacia esos años de aislamiento, comparándolos con la confusión y el acosamiento del presente, me da la impresión de haber sido aquélla una era hermosa y heroica.» Los sufrimientos y las dificultades por las que entonces había pasado, como llegamos a saber más tarde por la correspondencia con Fliess, parecían haber sido olvidados ahora e incluso, con la perspectiva del tiempo, adquirían un aspecto rosado. El resultado más importante de la dolorosa experiencia de esos diez años fue, quizá, que Freud consiguió consolidar una actitud mental que habría de constituir luego una de sus más peculiares características: su independencia con respecto a la opinión de los demás.

¿Cuándo llegaron a su fin esos diez años? Tal como la mayor parte de los acontecimientos en la vida de Freud, la emergencia del aislamiento constituyó un proceso gradual. Cada vez aparecían más reseñas de sus obras en las publicaciones de psiquiatría, cosa que hacia el final de la primera década del siglo habría de convertirse en un torrente de extensos comentarios, que en ocasiones alcanzaban centenares de páginas. Hubo, desde el comienzo, algunos signos de interés con respecto a sus métodos, principalmente en los países anglosajones, pero la mayor parte de los mismos, al parecer, no habían llegado a su conocimiento.

Los comienzos de lo que más tarde habría de convertirse en la famosa Sociedad Psicoanalítica de Viena, la matriz de tantas otras sociedades posteriores, no fueron enteramente fáciles de dilucidar. Entre los que asistían a las conferencias que daba Freud en la universidad sobre la fisiología de las neuronas hacia finales de siglo se hallaban dos perso-

nas, médicos las dos, cuyo interés no se extinguió ahí: Max Kahane y Rudolf Reitler. Este último fue la primera persona que ejerció el psicoanálisis después de Freud. Kahane trabajaba en un sanatorio de psiconeuróticos, pero se limitó al uso de la electricidad y otros métodos usuales de tratamiento; abandonó la Sociedad en 1907. En 1901, mencionó el nombre de Freud a Wilhelm Stekel, señalándole como un neurólogo que había ideado un método radical de tratamiento de las afecciones neuróticas. Stekel había escrito, por su parte, un artículo en 1895 sobre el coito en la infancia, pero no había oído hablar de Freud en esa época. Stekel padecía por entonces de molestos trastornos neuróticos, cuyo carácter no es necesario mencionar aquí, y recurrió a Freud en busca de ayuda. Esta no se hizo esperar y fue de gran éxito. Stekel mismo refirió que el análisis se prolongó por sólo ocho sesiones, pero esto parece poco probable y yo pude recoger de Freud la impresión de que había durado mucho más. Comenzó a practicar el psicoanálisis en 1903. Era el único que hablaba de Freud utilizando su apellido, en lugar de llamarle «Herr Professor». El cuarto de estos primeros discípulos fue Alfred Adler, también un físico vienés.

En el otoño de 1902, Freud dirigió una tarjeta postal a Adler, Kahane, Reitler y Stekel, sugiriéndoles una reunión en su casa para ocuparse de sus libros trabajados (los de Freud). Stekel afirma haber sido él quien hizo primeramente tal sugerencia a Freud, y esto se ve confirmado por la observación de este último de que «el estímulo provino de un colega que había experimentado en sí mismo los beneficios de la terapéutica analítica». De esta manera se puede conceder a Stekel el honor de haber creado, junto con Freud, la primera sociedad psicoanalítica. De todas maneras tomaron la costumbre, desde entonces, de reunirse los miércoles por la noche para discutir sobre la materia, en la sala de espera de Freud, convenientemente provista, para ello, de una mesa cuadrangular. Se dio a estas reuniones el modesto nombre de «Sociedad Psicológica de los miércoles». Stekel acostumbraba informar acerca de estas discusiones, semanalmente, en la edición dominical del *Neues Wiener Tagblatt.*

En el par de años que siguieron, fueron agregándose otras personas a este círculo, si bien a menudo por poco tiempo. Los únicos nombres que cabría recordar ahora son los de Max Graf, Hugo Heller —el futuro editor de Freud— y Alfred Meisl. Más tarde, aparecieron ciertos nombres más conocidos: en 1903 fue Paul Federn; en 1905, Eduard Hitschmann, presentado por su amigo y condiscípulo Federn; en 1906, Otto Rank, que se presentó a Freud con una carta de Adler y el manuscrito de su libro *Art and Artist,* e Isidor Sadger; en 1907, Guido Brecher, Maximilian Steiner y Fritz Wittels[53], este último presentado por Sadger, su tío; en 1908, Sándor Ferenczi, Oscar Rie y Rudolf Urbantschitsch; en 1909, J. K. Freidjung y Viktor Tausk; en 1910, Ludwig Jekels, Hann Sachs, Herbert Silbberer y Alfred von Winterstein.

Los primeros huéspedes de la Sociedad fueron: Max Eitingon, el 30 de enero de 1907; C. G. Jung y L. Binswanger, el 6 de marzo de 1907; Karl Abraham, el 18 de diciembre de 1907; A. A. Brill y yo, el 6 de mayo

de 1908; A. Muthmann, el 10 de febrero de 1909; M. Karpas, de Nueva York, el 4 de abril de 1909; L. Jekels, el 3 de noviembre de 1909; y L. Karpinska, el 15 de diciembre de 1909.

En la primavera de 1908 la pequeña Sociedad comenzó a formar una biblioteca. Esta llegaría a alcanzar proporciones impresionantes en 1938, cuando los nazis la destruyeron. En la época a que nos estamos refiriendo (15 de abril de 1908), la entidad tomó un nombre más formal: la vieja Sociedad Psicológica de los miércoles se convirtió ahora en la «Sociedad Psicoanalítica de Viena», nombre con el que todavía se la conoce.

En los primeros tiempos solía hacerse una velada social en vísperas de Navidad. Esto fue reemplazado más tarde por una reunión más suntuosa, en verano, primeramente en el Schutzengel, sobre el Hohe Warte, en los suburbios de Viena, y más tarde en el Konstantinhügel del Prater.

La Sociedad tenía una característica que quizá deba considerarse como la única. Ilustra tan bien la delicadeza de sentimientos y la consideración de Freud que no dejaré de transcribir íntegramente la circular en la que hacía la proposición que dirigió a los asociados. Estaba fechada en Roma, el 22 de septiembre de 1907.

«Deseo informarle a usted que me propongo, al comenzar este nuevo año de trabajo, disolver la pequeña Sociedad que había tomado el hábito de reunirse todos los miércoles en mi casa, para hacerla revivir inmediatamente después. Una breve nota que usted envíe antes del 1 de octubre a nuestro secretario, Otto Rank, bastará para renovar su carácter de miembro. Si hasta esa fecha no recibimos información de usted, supondremos que no desea reinscribirse. De más está subrayar lo mucho que me complacería su reinscripción.

»Permítame que le exponga el motivo de esta resolución que acaso le parezca superflua. Bastaría tener en cuenta los cambios naturales en toda relación humana para suponer que para uno u otro de los componentes de nuestro grupo ser miembro del mismo ya no represente lo mismo que significó años atrás, bien sea porque se haya extinguido su interés en el tema, o bien su tiempo disponible o su forma de vida ya no le permitan asistir a las reuniones, o a causa de compromisos personales se vea en la inminencia de un alejamiento. Cabe suponer que en tal caso pudiera continuar siendo miembro de la Sociedad, ante el temor de que su renuncia pudiera interpretarse como un acto displicente. Para todos estos casos, la disolución de la Sociedad y su posterior reorganización tiene el propósito de devolver a cada uno su libertad de separarse de la Sociedad sin perjudicar con ello sus relaciones con las demás personas de la misma. Debemos tener en cuenta además que en el curso de los años hemos contraído obligaciones (financieras) tales como la designación de un secretario, cosa que estaba totalmente fuera de cuestión en los comienzos.

»Si después de esta explicación usted acepta la conveniencia de reorganizar la Sociedad en esa forma, tal vez esté de acuerdo también

en que ese procedimiento se repita luego a intervalos regulares, digamos, cada tres años.»

Esta manera delicada de aceptar renuncias se repitió, efectivamente, en 1910, aunque después nunca más. Pero el procedimiento fue utilizado más adelante por otras Sociedades Psicoanalíticas, por ejemplo la suiza y la británica, cuando se quiso restringirlas a cierto número de miembros que fueran serios investigadores del psicoanálisis.

Los años a que nos estamos refiriendo fueron muy productivos, tanto en lo interno como en lo externo. Freud perfeccionaba y refinaba constantemente su técnica, adquiriendo así un dominio siempre creciente del método psicoanalítico. Publicó, aparte de cinco valiosos artículos, principalmente de exposición, un libro en 1901 y no menos de cuatro en los años 1905-1906, uno de los cuales sólo puede considerarse superado en importancia por *La interpretación de los sueños*. Más adelante nos ocuparemos, en los capítulos que corresponda, del contenido y origen de estos trabajos, pero con objeto de no alejarnos del tema de los progresos realizados por Freud hemos de hacer aquí alguna referencia a los mismos.

El año 1905 constituye uno de los periodos culminantes en la producción de Freud, cosa que se repetía, según él mismo observó cierta vez, medio en broma, cada siete años. Aparecieron cuatro artículos y dos libros, uno de estos últimos de gran importancia.

Uno de los dos libros publicados en 1905 era *El chiste y su relación con lo inconsciente*, que habitualmente es citado, aunque no muy correctamente, como el libro de Freud sobre el ingenio. Este libro, con su título un tanto sorprendente, se ocupa de los mecanismos psicológicos y la significación del ingenio y del humor tal como aparece ilustrado en el campo del chiste. Es el libro menos leído de Freud, quizá por ser el más difícil de captar apropiadamente, pero contiene algunos de sus más delicados pasajes.

Este libro fue escrito al mismo tiempo que el que vamos a citar en seguida, sobre teoría sexual. Freud tenía los manuscritos de los dos libros en dos mesas contiguas, y escribía alternativamente en uno o en el otro según su estado de ánimo. Fue la única oportunidad que yo conozco en que Freud combinó tan íntimamente la redacción de dos ensayos, y ello demuestra hasta qué punto se aproximaban los dos temas en su mente.

El otro libro, que habría de causar una gran sensación y hacer que el nombre de Freud llegara a ser casi universalmente impopular, era *Tres ensayos sobre la sexualidad*, uno de los dos libros más importantes de Freud. Allí reunió por primera vez, tomándolo de lo que había aprendido en los análisis de sus pacientes y de otras fuentes, todo lo que sabía acerca del desarrollo del instinto sexual a partir de sus primeros comienzos en la infancia. El libro le valió, por cierto, más odio que cualquier otra de sus obras. *La interpretación de los sueños* había sido recibida como cosa fantástica y ridícula, pero los *Tres ensayos* era cosa chocante y malvada. Freud era un hombre de mente maligna y obs-

DREI ABHANDLUNGEN ZUR SEXUALTHEORIE

VON

PROF. DR. SIGM. FREUD

IN WIEN

LEIPZIG UND WIEN
FRANZ DEUTICKE
1905

Verlags-Nr. 1124.

Portada de la primera edición de Tres ensayos sobre la sexualidad, *la obra de Freud que desató una fuerte polémica por sus «atrevidas» afirmaciones sobre la vida sexual infantil.*

cena. Lo que más oprobio mereció, por supuesto, era su afirmación de que los niños nacen con necesidades sexuales, sometidas a un complicado desarrollo que las conduce a tomar su forma adulta habitual, y que sus primeros objetos sexuales son sus progenitores. Esta ofensa a la prístina inocencia de la niñez era imperdonable. Pero a despecho del furor y los insultos de aquel momento, que continuaron durante más o menos dos décadas, el tiempo trabajaba en favor del libro, y la predicción de Freud de que sus conclusiones habrían de ser indiscutibles después de un tiempo no está lejos de verse totalmente cumplida. Quien hoy negara la existencia de una vida sexual en los niños correría el riesgo de ser considerado simplemente un ignorante.

Hacia esa misma época Freud colmó la medida de su torpeza en opinión de la profesión médica al decidirse, después de cuatro años de vacilaciones, a publicar la historia clínica que generalmente se conoce con el nombre de «Análisis de Dora». Esta fascinante aplicación del análisis onírico a la dilucidación de un confuso caso de histeria era, una vez más, un producto colateral de *La interpretación de los sueños*. Pero sus colegas no podían perdonarle la publicación de detalles tan íntimos de la paciente sin el permiso de ésta, y menos aún atribuir a una niña tendencias hacia repugnantes perversiones sexuales.

En 1906, con ocasión de cumplir Freud cincuenta años, el pequeño grupo de sus partidarios vieneses le obsequió con un medallón, realizado por un famoso escultor, Karl Maria Schwerdtner. Llevaba esculpido en el anverso, en bajorrelieve, un perfil de Freud y en el reverso reproducía un grabado griego que representaba a Edipo en actitud de contestar a la Esfinge. Alrededor de este dibujo llevaba una frase de Sófocles perteneciente al *Edipo Rey:*

δς τα κλειυ' αἰνίγματ' ᾔδει καὶ κράτιστος ἦυ ἀνήρ [54]

Cuando me lo mostró, pocos años después, le pedí que me tradujera la frase, ya que mi griego se hallaba a la sazón bastante olvidado, pero él me pidió, modestamente, que se lo preguntara a otro.

Un curioso incidente se produjo en el momento de ofrecérsele el medallón. Cuando Freud leyó la inscripción se puso pálido y agitado, y con voz estrangulada preguntó a quién se le había ocurrido esa idea. Su actitud era la de quien se encuentra con un *revenant*, cosa que efectivamente era así. Una vez que Federn le dijo haber sido él quien había elegido la inscripción, Freud reveló el hecho de que, siendo joven estudiante en la Universidad de Viena, solía pasearse por el gran patio y las arcadas y contemplar los bustos de antiguos profesores ilustres de la institución. Se le ocurrió entonces la fantasía no sólo de ver algún día allí su propio busto, cosa que no tendría nada de notable en un estudiante ambicioso, sino que alrededor del busto habría una inscripción con *las mismas palabras* que ahora veía en el medallón.

No hace mucho yo pude realizar aquel juvenil deseo obsequiando a la Universidad de Viena, para ser colocado en el atrio de la misma, con un busto de Freud realizado en 1921 por el escultor Königsberger

y que llevaba además la frase de Sófocles. El busto fue descubierto en una ceremonia celebrada el 4 de febrero de 1955. He aquí un ejemplo ciertamente raro de una fantasía de adolescente que llega a realizarse en todos sus detalles, claro está que ochenta años después.

En el consultorio de Freud el trabajo había aumentado hasta el punto de ocuparle todo el día. Tanto entonces como más tarde, eran pocos los pacientes vieneses. La mayor parte procedía de Europa oriental: Rusia, Hungría, Polonia, Rumanía, etcétera.

Los primeros años del siglo fueron relativamente tranquilos y felices. Representaron una transición entre las borrascas que los precedieron y las que vendrían a continuación. Nunca más llegaría a conocer Freud un periodo tan tranquilo y gozoso. Su vida transcurría invariablemente entre el trabajo profesional —incluyendo las publicaciones— y los desahogos de la vida privada. Los fines de semana incluían la invariable partida de cartas de los sábados, su favorito *tarock*. Después de dar su clase semanal en la universidad de siete a nueve, alquilaba un coche en el hospital y se dirigía a la casa de su amigo Königstein, donde se realizaba la partida. No veía mucho a sus hijos, excepto a la hora de comer y los sábados, de modo que todos ellos esperaban ansiosamente las largas vacaciones de verano para estar reunidos.

Freud era muy aficionado a los paisajes montañosos y le gustaba escalar las alturas, aunque difícilmente podría llamársele un alpinista en el sentido estricto de la palabra. Sin embargo, quien pudo escalar las estribaciones de Dachstein debió de poseer condiciones excelentes para resistir el mareo y las demás contingencias del caso.

Su hijo Martin me ha referido un incidente ocurrido en uno de estos periodos de vacaciones que vale la pena recordar. Volviendo de un paseo, se encontraron con que tenían que atravesar el Thunsee para regresar al hotel, frente al cual se había agolpado una tumultuosa multitud que profería contra ellos consignas antisemitas. Enarbolando su bastón, Freud arremetió decididamente contra ellos, con una expresión en su rostro que les hizo abrirle paso. Esta no era indudablemente su primera experiencia de esa índole. Freud era capaz, en algunas oportunidades, de producir una impresión formidable con la única ayuda de una mirada severa y un tanto torva. La última vez que sucedió algo similar, y también con éxito, fue cuando se enfrentó con los nazis en su propia casa, en 1938.

No siéndole posible llevar en carruaje a toda la familia en sus largos paseos, solía buscar casi siempre algún compañero, pues le resultaba muy desagradable viajar solo. Su mujer, atada a otras ocupaciones, raras veces se encontraba en condiciones de viajar, ni se ajustaba tampoco al ritmo inquieto de Freud y a su omnívora pasión turística. A veces le parecía injusto gozar él solo de estas excursiones y deseaba que ella pudiera acompañarle en sus correrías.

Hacia finales del verano de 1901 tuvo lugar un acontecimiento de la más alta significación afectiva para Freud, lo que él llamó «el momento culminante de mi vida». Se trataba de su primera visita a Roma, largamente anhelada. Era algo sumamente importante para él, de modo

que la consideración de este asunto ha de revelarnos algún secreto íntimo de su vida interior.

Sobre la constancia invariable de este anhelo no cabe la menor duda. Trátase de un tema al que volvía una y otra vez en su correspondencia con Fliess, especialmente cerca de fin de siglo, y del que se ocupó además abierta y extensamente en *La interpretación de los sueños,* dado que desempeñaba también un amplio papel en su vida onírica. Este anhelo se inició evidentemente en la adolescencia y, como él mismo decía, «se transformó en el símbolo de una cantidad de deseos cálidamente acariciados».

Un indicio más de la intensidad de su deseo de visitar Roma es la gran felicidad e incluso exaltación que sentía en cada una de sus visitas a esta ciudad. La fascinación ejercida por Roma no se atenuó en ningún momento, y una carta tras otra hablan de ella con el más esplendoroso lenguaje.

Al mismo tiempo tenemos pruebas, sin embargo, de que la realización de este gran deseo era frenada por él debido a algún misterioso tabú que le hacía dudar de que alguna vez aquél pudiera realizarse. Era algo demasiado bueno para ser verdad. A veces, trataba de racionalizar su inhibición diciendo que el clima estival de Roma hacía imposible la visita, pero no ignoraba en ningún momento que lo que le detenía era algo más profundo. Sus años de extensos viajes por el norte y el centro de Italia apenas le hacían acercarse a Roma, un poco más allá del Trasimeno (en 1897). Hasta aquí y nada más, le decía la voz interior, tal como dos mil años atrás le había ocurrido en ese mismo lugar a Aníbal. Pero él, por lo menos, había llegado a tener ante su vista el Tíber.

Para Freud, como para toda otra persona en el mundo, Roma significaba dos cosas. En realidad, hay dos Romas (aparte de la Roma política natural). Está la antigua Roma, de cuya cultura e historia Freud estaba profundamente imbuido, la cultura de la que proviene la civilización europea. Bastaría esto solo para despertar un intenso interés en Freud, siempre preocupado por el tema de los orígenes y los comienzos. Luego está la Roma cristiana, que destruyó y reemplazó a la otra. Esta no podía ser más que un enemigo de Freud, la fuente de todas las persecuciones que su pueblo había sufrido a través del tiempo. Pero un enemigo es siempre algo que se interpone entre uno mismo y un objeto amado y por lo tanto debe ser superado en lo posible. Aun después de satisfacer su anhelo, relataba Freud cómo la visión de esta segunda Roma, con todas las cosas que veía a su alrededor como parte de lo que él denominó, con su expeditivo lenguaje, «la mentira de la salvación», nublaba la alegría del encuentro.

No me propongo reinterpretar ninguno de los sueños de Freud, cosa que me parecería por lo menos aventurada, pero quiero citar uno de ellos que me parece oportuno recordar con respecto a esto. Es el sueño conocido con el nombre de «Mi hijo, el miope». Al ocuparse de él, escribió Freud: «Incidentalmente, la situación del sueño que se refería a sacar a mis hijos de la ciudad de Roma para salvarlos, estaba deformada por su relación con un hecho análogo que ocurrió durante mi

infancia: yo sentía envidia de ciertos parientes que, muchos años atrás, habían tenido la oportunidad de llevarse a sus hijos a otro país.» Freud se refería aquí abiertamente a sus hermanastros, que se habían trasladado a Inglaterra cuando él tenía trece años. Nunca dejó de envidiarles que pudieran educar a sus hijos en un país mucho más libre de antisemitismo que el suyo. Se ve claramente, por ello, que Roma se componía de dos mitades, la una amada, la otra temida y odiada.

Dos hechos incontrovertibles hay que tener en cuenta además. Uno es que él haya citado el estudio de Rank sobre el simbolismo de las ciudades y de la Madre Tierra, en el que se registra el siguiente párrafo: «Es conocido también el oráculo dado a los Tarquinos, en el que les fue profetizado que Roma sería conquistada por aquel de entre ellos que primero "besara" a su madre.» Este párrafo, que Freud cita como una de las variantes de la leyenda de Edipo, constituye evidentemente el reverso de la idea subyacente de que para dormir con la propia madre es totalmente necesario derrotar, en primer lugar, a un enemigo.

El otro hecho es la antigua y apasionada identificación de Freud con el semítico Aníbal. El intento de éste de apoderarse de Roma, la «madre de las ciudades», tropezó con cierta indefinida inhibición cuando ya estaba a punto de materializarse. Durante años enteros Freud, en sus sucesivas aproximaciones a Roma, apenas pudo rebasar el Trasimeno, el lugar en que finalmente se detuvo Aníbal.

Freud no tuvo inconveniente en admitir su amor a la primera Roma y su desamor a la otra, pero en cambio se alzaban en él formidables resistencias en cuanto a relacionar estos afectos con las correspondientes imágenes primarias que había llegado a simbolizar. Sólo después de cuatro años de decidido e implacable autoanálisis, Freud se impuso a esa resistencia y entró triunfalmente en Roma. Con su característica subestimación del propio esfuerzo, añadió a la segunda edición de *La interpretación de los sueños* una nota que decía: «He descubierto, no hace mucho tiempo, que únicamente hace falta un poco de coraje para realizar deseos que hasta ese momento se habían considerado inalcanzables.»

Uno de los signos que evidenciaban el efecto que sobre su autoconfianza ejerció el hecho de entrar en Roma, fue su decisión de tomar las medidas necesarias para enfrentarse a las autoridades clericales y antisemitas que durante años se habían opuesto a su bien ganado derecho de ingresar en el núcleo de profesores de la universidad. Al anunciar a su amigo Fliess el éxito obtenido en este propósito, admitía que había sido «un asno» al no haberlo logrado tres años antes, y agregaba: «Hay gente que es bastante inteligente para hacerlo sin necesidad de conocer previamente Roma.»

Tras estas consideraciones preliminares, hemos de retroceder brevemente en nuestro relato. El lunes 8 de septiembre de 1901, Freud, acompañado por su hermano Alexander, llegó a Roma. Seis visitas más hizo a la Ciudad Eterna. Inmediatamente escribió a su casa diciendo que en el término de una hora había tomado un baño y se sentía un perfecto romano. Le resultaba incomprensible no haber llegado a Roma en tan-

tos años. Y, además, hotel Milano tenía luz eléctrica y sólo cobraba cuatro liras por día.

Inició la mañana siguiente con una visita a las siete y media a San Pedro y al Museo del Vaticano, donde encontró un «raro goce» en Rafael. «Y pensar que durante años yo temía venir a Roma.» No tardó en arrojar una moneda a la fuente de Trevi, expresando el deseo de regresar pronto a Roma, deseo que efectivamente se realizó al año siguiente. También arriesgó su mano en la *Bocca della Veritá* en Santa María de Cosmendi, gesto innecesario para un hombre tan íntegro como él...

Al día siguiente pasó dos horas y media en el Museo Nazionale, después de lo cual un paseo en *fiacre*, a dos liras por hora, de tres a siete, le permitió tener una impresión general de la ciudad. Todo aquello resultaba espléndido, por encima de todo posible intento de descripción. Nunca en su vida se había sentido tan bien. Al otro día echó su primera ojeada (a la que luego seguirían tantas otras) al «Moisés» de Miguel Ángel. Después de contemplarlo un instante tuvo un relámpago en su intuición, mientras reflexionaba sobre la personalidad de Miguel Ángel, que le permitió comprender ésta, si bien probablemente no se trataba en ese momento de la misma explicación que ofreció trece años más tarde. Fue un día de mucho movimiento, ya que volvió a inspeccionar el Panteón y exploró nuevamente el Museo del Vaticano, donde llamaron especialmente su atención el «Laocoonte» y el «Apolo Belvedere». Se hallaba aún en un estado de ánimo exaltado. A esto siguió, al día siguiente, el Palatino, que, según me dijo, se convirtió en su rincón favorito en Roma.

El 10 de septiembre estuvo nuevamente en el Museo del Vaticano, de donde salió exaltado por la belleza de lo que había visto. Pasaron el día siguiente en el Monte Albano, y Freud informó seguramente a sus hijos que había viajado dos horas sobre una mula.

Después de doce días inolvidables en Roma, Freud partió el 14 de septiembre, para llegar a Viena tras dos noches de viaje en tren.

A finales de agosto de 1902, envalentonado por su triunfo sobre el calor de Roma el año anterior, planeó una visita a Nápoles y sus alrededores. Es allí donde se encontró, según nos relata, con su doble («otro nuevo, no Horch»), y en uno de sus momentos de superstición preguntaba: «¿Significa esto *vedere Napoli e poi morire?*» La idea de la muerte raras veces se hallaba lejos de sus pensamientos. A la mañana siguiente partieron para Venecia, vía Trento. También esta ciudad le pareció «indescriptiblemente hermosa» y en ella permanecieron desde el mediodía hasta las nueve de la noche.

Nápoles resultó ser de un «calor inhumano», de manera que se contentaron con hacer una visita al famoso acuario y dos días más tarde se trasladaron a Sorrento.

En este viaje, Freud visitó también Pompeya, Capri, Amalfi, Pesto y contempló el Vesubio.

En agosto de 1904, Freud, acompañado una vez más por su hermano Alexander, hizo una visita a Grecia, y salieron para Brindisi, en un viaje que duraría veinticuatro horas. Entre los pasajeros se hallaba

el profesor Dörpfeld, el ayudante del famoso arqueólogo Schliemann. Freud miró con reverencia al hombre que había intervenido en el descubrimiento de la antigua Troya, pero se sintió demasiado tímido para acercarse a él. Al día siguiente pasaron tres horas en Corfú, que Freud comparó con Ragusa, y donde tuvo tiempo de visitar las dos viejas fortalezas venecianas. El barco se detuvo a la mañana siguiente en Patrás, para proseguir luego hacia El Pireo, y el 3 de septiembre al mediodía los viajeros se encontraban en Atenas. La primera impresión inolvidable e indescriptible les fue proporcionada por la visión del templo de Teseo.

A la mañana siguiente pasaron dos horas en la Acrópolis, visita para la cual Freud se preparó luciendo su mejor camisa. Al escribir a su familia les dijo que su experiencia aquí había sobrepasado todo lo que hasta entonces había visto o imaginado, y si recordamos la amplitud de los conocimientos clásicos que fue atesorando desde su adolescencia y su sensibilidad para la belleza, podemos entender muy bien lo que estas impresiones significaron para él. Más de veinte años después, decía que las columnas color ámbar de la Acrópolis eran la cosa más hermosa que había visto en su vida. Frente a la Acrópolis tuvo una curiosa experiencia psicológica, que analizó muchos años después en una carta a Romain Rolland. Se trataba de una sensación peculiar de duda e incredulidad respecto a la realidad de lo que tenía ante sus ojos, y provocó el asombro de su hermano al preguntarle si era cierto que realmente se encontraban allí. En el sutil análisis que más tarde hizo Freud, relacionó este sentimiento de duda con la incredulidad con que en sus años de estudiante pobre consideraba la idea de que algún día pudiera hallarse en condiciones de visitar un lugar tan admirable. Lo cual a su vez relacionaba con el deseo prohibido de superar en éxitos a su padre. Comparó este mecanismo con el que había descrito en aquellas personas que son incapaces de admitir su propio triunfo, mecanismo del cual nos ocuparemos más tarde.

Freud tuvo oportunidad de comprobar en esa ocasión hasta qué punto difería el griego moderno del clásico. Estaba tan familiarizado con éste, que en su juventud había escrito su diario en griego, pero ahora, al darle al cochero las indicaciones para ser llevado al hotel Athena —y a pesar de todas las variantes de pronunciación que ensayó— fracasó rotundamente y tuvo que rebajarse a escribir el nombre del hotel.

Todo el día siguiente lo pasó nuevamente en la Acrópolis. Partieron de Atenas el 6 de septiembre por la mañana, tomaron el tren para Corinto y a través del Canal de Corinto llegaron a Patrás, donde a las diez de la noche se embarcaron en viaje de regreso a Viena, vía Trieste.

18. El comienzo del reconocimiento internacional (1906-1909)

Durante algunos años las obras de Freud habían sido ignoradas o recibidas con un comentario despectivo, en las publicaciones alemanas. Algunas reseñas en los países de habla inglesa, en cambio, tenían un tono amistoso y de respeto, si bien durante cierto tiempo no desembocaron en una aceptación definitiva de sus ideas.

El primer autor que informó en idioma inglés sobre el trabajo de Breuer y Freud fue, sin lugar a dudas, F. W. H. Myers. A tres meses apenas de su publicación en el *Neurologisches Zentralblatt* (enero de 1893), describió su *Comunicación preliminar* en una reunión amplia de la Society for Psychical Research, publicándose su exposición hacia junio del mismo año, en las Actas de la Sociedad. De este modo los descubrimientos en materia de lo que luego llegó a ser el psicoanálisis estaban al alcance de los lectores de habla inglesa seis meses después de haberse anunciado por primera vez. Cuatro años más tarde (marzo de 1897) Myers leyó una comunicación a la misma Sociedad sobre «Histeria y genio», en la que hacía una exposición acerca de los *Estudios sobre la histeria*. Esto apareció poco después, en forma resumida, en el *Journal* de la Sociedad, y más tarde, en forma mucho más extensa, en *Human Personality*, del mismo autor, que apareció en 1903, dos años después de su muerte.

Un año antes de la reseña que hizo Myers sobre los *Estudios*, el doctor Mitchell Clarke, un neurólogo de Bristol, había publicado una amplia reseña en *Brain*, una publicación en la que Freud mismo había colaborado muchos años antes con un estudio neurológico. Si bien lo pasaron por alto la mayor parte de los neurólogos, hubo dos lectores que lo tomaron seriamente en cuenta. Uno de ellos era Havelock Ellis. Dos años más tarde éste publicó un artículo en una revista norteamericana en la que hacía comentario de los *Estudios*, aceptando el punto de vista de Freud sobre la etiología sexual de la histeria. Ocho años después el artículo fue reeditado en el segundo tomo de sus *Studies on the Psychology of Sex*. En 1904, en el primer tomo de la misma obra, había dedicado varias páginas a lo que llamaba «las investigaciones fascinantes y verdaderamente importantes de Freud». También aludía aquí, así como en el tomo siguiente (1906), aunque sin proporcionar referencia bibliográfica alguna, a los artículos de Freud sobre neurastenia y estados de ansiedad. Más adelante se ocupó con frecuencia de las obras de Freud, frente a las cuales adoptó entonces una actitud crecientemente negativa.

El otro lector a que nos hemos referido era Wilfred Trotter, el famoso cirujano cuyo nombre es bien conocido para los psicólogos por su libro titulado *Instincts of the Herd in Peace and Ward* (que si bien fue escrito en 1904, no se publicó hasta 1916). Fue él quien me señaló la reseña de Clarke de 1903, cuando yo comenzaba a especializarme en psicopatología, y el mismo año leí la exposición, mucho más amplia, sobre los *Estudios,* en *Human Personality,* de Myers, que acababa de aparecer. El comentario de Havelock Ellis sobre los nuevos descubrimientos de Freud apareció al año siguiente, pero entonces se requería para un mayor estudio el aprendizaje del idioma alemán. El doctor James J. Putnam, profesor de neurología en Harvard, publicó en el primer número del *Journal of Abnormal Psychology* (febrero de 1906) el primer artículo en inglés dedicado específicamente al psicoanálisis y que fue la primera exposición correcta del mismo en ese idioma. El juicio, en esa época, fue, sin embargo, adverso en general. El año anterior el doctor Norton Prince, de Boston, había hablado en una carta a Freud «de los famosos trabajos» de éste, solicitándole un artículo para el primer número de su nueva revista. En Nueva York dos psiquiatras suizos emigrantes, Adolf Meyer y August Hoch, habían estado siguiendo los trabajos de Freud, y el segundo de ellos lo había hecho incluso con simpatía. Difícilmente pueden haber dejado de mencionarlos a sus alumnos.

Bien poco de esto, sin embargo, había llegado por entonces a conocimiento de Freud. Hasta 1906 todo lo que llegó a conocer en este sentido fueron las breves y mordaces alusiones en las revistas neurológicas y psicológicas alemanas y unos pocos ensayos tendentes a poner a prueba alguna de sus primeras ideas.

En 1904, nos encontramos ya con dos personas que habían avanzado un poco más. Otto Gross, de Graz, un genio que más tarde desembocó en la esquizofrenia,[55] publicó un artículo en el que comparaba ingeniosamente la disociación de ideas descrita por Freud con la disociación de la actividad consciente manifestada en la «demencia precoz», a lo que siguió un libro muy original en el que la teoría de la libido de Freud, con sus conceptos de represión, simbolismo, etc., era ampliamente admitida. Fue el primero que me instruyó en la práctica del psicoanálisis y yo solía estar presente durante los tratamientos que hacía.

La otra persona era A. Stegmann, de Dresde. En 1904 describió varios casos de histeria y neurosis obsesiva tratados eficazmente con el método psicoanalítico. Fue el primer autor que escribió sobre factores inconscientes en el asma. Murió en 1912.

Todo esto no era más que un vacilante amanecer. Pero en 1906 comenzó a iluminarse el horizonte. En el otoño de 1904 Freud había oído hablar de que Eugen Bleuler, el profesor de psiquiatría de Zurich, y sus ayudantes se habían estado ocupando afanosamente del psicoanálisis durante un par de años y habían hallado algunas aplicaciones para el mismo. La iniciativa provenía principalmente de Bleuler y su ayudante principal, C. G. Jung. Este había leído *La interpretación de los sueños* un poco después de su aparición e incluso había hecho tres breves alusiones al mismo en un libro que escribió sobre ocultismo *(¡absit omen!)* en

1902. Desde 1904 estuvo aplicando las ideas de Freud en diversas direcciones. Había ideado ciertos ingeniosos *tests* de asociación que confirmaban las conclusiones de Freud acerca de la manera en que los factores emocionales pueden interferir en la memoria y mediante los cuales pudo demostrar experimentalmente la presencia de material reprimido bajo lo que denominó «complejos afectivos», tomando para ello la palabra «complejo» introducida por Theodor Ziehen. En 1906 había publicado sus *Diagnostische Assoziationstudien (Estudios diagnósticos sobre la asociación),* una colección de valiosos estudios hechos por él mismo y sus discípulos, y al año siguiente, un libro que hizo historia en la psiquiatría, *La psicología de la demencia precoz,* que extendió muchas de las ideas de Freud al terreno de las psicosis propiamente dichas. Jung le envió, por supuesto, los dos primeros libros, pero Freud estaba tan ansioso por leer el primero de ellos que ya lo había adquirido antes de recibir el ejemplar enviado por el autor.

En abril de 1906 se iniciaba una correspondencia regular entre Freud y Jung que se prolongó durante siete años aproximadamente. Durante algunos años constituyó un intercambio sumamente amistoso y, en ocasiones, de íntimos pensamientos personales, así como de reflexiones de carácter científico.

Esta nueva situación, concretada en el hecho de que sus investigaciones de los últimos trece años, tan escarnecidas y despreciadas por doquier, estaban hallando una aceptación simpática en una famosa clínica psiquiátrica del extranjero, alegró el corazón de Freud. Su propia exaltación a raíz de esto, y la impresión favorable que muy pronto obtuvo de la personalidad de Jung, hacían difícil un juicio desapasionado. ¿Cómo podría prever que las resistencias que inevitablemente se presentan en el proceso del psicoanálisis —resistencias que él conocía tan bien como sus pacientes— habrían de desviar y estorbar incluso el juicio de los propios analistas?

En 1907 recibió Freud visitantes de Zurich. No todos los que trabajaban bajo la dirección de Jung eran suizos. Y ocurrió que el primer emisario de allí era precisamente de otra nacionalidad.

Se trataba de Max Eitingon, a la sazón un estudiante de medicina que completaba sus estudios en Zurich, donde se había puesto en contacto con la nueva psicología. Nacido en Rusia, pasó su niñez en Galitzia y en Leipzig, y luego de abandonar Zurich se estableció en Berlín conservando, sin embargo, la nacionalidad austríaca que había adoptado su padre. Más tarde habría de ser uno de los más íntimos amigos de Freud. El motivo de su visita fue consultar a Freud acerca de un caso grave que le interesaba. Escribió a Freud sobre el caso, que resultó, en realidad, inadecuado para el tratamiento psicoanalítico, y acompañó al paciente en su viaje a Viena en la segunda mitad de enero de 1907. Fue el primero de una serie de visitantes que con el tiempo habría de llegar a ser muy numerosa. Eitingon se quedó cerca de dos semanas, asistiendo, el 23 y el 30 de enero, a las reuniones que el pequeño grupo vienés realizaba todos los miércoles. Pasó tres o cuatro noches con Freud, dedicadas a análisis personal en el transcurso de largas caminatas por la

ciudad. ¡Así se realizó el primer análisis didáctico! Recuerdo bien el rápido ritmo de la marcha de Freud y de su conversación en tales paseos. El caminar rápido estimulaba el flujo de los pensamientos de Freud, pero esto a veces cortaba el aliento a su acompañante, que hubiera preferido ir más despacio y asimilar más lentamente sus explicaciones. En octubre de 1909 Eitingon pasó tres semanas en Viena. Dos veces por semana realizaba, por la noche, uno de esos paseos con Freud, para continuar su análisis didáctico. En noviembre de ese año se trasladó de Zurich a Berlín, y aunque su propósito era quedarse allí por un año, ya no se fue hasta que emigró a Palestina en 1932. Fue sumamente leal con Freud, quien así lo reconoció en una carta que le escribió el 1 de enero de 1913: «Usted fue el primero en visitar al solitario y será el último en abandonarlo.»

Mucho más excitante le resultó la visita de Jung, que tuvo lugar el 2 de febrero de 1907, a las diez de la mañana de un sábado. Durante el mes de julio siguiente, en el Congreso Internacional de Neurología de Amsterdam, en el que ambos habíamos presentado trabajos, Jung me hizo un vívido relato de su primera entrevista. Tenía muchísimo que decir y que preguntar a Freud, y con gran animación, y en forma desbordante, habló durante tres horas. Al cabo de ese tiempo su paciente y absorto interlocutor le interrumpió con la sugerencia de continuar la conversación de una manera más sistemática. Para gran asombro de Jung, Freud procedió entonces a clasificar, de acuerdo con una división precisa, el contenido de su discurso, a continuación de lo cual pudieron emplear las horas restantes en un intercambio que resultó más provechoso.

Durante dos o tres años, como lo demuestra la correspondencia entre ambos y lo confirman mis propios recuerdos, la admiración que sentía Jung hacia Freud y el entusiasmo por su obra eran ilimitados. Consideraba su encuentro con él como el punto culminante de su propia vida, y un par de meses después de la primera entrevista le dijo que quien haya llegado a conocer el psicoanálisis ha comido del árbol del Paraíso y adquirido la sabiduría.

Freud, por su parte, no sólo estaba agradecido por el apoyo que le venía de lejos, sino que se sintió muy atraído por la personalidad de Jung. Bien pronto decidió que Jung habría de ser su sucesor, y a ratos le llamaba su «hijo y heredero». En su opinión, según lo expresó, Jung y Otto Gross eran, entre sus partidarios, las únicas mentes realmente originales. Jung habría de ser el Josué a quien el destino señalaba para explorar la tierra prometida de la psiquiatría, que a Freud, como a Moisés, sólo le era permitido divisar desde lejos. Esta manifestación de Freud resulta interesante, de paso, en cuanto hace resaltar la identificación de éste con Moisés, cosa que años más tarde habría de hacerse muy evidente.

A mi juicio, lo que más le atraía de Jung era su vitalidad, su vivacidad y, sobre todo, su ilimitada imaginación. Es ésta una cualidad que raras veces dejaba de cautivar a Freud, tal como sucedió en los casos de Fliess y de Ferenczi. Hacía resonar algo muy significativo en su propia personalidad, algo sobre lo cual su altamente desarrollada capacidad

de autocrítica tenía que ejercer un estricto control. Pero ni con Jung ni con Ferenczi llegó a verse tan interesado emocionalmente, en un sentido personal, como con Fliess. Se sentía animado con su sola presencia.

Era lógico que en 1910, al crearse la Asociación Internacional, Freud propusiera a Jung como presidente por un periodo indefinido, según sus esperanzas. Jung, para comenzar, con su natural dominante y sus maneras marciales, parecería tener las condiciones de un jefe. Con su preparación en psiquiatría y con la posición que ocupaba por su destacada inteligencia y su evidente devoción al trabajo, parecía mucho más adecuado que nadie para ocupar el cargo. Pero tenía para ello dos defectos graves. No era un cargo que armonizara con sus propios sentimientos, que eran los de un rebelde, un herético, un «hijo» en una palabra, más bien que los de un líder, y esto se puso bien pronto de manifiesto por su falta de interés en el cumplimiento de sus obligaciones. Además, su mentalidad padecía el serio defecto de carecer de lucidez. Recuerdo haberme encontrado cierta vez con una persona que había sido su compañero de escuela y a quien le pregunté qué impresión le había causado Jung a esa edad. Su respuesta me resultó sorprendente: «Tenía una mente confusa.» Así pues, yo no era el único que había observado tal cosa.

La admiración que sentía Jung por la personalidad de Freud, con su penetrante inteligencia, distaba mucho de extenderse al grupo de sus discípulos. Consideraba a éstos, tal como me lo expresó, como una mezcolanza de artistas, decadentes y mediocridades, y lamentaba la suerte de Freud, que debía verse rodeado de tales personas. Sin duda eran en su comportamiento un tanto diferentes de la clase profesional a que estaba acostumbrado Jung en Suiza, pero, con fundamento o no, no pude evitar la sospecha de cierto prejuicio «racial» en el juicio que había expresado. De todos modos la antipatía entre él y los vieneses fue recíproca y no dejó de aumentar con el tiempo, circunstancia ésta que habría de afligir mucho a Freud.

Antes de terminar este año memorable, otro amigo, más duradero, habría de visitar a Freud, Karl Abraham. Había ocupado un cargo bajo la dirección de Bleuler y Jung en Zurich durante tres años, pero como no era suizo no tenía perspectivas de progreso allí y en noviembre de 1907 decidió establecerse en Berlín y ejercer el psicoanálisis. Al igual que Jung, había estado estudiando las obras de Freud desde 1904. En junio había enviado a éste una copia del primero de una serie de valiosos artículos que escribió sobre el psicoanálisis, trabajo que impresionó muy favorablemente a Freud. Con esto se inició una correspondencia regular y Freud le invitó a visitarle. Abraham así lo hizo el 15 de diciembre de 1907, y en los primeros días que siguieron a este encuentro mantuvo con Freud varias conversaciones muy animadas. Asistió también a una reunión del pequeño grupo de Freud el día 18. Así se afirmó entre ambos lo que llegó a ser una férrea amistad, y Abraham fue una de las tres personas (los otros dos éramos Ferenczi y yo) cuya constante correspondencia con Freud dio motivos a los comentarios científicos más valiosos de cada parte.

La siguiente visita extranjera constituyó una adquisición igualmente valiosa. Sándor Ferenczi, de Budapest, quien había de convertirse en el más íntimo amigo y colaborador de Freud, era un médico general que había hecho experiencias de hipnotismo. Había leído *La interpretación de los sueños* cuando apareció este libro, pero con un movimiento de hombros se desentendió de él. Sin embargo, en 1907, un amigo indujo a Ferenczi a hacer otro intento de acercamiento, que esta vez tuvo un efecto fulminante. Ferenczi escribió a Freud, y la impresión que a éste le produjo fue tal, que fue invitado a pasar quince días, en agosto, con la familia de Freud, de la que se convirtió bien pronto en el huésped favorito, en sus vacaciones en Berchtesgaden.

Freud se sintió pronto atraído por el entusiasmo y por la mentalidad vivaz y especulativa de Ferenczi, cualidades éstas que anteriormente le habían fascinado en su gran amigo Fliess. Sólo que esta vez su afecto no llegó a comprometerse de tal modo en la amistad, si bien siempre demostró un delicado interés paternal frente a la vida privada y las dificultades de Ferenczi. Pasaron muchas vacaciones juntos, y entre 1908 y 1933 intercambiaron más de un millar de cartas, todas ellas conservadas. Desde el comienzo mismo, Ferenczi se ocupó en sus cartas de problemas científicos y entre los dos lograron sacar a la luz, en sus conversaciones y en su correspondencia, varias e importantes conclusiones psicoanalíticas.

Hanns Sachs, de Viena, ya había asistido durante varios años a las conferencias de Freud en la Universidad, y a comienzos de 1910 se atrevió a visitarle personalmente para obsequiarle con un librito que acababa de publicar. Se trataba de la traducción de *Barrack-Room Ballads*, de Kipling, traducción que, dicho sea de paso, era excelente.

Hacia esa época los miembros del pequeño círculo que por muchos años habrían de ser íntimos amigos de Freud ya le conocían personalmente: Rank en 1906, Eitingon y Abraham en 1907, Ferenczi y yo en 1908, y Sachs en 1910.

En 1907 fue invitado por el doctor Fürst, director de una publicación dedicada a medicina social e higiene, a expresar sus puntos de vista sobre un problema que entonces era nuevo, el que se refiere a si se debe o no ilustrar a los niños sobre temas sexuales. Freud estaba naturalmente en favor de ello, pues había visto muchas consecuencias dolorosas del ocultamiento que se hace de tal información e ilustraba su opinión con algunos ejemplos elocuentes. Más importante que este trabajo fue, sin embargo, su primer aporte al estudio de la religión, en el que comparaba y contraponía ciertas prácticas religiosas con los actos compulsivos realizados por pacientes obsesivos. Su trabajo más importante fue su libro sobre *Gradiva*, la novela de Jensen.

A finales de noviembre de 1907 había pasado una semana con Jung, en Zurich, donde encontré, entre otros que trabajaban allí, a Brill y Peterson, de Nueva York. Al comenzar una nueva amistad, Jung era capaz de mostrarse sumamente encantador.

Solía también demostrar sumo ingenio. Recuerdo haberle preguntado cierta vez si pensaba que el dadaísmo, que precisamente comen-

zaba a estar en boga en Zurich, tenía una base psicótica. Replicó: «Es demasiado idiota para ser siquiera insania.»

Un pequeño «Grupo Freud», que así se llamaba, acababa de inaugurarse en Zurich. Con pocas excepciones, como las de Edouard Claparède, de Ginebra, y Binswanger, de Kreuzlingen, todos los miembros procedían de Zurich. Jung era, por supuesto, la cabeza visible del grupo, en el que se hallaban, entre otros, su jefe, el profesor Bleuler, un pariente de Jung llamado Franz Riklin y Alphonse Maeder. Todos ellos realizaban útiles aportaciones al conocimiento psicoanalítico.

Sugerí a Jung la conveniencia de concertar una reunión general de personas interesadas en la obra de Freud y así lo hizo, organizando la que se realizó en Salzburgo en abril del año siguiente. Se había pensado hacerla en Innsbruck, pero Salzburgo resultaba más conveniente para los de Viena. Mi deseo era darle el nombre de «Congreso Psicoanalítico Internacional», que es el nombre que luego se dio a éste y todos los congresos posteriores, pero él insistió en encabezar las invitaciones con *Zusammenkunft für Freud'sche Psychologie* (Reunión de Psicología Freudiana), título de carácter personal, nada usual para una asamblea científica. Esta actitud pronto dio pie a su jefe, Bleuler, para sus críticas. Cuando más tarde Abraham, dicho sea de paso, consultó a Freud sobre el nombre que debía utilizar para referirse a ese congreso al dar publicidad al trabajo que allí leyó, Freud contestó que se trataba de una reunión meramente privada y que Abraham no tenía por qué mencionarla.

Fue, sin embargo, un acontecimiento histórico, el primer reconocimiento público de la obra de Freud. Dado que no se conserva relato alguno de la reunión, será oportuno proporcionarlo aquí. Se diferenciaba de todos los congresos posteriores en que no tenía presidente, ni secretario, ni tesorero, ni Consejo Directivo, ni subcomisión alguna y —lo mejor de todo— carecía de Comisión de Asuntos Administrativos... No duró más que un día.

El domingo 26 de abril de 1908 nos reunimos en el Hotel Bristol de Salzburgo. Freud había llegado de Venecia esa mañana. Entre los otros huéspedes que allí se encontraban estaban el doctor Aldren Turner, un conocido neurólogo londinense, que debía haber estado preguntándose qué era lo que allí ocurría, y el profesor Alfred E. Hoche, de Friburgo, con quien vamos a encontrarnos más tarde en su doble calidad de admirador secreto y enconado enemigo de Freud.

La reunión fue realmente internacional, como se verá por los hechos que vamos a enumerar. Se leyeron nueve trabajos: cuatro de Austria, dos de Suiza y uno de Inglaterra, Alemania y Hungría respectivamente. Se hallaban allí cuarenta y dos personas, la mitad de las cuales eran o habrían de hacerse psicoanalistas.

Los trabajos presentados al Congreso lo fueron en el siguiente orden:

Freud: «Historia clínica».
Jones: «La racionalización en la vida cotidiana».

Riklin: «Algunos problemas de la interpretación de los mitos».
Abraham: «Las diferencias psicosexuales entre histeria y demencia precoz».
Sadger: «La etiología de la homosexualidad».
Stekel: «Sobre la histeria de angustia».
Jung: «Sobre la demencia precoz».
Adler: «El sadismo en la vida y en la neurosis».
Ferenczi: «Psicoanálisis y pedagogía».

La mayor parte de los trabajos fue publicada más tarde, pero el único que aquí nos interesa es el de Freud. Jung le había rogado que relatara un caso clínico, de manera que descubrió el análisis de un caso obsesivo, aquel a que estamos acostumbrados a designar con el nombre de «El hombre de las ratas». Freud estaba sentado al extremo de una larga mesa, a los costados de la cual nos habíamos reunido nosotros, y hablaba en su habitual tono de conversación, bajo pero preciso. Comenzó a hablar a las ocho de la mañana, y le escuchábamos con atención extática. Interrumpió su exposición a las once, sugiriendo que ya teníamos bastante. Pero estábamos tan absortos que insistimos en que continuara, cosa que hizo hasta cerca de la una.

Entre otros conceptos, expuso el de la alternación de amor y odio hacia una misma persona, con la característica de que la primera separación entre las dos actitudes trae habitualmente como consecuencia la represión de la segunda, el odio. A esto sigue comúnmente una reacción al odio en forma de una inusitada ternura, horror al derramamiento de sangre, etc. Cuando las dos actitudes se presentan con igual fuerza, se produce una parálisis del pensamiento, expresada en el síntoma clínico conocido como *folie de doute*. Las tendencias obsesivas, esa característica tan importante de la neurosis, significan un esfuerzo violento para conseguir la superación de la parálisis, mediante la más extrema insistencia.

A la edad de cincuenta y dos años, Freud mostraba apenas un ligero comienzo de encanecimiento. Tenía una cabeza extraordinariamente bien cuidada y una espesa cabellera oscura, un hermoso bigote y una poblada barba terminada en punta. Tenía aproximadamente un metro setenta de estatura, una figura ligeramente redondeada —si bien probablemente la medida de su cintura no excedía la de su pecho— y ostentaba los indicios de una profesión sedentaria. Ya que hablamos de números, agregaré que su cabeza tenía una circunferencia de cincuenta y cinco centímetros y medio y que los diámetros de la misma medían, respectivamente, dieciocho centímetros y quince y medio. De manera que con un índice cefálico de ochenta y seis, Freud era decididamente dolicocéfalo. Mostraba una actitud vivaz y quizá un tanto inquieta o incluso ansiosa, con una mirada rápida, seria y penetrante. Oscuramente tenía cierto aspecto ligeramente femenino en sus maneras y sus movimientos, que fue lo que quizá le llevó a adoptar una actitud de ayuda o incluso de protección, en lugar de la filial, más característica de muchos analistas. Hablaba con una pronunciación absolutamente clara, rasgo

éste que un extranjero apreciaba con gratitud, en un tono de voz amistoso, más agradable cuando se mantenía bajo que en las ocasiones en que lo elevaba. Con clara inteligencia comprendió mi alemán a pesar de la mala pronunciación, si bien se mostró sensible a los errores de género. Recuerdo, por ejemplo, su impaciencia cuando le hablé en una ocasión de *die Schnee*.[56]

Era natural que Freud diera especial importancia a sus nuevos partidarios, los suizos, los primeros del extranjero y, de paso, los primeros no judíos. Después de tantos años de ser recibido con indiferencia, ridiculizado e insultado, se habría necesitado una disposición excepcionalmente filosófica para no sentirse exaltado ante la actitud de famosos profesores universitarios de una conocida clínica psiquiátrica extranjera que de pronto aparecen en escena apoyando de todo corazón su obra. Pero detrás de su calma externa había algo que anunciaba dificultades, y su exaltación probablemente excesiva no agradaba a los vieneses, quienes después de todo habían sido los primeros en apoyarle cuando se hallaba solo en el mundo. Era inevitable que estos celos se centraran en Jung, que provocaba un especial entusiasmo en Freud. Su actitud se veía acentuada por una sospecha, como judíos, de los gentiles en general, con esa anticipación casi siempre certera de un posible antisemitismo. El mismo Freud compartía hasta cierto punto ese tipo de sospecha, que por el momento, sin embargo, se hallaba adormecida ante el placer de verse finalmente reconocido por el mundo externo. Los vieneses predijeron ya desde ese mismo momento que Jung no permanecería por largo tiempo en el campo psicoanalítico. El que tuviera alguna razón para ello es otra cosa, pero los alemanes tienen un dicho muy acertado: *der Hass sieht scharf* («el odio aguza la mirada»).

En una breve reunión, después de la lectura de los trabajos, se decidió publicar una revista, la primera que habría de dedicarse al psicoanálisis. El número de las publicaciones de esta índole fue aumentando hasta la castástrofe de la II Guerra Mundial, pero aún sobreviven nueve de ellas, aparte de muchas otras que pueden considerarse como «compañeras de ruta».

Se trataba de *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*, cuya publicación se interrumpió con el estallido de la I Guerra Mundial. Sus directores era Bleuler y Freud y estaba al cargo inmediato de Jung.

Los vieneses se sintieron ofendidos al no tomárseles en cuenta para nada en la creación de la nueva publicación, y especialmente por no haber sido siquiera consultados. El asunto había sido tratado por los suizos con la presencia solamente de Abraham, Brill, Ferenczi y yo. El resentimiento de los vieneses siguió en aumento hasta llegar a expresarse manifiestamente dos años después en Nuremberg.

El disponer de una revista a la que tendría libre acceso para sus publicaciones significaba mucho para Freud. Le hacía sentirse más independiente. Ahora podría reírse de sus adversarios. Pocos meses después escribía a Jung: «Estoy enteramente de acuerdo con usted. Muchos enemigos, a mucha honra.»

«Ahora que podemos trabajar, publicar todo lo que queramos y sacar fruto de esta nuestra camaradería, encuentro todo esto muy bien y tengo la esperanza de que pueda continuar así por mucho tiempo. Si ha de llegar una época de "reconocimiento", ésta será, en comparación con la presente, lo mismo que el horrible esplendor del Infierno comparado con el beatífico aburrimiento del Paraíso. (Lo que quiero decir es, por supuesto, exactamente lo opuesto.)»

Después del Congreso, Brill y yo fuimos a Viena, donde conocimos la deliciosa hospitalidad de la familia Freud, y de allí a Budapest, para visitar a Ferenczi.

Fue en esa época cuando Brill solicitó de Freud autorización para traducir sus obras, cosa que éste le concedió gustoso, aunque en forma un tanto apresurada. Esto habría de ser el punto de partida de incontables dificultades personales, e incluso de orden legal en el futuro. Mi reacción personal al respecto fue de gran alivio, dado que estaba absorbido por planes de trabajos propios, que en parte ya había comenzado, y sabía por experiencia personal el tiempo que lleva una traducción. Freud mismo era un traductor rápido y altamente dotado, pero lo hacía con mucha libertad, y tengo motivos para suponer que nunca llegó a comprender cuán inmensa y difícil habría de ser la tarea de traducir cuidadosamente ¡y ordenar! sus originales. La evidente deficiencia de los conocimientos de Brill, tanto en inglés como en alemán, hicieron surgir bien pronto mis malos presentimientos, de modo que me ofrecí a leer su manuscrito y a someter a su consideración todas las sugerencias que se me ocurrieran. Mi nombre no habría de mencionarse. Después de todo, el inglés era mi idioma nativo, mientras que Brill no había hecho más que captarlo de algún modo en el desfavorable ambiente de sus primeros años en Nueva York. Pero él rechazó la oferta, probablemente porque la interpretaba como una opinión desfavorable con respecto a sus aptitudes lingüísticas. Tenía cierto conocimiento de media docena de lenguas y en sus años mozos se había ganado la vida dando lecciones de idiomas. No será necesario que yo condene las traducciones de Brill. Otros lo han hecho ya con toda amplitud. Cuando un par de años más tarde hice ante Freud el comentario de que era una lástima que sus obras no fueran presentadas al público de habla inglesa en una traducción mejor que aquélla, replicó: «Prefiero tener un buen amigo a un buen traductor», y a continuación me acusó de sentirme celoso de Brill. En realidad yo no tenía por qué estarlo, pero nunca fue cosa fácil hacer cambiar de opinión a Freud acerca de cualquier cosa, y no volví a hablar sobre el asunto. Tuvieron que llegar protestas del extranjero durante años para que Freud admitiera en su fuero interno la exactitud de mi afirmación.

La relativa falta de tacto por parte de Brill en sus años juveniles no pudo empañar el hecho importantísimo de poseer un corazón de oro. Pude percibir desde el comienzo que habríamos de llevarnos bien en la tarea común que debíamos realizar en Estados Unidos, y nunca tuve en verdad un amigo más fiel que lo que él lo fue durante todo el tiempo que nos relacionamos.

A comienzos de 1909 Freud hizo otra amistad, ésta de índole muy diferente. Ella perduró diáfana, sin una nube, hasta el fin de su vida. Era el *Pfarrer* (párroco) Oscar Pfister, de Zurich, con el que luego mantuvo una extensa correspondencia. Pfister hizo su primera visita a Freud el domingo 2 de abril de 1909. Freud le tenía mucho afecto. Admiraba sus elevados principios éticos, su impenitente altruismo y su optimismo respecto a la naturaleza humana. Probablemente le divertía pensar también que pudiera mantenerse en términos ilimitadamente amistosos con un clérigo protestante, a quien se dirigía en sus cartas llamándole «querido hombre de Dios» y en quien podía descontar una amplia tolerancia hacia «un herético empedernido», como más tarde se describía a sí mismo. Pfister, por su parte, sentía una admiración sin límites y gratitud hacia Freud, a quien insistía en considerar un verdadero cristiano. La única concesión que Freud podía hacer a esta amable denominación era la de señalar que su amigo Christian von Ehrenfels, de Praga, que acababa de escribir un libro sobre ética sexual, había adoptado para sí mismo y para Freud la denominación de «protestantes sexuales».

Las repercusiones del Congreso de Salzburgo fueron en su mayor parte agradables, si bien hubo una que no lo fue. Se trata de un choque entre Abraham y Jung, que puso de relieve la incompatibilidad personal entre ambos y, especialmente por parte del primero, una definitiva actitud de antagonismo. Abraham había pasado años felices en Zurich, pero finalmente se sintió descontento con lo que consideraba tendencias anticientíficas y místicas por parte de los que trabajan allí. La ocasión concreta para la colisión se presentó cuando Freud expresó, en conversaciones personales con Abraham y Jung, su opinión de que la demencia precoz difería de las otras neurosis simplemente en que tenía un punto de fijación mucho más precoz, punto de fijación que entonces se denominaba simplemente «autoerotismo» y al que el enfermo ha regresado en el proceso de su enfermedad. Era una conclusión a la que había llegado unos nueve años antes. Abraham y Jung leyeron en el Congreso trabajos sobre demencia precoz, pero mientras Abraham aprovechó ampliamente las sugerencias de Freud e incluso llegó a la conclusión de que lo que se denominaba «demencia» en esta enfermedad se debía no a una destrucción de aptitudes intelectuales sino a un bloqueo masivo del proceso afectivo, Jung, por su lado, no hizo más que repetir su opinión de que esta enfermedad era una afección orgánica del cerebro, producida por una hipotética «psicotoxina».

Se trataba de una de esas pequeñas y tontas disputas sobre prioridad que tan a menudo han entorpecido el progreso de la ciencia desde Newton a Leibniz en adelante. Se produjo a causa de que Abraham, en el trabajo que leyó en el Congreso, no había citado ni atribuido mérito alguno a Bleuler y Jung por sus investigaciones psicológicas sobre demencia precoz, cosa que Jung se tomó muy a pecho en este caso. Lo único interesante en todo esto reside en la luz que arroja sobre la actitud de Freud respecto a estos hechos y a las personas involucradas en los mismos. Esto se verá mejor transcribiendo las cartas de la época cursadas entre Abraham y Freud.

«*Lieber und geehrter Herr College.*

»Me alegro de saber que usted considera el Congreso de Salzburgo como un acontecimiento muy satisfactorio. En cuanto a mí, no puedo emitir juicio alguno, ya que me encuentro en el centro de todo eso, pero me inclino también a considerar esta primera reunión como una prueba muy prometedora.

»En relación con esto quisiera hecerle a usted una demanda, de cuya realización pueden depender muchas cosas de diversa índole. Recuerdo que su trabajo en el Congreso dio lugar a cierto conflicto entre usted y Jung, o por lo menos tal cosa deduje yo de algunas palabras que luego me dijo usted. Ahora bien, considero que cierta competencia entre ustedes es inevitable y que, dentro de ciertos límites, sería completamente inofensiva. En esa ocasión concreta yo he pensado firmemente que la razón le pertenecía a usted y he atribuido la susceptibilidad que demostró Jung a su propia vacilación. Pero no me gustaría que se produjera un resentimiento de cualquier índole entre ustedes. Somos tan poco numerosos aún, que la falta de armonía, especialmente cuando se produce a causa de complejos personales, no cabe en ningún modo entre nosotros.

»Es importante también para nosotros que Jung encuentre la manera de volver a los puntos de vista que acaba de dejar de lado, y de los que usted ha sido tan constante defensor. Creo que existe cierta probabilidad en esto y el mismo Jung me escribe que Bleuler se está mostrando permeable y casi inclinado a abandonar nuevamente toda idea sobre el carácter orgánico de la demencia precoz.

»De manera que me haría usted un favor personal si se comunicara con Jung antes de publicar su trabajo y le propusiera discutir sus objeciones, al objeto de que usted pudiera tomarlas en cuenta. Un gesto amistoso de esta índole pondría seguramente fin a este naciente desacuerdo que existe entre ustedes dos. Esto me resultaría sumamente grato y demostraría que todos nosotros estamos en condiciones de obtener del psicoanálisis ventajas prácticas de aplicación en nuestra propia conducta. Trate usted de que esta pequeña victoria sobre usted mismo no le resulte demasiado difícil.

»Sea tolerante y no olvide que a usted le resulta realmente más fácil acompañarme en mis ideas que a Jung, en primer lugar porque usted es completamente independiente y, además, porque nuestra afinidad racial le coloca a usted mucho más cerca de mi conformación intelectual, mientras que a él, siendo cristiano[57] e hijo de un pastor, sólo le es dado acercarse a mí a costa de grandes resistencias internas. Su adhesión (la de él) es tanto más valiosa en consecuencia. Estaba a punto de decir que fue precisamente la aparición de Jung en la escena lo que libró al psicoanálisis del peligro de convertirse en un simple asunto nacional de los judíos.

»Abrigo la esperanza de que usted prestará atención a mi demanda. Reciba mis más afectuosos saludos.

»Suyo,

»FREUD»

Al no recibir respuesta a esto, Freud se sintió muy inquieto y le escribió nuevamente.

«9 de mayo de 1908

»*Sehr geehrter Herr College.*

»No habiendo recibido hasta ahora respuesta alguna a mi demanda, le escribo nuevamente para reforzarla. Usted sabe cuán gustosamente pongo a su disposición, como lo hago con los demás, todo lo que tengo, pero nada sería más penoso para mí que comprobar que el resultado de ello sean susceptibilidades sobre prioridad entre mis amigos y partidarios. Para evitarlo bastará que cada uno desempeñe su parte. Espero que usted se mantendrá alejado de tales cosas tanto en homenaje a la causa[58] como por mí.

»Con cordiales saludos.

»Suyo,

»FREUD»

«11 de mayo de 1908

»*Sehr verehrter Herr Professor.*

»Estaba a punto de escribirle cuando llegó su segunda carta. No le había contestado antes por un motivo que favorece nuestros intereses comunes. Cuando recibí su primera carta no estuve enteramente de acuerdo con lo que decía, de manera que la dejé de lado por un par de días. Después de este plazo estuve en condiciones de leerla *sine ira et studio* y de convencerme de lo correcto de sus argumentos. Sin tardanza escribí a Zurich, pero no despaché la carta de inmediato. Quería dejar pasar un par de días, para estar seguro de que en mi carta no se escondía nada que pudiera convertir impensadamente el gesto amistoso en un ataque. Yo sé lo difícil que me resulta evitar enteramente las polémicas, y al releer la carta encontré que ésta daba razón a mi sospecha. Ayer redacté nuevamente la carta en su forma final y espero que será útil a nuestra causa. No quería escribirle a usted; perdonará mi silencio. Ahora que puedo ver la cosa con tranquilidad debo agradecerle su intervención, así como también la confianza que ha puesto en mí. Puede confiar en que todo este asunto no ha provocado en mí ningún tipo de resentimiento.

»En realidad me encontré envuelto en el conflicto de una manera enteramente inocente. En diciembre último yo le había preguntado a usted si no habría riesgo de chocar con Jung, dado que usted nos había comunicado a ambos sus ideas. Usted disipó entonces mis malos presentimientos. En mi manuscrito de Salzburgo había una frase que habría sido del agrado de Bleuler y Jung, pero siguiendo un impulso repentino la omití en el momento de leer el trabajo. En la ocasión me engañé a mí mismo mediante un motivo encubridor —el de ahorrar tiempo—, siendo que la verdadera razón era mi animosidad contra Bleuler y Jung. Esto se debía al carácter indebidamente propiciatorio de sus recientes publicaciones, a la comunicación de Bleuler en Berlín, en la que ni siquiera mencionó su nombre, y a varias cosas más, de índole trivial. El hecho de que yo no mencionara a Bleuler y Jung significaba eviden-

temente: "Ya que ustedes se apartan de la teoría sexual, yo no voy a citarlos cuando me ocupo de ella".

»Sinceramente suyo,

»KARL ABRAHAM»

El gesto amistoso de Abraham no encontró el éxito que merecía: su carta no tuvo respuesta alguna. Abraham hizo entonces algunas críticas respecto a Jung, pero Freud le dijo que su opinión acerca de éste era más favorable. Y agregó: «A nosotros los judíos nos resulta más fácil, ya que carecemos del elemento místico.» En la carta siguiente le escribía: «Trataré en todo lo que pueda de arreglar las cosas cuando vaya a Zurich en septiembre. No me interprete mal: no tengo nada que reprocharle a usted. Supongo que el reprimido antisemitismo de Jung, que no puede expresarse contra mí, ha sido dirigido, en forma más intensa aún, contra usted. Pero mi opinión es que los judíos, si queremos cooperar con otra gente, tenemos que preparar una pequeña dosis de masoquismo y estar dispuestos a soportar cierto grado de injusticia. No existe otra manera posible de trabajar en común. Puede usted estar seguro de que si yo me llamara Oberhuber, mis nuevas ideas, a pesar de todos los otros factores, habrían chocado con una resistencia mucho menor... ¿Por qué no podré colocarles a ustedes uno al lado del otro, usted con su agudeza y Jung con su entusiasmo?» Recibió entonces de Abraham la ingrata noticia de que a éste le habían llegado informaciones sobre el círculo de Zurich acerca de que esta gente había relegado el psicoanálisis como cosa que ya se hubiera superado. Pero en septiembre Freud pasó varios días en Zurich, donde conversó con Jung a razón de ocho horas diarias. Comunicó a éste —cosa nada prudente, al parecer— las dudas y los rumores recogidos por Abraham, a lo que Jung respondió que lamentaba mucho oír tales cosas. Freud sostenía que Jung había superado sus vacilaciones y se sentía ahora enteramente solidario con él. Se había apartado de Bleuler, que se mostraba enteramente negativo, renunciando a su puesto de asistente. Freud se separó de Jung lleno de alegría.

Pero en diciembre volvieron a surgir las dificultades. Abraham se había sentido indignado ante el anuncio de Jung de que, por falta de espacio, ciertas importantes reseñas que había escrito para el *Jahrbuch* no habrían de aparecer en el primer número, sino en el segundo. Abraham tomó esto en un sentido personal, abrigando nuevas sospechas acerca de las buenas intenciones de Jung. Freud se colocó en esta ocasión de parte de Jung y amonestó a Abraham con mucha severidad.

Como hombre sensato que era, Abraham tomó a bien esta crítica. Jung devolvió a Freud la visita en la primavera siguiente, y junto con su mujer permaneció en Viena desde el 25 hasta el 30 de marzo de 1909.

En la época del Congreso se produjo un cambio en la disposición doméstica de Freud. Hacia finales de 1907 su hermana, la señora Rosa Graf, había desocupado su vivienda, que se hallaba enfrente de la de Freud, en el mismo piso, y éste concibió la idea de simplificar su vida y aumentar sus comodidades tomándola para sí. Esto significaba abando-

nar el pequeño apartamento de tres habitaciones de la planta baja, donde había estado trabajando y viendo a sus pacientes durante quince años. Aprovechó la oportunidad de la mudanza —con gran perjuicio de todos nosotros— para destruir, por segunda vez en su vida, una gran cantidad de documentos y cartas.

Después de haber vivido en Viena durante cerca de cincuenta años, Freud decidió convertirse oficialmente en «ciudadano» de la misma. El hecho ocurrió el 4 de marzo de 1908. Esto le daba derecho al voto, cosa que habrá que suponer había motivado su solicitud. Votó solamente en las raras ocasiones en que un candidato liberal se presentaba en su distrito electoral, y no me sorprendería enterarme de que tal oportunidad se presentaba entonces por primera vez.

En el verano de 1908 Freud visitó a su hermanastro Emmanuel en Manchester. Partió para Inglaterra el 1 de septiembre, viajando tanto a la ida como a la vuelta por Hook Harwich. Interrumpió, sin embargo, el viaje para ver en La Haya los Rembrandt, que le produjeron una «impresión incomparable». Rembrandt y Miguel Angel parecen haber sido los pintores que más profundamente le conmovían. Era ésta la primera vez que iba a Inglaterra desde aquella estimulante visita que hizo a los diecinueve años, y habría de ser la última antes de establecerse allí en 1938. Pasó quince días en Inglaterra y se conservan seis largas cartas enviadas desde allí.

A la vuelta del viaje permaneció en Zurich cuatro días, como huésped de Jung en Murhölzli, donde pasaron momentos agradables y felices. Jung le llevó a ver el Monte Pilatus y el Rigi, y realizaron juntos muchas caminatas. Freud esperaba ser huésped de Jung en la nueva casa que éste estaba construyendo en Küsnacht. La aproximación entre los dos, en esta ocasión, fue mayor que en ningún otro momento, con excepción, quizá, del primer encuentro.

En 1908 publicó cinco artículos. El primero de ellos, el más original, tuvo el efecto de una bomba y despertó más escarnio que cualquiera de las cosas escritas hasta entonces. Era un trabajo corto, de apenas un par de páginas, en el que destacaba que las sensaciones anales en la infancia, sobre cuyo carácter erótico ya había insistido largamente, eran capaces de afectar los rasgos de carácter en una forma bastante específica. Si bien ahora se reconoce ampliamente la verdad de tales conclusiones, el hecho de que un rasgo de carácter pudiera tener orígenes tan bajos parecía entonces, a los ojos del mundo externo, simplemente un absurdo.

Un artículo que publicó sobre la relación entre moral sexual y civilización es el preanuncio de estudios más profundos sobre la naturaleza de la civilización, que alcanzaron a madurar más de veinte años después.

Uno de los artículos constituía la exposición de las curiosas hipótesis que se forman los niños pequeños acerca de la naturaleza de la actividad sexual, incluso de la fecundación. Otro se refería a la relación entre fantasías histéricas y bisexualidad. Más tarde encaró audazmente el problema estético, en una discusión acerca de la relación de los poetas

con la fantasía, en el curso de la cual llegó a algunas conclusiones impresionantes.

Un acontecimiento ocurrido en diciembre de 1908 habría de procurar a la personalidad y a la obra de Freud el acceso a un círculo mucho más amplio y más distante. Stanley Hall, presidente de la Clark University, de Worcester, Massachusetts, le invitó a dar un ciclo de conferencias con ocasión de celebrarse el vigésimo aniversario de la fundación de dicho centro.

Recibiría tres mil marcos (714,60 dólares). Invitó a Ferenczi a acompañarle y su hermano Alexander expresó también su deseo de viajar, aunque esto resultó luego imposible. Freud decía que se sentía muy impresionado ante la perspectiva del viaje. Ferenczi estaba aún más excitado que él. Se puso a aprender inglés y encargó a Estados Unidos los libros necesarios para orientarse debidamente sobre ese misterioso país. Freud no consiguió, sin embargo, decidirse a leerlos, pero se enteró —por un libro sobre Chipre que estaba estudiando— de que la mejor colección de antigüedades chipriotas había sido llevada a Nueva York, donde abrigaba la esperanza de verla. Todo lo que quería ver allí, en América, decía, eran las cataratas del Niágara. No preparó nada para sus conferencias, afirmando que lo haría a bordo.

Partieron en el *George Washington*, un barco del Norddeutscher Lloyd que salió de Bremen el 21 de agosto. Ferenczi estaba preocupado acerca de si debía llevar consigo un sombrero de copa, pero Freud le dijo que su plan era comprar uno allí y arrojarlo al mar en el viaje de regreso.

Antes de esto habían pasado cosas importantes. A mediados de junio Freud supo que también Jung había sido invitado y dijo: «Esto significa la importancia de todo el asunto.» Inmediatamente arreglaron las cosas para viajar juntos.

En la primavera de ese año tuvo lugar un acontecimiento familiar que le produjo mucha alegría. Su hija mayor, Mathilde, que estaba muy apegada al padre, se había comprometido en Merano, donde había estado durante seis meses, con un joven vienés, Robert Hollitscher.

El casamiento tuvo lugar el 7 de febrero. Al agradecer a Ferenczi sus congratulaciones por el casamiento de Mathilde, Freud le confesó que el verano anterior, cuando Ferenczi visitaba a la familia —por primera vez— en Berchtesgaden, había deseado que fuera él el feliz mortal. Su actitud con Ferenczi fue siempre extremadamente paternal.

En la mañana del 10 de agosto Freud llegó a Bremen, donde se reunió con Jung y Ferenczi. Freud había pasado una mala noche en el tren de Munich a Bremen, cosa que explica en parte un curioso incidente, cuya importancia será expuesta más adelante. Fue invitado en el almuerzo de Bremen y allí consiguieron inducir a Jung, después de alguna discusión, a que dejara de lado sus principios de abstinencia y a que tomara vino con ellos. Pero inmediatamente sufrió un desmayo, cosa que en presencia de Jung habría de ocurrirle aún una segunda vez. Por la noche el invitado fue Jung y a la mañana siguiente se embarcaron. Durante el viaje los tres compañeros analizaron mutuamente sus sueños


Clark U
Hayes
Holt
Berry
Whi
Dawson
B. Baldwin
F. Wells
Forbes
hminz
Magni
Cattell
Katz
Seashore
Jastrow
Buchner


ersity 1909
Drew Young L.Wilson Karlson Goddard Klopp
Fulle
patrick Ferenci Porter
lenbogen Sanford S.Kanda
E.Jones Brill Burnham Kakise

—primer caso de análisis de grupo— y Jung me dijo más tarde que los sueños de Freud parecían referirse principalmente a preocupaciones por el futuro de su familia y de su obra. Freud me dijo que había encontrado al camarero de su cabina leyendo la *Psicopatología de la vida cotidiana*, cosa esta que por primera vez le dio la idea de que podía ser famoso.

Brill estaba en el puerto, por supuesto, cuando llegaron a Nueva York el sábado 27 de agosto por la noche, pero no se le permitió subir a bordo. De manera que envió a un amigo suyo, el doctor Onuf, que ocupaba un cargo oficial, a saludar a los viajeros. Poco trabajo les dieron las entrevistas con los reporteros y el único anuncio que salió en los diarios al día siguiente anunciaba escuetamente la llegada de cierto «Profesor Freund *(sic)*, de Viena». El mismo día de su llegada Freud visitó a su cuñado, Eli Bernays, y a su viejo amigo Lustgarten, pero los dos estaban aún de vacaciones. Brill le llevó entonces a conocer la ciudad. Primero fue al Central Park y luego hicieron un recorrido por el Barrio Chino y el Ghetto. La tarde fue dedicada a Coney Island, «un magnífico Prater». A la mañana siguiente visitaron el lugar que más quería conocer Freud en Nueva York, el Metropolitan Museum, que le interesaba especialmente por las antigüedades griegas. Brill les mostró también la Universidad Columbia. Al día siguiente me uní a ellos y almorzamos en el Roof Garden del Hammerstein. Luego fuimos a un cine, donde vimos una de esas primitivas películas de la época, con abundacia de carreras y persecuciones. Ferenczi, con su manera infantil, se mostró muy excitado. Freud, en cambio, no hizo más que divertirse tranquilamente. Era la primera vez que ambos veían una película.

En la tarde del 4 de septiembre partimos todos a New Haven, en un viaje nocturno que implicaba una curiosa combinación de barco y hotel, y luego, en tren, a Boston y a Worcester.

De ningún modo podía decirse que Nueva Inglaterra no estuviera preparada para escuchar las doctrinas de Freud. En el otoño de 1908, mientras permanecí con Morton Prince en Boston, di dos o tres clases a un auditorio compuesto de dieciséis personas entre las cuales se hallaban: Putnam, el profesor de neurología en la Universidad de Harvard; E. W. Taylor, que luego fue su sucesor; Werner Munsterberg, que era profesor de psicología en la Universidad; Boris Sidis y G. W. Waterman. El único con quien tuve realmente éxito fue con Putnam. (Más tarde, en mayo del año siguiente, poco después de la visita de Freud, hubo un importante congreso en New Haven, en el cual Putnam y yo leímos trabajos que dieron lugar a una gran discusión.) De modo que la llegada de Freud era esperada con cierto grado de impaciencia.

Freud no tenía idea sobre el tema que iba a abordar, o así lo decía al menos, y al comienzo se mostró inclinado a aceptar la sugerencia de Jung en el sentido de dedicar su clases al tema de los sueños; pero cuando me consultó a mí, le aconsejé que optara por otro más amplio. Luego de reflexionar al respecto, estuvo de acuerdo en que los norteamericanos podrían considerar que el tema de los sueños no era bastante «práctico», o incluso frívolo. De modo que se dispuso a hacer una exposición más general del psicoanálisis. Compuso cada una de las clases

en el curso de un paseo de media hora que hacía con Ferenczi, cosa que ilustra muy bien la facilidad y armonía con que fluían sus pensamientos.

Freud dio las cinco clases en alemán, sin el auxilio de apunte alguno, en un tono serio y de conversación que impresionó profundamente. Una señora del auditorio estaba muy ansiosa de oírle hablar sobre temas sexuales y me rogó que le transmitiera su petición. Cuando así lo hice, Freud replicó: *In Bezug auf die Sexualität lasse ich mich weder ab- noch zubringen.* Esto queda mejor expresado en alemán y significa que en lo que a sexualidad se refiere, Freud no se dejaba ni empujar ni disuadir.

Estas clases fueron más tarde publicadas en diferentes formas. La primera acogida fue muy desigual. El juicio del decano de la Universidad de Toronto, que le transmití a Freud, era bastante típico: «El lector común podrá deducir que Freud es partidario del amor libre, de la remoción de todo freno y del regreso a la barbarie.»

Resultó especialmente emocionante el momento en que Freud se puso de pie para agradecer a la Universidad el título de Doctor que le había sido otorgado al término de la ceremonia. El recibir honores luego de tantos años de ostracismo y desprecio parecía un sueño, y estaba visiblemente conmovido al pronunciar las palabras de su breve discurso: «Esto constituye el primer reconocimiento oficial de nuestros esfuerzos.»

Freud dejó una patética descripción de su encuentro con William James, entonces fatalmente enfermo.[59] William James, que conocía bien el alemán, siguió las clases con gran interés. Se mostró muy amistoso con nosotros y yo no olvidaré nunca sus palabras de despedida pronunciadas con un brazo sobre mis hombros: «El futuro de la psicología pertenece al trabajo de ustedes.»

En cuanto a Stanley Hall, el creador de la psicología experimental en Estados Unidos y autor de considerables trabajos sobre la adolescencia, se mostró entusiásticamente obsequioso y amable tanto con Freud como con Jung. Cuando regresó de Estados Unidos, Freud escribió acerca de Stanley Hall a Pfister: «Constituye la más agradable de las fantasías imaginar que en algún lugar lejano, que jamás había sido visto por uno, hay gente al tanto de nuestros pensamientos y nuestros esfuerzos y que de pronto, después de todo, se ofrecen a nuestra vista. Esto es lo que me ocurrió con Stanley Hall. ¿Quién podía haber supuesto que allí en América, a sólo una hora de Boston, había un respetable señor de edad que esperaba impaciente la aparición del próximo número de *Jahrbuch*, que lo leía y lo entendía enteramente y que luego, como él mismo decía, había de hacer la proclamación de nuestra obra?» Poco después conseguí que Hall aceptara el cargo de presidente de la nueva Asociación Psicopatológica Americana que yo estaba creando, pero su interés por el psicoanálisis no duró mucho. Pocos años después se convirtió en partidario de Adler, noticia ésta que dolió mucho a Freud.

En esta oportunidad Freud hizo, sin embargo, una amistad más duradera. Se trataba de J. J. Putnam, el profesor de neurología de Har-

vard. Yo había mantenido largas conversaciones con él anteriormente, cuando me hallaba en Boston como huésped de Morton Prince, y había conseguido que reconsiderara sus objeciones iniciales al psicoanálisis. Para ser un hombre destacado que había pasado los sesenta, era la suya una mentalidad singularmente amplia. Fue el único hombre a quien jamás había oído admitir en una discusión pública que había estado equivocado sobre cierto asunto. El primer volumen de la serie de publicaciones de nuestra Biblioteca Psicoanalítica Internacional fue una colección de las obras de Putnam.

Durante su estancia en Worcester, Freud se formó una idea exagerada acerca de mi sentimiento de independencia y temió —completamente sin razón— que yo pudiera dejar de convertirme en un fiel partidario suyo. Tuvo así la deferencia especial de acompañarme a la estación cuando partí hacia Toronto al final de nuestra estancia y no dejó de expresarme en la ocasión su cálida esperanza de que me mantendría siempre unido al grupo. Sus palabras finales fueron: «Ya verá usted que vale la pena.» Pude darle, por supuesto, toda clase de seguridades y nunca más volvió a dudar de mí.

Una vez que hubimos partido Brill y yo, los tres amigos visitaron, el 13 de septiembre, las cataratas del Niágara, que a Freud le parecieron aún mucho más grandes de lo que había supuesto. Pero en la «Cueva de los Vientos» Freud se sintió herido cuando el guía, empujando atrás a los demás visitantes, gritó: «Dejen pasar primero al viejo.» Se mostraba siempre sensible a alusiones como ésta a su edad y él mismo citaba como un buen ejemplo del caso lo que ocurrió a propósito de una observación hecha por Putnam en esa época.

Después de esto se dirigieron los tres a la casa de campo de Putnam en las Montañas Adirondack, cerca de Lake Placid, donde permanecieron cuatro días. Freud envió a su mujer una extensa descripción del nuevo lugar, donde no se veía más que un montón de cabañas en pleno descampado. El placer de esta visita fue un tanto empañado por un ataque bien definido, aunque leve, de apendicitis. No lo comentó con nadie, para no causar molestia alguna a Putnam y evitar la ansiedad de Ferenczi. En todo lo demás lo pasó muy bien y Jung los alegró y animó bastante entonando canciones alemanas.

Llegaron a Nueva York en la noche del 19 de septiembre y se embarcaron en el *Kaiser Wilhelm der Grosse* el día 21. Esta vez fueron sorprendidos por los vientos equinocciales y si bien Freud no se mareó, se acostó a las siete de la tarde durante un par de noches. Freud nunca se mareó en viaje alguno. Llegaron a Bremen el 29 al mediodía.

A pesar de su gratitud por la amistosa recepción que se le hizo y el reconocimiento de su obra y los honores de que fue objeto, Freud no volvía de Estados Unidos con una impresión muy favorable. Era muy propenso a tener esta clase de prejuicios y éste a que nos referimos no llegó nunca a desvanecerse del todo. Tuvieron que pasar algunos años hasta que el contacto íntimo con norteamericanos que le visitaban mitigara un tanto esa impresión. Esta actitud suya es tan injusta que es forzoso buscarle explicación. Existían varias, pero superficiales, que encu-

Clark University

Worcester, Massachusetts, U. S. A.

To all to whom these presents may come, Greeting:

Be it known that

Sigmund Freud

has been created

Doctor of Laws

honoris causa

in this University, and is entitled to all the dignities thereunto appertaining.

Given at the City of Worcester, in the Commonwealth of Massachusetts, this tenth day of September in the year of our Lord One Thousand Nine Hundred and Nine.

Witness the Seal of the University, by the hands of the authorized representatives of the Trustees and of the Faculty:

President

Treasurer

Francis H. Dewey

For the Trustees

G. Stanley Hall President

William E. Story Secretary

Edmund C. Sanford

A. G. Webster

Henry Taber

C. F. Hodge

Alexander F. Chamberlain

For the Faculty

FIAT LUX

Diploma de Doctor honoris causa *entregado a Freud por la Clark University durante su visita a Estados Unidos, en 1909. Las conferencias de Freud en esta Universidad tuvieron una excelente acogida.*

brían a su vez otra cosa más profunda y personal, que en realidad nada tenía que ver con Estados Unidos. Por su parte, Freud atribuía su poca simpatía por Estados Unidos a un duradero trastorno intestinal producido, según él afirmaba sin mucha base, por la cocina norteamericana, tan diferente de aquella a la que él estaba habituado. Pero esta aseveración pasa por alto el hecho importante de que este mal le había aquejado la mayor parte de su vida, muchos años antes de ir a Estados Unidos y muchos años después. Lo cierto es que durante su estancia allí sufrió constantemente la recurrencia de su viejo dolor apendicular, lo que de todos modos debe haber empañado el goce de estos días memorables. Otro trastorno físico de esta época eran sus molestias prostáticas. Esto era, naturalmente, doloroso y embarazoso a la vez y por supuesto era todo culpa de las costumbres norteamericanas. Recuerdo cómo se quejaba, dirigiéndose a mí, de la escasez y poca accesibilidad de los lugares adecuados para obtener alivio: «Os conducen a lo largo de kilómetros de corredores y al final os llevan al subsuelo, donde os espera un palacio de mármol, exactamente con el tiempo estricto.» Durante algunos años Freud atribuyó muchas de sus molestias físicas a la visita hecha a Estados Unidos. Llegó incluso a decirme que su escritura había empeorado desde que había visitado América.

Un motivo más personal de este enojo suyo era la dificultad con el idioma, que le hacía revivir su desagradable experiencia, en el mismo sentido, de algunos años atrás en París. Siempre fue sensible al hecho de hacerse entender y entender a los demás. Recuerdo que en una oportunidad un norteamericano pedía a otro que le repitiera cierta observación que no había entendido bien, a lo que Freud, volviéndose a Jung, hizo este incisivo comentario: «Esta gente no puede entenderse siquiera entre ellos mismos.» Le resultaba incluso difícil adaptarse a la libertad y facilidad de maneras imperantes en el Nuevo Mundo, de lo que es un ejemplo lo que he relatado un poco más arriba. Era un buen europeo, con un sentido de la dignidad y un respeto por la cultura que en esa época era menos visible que ahora en Estados Unidos. Más tarde me dijo, en ese su terso estilo: «Estados Unidos es un error; un error gigantesco, es cierto, pero de todos modos un error.»

Freud demostró desde el principio gran interés por el desarrollo del psicoanálisis en Estados Unidos y desde 1908 mantuvo una correspondencia constante con Brill y conmigo, y más tarde también con Putnam. A menudo se divertía con las cosas que al respecto le relatábamos. Así, por ejemplo, cuando a finales de 1909 en la Asociación Americana de Psicología, en un trabajo sobre su teoría de los sueños, mencioné el rasgo de egocentrismo, una dama se levantó indignada, sosteniendo que esto podía ocurrir en los sueños de Viena, pero que en cuanto a los Estados Unidos estaba bien segura de que eran altruistas. Pero esto fue superado aún por el caso de cierto psicólogo que sostenía que las asociaciones del paciente dependían en gran parte de la temperatura de la habitación, y puesto que Freud no había tenido en cuenta este importante detalle, sus conclusiones no eran dignas de crédito para la ciencia. Con verdadero placer contaba Freud estas cosas al grupo vienés.

El 2 de octubre regresó a Viena, la única parte del mundo civilizado que nunca le reconoció.

A pesar de todas las alteraciones del año 1909, Freud encontró la manera de publicar bastantes cosas. Reunió en un volumen los trabajos que componen el segundo de su serie de cinco *Sammlung Kleiner Schriften* y escribió además dos nuevos trabajos breves y otros dos muy extensos. Los dos primeros eran: *La novela familiar del neurótico*, que apareció como una parte del fascinante libro *Der Mythus von der Geburt des Helden (El mito del nacimiento del héroe)*, de Otto Rank, y otro que contenía una serie de afirmaciones de carácter general sobre la naturaleza esencial de los ataques histéricos.

Los dos trabajos más extensos resultaron ser aportes clásicos a la serie de sus historias clínicas. Uno de ellos era el popular «caso del pequeño Hans», que contenía el primer análisis infantil. El otro era un detallado estudio de los mecanismos operantes en la neurosis obsesiva.

En esa época se hallaba Freud, por primera vez en su vida, en condiciones de esperar razonablemente una carrera de reconocimiento y de fama. De aquí en adelante cabía encontrarse con la incomprensión, la crítica, la oposición e incluso el agravio, pero ya no podría ser ignorado. Se hallaba en la plenitud de su capacidad y ávido de emplearla al máximo. Todo esto, unido a un hogar armonioso en que reinaba la alegría de los niños en crecimiento, debe de haber hecho de esta década del siglo el periodo más feliz de su vida. Pero éstos habrían de ser también sus últimos de verdadera felicidad. Siguieron inmediatamente cuatro años de dolorosas disensiones con sus colegas más allegados, y luego la desdicha, la angustia y las privaciones de los años de guerra, a lo que siguió un total colapso de la moneda austríaca y la consiguiente pérdida de todos sus ahorros y su seguro. Muy poco después comenzó su torturante enfermedad, que finalmente, después de dieciséis años de sufrimiento, terminó con su vida.

19. La Asociación Psicoanalítica Internacional (1910-1914)

En estos años se inició lo que se dio en llamar el «Movimiento Psicoanalítico», nombre no muy feliz, pero empleado a la vez por amigos y enemigos. Fueron años de desdicha para Freud, durante los cuales añoró el pasado, que a través de la rosada lente de la nostalgia se le mostraba como una época apacible de «espléndido aislamiento». La alegría del creciente éxito y reconocimiento fue seriamente turbada por los signos siniestros de la disensión entre valiosos discípulos suyos, tema éste que exige un capítulo aparte. Freud se sintió enormemente perturbado y consternado a la vez por los insolubles problemas a que esto daba lugar y por toda la complejidad de la situación que debía afrontar para solucionarlos. Pero aquí vamos a limitarnos al aspecto más brillante: el tema de la gradual difusión de las nuevas ideas, que naturalmente significaba tanto para Freud.

A nosotros nos parecía indudable que el Congreso de Salzburgo habría de ser el primero de una serie de reuniones de esa índole. En el momento en que escribo esto (1954), figura efectivamente como el primero de dieciocho congresos ya celebrados. En 1909 tanto Freud como Jung, el organizador del primer Congreso, estaban tan ocupados con las conferencias que tenían que dar en Estados Unidos, en Worcester, que la posibilidad de celebrar otro Congreso ese mismo año no llegó a plantearse seriamente. Pero la impaciencia por celebrarlo lo más pronto posible tuvo como consecuencia que se planteara uno para la primavera siguiente.

Los preparativos fueron confiados nuevamente a Jung, y el Segundo Congreso Psicoanalítico Internacional se celebró en Nuremberg los días 30 y 31 de marzo de 1910. Freud llegó en las primeras horas de la mañana de la víspera del Congreso, con el objeto de reunirse unas horas con Abraham. A causa de ciertas proposiciones que se presentaron de índole administrativa, a las que hemos de referirnos bien pronto, el Segundo Congreso se desarrolló en una atmósfera mucho menos amistosa que la del primero. La parte propiamente científica alcanzó un gran éxito, demostrando la fecundidad de las nuevas ideas. Freud leyó un interesante trabajo sobre *El porvenir de la terapéutica psicoanalítica*, con valiosas sugerencias relativas tanto a su desarrollo interno como a su influencia externa. Su antiguo crítico y amigo Löwenfeld, de Munich, leyó también un trabajo. Las aportaciones del sector suizo —Jung y Honegger— fueron de primer orden.

Freud había estado pensando, desde tiempo atrás, en la posibilidad de reunir más estrechamente a los analistas, y encargó a Ferenczi la tarea de hacer las proposiciones consiguientes en el próximo Congreso. Después de la labor científica, Ferenczi habló en la reunión sobre la organización futura de los analistas y de su obra. Sus palabras fueron recibidas al comienzo con una tempestad de protestas. En su exposición había hecho algunas observaciones muy negativas acerca de la calidad de los analistas vieneses, sugiriendo que el centro de la futura administración sólo podría ser Zurich, con Jung como presidente. Ferenczi, por otra parte, con todo su encanto personal, tenía cierta manera decididamente dictatorial y algunas de sus proposiciones fueron mucho más allá de lo que es habitual en medios científicos. Ya antes del Congreso había informado a Freud de que «el enfoque psicoanalítico no conduce a un igualitarismo democrático: tiene que haber una élite, más o menos dentro del espíritu de las leyes de Platón acerca del gobierno de los filósofos». Freud, en su respuesta, le manifestó que él mismo ya había tenido esa idea.

Después de proponer la sensata idea de crear una asociación internacional, con filiales en los diferentes países, Ferenczi afirmó la necesidad de que todos los artículos y comunicaciones presentados por psiconoalistas fueran previamente sometidos para su aprobación al presidente de la Asociación, quien habría de tener así unas funciones de censura sin precedentes. Fue esta actitud de Ferenczi la que más tarde habría de causar tanto perjuicio a las relaciones entre los analistas europeos y norteamericanos, y que me tocó subsanar a mí, en particular, a costa de años enteros de esfuerzos. La discusión que surgió después del trabajo de Ferenczi fue tan áspera que tuvo que ser pospuesta para el día siguiente. No era el caso, por cierto, de aceptar sus sugerencias más extremas, pero los vieneses, especialmente Adler y Stekel, se opusieron también airadamente a la designación de analistas suizos para cargos de presidente y secretario, cosa que significaría desconocer los prolongados y leales servicios de aquellos. Freud, por su parte, advirtió la ventaja de establecer para la labor común una base más amplia de la que podía proporcionar el círculo judío vienés y que era necesario convencer de esto a sus colegas de Viena. Enterado de que algunos de ellos se encontraban en la habitación del hotel de Stekel realizando una reunión de protesta, se fue allá para dirigirles una apasionada llamada de adhesión. Destacó especialmente la virulenta hostilidad que les rodeaba y la necesidad de apoyo externo para contrarrestarla. Luego, en un gesto dramático, se arrancó violentamente la chaqueta y les dijo: «Mis enemigos quisieran verme morir de hambre. De buena gana llegarían al extremo de quitarme de encima la chaqueta.»

Freud apeló luego a medidas más prácticas para apaciguar a los dos jefes de la revuelta. Anunció que abandonaba la presidencia de la Sociedad de Viena, en la que sería reemplazado por Adler. Consintió también en que, en parte para contrarrestar la direción que ejercía Jung del *Jahrbuch*, se fundaría una nueva revista mensual, el *Zentralblatt für Psychoanalyse*, que estaría a cargo conjuntamente de Adler y Stekel.

Los vieneses se apaciguaron entonces y consintieron en que Freud fuera el director de una nueva revista y Jung el presidente de la Asociación. Jung designó secretario a Riklin, a cuyo cargo estaría también la nueva publicación oficial que se había decidido crear. Ésta era el *Correspondenzblatt der Internationalen Psychoanalyschen Vereinigung* (boletín), que se encargaría de informar a todos los miembros acerca de las novedades de interés, las reuniones de la Sociedad, las publicaciones, etcétera.

Ninguna de estas designaciones, por más que parecían inevitables en aquel momento, tuvo resultados felices. Adler se retiró cinco meses después y un par de años más tarde lo hizo Stekel. Riklin descuidó sus obligaciones de modo tal que los asuntos administrativos llegaron a un estado verdaderamente embrollado, y Jung, como se sabe, no habría de dirigir por mucho tiempo a sus colegas psicoanalistas.

Inmediatamente después de llegar a su casa, Freud envió a Ferenczi el siguiente «epílogo» del Congreso, como él lo llamaba.

«No hay duda de que fue un gran éxito. Nosotros dos, sin embargo, no tuvimos mucha suerte. Mi comunicación tuvo evidentemente un eco muy pobre, y no sé por qué. Había en ella muchas cosas que deberían haber despertado el interés. Tal vez se advirtió lo cansado que yo estaba. Su vigoroso alegato tuvo la desdicha de provocar una repulsa tan grande que se olvidaron de agradecerle las importantes sugerencias que usted les hizo. Todas las sociedades son ingratas: eso no importa. Pero merecemos alguna censura por no haber previsto el efecto que tendría en los de Viena. A usted le habría sido fácil omitir enteramente las críticas y tranquilizarlos con respecto a su libertad científica, con lo cual habríamos privado a sus protestas de gran parte de su vigor. Creo que mi largamente contenida aversión a los vieneses y el "complejo de hermano" de usted nos han hecho a todos un poco cortos de vista.

»Pero esto no es lo esencial. Lo más importante es que hemos realizado una buena labor, que tendrá una profunda influencia en la conformación del futuro. Me he sentido muy feliz al comprobar el complejo acuerdo existente entre usted y yo, y quiero agradecerle afectuosamente su apoyo, que al fin de cuentas fue fructífero.

»Los acontecimientos van a sucederse ahora con rapidez. Veo que ha llegado el momento de llevar a cabo una decisión en la que he estado pensando mucho tiempo. Voy a abandonar la dirección del grupo de Viena y dejar de ejercer influencia oficial alguna. Dejaré la direción a Adler, no porque me agrade hacerlo o me sienta satisfecho con ello, sino porque él es, después de todo, la única personalidad existente aquí y porque colocado en esa posición posiblemente se sienta obligado a defender nuestra causa común. Se lo he manifestado yo a él y he de informar a los demás el miércoles próximo. No creo siquiera que lo lamenten mucho. Ya he caído casi en el penoso papel del viejo disconforme y a quien ya no se quiere. Ciertamente no deseo llegar a esto, de manera que prefiero irme antes de que resulte necesario y por mi propia voluntad. Los

dirigentes serán todos de la misma edad y categoría y podrán desenvolverse libremente y entenderse fácilmente entre sí.

»En lo científico he de cooperar por supuesto hasta mi último aliento, pero me veré libre de todas las molestias que acarrea la dirección y supervisión y podré disfrutar de mi *otium cum dignitate*.»

Después del Congreso de Nuremberg los grupos psicoanalíticos ya existentes se enrolaron como sociedades filiales de la Asociación Internacional y pronto se crearon otros grupos. La primera en registrarse fue la de Berlín, que lo hizo el último día del Congreso, 31 de marzo. Bleuler y unos pocos más renunciaron a la sociedad porque era contrario a sus principios el pertenecer a un organismo internacional, actitud que parecería anticipar la que luego adoptó Suiza frente a la Sociedad de Naciones y a la Organización de las Naciones Unidas. Se trataba naturalmente de una racionalización de parte de Bleuler.

La actitud fluctuante de Bleuler amargó mucho a Freud. Por momentos escribía artículos en apoyo del psicoanálisis y en otros momentos lo criticaba. No era raro, como decía Freud, que Bleuler adjudicara tanta importancia al campo de la ambivalencia, introducido por él en la psiquiatría. Por la posición cada vez más prominente de Bleuler entre los psiquiatras, Freud se sentía ansioso de conservar su apoyo, pero Bleuler y Jung nunca pudieron trabajar bien juntos y llegó un momento, apenas un año después, en que sus relaciones personales dejaron prácticamente de existir. Jung atribuía la actitud hostil de Bleuler hacia él, y en consecuencia su negativa a ingresar en la Sociedad por él fundada, al fastidio que le produjo el hecho de que Jung se hubiera dejado inducir por Freud a ingerir bebidas alcohólicas. La abstinencia total era para Bleuler una religión, tal como lo había sido para Forel, su predecesor. Freud juzgó la interpretación de Jung «inteligente y plausible». «Las objeciones de Bleuler son inteligibles en este punto, pero cuando se dirigen contra la Asociación Internacional no tienen sentido. No podemos, junto a la promoción del psicoanálisis, inscribir en nuestra bandera de luchas cosas tales como la provisión de ropa para los escolares que se mueren de frío. Esto nos haría recordar demasiado los letreros de ciertas posadas: "Hotel Inglaterra y el Gallo Rojo".»

Convenció más tarde a Bleuler para reunirse con él en Munich, en las vacaciones de Navidad. Mantuvo con Bleuler una conversación extensa y muy personal, cuyo resultado fue que establecieron excelentes relaciones entre ambos y el psiquiatra suizo prometió ingresar en la Asociación Internacional. Bleuler debe haber abierto su corazón a Freud, ya que en una carta de éste a Ferenczi leemos: «No es más que un pobre diablo como nosotros y se halla necesitado de un poco de amor, cosa que parece estar descuidada en ciertos sectores que le importan mucho.»

Lamentablemente este estado de cosas no duró mucho y un año después Bleuler renunciaba nuevamente, esta vez para siempre. Su interés fue desplazándose luego, lentamente, de la psiquiatría psicológica a la clínica.

Habrá que decir algo acerca de los primeros progresos de estos grupos, por los que Freud demostraba constantemente su interés, semana tras semana. Después de todo, representaban, aparte de sus propias obras, la esperanza de una futura difusión de sus ideas.

En Viena mismo, donde la Sociedad ya tenía ocho años de antigüedad, la reunión administrativa del 12 de octubre de 1910 designó presidente a Adler, vicepresidente a Stekel, tesorero a Steiner, bibliotecario a Hitschmann y secretario a Rank. A Freud se le confió el título de presidente científico y se convino en que los tres presidentes se turnarían para presidir las reuniones científicas.

En Berlín las cosas se desarrollaban, naturalmente, con mayor lentitud. La Sociedad fue fundada por Abraham el 7 de agosto de 1908, figurando cuatro miembros más: Ivan Bloch, Hirschfeld, Juliusburger y Koerber. Los dos primeros años, Eitingon, aunque estaba en Berlín, prefirió mantenerse alejado y tardó algún tiempo aún en comenzar a ejercer. Cuatro años más tarde todavía era Abraham el único analista activo en la Sociedad.

La «Sociedad Freud» de Zurich existía desde 1907 y su primera reunión se celebró el 27 de septiembre de ese año. Se había iniciado con veinte médicos, a quienes se agregaron poco después los reverendos Keller y Pfister. En 1910 contaba con algunos miembros que no eran suizos: Asagioli, de Florencia, a quien yo había interesado en el psicoanálisis cuando estudiábamos juntos en Kraepelin unos años antes; Trigant Burrow, de Baltimore; Leonhard Seif, de Munich, también amigo mío de la época de Kraepelin; y Stockmayer, de Tubinga. Se había resuelto ahora celebrar reuniones públicas de tanto en tanto, para despertar un mayor interés en un público más amplio. En noviembre de 1910 Bleuler, Binswanger y Riklin leyeron trabajos en la Sociedad Suiza de Alienistas.

El 12 de febrero de 1911 Ferenczi leyó un trabajo sobre «sugestión» en la Sociedad Médica de Budapest, pero la reacción fue enteramente negativa. Durante varios años Hungría no pareció terreno favorable para el psicoanálisis, pero más tarde varios excelentes analistas se agregaron a Ferenczi, dando término a su soledad.

El psicoanálisis era materia de discusión entonces en diversas reuniones y congresos médicos de Europa, pero el único trabajo favorable que conozco de este año es el que leí yo mismo, sobre la teoría psicoanalítica de la sugestión, en el Congreso Internacional de Medicina Psicológica y Psicoterapia celebrado en el mes de agosto en Bruselas.

En Estados Unidos, en cambio, las nuevas ideas estaban hallando ya una recepción más amplia. El interés despertado por las conferencias de Freud y Jung en Worcester el año anterior seguía en aumento. Putnam había publicado un informe personal y muy favorable de esas conferencias. En el curso de su exposición había hecho la desdichada observación de que Freud «ya no era un hombre joven». Esto lastimó bastante a Freud, quien me escribió: «Usted es joven y yo ya he envidiado su incansable actividad. En cuanto a mí, la frase del ensayo de Putnam "ya no es un hombre joven" me hirió más que todo lo que pudo complacerme lo demás.»

Poco después, al traducir un artículo de Putnam para el *Zentralblatt,* se tomó una leve venganza al manifestar en una nota que Putnam «ya estaba mucho más allá de sus años de juventud».

Brill, Putnam y yo comenzamos también nuestra carrera de conferencias y obras sobre el psicoanálisis, y el primer volumen de las traducciones de Brill ya había aparecido en 1909. Aparte de su labor de traductor, Brill realizaba una valerosa lucha en diversas conferencias y debates sobre el tema. Su labor y la mía se superponían muy poco. Él se limitaba principalmente a Nueva York, y con gran éxito, mientras que yo abarcaba una esfera más amplia: Baltimore, Boston, Chicago, Detroit y Washington. Nuestros artículos no eran rechazados en ninguno de los órganos científicos, y especialmente los directores de *The Journal of Abnormal Psychology* y *The American Journal of Psychology,* Morton Prince y Stanley Hall, respectivamente, nos abrieron ampliamente las páginas de sus revistas y recibieron de muy buen grado nuestros trabajos. En el primer número correspondiente a 1910 de la segunda revista nombrada, figuraba mi ensayo sobre Hamlet. El número siguiente contenía traducciones de conferencias de Freud y Jung en Worcester, un artículo de Ferenczi sobre los sueños y un amplio relato, acompañado de ejemplos ilustrativos, que yo escribí acerca de la teoría de Freud sobre los sueños.

No había llegado todavía la hora apropiada para una sociedad puramente psicoanalítica, de manera que propuse a Putnam la formación de una entidad de carácter más amplio, en la que se pudieran discutir las ideas psicoanalíticas. El 2 de mayo de 1910, en el Willard Hotel de Washington, nació la American Psychopathological Association. Cuarenta personas acudieron a la reunión, y se hicieron las siguientes designaciones: presidente, Morton Prince; secretario, G. A. Waterman (su secretario privado de Boston); vocales, A. G. Allen (de Filadelfia), August Hoch (de Nueva York), Adolph Meyer (de Baltimore), J. J. Putnam (de Boston) y yo. Fueron designados cinco miembros honorarios: Claparède (de Ginebra), Forel (de Zurich), Freud (de Viena), Janet (de París) y Jung (de Zurich). Suiza, como se ve, se vio favorecida. Yo fui designado miembro honorario tiempo después. *The Journal of Abnormal Psychology* se convirtió en órgano oficial de la Asociación.

Estaban apareciendo nuevas muestras de interés también en Rusia. M. E. Ossipow y varios colegas más se estaban ocupando de traducir las obras de Freud y nos enteramos también de que la Academia de Moscú había ofrecido un premio al mejor ensayo sobre psicoanálisis. Ossipow se presentó para optar al premio en marzo de 1910, pero nunca llegué a saber si obtuvo algún éxito. En el mes de julio del mismo año visitó a Freud, quien dijo de él que era «una persona espléndida». M. Wulf, que había estudiado con Juliusburger en Berlín, había perdido su puesto en una institución a causa de sus «ideas freudianas». Se trasladó entonces a Odesa y desde allí estableció contacto epistolar con Freud y Ferenczi.

Aunque los nombres de Ossipow y Wulf son los que más merecen recordarse en lo que se refiere a los primeros tiempos del psicoanálisis

en Rusia —y también a los últimos, según pudo verse—, hubo allí algunas otras personas que trabajaban con esa orientación. En 1909 se fundó en Moscú una revista especializada, *Psijoterapia*, en la que aparecieron una serie de artículos y reseñas psicoanalíticas.

De Francia, la única noticia que llegó fue una carta que Freud recibió de R. Morichau-Beauchant a finales de ese año. Nada más se supo de allí durante un par de años, mientras que en Italia Baroncini había publicado el primer trabajo sobre psicoanálisis ya en 1908. Hacia la misma época, Moderna, de Ancona, a quien yo había interesado también en el psicoanálisis cuando trabajábamos en Munich y con quien seguí manteniendo correspondencia durante muchos años, envió copia de un artículo suyo a Freud, quien lo consideró de mucho valor, disponiéndose luego a traducir los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad*. Ferenczi nos informó de una agradable visita que Moderna le hizo en 1910. Assagioli, de Florencia, leyó un trabajo sobre sublimación en el Congreso Italiano de Sexología, en noviembre de 1910.

El estímulo del psicoanálisis se había extendido ampliamente, llegando a lugares tan remotos como Australia. En 1909 Freud nos hizo saber que había recibido una carta de Sydney en la que se le informaba que había allí un pequeño grupo que estudiaba ansiosamente sus trabajos. Cierto doctor Donald Freser había fundado un pequeño grupo y dado numerosas conferencias sobre psicoanálisis en diversas sociedades. Antes de graduarse como médico en 1909, había sido sacerdote de la Iglesia presbiteriana, pero tuvo que renunciar al cargo a causa de sus «ideas freudianas», primer ejemplo —pero muy lejos de ser el último— de esta clase de persecuciones. La chispa se apagó poco después, tal como ocurrió también con la que yo dejé en Canadá.

Dos años más tarde, sin embargo, el doctor Andrew Davidson, secretario de la Sección de Medicina Psicológica y Neurología, invitó a Freud, a Jung y a Havelock Ellis a presentar personalmente trabajos en el Congreso Médico Austral Asiático de 1911. Todos ellos enviaron trabajos que fueron leídos en el Congreso.

En 1910 dio Freud a la publicidad las conferencias pronunciadas en Worcester —las *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*—, el trabajo que había presentado en el Congreso de Nuremberg y cierto número de trabajos menores. Publicó, además de esto, tres trabajos originales. Uno de ellos versaba sobre *El sentido antitético de las voces primitivas*, un descubrimiento que le produjo gran placer por cuanto confirmaba lo que había observado años atrás acerca de un misterioso rasgo del inconsciente. Otro trabajo fue uno de sus tres ensayos sobre «Psicología de la vida erótica». Pero el acontecimiento más importante de 1910 fue su libro sobre Leonardo da Vinci. Aquí no sólo arrojó luz sobre el carácter íntimo de este gran hombre, con el conflicto entre las dos fuerzas impulsoras de su vida, sino que demostró la influencia que sobre su carácter habían tenido los acontecimientos de su más temprana infancia.

Durante el verano de 1910 Gustav Mahler, el famoso músico, se sentía muy desdichado en sus relaciones con su mujer, y el doctor Nepallek, un psicoanalista vienés que era pariente de la mujer de Mahler,

aconsejó a éste que consultara a Freud. Desde el Tirol telegrafió a Freud pidiéndole cita. Freud siempre se mostró muy poco dispuesto a interrumpir sus vacaciones por motivos de trabajo profesional, pero no pudo rehusar tratándose de un hombre de la valía de Mahler. Pero su telegrama, en el que fijaba la fecha de reunión, fue seguido de otro de parte de Mahler en el que éste renunciaba a la cita. Pronto llegó otra requisitoria igual, con el mismo desenlace. Mahler era víctima de la *folie de doute* de su neurosis obsesiva y repitió este juego tres veces. Freud tuvo que anunciarle finalmente que la última oportunidad de verle sería antes de finalizar agosto, fecha en que se proponía partir para Sicilia. Se citaron entonces en un hotel de Leyden, a continuación de lo cual anduvieron caminando durante cuatro horas por la ciudad y realizando una especie de psicoanálisis. Aunque Mahler no había tenido previamente contacto alguno con el psicoanalista, Freud declaró que jamás se había encontrado con una persona que le entendiera con tanta rapidez. Mahler se sintió muy impresionado por una observación de Freud: «Supongo que la madre de usted se llamaba María. Tengo que deducirlo de varios indicios de nuestra conversación. ¿Cómo se explica que se haya casado usted con una mujer de otro nombre, Alma, siendo que su madre desempeñó evidentemente un papel dominate en su vida?» Mahler le dijo entonces que el nombre de su mujer era Alma María, pero que él la llamaba... ¡María! Ella era hija de Schindler, el famoso pintor[60] cuya estatua se alza en el Stadtpark de Viena. Presumiblemente, también en la vida de ella tuvo importancia un nombre. Esta labor analítica produjo evidentemente su resultado, ya que Mahler recuperó su potencia y el matrimonio fue feliz hasta el día de su muerte, que desdichadamente se produjo apenas un año después.

En el curso de la conversación, Mahler dijo de pronto que ahora comprendía por qué su música se vio siempre impedida de alcanzar una máxima altura en sus pasajes más notables, los que se inspiraban en las emociones más profundas, y se veían echadas a perder por la irrupción de una melodía vulgar. Su padre, persona al parecer brutal, trataba muy mal a la madre y cierta vez hubo entre ellos, cuando Mahler era muchacho, una escena especialmente dolorosa. Tan insoportable le *resultó, que salió corriendo* de su casa. En ese preciso momento un grupo callejero estaba silbando la popular aria vienesa *Ach, du lieber Augustin*. Desde ese momento, según opinaba Mahler, la alta tragedia y la fácil diversión se hallaban inexorablemente unidas en su mente, y cualquiera de los dos estados de ánimo acarreaba forzosamente al otro.

A finales de verano de este año, Freud y Ferenczi hicieron un viaje juntos por el sur de Italia. Fueron primero a París, donde pasaron la noche del 1 de septiembre y el siguiente día. Fueron a Florencia, Roma y Nápoles, donde embarcaron para Sicilia, permaneciendo allí hasta el 20. El tiempo que habían pasado en Sicilia resultó ser decisivo para las futuras relaciones entre los dos. Dado que el vínculo entre ellos fue el más importante que Freud llegó a labrar en esta época de su vida, será necesario mencionar brevemente cómo comenzaron las dificultades. Lo que ocurrió en realidad en Sicilia fue simplemente que Ferenczi

se mostraba inhibido, malhumorado y poco responsable en cuanto a los pequeños problemas diarios del viaje. Freud describió la actitud de su amigo como de «tímida admiración y callada oposición». Pero detrás de estas manifestaciones se escondían graves perturbaciones en lo profundo de su personalidad. Por lo que yo supe a través de mis conversaciones íntimas con él, se hallaba acosado por un ansia insaciable y desmedida de amor de parte de su padre. Era la pasión dominante de su vida y constituyó indirectamente la fuente de los desdichados cambios que veinte años más tarde introdujo en su técnica psicoanalítica, cambios que tuvieron como resultado el apartarle de Freud (si bien no a Freud de él). Sus exigencias de intimidad no conocían límites. No debía haber reservas ni secretos entre él y Freud. No se animaba, naturalmente, a expresar abiertamente nada de esto, de modo que esperaba, más o menos confiado, que Freud diera el primer paso.

Pero Freud no estaba en igual estado de ánimo. En las vacaciones se sentía muy contento de despreocuparse de todos los fastidiosos problemas de las neurosis y los conflictos psicológicos profundos, para buscar descanso y renovación en los goces del momento. Y mucho más aún en un viaje como éste, en el que había tantas cosas nuevas interesantes y hermosas que ver y explorar. Lo único que quería era tener un compañero agradable que tuviera gustos semejantes a los de él.

De regreso a su casa, Ferenczi escribió una de sus extensas cartas explicativas, de autoanálisis, en la que expresaba su temor de que a causa de su comportamiento reciente con Freud pudiera abrigar el deseo de no tener nada más que ver con él. Pero Freud se mostraba más amistoso que nunca, tal como lo demuestra la siguiente carta.

«Es notable comprobar con cuánta mayor claridad se expresa usted escribiendo que hablando. Yo conocía, naturalmente, muchísimo o la mayor parte de lo que usted acaba de escribirme y no me será necesario darle más que unas pocas explicaciones. ¿Por qué no le he reprendido, para abrir el camino a una mutua comprensión? Es cierto que esto fue una debilidad de mi parte. Yo no soy el superhombre psicoanalítico que usted se ha forjado en su imaginación ni he superado la contratransferencia. No he podido tratarle a usted de tal modo, como tampoco podría hacerlo con mis tres hijos, porque los quiero demasiado y me sentiría afligido por ellos.

»Usted no sólo ha advertido, sino que lo ha comprendido también, que yo ya no siento necesidad alguna de poner completamente al desnudo mi personalidad, y ha comprendido así mismo cuál es el hecho traumático en que se origina esta actitud. Después del caso de Fliess, en cuya superación me ha visto usted recientemente ocupado, aquella necesidad se ha extinguido. Una parte de la catexis homosexual ha sido retirada y empleada en el ensanchamiento de mi propio yo. He tenido éxito allí donde fracasan los paranoicos.

»Usted debería saber además que yo me sentía menos bien y sufría más, a causa de mi trastorno intestinal, de lo que me mostraba dispuesto a confesar. A menudo me he dicho a mí mismo que quien no pueda

dominar enteramente a su "Conrado"[61] no debería salir de viaje. Es aquí donde debería haber comenzado la franqueza, pero usted no me pareció bastante dueño de sí mismo como para no sentirse en seguida demasiado angustiado por mí.

»En cuanto a las molestias que pudo usted haberme causado, incluyendo entre ellas cierto grado de resistencia pasiva, ocurrirá con ellas lo que sucede con los recuerdos de viaje en general: uno los refina, los pequeños trastornos se olvidan y todo lo que fue hermoso se conserva para propio placer intelectual.

»En cuanto a la suposición que usted hacía acerca de grandes secretos míos, que usted sentía gran curiosidad por conocer, era fácil de ver e incluso factible de reconocer como infantil. Así como le he referido *todo* en materia científica, es muy poco lo que le he ocultado en lo personal. El incidente del *Nationalgeschen*[62] fue, según creo, bastante indiscreto. Mis sueños en esa época estaban enteramente ocupados, como ya más o menos le sugerí, con el asunto Fliess, que, por su índole misma, difícilmente habría de sucitar su simpatía.

»De esta manera, viéndolo todo más detenidamente, las cosas que faltaba explicar entre nosotros no son tantas como quizás creyó usted.

»Más bien prefiero llamar su atención sobre cosas del presente...»

La generosidad y el tacto demostrados por Freud en su trato con Ferenczi y el gran cariño que sentía por él lograron conservar por muchos años esta valiosa amistad hasta que, mucho después de este episodio, se inició la quiebra de la estabilidad mental de Ferenczi.

Fue éste el año de la ruptura con Adler, penoso episodio que será descrito en otro capítulo. Fue la preocupación dominante de Freud en ese año y causa de una gran aflicción. Otros rasgos característicos de ese momento fueron su constante amistad con Jung y su contacto más íntimo con Putnam. El Congreso Internacional de Weimar, en septiembre, fue uno de los que tuvieron más éxito. El psicoanálisis siguió reclutando amigos y adversarios en diversos países. Freud fundó una revista, *Imago*. No tuvo vacaciones prolongadas ese año, de modo que no se alejó de la familia. Escribió muy poco en 1911.

Freud tuvo, en esa época, una curiosa experiencia que bien pudo haber tenido un desenlace fatal. Hacía un mes que estaba sufriendo una ofuscación mental que iba en constante aumento y que le producía dolores de cabeza sumamente intensos noche tras noche. Finalmente se descubrió una fuga de gas, en la unión de la cañería con el tubo de goma que alimentaba su lámpara; había estado, pues, inhalando gas todas las noches durante varias horas. El humo del cigarro le impidió darse cuenta de ello. Tres días después de encontrarse el defecto, Freud estaba completamente restablecido.

A principios de año Freud anunció que su originalidad estaba desapareciendo. La observación es interesante, ya que esto se producía apenas unos meses antes de escribir uno de sus trabajos más originales, sobre psicología de la religión. En agosto tuvo que reconocer que, a pesar de las vacaciones, «todo él era tótem y tabú».

El acontecimiento más destacado del año fue el Congreso de Weimar. Se celebró los días 21 y 22 de septiembre, con una atmósfera amistosa que recordaba el primer congreso. No se produjo esta vez la interferencia de una oposición vienesa. Había pasado previamente unos días con Jung en su nueva casa de Küsnacht y Putnam había ido a Zurich para reunirse con ellos. Otros norteamericanos que asistieron al congreso fueron T. H. Ames, A. A. Brill y Beatrice Hinkle. En total aistieron cincuenta y cinco personas, incluyendo algunos visitantes.

Los trabajos leídos fueron de elevada categoría. Entre ellos pueden citarse varios trabajos clásicos de la literatura psicoanalítica, el de Ferenczi sobre homosexualidad y el de Sachs sobre las relaciones entre el psicoanálisis y las ciencias culturales. El excelente trabajo de Rank sobre «El tema de la desnudez en la poesía y en las leyendas» dio lugar a un divertido episodio. En una breve información sobre el congreso que apareció en un periódico local, se decía que «fueron leídos trabajos sobre la desnudez y otros temas corrientes». Esto entibió nuestro entusiasmo por invitar a periodistas a nuestros congresos.

El hecho más sobresaliente del congreso fue sin duda la presencia de Putnam. Los miembros europeos conocían su noble lucha en Estados Unidos y la alta estima en que le tenía Freud. Su apoyo le compensaba en parte, la amargura de verse ignorado en Viena. Su distinguida y modesta personalidad impresionó hondamente a todos. Lo mismo le ocurió a él respecto a los otros. En el curso de sus numerosas conversaciones con Freud le felicitó por la calidad de sus partidarios. Freud replicó en forma escueta: «Han aprendido a tolerar una parte de la realidad.» Putnam abrió el congreso con un trabajo sobre «La importancia de la filosofía para el desarrollo futuro del psicoanálisis», que dio lugar más tarde a cierta discusión en el *Zentralblatt*. Su ardiente alegato en favor de la introducción de la filosofía —si bien solamente de la filosofía hegeliana, que él profesaba— en el psicoanálisis no encontró mucho éxito. La mayor parte de nosotros no veía la necesidad de adoptar un determinado sistema. Freud se mostró, por supuesto, muy cortés al respecto, pero más tarde me manifestó: «La filosofía de Putnam me hace pensar en un decorativo centro de mesa. Todos lo admiran, pero nadie lo toca.»

Freud inició las actividades del segundo día con un artículo que presentó modestamente como un suplemento al famoso caso Schreber. Tuvo la importancia histórica de haberle dado ocasión por primera vez de ocuparse de la tendencia de la humanidad a crear mitos. También se refirió por primera vez al totemismo e hizo la afirmación de que el inconsciente no sólo contiene material de la infancia sino también vestigios del hombre primitivo.

Freud y Jung mantenían todavía las mejores relaciones. Recuerdo que alguien se atrevió a decir que los chistes de Jung eran bastante vulgares, a lo que Freud replicó en forma tajante: «Es una vulgaridad saludable.»

Durante nuestra estancia en Weimar, Sachs y yo aprovechamos la oportunidad de visitar a la hermana y biógrafa de Nietzsche, Frau Elisa-

beth Nietzsche de Förster. Sachs le habló del Congreso y se refirió a la semejanza entre algunas ideas de Freud y las de su famoso hermano.[63]

En su informe administrativo al Congreso nos hizo saber Jung que la Asociación Internacional contaba ahora con ciento seis miembros.

En Estados Unidos no era poco lo que se estaba haciendo. Freud me había insistido en la necesidad de crear una rama norteamericana de la Asociación Internacional, de modo que me ocupé del asunto con Brill y con Putnam. Este último aceptó ocupar la presidencia si yo iba a ser el secretario. Mi plan era que el nuevo organismo incluyera a los analistas de todo el país y que las sociedades locales que se formaran posteriormente, con el propósito de celebrar reuniones más frecuentes, se transformaran en ramas de la Asociación matriz. Pero este plan tardó más de veinte años en ser finalmente aceptado, a causa de que Brill, a despecho de la presión ejercida por Freud, estaba ansioso de conseguir para la Sociedad que se proponía fundar en Nueva York el prestigio de ser una rama directa de la Asociación Internacional. Tal vez no le agradaba la idea de que «su» Sociedad fuera de algún modo subordinada a la «mía». Nuestra divergencia se planteó en el más amistoso de los tonos. Brill creó la Sociedad en Nueva York el 12 de febrero de 1911, con veinte miembros, e inmediatamente esta entidad se acogió a las leyes estatales. El ocupó el cargo de presidente, B. Onuf fue designado vicepresidente, y H. W. Frink, secretario. C. P. Oberdorf fue el último superviviente de los miembros fundadores que continuaron actuando en el psicoanálisis.

Poco después envié circulares a los analistas que residían fuera de Nueva York y el 9 de mayo de 1911 se realizó en Baltimore la primera Asociación Psicoanalítica Americana.

Asistieron ocho personas: Trigant Burrow, de Baltimore; Ralph Hamill, de Chicago; J. T. Mac Curdy, de Baltimore; Adolf Meyer, de Baltimore; J. J. Putnam, de Boston; G. L. Taneyhill, de Baltimore; G. A. Young, de Omaha; y yo, que me hallaba entonces en Toronto. La mitad de los miembros procedía de Baltimore. ¡Este fue el modesto comienzo de la actualmente tan poderosa organización! Pero en nuestra segunda reunión, el año siguiente, ya contaba con veinticuatro miembros y había una serie de solicitudes pendientes. Ambas sociedades fueron oficialmente incorporadas por el Congreso de Weimar de septiembre de 1911.

De Inglaterra seguían llegando pocas noticias. A comienzos de año Freud había sido designado miembro honorario de la Society for Psychical Research[64] y un año después envió un artículo sumamente conciso para un número especial dedicado a la psicología médica. Cuando le hice saber mi intención de regresar a Inglaterra, me escribió: «Usted conquistó América, por decirlo así, en sólo dos años y no me siento nada seguro respecto al curso que tomarán las cosas cuando usted se vaya. Pero estoy contento de que vuelva a Inglaterra, ya que confío que usted hará lo mismo por su patria, que, dicho sea de paso, se ha hecho terreno más fértil desde la época en que usted se fue. He tenido que rechazar no menos de tres ofrecimientos, por parte de traductores ingle-

ses, de hacer la versión de la *Interpretación de los sueños*, esperando, como usted sabe, que pronto la ha de hacer Brill. Tuve que contestar cartas procedentes de ciudades como Bradford y hubo un médico, por lo menos, Osler,[65] que me envió un paciente, el cual se encuentra todavía en tratamiento con Federn. Su tarea puede resultar, por lo tanto, menos dura de lo que usted parece creer.» Por otra parte, *Brain*, la famosa revista de neurología, dedicó un número especial al tema de la histeria, en el que apareció un magistral ensayo de Bernard Hart sobre *El concepto de la histeria en Freud*, con una lista bibliográfica compuesta por doscientas ochenta y una referencias a la literatura psicoanalítica. Más tarde, el 28 de julio de 1911, M. D. Eder leyó un trabajo en la Sección Neurológica de la British Medical Association. Se trataba del primer relato que se publicaba en Inglaterra sobre el análisis de un paciente, pero de ningún modo del primer tratamiento realizado en dicho país. El auditorio estaba formado por ocho personas, que abandonaron la sala cuando Eder llegó a la etiología sexual.

En la primavera de ese mismo año, Freud decidió, con Rank y Sachs, la publicación de una nueva revista, que estaría dedicada a las aplicaciones médicas del psicoanálisis. Era éste un aspecto de su labor que le atraía especialmente, y la razón por la cual se le ocurrió este proyecto precisamente entonces fue que ya estaba en ese momento enteramente preocupado con el estudio de la religión, del que surgirían los ensayos sobre el totemismo del año siguiente. Me dijo entonces que la nueva revista se llamaría *Eros-Psyche*, nombre que había sido sugerido, como supe más tarde, por Stekel. Esta denominación fue sustituida más tarde por la de *Imago*, propuesta por Sachs y tomada de la profunda novela de Spitteler que llevaba ese nombre. Freud encontró gran dificultad en dar con un editor para esta nueva empresa, y la idea fue rechazada por los cuatro primeros a quienes se dirigió: Bergmann, Deuticke, Barth y Urban y Schwarzenberg. Finalmente convenció a su amigo Heller para que se hiciera cargo de editarla. Fue un éxito completo y el primer número apareció en enero de 1912.

La ruptura con Adler fue cosa definitiva ya en 1911. Faltaba todavía Stekel, de quien se vio obligado a separarse a finales de 1912. En este año comenzaron a enfriarse también sus relaciones con Jung, de quien no se separó sino al cabo de dos años, por cierto penosos.

En esa época, en que los preparativos para un congreso eran relativamente sencillos, se tuvo la idea de hacer uno cada año. La razón por la cual no se celebró ninguno fue que Jung se había propuesto dar una serie de conferencias en Nueva York hacia el fin del verano y se consideraba enteramente imposible la idea de un congreso sin la asistencia del presidente. Esto da la medida de la importancia personal de Jung en esa época.

Smith Ely Jelliffe había conseguido que la Fordham University, una institución jesuítica, invitara a Jung a dar una serie de ocho conferencias en septiembre. Tratábase de una invitación que yo había rechazado considerando que era una tribuna nada adecuada para ocuparse de psicoanálisis. Freud no se sentía muy satisfecho con esto y además tenía

evidentes dudas sobre si era oportuno el viaje de Jung a Nueva York en esa ocasión. Fue éste efectivamente el momento en que comenzaron a cambiar las relaciones entre los dos. Cuando me encontré con Freud en el mes de junio le pregunté por qué no había dispuesto presidir él mismo el Congreso. Me contestó que no había pensado en esa idea y que, de todos modos, le correspondía al propio Jung hacer tal sugerencia.

Freud consideraba el año 1912 como uno de los más productivos. La razón era su gran obra *Tótem y tabú*. La nueva revista, *Imago*, había comenzado a publicarse en enero y antes de finalizar el año Freud inició la publicación de otra más, el *Zeitschrift*. Pero fue, en conjunto, un año de ansiedad y desdicha, durante el cual además estuvo bastante enfermo. No es difícil suponer que hayan existido oscuras relaciones entre todas estas cosas.

Al enviar a Abraham una felicitación de Año Nuevo, le decía además: «En cuanto a mí, no es mucho lo que espero. Tenemos por delante una época sombría. El reconocimiento no florecerá sino en la próxima generación. Pero nos corresponde a nosotros la alegría incomparable del primer descubrimiento.»

A comienzos de año le llegaron noticias de Jung acerca de una tormentosa campaña en los periódicos de Zurich. El psicoanálisis era violentamente atacado. El *Pfarrer* Pfister fue llamado a dar cuenta a sus superiores y parecía probable que se le despojara de su ministerio, cosa que afortunadamente no ocurrió. Riklin informó a Freud de que la campaña había tenido un efecto desastroso en los consultorios de los psicoanalistas, incluso en el de Jung, y le rogaba que les enviara algunos pacientes. Freud creyó siempre que esta campaña adversa fue una de las razones del cambio que poco después se produjo en sus partidarios de Suiza. A los suizos les resultaba siempre difícil verse enfrentados a sus compatriotas.

Cuando Freud volvió de sus vacaciones veraniegas de 1912, en las que había visitado nuevamente Roma, un intenso trabajo le esperaba. La lista de los pacientes que le aguardaban era extensa. El auditorio de sus conferencias había alcanzado a cincuenta o sesenta personas. Las dificultades con Stekel llegaron a su culminación en noviembre.

El desaliento que le causaban las desavenencias con Stekel y Jung en esa época no impedía que los estados de ánimo de Freud fueran muy fluctuantes. Así, escribía en octubre: «Me siento en un excelente estado de ánimo y le envidio las cosas hermosas que usted está viendo, y especialmente lo que le espera en Roma.» Pero un par de semanas más tarde pone de manifiesto todo lo contrario en el exaltado saludo al primer libro de psicoanálisis en inglés, *Papers on Psycho-Analysis*. Era la cosa más natural del mundo que yo le dedicara el libro. Sin embargo, no sólo se vio impulsado a expresarme su agradecimiento telegráficamente, sino que me escribió lo siguiente: «Me he sentido tan profundamente emocionado por su última carta, en la que me anuncia la dedicatoria de su libro, que he resuelto no esperar hasta su aparición material para escribirle una carta que le expresa mi orgullo y mi amistad.» La

vida no le ofrecía, en esa época, demasiados momentos brillantes y la pérdida de varios colegas le hizo valorar indudablemente mucho más el contacto con los que quedaban.

Freud publicó en 1912 una serie de trabajos breves, pero había dos temas que dominaban su pensamiento en ese año: la exposición de su técnica y la psicología de la religión. Se puede percibir una relación entre estos dos temas aparentemente dispares. Los dos tenían que ver con la creciente disensión planteada por la escuela suiza. Freud creía que esta divergencia, así como las de Adler y Stekel, se debían en gran parte a un conocimiento imperfecto de la técnica del psicoanálisis y que, por lo tanto, era su deber exponer esta última en una forma más completa de como lo había hecho hasta entonces. En cuanto a la resurrección de su interés por la religión, se relacionaba en gran parte con la extrema incursión de Jung en los terrenos de la mitología y el misticismo. Las conclusiones de sus respectivos estudios fueron bien opuestas: Freud se sentía más firme que nunca en sus convicciones acerca de la importancia de los impulsos incestuosos y del complejo de Edipo, mientras que Jung tendía, cada vez más, a considerar que todo esto no tenía el sentido literal que parecía encerrar, sino que simbolizaba tendencias más esotéricas de la psique.

El acontecimiento más importante en la vida de Freud en 1913 fue la ruptura final con Jung, que se produjo en septiembre, en el Congreso de Munich. Ya no volvió a encontrarse nunca más con él, si bien continuaron manteniendo ciertas relaciones formales hasta el año siguiente. El año 1913 fue, tomado en conjunto, un año colmado de ansiedad y desdicha. Pero en la descripción que de ello hace Freud en el mes de octubre todo esto aparece hasta cierto punto atenuado: «Difícilmente puedo recordar una época tan plena de mezquinos agravios y de hechos enojosos como ésta. Es algo así como una violenta lluvia que le pone a uno en situación de esperar a ver quién resistirá más, si uno mismo o el genio maligno que alimenta el mal tiempo.» Este mismo mes, dirigiéndose a Pfister, se refirió a sí mismo como un «alegre pesimista».

A mediados de enero supimos que se había desatado el pánico en Boston. La policía de esta ciudad, sin duda hostigada por alguien, había amenazado a Morton Prince con llevarle ante los tribunales por las «obscenidades» que estaba publicando en su *Journal of Abnormal Psychology*. Como se ve, su generosidad con los psicoanalistas fue mal recompensada y esto justificaba hasta cierto punto sus recelos, que Freud había tomado erróneamente por «gazmoñería puritana». Pero Prince, que había ocupado no hacía mucho el cargo de intendente de la ciudad, sabía cómo parar tormentas como ésta sin necesidad de comparecer ante los tribunales.

El 14 de ese mismo mes, se registró un acontecimiento importante en el hogar de Freud. Era la boda de su segunda hija, Sophie, con Max Halberstadt, un yerno que fue para él tan grato como lo había sido el primero.

Durante los seis primeros meses del año se entregó a la redacción de *Tótem y tabú*. Freud elaboró esta obra fundamental en una de esas

épocas que se sucedían cada siete años, acompañadas de sus máximos periodos de actividad creadora, y él mismo la clasificó en cierta ocasión como la mejor de las que jamás había escrito.

En los dos años anteriores Jung había estado ahondando profundamente en el campo de la literatura, de la mitología y de la religión comparativa, y los dos habían mantenido conversaciones sobre el particular. Freud empezaba ya a sentirse descontento con el rumbo de las investigaciones de Jung. Este estaba sacando de este campo ajeno conclusiones infundadas, aplicándolas a la interpretación de los datos clínicos, mientras que el método de Freud consistía en ver hasta qué punto las conclusiones de que había partido, derivadas de su experincia analítica personal, podían desvelar los problemas más recónditos de la primitiva historia del hombre. Ya con ocasión de la fobia a los caballos del pequeño Hans se había percatado Freud del significado inconsciente de los animales y de la equiparación totemística entre ellos y la idea de un padre. Abraham y Ferenczi también habían informado sobre casos similares, aun cuando el tótem de los neuróticos consistía en un objeto inanimado, como un árbol. Luego apareció, en el año 1910, la voluminosa obra en cuatro tomos de Frazer sobre *Totemism and exogamy*, que proporcionó a Freud abundante materia de reflexión.

Tras regresar a Viena después del Congreso de Weimar, celebrado el mes de septiembre de 1911, Freud se sumergió en el vasto material que había de manejar antes de que pudiera desarrollar sus ideas acerca de las semejanzas existentes entre las creencias y costumbres primitivas y las fantasías inconscientes de sus pacientes neuróticos. Evidentemente, estaba iniciando uno de sus grandes periodos creadores.

Algunas semanas después se desahogaba con las siguientes reflexiones: «La tarea de *Tótem* supone un trabajo bestial. Leo gruesos libros sin sentir realmente interés por ellos, puesto que ya sé los resultados; mi instinto me lo dice. Pero tienen que venir por sus pasos contados y a través de todo el material sobre el tema. Mientras procedo así, la propia percepción se torna nebulosa; son muchas las cosas que no encajan, pero no deben forzarse. El caso es que no todas las noches tengo tiempo; de forma que así van las cosas. Con todo este asunto siento como si, tratando tan sólo de comenzar un flirteo, descubriese luego que había de tomar otra esposa para el resto de mi vida.»

Los dos meses siguientes brindaron pasajes de excepcional interés para el historiador del carácter y la personalidad de Freud. Durante la redacción, todo marchaba bien: «Actualmente escribo el *Tótem* con la sensación de que es mi obra más importante, la mejor, quizá mi última gran obra. Mi seguridad interior me dice que voy acertado. Desgraciadamente cuento con muy poco tiempo para el trabajo, por lo que continuamente tengo que esforzarme en sujetar una y otra vez el genio, y esto perjudica el estilo.» Unos cuantos días más tarde: «Estoy trabajando en la última sección del *Tótem*, que aparece en el momento mismo en que se abre el abismo[66] a pasos agigantados... No he escrito nada con tanta convicción desde *La interpretación de los sueños*, así que puedo adivinar la suerte del ensayo.» Cuando apareció, su acogida no difi-

rió mucho de la del otro libro. Explicó a Abraham que el ensayo saldría antes del congreso (de Munich), y «servía para trazar una neta división entre nosotros y toda la religiosidad aria. En efecto, será su consecuencia». El mismo día, 13 de mayo de 1913, después de acabado el libro, escribió también a Ferenczi: «Desde *La interpretación de los sueños* no he trabajado en nada con tanta seguridad y alegría. Pero la acogida será la misma: una tormenta de indignación, salvo entre aquellos que me rodean. En cuanto a la disputa de Zurich, llega en el mejor momento para disgregarnos, como un ácido corroe una sal.»

Quince días más tarde, sin embargo, el tono había cambiado por completo. Como muy a menudo sucede tras un gran éxito, el júbilo fue sustituido por la duda y el miedo. Con este cambio se suavizó así mismo la belicosa actitud de Freud. «Jung está chiflado, pero yo no quiero una escisión, preferiría que nos dejara por su propia voluntad. Quizá mi *Tótem* acelere la ruptura aun en contra de mi deseo.»

Ferenczi y yo leímos juntos las pruebas en Budapest, y escribimos a Freud haciendo un gran elogio. Sugerimos que había conservado en su imaginación las experiencias que describía en su libro, que su júbilo representaba la emoción de matar y comer al padre, y que sus dudas constituían sólo la reacción. Cuando en una visita a Viena unos días más tarde le vi, y le pregunté cuál era la razón de que el hombre que había escrito *La interpretación de los sueños* pudiera tener ahora esas dudas, me contestó muy juiciosamente: «Entonces exponía el deseo de matar al propio padre, y ahora he descrito la muerte efectiva; después de todo hay una gran distancia entre un deseo y una acción.»

La primera sección de *Tótem y tabú*, sobre «El horror al incesto», se refiere a las extraordinariamente diversificadas precauciones que toman las tribus primitivas para evitar las más remotas posibilidades de incesto, o incluso una relación que ni por asomo pudiera parecérsele. Es evidente que se muestran mucho más sensibles al respecto que cualquier pueblo civilizado, castigándose a menudo la infracción del tabú con la muerte inmediata. Freud infería que la consiguiente tentación debía ser mayor entre ellos, pues no podían confiar, como nosotros lo hacemos, en represiones perfectamente organizadas. En ese sentido, podía comparárselos con los neuróticos, que acostumbran desarrollar fobias complicadas y otros síntomas que sirven a idénticos fines que los primitivos tabúes.

La segunda sección, cuatro veces más extensa que la primera, lleva por título «El tabú y la ambivalencia de los sentimientos». Freud pasaba aquí revista al ancho campo de tabúes en su casi infinita variedad. Para el creyente no existe ninguna razón o explicación más allá del tabú. Es independiente, y las consecuencias fatales de su ultraje son igualmente espontáneas. Su más parecido ejemplo en los tiempos modernos es la conciencia, a la que Freud define como aquella parte de uno mismo que se conoce con la certeza más incontrovertible.

La persona o cosa sobre las que pesa un tabú están dotadas de poderes prodigiosos, tanto para el bien como para el mal. Cualquiera que los toque, incluso accidentalmente, queda similarmente dotado: por

ejemplo, al comer una porción de alimento el jefe ha sido revocado, aun cuando el consumidor ignore su fundamento. Pero meses de complicados procedimientos, la mayoría consistentes en varias privaciones, pueden, sin embargo, purificarle. En un tabú la prohibición esencial consiste en el contacto, y Freud lo compara al *délire de toucher* de los neuróticos obsesivos, que es igualmente temido por por miedo a que se derive de ello alguna desgracia terrible.

Freud trazó un estrecho paralelismo entre lo que podría denominarse la sintomatología de los tabúes primitivos y la de los neuróticos obsesivos. En los dos casos existe: 1) una ausencia completa de motivación consciente, 2) la aparición imperiosa a partir de una necesidad interior, 3) la facultad de ser separado y de contagiar a otras personas, y 4) la exigencia de actos de ceremonial encaminados a contrarrestar el daño tenido. Puesto que aquéllos consisten en privaciones, Freud deducía que los propios tabúes significaban originalmente una renuncia de algo que constituía una tentación, pero que por alguna razón importante llegaba a ser prohibido. Cuando una persona transgredía un tabú, se convertía en tabú, a menos que despertara los deseos prohibidos en sus semejantes. Sin embargo, Freud señalaba una importante distinción entre los impulsos inconscientes que se hallan reprimidos en los dos campos: en el caso de los neuróticos, aquéllos son de naturaleza típicamente sexual; en los tabúes primitivos se refieren a varios impulsos antisociales, principalmente el de agresión y muerte. «Por una parte las neurosis despliegan curiosas y enormes semejanzas con las grandes producciones sociales del arte, la religión y la filosofía, pero por otra, presentan la apariencia de caricaturas de los mismos. Cabe aventurar la afirmación de que la histeria es una caricatura de una creación artística; la neurosis obsesiva, una caricatura de la religión; y las quimeras paranoicas, la caricatura de un sistema filosófico.»

El tercer ensayo trataba sobre «Animismo, magia y la omnipotencia de las ideas». Frazer ha descrito el proceso de la magia como el de «los hombres que confunden el orden de sus ideas con el orden de la naturaleza, imaginando por ello que el dominio que poseen, o creen poseer, sobre sus pensamientos les permite ejercer el correspondiente dominio sobre las cosas». Sin embargo, Freud deseaba penetrar más allá de esta descripción estática, que correspondía a la psicología asociativa del siglo XIX, y descubrir algo de los factores dinámicos que operan. Veía la base de la magia en la exagerada confianza del hombre en el poder de sus pensamientos, o, más exactamente, sus deseos, y ponía en relación esta actitud primitiva con la «omnipotencia de las ideas » que podía descubrirse en las fantasías neuróticas y en la vida mental de los niños pequeños.

La cuarta sección, que es con mucho la más importante de todas, fue titulada «El retorno infantil al totemismo», y era la única alrededor de la cual giraba todo el libro.

Con toda probabilidad, los tótems eran en su origen animales, aunque posteriormente podían haber representado también las plantas el papel de aquéllos. Para el clan que derivaba su descendencia de una es-

pecie particular (conforme a la línea materna), estaba rigurosamente prohibido matar a esa especie de animal. Por el contrario, había que cuidarlo, y él protegía a su vez a su clan. McClellan, que fue el primero que en 1865 describió esta religión primitiva, consideró que estaba vinculada con la exogamia, la práctica que prohibió toda relación sexual entre los miembros del mismo clan, o lo que es lo mismo, entre aquellos que compartían el mismo tótem y el mismo nombre totémico.

A continuación discutía Freud las numerosas interpretaciones del totemismo que se habían ofrecido hasta entonces, la mayor parte de las cuales son obviamente muy artificiosas. Tenía la ventaja de conocer bien la actitud de los niños pequeños para con los animales, su capacidad para identificarse íntimamente con ellos, y la frecuencia con la que escogían la especie que más temían. El psicoanálisis descubrió que el animal temido era un símbolo inconsciente del padre, a quien se amaba y odiaba a un mismo tiempo. El «ancestro» totemístico de los clanes de los pueblos primitivos debió tener el mismo significado, y desde este punto de vista son fácilmente comprensibles los diversos rasgos de tabú, ambivalencia de sentimiento, y así sucesivamente.

En cuanto a la exogamia, que no es sino una complicada garantía contra la posibilidad de cometer incesto, Frazer ha proporcionado razones abrumadoras para suponer que las poblaciones primitivas sienten una acusada tendencia hacia el incesto, mucho mayor que la de los pueblos civilizados. Desde luego, ignoraba por completo su importancia para los niños pequeños, pero fue fácil para Freud captar la conexión entre totemtismo y exogamia, que representaban las dos vertientes del conocido complejo de Edipo, la atracción hacia la madre y los deseos de muerte contra el padre rival.

Luego se plantea la delicada cuestión del origen histórico de esas grandes y primordiales instituciones de las que toda religión posterior parece haber derivado luego de su depuración y evolución. Aquí vino en apoyo de Freud la sugerencia de Darwin de que la humanidad primitiva debía haberse parecido a los monos superiores que vivían en pequeñas hordas y que incluían un macho dominante y varias hembras. Atkinson imaginó que este estado de cosas llevaría inevitablemente, como entre tantos de los grandes animales, a la obsesiva prohibición del incesto del macho impuesta a sus jóvenes rivales. La especial contribución de Freud en esta cuestión fue la de suponer que periódicamente los hijos crecidos se asociaban en pandillas, mataban y devoraban al padre. Esto promueve la cuestión de la suerte del «clan hermano», que quedaba abandonado. Freud postulaba sentimientos ambivalentes hacia el padre muerto, estimulados también por las dificultades que surgían de las disputas y rivalidades entre los hermanos. Esto conduciría al remordimiento y a una obediencia atrasada a su voluntad respecto a sus mujeres, es decir, a una barrera contra el incesto.

Llegado a este punto, Freud introdujo la aportación de los importantes escritos de Robertson Smith sobre el tema del sacrificio y los festivales del sacrificio. En estas fiestas se mata y se come al tótem en una ceremonia, repitiendo por tanto la acción original. A ello siguen lamen-

taciones y luego un regocijo triunfal y excesos salvajes. De esta forma se mantiene la comunidad permanente de la sociedad, entre ellos mismos y con su antecesor, cuyas virtudes acaban de incorporar.

Con el transcurso de miles de años, el tótem se convertía en un dios, y surgía la complicada trama de las distintas religiones. Freud no prosiguió el tema en esta dirección, sino que expresó algunas reflexiones interesantes sobre las más tempranas formas de tragedia griega, en donde el héroe, a pesar de las advertencias del coro, prosigue una senda prohibida y halla su merecida condena. Freud apuntaba que esto era una inversión —que él denominaba hipócrita— del significado originario en donde los hermanos, representados aquí por el coro, eran los transgresores, y el héroe simplemente una víctima.

Hay una célebre frase al final, en donde Freud habla de «los orígenes de la religión, la moralidad, la vida social y el arte confluyendo en el complejo de Edipo». Para concluir discutía entonces la cuestión de si la evolución social que él había postulado no podía explicarse por reacciones de culpa contra los *deseos* hostiles del hijo solitario, lo que sabemos que suele ocurrir en el desarrollo individual. Era ésta una lección que había aprendido años antes y a un precio amargo a través de su experiencia personal. Por otro lado, existen buenas razones para creer que para un niño un deseo es lo mismo que una acción, antes de que desarrolle los poderes de autodominio y el conocimiento de la realidad; pues en verdad no existe una pausa intermedia para la reflexión. Freud consideró probable que lo mismo debía haber sido cierto respecto al hombre primitivo, quien todavía contaba con tan escaso dominio de sí. Por tanto, concluía, «en el principio era la acción».

Freud acertó en su predicción de que el libro sería mal recibido. Fuera de los círculos analíticos fue considerado como una fantasía personal más de Freud y acogida con un total escepticismo.

En la primera semana de agosto, en el Congreso Internacional de Medicina, hubo un duelo entre Janet y yo, que puso fin a las pretensiones de aquél: Janet sostenía haber sido el creador del psicoanálisis, y que Freud no había hecho más que estropearlo posteriormente. He aquí la respuesta de Freud a esta noticia.

«Marienbad, 10 de agosto de 1913

»Mi querido Jones:

»No puedo expresar la satisfacción que me causa su información sobre el Congreso y la derrota que infligió usted a Janet en presencia de sus compatriotas ingleses. El interés por el psicoanálisis y por usted son en Inglaterra la misma cosa, y ahora confío en que usted "*schmieden das Eisen solange es warm ist*".[67]

»Lo que nosotros queremos es juego limpio, y por lo visto esto se consigue más fácilmente en Inglaterra que en ninguna otra parte.

»Brill no vendrá. Me escribe que su familia, la mujer y la hija, quieren tenerle este año con ellas. Ha sido nombrado jefe de clínica psiquiátrica en la Universidad Columbia, de modo que ya está afincado y finalmente es independiente.

Estoy por dejar Marienbad para dirigirme a San Martino di Castrozza, Hotel des Alpes. Hemos tenido mal tiempo aquí, muy frío y húmedo. Apenas puedo escribir, a causa del reumatismo en el brazo derecho. Quizá tengamos más heladas en las montañas.

»Siga dándome buenas noticias durante estas cuatro semanas. Usted me hace sentir fuerte y lleno de esperanzas.

»Sinceramente suyo,

»FREUD»

San Martino di Castrozza, adonde Freud llegó el 11 de agosto, está a una altitud aproximada de 1.700 metros, en el corazón de los Dolomitas, en el extremo del Valle Primiero. Ferenczi se unió a la familia Freud el 15 de agosto —también Abraham estuvo allí unos días— y viajó con Freud al Congreso de Munich. Llegaron a Bayerischer Hof el 5 de septiembre por la noche.

Ferenczi y yo mantuvimos ese verano numerosas conversaciones con Freud acerca de cuál sería la manera más conveniente de afrontar la situación creada por Jung al apartarse de los principios básicos del psicoanálisis. Entre Freud y él ya no existían sentimientos amistosos, pero el asunto iba mucho más allá de toda cuestión personal. Freud se mantenía optimista en cuanto a la posibilidad de conservar por lo menos cierta cooperación formal y ambos —él y Jung— deseaban evitar todo lo que pudiera parecer una querella. Llegamos así al congreso, que debía celebrarse el 7 de septiembre, con la esperanza de que no habría de producirse una ruptura formal.

Freud no estaba dispuesto a presentar un trabajo al Congreso y Abraham tuvo que emplear toda su capacidad de persuasión para inducirle a hacerlo. Fue así como presentó *La predisposición a la neurosis obsesiva,* un trabajo importante en el que dejó establecido que la fase sádico-anal es un período pregenital corriente en el desarrollo de la libido.

Mi trabajo fue el único en que se hacía una crítica directa a las opiniones de Jung, de modo que lo sometí previamente a la consideración de Freud. Le escribí al mismo tiempo: «Los párrafos que se refieren directamente a Jung no me satisfacen. Cuando yo digo que no puedo entender por qué continúa analizando fantasías de naturaleza enteramente secundarias y no causables, él podría replicarme: "Porque la libido y la energía necesarias para la realización de la *Aufgabe* han quedado ancladas allí y tienen que ser liberadas mediante el análisis." No es fácil replicar a esto sin salirse del terreno de la terapéutica para enfrentarse con otras partes de su teoría.» He aquí la respuesta de Freud.

«29 de agosto de 1913

»Mi querido Jones:

»Su trabajo es excelente, sumamente claro, inteligente y justo. Siento alguna resistencia a escribirle en inglés después de leer su alemán. Usted tendría que aprender también la escritura gótica.

»Tiene razón al decir que hay cierta parquedad en las observaciones que hace con motivo de un punto importante que usted critica a

Jung. También podría agregar que hay un especial interés en abstenerse de afirmaciones decisivas con respecto a los casos de neurosis obsesiva, en los que el paciente se mantiene a la espera de renovar con los preceptos que le llegan de afuera el juego antes realizado con los que provenían de dentro de él mismo. En cuanto a la cuestión de la importancia de las fantasías inconscientes, no veo por qué tendremos que someternos al arbitrario juicio de Jung en lugar de consultar la necesaria decisión del paciente al respecto. Si éste valora tales creaciones como sus más preciados secretos (productos de sus "sueños diurnos"), tenemos que aceptar esta actitud y asignarles un papel de los más importantes en el tratamiento. Y ello dejando de lado la cuestión de si esta importancia es de carácter etiológico: esto está fuera de lugar aquí, es más bien pragmática.

»Sus observaciones sobre la estima de que goza el psicoanálisis en Inglaterra desde tiempos atrás, me han hecho reír de todo corazón; usted tiene mucha razón.[68]

»Dentro de pocos días tendré el placer de conversar con usted sobre otros temas. No se olvide: es el Bayerischer Hof.

»He recibido un buen trabajo sobre psicoanálisis de un tal Becker de Milwaukee. Los primeros trabajos de los que se nos acercan parecen ser siempre muy buenos. Esperemos que el tiempo nos diga lo que será capaz de escribir este hombre más adelante.

»*Au revoir*, suyo,

»FREUD»

Asistieron al Congreso ochenta y siete personas, entre miembros e invitados. El nivel científico de los aportes fue mediocre, si bien hubo dos interesantes trabajos de Abraham y Ferenczi. Un trabajo leído por uno de los suizos, lleno de estadísticas, era tan aburrido que Freud me hizo esta observación: «Se han hecho contra el psicoanálisis toda clase de críticas, pero ésta es la primera vez que se podría decir que es tedioso.» Jung dirigía las sesiones en forma tal que se sentía la necesidad de protestar de algún modo. Cuando se volvió a proponer su nombre para la presidencia, Abraham sugirió que los que se oponían a su designación se abstuvieran de votar, de modo que fue reelegido, y aceptó el cargo, por cincuenta y dos votos contra veintidós. Observando que yo era uno de los disidentes, vino hacia mí y, con una agria mirada, me dijo: «Yo creí que usted era cristiano» (es decir, no judío). Tenía la apariencia de una observación sin mayor importancia, pero presumiblemente encerraba cierto significado.

Freud demostró cierta ansiedad acerca de la actitud que tomaría Putnam en la disensión con Jung. Le envié una larga carta que acababa de recibir del primero y su comentario fue el que aquí transcribo. «La carta de Putnam resultó muy divertida. Sin embargo, no dejo de temer que si se aparta de Jung a causa del misticismo y la negación del incesto, podrá abandonarnos a nosotros, en cambio, por nuestra defensa de la libertad sexual. La pregunta escrita con lápiz, de segunda intención,

hace pensar bastante en ese sentido. Me pregunto qué es lo que usted contestará. Espero que no le negará que nuestras simpatías están por la libertad individual y que a nuestro juicio no representa ningún progreso el rigor de la castidad norteamericana. Pero usted podría recordarle que en nuestro tipo de tratamiento no desempeña un papel prominente el consejo y que nos sentimos contentos de dejar que cada uno resuelva los problemas delicados de acuerdo con su propia conciencia y bajo su responsabilidad personal.» Es bien sabido que Putnam siguió siendo un partidario leal y convencido hasta el fin de su vida, de modo que la aprensión de Freud no resultó justificada.

Dos nuevos grupos, entretanto, fueron creados y aceptados como filiales de la Asociación Internacional. El primero de ellos era el de Budapest, fundado el 19 de mayo de 1913. Sus autoridades eran: presidente, Ferenczi; vicepresidente, Hollos; secretario, Rado, y tesorero, Levy. Yo presencié la segunda reunión y Ferenczi me dijo entonces, con su habitual estilo jocoso, que el miembro restante, Ignotus, hacía el papel de público.

La otra Sociedad que se fundó fue la de Londres, el 13 de octubre de 1913. La presidencia estaba a mi cargo, el vicepresidente era Douglas Bryan, y el secretario, M. D. Eder. Estaba compuesta por nueve miembros, de los cuales, únicamente cuatro habían practicado el psicoanálisis (Bryan, Eder, Forsyth y yo). Una semana más tarde ingresó también Bernard Hart, pero William McDougall y Havelock Ellis se negaron a hacerlo.

Inmediatamente después del congreso Freud se dirigió a Roma, y su cuñada, Mina Bernays, alcanzó el tren en Bolonia. «Diecisiete deliciosos días» pasó allí, desde el día 10 hasta el 27, visitando sus viejos rincones y descubriendo otros nuevos, particularmente «las encantadoras *Tombe Latine,* que veía por primera vez». Como ocurría siempre, recuperó inmediatamente el ánimo y la salud. Como Mina no soportaba demasiado los ajetreos turísticos, Freud pudo concluir mucho trabajo. Aparte de corregir las pruebas de su extenso ensayo para *Scientia*, corrigió un prólogo para el *Tótem y tabú;* escribió, ampliándolo, el trabajo que había presentado en Munich y, lo más importante de todo, compuso un borrador completo de su extenso trabajo sobre «narcisismo». Mientras estaba en Roma recibió una carta de Maeder en la que le aseguraba su invariable veneración, para agregar luego, sin embargo, con referencia a sus propios cambios de opinión : «Como Lutero, aquí me mantengo. No puedo hacer otra cosa.» Freud comentó escuetamente: «Esto es una frase digna para quien afronta un riesgo. Difícilmente para quien huye de un riesgo.»

En Navidad Freud hizo una visita a su hija Sophie, en Hamburgo. Salió de Viena el 24 de diciembre por la noche, para volver el 29 por la mañana. Se detuvo en Berlín durante seis o siete horas el día 25 y así tuvo tiempo de visitar a Abraham, Eitingon y a su hermana Marie. En esa época tenían lugar numerosas consultas, tanto personales como por correspondencia, con miembros del «Comité», acerca de la situación con respecto a Jung, y Freud tenía la mente ocupada con un trabajo

de carácter polémico que estaba escribiendo precisamente entonces: la *Historia del movimiento psicoanalítico.*

Las disensiones con Jung culminaron a finales de 1914, con la renuncia de éste a la dirección del *Jarhbuch,* a la presidencia de la Asociación Internacional y, finalmente, con el retiro definitivo de esa entidad. Todos estuvimos de acuerdo en que Abraham ejerciera provisionalmente la presidencia y que preparara el próximo congreso. Primeramente se convino en que éste tendría lugar en Dresde del 4 de septiembre, fecha que luego tuvo que ser trasladada al 20 de ese mes, pero ya entonces la mayor parte de Europa se hallaba en guerra. Prácticamente todos los nuevos miembros suizos se habían adherido a Jung, y Abraham tuvo incluso algunas sospechas sobre las intenciones del bueno de Pfister. Lo único que Freud pudo decir fue: «Ya estoy escarmentado en cuanto a contradecirle a usted en sus juicios sobre la gente».[69] Pero en este caso el equivocado resultó Abraham, ya que Pfister siguió siendo un firme partidario de Freud.

A comienzos de ese año Freud recibió la gran noticia de que su hija Sophie le había obsequiado con un nieto, el primero de los seis que llegó a tener. Este nieto es ahora un psicoanalista.

En febrero tuvo Freud una verdadera sorpresa al leer, en una copia impresa, la conferencia oficial del rector de la Universidad de Leyden, pronunciada con motivo del 339 aniversario de esa institución. Se refería a la teoría freudiana de los sueños, a la que G. Jelgersma, de quien aquí se trata —profesor de psiquiatría además—, prestaba su *apoyo.* «Después de 14 años es el primer reconocimiento, procedente de una universidad, de mi labor sobre los sueños.» Esto fue seguido de una cortés invitación a Freud para dar conferencias en esa universidad durante el otoño. Freud se sintió excitado y escribió: «¡Fíjese usted! Un psiquiatra oficial, el rector de una universidad, se traga el psicoanálisis con cáscara y todo. ¿Qué otras sorpresas nos esperan aún?»

En mayo las cosas no marcharon tan bien. Su mal intestinal le causaba tantas molestias que tuvo que someterse a un examen especial, que, afortunadamente, descartó un cáncer de recto. Fue realizado por el doctor Walter Zweig, especialista en enfermedades del intestino. Freud hizo este comentario: «Me felicitó tan calurosamente que tuve que inferir que esperaba decididamente encontrar un cáncer. Bueno, por esta vez me escapé.»

Ese mismo mes llegaron malas noticias de Norteamérica. Stanley Hall había proclamado su adhesión a Adler. Freud escribió: «Por razones personales, este contratiempo me afectó más que los otros.» Después de todo había sido Stanley Hall quien había demostrado, apenas cuatro años antes, tanto entusiasmo por la obra de Freud y quien hizo tanto por darla a conocer al mundo. Freud se sentía evidentemente muy decepcionado y agregaba un poco más adelante en la misma carta: «Tengo suma necesidad de conversar algunas horas con usted.» Unos seis años más tarde, no obstante, Stanley Hall rindió un gentil tributo a la obra de Freud, diciendo de él que era «la mente más original y creadora de nuestra generación, en materia psicológica... Sus ideas tuvieron la vir-

tud de atraer e inspirar, no sólo en psiquiatría sino en muchos otros terrenos, a un conjunto de inteligencias brillantes, al que el mundo de la cultura es deudor de *aperçus* más nuevos y fecundos que los que pudieron haber provenido de cualquier otra fuente dentro del vasto dominio del humanismo».

20. Los adversarios del psicoanálisis

Ahora daré alguna información sobre la tormentosa oposición que Freud tuvo que soportar, especialmente en los años que precedieron a la I Guerra Mundial, pero también, aunque en diferente medida, durante todo el resto de su vida.

Quien quiera describir actualmente el carácter y la extensión de esta oposición se encontrará con dos grandes dificultades. La primera de ellas es que la mayor parte de sus manifestaciones difícilmente podrían darse a la publicidad: son simplemente impublicables. No por ello pudo ahorrarse Freud escucharlas. Siempre había pacientes en una fase de transferencia negativa, por no hablar de «amigos bondadosos», que se encargaban de tenerle bien informado. Pero después de todo, ver que se le niega a uno el saludo en la calle y encontrarse ignorado y desterrado de la propia ciudad son cosas que no dejan de apreciarse...

El nombre de Freud se había transformado en un motivo de sensación —o más bien de notoriedad— para los psiquiatras y neurólogos alemanes y sus teorías estaban perturbando hondamente su tranquilidad intelectual. Día llegará en que algún estudioso de la historia de la ciencia podrá abrirse camino entre los torrentes de insultos y malentendidos que servían de válvula de escape a las emociones que fermentaban por doquier. Pero aun así se formaría una imagen bastante incompleta o imperfecta de la inmensa ira e indignación con que estos círculos intelectuales intentaban cubrir emociones más angustiosas que los agitaban, ya que sólo una pequeña parte del torrente fluía a través de las revistas científicas, adoptando para el caso una forma relativamente civilizada. Porque la mayor parte de las invectivas había que buscarlas en explosiones marginales a las reuniones científicas y aún más en las conversaciones privadas fuera de estas reuniones. Ferenczi señaló con toda razón que si bien los adversarios de Freud negaban sus teorías, sin duda no dejaban de soñar con ellas.

La segunda dificultad es que el motivo del oprobio general ha variado ampliamente en el último medio siglo, y en parte ciertamente como resultado de la misma obra de Freud. Si ahora se dijera de una persona destacada que es «un obsesionado por el sexo», que tiene el hábito de querer descubrir los aspectos más bajos y repulsivos de la sexualidad en cualquier hecho o acto, por insignificante que sea, la mayor parte de la gente lo consideraría más bien como una actitud excéntrica, pero de todos modos trataría de juzgarle en otros aspectos, ya que así y todo podría ser una persona agradable o tener el mérito de una obra valiosa.

Y aun si alguno llegara a sugerir que esa persona incurre en diversas perversiones sexuales, difícilmente bastaría el solo rumor para marginarle socialmente como una criatura imposible, a quien no se puede dirigir ni la palabra ni admitir en una reunión de gente decente. No creo que se le considerara esencialmente de mala índole y malvado, o enemigo de la sociedad.

Freud y sus partidarios eran considerados no sólo como perversos sexuales, sino como psicópatas, ya sea obsesivos o paranoicos. Y la combinación de estas cosas tenía que representar un serio peligro para la comunidad. Las teorías de Freud eran consideradas como otras tantas incitaciones directas a abolir toda restricción, a volver a un estado primario de desenfreno y salvajismo. Lo que estaba en juego era nada menos que la civilización. Como ocurre en tales circunstancias, el pánico provocado condujo por sí mismo a la abolición de ese mismo autodominio que los opositores creían estar defendiendo. Sin más ni menos, se tiró por la borda todo lo que pudiera significar buenas maneras, tolerancia o incluso cierto sentido de decencia, y no hablemos ya de un deseo de discusión objetiva o de investigación.

En un congreso de neurólogos y psiquiatras alemanes celebrado en Hamburgo en 1910, el profesor Wilhelm Weygandt, un *Geheimer Medizinalrat,* expresó elocuentemente este estado de alarma cuando al mencionarse las teorías de Freud, y dando un fuerte puñetazo sobre la mesa, gritó: «Este no es un tema para discutir en una reunión científica; es un asunto para la policía.» Y cuando Ferenczi leyó un trabajo en la Sociedad Médica de Budapest se enteró de que la obra de Freud no era más que pornografía y que el lugar que correspondía a los psicoanalistas era la prisión.

Pero las censuras no se limitaban simplemente a las palabras. En el Congreso Neurológico de Berlín de 1910, el profesor Oppenheim, famoso neurólogo y autor de los textos corrientes entonces en la materia, propuso que se estableciera un «boicot» a toda institución en la que fueran toleradas las ideas de Freud. Esto encontró inmediato eco en el auditorio y todos los directores de sanatorio allí presentes se pusieron en pie para declarar su inocencia. Después de ello el profesor Raimann pensó que había que ir más lejos y manifestó que «el enemigo debía ser buscado en su guarida». Había que reunir y publicar todos los casos de tratamiento psicoanalítico aplicados sin éxito.

La primera víctima material de la campaña, por extraño que parezca, se registró en la lejana Australia, donde un clérigo presbiteriano, Donald Fraser, tuvo que abandonar su ministerio en virtud de su simpatía por la obra de Freud. Ese mismo año, 1908, me vi obligado a renunciar al puesto que ocupaba en Londres por interrogar a los pacientes sobre su vida sexual. Dos años más tarde el gobierno de Ontario prohibió que se siguiera publicando el *Asylum Bulletin.* Este reproducía todos los trabajos escritos por el personal médico, y se consideró que los míos eran «impropios para la publicación incluso en una revista médica». Wulff, en 1909, fue destituido del cargo que ocupaba en una institución berlinesa. Schneider, su colega, fue menos afortunado y fue destituido de la direc-

ción de un seminario en 1916. Ese mismo año fue negada la docencia a Sperber, el distinguido filólogo sueco, a causa de un ensayo que había escrito sobre el origen sexual del lenguaje. Sperber vio con ello malograda su carrera.

Freud era, por supuesto, el máximo villano que había desencadenado todo el mal, pero, acaso por razones personales, muchos de sus adversarios centraban sus ataques sobre otras personas. Friedländer, Hoche y Raimann dirigían sus baterías contra el mismo Freud. Abraham se las tenía que ver con Oppenheim y Ziehen, Jung con Aschaffenburg e Isserlin y Pfister con Förster y Jaspers, mientras que Vogt y yo teníamos nuestra lucha aparte. En Norteamérica le tocaba a Brill enfrentarse con los neurólogos neoyorquinos Dercum, Allen Starr y Bernard Sachs. Putnam era hostigado por Joseph Collins y Boris Sidis.

En los primeros años del siglo, Freud y sus obras caían bajo la consigna del silencio, o bien se les dedicaba una o dos frases de desdén, como cosa que no merecía seria atención.

Pero después de 1905, cuando aparecieron *Tres ensayos sobre la sexualidad* y el *Análisis de Dora,* esta situación cambió y los críticos sustituyeron el silencio por una actitud más activa. Si sus ideas no se morían por si solas había que matarlas. Freud se sintió evidentemente aliviado con este cambio de táctica. Manifestó a uno de sus pacientes favoritos —que no era otro que «el hombre de los lobos»— que la oposición franca e incluso la injuria eran preferibles a ser ignorado. «Era una confesión de que tenían que vérselas con un adversario serio, con quien *nolens volens* tenían que arreglar cuentas.»

Ya en el primer relato del *Análisis de Dora* se había despachado Spielmeyer contra el uso de un método que para él era de «masturbación mental». Bleuler protestó diciendo que nadie podía juzgar el método sin ponerlo en práctica, pero Spielmeyer descargó sobre él todo el peso de su indignación moral.

La primera persona que inició una acción independiente fue Gustav Aschaffenburg. En un congreso celebrado en Baden-Baden en mayo de 1906, se pronunció vigorosamente, llegando a la conclusión de que «el método Freud es erróneo en la mayor parte de los casos, objetable en muchos y superfluo en todos». Era un método inmoral y basado en todo caso en la autosugestión. Pronto se le unió Hoche. Según éste, el psicoanálisis era un método dañino, originado en tendencias místicas y lleno de peligro para todo aquel que llevara a cabo una actividad médica.

Otra cosa semejante hizo ese mismo año Ostwald Bumke, quien recordó ostentosamente el primer ataque a Freud sobre la teoría de la paranoia. Sus ideas, según Rieger, eran tales «que ningún alienista podía leerlas sin experimentar una verdadera sensación de horror». El motivo de ese horror era ver cómo Freud atribuía la mayor importancia a un galimatías paranoide, con alusiones sexuales a hechos puramente incidentales, que, si no eran pura invención, carecían, de cualquier modo, de toda importancia. Cosas de esta índole conducían nada menos que a «una horripilante psiquiatría de viejas comadres». Esta misma invectiva habría de ser desenterrada y citada nuevamente unos diez años más

tarde por el profesor Von Luschan, de Berlín. Algunos años más tarde Bumke amplió estos ataques y los publicó en forma de libro, cuya segunda edición hubo de servir en tiempo de los nazis como un autorizado texto de consulta sobre la materia.

Un año más tarde tuvo lugar un serio duelo, entre Aschaffenburg y Jung, en el Primer Congreso Internacional de Psiquiatría y Neurología celebrado en Amsterdam, en septiembre de 1907.

Freud mismo había sido invitado a tomar parte en el simposio, pero no vaciló en rechazar la invitación. Escribió a Jung acerca de esto: «Esperaban evidentemente verme enzarzado en una lucha con Janet, pero yo odio las luchas de los gladiadores frente a la noble plebe y me cuesta aceptar que una multitud desprevenida pueda emitir su voto acerca de mis experiencias.» Pero no dejó de sentirse incómodo luego, con la idea de que mientras él disfrutaba de agradables vacaciones alguien tenía que luchar por él. Antes del congreso escribió a Jung una carta destinada a infundirle ánimo: «No sé si usted tendrá éxito o no, pero me gustaría estar a su lado precisamente ahora y disfrutar de la sensación de que ya no me encuentro solo. Si usted necesitara de un estímulo yo podría hablarle de mis largos años de soledad honorable, pero dolorosa, que comenzó para mí en el mismo momento en que pude echar el primer vistazo al nuevo universo; de la falta de interés y de comprensión de parte de mis amigos más cercanos; de los momentos de ansiedad en que yo mismo creía estar equivocado y me preguntaba de qué modo podría seguir un camino tan fuera de lo común y al mismo tiempo mantener a mi familia; del gradual fortalecimiento de mi convicción, que se aferró a *La interpretación de los sueños* como una roca en medio de la rompiente, y de la tranquila certidumbre que finalmente conquisté y que me invitaba a esperar hasta que una voz lejana, la voz de alguien que se hallaba fuera de mi alcance, me respondiera: ¡Esa voz era la de usted!»

¿Qué otro estímulo podría ya necesitar Jung después de semejante pronunciamiento? Aschaffenburg repitió su afirmación anterior sobre la falta de validez del método de Freud a causa de que interpretaba todo, palabra por palabra, en un sentido sexual. Esto no sólo era doloroso para el paciente sino también, a menudo, directamente dañino. A continuación, sacando pecho y con un gesto de supremo decoro, aseguró que él incluso prohibía toda mención del tema sexual. En el curso de su exposición, se le escapó a Aschaffenburg este *lapsus*: «Como se sabe, Breuer y yo hemos publicado un libro hace años.» Al parecer no se dio cuenta del error, que quizá sólo fue percibido por Jung y por mí o por lo menos fuimos los únicos en percibir su significado. No pudimos hacer otra cosa que sonreírnos a distancia. Jung, en su exposición, dijo que había hallado las conclusiones de Freud correctas en todos los casos de histeria que él había visto y señaló que el tema del simbolismo, si bien es familiar a los poetas y creadores de mitos, era nuevo para los psiquiatras. Al día siguiente, Konrad Alt condujo el ataque. Manifestó que, al margen de los métodos de Freud, se supo siempre que los traumas tienen influencia en la génesis de la histeria. «Muchos histéricos han sufrido seriamente a causa del prejuicio de sus familiares según el cual la

histeria sólo puede originarse por causas sexuales. A nosotros, los neurólogos alemanes, nos ha costado infinito trabajo destruir ese prejuicio tan extendido. Y si ahora llega a ganar terreno la opinión freudiana sobre la génesis de la histeria, los pobres histéricos volverán a ser nuevamente menospreciados. Este paso hacia atrás produciría el mayor de los daños.» En medio de grandes aplausos hizo la promesa de que jamás permitiría a ningún paciente suyo acercarse a ninguno de los partidarios de Freud, que tan inconscientemente habían descendido hasta la más absoluta inmundicia. El aplauso se renovó cuando el profesor Ziehen se puso de pie para felicitar al orador por la firme actitud que había adoptado.

Jung sintió, por supuesto, verdadera repugnancia frente a todo esto y se congratuló de que Freud no estuviera presente, para no ser objeto de semejante insolencia.

En esa época se estaban realizando audaces intentos destinados a introducir las ideas psicoanalíticas en Berlín. El 14 de diciembre de 1907, Juliusburger leyó un trabajo en el Psychiatrischer Verein (Asociación Psiquiátrica) de esa ciudad en el que defendió esas ideas y logró sobrevivir a la unánime oposición que encontró. Un año después, el 9 de noviembre de 1908, Abraham leyó un trabajo en la misma Sociedad, sobre los aspectos eróticos de la consanguinidad. Provocó un arranque de furia en el famoso neurólogo Oppenheim, quien manifestó que seguramente no atinaría a poner en su exposición toda la crudeza y la decisión con que habría que replicar a ideas tan monstruosas. También Ziehen se sintió sorprendido ante «afirmaciones tan frívolas» y sostuvo que todo lo que escribía Freud carecía absolutamente de sentido. Braatz afirmó enfáticamente que lo que estaba en juego eran los ideales alemanes y que era necesaria alguna acción drástica para protegerlos. Poco después, Oppenheim publicó un artículo en apoyo del ataque que había hecho Dubois, de Berna, al psicoanálisis. Las falsas generalizaciones de Freud hacían peligroso su método y los informes que publicaban él y sus discípulos daban la impresión de una forma moderna de «manía de brujas». Estaban ante el deber urgente de llevar la guerra a esta teoría y a sus derivaciones, ya que se estaban extendiendo rápidamente y el público se vería inevitablemente confundido.

El infatigable Abraham leyó otro trabajo en la misma Sociedad el 8 de noviembre de 1909, esta vez sobre «Estados oníricos». Fue recibido con sonrisas de superioridad y el presidente, profesor Ziehen, prohibió toda discusión, pero sin dejar de expresar, en un airado arranque, sus propios sentimientos.

La capacidad de Ziehen para juzgar la obra de Freud puede deducirse del siguiente episodio. Un paciente llegó a la Clínica Psiquiátrica de Berlín, de la que Ziehen era director, quejándose de un impulso obsesivo de levantar las faldas de las mujeres en la calle. Ziehen manifestó entonces a sus discípulos: «Esta es la oportunidad para juzgar el supuesto carácter sexual de tales obsesiones. Le preguntaré si ocurre lo mismo con las mujeres de edad, en cuyo caso, evidentemente, no puede ser erótico.» La respuesta del paciente fue: «¡Oh, sí, a todas las muje-

res, incluso a mi madre y a mi hermana!» A lo cual Ziehen, con gesto triunfante, ordenó que se anotara en la respectiva ficha que se trataba de un caso «definitivamente no sexual».

Freud seguía, por supuesto, muy de cerca todo el proceso y parecía estar especialmente interesado en las cosas que ocurrían en Norteamérica, quizá porque fue allí donde habló por única vez en su vida ante un auditorio absolutamente sin restricciones. Voy a relatar por ello tres incidentes de ese alejado continente que ocurrieron en 1910, que es el año al que acabamos de llegar.

En la reunión de la Asociación Americana de Psicología congregada en Baltimore en 1909, Boris Sidis llevó un violentísimo e injurioso ataque a la obra de Freud, protestando contra «la loca epidemia de freudismo que invade actualmente Estados Unidos». La psicología de Freud nos hacía retroceder a la oscura Edad Media y Freud mismo era simplemente «uno de esos piadosos sexualistas» de los que tenemos numerosos ejemplos en América misma (Oneida Creek, el mormonismo, etc.) Putnam estaba tan indignado que no se sentía seguro de sí mismo si tomaba la palabra, pero yo pude replicar con toda tranquilidad. Un poco más tarde, sin embargo, en la misma sesión, Putnam y Stanley Hall le contestaron de una forma demoledora y definitiva.

En la reunión anual de la Asociación Neurológica Americana celebrada en Washington en 1910, Joseph Collins, un neurólogo neoyorquino, se puso en evidencia mediante un discurso que pronunció a los postres del habitual banquete y que no era más que un injurioso ataque personal, del peor mal gusto posible, a Putnam. Protestaba contra la Asociación por haber permitido ésta a Putnam la lectura del trabajo que acababa de presentar, constituido por «relatos pornográficos acerca de doncellas puras». Cabe recordar, de paso, que Collins era bien conocido por su inclinación a los chistes indecentes. «Era tiempo ya de que la Asociación tomara una posición frente al trascendentalismo y supernaturalismo y aplastara definitivametne a la "Christian Science", el freudismo y toda esa palabrería y esas cosas sin sentido.» Este discurso ofendió, por supuesto, el sentimiento norteamericano del *fair play*, y cuando a la mañana siguiente alguien se levantó en la Asamblea para decir que la Asociación debía sentirse muy agradecida cuando un hombre de los principios éticos del doctor Putnam se decide a experimentar y a poner a prueba nuevas corrientes, recibió el más sincero y caluroso de los aplausos.

El 29 de marzo de 1910 se registró una violenta explosión de insolencia en una reunión de la Sociedad Médica de Hamburgo. Weygandt, el caballero que había hablado de llamar a la policía, se mostró particularmente virulento. Las interpretaciones de Freud pertenecían al nivel de los más vulgares libros de sueños. Sus métodos eran peligrosos porque fomentaban simplemente las ideas sexuales en los pacientes. Su método de tratamiento estaba a la altura de un masaje a los órganos genitales. Trömmer esgrimió en su crítica la original idea de que mal podía haber factores sexuales en la histeria si la mayor parte de las histéricas eran frígidas. Nonne estaba preocupado por el peligro moral que corría

el médico que usaba estos métodos. Alfred Saenger señaló que con la mención del erotismo anal las teorías de Freud estaban adquiriendo el aspecto más fantástico y grotesco. Pero por suerte la población del norte de Alemania estaba muy lejos de ser tan sensual como la de Viena.

Freud hizo el siguiente comentario: «Aquí nos encontramos precisamente con el argumento que yo he tratado de evitar al establecer nuestro centro en Zurich. ¡En ninguna otra parte se podrá hallar esta famosa sensualidad vienesa! Entre líneas puede leerse además que los vieneses no sólo somos unos puercos sino también judíos. Sólo que esto último no aparece impreso.»

Otro adversario, que nos causó más diversión aún, fue Friedländer, de Frankfurt. Ya había hecho varios ataques al psicoanálisis. Uno de ellos, publicado en Estados Unidos y en el que citaba una larga lista de opiniones desfavorables, nos perjudicó mucho allí, porque daba la impresión de que las autoridades del continente habían hecho extensas investigaciones sobre el psicoanálisis y lo habían hecho objeto de condenación universal. Aun cuando todas sus publicaciones eran extremadamente adversas al psicoanálisis, parecía que éste ejercía sobre él una particular fascinación. Había visitado a Jung y se mostró todo dulzura con él, expresándole la esperanza de que llegarían a entenderse entre ellos. Lo que más le lastimaba era que ninguno de nosotros contestaba a sus publicaciones. Conociendo este anhelo suyo de ser tomado en cuenta, decidimos ignorarle completamente, lo que le producía un profundo disgusto. En un trabajo que presentó en Budapest se quejaba amargamente por la forma en que se le ignoraba. «Mi reseña de la teoría freudiana ha sido anunciada hace varios meses y me pregunto por qué Freud, que no tuvo inconveniente en viajar a Estados Unidos, no se toma la molestia de venir a Budapest a refutarme. ¿Por qué se desembaraza de sus adversarios con una simple nota a pie de página?»

Friedländer era un hombre curioso, una personalidad dudosa y tenía un pasado oscuro, del que Freud estaba informado. Cuando estuve con Freud en Holanda en el verano de 1910, me contó la siguiente historia. Un día, sábado, el 25 de mayo de 1910, sonó el teléfono y cierto profesor Schottänder, psiquiatra, solicitó una entrevista. Freud contestó que podría ir esa misma noche, pero se sintió muy intrigado por cuanto conocía los nombres de todos los psiquiatras alemanes y no recordaba éste. A las nueve apareció el profesor Friedländer, asegurando a Freud que éste había entendido mal su nombre por teléfono. La conversación entre ambos prosiguió y pronto llegó el tema del *Análisis de Dora*, al que Friedländer daba el nombre de «análisis de Ana». Freud aguzó el oído e inclinándose hacia adelante le dijo: «Por favor, señor profesor, ahora no hablamos por teléfono. Le sugiero que analicemos este *lapsus*.» Desde ese momento, y dejando de lado todo miramiento, Freud le tuvo acosado hasta la una de la madrugada. Nos confesó luego que hizo pasar un mal rato a su visitante —había bastante que analizar en este caso— y quedó finalmente con la opinión de que Friedländer era «un mentiroso, un bribón y un ignorante».

Otro adversario encarnizado fue Oscar Vogt. Entre 1899 y 1903 ha-

bía publicado una serie de artículos en los que sostenía la superioridad de su «análisis causal» sobre el método psicoanalítico de Freud. La autoobservación intelectual era absolutamente suficiente y no había por qué invocar instancias afectivas. Freud era simplemente un obstinado fanático cuando introdujo estas últimas. Vogt presidía el Congreso Internacional de Psicología Médica de Munich, en septiembre de 1911, cuando Seif y yo tuvimos un duro encuentro con él. Era una persona de carácter tiránico y se puso rojo de ira cuando, en el curso de la discusión sobre la hipnosis, yo expuse el concepto de Ferenczi sobre regresión a la situación progenitor-niño. Me interrumpió con esta observación: «Es disparatado sugerir que mi poder de hipnotizar a los pacientes se basa en mi complejo paterno... quiero decir, naturalmente, el complejo paterno de ellos.» A continuación de lo cual, en obsequio al auditorio, expliqué cuidadosamente el significado del *lapsus*.

Por la noche, sin embargo, y en una atmósfera más amistosa —en una cervecería—, pudimos entablar una relación menos tirante. Los chistes obscenos, a título de procurarse un descanso de las fatigosas reuniones de la jornada, estuvieron a la orden del día y Vogt, por cierto, contó algunos bastante buenos. Pero yo eché a perder la armonía de la reunión señalando que estos chistes no tendrían razón de ser si no fuera por los diversos significados simbólicos que tienen, iguales a aquellos cuya existencia él había negado enérgicamente esa misma tarde. Esta observación le hizo perder el aplomo, pero pronto encontró una respuesta que le pareció sumamente convincente: «Pero esto está al margen de la ciencia.»

El 12 de enero de 1910, Fritz Wittels leyó en la Sociedad de Viena un trabajo en el que analizaba el carácter del conocido escritor y poeta Karl Kraus. Freud opinó que era un trabajo inteligente y correcto, pero no dejó de reclamar una especial discreción en el estudio de una persona que aún vivía si no se quería caer en una falta de humanidad. Kraus llegó a enterarse de algún modo del trabajo de Wittels y contestó con varios ataques al psicoanálisis, muy enérgicos, en la ágil revista que dirigía, *Die Fackel*.

A finales de 1910 señalaba Freud que «de Alemania llovían insultos», y un par de años más tarde agregaba: «Se necesita bastante estómago.» Este estado de cosas, del que ya he proporcionado algunas noticias, continuó durante varios años, hasta el estallido de la Guerra Mundial en 1914, pero sería tedioso abundar en más ejemplos. Tampoco la guerra por sí misma puso fin enteramente a esto. En 1916, el profesor Franz von Luschan, de Berlín, publicó un enjuiciamiento del psicoanálisis con el título, hoy familiar, de «Psiquiatría de viejas comadres». Elogiaba a Rieger por haber sido éste el primero en percibir el peligro y alertar contra el mismo veinte años atrás, a la vez que censuraba severamente a Bleuler por su asombrosa conducta en favor de la epidemia. «Todos estos disparates deben ser implacablemente combatidos y señalados a fuego. En la grandiosa era en que vivimos esta psiquiatría de viejas comadres es indudablemente repulsiva.» Freud manifestó estoicamente al respecto: «Ahora sabemos ya lo que podemos esperar de esta

Grandiosa Era. ¡No importa! Un viejo judío es siempre más tenaz que un monárquico teutón prusiano.»

Hasta aquí casi todas las «críticas» a que nos hemos referido pueden reducirse a dos afirmaciones, constantemente reiteradas en el más pretencioso tono *ex cathedra:* las interpretaciones de Freud son arbitrarias y artificiales y sus conclusiones, por ser repulsivas, tienen que ser falsas. Pero había un reducido grupo de autores que entendían que era necesaria una comprensión más cabal de la obra de Freud, aunque fuera con el objeto de combatirla con argumentos que se proponían ser objetivos. Cierta vez me llamó la atención Freud —dicho sea de paso— sobre la curiosa circunstancia de que sus adversarios se arrogaran, con toda tranquilidad, esta cualidad. A él nunca se le había permitido poder mostrarse objetivo.

Un intento serio es el que hizo J. H. Schultz en 1909. Se trata de una reseña, que no deja de tener cierto valor, sobre las primeras etapas del psicoanálisis y la oposición despertada por éste. Contenía ciento setenta y dos referencias bibliográficas. Se abstenía, en general, de pronunciarse en forma definitiva sobre los asuntos en cuestión, si bien el tono general de su exposición era negativo. Isserlin, al año siguiente, publicó una amplia reseña crítica, en la que, sin vacilación alguna, expuso su opinión definitiva. Todo el método de Freud, tanto por su base como por sus objetivos, era completamente insostenible.

Arthur Kronfeld, en 1911, publicó un amplio resumen del psicoanálisis considerado como un todo orgánico. Se ocupó muy poco de los aspectos históricos del tema, pero suministró una amplia exposición acerca de la etapa alcanzada. Sus consideraciones críticas eran de carácter filosófico y abstracto, y sus conclusiones, en conjunto, más que escépticas. Cuando Freud leyó el trabajo, escribió: «Kronfeld ha demostrado por vía filosófica y matemática que todas las cosas por las que tanto nos afanamos no existen, porque no pueden existir. Ahí está la cosa.» He aquí lo que dijo Stärcke: «Leí también el trabajo de Kronfeld. Exhibe la habitual técnica de la filosofía. Usted sabe bien con cuánta seguridad los filósofos se refutan mutuamente, después de remontarse a esferas muy alejadas de la experiencia. Esto es precisamente lo que hace Kronfeld. Afirma que nuestra experiencia no cuenta para nada, después de lo cual el refutarnos ya no es para él más que un juego de niños.»

Un año más tarde, Kuno Mittenzwey escribió una reseña extremadamente extensa sobre la materia. Fue publicada por entregas, que regularmente aparecieron en los distintos tomos del *Zeitschrift* de Specht, y no llegó a alcanzar larga vida, pues Mittenzwey sucumbió al peso de este trabajo antes de que hubiera podido terminarlo. De modo que sólo poseemos un gigantesco fragmento de cuatrocientas cuarenta y cinco páginas, que constituye quizá la mejor reseña histórica de la primera etapa del desarrollo de las ideas de Freud.

Freud, por su parte, se mantuvo alejado de toda esta batahola, a la que dedicaba poca atención. La única réplica que se dignó conceder a esta ola de críticas fue la misma que dio Darwin y que consistía simplemente en aportar más pruebas en apoyo de sus teorías. Despreciaba

la estupidez de sus adversarios y lamentaba sus malos modos, pero no creo que tomara muy a pecho su oposición. Ya había tenido, después de todo, bastantes años para endurecerse, y su confianza en las cosas que él mismo había observado le dotaba de un caparazón bastante sólido. Pero no contribuía por cierto a mejorar su opinión sobre el mundo que le rodeaba y especialmente sobre la parte del mundo constituida por los hombres de ciencia alemanes. En su *Autobiografía,* muchos años después, habría de decir estas palabras:

«Se me ocurre que el día que se escriba la historia del periodo que nosotros hemos atravesado, la ciencia alemana no tendrá motivo para sentirse orgullosa de quienes entonces la representaban. No pienso, al decir esto, en el hecho de que hayan rechazado el psicoanálisis o en la forma decisiva en que lo hicieron. Una y otra cosa son fáciles de entender, era lo que cabía esperar, y de ninguna manera echaban sombra sobre el carácter de los adversarios del análisis. Pero el grado de arrogancia demostrado, el absoluto desprecio de la lógica, y la rudeza y mal gusto de sus ataques no podían tener excusa alguna. Podrá decirse que es infantil de mi parte dar rienda suelta a estos sentimientos ahora, después de quince años. Pero no lo haría si no fuera porque tengo algo más que agregar. Años más tarde, durante la Gran Guerra, cuando un coro de enemigos hacía a la nación alemana la acusación de barbarie, cargo que no hacía más que compendiar todo lo que acabo de decir, no dejaba de dolerme profundamente comprobar que mi propia experiencia no me permitía contradecirles.»

A Freud le resultaba evidente la absoluta inutilidad de toda respuesta a semejantes diatribas y la idea de hacerlo no se le cruzó jamás por la mente. El hecho de que sus desconcertantes descubrimientos tropezaran con una general incredulidad era cosa totalmente inteligible para quien, como él, había tenido que luchar durante muchos años con la intensa oposición («resistencias») de los pacientes, y desde mucho tiempo atrás había advertido que a este respecto éstos no difieren de otras personas. Tampoco sorprendió a Freud que los llamados «argumentos» esgrimidos por sus adversarios fueran iguales a las defensas de sus pacientes y evidenciaran la misma falta de visión e incluso de lógica. Todo esto estaba, pues, en el orden natural de las cosas y no podía ni conmover sus convicciones ni perturbarle personalmente.

Todo lo que acabo de decir sobre la actitud de Freud frente a la crítica es enteramente exacto, pero dista mucho de ser toda la verdad. Sería erróneo querer presentar a Freud como un modelo de olímpica calma. Frente a la crítica él era capaz, la mayor parte de las veces, de mantenerse bastante tranquilo y despachar el asunto con algún buen chiste o un comentario irónico. Pero, con todo su férreo autodominio, era más inclinado a las emociones intensas que la mayor parte de las personas y algunos aspectos de la crítica eran capaces de conmoverle bastante profundamente. Solía recibir mal una crítica adversa e incomprensible de parte de alguien que apreciaba o tenía en buen concepto

y, así, por ejemplo, le deprimió la defección de Stanley Hall. Y se sintió también disgustado al encontrarse con malos modos semejantes a aquéllos en Estados Unidos, donde esperaba hallar una conducta mejor: El 4 de abril de 1912, el conocido neurólogo neoyorquino Allen Star le había denunciado ante la Sección Neurológica de la Academia de Medicina de Nueva York como un típico «libertino vienés», y al día siguiente *The Times* de Nueva York decía que aquél, según había manifestado, había trabajado durante todo un invierno en el mismo laboratorio que Freud y que por lo tanto le conocía bien, agregando además, también por cuenta de Star, que sus teorías eran inseparables de la vida inmoral que entonces llevó.

Había una acusación, al parecer, a la que se mostraba bastante sensible: la idea de que había derivado su conclusiones de su propia conciencia interna. Este fue el motivo principal que le indujo a contestar a Löwenfeld muchos años después, ocasión que fue la única en que condescendió a contestar a una crítica. En una carta a Pfister escribía: «Si por lo menos pudiera lograr que nuestros adversarios entendieran que todas nuestras conclusiones derivan de experiencias —que, por lo menos en cuanto a mí se refiere, otros autores pueden tratar de interpretar de distinta manera— y no las hemos inventado ni reunido discrecionalmente sobre un escritorio. Esto es lo que realmente todos ellos piensan, cosa que evidencia, por vía de proyección, cuál es su propia manera de trabajar.» Cabe sospechar que su particular sensibilidad a este tipo de crítica se debía al profundo temor o sentimiento de culpa que le provocaba el aspecto imaginativo, e incluso especulativo, de su naturaleza, que tan arduamente se había empeñado en anular o, por lo menos, en intentar controlar.

Otro aspecto al que se mostraba sensible era el del ostracismo que tenía que soportar en su propia ciudad, Viena. A esto no llegó a acostumbrarse jamás.

Pero lo que realmente llegaba a enfurecerle, en algunas ocasiones, era la hipocresía de las supuestas pretensiones éticas de algunos de sus adversarios. Contestando a una carta en la que Pfister le había enviado las pruebas de imprenta de una réplica que había escrito a un ataque de Förster a Freud, escribía éste: «Admiro la forma en que usted es capaz de escribir, tan gentil, tan humanitaria, tan llena de consideraciones, tan objetiva y dirigiéndose mucho más al lector que al enemigo. *Esa* es precisamente la manera correcta de lograr un efecto educativo y mucho más apropiada también para un hombre de su posición. Le agradezco especialmente haber dejado mi personalidad, en lo posible, fuera del primer plano. Pero yo no podría escribir así. Más bien no escribiría del todo, es decir, efectivamente no escribo. Yo sólo podría escribir para descargar *mi* ánimo, para desembarazarme de *mis* afectos, y como esto no resultaría muy edificante —proporcionaría un gran placer a los adversarios, que se sentirían felices de verme airado— no les contesto para nada. ¡Pero imagínese usted! Un tipo ha estado haciendo el papel de una criatura moral y noble que se vuelve contra cosas bajas, adquiriendo con ello el derecho a proferir los más grandes disparates, a

ostentar su ignorancia y su superficialidad, a descargar toda su hiel, a retorcerlo todo y a hacer surgir toda clase de sospechas. Todo esto en nombre de la más elevada moral. Yo no podría mantener mi calma frente a todo esto. Pero como no puedo moderar artificialmente mi rabia ni expresarla con una pestilente sonrisa, me mantengo en silencio. Lo que nunca sería capaz de hacer es rebajar su calor.»

Freud podía permitirse esta conducta, pero otra cosa ocurría con aquellos de nosotros que por nuestra labor profesional teníamos que entrar forzosamente en contacto personal con los adversarios. No siempre era posible rechazar las invitaciones para presentar trabajos en reuniones y congresos. Aun así, se nos calificaba con bastante frecuencia de cerrados ermitaños. El consejo que daba Freud para tales ocasiones se ve bien ilustrado por el siguiente párrafo de una carta a Stärcke, que, por otra parte, evidencia su absoluta integridad de carácter.

«Su tarea en el congreso holandés no será fácil. Permítame usted manifestarle mi opinión de que podría realizarse mejor si lo hace de otra manera, y no como se propone. Su idea de convencer a la sociedad, o persuadirla mediante la sugestión, tiene dos cosas en su contra. En primer lugar, se propone algo imposible, y en segundo lugar se aparta del prototipo del tratamiento psicoanalítico. Tenemos que tratar realmente a los médicos tal como lo hacemos con los pacientes, no por la sugestión, en consecuencia, sino provocando sus resistencias y el conflicto. Además, no se llega nunca a nada más que esto. Quien llegue a superar el primer "no" de las represiones y luego el segundo y el tercero, alcanzará una relación verdadera con los asuntos importantes del psicoanálisis. El resto seguirá sumido en el pantano de las resistencias hasta que ellos mismos se desprendan de ellas por la presión indirecta y creciente de la opinión pública. Creo, por lo tanto, que uno deberá contentarse con establecer el propio punto de vista y exponer las propias experiencias con la mayor claridad posible y no afligirse demasiado por la reacción de los que escuchan.

»Compilar estadísticas, tal como usted se propone, es por ahora cosa imposible. Seguramente ya lo sabe. En primer lugar, trabajamos con una cantidad mucho menor de pacientes que los otros médicos, que dedican mucho menos tiempo a cada uno. Además, falta la necesaria uniformidad, única base posible para una estadística. ¿Tendremos que sumar realmente, como si fueran cosas iguales, manzanas, peras y nueces? ¿A qué llamamos un caso grave? Yo no podría, por otra parte, comparar entre sí mis propios resultados durante los últimos veinte años, dado que mi técnica ha cambiado fundamentalmente durante ese periodo. ¿Y qué tendríamos que hacer con los numerosos casos que han sido analizados sólo parcialmente o con aquellos cuyo tratamiento ha tenido que ser interrumpido por razones externas?

»Pero el punto de vista terapéutico no es, por cierto, el único que el psicoanálisis considera de interés, ni tampoco el más importante. De modo que es mucho lo que puede decirse sobre el tema aun sin colocar en primer término la terapéutica.»

21. Disensiones

Este es un tema doloroso y difícil de exponer. Doloroso por los disgustos que trajeron consigo las disensiones y por las desagradables consecuencias que siguieron prolongándose durante muchos años. Difícil porque cuesta hacer entender, fuera del círculo de las personas afectadas, el sentido íntimo de los desacuerdos y porque los motivos personales de los disidentes no pueden ser siquiera totalmente expuestos. La opinión general, con razón, trata de juzgar las diferencias entre las teorías de Freud y las de aquellos de sus discípulos que se separaron de él, basándose en los méritos objetivos de sus respectivos puntos de vista, si bien no siempre llega a alcanzar esta loable finalidad. La naturaleza misma de las cosas hace que un elemento esencial de la situación sea pasado por alto o al menos subestimado.

La investigación del inconsciente, definición bastante plausible del psicoanálisis, puede ser llevada a cabo únicamente por la superación de las «resistencias» que, como lo ha demostrado una amplia experiencia, se oponen siempre a tal propósito. En efecto, tal como ha señalado Freud, el psicoanálisis consiste en un examen de estas resistencias y de las «transferencias» que las acompañan, y apenas si pasa de ser esto. Una vez que han sido superadas las resistencias, el sujeto adquiere cierta visión de aspectos de su personalidad para los cuales antes era ciego.

Se podría suponer que esto, una vez realizado, le valiera para siempre a la persona de que se trate, y eso fue, en efecto, lo que al comienzo esperaba Freud. Comprobar lo contrario no dejó de ser decepcionante. Las energías que operan en la psique no son estáticas, sino dinámicas. Pueden variar y cambiar de dirección de una manera inesperada. Puede ocurrir de este modo que la visión o comprensión lograda en un comienzo no sea necesariamente permanente y se pierda una vez más, evidenciándose como simplemente parcial. Sólo cuando las múltiples resistencias han sido cabalmente «elaboradas», podrá darse una comprensión duradera.

Esto es válido tanto para el analista como para el paciente, ya que para el primero es más importante aún una visión clara y permanente de la situación. Esta última consideración es a veces dejada de lado por el público, que a menudo entiende que la persona que practica el análisis y ha leído todos los libros necesarios para el caso, no se halla propensa a fluctuaciones en sus emociones personales y en su visión. Los mismos analistas se mostraban un tanto remisos en asignar a esto su valor y a percibir la necesidad de un previo «análisis didáctico», destina-

do a eliminar los obstáculos que invariablemente existen en la psique humana. Yo he sido precisamente el primer analista sometido a un análisis didáctico, si bien el de entonces era menos profundo que el que hoy se exige. Freud mismo fue capaz de realizar la difícil hazaña de un autoanálisis sumamente extenso, pero ninguno de los otros pioneros llegó a conocer gran cosa de su propio inconsciente, o bien lo lograron únicamente a grandes rasgos; si bien teóricamente habría sido factible predecir posibles recaídas entre los analistas, semejantes a las que conocemos muy bien en el caso de nuestros pacientes, las primeras experiencias de esta índole resultaron inesperadas y sorprendentes. Hoy en día ya nos asombramos menos.

Cuando un analista pierde parte de la comprensión que antes tuvo, la nueva ola de resistencias que le ha llevado a esto puede manifestarse bajo la forma de explicaciones seudocientíficas del material a considerar, terminando finalmente, para adquirir inesperada categoría, por tomar el nombre de una «nueva teoría». Y puesto que la fuente de esto se mantiene en un plano inconsciente, toda la controversia que se desencadene en un nivel puramente consciente y científico está condenada de antemano al fracaso.

Todas las «divergencias» de quienes se apartaron del psicoanálisis en los últimos cuarenta años han tenido dos características: un repudio de los hallazgos fundamentalmente realizados mediante el psicoanálisis y la exposición de una teoría psíquica diferente. Esta última debe ser juzgada, según sus méritos, por psicólogos generales y filósofos. Lo primero interesa específicamente a los psicoanalistas.

Como aquí estamos haciendo una biografía y no una discusión acerca de divergencias científicas, será necesario llevar nuestro comentario a consideraciones de orden personal. Las diferencias científicas en cuestión no siempre se limitaron al ámbito de los problemas objetivos. Hubo a veces cierta inclinación a mezclar estas diferencias de opinión e interpretación con reacciones personales hacia Freud mismo. Es así como nos enteramos de que tal o cual persona se apartó de Freud y de su círculo no simplemente a causa de una divergencia de opiniones sino por la tiránica personalidad de aquél y su insistencia dogmática en que todos sus discípulos aceptaran íntegramente sus puntos de vista. Que estas acusaciones son ridículas e inexactas se demuestra por su correspondencia, sus obras y, sobre todo, por los recuerdos de quienes trabajaron con él. Citaré un párrafo de una carta escrita años después a Binswanger: «A diferencia de tantos otros, usted no ha permitido que el hecho de que su desarrollo intelectual le haya apartado cada vez más de mi influencia llegara a perturbar nuestras relaciones personales y no sabe cuánto bien le hace a uno esta decente actitud.»

Entre las diversas divergencias a que nos hemos referido hay dos que han logrado captar especialmente la atención general: las iniciadas respectivamente por Adler y Jung. Es difícil decidir si ello se debe a que fueron las primeras o a alguna cualidad intrínseca de sus teorías. El caso es que fueron rápidamente rotuladas como «escuelas psicoanalíticas diferentes» y su existencia fue ampliamente aprovechada por todos los ad-

versarios, tanto los legos como los profesionales, como motivo suficiente para no tomar en serio el psicoanálisis. ¿Cómo habríamos de hacerlo —insistían— y cómo podríamos depositar confianza alguna en los hallazgos psicoanalíticos si sus supuestos expositores difieren entre sí en tal medida como para establecer escuelas diferentes? Para los escépticos y los adversarios activos, la característica esencial de estas «nuevas teorías» era el repudio de los descubrimientos y las teorías de Freud, cosa en la que, en realidad, no estaban muy equivocados.

Es de esperar que esta introducción haya preparado al lector para comprender el hecho de que las disensiones sobre el psicoanálisis son aún más difíciles de resolver que las de otras disciplinas científicas, donde no resulta tan fácil persistir en la interpretación de los hechos sobre la base de un prejuicio personal. Establecido esto, podemos entrar a considerar más fríamente los hechos que hemos de relatar.

Alfred Adler (1870-1937)

A Freud le desagradaba sobremanera ocupar posiciones preeminentes, especialmente si ello podía significar la responsabilidad de dirigir a otras personas. Me resulta difícil imaginar a una persona menos adecuada que él, por temperamento, para hacer el papel de dictador, como a veces se le ha querido presentar. Pero como fundador de los nuevos métodos y teorías, y con la riqueza de experiencia y conocimientos que poseía, su posición en el pequeño círculo de sus discípulos vieneses no podía dejar de ser excepcionalmente dominante. A tal punto llegaba esto, que tuvieron que pasar años enteros hasta que alguien se sintiera en condiciones de rebelarse contra una figura tan evidentemente paterna. Todo complejo infantil no resuelto podía hallar su expresión en la rivalidad y en los celos en cuanto a merecer su predilección. El clamor suscitado por el deseo de ser el hijo favorito tenía también, en este caso, un importante motivo de orden material, ya que la seguridad económica de los analistas más jóvenes dependía en gran parte de los pacientes que Freud podía enviarles cuando los tenía en exceso. La atmósfera, de este modo, se hizo cada vez más desagradable. Hubo calumnias, comentarios agrios, querellas sobre prioridad en tal o cual asuntillo, etc. Los miembros que más molestos resultaron en ese sentido fueron Adler, Stekel, Sadger y Tausk.

La situación se vio muy exacerbada después de los dos primeros congresos, en los cuales Freud, de forma enteramente manifiesta y quizá poco prudente, demostró su extrema preferencia por el extranjero Jung. Esto condujo a que los díscolos vieneses se unieran en un solo bando, quejoso de Freud. Fue éste probablemente el momento preciso en que sus anteriores celos mutuos comenzaron a tomar la forma de una rebelión contra él. El rebelde más prominente era indudablemente Adler, y fue él quien provocó la primera escisión en el movimiento psicoanalítico.

La actitud de Freud, tendente a apaciguar a los enfadados viene-

ses, y que consistió en colocar a Adler y Stekel, sus partidarios más antiguos, al frente del recién fundado *Zentralblatt* en el otoño de 1910 y ceder al mismo tiempo la presidencia de la Sociedad a Adler, tuvo apenas un éxito parcial y temporal.

Existen abundantes pruebas de que en 1910, después del Congreso de Nuremberg, Freud sentía el peso abrumador de las rencillas y las recriminaciones de las que él mismo, sin desearlo, era el motivo. Se desahogó principalmente con Ferenczi. Refiriéndose a la tensión existente en Viena y Zurich, escribió: «La falta de tacto y el desagradable comportamiento de Adler y Stekel hacen muy difícil seguir adelante juntos. Me hallo en un estado de exasperación crónica con los dos. También Jung, ahora que es presidente, podría dejar a un lado esa sensibilidad suya en relación con incidentes del pasado.» Se quejaba de que esto le molestaba para dedicarse a sus trabajos y agregaba: «Lo estoy pasando muy mal con Adler y Stekel. Yo abrigaba la esperanza de que se llegaría a una neta separación, pero la situación se está arrastrando aún y a pesar de que estoy convencido de que no hay nada que hacer con ellos, me veo obligado a continuar así. Creo que era mejor cuando estaba solo.» Ferenczi le había sugerido a Freud que éste estaba repitiendo la desagradable experiencia con Fliess, cuando éste se separó de él, diez años atrás, lo cual fue confirmado por Freud: «He vuelto a vivir nuevamente todo el asunto de Fliess. Adler es un poco un Fliess redivivo. Y Stekel, su apéndice, lleva además el nombre de Wilhelm.» En la primavera siguiente, después de un largo debate con Adler, Freud se quejaba: «Me fastidian constantemente los dos —Max y Moritz—,[70] que están retrocediendo rápidamente y pronto terminarán por negar la existencia del inconsciente.»

La impresión que me causaba Adler a mí era la de un hombre pendenciero y de mal genio, cuya conducta oscilaba constantemente entre las querellas y el mal humor. Era evidentemente muy ambicioso, y constantemente andaba en pleitos con los demás por cuestiones de prioridad en las ideas. Años más tarde, sin embargo, al volver a encontrarme con él, observé que el éxito había producido en él cierta actitud de benignidad, de la que por cierto había escasos indicios en la primera época. Freud, en cambio, tenía de él, a lo que parece, un alto concepto en los primeros años. Era sin duda el más enérgico entre los miembros del pequeño círculo. Freud tenía un buen concepto de su libro sobre la inferioridad de los órganos y consideraba que había hecho algunas observaciones encomiables en su trabajo sobre la formación del carácter. Pero su teoría de las neurosis se basaba exclusivamente en un enfoque a partir del yo y podía considerarse básicamente como una errónea interpretación de las defensas secundarias contra los impulsos reprimidos e inconscientes. Toda su teoría tenía una base sumamente estrecha y unilateral, en la que la agresión surgía de la «protesta masculina». Los factores sexuales, especialmente los de la infancia, quedaban reducidos al mínimo: el deseo de intimar con la madre, por parte del varón, era interpretado como el deseo masculino de conquistar a una mujer, disfrazado de deseo sexual. Quedaban descartados los conceptos de repre-

sión, sexualidad infantil e incluso el del inconsciente, de modo que es bien poco lo que quedaba del psicoanálisis.

En cuanto a las divergencias científicas con Freud, eran tan fundamentales que me pregunto, tal como en el caso de Fliess, cómo tuvo Freud la paciencia necesaria para hallar la manera de trabajar con él durante tanto tiempo. Adler tenía a su favor dos conceptos acertados, pero interpretaba en función de los mismos todo lo demás: la tendencia a compensar los sentimientos de inferioridad (el *sentiment d'incomplétitude* de Janet) y el hecho de que esta tendencia se ve forzada por una agresividad innata. Adler relacionó esto, al comienzo, con el lado femenino de toda personalidad, y dio a la subsiguiente tendencia compensadora el nombre de «protesta masculina». Bien pronto, empero, se fue al extremo opuesto e interpretó todo en función de la voluntad de poder nietzscheana. El acto sexual mismo tendría como origen un impulso puramente agresivo más que un deseo sexual.

Freud tomó enteramente en serio las ideas de Adler, analizando detenidamente todo posible acierto de las mismas, y aun diez años más tarde, cuando tuvo a su disposición cierto material clínico especialmente adecuado para poner a prueba sus conceptos, publicó una crítica sumamente escrupulosa y detallada de los mismos. Pero otros miembros de la Sociedad fueron tan vehementes en sus críticas, que éstas llegaron a tomar forma de verdaderas acusaciones. Hitschmann propuso un debate en regla sobre el particular. Las dos primeras sesiones, celebradas el 4 de enero y el 1 de febrero de 1911, respectivamente, fueron dedicadas a extensas exposiciones de Adler. En las sesiones del 8 y el 22 de febrero se llevó a cabo la discusión, que fue bastante calurosa. En cuanto a Freud, se mostró implacable en la crítica. Stekel sostuvo que no existía contradicción entre las teorías de Freud y las de Adler, a lo que el primero replicó que desdichadamente para esta opinión tanto Adler como él creían que sí la había. La insistencia por parte de Adler de que el complejo de Edipo era puro invento ya fue bastante prueba de esto. Al refutar las teorías de Adler, Freud dijo: «Considero que las enseñanzas de Adler son erróneas y peligrosas, por lo tanto, para el desarrollo futuro del psicoanálisis. Son errores científicos que derivan de métodos falsos. Con todo, son errores honestos. Aun rechazando el contenido de las ideas de Adler, se puede reconocer la coherencia e importancia de las mismas.»

Después de la última de estas sesiones, el 22 de febrero, hubo una reunión del Comité en el curso de la cual Adler y Stekel presentaron sus renuncias como presidente y vicepresidente de la Sociedad, respectivamente. Se aprobó por unanimidad una resolución por la que se agradecía a Adler y Stekel los servicios prestados y se expresaba al mismo tiempo la esperanza de que continuarían como miembros de la Sociedad.

Adler continuó por un tiempo en la Sociedad. La última reunión a que asistió fue la del 24 de mayo. Pero entonces Freud le sugirió que renunciara al cargo de codirector del *Zentralblatt* y escribió también a ese efecto a Bergman, editor de la revista. Adler se resistió al principio e hizo que su abogado planteara a Freud ciertas condiciones previas

como «una pretensión ridícula, de carácter absolutamente inaceptable». Adler y sus amigos reclamaron también una sesión extraordinaria para una nueva discusión.

La reacción de Adler fue la de explotar la situación formando un grupo con el nombre, más bien de mal gusto, de «Sociedad de Psicoanálisis Libre», con la pretensión ostensible de estar luchando por la libertad de la ciencia. El propósito proclamado es desde luego estimable. Significa presumiblemente la libertad de realizar cualquier investigación por cualquier medio posible, llegar a las conclusiones que se desee respecto a sus resultados y darlos a conocer al mundo. Pocos son los organismos científicos, si los hay, que puedan impedir tal libertad, y menos que ninguno la endeble «Sociedad de los Miércoles» de Viena. La única cosa en discusión era la conveniencia de seguir discutiendo asuntos cuando no había acuerdo sobre los principios básicos del tema en cuestión. Un explorador, por ejemplo, difícilmente podría alegar el *derecho* a pertenecer a la Royal Geographical Society y ocupar todo el tiempo de ésta en ventilar sus propias opiniones. Al presentar su renuncia, Adler se mostró sensato. En cuanto a acusar a Freud de despotismo e intolerancia por lo que había ocurrido, es cosa tras la cual se advierte un motivo tan visible que no hay por qué tomarla en serio.

La reunión extraordinaria en cuestión se celebró el 11 de octubre, al comienzo del nuevo periodo, y en ella anunció Freud las renuncias de Adler, Bach, Máday y Baron Hye. El Comité propuso que los asociados decidieran a cuál de las dos sociedades estarían adheridos, partiendo de la base de que nadie podría pertenecer a un mismo tiempo a ambas. Se aprobó finalmente por once votos contra cinco, a continuación de lo cual los restantes partidarios de Adler —Furtmüller, Franz Grüner, Gustav Grüner, la doctora Hilferding, Paul Klemperer y Oppenheim— renunciaron a la sociedad.

No deja de ser interesante recordar que la mayor parte de los partidarios de Adler, así como él mismo, eran ardientes socialistas. La esposa de Adler, de nacionalidad rusa, era amiga íntima de los dirigentes revolucionarios rusos. Trotsky y Joffe, por ejemplo, frecuentaban su casa. El mismo Furtmüller tuvo una carrera política activa. De ahí se comprende más fácilmente que Adler se dedicara particularmente a los aspectos sociológicos de la consciencia más que a estudiar el inconsciente reprimido.

Un par de años más tarde Freud supo que Stanley Hall había invitado a Adler a pronunciar conferencias en Estados Unidos, a lo que comentó: «El objeto de esto es presumiblemente salvar al mundo de la sexualidad y asentarlo sobre la agresión.»

Wilhelm Stekel (1868-1940)

Las molestias que producía a Freud eran de carácter enteramente diferentes a las de Adler. Stekel era extraordinariamente diferente a Adler. No tenía nada de su pesadez, y lejos de concentrarse exclusivamen-

te en la teoría, tenía muy poco interés por ésta. Era, sobre todo, práctico y empírico, pero la diferencia más importante entre él y Adler consistía en que el primero tenía un acceso rápido al inconsciente mientras que el segundo tenía tan poca capacidad para ello que pronto dejó de creer en su existencia. Stekel era un psicólogo naturalmente dotado, con un extraordinario olfato para el material reprimido, y sus contribuciones al conocimiento del simbolismo, terreno en que tenía mayor genio intuitivo que Freud, fueron de un valor muy considerable en las primeras etapas del psicoanálisis. Freud admitía esto con toda naturalidad. Decía que a menudo había discutido con Stekel acerca de la interpretación de un determinado símbolo, para tener que reconocer más tarde, a continuación de nuevos estudios, que éste tenía razón. Desgraciadamente este talento estaba unido a una incapacidad poco común de juicio. Stekel carecía de todo sentido crítico y cuando se liberó de este grado de disciplina que impone la labor en común con los colegas, su intuición degeneró en un simple ejercicio de adivinanza. A ratos se mostraba penetrante, pero otras muchas veces no, y nada de ello era de fiar. En la primavera de 1911 publicó un voluminoso libro sobre sus sueños. Así como sostenía algunos conceptos estimables y brillantes, otros eran muy confusos. Freud consideró que era «mortificante para nosotros, a pesar de sus nuevas aportaciones». La verdad es que Stekel, que sabía escribir con fluidez, pero sin poseer un estilo cuidado, era un periodista nato en el mal sentido de la palabra, es decir, daba mucha más importancia al efecto producido que a las verdades comunicadas, y en realidad se ganaba en parte la vida escribiendo folletines en la prensa local.

Stekel era, como lo admitía Freud, una buena persona en el fondo, y cosa que yo puedo confirmar, un compañero agradable. A diferencia de Adler, se le veía siempre contento, de buen humor y muy divertido. Cierta vez Freud dijo de él a Hitschmann: «No es más que un parlanchín, pero así y todo le tengo afecto.»

Pero Stekel tenía un serio defecto, que le hacía inadecuado para trabajar en un terreno académico: carecía de toda conciencia científica. Nadie concedía mucho crédito, por ello, a las experiencias que relataba. Tenía la costumbre, por ejemplo, de iniciar la discusión, cualquiera que fuera el tema del día, con la siguiente observación: «Precisamente esta mañana he visto un caso de esta índole.» El «paciente de los miércoles» de Stekel se hizo proverbial.

Cuando se le preguntó cómo podía probar la verdad de cierta asombrosa afirmación que hizo, replicó: «Yo estoy aquí para descubrir cosas; otra gente puede dedicarse a probarlas, si lo desea.»

En un artículo que escribió sobre la importancia psicológica que tienen los apellidos para las personas, incluso en la elección de carreras y otros asuntos, citó un enorme número de pacientes cuya vida había sido profundamente influida por su nombre. Cuando Freud le preguntó cómo pudo decidirse a publicar los nombres de tantos pacientes, Stekel, con una sonrisa tranquilizadora, contestó: «Son todos inventados.» El hecho no deja de disminuir un tanto el valor demostrativo del material aporta-

do. Freud se negó a permitir la publicación del artículo en el *Zentralblatt* y Stekel tuvo que publicarlo en otra parte.

Una de las cosas que posiblemente molestaban bastante a Freud era la costumbre que había tomado Stekel de citar en las reuniones de la Sociedad episodios y tendencias de su propia vida, que, por lo que Freud sabía de él, por haberlo analizado, eran falsos. Al mismo tiempo dirigía a Freud una mirada desafiante como para animarle a desmentirlos, con la consiguiente violación del secreto profesional. Cierta vez pregunté a Freud si él creía que el «ideal del yo» era un atributo universal, a lo que replicó con gesto de sorpresa: «¿Pero usted cree que Stekel, por ejemplo, tiene un ideal del yo?»

Pero lo que produjo finalmente la ruptura fue una cosa de carácter más bien indirecto. Ocurría que Stekel y Tausk, por alguna razón, se odiaban mutuamente y en la última reunión de la temporada 1911-1912 (30 de mayo de 1912) tuvo lugar entre ellos una escena muy desagradable. Pero Freud, si bien alguna vez había dicho de Tausk que era una «bestia salvaje», tenía una opinión muy elevada de su capacidad y precisamente entonces quería que se encargara de la sección bibliográfica del *Zentralblatt*, que se hallaba muy descuidada. Stekel se puso inmediatamente a la ofensiva, declarando que no permitiría la aparición de una sola línea de Tausk en su *Zentralblatt*. Freud le recordó que la revista era el órgano oficial de la Asociación Internacional y que tales pretensiones estaban fuera de lugar. Pero Stekel había tomado una actitud arrogante y no estaba dispuesto a ceder. Su éxito en el terreno del simbolismo le daba la sensación de haber superado a Freud. Le agradaba expresar esta estimación de sí mismo, en un tono a medias modesto, diciendo que un enano encaramado sobre el hombro de un gigante podía ver más lejos que el gigante mismo. Cuando Freud oyó esto, comentó ásperamente: «Esto puede ser así, pero no cuando se trata de un piojo sobre la cabeza de un astrónomo.»

Freud escribió a Bergmann, el editor, solicitándole el reemplazo de Stekel como encargado de la revista. Pero también le escribió Stekel, y el asombrado editor replicó que las cosas quedarían tal cual hasta completarse el tomo en curso, después de lo cual se proponía interrumpir del todo la publicación de la revista. Entre tanto, en la reunión del 6 de noviembre, fue anunciada la decisión de Stekel de retirarse de la Sociedad de Viena.

Escribiendo a Abraham, decía Freud: « Estoy muy contento de que Stekel esté marchando ahora por su propio camino. Usted no puede imaginarse lo que me ha hecho sufrir la tarea de defenderle contra todo el mundo. Es un hombre insoportable.» Muchos años después Freud decía de él, en una carta, que era un caso de «insania moral».

C. G. Jung (1876-1961)

La reacción de Freud ante la separación de Adler y Stekel fue simplemente una sensación de alivio al verse libre de tantas dificultades y

disgustos. Pero el caso de Jung fue muy distinto. La ruptura con éste constituyó un hecho mucho más importante, tanto desde el punto de vista personal como desde el científico. Jung se había iniciado con un conocimiento del psicoanálisis mucho más amplio del que jamás tuvo Adler, y lo que él ofrecía al mundo era una explicación diferente de algunos de los hallazgos de esta ciencia. Su capacidad intelectual y la magnitud de su cultura sobrepasaban ampliamente los elementos con que podía contar Adler, de modo que en todos los sentidos debía ser tomado mucho más en serio que éste.

De 1906 a 1910, Jung daba la sensación de ser un partidario no solamente sincero sino también muy entusiasta de la obra y de las teorías de Freud. Sólo una mirada muy aguda podría haber percibido entonces algún indicio de su futura grieta, y Freud, por su parte, tenía los más poderosos motivos para cerrar los ojos antes tales indicios. Abraham, que había trabajado bajo su dirección durante varios años, ya se había sentido desconcertado ante lo que él llamaba la tendencia al ocultismo, la astrología y el misticismo en Zurich, pero sus críticas no impresionaron a Freud, que había depositado grandes esperanzas en Jung.

Se veía bien claro que existía cierta antipatía mutua entre Viena y Zurich, pero todos confiábamos en que ésta se vería mitigada con el tiempo, por la acción de nuestros intereses comunes. En esa época Jung se mostraba muy amistoso conmigo y manteníamos una extensa correspondencia, que he conservado.

En la visita a Worcester en 1909, Jung me sorprendió al decir que a él le parecía innecesario entrar en detalles sobre temas desagradables con los pacientes; resultaba incómodo después, al encontrarse con ellos en una comida o en una reunión social. Bastaba con insinuar fugazmente estos temas y ya los pacientes comprendían, sin necesidad de usar un lenguaje franco. Esta actitud me pareció muy diferente de la forma categórica en que habíamos estado enfocando temas muy serios, pero, a pesar de la honda impresión que me produjo, es ésta la primera ocasión en que yo saco a la luz esta observación de Jung. Pero unos tres años después supimos por Oberholzer que esta idea de no entrar en detalles ya era cosa corriente en las enseñanzas de Jung. Me parece interesante confrontar esto con el categórico párrafo de una carta que escribió Freud a Pfister comentando su análisis del conde Zinzendorf. «Su análisis adolece de la debilidad hereditaria de la virtud. Es la obra de un hombre excesivamente decente, que se siente obligado a ser discreto. Pero estos asuntos psicoanalíticos reclaman una exposición completa para resultar comprensibles, del mismo modo que un psicoanálisis sólo puede progresar si se abandona el plano de las abstracciones para descender a los pequeños detalles que se ocultan debajo de aquéllas. La discreción es, pues, incompatible con una buena exposición del psicoanálisis. Es necesario convertirse en una mala persona, violar las reglas, sacrificarse, traicionar y comportarse como el artista que compra la pintura con el dinero que la esposa tiene destinado a la casa o quema los muebles para caldear la habitación en que está posando su modelo. Sin este tipo de delincuencia no cabe esperar la realización de nada grande.»

Jung había hablado en un tono bastante diferente hacía apenas unos meses: «Haríamos bien en no dejar que la teoría de la sexualidad irrumpa y se coloque en primer plano. Se me han ocurrido muchas ideas acerca de esto, especialmente en los aspectos morales de la cuestión. Creo que anunciar públicamente ciertas cosas significaría cortar la rama sobre la que descansa la civilización; se subestima el impulso a la sublimación... La actitud extrema representada por Gross es decisivamente errónea y peligrosa para todo el movimiento... Tanto con los estudiantes como con los pacientes sigo adelante gracias a que no coloco en lugar prominente el tema de la sexualidad.»

Vino entonces la visita común de 1909 a Estados Unidos, en el curso de la cual los tres amigos se llevaron muy bien. En marzo de 1910, Jung hizo una rápida visita a Chicago, para una consulta, pero permaneció solamente siete días en Estados Unidos y volvió a tiempo para presidir el Congreso de Nuremberg, el día 30. A finales de este año Freud viajó a Munich para conversar con Bleuler. Esto parece haber tenido mucho éxito. «He llegado a un completo entendimiento con él y he establecido una buena relación personal. Después de todo no es más que un pobre diablo como nosotros y necesita un poco de amor, circunstancia que tal vez ha sido dejada de lado en ciertos círculos que le importan mucho. Es casi seguro que se plegará a la Sociedad de Zurich, con lo cual será subsanada la división allí existente. Un día después de su partida llegó Jung. Estaba magnífico y me hizo mucho bien. Le abrí mi corazón acerca del asunto Adler, de mis propias dificultades y mi preocupación sobre lo que se puede hacer en el asunto de la telepatía... Estoy más convencido que nunca de que él es el hombre del futuro. Sus investigaciones propias le han conducido muy lejos en el terreno de la mitología, que desea abrir con la llave de la teoría de la libido. Con todo lo agradable que es todo esto, le he pedido, sin embargo, que no olvidara las neurosis. Esta es nuestra patria, donde tenemos que fortificar en primer término nuestras posiciones, contra todo y contra todos.» Esta última observación caracteriza muy bien la actitud de Freud. Con todo lo que se interesaba él mismo en la historia de la humanidad y a pesar del deseo que a veces sentía de dedicarse a esos estudios, reconocía que estos otros campos eran lo que él llamaba «colonias» del psicoanálisis, no la verdadera patria.

En 1911 las cosas también marcharon bien al comienzo. Jung hizo otra visita a Estados Unidos, con motivo de la cual Freud se quejó de que el «príncipe heredero» estuviera tanto tiempo fuera del país. En el otoño, Freud se sintió asombrado ante una carta que la señora Jung escribió a Ferenczi y en la que expresaba su esperanza de que Freud no se sintiera disgustado con su esposo. En realidad no había motivo para ello en esa época, pero es posible que ella hubiera comenzado a advertir en su esposo ciertas tendencias divergentes que cabía suponer que no agradarían a Freud.

Los cinco años felices tocaban a su fin y a comienzos de 1912 comenzaron a agolparse las nubes. Freud se vio obligado a comprobar en ese año que sus esperanzas acerca de una constante camaradería con

Jung estaban condenadas a terminar en una decepción y que Jung se estaba orientando en una dirección que bien podría conducir a una separación tanto personal como científica. Pasó los dos años siguientes devanándose los sesos para encontrar la manera adecuada de enfrentar esta nueva situación. Es importante, desde luego, conocer los fundamentos de este cambio. Desde dos años atrás, las invectivas contra las teorías sexuales de Freud estaban expandiéndose también en toda Suiza, lo cual no podía dejar de acarrear a los analistas de este país toda clase de dificultades, de orden tanto práctico como moral. Comenzaron a aparecer artículos en la prensa diaria en los que se denunciaban las malvadas teorías de origen vienés y se expresaba la esperanza de que no llegarían a corromper el alma impoluta de los suizos. Hay que tener en cuenta, por otra parte, que una de las peculiaridades más destacadas de los suizos es el poderoso vínculo que los une entre sí. Son realmente pocos, por ejemplo, los extranjeros que llegan a adquirir ciudadanía suiza. Hay pocos lugares en el mundo en que resulte más difícil que en este país apartarse de los principios morales imperantes en la comunidad. La consecuencia de esto fue que muy pronto los analistas suizos comenzaron a pasarlo muy mal, cosa que se evidencia ampliamente en las cartas de Pfister a Freud. El hecho es que no pasaron dos años sin que todos los analistas suizos, con excepción de dos o tres, abjuraran de sus «errores», apartándose por completo de las teorías sexuales de Freud.

Lo que más afectó a Freud en 1910, y en mayor grado aún en 1911, fue la comprobación de que la intensa dedicación de Jung a sus investigaciones mitológicas estaba incidiendo en el cumplimiento de las funciones presidenciales que le había conferido. Había pensado en Jung como directo sucesor suyo, y le veía en su imaginación no sólo agregando constantemente nuevas aportaciones a las que ya había hecho al psicoanálisis, sino convertido en el centro de todas las actividades psicoanalíticas. Jung sería el nexo oficial entre las diversas sociedades filiales y se encargaría de ofrecer su consejo y su ayuda dondequiera que ello fuese necesario, de supervisar la múltiple labor administrativa en los congresos, las publicaciones, etc. De esta manera, Freud se vería liberado de la obligación de desempeñar un papel central y activo, cosa que tan poco le agradaba. Desgraciadamente, Jung tampoco se sentía inclinado a ello. Jung decía a menudo que era un herético por naturaleza y que eso mismo fue lo que en un principio le empujó hacia Freud, cuya obra era de carácter sumamente herético. Pero trabajaba mejor que nunca cuando lo hacía solo y carecía de ese talento especial que hace falta para la labor en común o la supervisión del trabajo de los colegas. Tampoco le agradaban las minucias administrativas. En pocas palabras, no era el hombre adecuado para el papel que le había asignado Freud como presidente de la Asociación y dirigente máximo del movimiento psicoanalítico.

Tampoco habrían de verse satisfechas por mucho tiempo las aspiraciones de Freud en otros aspectos, de índole más personal. Jung demostró siempre ser un corresponsal un tanto inconstante. El enfrasca-

miento en sus investigaciones le hacía cada vez más remiso en ese aspecto. Y éste era precisamente un terreno en el que Freud se mostró siempre muy sensible. No sólo le gustaba mucho recibir cartas —además de escribir muchas por su parte— sino que cualquier tardanza en la respuesta por parte de los demás solía provocar en él temores de diversa índole: una enfermedad, un accidente, etc. La nueva situación creada debió de recordarle —y así se lo manifestó él mismo, poco después, a Jung— lo que le había ocurrido con Fliess, ya que el primer signo de alejamiento que se advirtió en éste había sido un retraso similar en contestar a las cartas de Freud. Con toda sensatez, decidió resignarse ante lo inevitable, una vez que hubo comprobado la inutilidad de ciertas leves protestas que había intentado. De ahí en adelante sabía que no cabía esperar mucho y que era preferible acallar en buena parte sus sentimientos personales al respecto.

Freud no había hablado nunca de estas cosas hasta 1911, que fue cuando dejó caer algunas alusiones, ante Ferenczi, por la forma poco satisfactoria en que Jung conducía los asuntos. Con todo, hacía apenas un año que le había manifestado a Ferenczi, confidencialmente, su convicción de que Jung era el hombre del futuro.

El famoso ensayo de Jung sobre los *Símbolos de la libido*, más tarde publicado en forma de libro, apareció en dos entregas. En la segunda parte fue donde las divergencias con Freud se hicieron manifiestas.

En mayo de 1911 Jung le manifestó a Freud que a su juicio el término libido no designaba otra cosa que una tensión *general*. Mantuvieron acerca de esto alguna correspondencia, pero en noviembre Jung anunció que estaba «ampliando» el concepto de libido. En ese mismo mes su esposa escribía a Freud que a éste no iba a agradarle lo que su marido estaba escribiendo en la segunda parte del ensayo. Era la parte en que la idea del incesto ya no era tomada en su sentido literal sino como «símbolo» de ideas más elevadas.

El año 1912 fue decisivo en cuanto a la separación entre Freud y Jung. Tres episodios registrados en ese año desempeñaron un papel en el cese definitivo de la relación personal entre ellos. El primero de éstos, fue la visita que Freud hizo el domingo de Pentecostés a Binswanger, en Kreuzlingen, cerca de Constanza. Hacía mucho tiempo que Freud había prometido esa visita, en retribución de las muchas que Binswanger había hecho a Viena, pero esta vez había además una razón especial. Binswanger había pasado por una peligrosa intervención quirúrgica, que encerraba el peligro de una muerte cercana, cosa que felizmente no ocurrió. El jueves 23 de mayo escribió a Binswanger y Jung haciéndoles saber que partiría al día siguiente. Como sólo disponía de cuarenta y ocho horas para esta visita no tenía el propósito de proseguir el viaje hasta Zurich, pero supuso que Jung no dejaría de aprovechar la oportunidad de reunirse con ellos en Kreuzlingen. Permaneció allí desde el mediodía del sábado hasta el mediodía del lunes. Para sorpresa y decepción de Freud, no hubo noticia alguna de Jung.

Al mes siguiente, y varias veces después, Jung hizo algunas observaciones sarcásticas, en su correspondencia con Freud, acerca de que

«entendía su gesto de Kreuzlingen», frase que dejaba absolutamente perplejo a Freud, quien no llegó a descifrar su significado hasta después de haber transcurrido seis meses.

El segundo hecho fue la serie de conferencias que Jung pronunció en Nueva York en el mes de septiembre, para lo cual, al aceptar en marzo la invitación, tuvo que postergar por un año la realización del Congreso Psicoanalítico. Empezaban a llegar desde Nueva York informaciones de la actitud de abierta oposición, por parte de Jung, a las teorías de Freud, e incluso a él mismo, a quien estaba presentando como una persona anticuada, cuyos errores Jung estaba en condiciones de puntualizar. Ya en mayo de ese año Jung había manifestado a Freud que los deseos incestuosos, en su opinión, no debían tomarse literalmente como tales, sino como símbolos de otras tendencias. Constituían nada más que una fantasía destinada a levantar el ánimo. Después de esto hubo un completo silencio durante cinco semanas. Freud manifestó a Abraham que la vieja predicción de éste acerca de Jung, a la que no quería prestar oídos, se estaba cumpliendo, pero que él, por su parte, no quería provocar una ruptura. A su regreso de Estados Unidos, Jung envió a Freud una larga relación de todo lo acontecido allí, haciéndole saber que había logrado un completo éxito en cuanto a hacer más aceptable el psicoanálisis, mediante la exclusión de los temas sexuales. Freud le replicó, de forma concisa y escueta, que no veía en ello ningún alarde de inteligencia. Bastaría con excluir más cosas aún para que el psicoanálisis resultara más aceptable todavía. Anteriormente, en el mes de junio, le había dicho a Jung que sus divergencias en cuanto a teoría psicoanalítica no tenían que afectar su relación personal, pero ésta venía empeorando evidentemente de un mes a otro. Todavía en el mes de septiembre Freud opinaba que no era grande el peligro de separación, pero también estaba seguro de que el antiguo afecto personal ya no podría restablecerse.

El último de estos hechos, el más decisivo, fue el encuentro de ambos en el mes de noviembre, en Munich. Esta fue la última ocasión en que se reunían, salvo el encuentro del año siguiente, que se celebró en esa misma ciudad. Jung había convocado una reunión de colegas prominentes para tomar una decisión formal en el plan de dejar a Stekel el *Zentralblatt* y crear, para reemplazar dicha revista, el *Zeitschrift*. En la reunión, que se celebró a las nueve, Jung propuso que el plan de Freud, en cuanto al reemplazo de una revista por otra, se aceptara sin discusión, pero Freud prefirió hacer primeramente un informe sobre las dificultades que había tenido con Stekel y las razones de su propio proceder. Todos se plegaron amistosamente a cada uno de los pasos propuestos por Freud, y la reunión terminó antes de las once.

Freud y Jung dieron entonces un paseo de dos horas, mientras llegaba el momento de almorzar. Esta fue la ocasión para aclarar el misterioso «gesto de Kreuzlingen». Jung manifestó que no había podido superar el resentimiento provocado por el hecho de que Freud le había notificado con dos días de retraso su visita a Kreuzlingen en mayo: había recibido la carta el lunes, es decir, el mismo día en que Freud volvía

a Viena. Freud admitió que esto habría sido un acto de bajeza por su parte, pero estaba seguro de haber enviado las dos cartas, a Jung y Binswanger, el mismo día, que era el jueves anterior. En eso Jung recordó repentinamente que ese fin de semana había estado ausente de su casa por dos días. Freud le preguntó, por supuesto, por qué no había mirado la fecha en el sobre o preguntado a su mujer cuándo había llegado la carta, antes de hacer tales reproches. Su resentimiento debía de tener evidentemente otro origen y Jung había recurrido, para justificarlo, a esta doble excusa. Jung se mostró muy contrito y admitió la existencia de rasgos difíciles en su carácter. Pero también Freud tenía necesidad de desahogo y no dejó de darle una buena reprimenda. Jung aceptó todas sus críticas y prometió enmendarse.

Durante el almuerzo, Freud se mostró muy animado, exaltado indudablemente por la idea de haber vuelto a conquistar plenamente a Jung. Hubo un leve comentario del reciente artículo de Abraham sobre un personaje egipcio, Amenhotep, durante el cual se registraron algunas divergencias de opinión, y a continuación de esto Freud comenzó a criticar a los suizos por las recientes publicaciones en Zurich, en las que su obra, e incluso su nombre, era ignorado. Este episodio, incluyendo el desmayo de Freud, ya ha sido relatado en otra parte de esta obra, lo cual me exime de narrarlo ahora, pero quiero agregar algo, en esta ocasión, a la interpretación dada allí. Cuando Ferenczi supo de este incidente le hizo recordar a Freud otro similar, ocurrido en Bremen en el momento en que los tres estaban a punto de iniciar el viaje a Estados Unidos, en 1909. También en aquel momento, como aquí, Freud acababa de obtener una pequeña victoria sobre Jung. Este había sido educado en la fanática tradición antialcoholista de Burghölzli (Forel, Bleuler, etc.), y Freud hizo todo lo que pudo para mofarse de él en este aspecto. Freud tuvo éxito en cuanto a hacer cambiar la actitud de Jung hacia el alcohol —cosa que luego no dejó de tener graves consecuencias en las relaciones entre Jung y Bleuler—, pero en seguida se desplomó, víctima de un desvanecimiento. Ferenczi, con su penetración, no dejó de preguntarse si el episodio no habría de repetirse aquí, en Munich, cosa que realmente ocurrió. En su respuesta, Freud, después de analizar su desmayo, expuso su opinión de que todos sus ataques de esa índole tenían su origen en el efecto que le había causado, a la edad de un año y siete meses, la muerte de su hermano menor. Parecería, por lo tanto, que en Freud se daba un caso leve del tipo que él mismo describió como «los que al triunfar fracasan» —en este caso, al derrotar a un rival—, y el primer ejemplo de ello sería el éxito que habrían obtenido sus deseos de muerte dirigidos contra su hermano Julius. Esto nos lleva a recordar la momentánea ofuscación ante la Acrópolis en 1904, episodio que analizó, a la edad de ochenta y un años, señalando su origen en la realización del oculto deseo de sobrepasar a su padre. El mismo Freud, en efecto, señaló la semejanza entre aquella experiencia y este otro tipo de reacción a que nos hemos estado refiriendo.

Jung, al despedirse, le dio nuevas seguridades de su lealtad, y a su regreso a Zurich le escribió una carta humilde, en la que expresaba su

gran contrición y su deseo de enmienda. Pero una semana después ocurrió en Zurich algo cuyo carácter exacto desconocemos; el hecho es que llegó de allí una carta cuyo contenido sólo podía calificarse de descarado. Después de esto, y tras un intercambio de cartas sobre asuntos administrativos, se produjo una nueva crisis, la última, en el aspecto de las relaciones personales. Freud había manifestado a Jung, hacía algún tiempo, que su idea de que el complejo de incesto era una cosa artificiosa tenía cierta semejanza con el concepto de Adler al respecto, ya que según éste se trataría de algo «aderezado» desde adentro para encubrir otros impulsos, de naturaleza diferente. Este mismo comentario había sido hecho también por otros, y Jung se sentía molesto por cuanto esto implicaba una conexión con Adler. En el momento a que nos estamos refiriendo escribió a Freud una carta en la que le decía que «ni los mismos compañeros de Adler consideran que yo formo parte del grupo de usted». (Aquí se deslizó un *lapsus*, ya que había querido decir «el grupo de ellos»).[71] Y como Jung había estado insistiendo en que su actitud, con respecto a sus nuevas ideas, era puramente objetiva, Freud, incautamente, no pudo resistir el impulso de preguntarle si sería lo bastante objetivo como para darle su opinión sobre ese *lapsus calami*. Con un hombre de la susceptibilidad de Jung, eso significaba, por parte de Freud, buscarse él mismo una complicación. Y en efecto, a vuelta de correo, llegó una carta explosiva y muy insolente sobre la «neurosis» de Freud. Este se sintió humillado, y así nos lo manifestó, al verse tratado de esa manera, y no llegaba a decidir en qué tono le debía contestar. Escribió una carta en tono suave, pero no la envió nunca. Quince días más tarde, al dirigirse a él para un asunto de índole administrativa, le propuso poner fin a la correspondencia personal, a lo que Jung asintió de inmediato. Por espacio de algunos meses siguieron manteniendo correspondencia sobre asuntos administrativos, e incluso, aunque muy poco, sobre ciertos temas científicos, pero aun eso terminó después de los desagradables sucesos del congreso de 1913.

Todo esto dio origen a una situación muy violenta. Jung seguía siendo presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional y teniendo a su cargo el *Jahrbuch*. Todavía seguía siendo función suya mantener unidas las distintas Sociedades filiales y crear otras. Por otra parte, la divergencia entre la concepción de Freud y la de Jung se acrecentaba de tal modo y era de carácter tan fundamental, que comenzamos a preguntarnos qué es lo que había de común en la labor científica de uno y otro grupo —que podríamos llamar, para abreviar, el vienés y el suizo— y por cuánto tiempo más podría tener algún sentido cualquier tipo de colaboración.

Freud se resignó pronto a la pérdida de la amistad de Jung, a pesar de las grandes satisfacciones que le había procurado durante varios años, y se volvió hacia otros amigos, especialmente Ferenczi. Pero se echaba en cara a sí mismo el error que había cometido en su juicio sobre la personalidad de Jung, y nos manifestó que, después de haber incurrido en tamaña equivocación, creía preferible encargarnos de la elección del nuevo presidente a nosotros, es decir, al Comité.[72]

Al anunciar a Ferenczi el cese de sus relaciones con Jung, agregaba Freud: «Considero que no hay manera de rectificar los errores de la gente de Zurich y creo además que dentro de dos o tres años estaremos marchando en direcciones totalmente diferentes, y sin ninguna posibilidad de entendimiento mutuo... La mejor manera de librarse de la amargura es no esperar ya nada en ese sentido, es decir, prepararse para lo peor.»

En la primavera de 1913 existía cierta incertidumbre acerca de lo que habría de ocurrir en el congreso venidero y de si la Asociación Internacional habría de sobrevivir a la escisión. Freud expresaba su ansiedad en estas líneas: «Todo lo que nos aparte de nuestras verdades encontrará, por supuesto, la aprobación del gran público. Es bastante posible que esta vez consigan sepultarnos realmente, después de tantas letanías fúnebres ensayadas en vano. Esto será muy importante para nuestro destino personal, pero no significará nada para el de la ciencia. La verdad nos pertenece. Estoy tan seguro de ello como lo estaba quince años atrás. No he participado nunca en polémicas. Mi costumbre es la de repudiar en silencio y proseguir mi camino.»

Maeder escribió a Ferenczi diciéndole que la diferencia entre los vieneses y los suizos consistía en que aquéllos son judíos y éstos «arios». Freud le aconsejó a Ferenczi que contestara en estos términos: «Existen, efectivamente, grandes diferencias entre el espíritu judío y el ario. Podemos observarlo a diario. A cada momento podrá ser posible encontrarse, por lo tanto, con enfoques diferentes en la vida o en el arte. Pero no puede haber una ciencia aria o judía. Las conclusiones de la ciencia tienen que ser las mismas, aunque varíe su forma de presentación. Si estas diferencias se reflejan en la captación de las relaciones objetivas en la ciencia, debe haber algo que no marcha bien.»

Ante la proximidad del congreso todos estuvimos de acuerdo, en nuestras conversaciones preliminares, en que nuestro objetivo debería ser el de la colaboración con los suizos y que se debía hacer todo lo posible para evitar una ruptura. Hicimos especial hincapié en que deberíamos alojarnos en el mismo hotel en que lo hicieran los suizos, para no dar la impresión de relaciones tirantes con ellos.

En octubre, Jung escribió a Freud que había oído, por Maeder, que Freud dudaba de su buena fe. Renunciaba por ello a su cargo en el *Jahrbuch* y le hacía saber que en adelante ya no sería posible ninguna colaboración entre los dos. Al mismo tiempo recibí una carta de Jung en la que me decía que la situación era «absolutamente incurable», lo cual, desgraciadamente, era la estricta verdad.

Sólo quedaba, después de esto, la cuestión puramente técnica acerca de la forma en que tendría lugar oficialmente la separación.

En forma bastante inesperada, en abril de 1914, Jung renunció a su cargo de presidente, probablemente a consecuencia de reseñas desfavorables aparecidas en el *Zeitschrift*. Decidimos unánimemente que Abraham le reemplazara interinamente como presidente hasta el próximo congreso, que se realizaría en Dresde, en septiembre. Inmediatamente antes del comienzo de la guerra, Jung anunció su alejamiento de la

Asociación Internacional, y al mismo tiempo supimos que ninguno de los suizos se proponía concurrir al congreso. Esto era consecuencia, al parecer, del ensayo polémico de Freud aparecido en junio, ensayo que, a juicio de Ferenczi, era una verdadera «bomba»

Freud no se hacía ninguna ilusión acerca del daño que ocasionaría al psicoanálisis la defección de Jung. En una de sus cartas me decía: «Es posible que estemos sobreestimando a Jung y lo que pueda realizar en el futuro. Se está colocando en una posición que no le favorece ante el público al volverse contra mí, es decir, contra su propio pasado. Pero mi opinión general en todo esto es muy similiar a la suya. Lo que yo preveo no es un éxito inmediato sino una incesante lucha. Todo aquel que prometa a la humanidad liberarla de las dificultades de lo sexual será aclamado como un héroe, cualesquiera sean las tonterías que se le ocurra decir.» Esta predicción de Freud resultó acertada. Ya en enero de 1914 el *British Medical Journal* celebró la conversión de Jung como un «retorno a un enfoque más sano de la vida». Hasta hoy en día se señala a Jung, en determinados círculos, como el hombre que expurgó las doctrinas de Freud de su obscena preocupación por los temas sexuales. Por su parte, los psicólogos de la psicología general, así como otras personas, aprovecharon gustosos la ocasión de declarar que, dado que existían tres «escuelas de psicoanálisis» —Freud, Jung y Adler—, que no podían ponerse de acuerdo acerca de sus propias conclusiones, nadie tenía necesidad de tomar la cosa en serio. Todo era bastante dudoso.

Fue esta última consideración, la afirmación de que existían muchas escuelas psicoanalíticas diferentes entre sí, la que impulsó a Freud a defender sus derechos en cuanto a la obra por él realizada, escribiendo, durante los meses de enero y febrero de 1914, su ensayo, de carácter polémico, titulado *Historia del movimiento psicoanalítico*. En él afirmaba que, más que ningún otro, él era el indicado para saber qué era el psicoanálisis y cuáles los métodos y las teorías característicos que los distinguían de las otras ramas de la psicología.

22. El Comité

Yo estaba afligido por las tres defecciones que he historiado en el capítulo precedente y preveía la posibilidad de otras en el futuro. En julio de 1912, mientras Freud se hallaba en Karlsbad, yo me encontraba en Viena y mantuve una conversación con Ferenczi sobre la situación. El plan ideal habría sido, según lo señaló con todo acierto Ferenczi, el procurar que un cierto número de personas cabalmente analizadas por Freud estuviera repartido en los diferentes centros o países. Pero como parecía no haber posibilidades para la realización de esta idea, yo propuse que entre tanto constituyéramos una especie de «Vieja Guardia» —un pequeño grupo de analistas de confianza— alrededor de Freud. Le procuraría una seguridad que sólo podía darle un grupo estable de amigos firmes y le ofrecería una tranquilidad en el caso de nuevas disensiones, a la vez que nosotros estaríamos en condiciones de ofrecerle una ayuda práctica, ya sea contestando a las críticas, reuniendo para él la bibliografía necesaria, aportando aquellos casos de nuestra experiencia que pudieran resultarle ilustrativos, etc. Los miembros del grupo contraeríamos una sola obligación expresa: en caso de que cualquiera de nosotros estuviera decidido a apartarse de algunos de los principios fundamentales de la teoría psicoanalítica, tales como el de represión, el de psiquismo inconsciente, el de la sexualidad infantil, etc., debería comprometerse a no hacerlo públicamente sin discutir antes sus ideas con los otros miembros del grupo. La idea de la formación de un grupo de esta índole tenía, por supuesto, sus antecedentes en mis propias lecturas e ideas: así, por ejemplo, las historias de los paladines de Carlomagno y las numerosas sociedades secretas acerca de las cuales había leído.

Ferenczi acogió de muy buen grado mi sugerencia, que luego expusimos a Rank. También escribí al respecto a Freud. Rank estuvo de acuerdo, por supuesto.

Después de esto me dirigí a Sachs, mi amigo más antiguo y más íntimo en Viena, y por su parte, Ferenczi y Rank tomaban contacto, un poco más tarde, con Abraham, durante una visita que hicieron a Berlín.

En cuanto a Freud mismo, se encontró entusiasmado y contestó mi carta a vuelta de correo. «Lo que inmediatamente captó mi imaginación fue su idea de constituir un consejo secreto compuesto por los hombres mejores y de más confianza con que contamos y que tomaría a su cuidado el desarrollo ulterior del psicoanálisis y defendería la causa contra las personas y los obstáculos con que ésta podrá tropezar cuando yo ya no esté... No ignoro que en esto se encierra también un elemento

casi infantil y quizá romántico, pero tal vez resulte posible adaptarlo a las necesidades de la realidad. Daré rienda suelta a mi fantasía y le dejaré a usted el papel de censor.

»Me atrevo a decir que me sería más grata la vida y más fácil la muerte el día que supiera que existe un grupo de tal índole, encargado de vigilar lo que he creado.»

Un año más tarde escribía a Abraham: «Usted no se imagina cuánta alegría me proporciona la cooperación de cinco hombres como ustedes en mi obra.»

En octubre de 1919 Freud propuso a Max Eitingon como sexto miembro del Comité, con lo que éste quedó definitivamente integrado. Eitingon reemplazaba a Anton von Freund, cuya enfermedad y subsiguiente fallecimiento le impidieron ocupar ese lugar. El Comité comenzó a actuar antes de la guerra, pero sólo fue después de ésta cuando adquirió toda su importancia para Freud, tanto desde el punto de vista administrativo y científico como también, y sobre todo, personal. En la carta en que comunicaba a Eitingon su designación, escribía Freud: «El secreto de este Comité es que me ha sacado de encima el peso enorme de la preocupación para el futuro, de modo que yo ya puedo proseguir con tranquilidad mi camino hasta el fin.»

El Comité se reunió por primera vez, en pleno, el verano siguiente. El 25 de mayo de 1913 Freud celebró el acontecimiento obsequiándonos a cada uno de nosotros con un antiguo camafeo griego de su colección, que luego engarzamos en sendos anillos de oro. Freud llevó también durante muchos años, un anillo como éste, un camafeo greco-romano con la cabeza de Júpiter.

Quedó convenido que, en mi calidad de fundador, yo ocupara la presidencia del Comité, cosa que se prolongó durante casi toda la existencia de éste.

Freud tuvo, durante toda su vida, muchos amigos no analistas, todos los cuales, a lo que yo sé, se mantuvieron fieles a él. Tuvo tres amigos íntimos que participaron en su vida científica, Breuer, Fliess y Jung, y los tres le abandonaron. Nuestras amistades fueron ya las últimas que habría de hacer. No es nada difícil establecer la forma en que distribuía su afecto entre los cinco miembros del Comité anteriores a la guerra. Ferenczi era notoriamente el primero, y luego seguían: Abraham, yo, Rank y Sachs, en ese mismo orden. Citaré también aquí la edad de cada uno: Ferenczi era el mayor, nacido en 1873; luego venía Abraham, de 1877; luego yo, de 1879; después Sachs, 1881; por último Rank, de 1885. Rank fue el primero en conocer a Freud, en 1906; Abraham en 1907, Ferenczi y yo en 1908 y Sachs en 1910 (si bien este último ya había asistido a sus clases durante años).

Freud mantuvo durante muchos años una correspondencia constante y abundante con aquellos de nosotros que no residíamos en Viena, y esa correspondencia, tanto de su parte como de la nuestra, se ha conservado. Al releerla hoy íntegramente (¡y más de una vez!) hay varias cosas que llaman la atención. Una de ellas es que Freud nunca mencionaba en sus cartas a los demás amigos. Era como si cada relación

fuera completamente distinta y personal. Tampoco repetía noticia alguna en los mismos términos. Siempre describía las mismas cosas desde ángulos diferentes.

Hasta los asuntos científicos de que se ocupaba aparecían en cada caso con otro cariz.

La personalidad de Freud, así como la de cualquier otra persona, mal puede ser estudiada *in vacuo*, sino en su relación con los demás y por lo tanto se hace necesario conocer algo acerca de estas otras personas. Dado que el grupo de que aquí se trata significaba tanto para Freud, aun desde el comienzo, será conveniente decir algo acerca de sus miembros, no solamente en cuanto a sus actividades científicas, cuyo resultado se halla incorporado a la literatura psicoanalítica, sino en un sentido más personal. Siempre es cosa delicada hablar de los propios amigos, pero trataré de hacerlo de la manera más leal que pueda y de acuerdo con los principios que inspiran toda esta biografía.

Ferenczi —para usar el nombre que él y su familia adoptaron en lugar del apellido original, Fraenkel— era el miembro de más edad en el grupo, el más brillante y el que se hallaba en una relación más íntima con Freud. Desde cualquier punto de vista corresponde empezar con él. De su historia anterior y de la forma en que se acercó a Freud ya hemos dicho algo en otra parte. En cuanto al otro aspecto —el más sombrío— de su vida, al que ya hemos hecho alusión, era bastante poco lo que pudimos conocer hasta muchos años después, cuando ya no había manera de ocultarlo. Hasta entonces era un secreto solamente compartido con Freud. Lo que nosotros conocíamos era el dirigente y el amigo brillante, animador y benévolo. Tenía un gran encanto en su trato con los hombres, pero no tanto con las mujeres. Tenía una personalidad cálida y atrayente y un carácter generoso. Su espíritu estaba lleno de entusiasmo y devoción y siempre esperaba y provocaba estos mismos sentimientos en los demás. Era un analista altamente dotado, con un notable olfato para las manifestaciones del inconsciente. Por encima de todo, era un conferenciante y un maestro entusiasta y lleno de sugerencias.

Pero tenía naturalmente, como todo ser humano, sus debilidades. La única que a nosotros se nos hacía evidente era su falta de sentido crítico. Solía proponer planes absolutamente sin base, habitualmente idealistas, sin criterio alguno acerca de las posibilidades de realización, pero cuando sus colegas le hacían volver a tierra y tomar contacto con la realidad, lo aceptaba siempre de buen talante. Tenía otras dos cualidades, de las que entonces sabíamos muy poco aún y que probablemente se relacionaban entre sí. Tenía una necesidad insaciable de ser amado, y cuando años después tuvo que enfrentarse con una inevitable frustración, no pudo resistir su embate. Además, y quizás como una pantalla que encubría su excesivo amor a los demás y la necesidad de ser amado por ellos, llegó a adquirir una actitud un tanto dura en ciertas situaciones, que tendía a degenerar en un trato altivo y a veces dominador. Esto se hizo más manifiesto en los últimos años.

Ferenczi, con su carácter abierto e infantil, sus dificultades internas y su desatada fantasía, ejerció gran atracción sobre Freud. Era, en

muchos aspectos, un hombre muy de su gusto. Una imaginación audaz y sin freno era cosa que siempre excitaba a Freud. Era un elemento intrigante de su propia personalidad y al que raras veces daba rienda suelta, ya que lo había dominado con una modalidad escéptica que de ningún modo existía en Ferenczi y un juicio mucho más equilibrado del que poseía éste. Con todo, el espectáculo de su imaginación desenfrenada en lo demás era algo que Freud raras veces podía resistir y es de suponer que los dos deben haber disfrutado de momentos sumamente agradables cuando se hallaban a cubierto de las críticas de los demás.

«17 de noviembre de 1911

»Querido hijo:[73]

»Me pide usted una rápida respuesta a su emotiva carta y hoy me gustaría trabajar, pues estoy contento con las noticias que en seguida pasaré a relatarle. Le contestaré brevemente y no diré muchas cosas nuevas. Estoy familiarizado, por supuesto, con sus "complejos" y debo confesar que preferiría tener un amigo que tuviera confianza en sí mismo. Pero ya que usted se presenta con tantas dificultades, tengo que tratarle como a un hijo. Su lucha por la independencia no tiene por qué tomar la forma de alternativa entre rebelión y sumisión. Creo que usted sufre, además, del miedo a los complejos que ha quedado asociado a la "mitología del complejo" de Jung. Un hombre no tiene por qué empeñarse en deshacerse de sus complejos, sino en ponerse de acuerdo con ellos: son ellos los que legítimamente dirigen su conducta en el mundo.

»Por otra parte, usted se encuentra científicamente en el mejor de los caminos para lograr su independencia. Una prueba de ello son sus estudios sobre el ocultismo, que quizás a causa de ese afán suyo contienen cierto elemento indebido de ansiedad. No se avergüence de participar, por lo general, de mis opiniones y no me pida personalmente más de lo que estoy dispuesto a dar. Una persona debe sentirse contenta cuando, a título de verdadera excepción, se halla en condiciones de ponerse en armonía consigo misma sin ayuda externa. Usted conoce seguramente el viejo dicho: "Las cosas malas que a uno no le suceden deben ser colocadas en el haber".

»Adiós y tranquilícese.

»Con paternales saludos, suyo

»FREUD»

Abraham fue sin duda la persona más normal entre los miembros del grupo. Sus cualidades distintivas fueron la firmeza, el sentido común, la perspicacia y el dominio de sí mismo. Por tormentosa o difícil que fuera una situación, él siempre mantenía una calma inquebrantable. Nunca emprendió una cosa con ánimo precipitado o vacilante. Fuimos él y yo, habitualmente de común acuerdo, quienes aportábamos el elemento de juicio en las decisiones. Era, para no decir precisamente el más reservado, por lo menos el menos expansivo de todos. No tenía nada de la actitud y maneras desbordantes e incitantes de Ferenczi. Difícilmente podría hablarse de «encanto» y Freud a veces solía decirme que lo en-

contraba «demasiado prusiano». Pero le tenía un gran respeto. Con su independencia intelectual y su característico dominio de las propias emociones, no parecía tener necesidad alguna de una amistad especialmente cálida. No se mostraba más íntimo con relación a uno que a otro de nosotros.

Rank y Sachs eran grandes amigos y siempre trabajaban en armonía. Eran los únicos miembros del Comité que, por no ser médicos, no practicaron el psicoanálisis (hasta después de haber finalizado la guerra).

Una de las dificultades que supone describir a Otto Rank —cuyo apellido original era Rosenfeld— es que ostentó dos personalidades absolutamente diferentes antes y después de la guerra, respectivamente. Nunca he visto que otra persona llegara a cambiar tanto. Sus experiencias personales durante la guerra hicieron aflorar en él un vigor y otras manifestaciones de su personalidad que no habíamos sospechado nunca en él. Me limitaré por el momento al Rank de la preguerra, dejando para el momento apropiado la descripción de los cambios sobrevenidos más tarde.

Rank procedía de un estrato social evidentemente inferior al de los demás y esto explica su visible actitud de timidez y hasta de deferencia de aquella época. Pero esto tenía que ver más probablemente con sus inconfundibles tendencias neuróticas, de tan desastroso resultado en una época posterior de su vida. Había estudiado en una escuela técnica y sabía manejar cualquier instrumento con destreza. Freud le insistió en que se graduara en la universidad. Nunca supe de qué vivía, pero sospecho que Freud debió mantenerlo, aunque fuera en parte. Era costumbre de Freud hacer estas cosas en silencio, sin comunicárselo a nadie. A menudo solía decir que si alguno de nosotros llegara a hacerse rico, su primer deber sería ocuparse de Rank. Cierta vez me dijo que en la Edad Media un mozo inteligente como Rank habría hallado un protector, pero luego agregó: «Tal vez no le sería nada fácil con lo feo que es.» La verdad es que ninguno de los miembros del Comité era de aspecto muy agraciado. Rank haría un secretario privado ideal, y en realidad ejercía estas funciones, en muchos aspectos, con Freud. Se mostraba siempre voluntarioso, no se quejaba de tarea alguna por pesada que fuera, era hombre apto para cualquier clase de trabajo y dotado de una extraordinaria inventiva. Era sumamente inteligente y de rápido ingenio. Tenía un especial olfato analítico para la interpretación de sueños, mitos y leyendas. Su gran obra sobre los mitos de incesto, que hoy en día no se lee tanto como debiera, es un tributo a su realmente vasta erudición. Era verdaderamente un misterio cómo hallaba siempre tiempo suficiente para leer todo ese material. Durante años tuvo un contacto estrecho, casi diario, con Freud, a pesar de lo cual nunca llegaron a sentirse muy cercanos uno del otro. A Rank le faltaba para que ello hubiera sido posible, entre otras cosas, el necesario encanto, y esto, al parecer, significaba mucho para Freud.

Hans Sachs representaba, entre los miembros del Comité el eslabón más débil de la cadena. Era un compañero divertido, el más ocurrente entre todos los del grupo, y tenía siempre una colección inaca-

bable de los mejores chistes judíos. Su interés residía principalmente en asuntos literarios. Cuando, como ocurría a menudo, había que tratar asuntos de índole más política y administrativa, se mostraba siempre aburrido y se mantenía como ausente, actitud que le favoreció mucho cuando, más tarde, emigró a Estados Unidos, donde muy sabiamente se dedicó a una tarea técnica. Se mantuvo siempre completamente leal a Freud, pero sus episodios de apatía no agradaban demasiado a este último, de modo que era, de los miembros del Comité, el que tenía menos contacto personal con él.

Eitingon se destacaba, entre otras cosas, por ser el único psicoanalista en el mundo que disponía de bienes. Estaba, por tanto, en condiciones de prestar gran ayuda en diversas iniciativas psicoanalíticas, y en ello se mostró siempre generoso. Era sumamente devoto de Freud, cuyo más ligero deseo u opinión era decisivo para él. Fuera de esto, era un hombre más bien fácil de influir, de modo que no siempre se podía predecir de antemano su opinión. Sentía su origen judío más agudamente que los demás, tal vez con excepción de Sachs, y era muy sensible a los prejuicios antisemitas. Su visita a Palestina en 1910 anunciaba, en cierto modo, su retiro final a ese país en el primer momento de la ascensión de Hitler al poder, veinte años más tarde.

De los cinco miembros del Comité —más tarde seis, con Eitingon—, yo diría que los mejores analistas eran Abraham y Ferenczi. Abraham tenía un juicio muy seguro, si bien carecía de la penetración intuitiva de Ferenczi. En esa época nadie pensaba en un análisis didáctico. Creo haber sido el primer psicoanalista que se decidió a recurrir a un análisis personal. No pudiendo contar con Freud para ello, por la razón que ya antes expuse, fui a Budapest, en 1913, para realizar con Ferenczi un intenso análisis que duró varios meses, a razón de tres horas diarias. Esto resultó muy útil para salvar mis propias dificultades personales y me proporcionó la experiencia irreemplazable de la «situación analítica». Me ofreció, además, la oportunidad de apreciar muy de cerca las valiosas cualidades de Ferenczi. Éste, por su parte, aprendió mucho escuchando los comentarios de Freud sobre su autoanálisis, y por dos veces (en 1914 y 1916) fue analizado por éste en Viena durante tres semanas en cada ocasión. En una y otra, el análisis se vio interrumpido bruscamente por haber sido llamado Ferenczi a cumplir con sus deberes militares. Ninguno de los otros miembros realizó jamás un análisis personal en regla. Vale la pena destacar lo bien que se desenvolvió Abraham sin ninguna ayuda, cosa que demuestra que el carácter original y el temperamento de una persona representan un factor de la mayor importancia para el éxito.

Además de contribuir a atemperar el optimismo de Abraham y las extravagancias de Ferenczi, mi propia aportación al Comité consistió esencialmente en proporcionar una visión más amplia del mundo circundante. El círculo vienés tenía una visión en cierto modo limitada y en algunos aspectos incluso bastante provinciana. En esa época yo viajaba mucho, tanto por Norteamérica como por Europa, y tenía la costumbre de asistir a congresos internacionales de toda índole, donde se tiene la

oportunidad de aprender mucho acerca de las personalidades, al margen de los trabajos que en cada caso se presentan. Esto me daba la oportunidad de valorar el progreso de las ideas psicoanalíticas y de las resistencias con que éstas tropezaban en diferentes lugares. La reacción ante estas ideas no era de ningún modo igual en los diversos países, y a tenor de esto variaban también las dificultades con que tropezaban cada cierto tiempo en la atmósfera algo recalentada de este círculo de personas que por lo común no se habían aventurado muy lejos de su habitual rincón familiar.

Eramos todos librepensadores, de manera que no existían barreras religiosas entre nosotros. No recuerdo tampoco que haya tenido ninguna dificultad, en ningún momento, por el hecho de ser el único no judío en el grupo. Hijo, también yo, de una raza oprimida, me era fácil identificarme con el modo de pensar judío, que, tras largos años de intimidad, yo había asimilado en alto grado. Mi conocimiento de anécdotas, agudezas y chistes judíos llegó, bajo esa tutela, a ser tan copioso que provocaba el asombro de los demás analistas no pertenecientes a nuestro círculo.

Pude enterarme, por supuesto, y no sin cierto asombro, de hasta qué grado llega la suspicacia de los judíos ante el más leve signo de antisemitismo y de cuán numerosas son las observaciones y los actos a los que suele adjudicarse ese sentido. En cuanto a los miembros del Comité, los más sensibles a esto eran Ferenczi y Sachs. Abraham y Rank lo eran también, pero no en el mismo grado. De Freud puedo decir que era bastante sensible al respecto.

En cuanto a mis propios defectos, creo que son bastante conocidos, de modo que no será necesario que los exponga aquí. Pienso, por mi parte, que el más importante de ellos, en esa época, era una actitud excesivamente crítica frente a las deficiencias de los demás. Debo decir que en ese sentido es mucho lo que he aprendido observando la encantadora tolerancia de Freud.

El Comité llenaba indudablemente su función primaria de fortalecer el ánimo de Freud frente a los enconados ataques de que era objeto. Rodeado de buenos amigos le era más fácil dar cuenta de esos ataques entre chistes y bromas, y nosotros, por nuestra parte, estábamos en condiciones de contestar a algunos de ellos en una forma en que él no se hubiera ocupado de hacer. De este modo quedaba en mayor libertad para la obra constructiva. Con el tiempo comenzaron a adquirir importancia otras funciones del Comité. Las frecuentes reuniones, ya sea de todos a la vez o bien por grupos, junto con una constante correspondencia, nos ponían en condiciones de mantenernos en contacto con todo lo que ocurría en el mundo del psicoanálisis. Fue una ventaja inapreciable, por otra parte, el disponer de una política unitaria, planeada por los mejor informados y los que poseían una influencia considerable para enfrentarse con los innumerables problemas que se iban presentando: las divergencias dentro de una sociedad, la elección de autoridades, los problemas planteados por la oposición en tal o cual organismo local, etcétera.

El Comité funcionó perfectamente, por lo menos para un cuerpo tan heterogéneo como ése. Después fueron surgiendo algunas dificultades internas que le afectaron un tanto. El destino individual de sus miembros —la muerte, el alejamiento o la disensión— es cosa que se irá viendo a medida que prosiga nuestro relato. Son vicisitudes que no hacen más que reflejar la imprevisibilidad de la vida en todos sus aspectos. Pero puedo decir, como único superviviente del grupo, que conservo el grato recuerdo de aquellos años en que éramos un grupo feliz de hermanos.

23. Los años de guerra

En sus juicios sobre acontecimientos políticos, Freud no era ni más ni menos perspicaz que cualquier otra persona. Acostumbraba seguir de cerca los acontecimientos, pero éstos no llegaban a interesarle sino cuando de uno u otro modo incidían sobre su propia obra. Esto es lo que ocurrió por primera vez en 1914.

En fecha tan temprana como el 6 de diciembre de 1912, me escribía que la situación política en Austria era tormentosa y que tendrían que prepararse para los malos tiempos. Yo sabía que se refería a las relaciones con Servia, y quizá también con Rusia, entonces, como ahora, el temible oso que atemorizaba a los austríacos. Pero presumiblemente participaba de la opinión corriente entre los vieneses acerca de estas dificultades, ya que poco depués, según recuerdo, me escribía: «¡Los servios son tan desvergonzados!»

El 28 de junio el mundo se sintió sobresaltado por la noticia de que el heredero del trono, el archiduque Francisco Fernando, había sido asesinado por un bosnio, un súbdito austríaco que obró instigado por conspiradores servios. En una carta dirigida a Ferenczi ese mismo día, decía Freud: «Estoy escribiendo aún bajo la impresión del impacto del increíble asesinato de Sarajevo, cuyas consecuencias son imprevisibles.»

Lo único que siguió a esto, sin embargo, durante varias semanas, fue un fatídico silencio. Freud parece haberse dejado engañar por ello, ya que de lo contrario difícilmente habría permitido a su hija menor que partiera para Hamburgo, el 7 de julio, y menos aún que once días después, el 18, siguiera viaje a Inglaterra, donde se proponía pasar un par de meses. Finalmente, el 23 de julio llegó el ultimátum a Servia.

La nota de aceptación del ultimátum por parte de Servia, que sir Edwar Grey consideró el más extraordinario documento que haya visto dirigido por un Estado soberano a otro, no era completamente satisfactoria, de modo que Austria declaró inmediatamente la guerra y bombardeó Belgrado. La Gran Guerra había comenzado.

Durante los dos o tres primeros años de la guerra, Freud simpatizó completamente, desde luego, con las Potencias Centrales, los países con los que estaba tan íntimamente asociado y por quienes luchaban sus hijos en el frente. Este sentimiento se mezclaba, sin embargo, con un creciente escepticismo acerca de la victoria final. Se puso, incluso, en contra de su bienamada Inglaterra, que ahora se había vuelto «hipócrita». Aceptaba evidentemente la versiónn germana de que Alemania estaba siendo

«cercada» por vecinos envidiosos, juramentados para destruirla. Sólo más adelante, bastante más avanzada la guerra, la «propaganda» de los aliados hizo aflorar sus sospechas acerca de los principios morales implicados en el conflicto, a raíz de lo cual empezó a recelar de las versiones de uno y otro bando y pudo colocarse *au dessus de la mêlée*.

Durante la guerra pude mantener mi contacto con él del siguiente modo: enviaba mis cartas a mis amigos de Holanda, Suecia e incluso Italia, quienes a su vez las mandaban a Viena. Putnam, por su parte, solía enviarme regularmente las cartas que Freud pudo escribirle antes de la entrada de Estados Unidos en la guerra, en 1917.

Freud y su círculo, tal como le ocurrió a mucha gente en esa época, y a despecho de una carta de advertencia que yo le escribí, se mostraron remisos en comprender la gravedad de la situación internacional. No fue hasta el 2 de julio cuando Ferenczi comprendió que tenía que renunciar a su viaje a Inglaterra, pues su nombre estaba en la lista de los que iban a ser inmediatamente movilizados y no podía, por lo tanto, abandonar Hungría. En cuanto a Abraham, el optimista de siempre, todavía opinaba el 29 de julio que el congreso habría de realizarse, y aún el 31 (el mismo día en que Alemania declaró la guerra) estaba convencido de que ninguna gran potencia habría de dar un paso como ése. El resultado fue que su familia, sorprendida por los acontecimientos en una aldea de la costa báltica, se vio imposibilitada de abandonar el lugar. En cuanto a Freud, comenzó a dudar de la posibilidad de su realización el 26 de julio. El día 29 escribió a Eitingon: «También hay sombras que se precipitan sobre nuestro congreso, pero no es posible predecir lo que ocurrirá dentro de dos meses. Quizás para entonces las cosas hayan vuelto a su cauce.» Pero ese mismo día escribía a Abraham que «dentro de un par de semanas nos sentiremos avergonzados de esta excitación actual, o bien estaremos próximos a hechos de trascendencia histórica, cuya amenaza viene prolongándose desde hace décadas.»

La primera reacción de Freud a la declaración de guerra fue realmente inesperada. Cabía suponer que un sabio de 58 años habría de sentirse simplemente horrorizado ante los hechos, cosa que ocurrió con muchos otros. Sin embargo, su primera reacción fue más bien de entusiasmo juvenil, lo cual no era otra cosa, al parecer, que una resurrección de su entusiasmo bélico de la adolescencia. Incluso llegó a calificar la desatinada actitud de Berchtold como un «alivio a la tensión gracias a un acto audaz», y declaró que por primera vez en treinta años se sentía austríaco. Cuando Alemania hubo dado curso a sus tres declaraciones de guerra, escribió: «Me sentiría solidario con esto de todo corazón si no fuera porque Inglaterra ha abrazado la mala causa.» Se sentía como transportado, no podía pensar de ningún modo en el trabajo y pasaba el día comentando los acontecimientos con su hermano Alexander. Como él mismo decía: «Toda mi libido pertenece ahora a Austria-Hungría.» Se mostraba excitado e irritable y su conversación estaba enteramente plagada de *lapsus*.

Pero este estado de ánimo duró apenas un poco más de dos semanas, al cabo de lo cual volvió a ser el de siempre. Lo curioso es

que el factor determinante de este cambio en los sentimientos de Freud fue el desprecio que le inspiraba la incompetencia con que su recién adoptada patria llevaba adelante la campaña contra Servia. Si los austríacos podían ser detenidos e incluso derrotados precisamente por ese pueblo al que, con actitud tan despectiva, se habían dispuesto a aniquilar era evidente una vez más que esa patria de adopción no tenía remedio y no valía la pena pertenecer a ella. Sólo cabía esperar que Alemania, el hermano mayor, viniera a salvarlos, y desde entonces fue ésta su única esperanza. Después de las aplastantes derrotas de Austria en Galitzia, ese mismo mes, Freud comentaba: «Alemania ya nos ha salvado.» Había renunciado ya a la esperanza de un rápido fin de la guerra: «La capacidad de resistir se convierte ahora en la suprema virtud.»

En la segunda semana de la guerra, su hijo mayor, Martin, se enroló como voluntario y fue incorporado a la artillería. Con su característico humor, dijo que lo había hecho para poder visitar Rusia sin cambiar de religión.[74] Se encontraba entonces en Salzburgo y fue enviado para su entrenamiento a Innsbruck, donde recibió la visita de su padre en la primera semana de septiembre. La hija de Freud, Anna, que, según parece, había corrido el peligro de verse retenida en Inglaterra, pudo volver sana y salva a su casa, después de un viaje vía Gibraltar y Génova y bajo la protección del embajador austríaco. Por una de mis cartas de la época compruebo que yo me había ofrecido a acompañarla a la frontera austríaca «por uno de los numerosos caminos practicables», tal era nuestra inocencia, en aquellos felices días, acerca de lo que los gobiernos son capaces de hacer en su empeño de coartar la antigua libertad de viajar.

Por primera vez en treinta años, Freud pasó el mes de agosto en Viena, y naturalmente se hallaba sin ocupación. Decidió, sin embargo, no iniciar la labor del consultorio hasta la fecha habitual, 1 de octubre. Escribiendo a Abraham, le decía que ahora desponía, para estudiar, de todo el tiempo necesario, cosa que tan a menudo había anhelado; pero luego agregaba irónicamente: «A esto vienen a parar nuestros deseos una vez realizados.» Empleó el tiempo en examinar y describir cuidadosamente su colección de antigüedades, en tanto que Otto Rank hacía un catálogo de su biblioteca.

El 16 de septiembre salió de Viena doce días, para visitar a su hija Sophie en Hamburgo. Al anunciar a Eitingon el viaje que estaba a punto de emprender, expresaba su esperanza de poder compartir el júbilo por la esperada caída de París durante su estancia en Alemania. Y desde Hamburgo, ciudad que conocía muy bien, escribió que por primera vez no se sentía extranjero allí. Y hablaba de «nuestras» batallas, «nuestras» victorias y así sucesivamente. En su viaje de regreso pasó cinco horas en compañía de Abraham, en Berlín. Habrían de transcurrir exactamente cuatro años hasta que volvieran a encontrarse. El último día del mes llegó Ferenczi a Viena para analizarse con Freud, pero por desgracia el análisis tuvo que ser interrumpido al cabo de tres semanas por haber sido convocado Ferenczi a filas. Sirvió como médico en los húsares húngaros, donde tuvo que aprender a cabalgar.

En octubre llegó la «magnífica noticia» de la caída de Amberes. Para entonces Freud ya había recomenzado la labor en su consultorio, pero sólo con dos pacientes, húngaros los dos. Al mes siguiente quedó con uno solo. Fue entonces cuando escribió la extensa historia clínica que desde entonces se conoce con el nombre de «El hombre de los lobos». No fue publicada, sin embargo, hasta cuatro años después.

Durante los primeros meses de la guerra, varias de las cartas que nos escribíamos mutuamente Freud y yo no llegaron a su destino, y la primera que recibí de él era del 3 de octubre. Dos días después de declarada la guerra le hablé de la creencia generalizada en Inglaterra de que Alemania perdería a la larga, e incluso me aventuré a repetirlo en una carta posterior. Al informar de esto a Ferenczi, Freud manifestó que yo hablaba de la guerra con «la característica estrechez del punto de vista inglés».

El 11 de noviembre escribía a Ferenczi que acababa de recibir la noticia de que su tan amado hermano Emmanuel había fallecido en un accidente ferroviario. Esto debe haber sido un hondo motivo de aflicción para Freud, ya que su cariño hacia su hermanastro se había mantenido invariable desde la primera infancia. Algunos meses más tarde, en una carta a Abraham, hizo esta característica reflexión: «Tanto mi padre como mi hermanastro vivieron hasta la edad de ochenta y un años, de modo que mis perspectivas son bastante sombrías.»[75] Había otra pérdida que lamentar: el famoso crucero *Emden*. Freud decía que se había encariñado mucho con él.

En diciembre el ánimo de Freud estaba muy decaído y pidió a Abraham que viniera a animarle. Su optimismo no mejoró, desde luego, cuando recibió de Trigant Burrow, de Baltimore, un ofrecimiento de asilo, lo cual, tal como me escribió Freud, demostraba «lo que los norteamericanos piensan acerca de nuestras posibilidades de victoria». Escribió a Abraham que la impotencia y la pobreza eran las dos cosas que siempre había odiado más y que, al parecer, se hallaban ahora bastante próximas. Pero no estaba solo. Hanns Sachs había sido excluido del servicio militar a causa de su miopía, en tanto que Otto Rank, su otro colaborador literario, estaba tratando de eludir el servicio, «luchando como un león contra su patria».

Solía haber a menudo, en la vida de Freud, una mujer inteligente, paciente o discípula, cuya compañía le reportaba una especial satisfacción. En esa época se trataba de Lou Andreas-Salomé, que había estudiado con él antes de la guerra. Era una mujer dotada de un notable olfato para los grandes hombres, entre los que contaba un gran número de amigos, desde Turgueniev, Toltsoi y Strindberg, a Rodin, Rainer Maria Rilke y Arthur Schnitzler. De ella se dijo que estuvo relacionada con los dos hombres más grandes de los siglos XIX y XX: Nietzsche y Freud respectivamente. Freud admiraba mucho su carácter elevado y sereno, que consideraba superior al suyo, y ella por su parte apreciaba en su justo valor la importancia de la obra de Freud. En su depresión, durante ese otoño, Freud le escribió una postal: «¿Cree usted todavía que todos los grandes hermanos[76] son tan buenos? ¿Habrá una palabra de con-

suelo para mí?» Ella hizo todo lo que pudo para ponerse a la altura de la situación y Freud habló a Abraham del «optimismo realmente conmovedor» de su carta. Por su parte, Freud le contestó: «Lo que usted me escribe me da el valor necesario para volver a escribirle. Yo no dudo de que la humanidad superará incluso esta guerra, pero sé positivamente que mis contemporáneos y yo no volveremos a ver ya un mundo gozoso. Todo es demasiado odioso. Y lo más triste de todo es que ha resultado precisamente lo que nosotros, los psicoanalistas, debíamos imaginar, en cuanto al hombre y su comportamiento. Nunca pude compartir, por eso, el gozoso optimismo de usted. Mi secreta conclusión era ésta: puesto que podemos considerar que la civilización actual encubre una gigantesca hipocresía, se deduce que no somos orgánicamente aptos para ella. El o Lo desconocido —que acecha tras el Destino— repetirá un día otro experimento semejante con otra especie.»

Su capacidad de crear, sin embargo, se mantenía todavía en un óptimo nivel, tal como solía ocurrir cuando se sentía mal de salud o de ánimo. No sólo escribía mucho, sino que también meditaba mucho. La concentración interior empezaba a ocupar el lugar del interés por los desalentadores acontecimientos del mundo exterior. Después de exponer a Ferenczi algunas de sus nuevas ideas, agregaba: «Aun sin esto último, puedo decir que he dado al mundo más de lo que el mundo me ha dado a mí. Estoy ahora más aislado que nunca, y espero seguir así, como consecuencia de la guerra. Sé que estoy escribiendo sólo para cinco personas en la actualidad, usted y pocos más.[77] Alemania no se ha ganado mi simpatía como analista, y en cuanto a nuestra patria común, cuanto menos se diga será mejor.»

Expondremos las ideas en cuestión en el lenguaje un tanto militar utilizado por el mismo Freud. «Vivo, como dice mi hermano, en una trinchera primitiva: medito y escribo, y después de varias batallas me he abierto camino a través de la primera serie de enigmas y dificultades. La angustia, la histeria y la paranoia han capitulado. Hasta dónde podrán seguir estos éxitos es algo que queda por ver. Pero han aparecido una gran cantidad de hermosas ideas: la elección de neurosis, por ejemplo. Las regresiones son cosa completamente resuelta. Algún progreso en las fases del desarrollo del yo. La importancia de todo el asunto depende de si será posible o no dominar lo realmente dinámico, es decir, el problema placer-dolor, cosa de la que mis primeros intentos me hacen más bien dudar.» Ferenczi visitó a Freud, por espacio de un día o dos, una semana más tarde y entre ambos, sin duda, desmenuzaron algunos de estos problemas.

Al día siguiente de esta conversación, Freud escribió a Abraham:

«Lo único satisfactorio es que mi labor continúa y que está conduciendo, a pesar de las repetidas interrupciones, a nuevas y notables ideas y conclusiones. He conseguido recientemente definir una característica de los dos sistemas Bw (consciente) y Uw (inconsciente) que los hace casi comprensibles y conduce a lo que yo creo que será una solución sencilla de la relación entre demencia precoz y realidad. Todas las ca-

texis de objetos componen el inconsciente. El sistema Bw significa la conexión de estas ideas inconscientes con los conceptos denotados por las *palabras*: es esto lo que hace posible que una cosa se haga consciente. La represión, en la neurosis de transferencia, consiste en un retiro de libido del sistema Bw, es decir, en una separación entre las ideas de los objetos y las palabras. En las neurosis narcisísticas,[78] la represión retira libido de las ideas inconscientes de los objetos, cosa que representa, naturalmente, una perturbación mucho más profunda. De ahí los cambios operados en el lenguaje en la demencia precoz, que en general trata las ideas de las palabras tal como la histeria trata las de los objetos, es decir, subordinándolas al "proceso primario", con sus condensaciones, desplazamientos y descarga. Podría escribir ahora un tratado completo sobre teoría de las neurosis, con capítulos sobre el destino de los instintos, sobre la represión y sobre el inconsciente, si no fuera porque el placer de trabajar se ve perturbado por mi estado de ánimo.»

Freud ya había insinuado anteriormente esta interesante teoría, a la que se conservó siempre fiel. Ferenczi le preguntó cómo podría aplicarse a los sordomudos de nacimiento, que no tienen idea de las palabras. Su contestación fue que, en este aspecto, debíamos ampliar el sentido de lo que entendemos por «palabras», para incluir en ese concepto toda clase de gestos y formas de comunicación.

Extractamos a continuación algunos párrafos de la última carta de ese año.

«Su carta me llegó exactamente la víspera de Navidad y, como todos sus esfuerzos anteriores de lograr contacto, me ha conmovido grandemente y me ha procurado gran satisfacción. Repetidas veces he abusado de la amabilidad del doctor Van Emden para conseguir que lleguen a usted mis respuestas, pero no sé si las ha recibido. De modo que cuando usted no recibe respuesta a una carta, no puedo siquiera hacerle saber que no es por culpa mía...

»No me hago ilusiones acerca del hecho de que el momento culminante de nuestra ciencia ha sido violentamente interrumpido, que tenemos por delante una época mala y que lo único que podemos hacer es mantener encendida en algunos corazones una brasa de esperanza de que un viento más favorable permita la reaparición de la antigua llama. Lo que Jung y Adler dejaron en pie de nuestro movimiento se ve ahora arruinado por la contienda entre las naciones. Las posibilidades de mantener unida nuestra Asociación son tan reducidas como las de cualquier otra cosa que se llame internacional. Nuestras revistas parecen estar llegando a su fin. Tal vez consigamos de algún modo mantener en pie el *Jahrbuch*. Todo lo que hemos tratado de cultivar y cuidar hasta ahora deberá seguir por sí solo, de algún modo. No siento ansiedad, por supuesto, respecto al destino final de nuestra causa, por la que usted demuestra una devoción tan conmovedora. Pero en cuanto al futuro inmediato, que es lo único en que yo puedo interesarme, parece ser irremediablemente sombrío, y ya no podría tomar a mal el que alguna rata

se apresurara a abandonar el barco en pleno naufragio. Estoy empeñado ahora en reunir, en una especie de síntesis, todo aquello que aún puedo dar a nuestra ciencia, y ciertamente he obtenido ya una buena cosecha de cosas nuevas...»

A principios de 1915 todavía parecía que las Potencias Centrales ganarían la guerra. Alemania rechazaba todas las ofensivas en el Oeste y lograba grandes victorias sobre los rusos. Freud se sentía enteramente esperanzado. A principios de año comentó que la guerra podría prolongarse bastante, quizás hasta octubre. En ese momento Freud expresó, por primera vez, su optimismo acerca de la victoria en las próximas batallas y de la cercana paz, y un mes más tarde escribía: «Mi corazón está en las montañas, mi corazón no está aquí. Es decir, está en los Dardanelos, donde ahora se está decidiendo el destino de Europa. Grecia va a declararnos la guerra dentro de pocos días y entonces ya no podremos visitar las ciudades que más he amado entre todas las que conocí.»

En la primavera hacía estas reflexiones: «No deja de ser un consuelo que quizá la guerra no pueda durar ya tanto como ha durado hasta ahora... La tensión acerca de los acontecimientos esperados es grande. ¿Cree usted que *todo* saldrá bien?» En el verano pensaba que la guerra podría durar aún un año más, pero seguía confiando en la victoria. «Como les ocurre a muchos otros, encuentro la guerra más insoportable cuando mejores son las perspectivas.» En el otoño el ánimo se volvió más sombrío. «No creo que la paz esté cerca. El próximo año, por el contrario, irán en aumento la amargura y la crueldad.» «La larga duración de la guerra nos aplasta, y las interminables victorias, junto con las crecientes dificultades, hacen que nos preguntemos si, después de todo, el pérfido cálculo[79] de los ingleses no habrá sido correcto.»

Era considerable, por supuesto, su ansiedad respecto a los dos hijos que estaban combatiendo: Martin, el mayor, en Galitzia y Rusia, y Ernst, el menor, contra Italia, después de la entrada de ésta en la guerra, en el mes de abril. Martin ya había ganado una condecoración al valor. Oliver, el otro hijo, estuvo ocupado durante toda la guerra en trabajos de ingeniería construyendo túneles, cuarteles, etc. Se había graduado de ingeniero el mismo día en que Anna se graduó de maestra. Freud tuvo varios sueños acerca de desgracias ocurridas a sus hijos, que interpretaba como envidia de su juventud.

Freud hizo desesperados esfuerzos para salvar las publicaciones psicoanalíticas, al objeto de poder conservar en alguna medida la *continuidad en el trabajo*. Tuvo éxito con *Zeitschrift* y con *Imago*, a costa de sacrificar un libro que proyectaba editar y que publicó por entregas en aquéllas. Pero *Jahrbuch* no volvió a aparecer nunca más después de 1914. La mayor parte del trabajo de las revistas le tocaba a él, dada la ausencia de Abraham y Ferenczi. En junio Rank fue llamado a filas, y en agosto, Sachs. Después de doce días de entrenamiento en Linz, Sachs fue dado de alta. Freud escribió diciendo que parecía repetirse su periodo anterior de gran productividad, pero esta vez en completa sole-

dad. La Sociedad de Viena, al comenzar la guerra, había dejado de reunirse, pero en el invierno se reanudaron las sesiones, una vez cada tres semanas. El consultorio, por supuesto, estaba bastante despoblado. A comienzos de año no tenía más que dos o tres pacientes, aristócratas húngaros todos ellos.

Aparte de Ferenczi, que se las ingenió para hacer dos o tres escapadas a Viena, Freud tuvo muy pocos visitantes ese año, lo mismo que en los años que siguieron. Una visita especialmente interesante fue la de Rainer Maria Rilke, que estaba haciendo su entrenamiento militar en Viena. Para Freud fue una verdadera satisfacción la velada que Rilke pasó en su casa con su familia.

El 13 de septiembre se dirigió, por Munich y Berlín, a Hamburgo, para visitar a su hija Sophie y gozar de la compañía de su primer nieto.

La correspondencia de ese año, aunque menos copiosa que antes, ofrecía varios rasgos de interés y voy a extractar algunas partes de la misma. De entre las cartas hay dos de especial interés personal, escritas a Putnam y que éste me envió a mí. Los dos párrafos que vienen a continuación son de la primera de ellas, fechada el 7 de junio de 1915.

«Mi principal impresión es que yo soy mucho más primitivo, más humilde y menos sublimado que mi querido amigo de Boston. Percibo su noble ambición y su vivo deseo de conocimiento y lo comparo con mi peculiar manera de limitarme a lo más cercano, lo más accesible —y sin embargo, más pequeño—, y mi inclinación a conformarme con las cosas que están a nuestro alcance. No creo que me falte la capacidad de apreciar todo lo que promueve su afán, pero lo que me atemoriza es la gran incertidumbre de todo esto. Mi temperamento es más bien ansioso que audaz y es mucho lo que estoy dispuesto a sacrificar voluntariamente a cambio de la sensación de pisar terreno firme.

»La poca valía de los seres humanos, incluso de los analistas, es cosa que siempre me ha impresionado profundamente, pero, ¿por qué la gente analizada habría de ser mejor que la otra? Lo que cabe esperar del análisis es la *unidad*, no necesariamente la *bondad*. Yo no coincido con Sócrates y Putnam en que todos nuestros defectos provengan de la confusión y la ignorancia. Creo que es una carga excesiva para el psicoanálisis el pretender de él que pueda realizar todos los grandes ideales.»

En el mismo año, Ferenczi informaba a Freud de la experiencia que tuvo al realizar un análisis de su comandante mientras los dos iban a caballo, cosa que a su juicio constituía el primer «psicoanálisis hípico» que se haya conocido. Luego se le ocurrió repentinamente la idea de que Freud se parecía mucho a Goethe, a continuación de lo cual enumeraba una serie de rasgos comunes de los dos hombres, tal como el amor a Italia. Pero, por supuesto, esto es cosa común a la mayoría de los hombres del Norte. La contestación de Freud es interesante. «Pienso que realmente me hace usted demasiado honor, y la idea, por lo tanto, no me produce ningún placer. Yo no conozco parecido alguno entre

mí mismo y el gran caballero que usted cita, y esto no lo digo por modestia. Soy bastante devoto de la verdad —o digamos, más bien, de la objetividad— como para dejar de lado aquella virtud. Yo explicaría en parte esta idea suya por la impresión que nos produce, por ejemplo, el ver a dos pintores usando pincel y paleta. Este hecho no nos autoriza de ningún modo a equiparar sus respectivas producciones pictóricas. En parte se explica también por la semejanza de su actitud emocional frente a uno y otro. Permítame que admita que he encontrado en mí mismo un solo atributo de primera calidad: una especie de coraje que no se deja afectar por las convenciones. Digamos de paso que usted pertenece también al tipo creador y tiene que haber observado el mecanismo de la creación en usted mismo: la sucesión de audaces y tornadizas fantasías, por una parte, y por otra, de una crítica implacablemente realista.»

Pero Ferenczi no se dejó convencer tan pronto y adujo nuevas semejanzas entre ambos hombres. A lo que Freud contestó: «Ya que usted insiste en esta comparación con Goethe, me permitiré contribuir a ello con algunas indicaciones, unas positivas y otras negativas. En primer lugar está el hecho de que los dos hemos pasado sendas temporadas en Karlsbad, y además, nuestro respeto por Schiller, a quien considero una de las personalidades más grandes de la nación alemana. Entre las cosas negativas está mi actitud con respecto al tabaco, que Goethe siempre aborrecía, mientras que por mi parte considero que es la única disculpa a la fechoría cometida por Colón. De todos modos no me siento bajo el peso de sentimiento alguno de grandeza.»

En otra carta preguntaba a Ferenczi si sabía que existe una cosa que puede denominarse criminalidad por sentimiento de culpa, y que la tartamudez puede deberse a un desplazamiento hacia arriba de conflictos acerca de funciones excrementicias.

El asunto más importante que Freud discutió con Abraham en 1915 se refería a un tema de común interés: la psicología de la melancolía.

La observación más interesante, sin embargo, se refería a que finalmente había logrado la comprensión de la base fundamental de la sexualidad infantil. Nada más decía al respecto. Pero cabe preguntarse aquí si acaso estaba pensando ya en ese nuevo punto de vista con respecto al sadismo y al masoquismo que anunciaría nueve años más tarde, y que iba unido a la teoría del instinto de muerte.

Freud estaba a punto de cumplir sesenta años y la idea de la proximidad de la vejez pesaba siempre sobre él. Creía supersticiosamente que sólo le quedaban un par de años de vida. Estaba dispuesto, por eso, a intentar algo así como una síntesis de sus concepciones psicológicas más profundas y a agregar a esto todo aquello que le parecía que aún tenía que dar al mundo. Esta intención había estado ya germinando en su mente desde hacía algunos años. Cuatro años antes había manifestado a Jung que se sentía «grávido de una gran síntesis», y que tenía el plan de comenzar a escribirla durante ese verano. El título pensado para ese libro fue sucesivamente *Zur Vorbereitung der Metapsychologie (Introducción a la metapsicología), Abhandlungen zur Vorbereitung der*

Metapsychologie (Ensayos introductorios sobre metapsicología) y Ubersicht der Ubertragungsneurosen (Reseña general de las neurosis de transferencia).

El concepto de «metapsicología» desempeña un papel central en la teoría psíquica de Freud. Quería designar con él una descripción comprensiva de todo proceso psíquico que diera cuenta de: *a*) sus atributos dinámicos, *b*) sus rasgos topográficos y c) su significación económica. En cuanto al término mismo, que hasta donde yo sé es invención de Freud, se utiliza inicialmente en una carta dirigida a Fliess en 1896. Aparece por primera vez en un trabajo publicado en 1901, pero no se repite hasta 1915, en su gran ensayo sobre la represión.

Freud comenzó a escribir esta serie el 15 de marzo de 1915. En tres semanas había dado fin a los dos primeros ensayos, los que se titulan respectivamente *Los instintos y sus vicisitudes* y *La represión*. El siguiente, sobre *El inconsciente,* que él proclamaba su favorito, le llevó otros quince días. Los dos últimos, *Adición metapsicológica a la teoría de los sueños* y *Duelo y melancolía,* fueron concluidos en otros once días.

Estos cinco ensayos figuran entre los trabajos más profundos e importantes de Freud. La originalidad y la penetración demostradas en estas exposiciones de las teorías psíquicas están tan llenas de novedad que su comprensión requiere un estudio muy cuidadoso. El hecho de que hayan podido escribirse en el espacio de seis semanas apenas puede creerse. Ahí está, sin embargo, el hecho. Difícilmente podrá encontrarse un símil a este tremendo ímpetu de actividad en toda la historia de la creación científica.

Pero Freud no descansó. En las seis semanas que siguieron había escrito cinco ensayos más, si bien dos de ellos, uno sobre *La consciencia* y otro sobre *La ansiedad*, requerían aún cierta revisión. Manifestó a Ferenczi que había terminado recientemente su ensayo sobre *Histeria de conversión* y que estaba por escribir uno sobre *Neurosis obsesiva*, al que seguiría una *Síntesis general de las neurosis de transferencia.* Quince días más tarde me dijo que toda la serie de doce ensayos ya estaba «casi terminada», y a principios de agosto ya les había dado fin.

Ahora viene lo triste. Ninguno de los siete últimos ensayos fue publicado jamás ni se conservan los respectivos manuscritos. Y la única alusión que hace a ellos en su correspondencia se registra aproximadamente dos años más tarde, cuando menciona su intención primitiva de publicarlos todos en un libro, agregando: «Pero ahora no es el momento.» No puedo explicarme hoy por qué ninguno de nosotros le preguntó acerca de lo que había ocurrido con esos trabajos. ¿Y por qué los destruyó? Mi hipótesis personal es que representaban el final de una época, el compendio de todo el trabajo de su vida. Habían sido escritos cuando no se registraba signo alguno de ese gran periodo de su vida que comenzaría en 1919. Probablemente los conservó hasta el final de la guerra, y entonces, cuando comenzaron a asomar ideas nuevas y revolucionarias, que habrían significado la necesidad de rehacer esos trabajos, se decidió simplemente a hacerlos pedazos.

La actitud de Freud durante ese año, en lo que se refiere a su deseo de resumir la obra de su vida, parece confirmada por la actitud tomada en relación con sus conferencias anuales en la universidad. Decidió darlas por última vez. Todo parecía llegar a su fin.

En 1915 publicó otros cuatro trabajos. El último era un par de ensayos titulados *Pensamientos sobre la guerra y la muerte,* que a menudo ha sido reimpreso en diversas formas y que tuvo considerable difusión también entre gente profana.

El año 1916 demostró no ser nada brillante en comparación con el anterior. Comenzó sin buenos auspicios para Freud, cuando Otto Rank fue trasladado en el mes de enero a Cracovia para encargarse del periódico más importante de allí.

La ausencia de Rank fue un serio golpe para Freud, ya que Abraham y Ferenczi estaban lejos y él necesitaba básicamente de su ayuda en los trabajos de corrección y en toda la labor editorial. Ahora quedaba solamente Hans Sachs, pero éste se mostró a la altura de la situación y Freud no tuvo más que elogios para él. La preocupación principal de Freud en los años que quedaban aún hasta la terminación de la guerra era la de mantener, de uno u otro modo, por lo menos dos de las publicaciones psicoanalíticas. Era todo lo que quedaba del movimiento psicoanalítico. A fuerza de empeñarse él mismo en llenar los claros de material con artículos especialmente escritos para el caso, de reducir el formato de las publicaciones y más tarde —cuando llegó lo peor— de espaciar su publicación, Freud logró su propósito. Ferenczi insistía en que se suprimiera la palabra «Internacional», ya que había dejado de ser adecuada, en el título del *Zeitschrift*, pero yo rogué que no se hiciera así, y mi nombre siguió figurando como codirector durante toda la guerra. Al final Freud se sintió orgulloso al pensar que ésta fue la única publicación científica que había mantenido ondeante la bandera internacional[80] a pesar del terrible encono imperante entre las naciones en esa época.

El día de Año Nuevo, Freud enviaba sus saludos a Eitingon, agregando: «Es difícil decir nada sobre la guerra. Parece que estamos en la calma que precede a la tempestad. Nadie sabe lo que vendrá después, a qué habrá de conducir ni cuánto durará. El estado de agotamiento es ya, aquí, muy grande. Incluso en Alemania han desaparecido los optimistas sin reservas.» Informaba que su hijo mayor ya era teniente, y el menor, «cadete». Los dos luchaban ahora en el frente italiano. El otro hijo, Oliver, estaba construyendo un túnel en los Cárpatos y había llevado consigo a su joven esposa. Un mes más tarde Freud manifestaba a Ferenczi que leía cuatro diarios todos los días. Ahora esperaba la guerra con Estados Unidos. En la primavera yo le hice saber que tenía once pacientes, y tres que esperaban turno, y que había comprado un coche y una casa en el campo. Al referir estas cosas a Ferenczi, Freud comentaba: «Dichosa Inglaterra. Esto nos da la impresión de un pronto final de la guerra.»

Freud tuvo en febrero un ataque de gripe bastante grave y sufría también en esa época de molestias prostáticas.

En mayo de ese año Freud cumplió sesenta años. Se quejó a Eitingon de que estaba ya en el umbral de la ancianidad, y escribió a Abraham: «A causa de noticias publicadas en los periódicos de Berlín mi cumpleaños no pudo, después de todo, pasar tan en secreto como yo hubiera deseado. Especialmente los que se hallan a distancia, y que desconocen mis deseos, se movilizaron y me dieron bastante trabajo para agradecerles. Incluso aquí en Viena me enviaron tantas flores que ya no puedo esperar coronas el día de mi muerte, y Hitschmann me envió un *speech* tan conmovedor que ya tengo derecho a pedir que, cuando llegue la ocasión, se me entierre sin oración fúnebre alguna.» Cuando me tocó a mí, más de veinte años después, pronunciar esa oración, no sabía nada de aquél discurso de Hitschmann.

La escasez de alimentos hacía muy difícil planear vacaciones en Austria, y el cierre de la frontera le había hecho perder tanto su amada Berchtesgaden como las visitas a su hija en Hamburgo. Esta, sin embargo, fue a Viena a mediados de noviembre, y pasó seis meses con sus padres. Freud, por su parte, salió el 16 de junio para Badgastein, un hermoso lugar al pie de las montañas de Tauren. Se había propuesto primeramente pasar allí todas las vacaciones de verano, pero todo era tan deficiente allí que al cabo de una semana se trasladó a Salzburgo, donde pasó cinco semanas en el Hotel Bristol, sede del primer Congreso. Pero a finales de agosto retornó a Badgastein durante una quincena y volvió a Viena el 15 de septiembre, más temprano de lo que era su costumbre. En la mitad de las vacaciones escribió: «Es necesario extremar las medidas para retraerse de la terrible tensión externa; ya es imposible soportarla.»

La correspondencia con Ferenczi durante este año estuvo principalmente dedicada a comentarios sobre la neurosis de este último, que era narrada en detalle y que estaba imposibilitando ciertas decisiones vitales para él. Los comentarios de Freud eran breves y dirigidos simplemente a darle coraje, más bien que analíticos. Le aconsejó, en efecto, que toda decisión importante debía tomarse independientemente de todo análisis, el cual debe preceder o seguir a tales decisiones, pero nunca coincidir con ellas.

La única observación de interés general en la correspondencia entre ambos fue la que hizo Freud al decir que la cocaína, «cuando es tomada en exceso», puede producir síntomas paranoides y que la interrupción de la droga puede tener igual efecto.[81] De todos modos, los adictos a las drogas no eran muy indicados para el tratamiento analítico, ya que todo retroceso o dificultad en el análisis significaba un retorno a la droga. Otra sugerencia, que puede quizá relacionarse con la anterior, fue la confesión de que su pasión por el tabaco le estorbaba en la elaboración de ciertos problemas psicológicos.

En 1915, Freud mencionó el tema del premio Nobel. «La concesión del premio Nobel a Bárány, à quien yo me negué a tomar como discípulo hace unos años porque me pareció demasiado anormal, me ha sugerido algunas tristes reflexiones acerca de la importancia del individuo para granjearse el respeto de la multitud. Usted sabe que lo único que

me importaría es el dinero y acaso, además, la maliciosa satisfacción de fastidiar a algunos de mis compatriotas. Pero sería ridículo esperar signo alguno de reconocimiento, cuando están en contra de uno las siete octavas partes del mundo.»

Unos días más tarde manifestó a Ferenczi que no tenía pacientes ni veía perspectiva de que llegara alguno. Se hallaba, sin embargo, en buen estado de ánimo, cosa que atribuía al paso dado por el presidente Wilson, que él creía que sería tomado en serio.[82]

En 1915, Freud publicó la primera parte de *Introducción al psicoanálisis*. La única actividad científica de Freud en este año fue la preparación de las conferencias que habría de pronunciar en el próximo período invernal de 1916-1917.

El año 1917 había de mostrarse aún más desdichado y estéril que el año anterior. El primitivo entusiasmo de Freud acerca de una victoria alemana ya se había evaporado a la sazón, y cada vez se sentía más pesimista sobre el desenlace de la guerra.

Vino entonces la primera Revolución rusa. «¡Cuán apasionante habría resultado este tremendo cambio si nuestro pensamiento no estuviera dedicado a la paz!» En abril escribía a Ferenczi: «Creo que si los submarinos no dominan la situación para siempre, los alemanes despertarán de sus ilusiones y esto conducirá a terribles consecuencias.» Un par de meses más tarde estaba seguro de que ya no había esperanzas de paz para 1917 y que la guerra continuaría hasta la llegada de los norteamericanos.

En el otoño Freud debe haber tenido la impresión de que la guerra estaba perdida.

Hacia finales de año había signos evidentes de que la verdad se estaba filtrando y de que Freud había perdido toda simpatía hacia Alemania.., lo cual no significaba que tuviera mucha hacia la parte contraria. Escribiendo a Abraham, decía: «Me siento enconadamente hostil a la idea de escribir sobre lo que experimento respecto a otras cosas. Entre éstas está su querida patria alemana. Difícilmente puedo imaginarme la idea de viajar allá, aun cuando ya resulte materialmente posible. En la querella entre la Entente y las Potencias Centrales he llegado definitivamente a la posición de doña Blanca, de Heine, en la *Disputa* en Toledo: *Doch es will mich schier bedünken.*»[83]

»La única noticia alegre es la captura de Jerusalén por los ingleses y la experiencia que se proponen realizar creando un hogar para los judíos.»

Rosa, la hermana favorita de Freud, perdió a su único hijo, Hermann Graf, un joven de veinte años, que fue muerto en el frente italiano durante el verano. Fue ésta la única pérdida que experimentó la familia en la guerra. A pesar de las muchas y azarosas aventuras y dificultades, los dos hijos que habían participado en la lucha volvieron sanos y salvos.

Pero en la retaguardia la población sufría también muchísimo, especialmente en Austria. Freud tuvo que quejarse muchas veces, en sus cartas, del terrible frío y la dificultad de conseguir alimento suficiente para mantenerse sanos. Durante esos años prevaleció decididamente

una alimentación deficiente. Ferenczi y Von Freund, de vez en cuando, conseguían contrabandear harina, pan y ocasionalmente algunas cosas más lujosas de Hungría, mediante complicadas maniobras, pero esta labor resultaba bastante precaria. Jakobus Kann, hermano de un ex-paciente, también hizo mucho por ellos procurándoles provisiones desde Holanda. El gabinete de Freud carecía de calefacción, de modo que escribía las cartas con los dedos helados, y en cuanto a producción científica, no había ninguna posibilidad de encararla durante los meses de invierno. Toda clase de dificultades de otra índole, que no es el caso de detallar aquí, hacían muy dura la vida en Viena. Sin embargo, después de mencionar algunas de ellas, Freud agregaba: «Es curioso, pero con todo estoy perfectamente bien y mi ánimo se halla intacto. Esto es una prueba de cuán poco respaldo necesitamos hallar en la realidad exterior para gozar de bienestar interno.» El reumatismo se agregaba ahora a las molestias prostáticas, de modo que fue una suerte poder contar con aquellos recursos internos.

Hacia el fin del año ocurrió algo que, con el conocimiento de los hechos ulteriores, podríamos vernos tentados de llamar siniestro. Sus amados cigarros estaban escaseando mucho, cosa naturalmente desdichada para él. «Ayer he fumado mi último cigarro y desde entonces he estado de mal humor y cansado. Aparecieron palpitaciones y un empeoramiento en una dolorosa inflamación en el paladar, que ya había notado desde que comenzó la escasez (¿cáncer?). Un paciente me trajo entonces cincuenta cigarros, prendí uno, me puse contento y la afección de paladar desapareció rápidamente. Fue algo increíble si no hubiera sido tan enteramente manifiesto.» Esto sucedió seis años antes de que le atacara allí mismo un verdadero cáncer, y sabemos que los cirujanos hablan de una «etapa precancerosa». La relación con el tabaco estaba por completo a la vista.

Ese verano Freud pasó sus vacaciones en la Villa Maria Theresia, en Csorbató, a unos 1.300 metros de altitud. Hacia frío y tuvieron bastantes días de tormenta, pero a Freud le gustaban los alrededores y hasta pudo entregarse a su ocupación favorita en las vacaciones: buscar hongos. Ferenczi mismo estuvo con ellos dos semanas, y Sachs tres. Eitingon y Rank se las ingeniaron para poder pasar también un día o dos con ellos.

La clientela de Freud tuvo, por supuesto, fluctuaciones durante el año. Había comenzado sin tener un solo paciente. Mejoró en abril, pero en junio no había más que tres. Después de las vacaciones, sin embargo, ya tenía nueve, y así siguieron las cosas hasta fin de año. Así y todo, sus ingresos no lograban alcanzar el ritmo de la alarmante subida de los precios. Lo único que pudieron hacer fue diferir «la inevitable bancarrota».

En mayo Freud recibió la dolorosa noticia del fallecimiento de Johann Stärcke en Holanda. Este había sido uno de los analistas más prometedores y su muerte fue considerada como una pérdida especialmente considerable. Además Rank, que en el verano se había repuesto de su depresión del invierno, a fin de año estaba sufriendo nuevamente un

serio ataque. Ferenczi constituía también un motivo de ansiedad. En febrero se descubrió que sufría de tuberculosis pulmonar, así como de la enfermedad de Graves (bocio exoftálmico), y tuvo que pasar tres meses en un sanatorio en el Semmering.

No cabía esperar que las deplorables circunstancias de ese año pusieran a Freud en un estado de ánimo compatible con una activa dedicación al trabajo. En ocasiones se quejaba de que la tensión causada por la marcha de la guerra era tan grande que no le permitía pensar en escribir.

En una carta dirigida a la prometida de Ferenczi, decía: «A veces tengo accesos de disgusto en la vida y siento alivio en la idea de que esta dura existencia llegará algún día a su fin. En esos momentos se me impone la idea de lo mucho que nuestro amigo necesita ser cuidado.» Escribió a Abraham: «He estado trabajando duramente, me siento desmejorado y comienzo a encontrar el mundo repugnante y odioso. La supersticiosa idea de que mi vida llegará a su fin en febrero de 1918 ya me parece a menudo enteramente propicia. A veces tengo que luchar duramente para recuperar el dominio sobre mí mismo.» Pero cuando Ferenczi protestó ante esta idea, Freud le replicó: «Cuando terminé de leer su carta no pude menos que contemplar su optimismo con una sonrisa. Usted puede creer en el "eterno retorno de las cosas"[84] y querer pasar por alto la inconfundible dirección en que marcha el destino. En un hombre de mi edad no tiene realmente nada de extraño el darse cuenta del inevitable y gradual decaimiento personal. Confío en que pronto usted podrá convencerse de que esto no significa que me halle de mal humor. Trabajo espléndidamente todo el día con nueve badulaques y apenas puedo controlar mi apetito, pero ya no disfruto como antes de un sueño reparador.»

Como era de esperar, su producción literaria de 1917 no fue nada extensa. Al comienzo del año había escrito un artículo con el título de *Una dificultad en el psicoanálisis*. Describía allí los tres grandes golpes que sufrió el orgullo del hombre a manos de la ciencia: primeramente su desplazamiento del centro del universo, luego de su posición única en el mundo animal, y por último, el descubrimiento de que no era dueño de su propia mente.

La publicación más importante del año fue la segunda parte de las clases que componen la *Introducción al psicoanálisis*. Éstas fueron terminadas al comienzo de la primavera y el libro apareció en junio. Luego, en el viaje en tren, de regreso de Csobató a Viena, escribió el pequeño ensayo sobre Goethe: *Un recuerdo infantil de «Poesía y Verdad»*. En septiembre estaba escribiendo el ensayo antropológico titulado *El tabú de la virginidad,* que había comenzado en enero del mismo año, y que fue publicado al año siguiente.

Pero sus publicaciones no constituyen un reflejo cabal de su productividad durante el año. Había un importante tema que estuvo ocupando su mente, a intervalos, durante todo el año. Se trataba de un estudio que había comenzado conjuntamente con Ferenczi sobre la importancia del lamarckismo para el psicoanálisis. Abraham no sabía nada

al respecto, de modo que Freud le envió el siguiente resumen: «Nuestra intención es tomar enteramente como base a Lamarck y demostrar que su concepto de la "necesidad" que crea y transforma los órganos no es otra cosa que el poder de las ideas inconscientes sobre el cuerpo, de lo que nos es dado observar algunos vestigios en la histeria: en pocas palabras, la "omnipotencia de los pensamientos". Propósito y utilidad serían explicados luego psicoanalíticamente. Con esto se completaría el psicoanálisis. Dos grandes principios de cambio o progreso surgirían de esto: uno por la adaptación (autoplástica) del propio cuerpo y más tarde otro (heteroplástico) por la transformación del mundo externo.» Toda esta forma de pensar caracteriza gran parte de los periodos más especulativos de Freud en el último trecho de su vida.

En 1918, como muchos otros austríacos, Freud se había resignado evidentemente a dejarse arrastrar por los alemanes a un triste final.

La gran ofensiva de marzo, que los ingleses denominaron el «push» de Kudendorf, hizo surgir la momentánea esperanza de una nueva victoria, aunque no de la paz. «Supongo que tenemos que desear una victoria alemana y ello es, primeramente, una idea desagradable, y en segundo lugar, todavía improbable.»

Las privaciones ocasionadas por la guerra iban en aumento. Aparte de cosas tan serias como los alimentos y la calefacción, había infinidad de otras menos importantes que constantemente entorpecían las actividades de la vida diaria. La familia Freud lo pasaba, en cuanto a alimentos, mejor que la mayor parte de los vieneses, a causa de los constantes esfuerzos que hacían Ferenczi y Von Freund para conseguir algo para ellos, por las buenas o por las malas. La carne había sido siempre el plato principal de Freud, y la gran escasez de la misma le molestaba. Repetidas veces expresaba su gratitud por la ayuda que recibía y su placer ante la idea de tener unos amigos tan fieles.

En febrero un paciente que él había curado le dejó en su testamento diez mil coronas, suma que nominalmente era equivalente a dos millones veintiséis mil dólares, pero que en ese momento equivalía apenas a la cuarta parte. Jugó a «hacer el papel de hombre rico», distribuyendo el dinero entre sus hijos y sus parientes.

El ánimo de Freud siguió fluctuando en la primera mitad del año. Evidentemente se daba cuenta de que era poco lo que cabía esperar. «Lo único que nos queda es una lúgubre resignación.» La idea de la firmeza de Abraham siempre le traía alegría. «Mi fluctuación entre el coraje y la resignación encuentra protección y refugio en su temperamento inmutable y en su indestructible sentido de vitalidad.» Tres meses más tarde escribía: «Mi madre va a cumplir ochenta y tres años este año y ya no es demasiado fuerte. A veces pienso que me sentiría un poco más liberado el día que ella muera, porque la idea de que algún día pueda anunciársele mi fallecimiento es simplemente terrible.»

Después de las dos prometedoras novedades del verano, a las que vamos a referirnos en seguida, Freud se mostró de un ánimo más contento y ya siguió así. La historia de los dos hechos alentadores es la siguiente. A Anton von Freund, el doctor en filosofía, húngaro, cuyo nom-

bre ya hemos mencionado anteriormente, le fue resecado un sarcoma de un testículo y, sin fundamento, temía que se produjeran recaídas. Esto precipitó una neurosis que Freud trató con todo éxito. Sin embargo, sintiéndose inseguro de su vida, Von Freund volvió su pensamiento hacia planes filantrópicos, para deshacerse de su vasta fortuna y decidió dedicarla al progreso del psicoanálisis. Freud lo remitió a Ferenczi, y en verano comenzaron a tomar forma concreta los planes. Freud había tenido infinitas dificultades con sus publicaciones, tanto en cuanto a los libros como a las revistas. Provenían no solamente de la extrema escasez de papel de imprenta, tipos, mano de obra, etc., sino también a causa de Heller, el editor, que era una persona bastante difícil. De modo que concibió la idea de fundar una editorial propia, a la que hemos de referirnos con el nombre de *Verlag*, que habría de darle completo control sobre todos esos trabajos. Esto es lo que ahora estaba preparando Von Freund, primero con la colaboración de Ferenczi y más tarde con la ayuda más experta de Rank.

El otro acontecimiento prometedor del año fue la decisión de celebrar un congreso durante las vacaciones de verano.

El espíritu animador de todos los preparativos concernientes al congreso que iba a celebrarse en plena guerra era, por supuesto, el dinámico Abraham, que empezó a preparar su propio trabajo para el mismo ya desde el mes de marzo. Primeramente se pensó celebrarlo en Breslau, pero a comienzos de septiembre se decidió hacerlo en Budapest, ciudad que Freud consideraba ahora el centro del movimiento psicoanalítico.

El quinto Congreso Psicoanalítico Internacional se celebró en la Academia de Ciencias de Hungría, el 28 y 29 de septiembre de 1918.

Fue el primer congreso al que asistieron representantes estatales: eran delegados oficiales de los gobiernos de Austria, Alemania y Hungría. La razón de su asistencia era el creciente reconocimiento del importante papel desempeñado en todo cálculo militar por las «neurosis de guerra». Un libro que había publicado Simmel, a comienzos de año, junto con la excelente labor realizada por Abraham, Eitingon y Ferenczi, había impresionado grandemente, si no al gremio médico en general, por los menos a los médicos militares de mayor graduación, y se estuvo hablando de crear clínicas psicoanalíticas en diversos centros para el tratamiento de las neurosis de guerra.

El intendente y los demás funcionarios de Budapest se deshacían en demostraciones de hospitalidad. El nuevo hotel termal, Geller-Furdó, fue reservado para los participante en el Congreso, se puso a su disposición un barco especial sobre el Danubio y les ofrecieron diversas recepciones y comidas. En conjunto, la atmósfera era sumamente estimulante y acogedora. Ferenczi fue designado para ocupar la próxima presidencia de la Asociación Internacional. Al mes siguiente, un millar de estudiantes solicitaron al rector de la Universidad que se invitara a Ferenczi a dar en la misma una serie de conferencias sobre psicoanálisis.

Cuarenta y dos miembros, entre analistas y simpatizantes, tomaron parte en este Congreso. Freud leyó un trabajo sobre *Los caminos*

de la terapéutica psicoanalítica. Por alguna curiosa razón, esta vez realmente leyó, apartándose de su invariable costumbre de dar sus conferencias o exponer sus comunicaciones científicas sin la ayuda de anotación alguna. Mereció por ello la censura calurosa de los miembros de su familia allí presentes. Sostenían que los había deshonrado, rompiendo con una tradición familiar.

Si bien se mantuvo alejàdo, en lo posible, de las ceremonias de carácter formal, no pudo dejar de sentirse conmovido ante el entusiasmo reinante y las brillantes perspectivas que inesperadamente se abrían para la difusión de su obra. Unos días después escribía a Ferenczi: «Me siento pletórico de satisfacción y mi corazón está aliviado desde que sé que la niña de mis ojos, la obra de mi vida, se halla protegida por la colaboración de usted y los demás, que de ningún modo se descuida su futuro. He de contemplar los tiempos mejores que vendrán, aun cuando sea desde lejos.» Ferenczi le replicó que ya había oído esa historia de contemplar desde lejos diez años atrás, cuando Freud se retiraba para dejar lugar a Jung.

Freud había tenido pocas noticias acerca de Pfister durante la guerra, pero en el mes de octubre de ese año la correspondencia fue reanudada con motivo de la publicación de un nuevo libro del pastor. Freud, después de elogiarle, le manifestó que disentía con él en dos puntos: la crítica a sus ideas sobre la sexualidad infantil y el tema de la moral. «En cuanto a esto último, le cederé la plaza a usted. El tema se halla lejos de mi interés y usted se ocupa de la cura de almas. Yo no me exprimo el cerebro acerca del problema del bien y del mal, pero en resumen puedo decirle que no he encontrado mucho "bien" en la gente. La mayor parte de ella, según mi experiencia, es gentuza, ya sea que se proclame partidaria de tal o cual doctrina moral o de ninguna. Usted no podría decir otro tanto, ni siquiera pensarlo quizás, si bien su experiencia en la vida difícilmente puede haber sido diferente de la mía. Si de moral se trata, reconozco que profeso ideales elevados, de los cuales, triste es decirlo, la mayor parte de la gente se aparta... Desde un punto de vista terapéutico, no puedo menos que envidiar las posibilidades de sublimación que ofrece la religión. Pero la belleza de la religión no pertenece, ciertamente, al dominio del psicoanálisis. Naturalmente, a partir de aquí nuestros caminos divergen en cuanto a la terapéutica se refiere. Y podemos dejar las cosas tal cual. Pero quisiera preguntarle, de paso: ¿cómo es que el psicoanálisis no ha sido descubierto por ninguna de esas personas tan piadosas? ¿Por qué tuvieron que esperar a que lo hiciera un judío completamente ateo?»

Desde hacía un año o dos, Freud tenía motivos para temer que, con la caída del valor de sus ingresos, su situación financiera desembocaría en la bancarrota. Su cuñado, Eli Bernays, sospechando que su situación económica no fuera buena, le había enviado una considerable suma desde Nueva York, antes de que Estados Unidos entrara en la guerra, en 1917. Era una recompensa, muy oportuna, por lo que Freud había hecho por él veinticinco años atrás, cuando emigró a Estados Unidos. Pero ese dinero ya se había agotado hacía tiempo.

Vino luego la derrota, con el colapso del Imperio Austro-Húngaro. Freud manifestó que no podía dejar de sentir una satisfacción ante este hecho. Quince días más tarde escribía: «La época es de una tensión terrible. Es bueno que lo viejo perezca, pero lo nuevo no ha llegado aún. Estamos esperando de Berlín las noticias que anuncien el comienzo de esas cosas nuevas. Pero el destino de Austria o de Alemania no ha de arrancarme una sola lágrima.» En realidad, tampoco esperaba nada de Wilson y, por lo que supe más tarde, estaba muy indignado con él por haber engañado a Europa con tantas promesas que no estaba en condiciones de cumplir.

Escribió a Ferenczi: «En Alemania creo que ocurrirán cosas terribles, mucho peores de las que pueden suceder en su país o en el mío. Baste recordar la tremenda tensión de estos cuatro años y medio y el amargo desengaño que sobrevendrá, ahora que esa tensión cede bruscamente. Allí habrá resistencia, una sangrienta resistencia. Ese Wilhelm es un tipo incurablemente romántico. Se equivoca acerca de la revolución, tal como se equivocó con la guerra. Ignora que la edad de la caballería llegó a su término con Don Quijote. No se preocupe demasiado por el destino de Hungría; quizá todo esto lleve a un renacimiento de esa nación tan dotada y tan viril. En cuanto a la caída de la vieja Austria, lo único que yo puedo sentir es una honda satisfacción. Desdichadamente no me considero ni germano-austríaco, ni pangermano.

»También nuestro psicoanálisis ha tenido mala suerte. Tan pronto como comenzó a interesar al mundo a causa de las neurosis de la guerra, la guerra llega a su fin, y cuando por primera vez nos encontramos con una fuente de riqueza, ésta se agota a nuestra vista. Pero la mala suerte es compañera constante de la vida. Nuestro reino, evidentemente, no es de este mundo.»

La guerra había dejado una sola ansiedad de carácter personal, pero sumamente considerable. Durante muchas semanas no hubo noticia alguna del hijo mayor de Freud, Martin, de modo que cabía esperar cualquier cosa. Finalmente llegó el rumor de que todo su regimiento había sido capturado por los italianos; luego, el 3 de diciembre se recibió una tarjeta postal en Viena anunciando escuetamente su presencia en un hospital italiano. Pero no fue dado de baja hasta el mes de agosto.

A pesar de la extremada escasez de papel y de plomo, Freud logró publicar en 1918 el cuarto volumen de su *Sammlung kleiner Schriften,* que con sus 717 páginas igualaba a los tres volúmenes previos juntos.

La paz no se concertó hasta el verano siguiente, y entretanto la situación fue empeorando en Alemania y especialmente en Austria, es decir, en lo que quedó de ésta. Freud se quejó amargamente de que «todos los cuatro años de la guerra no fueron más que chistes comparados con la tremenda amargura de estos cuatro meses, e indudablemente de los que ahora vendrán».

El consultorio de Freud estaba nuevamente floreciente y había de nueve a diez pacientes por día. Pero las mil coronas de ingreso que esto significaba sólo tenían la décima parte de su valor anterior. El primero de año escribió a Ferenczi: «A menudo hemos hablado de la alternativa

de autoadaptación o transformación del mundo externo. Ahora mi capacidad de adaptación está en huelga, y en cuanto al mundo externo, no tengo poder alguno. Estoy malhumorado y debo confesar que estoy contagiando también a otra gente, aún joven y vigorosa.»

Al comienzo se sintió completamente sin una idea nueva, pero pronto comenzaron a aparecer algunas de valor sobre el tema del masoquismo. Se mostró entusiasmado con un artículo de Ferenczi sobre técnica, que a su juicio era «oro puro analítico». Se sintió muy feliz al ser informado del casamiento de Ferenczi a comienzos de marzo. Ahora se vería aliviado de la ansiedad que significaba el tener que cuidarle. Pero, por otra parte, llegaban malas noticias de su otro amigo húngaro, Von Freund, a quien finalmente se le reprodujo su sarcoma y cuyos días a partir de ese momento estaban contados.

En marzo nos hizo saber Freud que repentinamente había recobrado su capacidad de creación. Varios años antes le había manifestado a Ferenczi que sus verdaderos periodos de productividad se sucedían cada siete años. Había llegado el momento para un nuevo brote de productividad, que en algunos aspectos iba a ser el más asombroso de todos.

24. Hábitos de vida y de trabajo

Queremos dar unas impresiones sobre la forma de vivir de Freud. Comencemos por describir el escenario físico en que se desarrollaba su vida. La Berggasse es una calle que se denomina así porque desciende en pendiente de una arteria importante, y exhibe una serie de masivos edificios del siglo XVIII, típicamente vieneses, observándose en ellos algunas pocas casas de comercio. En la planta baja del número 19 había una carnicería. El nombre de pila de su propietario era Sigmund y el letrero fijado a uno de los costados de la amplia puerta de entrada contrastaba un tanto curiosamente con la placa del Prof. Sigm. Freud en el otro extremo del portón. La entrada principal del edificio era muy amplia, hasta el punto de que un carruaje con su caballo podía entrar cómodamente para dirigirse al jardín, y al patio del fondo. Tan pronto como se entraba, a la izquierda, se hallaba la vivienda del portero. A mí me resultaba extraño ver que Freud, tal como otros habitantes de Viena, no tuviera una llave de la puerta principal y se viera obligado a despertar al portero para hacerse abrir la puerta todas las veces que volvía a casa después de las diez de la noche. A la derecha había un tramo de escalera de unos seis escalones que conducía al apartamento de tres habitaciones que para uso profesional ocupó Freud desde 1892 hasta 1908. Las vastas ventanas de estas habitaciones daban al jardín del fondo. Una escalera de piedra conducía al piso siguiente, el entrepiso en que habitaba Freud con su familia.

El 6 de mayo de 1954, la World Federation for Mental Health (Federación Mundial para la Salud Mental), a raíz de una resolución votada unánimemente unos meses antes, fijó en el viejo domicilio de Freud de Berggasse 19 una placa conmemorativa.

Hacia 1930, o un poco después, el Consejo de la Ciudad de Viena propuso que se rebautizara la Berggasse con el nombre de «Sigmund Freudgasse», siguiendo una generosa costumbre vienesa de recordar así los nombres de los médicos famosos. A Freud esto le pareció una cosa «sin sentido». Sobrevinieron luego dificultades políticas y esta iniciativa fue dejada de lado. El 15 de febrero de 1949, sin embargo, el Consejo Municipal decidió dar el nombre de «*Sigmund Freud-Hof*» a un grupo de edificios del Noveno Distrito de Viena.

En la primavera de 1908 Freud introdujo modificaciones en la vivienda que ocupaba. Dejó el apartamento de tres habitaciones que es-

Freud trabajando en su estudio. Abajo, un rincón de su consulta, donde pueden verse algunas de las antigüedades coleccionadas por el psicoanalista. ►



taba ocupando en la planta baja y que había constituido hasta entonces su refugio privado y tomó el apartamento que había ocupado su hermana Rosa en el primer piso, y como allí se hallaba también su vivienda particular, el piso íntegro quedó a su disposición. Abrió una puerta de comunicación entre el viejo apartamento y el nuevo, que le permitió pasar de uno al otro sin utilizar la puerta de entrada, ventaja que no dejó de aprovechar habitualmente en los pocos minutos de que solía disponer entre uno y otro paciente. Otra modificación más fue necesaria para que los pacientes, al final de la hora de tratamiento, pudieran retirarse sin volver a la sala de espera, de manera tal que raramente podían producirse encuentros entre ellos. La criada, a su debido momento, les alcanzaba el sombrero y el abrigo.

Pasamos a describir las habitaciones de su propio uso. En primer lugar había una pequeña sala de espera con una ventana que daba al jardín. Era bastante cómoda para celebrar en ella las reuniones de los miércoles de la Sociedad de Viena durante varios años, hasta el momento en que ésta se hizo demasiado numerosa. Ocupaba el centro de la misma una larga y sólida mesa, y la habitación misma estaba decorada con diversas piezas de la colección de antigüedades que Freud había ido reuniendo. Esta habitación estaba separada del consultorio por un juego de puertas dobles, revestidas de fieltro y recubiertas además por ambos lados de pesadas cortinas. Con eso se aseguraba el debido aislamiento. Al costado del sofá analítico, Freud se sentaba en una silla poco confortable frente a la ventana, que daba también al jardín. Años más tarde solía usar un taburete alto para apoyar los pies.

En el consultorio había también muchas antigüedades, entre ellas un relieve de la famosa Gradiva, que proporcionaban útiles estímulos a las fantasías de los pacientes. De allí se pasaba a un refugio más íntimo, la pieza de estudio propiamente dicha. Ésta estaba llena de libros, pero aun aquí había lugar para vitrinas con más antigüedades. La mesa en que escribía no era grande, pero estaba siempre limpia. Sacar el polvo a esta mesa debe haber sido una cosa harto difícil, dado que se hallaba repleta de estatuillas, principalmente egipcias, que Freud solía reemplazar cada tanto con otras tomadas de sus vitrinas.

La afición de Freud a coleccionar antigüedades griegas, asirias y egipcias desempeñaba un papel importante en su vida afectiva y constituía para él una intensa fuente de placer y de interés.

Pudo trasladar a su nueva residencia en Londres, por fortuna, la colección íntegra e intacta y allí puede verse ahora la útil e interesante exposición. Uno de los grandes placeres de Freud consistió en regalar de tanto en tanto diversas piezas de su colección, y somos varios los que tenemos la suerte de poseer algunas de ellas. Su hijo Ernst, que posee varias piezas seleccionadas y valiosas, naturalmente las ha elegido de acuerdo con su valor artístico, cosa que para Freud siempre tuvo menos importancia que su significación histórica o mitológica.

La vivienda propiamente dicha constaba de tres habitaciones de recepción y los dormitorios. Se podía contar en total no menos de doce estufas de porcelana, de antiguo estilo vienés, y los hijos se sentían or-

gullosos de saber que eran los únicos, en su círculo de parientes y amistades, que poseían doce pupitres en su casa.

Por supuesto, su forma de vida e incluso, hasta cierto punto, su personalidad no eran iguales durante su periodo de trabajo en Viena y sus largas vacaciones de verano, que siempre esperaba con anhelo. Poco había, en Viena, fuera del trabajo. La labor comenzaba a las ocho, con el primer paciente, y esto significaba levantarse poco después de las siete. Nunca resultaba fácil hacerle levantarse tan temprano, dado que su intenso trabajo y hora avanzada en que se acostaba le hacían desear siempre un poco más de reposo del que le estaba asignado. Pero le bastaba una ducha fría para sentirse renovado. Todas las mañanas venía un barbero para recortar su barba y de tanto en tanto su cabello. Impresionado en Estados Unidos por lo poco usual de su apariencia hirsuta, volvió a Europa con las mejillas rasuradas, pero a los pocos meses decidió abandonar el nuevo hábito. No tardó mucho, después de esto, en sacrificar la plenitud de su bigote y su barba, que en los últimos años mantenía más bien cuidadosamente recortados. Apresuradamente tomaba el desayuno y echaba un vistazo al *Neue Freie Presse*. Dedicaba a cada paciente exactamente cincuenta y cinco minutos, de modo que había un intervalo de cinco minutos cada hora para refrescar un tanto la mente y disponerla para nuevas impresiones o para correr hacia el interior de la casa y enterarse de las últimas novedades de la misma. Pero tenía por principio ser puntual con sus pacientes.

El almuerzo se servía para toda la familia a la una. Habitualmente era ésta la única oportunidad en que se reunían todos. La cena, a menudo, se servía tan tarde que a esa hora los más jóvenes ya se habían retirado a dormir. El almuerzo, como comida principal del día, era sustancioso y se componía, entre otras cosas, de sopa, carne, queso, etc., y postre. Freud sentía especial apego a los platos de carne y la carencia de ésta durante la guerra significó para él una gran privación. La comida era para él un placer y solía concentrarse en ella. Se mostraba muy taciturno mientras comía, cosa que solía crear a veces una situación embarazosa para los visitantes extranjeros, quienes tenían que conversar con la familia de Freud sin la intervención de éste. Pero Freud no perdía nunca una palabra en lo que se refería a todas las relaciones dentro de la familia y a las novedades del día. Si uno de los hijos dejaba de asistir a una comida, solía apuntar con un cuchillo o un tenedor hacia la silla vacía, con un gesto de interrogación dirigido a su esposa, sentada al otro extremo de la mesa. Ésta entonces explicaba la razón de la tardanza o ausencia del hijo o la hija, a continuación de lo cual, satisfecha su curiosidad, el jefe de la familia asentía con un gesto y proseguía silenciosamente con la comida. Todo lo que deseaba era mantenerse al corriente de toda la actividad familiar. Salvo en las ocasiones en que tenía excesivo trabajo, Freud se hallaba desocupado de una a tres, de modo que después de unos minutos de descanso solía hacer una caminata por los alrededores. Esto podía significar también la oportunidad para pequeñas compras. Como rápido caminante, era capaz de recorrer una larga distancia en este rato de que disponía. A menudo tenía que despachar

pruebas de imprenta a sus editores, Deuticke primero y luego Heller. Estaba además la importante visita al comercio en que se proveía de cigarros, cerca de la iglesia de San Miguel. Las tres de la tarde era la hora destinada a las consultas, para lo cual se ponía levita. Cuando Freud se veía precisado a tomar un paciente analítico a las tres, esto le obligaba a atender las consultas a las dos. A continuación venía la tarea terapéutica ininterrumpidamente hasta las nueve de la noche, la hora de la cena. Cuando se hallaba excepcionalmente ocupado, solía trabajar con sus pacientes incluso hasta las diez, lo cual significaba doce y hasta trece horas diarias de labor analítica.

El espacio de tiempo que va desde la una hasta las nueve parece demasiado largo para no tomar alimento alguno, pero sólo después de cumplir sesenta y cinco años se permitió Freud tomar una taza de café a las cinco de la tarde.

Freud se sentía más dispuesto a una actitud de descanso y esparcimiento con su familia a la hora de la cena que en el almuerzo, durante el cual se mostraba más preocupado. Después de la cena solía dar otro paseo, esta vez con su esposa, su cuñada o bien, más tarde, con una de sus hijas. En tales ocasiones solían entrar a veces en un café: en verano en el café Landmann, en invierno en el café Central. Cuando las hijas iban al teatro, Freud solía citarse con ellas cerca de éste, frente a un determinado farol, para acompañarlas luego a casa.

La hija mayor cuenta una anécdota acerca de la cortesía de Freud hacia la familia. Cuando tenía catorce años, su padre la había invitado a ocupar el lado de la derecha en sus paseos. Una amiga del colegio que vio esto le dijo que no estaba bien. El padre debe ocupar siempre el lado derecho. A esto respondió ella con orgullo: «Cuando se trata de mi padre no sucede así. Para él yo soy siempre la dama.»

De vuelta a casa, Freud se retiraba inmediatamente a su escritorio, para concentrarse en su trabajo. Atendía en primer término la correspondencia, que escribía invariablemente a mano, y luego se dedicaba a sus manuscritos. Además de eso, atendía la labor monótona de preparar nuevas ediciones y corregir pruebas de imprenta, no solamente las de sus propios trabajos, sino también las de las revistas que dirigía. Nunca se retiraba antes de la una de la mañana y a menudo más tarde.

Había algunas variantes en esta rutina que acabamos de describir. Todos los miércoles se efectuaba la sesión regular de la Sociedad de Viena en la que siempre leía un trabajo o bien intervenía en la discusión. Cada dos martes asistía a las reuniones de su círculo judío, el *Bnei Brith*, donde también solía leer de vez en cuando un trabajo. Las veladas del sábado eran sagradas: raras veces perdía Freud el agradable descanso que para él significaban sus queridas partidas de *tarock*. El dedicar una noche al teatro era un acontecimiento bastante raro. Sólo algunas cosas de especial interés, tal como la representación de una obra de Shakespeare o de una ópera de Mozart, podían decidirle a dejar a un lado su trabajo.

Los domingos eran, por supuesto, diferentes, sin pacientes. Por la mañana, acompañado por uno o dos miembros de su familia, Freud ha-

cía siempre una visita a su madre. Allí solía encontrarse a menudo con una o más de sus hermanas, lo que aseguraba, por cierto, nutridas charlas familiares. Freud fue siempre, en alto grado, un hombre de familia, participaba en todas las dificultades y no hay duda de que siempre ofrecía su sabio consejo. Escuchaba mucho más de lo que hablaba en tales reuniones y cada vez que había algún problema serio, una dificultad financiera, por ejemplo, prefería tratarlo tranquilamente con su hermano Alexander, en su casa. Más avanzada la mañana solía, alguna que otra vez, visitar a un amigo o recibir en su casa a algún visitante, aunque esto último ocurría pocas veces durante el año. Ya en edad más avanzada, el domingo era el día favorito de Freud para verse con sus amigos psicoanalistas del extranjero, puesto que entonces podía dedicarles horas y horas. Varias veces he estado con él hasta las tres de la mañana, y a pesar de mi cargo de conciencia por acortarle el descanso, resultaba difícil poner término a una conversación interesante.

Los domingos por la noche su madre y todas sus hermanas solían ir a comer a su casa, pero Freud se retiraba a su habitación inmediatamente después de la comida. Cuando alguna de las hermanas quería conversar a solas con él o pedirle un consejo, se veía obligada a seguirlo hasta allí.

Freud contaba también principalmente con el domingo, además, para escribir.

Es cosa bien sabida que Freud fue un gran fumador. Consumía diariamente, por término medio, veinte cigarros. El sufrimiento que significaba para él toda ocasión en que se veía privado de fumar demuestra que se trataba más bien de una adicción que de un hábito. Conoció esta privación en los últimos años de la guerra e incluso más tarde, por razones de salud. Cuando, por este último motivo, tuvo que resignarse a fumar tabaco desnicotinizado, se mostró bastante disgustado. Nunca mostró, en cambio, inclinación alguna a beber con exceso. Una sola excepción puede señalarse en su vida. Los estudiantes de medicina, en cierta oportunidad, estaban ofreciendo una comida en honor del profesor Stricker y cada uno debía pagar lo que bebía. En razón de su pobreza, Freud bebió únicamente cerveza, a lo cual además no estaba acostumbrado. Repentinamente se le nubló la vista y cuando despertó se encontró en la cama. Le habían transportado Gärtner y Wagner-Jauregg. Tal como en cierta ocasión escribió a su prometida, «no tengo predisposición a la bebida».

En su juventud le había gustado el vino, pero nunca la cerveza ni las bebidas alcohólicas, y en sus viajes a Italia se preocupaba de probar los vinos locales. Pero en Viena no lo probaba nunca y en su casa difícilmente había más que una pequeña provisión. Es muy posible que todo esto no fuera por razón de principios sino por el disgusto que le provocaba la ligera ofuscación mental que podía producir la bebida, aun ingerida en mínima cantidad. Quería estar siempre lúcido.

Freud era invariablemente limpio y correcto en su indumentaria, si bien no elegante ni a la moda. Antes de la guerra llevaba un holgado traje oscuro con un cuello duro y un lazo negro. La levita era para las oca-

siones especiales. Llevaba el amplio sombrero negro que entonces se usaba en Viena. El sombrero de copa era para aquellas raras ceremonias que Freud generalmente lograba evitar.

Conviene decir algo acerca de la vida matrimonial de Freud. La esposa de Freud era sin duda alguna la única mujer en su vida amorosa y la que se hallaba en primer término, para él, entre todos los mortales. Si bien, al parecer, el aspecto más apasionado de la vida matrimonial, declinó en el caso de Freud bastante antes de lo que ocurre en muchos otros casos —en realidad, ello surge de varias expresiones—, su lugar fue ocupado por una inconmovible devoción y una completa comprensión y armonía. Tampoco es cierto que Martha Freud fuera «ejemplo y compendio de aquella tediosa *Hausfrau* (ama de casa) que se pasa la vida limpiando y fregando y que no descansa ni aspira a descansar mientras quede un solo almohadón que acomodar en la casa». Era, por cierto, una excelente ama de casa, de normas elevadas, y sólo el disponer las ocupaciones de varias personas de servicio y criar seis chicos, que a menudo estaban enfermos, representaba una ocupación más que considerable. Hubiera sido mucho más ajustado a la verdad decir que para ella lo primero era la familia y no, como se pretende sugerir, las ocupaciones de la casa. Y lejos de pertenecer al tipo de «gobernanta», era una señora muy culta y que apreciaba mucho los dones de la vida. Dedicaba la noche a la lectura, manteniéndose así al día con la literatura corriente, hábito que no abandonó durante el resto de su larga existencia. Fue para ella un placer especial el que Thomas Mann, uno de sus autores favoritos, fuera huésped de su casa, como lo fueron también muchas personalidades literarias preeminentes de la época. Tenía escasa oportunidad, y acaso ningún deseo, de realizar estudios puramente intelectuales y estaba lejos de hallarse familiarizada con los detalles de la labor profesional de su esposo. Pero éste en sus cartas hacía alusiones circunstanciales a sus trabajos sobre la *Gradiva, Leonardo, Moisés,* etc., en una forma que daba a entender que todo esto no le era ajeno a ella. Y ahora viene su hermana, la famosa «Tante (tía) Minna», que vivió con ellos alrededor de cuarenta y dos años. Sin duda conocía la obra de Freud más que su hermana, y cierta vez él señaló que en los años de soledad que precedieron al comienzo del nuevo siglo eran Fliess y ella las únicas personas en el mundo que simpatizaban con él. Su lengua era cáustica y de ella procedían muchos epigramas que la familia conserva cuidadosamente. Freud apreciaba sin duda su conversación, pero decir que ella reemplazaba de algún modo a su hermana en sus sentimientos es puro disparate.

Los hijos de Freud leyeron con gran asombro, en un libro de autor norteamericano, dos supuestas características de las relaciones entre ellos y su padre. En primer lugar se enteraron, no sin asombro, de que no estaba en la naturaleza de Freud el ofrecer a sus hijos un cariño espontáneo y simple y que éste mantenía «sepultados en sí mismo» sus naturales sentimientos paternos. Yo mismo recuerdo cómo una de sus hijas, una colegiala bastante grande ya entonces, estaba acomodada en su regazo y abrazada a él en forma tal que no dejaba duda alguna sobre

el cariño del padre así como de su capacidad de demostrarlo. Estar junto a ellos y compartir sus diversiones constituía su mayor felicidad, y les dedicaba exclusivamente todo su tiempo libre cuando se hallaba con ellos de vacaciones. Más extraño les resultó leer acerca de lo extremadamente severo que habría sido su padre. Se han descrito cuadros de una severidad patriarcal, en un ambiente en que el temor reverente hacia el padre y la obediencia a sus menores caprichos había constituido la base de la educación. La verdad era, sin duda, muy diferente, como lo atestiguan todos ellos. Tanto es así que acaso la única crítica que podría hacérsele a Freud sobre la educación de sus hijos era su extremada indulgencia. El permitir el libre desarrollo de la personalidad del niño con el mínimo de restricciones o de reprimendas era una cosa muy rara por aquellos días y es posible que Freud haya practicado este principio hasta el extremo —con el mejor de los resultados, empero— en cuanto al desarrollo ulterior de sus hijos. Y puede decirse que esta libertad se aplicó tanto a los varones como a las niñas.

Había un rasgo muy poco común en la vida familiar de la Berggasse: la notable atmósfera de armonía que allí reinaba. Al igual que Freud y su esposa, los hijos tenían un sentido del humor muy desarrollado, de modo que abundaban en la casa los chistes, sin faltar incluso alguna que otra broma. Lo que nunca se podría ver allí era una actitud aviesa o de mal talante. Ninguno de ellos recuerda nada que pueda parecerse a una reyerta entre ellos y menos aún con el padre o con la madre. Toda la atmósfera familiar estaba impregnada de libertad, amistad y equilibrio. Jamás había nada que pudiera asemejarse a una «escena». Todo esto, que por cierto no puede decirse de muchas familias, es indicio del sentimiento de amor que impregnaba las relaciones familiares. Freud no era un hombre expansivo, capaz por ejemplo de besar a su mujer delante de personas extrañas, pero el profundo afecto que irradiaba no podía menos que animar a la familia entera.

En una cosa no hubiera cejado Freud en cuanto a la educación de los hijos se refiere, y era que, en cuanto de él dependiera, ellos no debían llegar a conocer en modo alguno una angustia económica como la que había amargado tanto su propia juventud. Su propósito era que no les faltara de nada, así fuera para su placer como en materia de su educación, hasta el día en que pudieran costeárselo por sí mismos. Desde ese momento ya no deberían esperar nada de él. Todo el dinero que pudiera dejar estaba destinado a las muchas personas que de él dependían. Al acercarse el fin, entregó dinero a sus hermanas antes de ausentarse definitivamente de Viena, y todo lo demás que pudo reunir quedó en manos de un familiar para que su esposa pudiera disponer de ello a su entera libertad. Entre tanto, los hijos no sólo debían estar a cubierto de toda preocupación económica, sino que incluso debían conocer lo menos posible en esta materia, con excepción, naturalmente, de lo que se refería a administrar cada uno su pequeño fondo. En esto se fue más bien al extremo opuesto, y es posible que les hubiera beneficiado más si les hubiera enseñado algo acerca del papel que el dinero desempeña necesariamente en la vida.

Freud siempre decía que hay tres cosas en las que nunca se deben hacer economías: la salud, la educación y los viajes. También observaba que era muy importante para el autorrespeto de los niños el poder disponer siempre de trajes en buen estado.

Se preocupó especialmente de que en sus fiestas y viajes sus hijos no tropezaran con obstáculo alguno por razón de dinero. Solía darles simplemente lo que le pedían, y habla muy en favor del carácter de ellos el que nunca hayan abusado de su generosidad. Por otra parte, su delicadeza y su sentido de equidad le llevaban a tomar en cuenta las circunstancias de carácter económico referentes a cualquiera de los amigos que acompañara a alguno de sus hijos. Esto era especialmente importante en lo que se refiere al hijo mayor, cuyo mejor amigo era un joven de difícil situación económica. De manera que cuando los dos estaban por emprender un viaje a las montañas, Freud hacía que su hijo preguntara previamente a su amigo qué suma llevaría consigo, y a continuación, para que aquél no pudiera sentirse menoscabado, daba a su hijo exactamente igual cantidad.

La principal fuente de ingresos de Freud era, naturalmente, su trabajo terapéutico. Antes de la guerra sus honorarios eran cuarenta coronas, lo que en Viena era una cifra elevada. Consideraba todo lo que cobraba por consultas aisladas como un sobresueldo y le parecía justo reservarlo para su *hobby* favorito: las antigüedades que coleccionaba. Al comentar estos ingresos con Ferenczi, Freud solía referirse a ellas como *Nationalgeschenk* (asignación graciable del Estado). Los fondos que ingresaba por derechos de autor, que durante años fueron escasos, eran repartidos entre los hijos a guisa de regalo. El ofrecer regalos era uno de los más grandes placeres de Freud. A tal punto llegaba esto, que ni siquiera tenía la paciencia necesaria para esperar el momento apropiado. A pesar de las protestas de su mujer, los regalos de cumpleaños para los hijos llegaban siempre a destino un día antes. Digamos de paso que este hecho no era el único que reflejaba cierta nota de impaciencia en su ardiente naturaleza. La diaria llegada del cartero era un acontecimiento que esperaba siempre con verdadera ansia. No sólo le complacía mucho recibir cartas, sino que incluso era capaz de impacientarse con sus amigos cuando éstos no contestaban la correspondencia con la misma rapidez con que él lo hacía.

En aquella época no era común en Austria que los ciudadanos demostraran demasiada exactitud en la confección de sus declaraciones de impuestos y Freud no constituía posiblemente una excepción a esto. No tendría nada de sorprendente que considerara más importantes las necesidades de su familia que las del emperador. En cierta ocasión, en 1913, los funcionarios del respectivo departamento le escribieron expresándole su asombro al ver que fuera tan reducido el monto de su impuesto, «dado que nadie ignora que su reputación se extiende mucho más allá de las fronteras de Austria». Freud envió esta contestación mordaz: «El Prof. Freud se siente muy honrado de recibir una comunicación del Gobierno. Es ésta la primera vez que el Gobierno ha tomado nota de su existencia, cosa que desea reconocer. Hay un punto, sin em-

bargo, en el que no puede coincidir con el texto de la nota recibida: que su reputación se extiende mucho más allá de las fronteras de Austria. Comienza en la frontera.»

Freud se mantenía al tanto de las noticias y la política de su época, pero no se sentía demasiado afectado por eso. Simpatizaba con las reformas más progresistas del programa del Partido Socialista, pero no estaba afiliado al socialismo. Su hermano Alexander, que actuaba en círculos gubernamentales, era un vehemente adversario del socialismo, pero Freud se limitaba habitualmente a escuchar sus peroratas con silenciosa sonrisa. Nunca votó por el Partido Socialista en las elecciones, ni tampoco, por supuesto, por sus adversarios (el Partido Social Cristiano, violentamente antisemita). Había también un pequeño Partido Liberal. Cuando presentaba una candidato en el distrito —ello ocurrió una o dos veces—, podía contar con el voto de Freud.

Hasta pasados los sesenta no tuvo nunca una enfermedad grave. Pero por otro lado padecía constantemente de perturbaciones de menor monta. Las cartas a sus amigos están llenas de alusiones a sus trastornos intestinales. El trastorno en cuestión, cuyo síntoma más destacado era una constipación crónica, era de carácter muy confuso. En diferentes épocas fue diagnosticado como colitis, inflamación de la vesícula biliar, simple indigestión y apendicitis crónica. Todas estas dolencias podían explicarse muy bien en un hombre que llevaba una vida tan sedentaria como la de Freud, pero el trastorno quizá puede considerarse también, en parte, como un remate psicosomático de la neurosis que tanto atormentó a Freud antes de su autoanálisis y durante el curso del mismo.

Había también algunas otras molestias, tales como una buena dosis de «reumatismo». Solía atacarle la mano derecha, creándole dificultades para escribir. No resulta sorprendente tampoco, en un hombre inclinado al uso de la pluma, que sufriera de vez en cuando de «calambre de los escritores». Sufrió también, durante toda la vida, de una seria hemicránea y de repetidas infecciones sinusales, a lo cual se agregaron en los últimos años molestias prostásticas.

Durante toda su vida preocuparon a Freud pensamientos sobre la muerte. Se trataba de reflexiones sobre su significado, temores de muerte, y más tarde, el deseo de que ésta llegara. A menudo nos hablaba y nos escribía sobre esto. Lo más corriente en estos comentarios era siempre que ya se estaba volviendo viejo y no le quedaba mucho que vivir. Los cálculos sobre «periodicidad» de Fliess habían asignado a Freud cincuenta y un años de vida. Tan pronto como traspasó esa edad sin consecuencias, incurrió en otra creencia supersticiosa, que según manifestó a Ferenczi en 1910 había alimentado «durante mucho tiempo»: que había de morir en 1918. Cuando también esta fecha pasó tranquilamente, hizo este comentario, característicamente conciso: «Esto demuestra lo poco que puede uno confiar en lo sobrenatural.»

Las vacaciones representaban ciertamente una vida muy distinta para Freud. En el momento mismo de tomar el tren que le alejaría de su odiada Viena seguramente habría más de un suspiro de alegría y de

alivio. Durante muchos meses, a menudo ya desde enero, había discusiones en la familia y con los amigos acerca del lugar más atrayente para el próximo veraneo. A menudo solía hacer expediciones exploratorias durante la Pascua y enviaba entonces divertidas descripciones a la familia. Todos ellos eran peritos en la materia y por otra parte las exigencias eran muy específicas: una casa cómoda en la que no faltara una habitación apropiada para escribir si Freud se sentía inclinado a ello, una determinada altitud, sol y mucho aire, bosques de pino en las inmediaciones para los paseos, hongos a discreción, hermoso paisaje y sobre todo tranquilidad y estar a cubierto de toda posible interrupción motivada por la aparición de un número exagerado de personas o de cualquier otra posibilidad de turismo a gran escala.

Antes de la guerra solía llevar Freud, en sus vacaciones, un traje tirolés, con tirantes bien visibles, pantalón corto, y un sombrero verde con un pequeño *Gamsbart* (borla de gamuza) que pendía de un costado. Un sólido bastón y en los días lluviosos una capa alpina afelpada completaban el equipo. Más adelante esto fue reemplazado por un abrigo de repuesto y más tarde aún por una larga chaqueta gris.

En su juventud Freud solía divertirse jugando a los bolos, pero su ejercicio consistía principalmente en largas caminatas. Era un caminante notable: liviano, veloz e incansable.

El rasgo más característico de estas andanzas de Freud era su pasión por los hongos, especialmente por descubrirlos. Tenía un impresionante olfato para adivinar los lugares en que podía haberlos, e incluso solía señalarlos viajando en tren. En las expediciones que emprendían con ese fin solía separarse a menudo de los hijos, los cuales entonces ya no dudaban de que pronto habrían de oír el grito que denotaba el éxito. En ese momento él se deslizaba silenciosamene hasta el lugar y súbitamente se abalanzaba para «capturar» el hongo, como si se tratara de un pájaro o de una mariposa.

Otra de sus aficiones era la inacabable búsqueda de flores silvestres raras, y la posterior clasificación de las mismas, cuidadosa y con todo el tiempo necesario. Una de sus hijas me decía que había tres cosas que el padre deseaba especialmente enseñar a sus hijos: conocimiento de las flores silvestres, el arte de descubrir hongos y la técnica del juego del *tarock*. Y en todo ello tuvo completo éxito.

Entre las cosas típicas de las vacaciones, había dos que suelen considerarse más bien como características del sector femenino de la humanidad. Freud carecía del sentido de la orientación y por ello nunca encontraba el camino de regreso en tales ocasiones. Sus hijos me cuentan que después de una larga caminata solían quedar atónitos al ver la absurda dirección que quería tomar para el regreso. Pero sabedor él de la situación, se resignaba bien pronto a dejarse guiar por ellos. No era nada práctico, además, en cuanto a los detalles preparatorios de un viaje. Los horarios de ferrocarril eran una cosa que estaba más allá de su comprensión, y los viajes más bien complicados eran siempre preparados por otros, primero por su hermano Alexander y más tarde por su hijo Oliver, ambos expertos en esto. Se tomaban las mayores precau-

ciones para no equivocarse de tren, llegando para ello a la estación con una anticipación absolutamente exagerada. Solía ocurrir así que el equipaje se despachara con errores en la dirección o que se extraviara por completo.

Después de pasar más o menos seis semanas en esta idílica existencia, Freud solía sentir la nostalgia de placeres más complicados. Esto significaba casi siempre un viaje a Italia, que raras veces solía hacer sin compañía.

No es mucho lo que cabe decir acerca de los hábitos de Freud en cuanto a escribir se refiere. A juzgar por lo mucho que escribió y por la correspondencia, debe haber tenido una gran afición al acto físico de escribir, cosa que hacía siempre a mano. Sólo en los últimos años, después de cumplidos los setenta, admitió cierta ayuda por parte de su hija menor. Freud no poseía el arte mercenario de obligarse a sí mismo a escribir tantos o cuantos centenares de palabras por día. Su forma de redactar participaba más de la cualidad irregular del poeta. Podía pasar semanas e incluso meses sin sentir la necesidad de decir algo. Pero de pronto llegaba cierta ansia de creación, una especie de moderado y doloroso trabajo de alumbramiento, un esfuerzo de escribir por lo menos dos o tres frases por día y finalmente el estallido, una ruptura de todas las vallas, que era cuando un ensayo importante quedaba terminado en pocas semanas. Pero al hablar de pocas semanas no nos referimos a un trabajo continuo: significaba, por el contrario, exprimir presurosamente las muy contadas horas de que podía disponer al final de una jornada de intenso trabajo.

Sus mejores producciones eran siempre precedidas por una creciente indisposición y diversos síntomas de malestar general. Cuando, como ocurrió a veces, se hallaba en un estado de perfecta salud y con el ánimo eufórico, no era el caso de escribir absolutamente nada. Había otro motivo que le impulsaba a escribir tanto, aparte, por suspuesto, de los de orden científico. A mí me explicó esto mismo diciendo que el escuchar e incorporar tantas cosas a lo largo del día, engendraba la necesidad de «expulsar» algo, de cambiar la actitud pasiva y receptora por otra de tipo activo y creador.

Las vacaciones de verano constituían a menudo un período de germinación de ideas nuevas, resultado a distancia, a no dudar, de las numerosas impresiones recibidas de sus pacientes en los precedentes meses de labor. De este modo, al volver a Viena en el mes de octubre solía encontrarse, por lo común, en un estado de ánimo apropiado para sumergirse en el trabajo. Tenía la creencia, que comunicó a Ferenczi en 1913, de que sus mejores trabajos los realizaba periódicamente cada siete años. Esto era evidentemente un residuo de su creencia en las leyes de la periodicidad de Fliess.

A fin de cuentas el trabajo, sea de una índole u otra, era la cosa obligada para Freud. Una vida de ocio le habría resultado insoportable. «Una vida sin trabajo de ningún modo podría parecerme agradable. Imaginación creadora y trabajo son cosas inseparables para mí. Ninguna otra cosa me encanta. El secreto de la felicidad podría estar encerrado

en esta fórmula, a no ser por la terrible idea de que la capacidad de creación de uno depende íntegramente de los estados de ánimo. ¿Qué puede hacer uno cuando las ideas dejan de fluir y las palabras apropiadas no acuden? Es imposible dejar de temblar ante esta posibilidad. Por esto es por lo que, a pesar de que a un hombre firme y enhiesto le incumbe manifestarse conforme con el destino, yo imploro secretamente: nada de enfermedad, nada de paralización de la capacidad productiva a causa de un mal físico. Moriremos con la amargura puesta, como decía el rey Macbeth.»

Habría sido afectación de parte de Freud, cosa que en él nunca sería posible, el negar la evidencia de que, después de muchos años de haber sido ya conocido, había llegado —después de la Gran Guerra— a ser realmente famoso. Lo aceptaba como un simple hecho, y naturalmente le alegraban las señales del creciente reconocimiento de sus trabajos. Pero nada hizo para alcanzar la fama. La consideraba meramente como una consecuencia incidental de su labor, que obedecía, a su vez, a otros motivos.

Cierta vez dijo, pensando evidentemente en sí mismo, aun cuando lo expresara en términos generales: «Nadie escribe para alcanzar la fama, que de todos modos es algo sumamente transitorio, o la ilusión de inmortalidad. Escribimos, sin duda alguna y ante todo, para satisfacer algo que se halla dentro de nosotros, no para los demás. Naturalmente, cuando otros reconocen nuestros esfuerzos, se incrementa nuestra satisfacción interior, pero escribimos en primer término para nosotros mismos, elevados por un impulso interno.»

Freud no adjudicaba mucho valor a sus trabajos, una vez que la aplicación de su método le había permitido expresar aquello que deseaba. Esta actitud despreocupada se evidenciaba principalmente en materia de traducciones, ya que se le veía dispuesto a conceder derechos de traducción en una forma un tanto descuidada e indiscriminada. A su hijo Ernst le dio un trabajo bastante considerable, años después, poner en claro los complicados y contradictorios contratos que fueron descubiertos.

Freud tenía un concepto bastante modesto de sí mismo. He aquí una típica expresión del mismo: «Mi capacidad y mi talento son muy limitados. Absolutamente nada en cuanto a ciencias naturales, nada en cuanto a matemáticas, nada que tenga que ver con lo cuantitativo. Pero los dones que tengo, limitados en su naturaleza, son probablemente poderosos.»

Muchas veces he sido consultado acerca de la importancia que en mi opinión podía tener sobre la evolución de las ideas y los trabajos de Freud su judaísmo, especialmente por personas que al escribirme al respecto esperan una respuesta enfática positiva. Este factor tenía indudable importancia en un aspecto, al que el mismo Freud se refirió frecuentemente. La hereditaria capacidad de los judíos de resistir y mantener su posición en la vida frente a la oposición y la hostilidad que les rodea era evidentemente pronunciada en Freud, quien indudablemente tenía razón al atribuir a esto la firmeza con que había sostenido sus convic-

ciones sin amilanarse ante la oposición general que suscitaban. Otro tanto puede decirse de sus partidarios, que en su mayoría eran judíos. Cuando estalló la tormenta de la oposición al psicoanálisis en los años que precedieron a la Gran Guerra, los únicos no judíos que sobrevivimos a la misma fuimos Binswanger, Oberholzer, Pfister y yo.

Freud creía que la inevitable oposición a los asombrosos y nuevos descubrimientos del psicoanálisis se veía considerablemente agravada por prejuicios antisemitas. Escribiendo a Abraham sobre los primeros signos de antisemitismo en Suiza, decía: «Creo que los judíos, si queremos cooperar de algún modo con la otra gente, tenemos que desarrollar una pequeña dosis de masoquismo y estar dispuestos a soportar cierto grado de injusticia. No hay otra manera de cooperar y trabajar juntos. Puede usted tener la seguridad de que si yo me llamara Oberhuber, mis nuevas ideas, a pesar de todos los otros factores, habrían encontrado mucha menos resistencia.» Es difícil saber hasta qué punto es correcta esta apreciación. No lo confirma del todo mi experiencia en Inglaterra, donde hemos encontrado una «resistencia» bastante considerable, aun cuando en los primeros doce años no había más que dos judíos en nuestra Sociedad.

La pregunta acerca de si sólo un judío pudo ser el creador del psicoanálisis es evidentemente mucho más difícil de contestar. Por un lado podría decirse que, de todos modos, fue un judío el que lo hizo, pero por otra parte también cabe agregar que hay innumerables millones de judíos que no lo hicieron.

La tenacidad con que Freud sostenía sus convicciones, conquistadas a costa de duro esfuerzo, y la imperturbabilidad frente a las «críticas» externas, que eran a menudo la simple expresión de una incredulidad nacida de la ignorancia, dieron pie a muchos adversarios para afirmar que era dogmático y cerrado, nunca dispuesto a admitir duda alguna. Es fácil demostrar que esta conclusión es realmente incorrecta, no solamente por diversos pasajes de sus obras, en los que admitía el carácter absoluto de ensayo de muchas de sus conclusiones y sobre todo la absoluta imperfección de éstas como afirmación definitiva, sino también y más especialmente por diversos párrafos de sus cartas, algunos de los cuales ya hemos citado, en los que describía la frecuencia con que solía sentirse agobiado por dudas internas e indecisiones. Tal como él mismo sostenía, era un crítico más severo de su propia obra de lo que podría serlo cualquier otra persona.

Freud no dudó nunca de que su obra tenía un futuro ante sí, si bien no estaba en condiciones de prever la importancia que podría llegar a alcanzar. Siempre se sintió estimulado por el pensamiento de que tarde o temprano la verdad de sus descubrimientos habría de imponerse. En fecha tan temprana como 1906, escribía a propósito de la oposición de Aschafenburg: «Lo que le mueve es su tendencia a reprimir enteramente lo sexual, ese factor tan impopular en la buena sociedad. Nos hallamos aquí ante una lucha entre dos mundos y quienquiera que se sitúe realmente ante la vida no puede dudar acerca de cuál de ellos será derrotado y cuál saldrá victorioso.»

Pocos años después, respondiendo a los augurios y cumplidos que le enviaba Ferenczi con motivo del nuevo año, escribía con su habitual franqueza: «Sería inútil querer negarle que las palabras con que usted saludaba el nuevo año en su carta me han producido un gran placer. No soy tan insensible al reconocimiento como lo soy a la censura. En cuanto al valor de mi obra y su influencia sobre el desarrollo futuro de la ciencia, me resulta difícil a mí mismo formarme una opinión. A veces creo en ellas, otras veces dudo. Creo que no existe manera de predecirlo y es posible que Dios mismo aún no lo sepa. En todo caso, deberíamos considerar valiosa esta obra en este momento, y me siento contento de todo corazón por no ser ya el único empeñado en ella. Si no llego a viejo, nada sacaré de ella, pero realmente no trabajo con vistas a la fama ni a recompensas de ninguna índole. Considerando la inevitable ingratitud del género humano, no espero nada, ni siquiera para más tarde, para mis hijos. Muy poco valor han de tener todas las consideraciones de esta índole si tomamos en cuenta seriamente la firma *Fatum* y *Ananke.*»[85]

Freud nos ofrece un juicio definitivo sobre su obra en su *Autobiografía:* «Mirando atrás, hacia toda esa labor de parches y remiendos que es la obra de mi vida, puedo decir que he iniciado muchas cosas y ofrecido muchas sugerencias. Algo saldrá de todo esto en el futuro, aun cuando por mi parte yo no podría decir si será mucho o poco. Pero puedo, eso sí, manifestar la esperanza de haber abierto un sendero para un importante progreso en el terreno del conocimiento.»

Se ha dicho, y por gente bien autorizada, que se le considera un maestro de la prosa alemana, y el hecho de habérsele conferido el alto honor del premio Goethe de literatura en Frankfurt, en 1930, es bien elocuente al respecto. Sería más correcto hablar de su prosa austríaca, y no germana, ya que Freud mostraba una notoria preferencia por lo que él llamaba la *Geschmeindigkeit*[86] de la manera austríaca de escribir, tan diferente del pesado estilo alemán propio de los escritores más septentrionales.

A juzgar por la extensión de su obra científica y su correspondencia, Freud debe haber manejado la pluma con mucha rapidez. Pero la fluidez nunca se convirtió en ambigüedad. Por el contrario, la facilidad y la gracia de su estilo vienés sólo eran igualadas por la concisión de su expresión. Sin embargo —y esto no podrá negarlo ningún traductor concienzudo de sus obras—, Freud no era un escritor excesivamente cuidadoso. A veces, cuando se le consultaba acerca de una frase ambigua, se reprochaba riendo un *Schlamperei,*[87] término demasiado duro incluso para un hombre de sentido autocrítico tan severo como el suyo. Su veloz pluma escribía con lucidez, pero también con giros elípticos.

Tenía un vocabulario enormemente rico, pero del tipo absolutamente opuesto al del escritor pedante por los términos que utilizaba. Cuando cierta vez le pregunté, por ejemplo, por qué escribía *Narzissmus* en vez de *Narcissismus,* que sería la forma más correcta, su sentido estético se mostró más fuerte que su conciencia filológica y replicó sencillamente: «El sonido de esta palabra me desagrada.»

Parecería que le fuera imposible escribir ni siquiera una simple frase sin infundirle algo de su originalidad, elegancia y dignidad. Lo mismo puede decirse de su conversación: la chabacanería le era ajena, incluso en los asuntos más triviales, y toda observación tenía que ser tajante, adecuada y precisa. Fueron estas cualidades, más la extraordinaria pureza y calidad de su prosa, lo que hizo que muchos lectores alemanes lo valoraran como escritor tanto como otros lo han estimado como hombre de ciencia.

25. Carácter y personalidad

Cuando se escribe la biografía de un pariente o un amigo, suele uno, para protegerse del peligro de imponer indebidamente un enfoque personal, acogerse a una estéril objetividad. No creo haber caído en eso, pero he tomado, sin embargo, la precaución de consultar a diversos amigos que le conocían bien, preguntándoles cuáles eran a su juicio las características más distintivas de Freud, y esas opiniones serán muy tenidas en cuenta. Como es natural, las respuestas diferían entre sí.

En cierta oportunidad le hice esta pregunta a Anna Freud, la persona que más íntimamente le conoció en los últimos veinte o treinta años de su vida. Me contestó sin vacilar: «Su simplicidad.» Esta característica es también la que Joan Riviere consideró «la cosa más importante de él». Es necesario dar a esta respuesta todo el valor que indudablemente merece. A Freud le desagradaba, sin ninguna duda, todo aquello que pudiera complicar la vida, tanto la suya como la de los demás. Este rasgo se extendía a los detalles más íntimos de la vida diaria, a los asuntos de orden más personal y privado. Así, por ejemplo, no tenía más que tres trajes, tres pares de zapatos y tres juegos de ropa interior. Hacer las maletas, aunque se tratara de vacaciones prolongadas, era un asunto muy sencillo en su caso. Otro aspecto de esta cualidad fue relatado por Joan Riviere en un escrito publicado cuando la muerte de Freud:

«Pero tanto en el análisis como en el resto, su interés, con su intolerancia frente a los preliminares y a su imperiosidad, fue curiosamente impersonal. Uno tenía la impresión de una cierta reserva detrás de su afán, como si no fuera para sí mismo para quien tan perentoriamente anhelaba entender las cosas, sino para algún propósito exterior. Había una simplicidad en su impersonal ahínco que era quizá su aspecto más significante. Estaba tan concentrado en su investigación que se utilizaba a sí mismo como un instrumento. Sus penetrantes y atentos ojos no sólo tenían la simplicidad y clarividencia de un niño —para quienes nada es demasiado pequeño, o común, o sucio—, había también en ellos una madura paciencia y cuidado, y una despegada interrogación. Su mirada, atisbadora y penetrante tras de las pobladas cejas, mostraba una capacidad para traspasar la superficie e ir más allá de los límites de las percepciones ordinarias. Pero también expresaba una capacidad para el escrutinio paciente y cuidadoso y para el juicio suspendido, hasta no tener los elementos suficientes, tan poco usual que para muchos era irreco-

nocible; su frío escepticismo había sido incluso interpretado como cinismo o pesimismo. Existía en él la conjunción del cazador siguiendo un rastro interminable y el firme y persistente vigilante que escruta y revisa; y de esa conjunción nació su poder de descubrir y comprender las fuentes de los sentimientos y de la conducta humana. Un valor y una tenacidad indomables, unidos a una inquebrantable honestidad, fueron las características que sustentaban sus dotes de observación, su "intrépida imaginación" y agudeza, que le condujeron a sus grandes logros.»

Que esta característica, intuitivamente señalada por su hija, no era solamente sorprendente sino también de importancia fundamental se demuestra por la facilidad con que el tema pudo ser desarrollado y por los muchos atributos que gracias a éste fueron más fáciles de aclarar. Esta simplicidad se manifestaba en su porte mismo. Freud tenía una manera tranquila y una sencilla dignidad, muy alejada de toda pose o de aires de grandeza o pretensión de ninguna índole. Tenía una pronunciada aversión a las actitudes afectadas o a cualquier otra cosa que supiera a farsa, hipocresía o complicados enredos. Los epítetos de «vano» y «pomposo», que he visto aplicarle, constituyen invenciones singularmente desdichadas. Su lenguaje era directo e iba en seguida al asunto. Nada de frases o circunloquios. Difícilmente podría considerársele sutil ni daba tampoco gran valor al tacto, excepción hecha de los casos en que se trataba de una real consideración a los sentimientos de los demás. Aun la modesta fama que había adquirido en cuanto a mi tacto para dirimir querellas resultó bastante extraña a su manera directa de actuar, tanto que provocó un comentario directo de su parte. Es así como en cierta ocasión dijo, riendo: «Si Jones sigue actuando bastante tiempo en esta forma diplomática, lo tendremos que ceder a la Sociedad de Naciones.» No me extrañaría oír que algún extranjero haya podido encontrar a veces un poco brusco su trato. Era, sin embargo, una persona sumamente accesible, que difícilmente se negaba a ver a alguien que quisiera visitarle, aun cuando el motivo de la visita fuera una simple curiosidad.

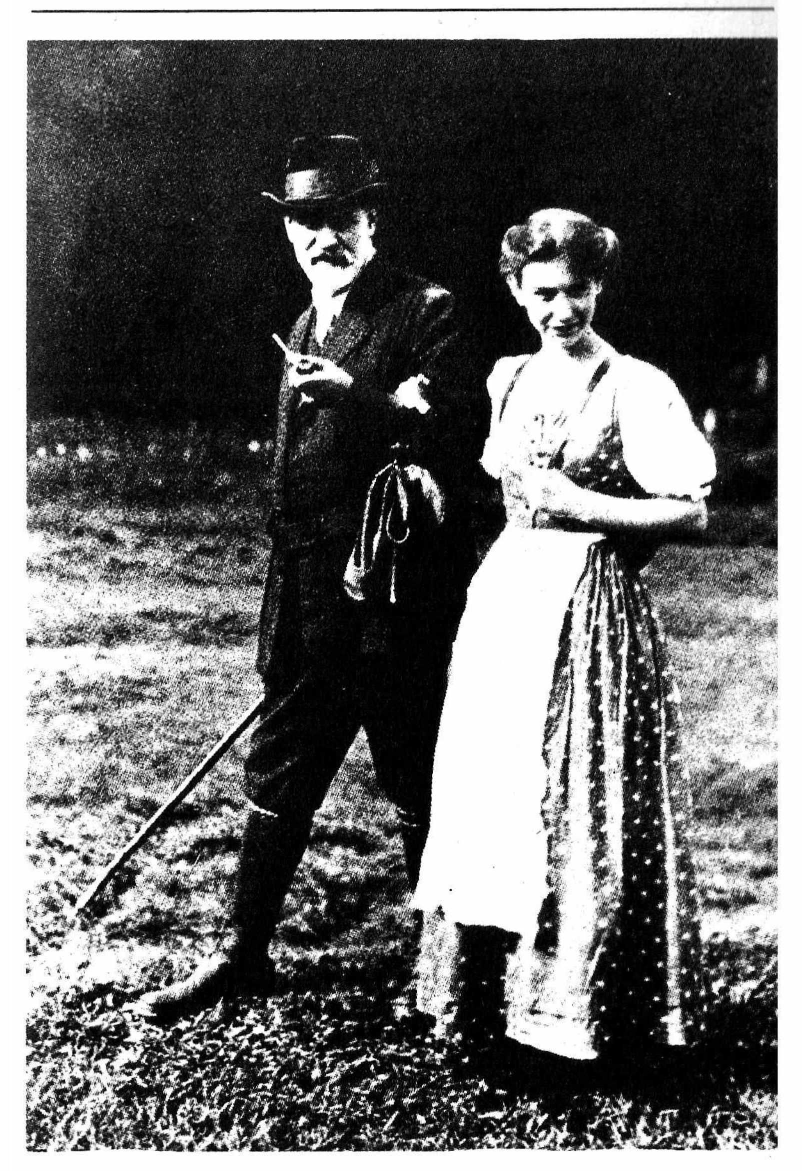
Con las personas de su intimidad se abandonaba, por supuesto, a una actitud tranquila y espontánea. Cuando trato de evocarlo, recuerdo principalmente su constante jovialidad, su actitud tolerante y la llaneza de su trato, así como su gran característico humor. Freud no era realmente un hombre chistoso, pero poseía un fino sentido de los aspectos humorísticos de la vida, y sus comentarios frente a cualquier noticia solían consistir en citar alguna sentencia, un proverbio, o más a menudo aún, un chiste judío. Pero siempre se tenía la sensación de que toda relación con los demás estaba perfectamente controlada por su parte. Su afabilidad y su accesibilidad se manifestaban porque él lo quería así. Daba la sensación de una invisible reserva, que habría sido impertinente querer penetrar y que nadie dejó de respetar.

Llegamos aquí a un punto que puede dar lugar a discusión. Freud sostuvo siempre con toda firmeza que sólo él tenía derecho a decidir qué cosas de su personalidad habría de revelar a los demás y cuáles no, actitud que, en términos generales, es perfectamente comprensible. Pero

había ciertos aspectos en esto que iban, al parecer, más allá de lo razonable, lo suficiente como para pensar que no sólo se trataba ya de un asunto privado, sino secreto. Se aplicaba, en efecto, a situaciones en las que no había razones especiales para la reserva o el ocultamiento y, por otra parte, llamaba la atención el extremo a que esto llegaba. Freud era un hombre que estaba muy lejos de mostrarse reservado en general. Se expresaba con toda libertad sobre toda clase de temas y nunca ocultaba sus opiniones. Pero a veces conseguía dar la impresión de que, en lo referente a su persona, sólo era tema permitido aquello que él mismo dejaba traslucir, y que tomaría a mal cualquier pregunta de carácter íntimo. Nunca hablaba con sus hijos acerca de sus años de juventud o de su infancia, y la mayor parte de lo que ellos conocen al respecto tiene su origen en esta biografía. El tema, aunque no expresamente proscrito, parecía ser tabú y nunca fue planteado por ellos. Hacia la mitad de su vida solía comunicarnos siempre los temas sobre los que estaba trabajando, pero no así en los últimos veinte años de su vida. En esta época se mostró reservado, incluso para sus amigos más íntimos. Solamente decía que a su debido tiempo lo llegarían a saber. Tal como vimos ya, resaltaba sobre todo el contraste entre el cuadro nada complaciente que reveló al mundo acerca de su vida interior, especialmente en el análisis de sus sueños, y la reticencia casi absoluta en todo lo referente a su vida amorosa. Aquí se centraba indudablemente lo que habría de ocultar como cosa sagrada, y ya tuvimos oportunidad de señalar las precauciones realmente extraordinarias que había tomado para ocultar un sentimiento amoroso completamente inocente y efímero de su adolescencia.

Por otra parte, y es cosa extraña, Freud era un hombre a quien no le resultaba fácil mantener los secretos de los demás. Tenía, efectivamente, fama de ser enteramente indiscreto. Cabe recordar que la ruptura final con su amigo Fliess se había producido con motivo de un hecho de esta índole. Tengo muchos recuerdos personales de hechos que podrían confirmar este rasgo más bien extraño de Freud. Varias veces me refirió cosas de la vida privada de colegas que no debía haberme comunicado. En esa época yo le disculpé pensando que quizá le resultaba difícil sobrellevar informaciones penosas de esta índole y que tal vez representaba un alivio el poder confiarlas a un extranjero con cuya discreción podía, desde luego, contar. Es posible que esta hipótesis no fuera del todo desatinada. Bien puede ser que la conservación de sus propios secretos comportara también cierta tensión que él lograba descargar de esta manera indirecta.

Cuando James Strachey fue a estudiar con Freud, envié a éste una carta de presentación, que no abundaba en cumplidos, en la que le explicaba lo poco que conocía al visitante hasta ese momento. En una de las primeras sesiones, Freud fue a la habitación contigua, llevó la carta y se la leyó en voz alta. En otra oportunidad le envié cierta información privada que me parecía conveniente que él conociera acerca de una paciente mía que él estaba tratando —era un caso de uso secreto de morfina— y le manifesté que era importante que la paciente no llegara a enterarse de esa comunicación mía. Freud me contestó asegurándome que



Sigmund Freud con su hija Anna, durante una excursión a los Dolomitas, en 1912. Anna Freud se dedicó también a la práctica del psicoanálisis, sobre todo en relación con el mundo infantil. Entre sus obras destaca la titulada El yo y los mecanismos de defensa.

mantendría enteramente en reserva los datos en cuestión, pero no pasó mucho tiempo antes de que yo recibiera una furiosa carta de mi paciente quejándose de mi proceder.

Su preferencia por la simplicidad antes que la complejidad estaba íntimamente relacionada con otros dos rasgos de su personalidad: su disgusto por la formalidad y su impaciencia frente a las restricciones. Una pequeña parte de la primera de estas actitudes puede atribuirse al hecho de haber sido educado en un ambiente de restricciones, con poca oportunidad para las relaciones y la experiencia de carácter social. En las primeras cartas a su futura esposa confesó varias veces cierto sentimiento de inferioridad por no haber adquirido las maneras sociales y no sentirse ducho en el arte de la cortesía. Pero en años posteriores había superado evidentemente estas dificultades y, aun cuando difícilmente se podría decir de él que era un hombre de mundo, era capaz de realizar cosas corteses de un modo muy amable, tales como regalar una pieza de su preciosa colección, y sus maneras sociales estaban a cubierto de todo reproche.[88]

Tenía poca paciencia para las precauciones complejas, especialmente las de carácter legal, con que los hombres complican a menudo sus relaciones. Si había confianza entre unos y otros, tales reservas eran superfluas; si no, ninguna precaución sería capaz de evitar las dificultades. Se sintió realmente escandalizado cuando supo que las sociedades psicoanalíticas norteamericanas tenían el hábito de emplear abogados para redactar los estatutos que habrían de regular las relaciones entre sus miembros. Esta actitud de Freud era tan arraigada que llegó a crear problemas bastante difíciles cuando surgieron asuntos administrativos de cierta complejidad. Freud veía poco razonable que existieran reglamentos en una sociedad, si bien conseguimos que aceptara un breve estatuto para la Asociación Psicoanalítica Internacional. Ocurría a veces que él sugería alguna cosa que —como se le señalaba— era contraria a una determinada disposición del estatuto. «Cambiemos entonces la disposición; será fácil reponerla si luego se desea así.» Prefería, a menudo, cortar un nudo gordiano antes que desatarlo.

Es posible que las personas más apegadas que Freud al espíritu de la legalidad hayan interpretado esa actitud como pura arbitrariedad, lo cual en rigor no sería justo. Su postura tenía un origen más loable. Lo que le preocupaba era que pudiéramos conservar nuestra libertad de acción para tomar en cualquier oportunidad la decisión que mejor convenga sin sentirnos coartados por ninguna regla fija. Y, sin embargo, hubo ocasiones, tales como las que se refieren a citar a otros analistas en sus trabajos, en que no podría aplicarse esta explicación. Mientras que en sus trabajos neurológicos las citas bibliográficas de Freud habían sido escrupulosamente exactas y limpias, ya no puede decirse lo mismo en lo referente a sus trabajos analíticos. En cierta oportunidad Rank comentó, en tono de broma, que Freud distribuía las citas referentes a los trabajos de los demás analistas del mismo modo que el emperador distribuía condecoraciones, es decir, según el estado de ánimo y el capricho de cada momento. No sólo eso, sino que incluso las redistribuía. Re-

cuerdo el caso en que una importante conclusión mía, contenida en un libro que había leído, fue atribuida al que hizo la reseña del libro. Lo que ocurría es que en ese momento yo no gozaba de todo su favor y sí la otra persona.

Parte de esta arbitrariedad provenía de un aspecto realmente inesperado en la personalidad de Freud: su manera de juzgar a la gente en forma absolutamente terminante en uno u otro sentido. Y decimos inesperado porque nadie mejor que Freud conocía la complicada mezcla de buenas y malas cualidades de que se compone el ser humano. Sin embargo, conscientemente, y más aún, indudablemente, en su inconsciente, las personas se dividían principalmente en buenas y malas —o más precisamente, tal vez, en personas que agradan o desagradan— y poco o nada quedaba fuera de esta clasificación. Y una misma persona podía, de tanto en tanto, pasar de una a otra categoría. Más extraño aún resulta en el caso de un tan gran psicólogo el hecho de que, como todos lo hemos creído sin excepción, era muy pobre «conocedor de hombres». Quizá no deba considerarse tan extraño esto, dado que las dos características van unidas.

He leído varias veces que Freud era pesimista, arrogante y tan desagradable que siempre terminaba por reñir con sus amigos. Hay mucho que decir acerca de tales cargos y los he de ir considerando en su orden. La pregunta que más veces se me ha planteado es ésta: ¿Cómo era Freud para trabajar con él? Es una pregunta fácil de contestar. Siempre me resultó cómodo y agradable trabajar con él y estoy seguro que otro tanto habría dicho cualquier otra persona en igual situación. Era un compañero sumamente jovial, agradable y divertido, y difícilmente hacía mayores críticas a cualquier plan que se le propusiera. Cierto es que de vez en cuando se topaba con alguno de sus prejuicios y a veces se mostraba tan inflexible en tales ocasiones que no quedaba otro recurso que buscar una solución por algún nuevo camino.

Veamos ahora lo que se refiere a su supuesto pesimismo. Era sin duda una persona jovial, de modo que lo único que podría decirse de él, en el peor de los casos, es que se trataría quizá de uno de esos «pesimistas joviales» que tan a menudo encontramos en la vida. Él mismo usó más de una vez esta expresión para definirse. Pero no sería del todo justo. Lo más apropiado sería decir de él que era un «realista», una persona liberada de excesivas ilusiones. Se puede tener una actitud pesimista acerca de la vida misma o acerca de la gente. Lo primero significa que, dado que uno no disfruta de la vida, ésta tiene poco valor. Esto seguramente no podría decirse de Freud, que tenía una ingente capacidad de goce. Es cierto que en su opinión la vida era en esencia más bien dura que fácil, tal como su propia experiencia le había enseñado. Era una cosa que, en primer término, había que saber soportar. Si se tenía éxito en esto, había muchas cosas que disfrutar y la vida muy bien valía la pena ser vivida. Bastaría referirse a su breve ensayo sobre *Lo transitorio,* en que calificó de cosa absolutamente sin sentido la idea de que las cosas buenas de la vida pierden su valor por su carácter de poco duradero. Así duraran un solo minuto, ya podían ser buenas.

Freud vivía el presente. A pesar de la fascinación que sobre él ejercía el pasado, tanto en lo que concierne al individuo como en lo referente a la especie humana en general, y de su creencia de que sólo a través del estudio del pasado podría aprenderse algo valioso y útil, parecía haber perdido todo interés en su propio pasado, del que no hablaba nunca. Lo único que personalmente le interesaba era el presente, incluyendo, naturalmente, todo plan referente al mundo inmediato. En cuanto al futuro en general, no creo que le dedicara gran parte de su pensamiento. Tan convencido estaba de la enorme complejidad, tanto de las circunstancias materiales como de las motivaciones psicológicas, que le parecía una pérdida de tiempo dedicarse a especular sobre una cosa tan impredecible como es el futuro. No tenía, sin embargo, razones para ser pesimista al respecto. En una carta a Reik escribía: «Si bien estoy de acuerdo con usted acerca del mundo, y de la especie humana actual, ya sabe usted que no puedo considerar justificado su pesimista rechazo de la idea de un futuro mejor.»

Freud había mostrado su apoyo a toda reforma social razonable, pero no estaba seguro de que, a la larga, esto habría de engendrar una civilización realmente satisfactoria. Se necesitaba algo más radical.

El epíteto de arrogante es realmente absurdo si se quiere aplicar a Freud. Cabría hablar, en todo caso, de obstinación para referirse a la tenacidad con que sostenía sus convicciones, alcanzadas a costa de tan arduos esfuerzos, pero este mismo término ya no sería correcto si con ello quisiera darse a entender que estas convicciones eran en él inconmovibles y cerradas a toda revisión. Los tanteos de Freud en su marcha incesante hacia lo desconocido y los cambios que la experiencia fue imprimiendo a sus conclusiones son ya hechos históricos. Frente a la vastedad de lo desconocido la actitud de Freud no podía ser otra que la de Newton, con sus «granitos de arena frente al mar inmenso de la ciencia». Sabía que había «iniciado algunas cosas» y abierto algunos nuevos senderos, pero en cuanto a dónde podrían conducir éstos no podía juzgarlo ni trató de hacerlo.

No era bastante filósofo como para imaginarse que tenía la capacidad de construir un sistema acabado de pensamiento. Haber «iniciado algunas cosas», como él decía, es algo bien distinto de esto.

Dudo mucho de que alguna vez Freud pensara de sí mismo que era un gran hombre, o que se le hubiera ocurrido jamás la idea de compararse con aquellos que él consideraba grandes: Goethe, Kant, Voltaire, Darwin, Schopenhauer, Nietzsche. En cierta ocasión le dijo Marie Bonaparte que a su juicio él era una mezcla de Pasteur y Kant. A lo que replicó: «Esto es muy gentil, pero yo no puedo compartir su opinión. No porque yo sea modesto, de ningún modo. Tengo una elevada opinión de las cosas que he descubierto, pero no de mí mismo. Ser un gran descubridor no implica necesariamente ser un gran hombre. ¿Quién cambió el mundo más de lo que lo hizo Colón? ¿Y qué fue Colón? Un aventurero. Poseía carácter, es cierto, pero no era un gran hombre. De modo que, como usted ve, se pueden hallar grandes cosas sin que ello signifique que uno sea realmente grande.» Una cosa había de la que estaba

convencido respecto de sí mismo: que tenía una reducida capacidad intelectual. Había demasiadas cosas en matemáticas o en física, por ejemplo, que él sabía que nunca llegaría a entender, en tanto que para otros esto era cosa fácil.

Sea cual fuere la fuente de esto —y Freud mismo se hallaba constantemente intrigado precisamente por este problema—, había en él una actitud moral tan profundamente arraigada que daba la impresión de ser parte de su fondo natural y primitivo. Nunca tuvo duda alguna acerca de cuál era el camino recto a seguir en cada caso. Todo resultaba tan evidente que había hecho suyo y citaba con predilección un dicho de F. T. Vischer: «Lo moral es evidente por sí mismo.» Sólo en un periodo avanzado de su vida estuvo Freud en condiciones de proyectar alguna luz sobre el origen del sentimiento moral.

Su correspondencia con Putnam era sumamente reveladora en cuanto a su actitud frente a la moral. En 1915 Freud leyó la obra que acababa de publicar Putnam con el título de *Human motives.* He aquí la carta que escribió a Putnam sobre el libro:

«Por fin me ha llegado su libro, mucho tiempo después de haber sido anunciado. Todavía no he terminado de leerlo, pero he leído lo que para mí constituye la parte más importante del libro, lo que se refiere a religión y a psicoanálisis, y cedo al impulso de escribirle acerca de ello.

»Seguramente usted no busca elogio y reconocimiento de mi parte. Resulta grato pensar que su libro impresionará a sus compatriotas, y que en muchos de ellos tendrá el efecto de doblegar su hondamente arraigada resistencia. En la página 20 encuentro un párrafo que debo considerar como el más aplicable a mí mismo: "Habituarnos al estudio de la inmadurez y la infancia antes de proceder al estudio de la madurez y la edad adulta significa a menudo habituarnos a una indeseable limitación de nuestra visión en cuanto al alcance de la empresa en que nos embarcamos."

»Reconozco que éste es mi caso. Soy seguramente incompetente para juzgar el otro aspecto de la cuestión. Debo haber utilizado esta unilateralidad para poder ver lo oculto, es decir, aquello mismo de lo que otras personas han sabido apartarse. Esta es la justificación de mi reacción defensiva. La unilateralidad ha demostrado tener, después de todo, su utilidad.

»Por otra parte, no se puede inferir gran cosa del hecho de que no me impresionen demasiado los argumentos referentes a la existencia real de nuestros ideales. No veo modo de pasar del hecho de que nuestras ideas de perfección tienen una realidad psíquica a la creencia en su existencia objetiva. Usted no ignora, por supuesto, cuán poco cabe esperar de las argumentaciones. Agregaré además que no tengo temor alguno al Todopoderoso.[89] Si alguna vez llegáramos a enfrentarnos, yo tendría más reproches que hacerle a él de los que él podría hacerme a mí. Yo le preguntaría por qué no me dio una capacidad intelectual mayor de la que poseo, y él no podría quejarse de que yo no haya aprovechado al máximo mi supuesto libre albedrío. (Puedo decirle, de paso,

que no ignoro que cada uno de nosotros representa un fragmento de energía vital, pero no sé cuál es la energía que tiene que ver con el libre albedrío, es decir, con la ausencia de factores condicionantes.)

»Porque debo decirle que yo me he sentido siempre insatisfecho con los dones que poseo y que sé precisamente en qué aspectos son deficientes, pero en cambio me considero una persona muy moral, que puede suscribir la excelente sentencia de T.F. Vischer: "Lo moral es evidente por sí mismo." Considero que en lo que se refiere al sentido de justicia y de consideración hacia los demás, y en cuanto a disgustarme el hacer sufrir a los demás o aprovecharme de ellos, puedo compararme con la mejor gente que haya conocido. Nunca he hecho nada mezquino o malicioso ni podría recordar tampoco tentación alguna de hacerlo, de modo que no tengo motivo alguno para sentirme orgulloso de ello. Tomo la idea de moral de que aquí hablamos en su sentido social, no en el sentido sexual. La moral sexual, tal como la define la sociedad —y como ejemplo extremo, la sociedad norteamericana—, parece ser muy despreciable. Yo propugno una vida sexual incomparablemente más libre, si bien por mi parte he hecho muy poco uso de tal libertad; solamente en la medida en que a mí mismo me pareció lícito.

»La publicidad que se da a las exigencias de carácter moral me ha impresionado a menudo desagradablemente. Lo que he podido ver acerca de conversiones ético-religiosas no ha sido muy edificante. (Aquí viene una referencia expresa a Jung.)

»Una cosa hay, sin embargo, en la que estoy de acuerdo con usted. Cuando me pregunto por qué me he conducido siempre honorablemente, dispuesto a considerar a los demás y a ser bondadoso todas las veces que me fuera posible y por qué no he dejado de actuar así aun cuando he visto que de esta manera uno se perjudica y se transforma en víctima de todos, porque los demás son brutales y desleales, cierto es que no sé qué contestarle. Ha sido, por cierto, una conducta sensata. No he sentido nunca en mi juventud ninguna clase de aspiraciones éticas especiales ni noto que evoque en mí satisfacción alguna, visible, la conclusión de ser más bueno que la mayor parte de la gente. Es usted probablemente la primera persona a quien confieso todo esto. De manera que se podría citar precisamente mi caso en apoyo de su concepto de que un impulso hacia el ideal constituye una parte esencial de nuestra naturaleza. ¡Ah, si pudiera ver en los demás esa misma valiosa naturaleza! Abrigo secretamente la creencia de que si intentáramos estudiar las sublimaciones de los instintos tan minuciosamente como las represiones de los mismos, podríamos encontrarnos con explicaciones psicológicas completamente naturales, que harían innecesarias sus filantrópicas hipótesis. Pero, como ya dije, no sé nada acerca de esto. Me resulta una cosa completamente incomprensible por qué yo y casualmente, además, mis seis hijos, todos adultos, tenemos que ser seres humanos tan absolutamente decentes.»

Freud solía decir que en sus relaciones con otros hombres se daba fácilmente el caso de alternar el amor con el odio, y no hay duda de que

alguna que otra vez fue así. Esta molesta ambivalencia no llegó a afectar nunca, en cambio, su relación con las mujeres, con quienes su actitud fue mucho más coherente. Juzgada al margen de otros factores, su conducta hacia las mujeres probablemente merecería el calificativo de anticuada. Cualesquiera que hayan sido sus opiniones intelectuales en la materia, son numerosos los indicios existentes, tanto en sus obras como en su correspondencia, acerca de su actitud emocional. Sería ciertamente excesivo afirmar que consideraba al sexo masculino como el amo y señor de la Creación, ya que no había en su carácter tinte alguno de arrogancia o de superioridad, pero quizá sería justo suponer que, en su opinión, la función capital de la mujer, estaba claramente definida como la de un ser angelical que debía atender a las necesidades del hombre y hacerle más cómoda la vida. Tanto sus cartas como su elección amorosa ponen de manifiesto que para él no había más que un objeto sexual posible: una mujer dulce y femenina. Por más que pertenecieran al sexo más débil, él las consideraba como más puras y éticamente más nobles que los hombres. Existen indicios de que deseaba absorber de ellas algunas de estas cualidades.

Caben pocas dudas de que para Freud la psicología de la mujer era más enigmática que la del hombre. Cierta vez dijo a Marie Bonaparte: «La gran pregunta que nunca ha obtenido respuesta y que hasta ahora no he sido capaz de contestar, a pesar de mis treinta años de investigación del alma femenina, es ésta: "¿Qué es lo que desea la mujer?"»[90]

A Freud le interesaba también otro tipo de mujer, de una condición más intelectual y quizá, para él, masculina. Mujeres de estas características desempeñaron repetidas veces cierto papel en su vida, accesorio del que correspondió a sus amistades masculinas —si bien de índole más refinada—; pero ninguna de ellas ejerció sobre él una atracción erótica. Las figuras más importantes fueron su cuñada Mina Bernays, en primer lugar, y luego, por orden cronológico: Emma Eckstein, Loe Kann, Lou Andreas-Salomé, Joan Rivière y Marie Bonaparte. Freud sentía una especial admiración por la distinguida personalidad y los ideales éticos de Lou Andreas-Salomé, que en su sentir superaban en mucho a los suyos propios.

Freud era monógamo, y lo fue de un modo muy singular. Son pocos los hombres de quienes pueda decirse que en el transcurso de toda su vida no se hayan sentido incitados eróticamente de una manera más o menos seria por alguna mujer que no fuera la única mujer elegida. Con todo, es esto lo que parece haber ocurrido en el caso de Freud. Los hombres que así viven y sienten este problema son ciertamente felices si todo ha marchado bien en cuanto a la gran elección, como es el caso de Freud, pero si han de ser considerados o no verdaderos exponentes de la normalidad masculina es cosa que sólo podrá contestar la antropología social o la psicología.

Freud ejercía, sin duda, una notable atracción sobre personas de uno y otro sexo, cosa que con toda seguridad no puede atribuirse exclusivamente al encanto de su trato o a la cortesía. Las mujeres, ya fueran las que apenas le conocían e incluso las que de ningún modo le ha-

bían conocido personalmente, encontraban a menudo irresistible esa su peculiar combinación de confiada fuerza e invariable consideración y ternura. Este tenía que ser un hombre en quien se podía confiar. Quedaban impresionadas a la vez por el evidente interés que demostraba por conocer su personalidad. También los hombres, por regla general, se sentían impactados por su grave actitud autoritaria —característica de una verdadera figura paterna—, por sus profundos conocimientos y por su bondadosa tolerancia. Era sencillamente una persona a quien podían respetar y acaso tomar como modelo de imitación.

La mayor parte de quienes han estudiado a Freud se han visto impresionados por lo que se ha dado en llamar su pertinaz dualismo. A través de toda su obra se advierte lo que Heinz Hartmann ha llamado «un pensamiento dialéctico de índole muy característica, que tiende a fundar sus teorías en la interacción de dos fuerzas opuestas». Donde se ve rasaltar más esto es, naturalmente, en sus clasificaciones básicas: amor-hambre, yo-sexualidad, autoerotismo-heteroerotismo, Eros-Tanatos, vida-muerte, y así sucesivamente. Es como si Freud hubiera tenido dificultad en enfocar tema alguno sino era dividiéndolo en dos conceptos opuestos y nunca más de dos.

Me propongo realizar aquí el ambicioso intento de aproximarme tanto como me sea posible al secreto del genio de Sigmund Freud. Propósito audaz, por cierto, el cual, seguramente, no veré coronado con el éxito.

Cuando conocí por primera vez a Freud, no pude dejar de observar cualidades tan manifiestas como su rectitud sin reservas, su absoluta sinceridad, su tolerancia, la facilidad de aproximarse a él y su esencial bondad. Pero muy pronto observé también otro rasgo que le era más peculiar. Era su actitud acerca de la posibilidad de ser influido por las opiniones de los demás. Las escuchaba con cortesía, mostraba interés en ellas y a menudo hacía penetrantes comentarios al respecto, pero siempre se traslucía de algún modo que no afectaban para nada las suyas propias. Era como interesarse por algo que se contempla pero que en realidad no le afecta a uno personalmente.

No sería realmente aplicable aquí el calificativo de «obstinado», ya que éste se refiere específicamente a deseos activos, a una insistencia en hacer o lograr algo, cosa que difícilmente podía decirse de Freud. Lo característico en él era una voluntad desusadamente vigorosa, pero que se manifestaba en actitudes de resistencia negativa. Una vez que estaba decidido en un determinado sentido no era posible empujarlo, ni siquiera guiarlo, hacia ninguna otra dirección. Era un hombre capaz de infundir una gran energía a la palabra «no». En su vejez, solía repetir las palabras *nein, nein, nein*, acompañándolas de un vigoroso movimiento de cabeza que me hacía pensar en el vigor con que este hombre debió haberse resistido a ciertas manipulaciones en su primera infancia.

Freud tenía una mentalidad plástica y móvil, inclinada a las más libres especulaciones y abierta a ideas nuevas, aun cuando fueran sumamente improbables. Pero esto sólo ocurría si esas ideas provenían de él mismo. Cuando procedían de otra parte, bien podía suceder que encon-

traran en él una gran resistencia y muy pocas posibilidades en cuanto a hacerle cambiar de parecer.

Comencé por sentirme intrigado ante esa resistencia a la opinión ajena, hasta que di con lo que considero la explicación de la misma, y para lo cual lo que acabo de exponer podría servir de ejemplo ilustrativo. Una intuición, que pronto fue confirmada, me hizo ver que junto a esa gran independencia de espíritu de Freud y a su crítica escéptica de las ideas, había también una veta oculta de contenido enteramente antagónico y que su resistencia era una defensa contra el peligro de ser demasiado rápidamente influido por los demás. En cierto caso que él había tratado antes de la guerra, y cuya historia yo conocía íntimamente, pude comprobar cómo Freud creyó una serie de informaciones que yo sabía que eran inexactas, así como se oponía a creer en la verdad de otras que indudablemente eran ciertas. Joan Rivière ha relatado un extraordinario caso de combinación como ésta de incredulidad y porfía. Una mañana mientras la analizaba, le habló muy disgustado de una paciente inglesa que acababa de ver y que se quejaba amargamente de haber sido sometida a un tratamiento monstruoso —que en realidad sólo existió en la fantasía de la enferma— por parte de un analista... nada menos que de Ipswich. El sereno juicio de la señora Rivière le hizo percibir inmediatamente que se trataba de una historia absurda, pero se conformó con observar que no había habido nunca un analista con el nombre que él mencionaba, y que, por otra parte, tampoco hubo nunca un analista en Ipswich ni en realidad en parte alguna de Inglaterra aparte de Londres. Esto no impresionó a Freud, quien siguió despachándose contra aquella conducta escandalosa. Pero poco después recibió una carta de Abraham en la que éste le decía que le había recomendado a una señora inglesa para consultarle, que ella era una desatada paranoica con especial inclinación a inventar historias increíbles sobre médicos. De manera que el malvado analista de Ipswich había sido... ¡el pobre Abraham!

Existen pruebas indudables de esta credulidad, contra la cual Freud debió de luchar duramente. Asombra leer ahora cómo en cierta época —en la última década del siglo pasado— aceptaba íntegramente las desconcertantes fantasías numerológicas de su amigo Fliess e incluso no estoy seguro de si no habría vuelto más tarde en algún que otro momento a creer en ellas. La amarga experiencia le había enseñado, pues, en qué medida extraordinaria su pensamiento podía verse influido por todo aquel que fuera capaz de conmover su afecto.

Menos asombrosa quizá, pero sin duda más perjudicial, fue su crédula aceptación de los relatos que le hacían sus pacientes acerca de episodios de seducción paterna y que él narró en sus primeras publicaciones sobre psicopatología. Cuando le comenté a mi amigo James Strachey el tema de la credulidad de Freud, me replicó muy sabiamente: «Fue una suerte para nosotros que haya sido así.» Lo que la mayor parte de los investigadores habría hecho sería negar todo crédito a los relatos de los pacientes, alegando su inherente improbabilidad —por lo menos en tan gran escala—, desechando todo el asunto como un ejemplo

más de la poca confianza que merecen los histéricos. Freud tomó esos relatos en serio y creyó, al principio, literalmente en su contenido, y sólo después de algunos años de reflexión hizo el descubrimiento de que representaban fantasías altamente significativas. Esto señaló el comienzo de la valoración de la importancia de las vivencias fantásticas en el inconsciente y del descubrimiento de la existencia del erotismo infantil reprimido.

Tenemos que llegar, por lo tanto, a la conclusión de que esta curiosa modalidad del carácter de Freud, lejos de significar una desdichada debilidad o un fallo, constituía una parte esencial de su genio. Estaba dispuesto a creer en lo improbable y lo inesperado, la única manera de descubrir nuevas verdades, tal como ya lo había destacado Heráclito muchos siglos atrás. Claro está que se trataba de un arma de doble filo. Por momentos condujo a Freud a cometer erores, posiblemente incluso errores ridículos, pero también le colocó en condiciones de enfrentarse intrépidamente con lo desconocido.

No deja de ser interesante la acotación de que este rasgo podría ser, posiblemente, una característica corriente del genio científico.

Una imagen de Freud que nos lo presentara como un investigador tediosamente paciente e invariablemente devoto de los hechos sería bastante imperfecta, pues, por lo que acabamos de ver. El demonio de la especulación creadora, que había mantenido implacablemente a raya en los primeros años de su labor científica, cuando se quedaba pegado al microscopio todo el día, nunca estuvo acallado, en realidad, por mucho tiempo. El autoanálisis le hizo alcanzar un equilibrio que le permitió marchar con seguridad entre los laberintos del nuevo territorio por él descubierto y traernos siempre de esas expediciones, a lo largo de un periodo de cuarenta años, el relato invariable de sus hallazgos. Sin embargo, durante los últimos veinte años de su vida, como luego hemos de ver, aflojó las riendas de su demonio especulativo como no lo había hecho jamás, con los asombrosos resultados que aún hoy estamos lejos de haber valorado debidamente.

Esta capacidad para adivinar la verdad implica un deseo de hacerlo de una intensidad nada común. Freud no sólo poseía evidentemente ese deseo sino que, me aventuraría a suponerlo, se trataba aquí de una de las fuerzas más profundas y poderosas que animaron su vida, y que le condujo a la realización de toda su obra de pionero. Ahora bien, ¿de qué verdad se trataba? ¿Y por qué fue en él tan poderoso ese deseo? En su estudio sobre Leonardo, Freud sostuvo que el deseo de conocimientos por parte del niño se alimenta de poderosos motivos procedentes de su curiosidad infantil acerca de los hechos primarios de la vida, del significado del nacimiento y de las causas que conducen a él. Esta curiosidad es exacerbada, por lo común, por el hecho de la aparición de un pequeño rival que le reemplaza en la atención de la madre y en parte también le arrebata su amor. Sabemos que el pequeño Julius desempeñó ese papel en la infancia de Freud y que éste nunca dejó de reprocharse el haber sido responsable, con sus deseos hostiles, de la temprana muerte del intruso. Conocemos también la inmensa capacidad de

celos que demostró durante su compromiso con Martha Bernays y su exagerada exigencia de exclusiva posesión del ser amado. Tenía, como se ve, poderosas razones para querer saber cómo ocurrían esas cosas, de qué modo se hacía posible la aparición de intrusos y quién era el causante de ellos. No puede ser, después de todo, pura casualidad que después de haberse distraído tantos años en otros campos de investigación haya sido finalmente en el terreno de la vida sexual donde hizo sus descubrimientos el casto y puritano Freud.

Sólo en el conocimiento de la verdad podría haber seguridad, aquella seguridad que la posesión de su madre pudo haberle procurado. Pero para abatir las barreras prohibitivas que le separaban de su objetivo le hacía falta no solamente decisión sino también el supremo coraje de enfrentarse con los fantasmas del inconsciente. Este impávido coraje constituía la más alta cualidad de Freud y su don más precioso. ¿Y de dónde podría haberlo obtenido sino de su suprema confianza en el amor de su madre?

A partir de esto estaremos en condiciones de aproximarnos más a la comprensión de otros rasgos prominentes en el carácter de Freud. Para alcanzar el éxito en esta gran empresa de indagar la verdad eran requisitos esenciales una absoluta sinceridad y una completa integridad. Esto es evidente. Pero, ¿por qué habría de realizar la búsqueda con tan completa independencia? No sólo tenía que realizarla por sí mismo sino que rechazaba toda clase de influencias ajenas, por útiles que pudieran parecer, como si se tratara de obstáculos que sólo podrían servir para distraerle de su empeño o que incluso habrían sido colocados allí para desviarle. Esto concuerda con la tendencia a la desconfianza que hemos señalado en él. En última instancia, sólo podía confiar en sí mismo para la realización de la vital tarea emprendida. Pero si esto es así, ¿cómo podremos explicarnos la actitud opuesta que, como hemos visto, se manifestaba también de vez en cuando en él? Se daba en él una tendencia a creer en las cosas que le relataban otras personas, personas que al parecer tendrían más poder que él para descubrir secretos. ¿Qué había ocurrido con la desconfianza de Freud en ocasiones como ésas? Debió de abrigar la creencia de que alguna otra persona conocía la respuesta a los enigmas que inconscientemente le mantenían perplejo. Pero, ¿le dirían realmente la verdad? ¿Con cuánta frecuencia, avanzada ya su vida, Freud se quejó de aquellos tiempos en que había sido «traicionado» —para usar su propia expresión— por sus amigos? Breuer, Fliess, Adler, Jung, uno tras otro, le habían prometido ayudarle e incluso inspirarle en su gran búsqueda, para abandonarle luego. Creo que tenemos derecho, en este caso, a reemplazar la palabra «traicionado» por «decepcionado». Y así, finalmente, tendría que descubrirlo todo por sí solo.

26. El reencuentro (1919-1920)

Los años que siguieron a la guerra fueron extremadamente duros. Todas las cosas habían quedado como paralizadas en Viena, y la vida se hacía allí apenas soportable. La monótona dieta de sopa de legumbres estaba muy lejos de ser un alimento adecuado y los tormentos del hambre eran continuos. Los inviernos de 1918-19 y 1919-20, con todas las habitaciones sin calefacción y débilmente iluminadas, fueron los peores. Se necesitaba una gran fortaleza de ánimo para mantenerse inmóvil durante horas y horas, con los pacientes, con ese frío mortal, por más que se hallara equipado con un abrigo y gruesos guantes. Luego venía la noche, y Freud tenía que atender a su correspondencia, corregir numerosas pruebas de imprenta de las nuevas ediciones de sus libros y de las revistas cuya responsabilidad pesaba sobre él. Todo esto con los dedos agarrotados de frío. Y aún le quedaba la energía necesaria para ocuparse de nuevas ideas y escribir nuevos trabajos.

A todas estas inevitables dificultades se agregaban numerosos motivos de ansiedad. Pasaron meses hasta que pudo recibir noticias de su hijo mayor, prisionero de guerra en Italia. Durante un par de años tuvo la preocupación de que sus hijos hallaran trabajo —uno de ellos todavía estudiante— y tenía que ocuparse no solamente de ellos sino también de su yerno de Hamburgo, amén de otros miembros de su familia y diversos amigos. La situación económica en Austria no podía ser más sombría y tampoco eran más prometedoras las perspectivas del futuro. La situación económica de Freud era muy seria y más precario aún su futuro. Sus ingresos no podían seguir el ritmo del constante aumento de los precios, y se vio forzado a acudir a sus ahorros. En octubre de 1919, calculaba que éstos habrían de alcanzar todavía para unos dieciocho meses, pero esto partiendo de la hipótesis optimista de que la inflación no seguiría progresando. Terminó por consumir sus ahorros, que llegaban a unas 150.000 coronas, de manera que no le quedaba nada para la vejez. Pero lo que más ansiedad le producía era el futuro de su mujer, ante la idea de que ella habría de sobrevivirle, cosa que realmente ocurrió. Había asegurado su vida, a nombre de ella, por 100.000 coronas. Se sintió muy satisfecho a este respecto, pero por obra de la inflación esta suma llegó pronto a ser insuficiente para pagar un viaje en automóvil.

Pronto se hizo evidente que la única esperanza de mantenerse a flote estaba en la posibilidad de conseguir pacientes norteamericanos o ingleses, que pagarían con sus divisas, relativamente fuertes. A princi-

pios de octubre de 1919 llegó un médico londinense, el doctor Forsyth, con el propósito de permanecer en Viena siete semanas, para aprender algo de psicoanálisis. Freud lo recibió con mucho agrado, no sólo porque su llegada representaba un buen comienzo, sino también por la distinguida personalidad del visitante, que le produjo considerable impresión. Al mes siguiente induje a un dentista norteamericano, que había solicitado mis servicios, a desafiar los rigores de la vida en Viena. Iba a abonar honorarios bajos, cinco dólares, pero Freud hizo la observación de que era justo que pagara solamente la mitad de la tarifa, ya que era sólo americano a medias; su otra mitad era de judío húngaro. En marzo del año siguiente pude enviarle un inglés que le pagaba una guinea por sesión. Freud me refirió que sin estos dos pacientes no habría podido arreglarse. Y le hizo esta pregunta a Ferenczi: «¿Qué sería de mí si Jones no hubiera podido mandarme más pacientes?» A finales de año, sin embargo, este aflujo se hizo constante. Analistas principiantes, primeramente de Inglaterra y luego de Estados Unidos, comenzaron a llegar para aprender su técnica, y con esto ya tenía tarea más que suficiente. Esto condujo, empero, a otra dificultad. Freud encontraba difícil seguir los diferentes acentos de sus discípulos y se quejaba amargamente de que el inglés no era hablado con la clara pronunciación a que le había acostumbrado la gente del continente. Al cabo de seis horas de esfuerzo con estos pacientes, quedaba completamente exhausto.

A pesar de varias ofertas que le fueron hechas, Freud no llegó a pensar seriamente, en ningún momento, en emigrar. Al instarle yo a que viniera a Inglaterra me dio la misma respuesta que daría más tarde, en 1938: «Permaneceré en mi puesto todo el tiempo que razonablemente me sea posible.» Un poco antes de esto, sin embargo, había estado fantaseando con la idea de disponer de Inglaterra como último recurso, ya que escribió a Eitingon lo siguiente: «Hoy he tomado un profesor para pulir un poco mi inglés. La situación es aquí de desesperanza y seguramente continuará así. Confío en que Inglaterra estará dispuesta a permitir la entrada de ex-enemigos para el día que yo haya gastado mis últimos ahorros, dentro de unos dieciochos meses. Mis dos hermanos descansan ya en tierra inglesa; quizá pueda yo también hallar un lugar allí.» Finalmente lo consiguió.

Los catastróficos acontecimientos ocurridos en Europa, y sobre todo en Austria, en el curso de estos dos años, provocaron en Freud un estado de ánimo de desesperada pero alegre resignación. Los párrafos que vienen a continuación pertenecen a cartas escritas con un intervalo de dos semanas. En una de las primeras cartas que recibí de él después de la guerra, escribía: «Usted no va a escuchar quejas. Todavía estoy en pie y no me siento responsable de porción alguna de la tontería del mundo.» A Ferenczi, que estaba esperando cierto reconocimiento oficial de Budapest, le escribía en esa misma época: «Mantenga una actitud reservada. A nosotros no puede venirnos bien ninguna clase de existencia oficial y necesitamos ser independientes en todo sentido. Tal vez tengamos que decir: Dios nos proteja de nuestros amigos. Hasta ahora nos hemos librado de nuestros enemigos. Hay, además, algo que

se llama el futuro, en el que nuevamente encontraremos algún lugar. Estamos y debemos mantenernos alejados de toda actitud tendenciosa, excepto la de investigar y ayudar.»

Aproximadamente en la misma época, me escribió: «No recuerdo época alguna de mi vida en que mi horizonte se mostrara tan negro, o en todo caso, si lo hubo, yo era más joven y no me sentía oprimido por los achaques del comienzo de la vejez. Yo sé que también ustedes lo pasaron mal y tuvieron amargas experiencias, y siento mucho no tener nada mejor que informarle ni nada que ofrecer como consuelo. Cuando nos encontremos, cosa que confío será en este año, usted verá que me siento inconmovible aún y listo para cualquier emergencia, pero esto sólo en el plano del sentimiento, porque mi razonamiento se inclina más bien al pesimismo... Estamos pasando por una mala época, pero la ciencia tiene el ingente poder de enderezarnos la nuca. Reciba mis mejores expresiones de cariño y envíe las mejores noticias que pueda a su viejo amigo Freud.»

Edward Bernays, el hijo de Eli, hizo todo lo que pudo durante esos años en pro de los intereses de Freud en Estados Unidos. Hallándose en París a comienzos de 1919, encontró la manera de hacer llegar a Viena una caja de cigarros habanos, por intermedio de una misión que se hallaba investigando, sobre el terreno, las condiciones de vida. Sabía bien que ningún otro presente habría de ser mejor recibido que éste por su tío, que no había fumado un buen cigarro habano durante años. En retribución de esto Freud le envió un ejemplar de su *Introducción al psicoanálisis*, y Edward no tardó en ofrecerse para hallar un editor y hacer traducir el libro, cosa que Freud aceptó sin vacilar. Cuando yo me encontré con él en el mes de octubre, le hablé de nuestro propio plan de hacer aparecer una versión inglesa de la obra y de la dificultad que tendríamos para hallar un editor inglés en caso de que ya hubieran sido concedidos los derechos de traducción. Hechos como éste significaron repetidos motivos de malentendido entre nosotros dos. Inmediatamente Freud telegrafió a Nueva York pidiendo que se detuviera la traducción, pero ya era tarde. Edward Bernays, sin pérdida de tiempo, había reunido un grupo de graduados en la Universidad Columbia, a quienes encargó una traducción conjunta, a la vez que convino con Boni and Liverigh la publicación del libro, que apareció en la primavera siguiente, bajo el título de *A general introduction to psychoanalysis*. Freud se sintió disgustado al comprobar los numerosos errores y otras deficiencias de la traducción, y más tarde no dejó de expresar su arrepentimiento por haberla autorizado, a pesar de los derechos de autor que percibió, de tanta importancia en esa época de estrechez.

Joan Rivière, entre tanto, hizo una cuidadosa traducción de la obra en 1922, que apareció con el título, más correcto, de *Introductory lectures on psycho-analysis*.

La estrechez económica no fue motivo suficiente para impedir a Freud que saliera de Viena en la época de verano, toda vez que había un motivo aparente para ello. El 15 de julio de 1919 partió de Badgastein (Villa Wassing) en compañía de Mina Bernays; los dos tenían necesidad

de buscar alivio en la «cura» que allí se ofrecía. Su mujer no estaba en condiciones de acompañarle, dado que se estaba restableciendo, en un sanatorio cercano a Salzburgo, de las secuelas de la neumonía que había contraído dos meses antes. Freud esperaba que Ferenczi y yo nos encontráramos con él allí, pero ninguno de los dos pudo conseguir el permiso necesario para penetrar en territorio de Austria. El 12 de julio partió para Badersee, un hermoso lugar en los Alpes bávaros, a pocas millas de Partenkirchen. Allí recibió la visita de Eitingon. El 9 de septiembre inició el incómodo viaje a Hamburgo, vía Múnich, para ver a su hija Sophie. Esta resultó ser la última visita que le hacía, ya que ella falleció apenas cuatro meses más tarde. En su viaje de regreso, Freud y su esposa se encontraron con Abraham y Eitingon en Berlín, donde pasaron seis horas en la residencia temporal de Abraham. Regresó a Viena el 24 de septiembre, y pronto recibió mi visita. Fue nuestro primer encuentro después de casi cinco años.

Los sucesos que trajo consigo el final de la guerra volvieron los pensamientos de Freud hacia el mundo exterior, del cual había estado casi completamente aislado durante años. La desdichada situación reinante en Viena, junto con la falta de contacto con Hungría —donde bien poco antes había creído ver el centro más prometedor del psicoanálisis— y la extrema dificultad que encontraba incluso en comunicarse con Ferenczi, despertaron en él el ansia de recibir noticias fidedignas acerca del progreso que había alcanzado su obra en países más distantes. Su avidez de noticias no hizo más que acrecentarse con los favorables informes que le enviaba yo desde el extranjero.

Freud estaba necesitado, ciertamente, de cosas que levantaran su ánimo, ya que la actitud de la profesión hacia su obra seguía siendo tan adversa como antes, tanto en Austria como en Alemania. En las reuniones celebradas por los neurólogos y alienistas de Alemania suroccidental en 1919, 1920 y 1921, Hoche se acupó de difamar constantemente a Freud y sus teorías. Se trataba de «inadmisibles esfuerzos místicos, ocultos bajo un velo científico». El lenguaje empleado por Kretschmer era similar a éste.

En los años que siguieron inmediatamente a la guerra mundial se habló mucho de Freud y de sus teorías en los círculos intelectuales ingleses. Podría notarse, en efecto, un verdadero auge y hasta una especie de culto de sus doctrinas, cosa que de ningún modo podía satisfacer a los verdaderos estudiosos de las mismas. Hicimos entonces todo lo que pudimos para limitarnos a nuestra labor científica, aun a costa de vernos motejados de sectarios o ermitaños. La Sociedad Psicoanalítica Británica fue organizada en febrero de 1919, con veinte miembros. El cambio de la palabra Londres por «Británica» siguió a una proposición que yo hice para todas las sociedades psicoanalíticas, de modo que la de Berlín se llamó «Alemana», la de Budapest se convirtió en «Húngara» y así sucesivamente. La Sociedad Psicológica Británica estaba sufriendo al mismo tiempo una amplia transformación. Flugel era secretario del Consejo que la estaba llevando a cabo, y yo el presidente. Una de las consecuencias fue la creación de una Sección Médica especial, que se

convirtió en un centro inestimable de discusión de nuestras ideas con otros psicólogos médicos. Con objeto de acrecentar su prestigio, logramos que W. H. R. Rivers, el distinguido antropólogo, fuera su primer presidente. Los otros siete miembros del Consejo seguían siendo psicoanalistas, tal como ocurrió más tarde con muchos otros dirigentes de la entidad.

Por más que tanto Freud como yo estábamos ansiosos por restablecer contacto personal, las dificultades que se oponían a ello eran poco menos que insuperables. Las autoridades procedían como si el peligro de una nueva guerra iniciada por Alemania fuera inminente —habrían de transcurrir para ello veinte años— y se mostraban extremadamente suspicaces en cuanto a los motivos que pudiera tener cualquier ciudadano para hacer un viaje al exterior. Las autoridades francesas eran aún más difíciles de persuadir. Llegué, con todo, a Berna el 15 de marzo de 1919 y allí me encontré con Otto Rank. Hans Sachs llegó dos días más tarde.

Un mes antes, Sachs había escrito a Freud desde Davos, anunciándole la decisión de cambiar su profesión de abogado por la de psicoanalista, que estaba dispuesto a ejercer. Toda perspectiva de reiniciar con éxito su anterior profesión en Viena, en medio del colapso general, era más que sombría.

El notable cambio que los años de la guerra habían provocado en Rank me produjo un extraordinario asombro. La última vez que le vi era un joven endeble, tímido y reverente, muy afecto al clásico saludo de juntar los talones e inclinarse profundamente. Ahora tenía ante mí a un hombre de rígida apostura, de gesto rudo y aire señorial, y cuyo primer ademán fue el de colocar sobre la mesa un enorme revólver. Cuando le pregunté qué se proponía con eso, me contestó con aire de negligencia: «*Für alle Fälle*» (para cualquier eventualidad). ¿Cómo había logrado pasarlo por la frontera, a pesar de la inspección aduanera? Cuando el oficial le señaló el enorme bulto que llevaba en el bolsillo, Rank contestó con toda calma: «Pan.» La transformación había coincidido con el hecho de reanudar su trabajo en Viena después de los años pasados en Cracovia. En ese momento sus amigos de Viena consideraban que su actitud podía ser consecuencia de su reciente matrimonio, pero más tarde se hizo evidente que no podía ser otra cosa que una reacción hipomaníaca a los tres graves ataques de melancolía que había sufrido durante su permanencia en Cracovia.

Ignotus, de Budapest, amigo de Ferenczi y de Freud, presidía una delegación húngara en Berna que en vano estaba procurando lograr contacto con las autoridades de la Entente, y no había manera de convencerle de que los primeros civiles británicos que abandonaron el país después de la guerra no podían tener una gran influencia en el sentido de obtener mejores condiciones de paz para Hungría. Sus esperanzas fracasaron rotundamente, y un día antes de separarme de él recibimos noticias de la Revolución bolchevique de Béla Kun en Hungría, que inmediatamente disolvió la delegación. Este cambio político afectó a Freud en dos sentidos. Durante cinco meses resultó casi imposible recibir una

palabra de Ferenczi, cosa que no dejaba de ser una fuente de considerable ansiedad. Por otra parte los bolcheviques —que no habían descubierto todavía que el psicoanálisis era una desviación burguesa para inventar la cual Freud había sido sobornado por los capitalistas, en su lucha contra Marx— favorecieron hasta cierto punto el movimiento y pusieron a Ferenczi como primer profesor de psicoanálisis en la universidad. Rado tenía cierta influencia con los nuevos dueños de la situación y fue él quien lo había conseguido. Róheim había sido designado profesor de antropología un par de semanas antes. Ferenczi habría de pagar bien cara esta incauta aceptación de tal honor. Después que los rumanos penetraron en Budapest, en el mes de agosto, el régimen reaccionario que se implantó fue violentamente antisemita, y durante largo tiempo Ferenczi tuvo temor de mostrarse en las calles de la ciudad. Para gran pesar suyo fue expulsado de la Sociedad Médica de Budapest, y el hecho de que él era la única persona que podía negociar con las autoridades todo lo referente a la donación de Von Freund resultó un obstáculo fatal. Para Freud esto constituyó una profunda decepción.

El 22 de marzo, después de pasar un par de días en Lucerna, partimos los tres a Zurich, y el 24 de marzo de 1919 tuvimos ocasión de hablar ante la recién constituida Sociedad Psicoanalítica Suiza, que sustituía a la que antes de la guerra era dirigida por Jung. Pasamos un par de días en Neuchâtel y yo me separé de mis amigos el 28 de marzo. El Consejo de la nueva Sociedad Suiza estaba compuesto por Binswanger, Morel, Oberholzer, Pfister y Rorschach.

Me las arreglé para volver de nuevo a Suiza en el mes de agosto, acompañado por mi asistente Bric Hiller. Nos encontramos con Sachs en Basilea, el 25 de agosto. No se podía pensar en obtener un permiso para viajar a Garmisch, en Alemania, localidad cercana al lugar en que estaba pasando sus vacaciones Freud, pero tuve más suerte con el embajador austríaco en Berna. Con su displicente manera aristocrática nos expresó su sorpresa de que hubiera alguien capaz de querer ir a un lugar tan desdichado y maltrecho como Viena, pero después de agregar «es cuestión de gustos», ya no hizo ninguna objeción, como no la hicieron tampoco las autoridades suizas. De este modo pudimos partir Hiller y yo. No nos llevó mucho tiempo confirmar la exactitud de los indicios consignados por Freud en sus cartas acerca de la desoladora situación de su país. Bastaba para ello ver el aspecto demacrado y hambriento de los funcionarios, y no puedo dejar de recordar tampoco los vanos esfuerzos de los famélicos perros para arrastrarse hasta el alimento que yo les arrojaba. Fuimos los primeros civiles extranjeros llegados a Viena y se nos recibió con gran alegría en el Hotel Regina, donde paraban siempre los analistas que visitaban la ciudad. Encontré a Freud un poco más canoso y bastante más delgado que antes de la guerra. Pero su inteligencia no había perdido nada de su acostumbrada agudeza. Se mostraba tan cálidamente amistoso y alegre como siempre, tanto que costaba pensar que no nos habíamos visto durante casi tres años. No llevábamos reunidos mucho tiempo cuando irrumpió Ferenczi en la habitación y, para gran asombro mío, nos besó efusivamente a ambos en la mejilla.

No había visto a Freud desde hacía más de un año. Mantuvimos desde ese momento numerosas conversaciones para informarnos mutuamente de todo lo que nos había ocurrido durante esos años. Hubo, naturalmentente, comentarios sobre los amplios cambios operados en la situacion de Europa, y Freud me sorprendió no poco al decir que había mantenido recientemente una entrevista con un fogoso comunista, quien le había convertido «a medias» al bolchevismo, como entonces se decía. Le habían dicho que el advenimiento del bolchevismo daría por resultado algunos años de miseria y caos, que serían seguidos por una era de paz universal, prosperidad y felicidad. Y agregaba Freud: «Le dije que creía en la primera mitad de la predicción.»

Tenía cosas muy duras que decir acerca del presidente Wilson, cuya visión de una Europa amistosa, basada en la justicia, se estaba convirtiendo rápidamente en una simple ilusión. Cuando yo señalé la complejidad de las fuerzas que intervienen en la concertación de un tratado de paz y que éste no podía ser dictado por un solo hombre, replicó: «No debían haber hecho, entonces, tales promesas.»

Inmediatamente se hizo evidente para Freud que lo que él denominaba «el centro de gravedad del psicoanálisis» habría de ser trasladado al oeste. Propuso entonces a Ferenczi que me transfiriera la presidencia provisional de la Asociación Internacional que el Congreso de Budapest le había conferido durante la guerra. Ferenczi se avino a ello de buen grado, pero años después llegó a lamentar profundamente el hecho de que nunca hubiera sido llamado nuevamente a ejercer esa función, y por mi parte tuve buenas razones, más tarde, para pensar que me guardaba un resentimiento irracional por haber tenido que ocupar su lugar. Freud observó en esta ocasión: «Cabe esperar que esta vez hayamos dado con el hombre más indicado», confiando evidentemente en que mi gestión en ese cargo habría de ser duradera. Desgraciadamente para mí, hubo ocasiones, más tarde, en que Freud ya no fue de esa opinión.

Fue durante esa reunión en Viena cuando Freud nos sugirió invitar a Eitingon a formar parte del Comité. Consentimos en ello inmediatamente, y Abraham fue comisionado para conseguir la conformidad de Eitingon. El anillo, la necesaria insignia, le fue impuesto unos meses más tarde. En mayo de 1920 Freud le entregó a su hija Anna otro anillo igual. Las únicas mujeres que, aparte de Anna, fueron objeto de la misma distinción fueron Lou Andreas-Salomé, Marie Bonaparte y mi esposa.

En octubre de 1919, Freud recibió el título de profesor de la universidad. Dijo que se trataba de un «título hueco», ya que no implicaba participación alguna en el Consejo de la Facultad. Pero tampoco significó, por suerte, ninguna responsabilidad docente.

La fatalidad reservaba a Freud, en el primer mes de 1920, dos serios golpes: uno para el que estaba preparado, aunque no resignado; el otro absolutamente inesperado. El primero fue la muerte de Toni (Anton) von Freund. A continuación de una operación de sarcoma que sufrió a la edad de treinta y nueve años, Von Freund contrajo una grave neurosis que fue tratada con éxito por Freud en los años 1918-19. Pero en marzo de este último año, comenzaron a aparecer signos sospecho-

sos de una reaparición del sarcoma en el abdomen, y durante meses sus amigos fluctuaron entre la esperanza y el temor. Pero una exploración posterior dio por resultado el desvanecimiento de toda duda acerca del siniestro diagnóstico, y el estado del paciente comenzó a empeorar rápidamente. En diciembre, Abraham, que había conocido a Von Freund en la época del Congreso de Budapest, preguntó a Freud si aquél estaba enterado del rápido desenlace que se esperaba, al objeto de saber en qué términos debería escribirle. Freud le contestó que el enfermo lo sabía todo y que incluso había dado orden de que el anillo que Freud le había entregado fuera devuelto después de su muerte, con objeto de ser pasado a Eitingon. Como su mujer, llegado el momento, reclamó el anillo, Freud entregó a Eitingon el que él mismo había llevado hasta entonces. Freud había estado visitando al enfermo diariamente e hizo lo que pudo para aliviarle la situación. El fallecimiento se produjo el 30 de enero de 1920, y Freud destacó que Von Freund había muerto heroicamente sin avergonzar al psicoanálisis. Freud le había tenido un especial cariño, y su fallecimiento fue para él un serio golpe. Decía que era uno de los motivos de su envejecimiento.

Apenas tres días más tarde, la noche misma del día en que fue enterrado Von Freund, llegó la noticia de la grave enfermedad de Sophie, la hermosa hija de Freud, a quien llamaban «la criatura primorosa» en Hamburgo, donde residía. Se trataba de la neumonía gripal que ese año constituía una verdadera epidemia. No había trenes de Viena a Alemania, de modo que no existía posibilidad de dirigirse allá. Dos de sus hermanos, Oliver y Ernst, que se hallaban en Berlín, hicieron el viaje a Hamburgo, acompañados de Eitingon, pero llegaron después de su fallecimiento. Dos días después, el 25 de enero, un telegrama anunciaba la desgracia. No había cumplido los 26 años, había estado gozando hasta entonces de perfecta salud y felicidad y dejó dos hijos, uno de ellos apenas de trece meses. La noticia cayó como un rayo en un día sin nubes. Al día siguiente me escribía Freud: «El pobre —o afortunado— Toni von Freund fue enterrado el jueves pasado, el 22 de este mes. Lamento oír que ahora le toque al padre de usted,[91] pero a todos nos llegará el turno y ahora me pregunto cuándo será el mío. Ayer he pasado por algo que me hace desear que ese día no tarde en llegar.» Un día después escribía a Pfister: «Fue barrida de este mundo como si nunca hubiera existido.» Al informar a Ferenczi lo ocurrido, agregaba: «¿Y nosotros? Mi mujer está completamente anonadada. Por mi parte, pienso: *La séance continue*. Pero ha sido un poco excesivo para una sola semana.» Debajo de este estoicismo, Freud era capaz de alimentar una emoción profunda, si bien controlada. Escribiendo poco después a Eitingon, quien, como de costumbre, se mostró tan servicial como le fue posible, describía su propia reacción: «No sé qué más se puede decir. Es un hecho de efecto tan paralizante, que no puede inspirar reflexión alguna a quien no es creyente, cosa que le evitaría a uno todos los conflictos consiguientes.»

Ferenczi se sintió muy preocupado de las consecuencias que podría tener en el ánimo de Freud este terrible golpe. Freud le tranquilizó con estas patéticas líneas:

«No se intranquilice por mí. Sigo siendo el mismo de siempre aunque con un poco más de cansancio; con todo lo doloroso que fue el fatal acontecimiento, no ha sido capaz de trastocar mi actitud frente a la vida. Durante años he vivido preparado a sufrir la pérdida de mis hijos varones.[92] Ahora viene la de mi hija. Siendo como soy profundamente antirreligioso no tengo a quién acusar y sé que no hay tampoco a quien recurrir en queja. "*Des Dienstes ewig gleichgestellte Uhr*"[93] y "*Des Daseins süsse Gewohnheit*"[94] ya se encargarán de que las cosas continúen como antes. Muy adentro, muy en lo profundo, advierto el impacto de una honda herida narcisista, que ya no podrá ser curada. Mi mujer y Annchen han sufrido una conmoción terrible, en un sentido que diríamos más humano.»

Cuando un par de semanas más tarde comunicaba a Freud el fallecimiento de mi padre, me replicó: «De modo que su padre ya no tendrá que seguir sufriendo, a la espera de ser devorado paulatinamente por el cáncer, como el pobre Von Freund. ¡Qué suerte para él! Pero pronto podrá darse cuenta usted de lo que esto significa para usted mismo. Yo tenía más o menos la misma edad que usted cuando falleció mi padre (cuarenta y tres años) y el hecho revolucionó mi alma.»

Pero la vida tenía que proseguir su curso. Lo que inmediatamente monopolizó el interés de Freud fue la inauguración, el 14 de febrero de 1920, del Policlínico de Berlín. Este hecho convirtió a la ciudad, en su opinión, en el más importante de los centros psicoanalíticos. Lo que hizo posible tal fundación fue la generosidad de Eitingon. Ernst Freud, por su parte, dispuso de tal modo la distribución de las diferentes dependencias del edificio, que mereció el elogio de todos. Había allí, por supuesto, una biblioteca para la investigación y se estaban trazando planes para la creación de un Instituto Didáctico. Fue el primero, y durante mucho tiempo el más famoso de los establecimientos de esta índole. En verano Hans Sachs se trasladó de Suiza a Berlín para colaborar en la enseñanza, y poco después se le unió, Th. Reik, de Viena.

Los miembros de la sociedad de Viena, naturalmente, no querían quedar atrás, y surgió el proyecto de establecer una clínica similar con carácter de departamento dependiente del Hospital General. Freud se opuso a tal idea. Las razones que para ello dio a Abraham eran que, por su parte, no podría dedicarle tiempo y que en este caso no se sabría a quién podría confiar de entre los miembros de la sociedad, la dirección del Instituto. Pero a Ferenczi le confesó que no creía que Viena fuera un centro adecuado para el psicoanálisis, de modo que no correspondía que se creara tampoco una clínica. «Un cuervo no puede vestir camisa blanca.» Pero la necesidad de un establecimiento de esa índole era innegable, y con el nombre de *Ambulatorium* éste fue inaugurado el 22 de mayo de 1922.

Freud intercambiaba correspondencia, de vez en cuando, con Havelock Ellis, a quien a menudo enviaba algunos de sus libros. Pero le causó desagrado un artículo que Ellis había escrito durante la guerra y que acababa de llegar a su conocimiento. Ellis sostenía en el mismo que

Sigmund Freud con sus nietos Ernst y Heinerle, en 1920.

Freud era un artista, no un hombre de ciencia. Para Freud esto constituía «una forma muy sublimada de resistencia». En la carta que me escribió calificaba el ensayo de Ellis como «la forma más refinada y amistosa de resistencia, y al considerarme un gran artista lo hacía para restar validez a nuestras pretensiones científicas».

Al finalizar la guerra se oyeron numerosas y amargas quejas acerca de la forma ruda, e incluso cruel, con que los médicos militares austríacos habían tratado a los afectados por neurosis de guerra, especialmente en la Sección de Psiquiatría del Hospital General de Viena, que dirigía el profesor Wagner-Jauregg. A comienzos de 1920 las autoridades militares austríacas designaron una comisión especial encargada de investigar la cuestión, y Freud y Raimann (el ayudante de Jauregg) fueron invitados a preparar sendos informes al respecto. Esto prueba, de paso, la jerarquía científica que a los ojos de las autoridades de Viena había alcanzado Freud. El trabajo llevaba como título *Memorándum sobre el tratamiento eléctrico de los neuróticos de guerra.*

Freud comenzaba señalando las dos opiniones vigentes en el seno de la profesión médica acerca de la naturaleza de las neurosis traumáticas causadas por accidentes ferroviarios o de otra índole. Algunos sostenían, en efecto, que eran debidas a diminutas lesiones del sistema nervioso, aunque la existencia de las mismas no pudiera ser demostrada, mientras que para otros no serían más que perturbaciones funcionales: el sistema nervioso seguía intacto. La experiencia de la guerra, especialmente la de las neurosis de guerra producidas lejos del frente y sin que mediara un trauma tal como la explosión de bombas, decidieron la cuestión en favor de esta última opinión.

El psicoanálisis había señalado como origen de todas las neurosis los conflictos emocionales y era fácil considerar como causa inmediata, por lo menos, de las neurosis de geurra el conflicto entre el instinto de conservación, con la necesidad consiguiente de rehuir los peligros del servicio militar, y los diversos motivos que impedían al individuo confesar claramente esto: el sentimiento del deber, la educación anterior en la obediencia, etc. La terapéutica que se había creado para resolver estas situaciones, antes que en ninguna parte en el ejército alemán, consistía en la aplicación de un tratamiento eléctrico, en dosis tales que lo hacían aún más desagradable que la idea de volver al frente. «En cuanto a su utilización en las clínicas de Viena, estoy totalmente convencido de que el profesor Wagner-Jauregg nunca habría permitido que llegara al extremo de convertirse en un tratamiento cruel. No puedo asegurar lo mismo en cuanto a otros médicos a quienes no conozco. La educación psicológica de los médicos es, en general, bastante deficiente y muchos de ellos bien pueden haber olvidado que el paciente que intentaban tratar como a un simulador en realidad no lo era»...

«Los brillantes éxitos iniciales del tratamiento con fuertes descargas eléctricas no tuvieron carácter duradero. Pacientes a los que se había logrado restablecer y enviar de nuevo al frente repetían nuevamente el cuadro y sufrían una recaída, con lo cual ganaban por lo menos algún tiempo y evitaban los peligros inmediatos. Cuando el paciente se halla-

ba nuevamente bajo el fuego, su temor a la descarga eléctrica disminuía, del mismo modo que durante el tratamiento se había desvanecido su temor al servicio activo. Por otra parte, la progresiva disminución del entusiasmo popular y el desagrado cada vez mayor frente a la idea de continuar la guerra se hacían sentir cada vez más, de manera que el tratamiento comenzó a fallar. En tales circunstancias no faltó quien diera rienda suelta a la característica predisposición de los alemanes a conseguir sus objetivos de una manera absolutamente implacable. Sucedió algo que nunca debió haber ocurrido: la intensidad de las descargas eléctricas, y la severidad de los otros aspectos del tratamiento fueron intensificadas hasta un punto tan insoportable que despojó a los neuróticos de guerra de toda ventaja que pudiera procurarles su enfermedad. Nadie desmintió jamás que en los hospitales alemanes hubo casos de fallecimiento en el curso de los tratamientos y suicidios una vez finalizados. No tengo idea, en cambio, acerca de si las clínicas de Viena pasaron por esta fase de la terapéutica.»

Debe señalarse que, en opinión de Freud, los casos de verdadera simulación eran una pequeña minoría. Este juicio ha sido ampliamente confirmado por la experiencia ulterior. No pensaban así, por cierto, la mayoría de los médicos militares. El mismo Wagner-Jauregg, que aplicaba descargas eléctricas relativamente suaves cuando el neurótico de guerra presentaba síntomas de orden físico, tales como temblores, admitía en su *Autobiografía*: «Si todos los simuladores a quienes yo he curado en la clínica, a menudo con procedimientos bastante duros, se presentaran para acusarme, seguramente nos encontraríamos ante un proceso impresionante.» Por fortuna para él, como él mismo decía, la mayor parte de ellos se hallaba dispersa por lo que había sido antes el Imperio Austro-Húngaro y no se podría dar con ellos, de modo que la comisión se pronunció finalmente en favor del director de la clínica.

A su regreso a Viena, procedente del congreso celebrado en La Haya en septiembre, Freud se encontró ante la desagradable tarea de tener que atestiguar ante la comisión que estaba investigando estas quejas acerca del tratamiento de las neurosis de guerra. Las acusaciones se centraban en el profesor Wagner-Jauregg, el hombre a quien correspondía la máxima responsabilidad en el caso. Freud manifestó que se proponía mantener una actitud tan amistosa como le fuera posible con Wagner-Jauregg, ya que este último no era responsable de ninguna de las cosas que habían ocurrido. En la sesión del 15 de octubre presidía la comisión el profesor Alexander Löffler, presidente también de la comisión investigadora. Se hallaban presentes todos los neurólogos y psiquiatras de Viena, y había sido invitada también la prensa. Freud leyó primeramente, en voz alta, el memorándum que había enviado ocho meses antes y expuso a continuación, en forma tranquila y objetiva, sus puntos de vista. Wagner-Jauregg sostenía que todos los pacientes con neurosis de guerra eran simples simuladores y que su experiencia había sido mucho más amplia que la de Freud, a quien no recurrían nunca tales enfermos. Freud adujo que admitía esa opinión en la medida en que todos los neuróticos, en cierto sentido, son simuladores, pero sólo de

un modo inconsciente. En esto residía la diferencia esencial entre los dos puntos de vista. Admitió también que era difícil la aplicación del psicoanálisis en tales casos, en tiempo de guerra, para lo cual ya eran un obstáculo los múltiples idiomas hablados en el ejército austro-húngaro; pero sostenía a la vez que un conocimiento, por parte de los médicos, de los principios psicoanalíticos habría resultado más útil que la terapéutica eléctrica que se adoptó. Señaló además el conflicto entre el deber del médico, que ha de poner por encima de todo el interés de su paciente, y la necesidad, por parte de las autoridades militares, de preocuparse ante todo de reintegrar a los pacientes al servicio militar. A esto siguió un agudo debate, durante el cual toda la comisión se puso violentamente contra Freud. En el curso del mismo se dijeron cosas muy duras contra el psicoanálisis, de modo que, una vez más, se comprobó que Freud no era profeta en su propia tierra. Más tarde dijo que la reunión no hizo más que confirmar su opinión sobre lo poco sinceros y odiosos que eran los psiquiatras vieneses.

Por esa época llegó a oídos de Freud un rumor, que había circulado en Estados Unidos durante la guerra, según el cual las difíciles condiciones de vida imperantes en Viena le habían inducido al suicidio. Hizo el comentario de que esta idea no le parecía nada amable.

En julio de 1920 Eitingon hizo que un escultor vienés, Paul Königsberger, esculpiera un busto de Freud. Éste se hallaba demasiado recargado de trabajo, pero no podía negarle nada a Eitingon. Tal como ocurre con mucha gente ocupada, le desgradaban mucho estas largas «poses». Aunque le pareció que se sentiría fastidiado con el escultor, le tomó cierto cariño y se formó una alta opinión de su habilidad. «Me he de sacrificar, pues, en obsequio de la posteridad.» No podía prever, por cierto, cuán profético habría de resultar este chiste, ya que fue una réplica de este busto lo que más tarde doné a la Universidad de Viena, para ser descubierto allí el 4 de febrero de 1955. Tanto Freud como su familia se mostraban muy complacidos con el trabajo logrado: Parece un busto de Bruto y produce un efecto muy impresionante.» Los miembros del Comité hicieron una suscripción para adquirir el original y ofrecérselo a Freud como regalo cuando cumpliera sesenta y cinco años y Eitingon descubrió la obra, ya terminada, en el cumpleaños del año siguiente. Había que buscar entonces un lugar en la casa de Freud «para el fantasmal y amenazante doble de sí mismo en bronce». Pero, según confesaba, había caído en la trampa. «Yo creí realmente que Eitingon lo quería para él. Si no hubiera sido así, yo no habría posado para el busto el año pasado.»

Tan pronto como terminó la guerra habíamos comenzado a hacer cálculos acerca de la posibilidad de realizar un nuevo congreso internacional. El lugar más adecuado parecía ser un país neutral, y Holanda era preferible a Suiza a causa de las complicadas restriciones de los viajes a través de Francia. En la primavera de 1919 tuve la esperanza de que podríamos realizar uno en el otoño de ese mismo año, pero una pequeña investigación de las condiciones imperantes nos demostró la imposibilidad de hacerlo así.

El sexto Congreso Psicoanalítico Internacional se inauguró el 8 de septiembre de 1920 y duró cuatro días. De los sesenta y dos miembros asistentes había dos de Estados Unidos (Feigenbaum y Stern), siete de Austria, quince de Inglaterra, once de Alemania (entre ellos Groddeck), dieciséis de Holanda (entre ellos Jelgersma y Van Renterghem), tres de Hungría (entre ellos Melanie Klein), uno de Polonia y siete de Suiza. Entre los cincuenta y siete invitados que también asistieron al Congreso se hallaban Anna Freud, James Glover y John Rickmen. Freud presentó un trabajo titulado *Complementos a la teoría onírica*. Planteaba en él tres puntos. Uno era la ampliación de su teoría de la realización de deseos para incluir en ella aquellos casos en que el deseo no procedía de la parte del inconsciente que procura el placer sino de las tendencias autopunitivas de la conciencia. Una segunda observación, más intranquilizadora, se refería a incluir en su teoría el hecho de una repetición lisa y llana, en su sueño, de una experiencia traumática. Ésta y otras consideraciones fueron las que estaban induciéndole en esa época a sostener la existencia de una «compulsión a la repetición», además del bien conocido principio de placer. El tercer punto era el rechazo de diversos intentos recientes de reconocer una «tendencia prospectiva» en los sueños, intentos que a su juicio denotaban una confusión entre el contenido manifiesto y el latente de los sueños.

Otros trabajos que se destacaron fueron: el de Abraham, *El complejo de castración femenino*, y el de Ferenczi, *Progresos en la técnica activa en psicoanálisis*. Róheim produjo gran impresión al improvisar una comunicación en inglés sobre el totemismo en Australia.

En todos los sentidos fue éste un congreso muy positivo que sirvió de motivo de reunión a gente laboriosa que durante años había estado privada de mutuo contacto. Más tarde escribió Freud que «se sentía orgulloso del congreso» y era motivo de congratulación general el hecho de que era ésta la primera oportunidad en que investigadores de países enemigos se reunían para fines de colaboración científica.

Con ocasión del Congreso de La Haya tomamos medidas para consolidar aún más la estructura interna del Comité privado, que ahora pudo reunirse en pleno por primera vez. Decidimos reemplazar, por lo menos en parte, la forma irregular de correspondencia que íbamos manteniendo entre todos los miembros por una *Rundbrief* (carta circular) que cada uno de los miembros habría de recibir y que nos mantendría al corriente de los cambios en acontecimientos y planes. La primera serie de estas cartas circulares se inició el 7 de octubre de 1920. Al comienzo fue semanal, pero en diferentes épocas los intervalos fueron de diez días y hasta de una quincena. Sin embargo, este procedimiento, tendente a ahorrar tiempo, no tenía el propósito de suprimir la correspondencia de carácter más personal, especialmente con Freud, que en cada caso pudiera resultar deseable.

En octubre de 1920 Freud, contento por los derechos de autor que le enviaba su sobrino de Estados Unidos, le escribió ofreciendo enviarle cuatro títulos para una buena revista de Nueva York. Serían de carácter divulgativo y Freud proponía que el primero de ellos llevara el título

de *No use el psicoanálisis en polémicas.* Bernays recogió inmediatamente la sugerencia y lo trató con la *Cosmopolitan Magazine.* Esta ofreció a Freud mil dólares por el primer artículo, y en caso de que tuviera éxito le pediría otros más. En lugar del tema que había sugerido Freud, proponían varios títulos, tales como *La situación psíquica de la mujer en el hogar, La situación psíquica del marido en el hogar,* etc. Freud se sintió ultrajado. El hecho de que la aceptación de artículos de «un autor bien conceptuado tuviera que depender de los gustos del gran público y que los temas no fueran los que él mismo proponía» hería considerablemente su orgullo y dignidad. «De haber tomado en cuenta desde el comienzo de mi carrera la clase de consideraciones que mueven a su editor, seguramente no habría llegado a ser conocido de ningún modo ni en Estados Unidos ni en Europa.» Escribió a Edward Bernays una carta hiriente rechazando tales sugerencias, pero no puedo dejar de pensar que parte de su indignación provenía de un ligero sentimiento de vergüenza por haberse apartado él mismo de sus principios habituales y haber concebido el propósito de ganar dinero escribiendo artículos de carácter popular. Fue la única vez en su vida que llegó a pensar en utilizar un recurso como éste.

Un mes más tarde recibía un telegrama de Bernays anunciándole que un grupo de personas de Nueva York le aseguraban la suma de diez mil dólares si se decidía a permanecer allí seis meses tratando pacientes por la mañana y dando conferencias por la tarde. Su respuesta cablegráfica fue simplemente «No conviene», a la que siguió una extensa carta que constituía una obra maestra de sagacidad comercial. Freud calculaba detalladamente los gastos que correrían por su cuenta, sin excluir el incremento en los réditos, etc., y llegaba a la conclusión de que volvería a Viena agotado y más pobre que antes. Otro motivo decisivo era el hecho de tener que dar conferencias en inglés.

Más avanzado el año 1920 la situación económica de Freud comenzó a dar signos de recuperación. En el mes de noviembre estaba ganando las dos terceras partes de lo que había ganado antes de la guerra. Comenzó incluso a acumular una pequeña cantidad de divisas extranjeras. A este objeto hizo que yo abriera, en ese verano, una cuenta a mi nombre en un banco holandés, a la que él pudiera remitir parte de los honorarios que recibía de pacientes extranjeros.

La editorial que tan importante papel habría de desempeñar en la vida de Freud de ahí en adelante, la Internationaler Psychoanalytischer Verlag, fue fundada en Viena a mediados de enero de 1919. Constituyó en muchos sentidos una empresa muy positiva, pese a que significó para nosotros, durante años, un motivo de preocupación económica y llegó a motivar incluso ciertas dificultades personales. Sus directores eran Freud, Ferenczi, Von Freund y Rank. En septiembre ocupé el lugar de Von Freund, que estaba muriendo lentamente, y en 1921 se agregó al directorio Eitingon. Fue la única oportunidad en que vi a Von Freund, y no olvidaré nunca la luctuosa expresión con que el hombre condenado a morir contempló a su sucesor. Rank fue designado director gerente y pronto ocupó el lugar de ayudante Th. Reik. El primer libro publi-

cado por la nueva empresa era de Abraham, Ferenczi, Simmel y yo, sobre neurosis de guerra, y apareció en mayo de 1919.

El interés que Freud ponía en el futuro de la editorial era, sobre todo, expresión de su poderoso deseo de independencia. La idea de sentirse completamente liberado de las condiciones impuestas por los editores, que siempre le habían fastidiado, y de poder publicar los libros que quería y cuando se le ocurriera hacerlo, ejercía una poderosa atracción sobre este aspecto de su carácter. La existencia de una editorial propia daría, además, una mayor seguridad a la publicación ininterrumpida de las revistas psicoanalíticas, cuya existencia había sido gravemente amenazada durante la guerra. Por último, los autores que no contaban con bienes de fortuna podrían tener la seguridad de poder publicar una buena obra que eventualmente pudiera ser rechazada por los editores comerciales. Desde el punto de vista del público en general, habría cierta garantía de que los libros publicados por una editorial como ésta, por mucho que variara su calidad, pertenecían al acervo de la literatura psicoanalítica, que era necesario distinguir de muchas otras publicaciones que se disfrazaban con ese nombre.

La mayor parte de estos propósitos fueron logrados, si bien a costa de un considerable esfuerzo económico y de muchas energías restadas de ese modo a la labor científica. En los veinte años de su existencia la editorial publicó 150 volúmenes, incluyendo cinco colecciones, además de las *Obras completas* de Freud y de mantener en publicación cinco revistas psicoanalíticas. En Inglaterra apareció una rama de la editorial vienesa que publicó también más de 50 volúmenes, muchos de los cuales eran traducción de los libros más valiosos del fondo editorial de Viena. La dificultad más grande con que tropezó a lo largo de estos esfuerzos era de índole económica. La editorial se autofinanciaba tan sólo en algunos raros periodos y los propios psicoanalistas tuvieron que contribuir a su mantenimiento en repetidas ocasiones con fondos personales. Freud, por su parte, no aceptó en ningún momento cobrar derechos de autor e incluso enterró buena parte de su propio dinero en la empresa. La estrechez financiera tuvo, además, el efecto de impedir la realización de uno de los objetivos que nos habíamos propuesto, el de ayudar a los autores pobres. Nos vimos obligados más bien a pedirles que contribuyeran al pago de la impresión de sus libros, de modo que se vieron incluso menos favorecidos que si se hubieran dirigido a una firma comercial. Con todo, contemplados todos los aspectos, la editorial debe ser considerada como una empresa loable. Para Freud fue una fuente de considerable ansiedad, de enorme trabajo personal, pero también de profunda satisfacción.

De lo que no cabe duda es de que la editorial no habría llegado a existir ni vivido un solo día sin la capacidad y la energía verdaderamente asombrosas, tanto desde el punto de vista de la labor editorial como de la gestión administrativa, con que Rank se lanzó a la tarea. Durante cuatro años no se apartó de Viena para tomarse descanso alguno y aun al cabo de ese tiempo se llevó consigo un enorme material de trabajo. Los cinco años durante los cuales continuó Rank con ese furioso ritmo de

trabajo deben haber constituido un factor importante de su posterior derrumbe mental.

Von Freund había dejado una suma considerable para financiar la editorial y otras cosas que Freud estaba proyectando. Representaba el equivalente de 100.000 libras. Pero este fondo tuvo una vida muy accidentada. Sólo fue posible transferir a Viena una cuarta parte del mismo, medio millón de coronas. Se decidió retener la mitad de esta suma en Viena y transferir la otra mitad a Londres. Con respecto a la primera mitad, Rank cometió el único error de cálculo financiero en que le he visto incurrir jamás. En esa época, cuando la monarquía austro-húngara se hallaba en plena disolución, se podía optar entre conservar la moneda austríaca o convertirla en coronas de la recién creada República Checoslovaca. Rank pensó, como mucha otra gente, que el nuevo Estado no resultaría viable y decidió conservar los billetes austríacos. Al cabo de un par de años la inflación les hizo perder todo su valor, en tanto que los billetes checos se valorizaban más. Esto era un problema doble, ya que el trabajo de impresión se hacía en Checoslovaquia y tenía que ser pagado con esa moneda. Yo me encontraba en Viena en septiembre de ese año (1919), junto con Erik Hiller, un joven que habría de colaborar en los nuevos planes en que nos estábamos embarcando, y dimos comienzo a la tarea de pasar de contrabando, de Austria a Inglaterra, el otro cuarto de millón de coronas. Al cruzar la frontera austríaca fuimos desnudados completamente por los funcionarios aduaneros, de modo que la operación requirió de nuestra parte cierta finura. Mi maleta fue la primera en ser revisada, de modo que con toda tranquilidad yo pasé el fajo de billetes de la maleta de Hiller a la mía, que ya había pasado la aduana. Pero las dos tenían que ser revisadas nuevamente al día siguiente, cuando el tren partía para Suiza, de modo que alquilé un automóvil a la mañana siguiente y recorrimos el puente sobre el Rin que separa los dos países. Al llegar a la frontera pudimos sostener que nuestro equipaje ya había sido revisado y rotulado. Pero esta hazaña no halló recompensa alguna, dado que al cabo de uno o dos años los billetes alcanzaban a valer escasamente el papel en que estaban impresos. Rank no nos había permitido cambiarlos por las pocas libras inglesas que al comienzo nos habrían dado por ellos. Nadie podía creer en esa época que la moneda de un país pudiera desvalorizarse y desaparecer de tal manera.

A causa del régimen bolchevique implantado en Hungría y de la ocupación rumana que siguió a aquél en agosto de 1919, resultaron vanos todos los esfuerzos de transferir a Viena parte alguna del núcleo principal del fondo. Al terror rojo siguió el terror blanco, con una intensa ola de antisemitismo, que afectó seriamente la situación de Ferenczi. Rank, sin embargo, y con él Von Freund, no cejaron en la lucha, y a finales de 1919 se tuvo la impresión de que podría salvarse de la confiscación siquiera una parte del dinero. Las autoridades municipales sostenían que, tratándose de una donación caritativa, ésta debía ser dedicada a fines filantrópicos locales y que el dinero, en todo caso, no debía salir del país.

Ferenczi llevó a cabo multitud de negociaciones, pero la oposición de las fuerzas antisemitas y antipsicológicas era demasiado poderosa y tan sólo al cabo de tres años pudo rescatarse apenas una pequeña parte del fondo. Esto colocó a Freud y a la editorial en una situación desastrosa, ya que entre tanto habían contraído compromisos financieros bastante considerables. Pero Eitingon, el puntal que en ningún momento falló, salvó la situación unos meses más tarde, induciendo a un simpático cuñado suyo de Nueva York a hacer a la editorial una donación de cinco mil dólares.

Desde los primeros momentos resultó evidente la conveniencia de extender nuestras actividades editoriales más allá de la esfera germanoparlante. Una semana después de la fundación de la editorial, una firma comercial de Berna se ofreció a participar en las obras que se editaran en Viena.

A las firmas pertenecientes a países que habían sido enemigos les estaba prohibido en esa época tener filiales en Inglaterra, y en el caso de que las tuvieran, debían someterse a restricciones prohibitivas. Tuve que convertirme, pues, en editor independiente, creando lo que se llamó International Psycho-Analytical Press. Se inició con un negocio de librería en Weymouth Street, donde se vendían principalmente libros en alemán, difíciles de conseguir en otra parte. Erik Hiller, el joven ayudante de quien hemos hablado antes, se encargó de esta actividad. Esta empresa duró apenas un año, al cabo del cual vendimos las existencias de la librería por 100 libras y clausuramos el establecimiento. Luego vino la International Psycho-Analytical Library Series (Biblioteca Psicoanalítica Internacional), cuyo quincuagésimo volumen acabo de preparar para su publicación. Los dos primeros volúmenes aparecieron en 1921. Después de esto, en 1924, el Instituto de Londres hizo un arreglo satisfactorio con la Hogarth Press. Las publicaciones de esta empresa mixta han continuado hasta la fecha.

De la enorme labor que significa la traducción de los libros de Freud, lo que aquí más nos interesa es su constante y minuciosa colaboración personal. Le enviábamos pregunta tras pregunta acerca de ambigüedades en la exposición y le hacíamos diversas sugerencias acerca de ciertas contradicciones internas y cosas por el estilo. Desde aquella época, ha continuado así todo el tiempo bajo la eficiente dirección de James Strachey, con el resultado notable de que las traducciones inglesas de los libros de Freud, bajo el nombre de Standard Edition, podrán ser consideradas, desde el punto de vista de la correción, más válidas que cualquier versión alemana.

Para procurarme ayuda en la preparación y corrección del *International Journal of Psycho-Analysis*, la tercera y más importante de nuestras empresas, pude lograr la colaboración de Bryan y Flugel, ambos de Inglaterra. La delicada cuestión de designar a los norteamericanos que habrían de ocuparse de igual labor resultó más complicada.

Al cabo de una serie de movimientos tácticos, la elección recayó finalmente en los nombres de Brill, Frink y Oberndorf.

Desde el comienzo informé, por supuesto, de nuestros planes a

Brill, que inmediatamente me prometió su cordial apoyo. Al mismo tiempo me hizo la curiosa sugerencia de que creáramos una Asociación Psicoanalítica Angloamericana en lugar de la Asociación Internacional, que en esa época era esencialmente alemana o por lo menos germanoparlante. Brill se había mostrado fuertemente proalemán en la primera parte de la guerra, pero los acontecimientos posteriores parecen haberle norteamericanizado en exceso. Siendo yo, entre otras cosas, un buen europeo y de mentalidad invariablemente internacionalista, me mostré reacio a la sugerencia, de la que no volví a oír hablar nunca más.

Con excepción de la amistosa carta citada, el silencio de Brill fue absoluto por mucho tiempo. Yo hubiera deseado inaugurar el *Journal* con un artículo suyo, pero repetidos requerimientos míos, incluyendo tres telegramas, resultaron inútiles. No obtuve respuesta alguna. Freud no había tenido noticias de él desde el comienzo de la guerra, y a medida que transcurría el tiempo después de la misma, su preocupación al respecto fue cada vez mayor. Finalmente dio señales de existencia. «De Brill recibí la traducción del *Leonardo, El chiste* y el *Tótem,* pero ninguna carta. Perdóneme que le diga que es un judío alocado *(muschugge)* [sic].» Entretanto, sin embargo, con noble gesto, Brill reunió mil dólares para ayudar a la editorial; y así se lo comunicó a Rank. Yo no tenía noticias de él cuando, de pronto, Freud me escribió diciendo que «Brill está realmente bien».

Brill no había asistido al Congreso de La Haya de septiembre de 1920, pero luego llegó la explicación de su prolongado silencio. «He recibido de Brill una extensa, tierna, alocada carta en la que no menciona una palabra del dinero que reunió, pero me explica el misterio de su conducta. Se trataba simplemente de celos, de sensibilidad herida y de cosas por el estilo. Haré todo lo que pueda por aplacarlo.» Brill había pasado evidentemente por una época muy difícil, pero ésta fue la única de esta índole en su vida. Desde ese momento fue nuevamente, y para siempre, el viejo y leal amigo. La cosa se debió a que Brill había creído, sin fundamento por cierto, que Freud se sentía resentido con él a raíz de las severas críticas que habían merecido sus traducciones. Freud nunca había tomado la cosa a mal, pero Brill decidió sabiamente dejar esta tarea de ahí en adelante a otras personas.

En 1916, hacía la mitad de la Gran Guerra, Freud debe haber tenido la sensación de haber entregado ya al mundo todo lo que era capaz de darle, en forma tal que poco le restaba más allá de vivir los años de vida que le quedaban... nada más que dos, en realidad, según sus cálculos. En la asombrosa, casi increíble, eclosión de energía que trajo consigo la primavera de 1915 había volcado sus pensamientos más profundos y sus ideas de más vasto alcance en la serie teórica de ensayos sobre metapsicología, y al año siguiente puso fin a su ciclo periódico de conferencias en la universidad, escribiendo y publicando, a cambio de eso, la *Introducción al psicoanálisis*.

En los dos años que siguieron nada cabía esperar, al parecer, ni en cuanto a desarrollo ni a difusión de sus doctrinas. Pero el estímulo que trajeron consigo, a finales de 1918, el Congreso de Budapest, la funda-

ción de la editorial y las buenas noticias que llegaron de Norteamérica tuvo por efecto reanimar el espíritu de Freud. A comienzos del nuevo año manifestó a Ferenczi que se mantenía aún completamente atascado en cuanto a ideas científicas, pero apenas un par de semanas más tarde tenemos noticias de algunas nuevas ideas sobre el tema del masoquismo, de cuya corrección se sentía seguro.

En marzo llegó la revelación más extensa de las ideas que evidentemente estaban germinando durante esa primavera. «Acabo de dar fin a un trabajo de veintiséis páginas sobre la génesis del masoquismo, que llevará por título "Pegan a un niño". Estoy comenzando otro con el misterioso encabezamiento de *Más allá del principio del placer*. No sé si es esta fría primavera o la dieta vegetariana lo que repentinamente me ha hecho tan productivo.» Quince días más tarde escribía: «Estoy escribiendo el nuevo ensayo titulado *Más allá del principio de placer* y cuento con que lo entenderá usted, cuya comprensión no me ha faltado nunca. Mucho de lo que allí digo es bastante oscuro y el lector se verá obligado a arreglárselas como pueda. Algunas veces no puedo hacer otra cosa que eso. Así y todo, confío en que usted encontrará en él muchas cosas de interés.»

Al cabo de dos meses estaba listo un primer borrador, pero se proponía volver a escribirlo durante el tratamiento a realizar en Badgastein. Entre tanto se ocupó, durante las escasas horas libres que le quedaban antes de partir, de volver a escribir un viejo artículo suyo que había descubierto en un cajón. Era un trabajo interesante sobre *Lo siniestro*, que publicó en *Imago* hacia finales de ese año.

Poco fue lo que adelantó durante sus vacaciones, y tal como me manifestó a mí, el trabajo no progresaba porque se sentía demasiado bien. Evidentemente no se sentía satisfecho de su esfuerzo, y al parecer lo abandonó postergándolo hasta el verano siguiente. Escribió en el intervalo uno de sus grandes historiales clínicos, el que se refiere a la homosexualidad femenina.

En mayo manifestó a Eitingon: «Estoy corrigiendo y completando ahora *Más allá del principio del placer* y me encuentro en una etapa productiva.» El 16 de junio expuso un resumen del mismo en la Sociedad de Viena. En ese mismo mes escribió a Ferenczi que se habían producido en ese trabajo «curiosas derivaciones», con lo que presumiblemente se refería a la inmortalidad virtual de los protozoarios. Terminó el trabajo antes de partir para sus vacaciones de verano y más tarde pidió a Eitingon que fuera testigo de que había estado terminado a medias en la época en que su hija Sophie se hallaba todavía en perfecto estado de salud. Agregaba: «Mucha gente, frente a esto, sacudirá la cabeza en señal de duda.» Esta petición a Eitingon resulta realmente curiosa y sería el caso de preguntarse si no era manifestación de una negación interna de que los nuevos pensamientos acerca de la muerte pudieran haber sido influidos por la depresión causada por la pérdida de su hija, de no haberse referido casualmente en otra carta, escrita apenas dos semanas después del desdichado acontecimiento, a lo que estaba escribiendo entonces acerca del «instinto de muerte».

Las asombrosas ideas expuestas por Freud aquí sobre la relación entre la vida y la muerte, y la introducción de su concepto de un «instinto de muerte», no sólo eran profundamente filosóficas sino también altamente especulativas. Freud mismo las ofreció como tales y con carácter indudablemente de ensayo, si bien más tarde llegó a aceptarlas enteramente. Hasta entonces no había escrito nada por el estilo en toda su vida, y esto mismo ya es un hecho del más grande interés para todo aquel que se interese por la vida de Freud. Es verdad que a menudo había admitido la existencia de cierta tendencia especulativa e incluso inclinada a la fantasía como parte de su naturaleza, tendencia que por muchos años había reprimido vigorosamente. Ahora estaba dejando de lado la violencia que durante tantos años se había impuesto para permitir que sus pensamientos se elevaran hacia regiones distantes.

Al tratar de problemas trascendentales, como el origen de la vida y la naturaleza de la muerte, Freud desplegaba una audacia especulativa única en todos sus escritos; nada de lo que escribiera en cualquier otra parte podía comparársele. Este libro es aún digno de mención por ser el único del que Freud ha recibido escaso reconocimiento por parte de sus seguidores.

El problema que constituía el punto de partida de los pensamientos de Freud fue el dualismo de la mente. En toda su obra psicológica se sintió cautivado por la idea de un profundo conflicto dentro de la mente, y como era muy natural, interesado en captar la naturaleza de las fuerzas opuestas. Durante los primeros veinte años de su obra, aproximadamente, Freud se contentó con afirmar que el carácter del conflicto mental derivaba de impulsos eróticos que procedían de lo que los biólogos denominan el instinto de reproducción, por un lado, y de los impulsos del yo, incluyendo en especial el instinto de conservación, por el otro. Esta formulación quedó radicalmente trastornada en 1914, cuando razones muy atendibles le obligaron a postular el concepto de narcisismo, y opinó que había que incluir en este autoenamoramiento el instinto de conservación. De forma que el único conflicto entonces perceptible era el existente entre los impulsos narcisistas y aloeróticos, es decir, entre dos formas de instinto sexual. Esto resultaba extraordinariamente insatisfactorio, pues Freud siempre estuvo seguro de que debía haber algún instinto en la mente, probablemente en el yo, aparte del instinto sexual, al que denominó provisionalmente «egoísta». Fue éste el origen de la idea de una parte del yo no libidinal que podía contraponerse a los instintos sexuales. Por esta época había observado en diversas ocasiones un juego de su nieto mayor, quien estuvo realizando una y otra vez acciones que sólo podían encerrar para él un significado no placentero: acciones relacionadas con la ausencia de su madre.

Comenzaba su exposición replanteando su opinión acerca de la importancia del principio placer-displacer que, de acuerdo con Fechner, había considerado como continuador del principio de estabilidad que este último había sentado. Según éste, la función principal de la actividad mental consiste en reducir hasta el grado más bajo posible las tensiones motivadas por excitaciones instintivas, o exteriores. Freud empleó un

término sugerido por Barbara Low, el «principio del Nirvana», que habría de aplicarse tanto si el objetivo consistía en suprimir la excitación como en reducirla simplemente. El principio parecía avenirse bien con la experiencia de Freud sobre la resistencia, e incluso con toda su teoría del cumplimiento de los deseos, en donde los impulsos encuentran satisfacción y luego quedan acallados. Pero por aquel entonces llegó a descubrir que la correlación existente entre el aumento de la excitación y el displacer, y entre el alivio y el placer, no podía ser tan estrecha como había supuesto hasta entonces. El placer logrado por el aumento de la tensión sexual parecía hallarse en flagrante contradicción con la regla, y ahora la experiencia de los «sueños de guerra» parecía igualmente curiosa.

A continuación relataba Freud la historia del juego del niño antes aludido y se refería a la afición que mostraban los niños por repertir juegos, historias y demás, independientemente de si eran o no placenteras. Fue esta observación la que le hizo preguntarse sobre si existía algún principio independiente del principio placer-displacer, y sugirió que existía uno al que él daba el nombre de *obsesión de repetición*. Entonces le vino a la mente cierto número de fenómenos aparentemente similares que parecían encajar en esta idea: los sueños periódicos de los neuróticos de guerra, en los que el trauma original se revive una y otra vez; el modelo de conducta autoagresiva que puede trazarse mediante las vidas de ciertas personas; la tendencia de muchos pacientes a representar una vez tras otra durante el psicoanálisis experiencias no placenteras de su infancia. No es difícil descubrir en todos esos casos algún otro motivo para esas repeticiones, y el mismo Freud adelantó alguno. De aquí que en el caso de los sueños de guerra, en donde la conmoción había traspasado la barrera defensiva, dada la ausencia de toda preparación, señalaba que la repetición durante el sueño, acompañada de intensa angustia, puede representar un intento de servir de «señal de angustia» como advertencia cuya falta explicaba el efecto traumático de la conmoción. No obstante, Freud pensaba que esos sueños parecían ser una excepción a su teoría general de los sueños, que representa el cumplimiento de un deseo. Volvía a la distinción que él había propuesto juntamente con Breuer entre energía libre y energía reprimida, sobre la que erigió una de las bases fundamentales de su propia psicología, y esto lo correlacionaba ahora con el intento de «dominar» o «reprimir» experiencias no placenteras que en su opinión facilitaban el sentido de las repeticiones de que se trataba.

Freud había encontrado ya el segundo principio que buscaba. Se trataba de la necesidad de reprimir o dominar las impresiones primitivas para transformarlas desde el «sistema primario» al «sistema secundario», por decirlo con su terminología característica. Entonces consideraba Freud a éste como más fundamental que el principio de placer; era en verdad un preliminar necesario antes de que se permitiera operar a este último.

Tres ideas, de igual importancia para el pensamiento de Freud, vinieron entonces a su mente. Los procesos primarios que habían de re-

primirse antes de que el principio de placer pudiera operar emanaban de estímulos internos y pertenecían, por tanto, a los instintos. La tendencia a la repetición mostraba así mismo con toda evidencia una naturaleza instintiva. Era más fundamental que el principio de placer, y contrastaba con él por su carácter «demoníaco»; el primero quedaba limitado muy a menudo al «principio de la realidad». La tendencia hacia la estabilidad, también denominada «el principio de constancia», era un atributo fundamental de la mente. De estas tres ideas acabadas de mencionar, otras dos nuevas comenzaron a surgir en el proceso mental de Freud, constituyendo su definitiva teoría de la mente.

En este aspecto fue la tendencia a la repetición la que ocupó sobre todo la mente de Freud. Percibía, con razón, que esta tendencia era un rasgo típico de la vida instintiva, que por naturaleza era esencialmente conservadora. Los instintos humanos, es cierto, se caracterizan por su extraordinaria plasticidad, pero cuanto más descendemos en la escala animal, más estereotipada aparece la conducta instintiva. Hasta aquí, no obstante, nos hallamos dentro de un ámbito biológico, pero la imaginación de Freud comienza a atribuir a la dualidad repetición-obsesión un significado más trascendental. Incluso nos extraña hasta qué punto fue influido a este respecto por la memoria de la ley de la periodicidad inevitable de Fliess, que había de explicar todos los sucesos de la vida, y por la doctrina de Nieztsche acerca del «eterno retorno», una expresión que Freud citaba en el libro. En cualquier caso, se presenta aquí un paso en el razonamiento que no es fácil seguir y que ha dado origen a muchos recelos.

El paso en cuestión consistía en equiparar la tendencia a la repetición con la de restaurar un *previo* estado de cosas, una equiparación que dista mucho de ser clara. Sea como fuere, Freud llegó a la conclusión de que el objetivo fundamental de todo instinto es volver a un estado primitivo, una regresión. Y si los instintos miraban al pasado, ¿por qué habían de detenerse antes de reducir un organismo vivo a un estado prevital, el de la materia inorgánica? De forma que el objetivo final de la vida debía ser la muerte. De esta manera surgió la célebre idea de Freud sobre el *instinto de muerte.*

Al centrarse en un «instinto» omnipresente con un alcance tal, Freud se hallaba en peligro de tener que reconocer una idea monística de la vida, el peligro al que escapó por muy poco en 1914, cuando el concepto de narcisismo amplió el alcance del instinto sexual a un campo inmenso. En su opinión, el instinto sexual era el más conservador de todos, mientras que el instinto de conservación, que uno podía haber esperado que hubiera sido opuesto al instinto de muerte, acabó convirtiéndose en su sirviente; su única función era asegurar en todo lo posible que el organismo moría según le correspondía conforme a su ley interna y en el momento previsto para ello, y no por un accidente o enfermedad evitables. Incluso el famoso principio del placer, que tan valiosos servicios ha prestado, fue entonces planteado como si se tratara del asistente del instinto de muerte. Esta vez el callejón sin salida parecía total, y Freud daba la impresión de haber llegado a la misma posi-

ción que Schopenhauer, quien enseñaba que «la muerte es el objetivo de la vida». Dicho sea de paso, el propio Goethe había expresado en una de sus conversaciones una idea muy similar. Pero Freud se zafó hábilmente una vez más, en esta ocasión señalando que aunque los instintos sexuales eran conservadores y obedecían tanto a la obsesión de repetición como al principio constancia-nirvana, lo hacían en una forma que les era muy peculiar. Era cierto que tendían a reinstaurar primitivas formas de vida y por tanto debían formar parte del instinto de muerte, pero al menos su modo de acción tenía el mérito de posponer el objetivo final de este último. Incluso cabía decir que al proceder así, a través de la creación permanente de nueva vida, burlaban el objetivo del instinto de muerte, de forma que podían contraponérsele. De esta manera Freud tuvo éxito, después de todo, al establecer en la mente dos fuerzas opuestas, designándolas respectivamente instintos de vida e instintos de muerte, englobando a los primeros bajo el nombre de *Eros*. Ambos tenían igual validez y posición, y se hallaban en lucha constante entre sí, aunque al final terminara ganando inevitablemente el último.

Se planteaba luego un problema más. Esta fuerza muda que operaba tanto en la mente como en cada una de las células del cuerpo, cuyo objetivo final no era otro que la destrucción del ser vivo, cumplía su tarea silenciosamente. ¿Existía alguna forma de descubrir los signos de su existencia? Freud imaginó que podía descubrir dos de esos signos o al menos sus indicios, derivables del hipotético instinto de muerte. Lo que brindaba la clave era la crueldad en la vida; la Gran Guerra misma había ofrecido recientemente un monstruoso espectáculo de agresión, brutalidad y crueldad. No mucho antes, Freud había admitido la existencia de un instinto *primordialmente* agresivo o destructor, un instinto que cuando se fundía con los impulsos sexuales se convertía en la conocida perversión denominada sadismo. Cuando lo planteó así por primera vez en 1915, lo incluyó como una parte de los instintos del yo, pero con posterioridad le otorgó una posición más fundamental, independientemente del yo y anterior a su formación. Freud había considerado siempre hasta aquí el masoquismo como un sadismo secundario, un impulso sádico que había sido vuelto hacia adentro contra el yo. Ahora trocaba el orden y aducía que podía existir un masoquismo primario, una tendencia autodestructora que representaría un indicio del instinto de muerte. Los impulsos destructivos y sádicos derivarían de éste, dejando de ser su fuente. La idea de Freud consistía en que los instintos sexuales o de vida —responsables del «clamor» de vida— en la lucha contra su contrario intentaban prolongar algo más la vida, desviando la tendencia a la autodestrucción hacia otras personas, de la misma forma en que un gobernante puede torcer los impulsos rebeldes o revolucionarios contra el exterior mediante la instigación a la guerra: el motivo real con el que su país, Austria, provocó la gran guerra mundial. Era una concepción muy ingeniosa, y con ella Freud redondeó a su plena satisfacción sus dinámicas ideas del funcionamiento mental.

Aunque Freud presentó al principio como pura tentativa las ideas a las que acabamos de referirnos (un enfoque, digamos, muy personal

de la cuestión que le divertía, pero de cuya validez siempre distó mucho de estar convencido), a los dos años terminó por aceptarlas completamente en su libro *El yo y el ello*, y conforme pasaba el tiempo con una convicción cada vez más absoluta. Como una vez me dijo, no podía ya andar su camino sin ellas, pues se le habían hecho completamente indispensables.

Con todo, las nuevas teorías encontraron entre los analistas una acogida muy diversa, y ello a pesar del enorme prestigio de Freud. Unos cuantos, incluyendo entre ellos a Alexander,[95] Eitingon y Ferenczi, las aceptaron inmediatamente. Por lo que a mí me consta, los únicos analistas que aún emplean el término «instinto de muerte» —es decir, Melanie Klein, Karl Menninger y Hermann Nunberg— lo utilizan en un sentido estrictamente clínico que se halla muy distante de la teoría original de Freud. Cualesquiera aplicaciones clínicas que él llevó a cabo teniéndola en cuenta se realizaron después, y no antes, de su invención. De aquí proceden las observaciones puramente psicológicas de las fantasías agresivas y canibalísticas del niño, seguidas luego por las fantasías homicidas, pero no cabe inferir de ellas ninguna voluntad activa por parte de las células del cuerpo a conducir ese cuerpo a la muerte. La misma frase «deseos de muerte», es decir, deseos homicidas, que es inevitable en la labor psicoanalítica, parece haber sembrado mucha confusión en este caso con el simple uso de la palabra «muerte». La circunstancia de que en casos raros de melancolía tales deseos puedan llevar a un suicidio, por medio de complicados mecanismos de identificación, etc., no constituye, sin embargo, una prueba de que surja de un deseo primario de autodestrucción por parte del cuerpo; precisamente la experiencia clínica señala con claridad a la dirección opuesta.

Es algo completamente esencial distinguir entre los aspectos hipotéticos de la teoría del instinto de muerte y las observaciones clínicas a las que se ha asociado secundariamente. Edward Bibring ha señalado bien este extremo con la siguiente afirmación: «Los instintos de vida y muerte no son psicológicamente perceptibles en cuanto tales; son instintos biológicos cuya existencia sólo la postulan las hipótesis. Siendo esto así, se deduce que, propiamente hablando, la teoría de los instintos primarios es un concepto que sólo debiera aducirse en un contexto teorético, y no en una discusión de naturaleza clínica o empírica. En ellos, la idea de instintos de agresión y destrucción bastará para explicar todos los hechos que aparecen ante nosotros.»

La complicada ideación del libro a que nos hemos referido convierte el hilo del pensamiento en algo nada fácil de seguir, y varios analistas, entre los que yo mismo me incluyo, han tratado de presentarlo en un lenguaje más llano, pues los puntos de vista de Freud sobre el tema han sido muy a menudo falsamente interpretados.

El segundo de los libros de este periodo, *Psicología de las masas y análisis del yo,* fue concebido en el mismo impulso de productividad al que se debía *Más allá del principio del placer*. Lo comenzó el invierno de 1919-20, cuando se hallaba superando las dificultades inherentes a su libro anterior, y lo acabó en la primavera de 1921.

Vemos, pues, que en estos dos primeros años que siguieron a la guerra Freud había reiniciado, lleno de esperanzas, su vida activa, estaba colmado de nuevas y fecundas ideas y de planes prácticos para la difusión de su obra en todo el mundo.

Sin embargo, después de este periodo las cosas no volverían nunca más a mostrarse tan favorables. Las penalidades, tanto morales como físicas, que iba a sufrir debido a las decepciones con los amigos y a su terrible enfermedad habrían de poner a dura prueba su fortaleza de ánimo.

27. Divergencias (1921-1926)

En la actitud de Freud hacia el Comité había algo que iba más allá de la cordialidad hacia los miembros que lo constituían y será bueno no olvidarlo a propósito de lo que ahora vamos a relatar. Más aún que la amistad individual, Freud valoraba la importancia de sus descubrimientos y de todo aquello que de los mismos derivaba. Había tenido la suerte de realizarlos, pero esto sólo no bastaba para hacer de él un gran hombre. Parecía como si se le hubiera confiado un acceso sumamente valioso al conocimiento y que su función fuera la de fomentarlo y ampliarlo, algo así como la de un concienzudo heredero con respecto a sus bienes. Por otra parte, Freud no confió nunca en vivir una larga existencia, de modo que sentía inevitablemente la preocupación de transmitir esa función de su vida, el cuidado del psicoanálisis, a quienes —para mantener el símil— podrían ser considerados sus herederos. Durante el viaje realizado a Estados Unidos en 1909, Freud solía relatar sus sueños a sus compañeros, Jung y Ferenczi, tal como ellos le relataban los suyos, y poco después éstos me hicieron saber que el tema que dominaba los sueños de Freud era la ansiedad con relación a sus hijos y al psicoanálisis.

Sería erróneo suponer que Freud abrigara algún sentimiento de dependencia personal con respecto a algunos de los miembros del Comité, ni aun con Ferenczi, el más cercano a él. Todo rastro de dependencia de esa índole se había desvanecido para siempre después de su ruptura con Fliess. Era cosa natural que su actitud hacia nosotros fuera más bien la de un padre que la de un colega de nuestra propia edad. Se mostraba interesado en lo que se refería a nuestro bienestar y a nuestra vida familiar, especialmente en lo referente a nuestros hijos, pero no tuvo ocasión alguna de penetrar en nuestra intimidad, con excepción del caso de Ferenczi, quien constantemente requería ayuda en sus dificultades íntimas.

La armonía que había prevalecido durante cerca de una década habría de verse perturbada ahora, y de una manera bastante grave. Comenzó a mostrar su cabeza el espíritu maligno de la disensión, y en 1923 el Comité, tan importante para la tranquilidad de espíritu de Freud, empezó a mostrar signos de desintegración. Por espacio de varios meses dejó realmente de funcionar. No es de extrañar que esta calamidad haya sido para Freud un motivo de honda desazón, especialmente por cuanto coincidía con los comienzos de lo que, indudablemente para él, habría de ser una enfermedad fatal de su organismo. Su capacidad filosó-

fica de resignación, que ya tantas otras veces había resistido fuertes golpes de la fatalidad, no tardó en aparecer en su ayuda y se le vio sobrellevar todo con su habitual fortaleza de ánimo. Pero sería exigir de él algo más que humano el esperar que no hiciera responsables de lo ocurrido a aquellos de entre nosotros que le parecían los causantes de la situación creada. Hizo objeto de sus críticas a Abraham, y en menor grado a mí. Sólo unos cuantos años más tarde pudo evidenciarse con toda claridad la verdadera fuente del malentendido: la inestabilidad mental de Rank y Ferenczi.

El primer indicio de que las cosas no marchaban bien fue una creciente tensión entre Rank y yo, a propósito de asuntos editoriales. Las circunstancias del momento, más cierta incompatibilidad de temperamento entre los dos, fueron la causa de ello. Yo siempre había sentido un gran afecto hacia Rank y lo mantuve hasta el momento mismo de la ruptura final. Coincidíamos siempre todas las veces que debíamos tratar asuntos personalmente. Pero operando a distancia ya era otra cosa, y surgían dificultades que probablemente habrían sido en gran parte allanadas de haber vivido los dos en la misma ciudad. En nuestros planes comunes de crear en 1919 la editorial inglesa, que habría de apuntalar la editorial vienesa, habíamos cometido fatales errores de cálculo.

Además, toda la maquinaria de la vida, en Austria, había descendido tanto después de la guerra que las dificultades para realizar cualquier trabajo eran realmente indescriptibles. El papel y los tipos de imprenta debían ser conseguidos de cualquier modo hurgando en viejos rincones, los conflictos laborales eran frecuentes y las comunicaciones desesperadamente lentas. Rank afrontaba heroicamente infinitos problemas y realizaba hazañas sobrehumanas para resolverlos, casi sin ninguna ayuda.

A título de simple ejemplo ilustrativo, para hacerse los paquetes de libros tenía que procurarse él mismo la cuerda, hacer empaquetar y despachar los bultos transportándolos él mismo a la oficina de correos. Este esfuerzo no dejó de tener su efecto sobre su sensible naturaleza.

Desde el punto de vista personal nuestras relaciones se veían perjudicadas por una tendencia mía que con toda frecuencia me ha creado dificultades en la vida: una forma bastante obsesiva de realizar las cosas en la forma que a mí me parecía mejor, con cierta impaciencia respecto a la torpeza y el riesgo consiguiente de despertar la susceptibilidad ajena. Rank, por su parte, trabajaba con una furia casi maníaca, de manera tal que mis ocasionales protestas le irritaban más allá de toda medida. Reaccionaba —¿o acaso era él el que iniciaba todo?— usando conmigo un tono prepotente y fanfarrón que me resultaba sumamente extemporáneo viniendo, como venía, de un viejo amigo. Esta actitud se fue transformando gradualmente en la ignorancia o la contravención de decisiones que me correspondía tomar a mí en cuanto al manejo de la editorial. Esto hacía que toda colaboración, por no decir más que eso, resultara difícil. No era fácil sospechar qué era lo que había hecho surgir en Rank esta manera tajante y dictatorial, que hasta ese momento no le conocíamos. Debieron pasar dos años hasta que se hizo evidente que se

trataba de una fase maníaca de su ciclotimia, que gradualmente se iba desarrollando e intensificando.

Yo sabía que Rank había sufrido mucho, en su infancia, de una hostilidad fuertemente reprimida contra su hermano, y que tras de ésta se escondía habitualmente una actitud similar con el padre. En este momento esta hostilidad se estaba descargando sobre mí, y mi preocupación dominante era la de proteger a Freud de las consecuencias de este hecho. Yo sentía, con toda razón, lo mucho que para Freud significaba la conservación de la armonía en el Comité, de modo que me empeñé en ocultarle las dificultades entre Rank y yo. Mi compañero, en cambio, no ahorraba esfuerzos en sacar su buena causa y no tenía los mismos escrúpulos que yo. Constantemente se empeñaba en hacer llegar a los oídos de Freud historias acerca de lo insoportable que yo era como compañero, y el innato escepticismo de Freud no solía ampararle mucho en situaciones personales como ésta. Yo no dejaba de asegurarle constantemente que no tenía por qué preocuparse en cuanto a nosotros dos, que seguramente sabríamos arreglar solos nuestras dificultades, pero a medida que su opinión con respecto a mí iba empeorando, esta actitud mía dejó de tener efecto alguno.

Durante tres años viví con el temor de que «la hostilidad fraterna» de Rank regresara hasta transformarse en una «hostilidad hacia el padre», y abrigaba la sospecha de que esto último pudiera ocurrir en vida de Freud. Mi temor era, por desgracia, justificado, ya que al final de esa época Ran manifesto una irrefrenable hostilidad contra Freud.

El hecho que servía de base a esto era la intensa oposición que el psicoanálisis despertaba en Inglaterra. Después de la I Guerra Mundial, nuestros oponentes explotaron al máximo los sentimientos antialemanes de los ingleses, y el psicoanálisis, que tenía que subrayar precisamente los aspectos menos verosímiles de la naturaleza humana, fue vilipendiado como un típico producto de una decadencia y una total brutalidad alemanas.[96] Mis protestas en el sentido de que Freud era más judío que alemán surtían poco efecto —bastaba para ello que escribiera en alemán—, pero era comprensible mi ansiedad en el sentido de no destacar de ningún modo lo que hubiera de alemán en su obra. Ya era bastante desdichado el hecho de que el *International Journal* tuviera que imprimirse inevitablemente con caracteres visiblemente extranjeros, ya que en Austria no había manera de conseguir tipos ingleses. Los impresores extranjeros, además, sin conocimientos del inglés, plagaban el texto de germanismos, que a mí me costaba mucho tiempo expurgar. Por otra parte, Rank, que en esa época sabía muy poco inglés, se puso a corregir las pruebas por su cuenta, sin informarme de ello. Tuvimos que dejar por lo tanto una persona en Viena encargada de corregir las pruebas allí mismo y ahorrar de este modo el tiempo que tomaba su envío a Londres. Eric Hiller fue enviado a Viena en diciembre de 1920, con lo cual las cosas mejoraron bastante. Otra adquisición invalorable, aunque en esa época pareciera accidental, fue la colaboración de Anna Freud en la sección inglesa, en Viena, labor que la acercó al psicoanálisis mucho más que antes y resultó ser el anticipo de su futura carrera.

Aun cuando el asunto no le concernía, Rank seguía enviándome incisivas críticas sobre la forma en que yo conducía el *Journal*. Llegó incluso al extremo de rechazar los artículos que yo le enviaba para imprimir cuando no eran de su gusto. Lo que merecía especialmente su crítica era lo que él denominaba «la basura allende el Atlántico», y esto fue el primer indicio del conflicto entre Viena y Nueva York, al que yo tendría que dedicar mis siguientes veinte años. Yo quería que el *Journal* no fuera simplemente un duplicado del *Zeitschrift* alemán, sino que sirviera también para que los analistas recién iniciados de Inglaterra y Estados Unidos pudieran publicar en él sus trabajos, aun cuando sus primeros esfuerzos no llegaban a ser, por cierto, de carácter clásico. También Freud se mostró insatisfecho con el material de los dos primeros años del *Journal*.

Pero las dificultades creadas por el *Journal* eran poca cosa en comparación con las que surgieron en relación con la traducción de las obras de Freud, asunto que, por supuesto, le concernía más directamente. Durante mucho tiempo, cosa curiosa, se mostró indiferente al respecto y se oponía a que yo «perdiera el tiempo» incluso en revisar las traducciones que se hicieran en Inglaterra. Pero luego, cuando vio los ambiciosos planes que yo estaba concibiendo al respecto, cambió de actitud, comenzó a mostrarse ansioso de ver aparecer, mientras vivía, algunos de los volúmenes prometidos y empezó a expresar crecientes censuras con motivo de cualquier demora. Freud aceptó plenamente la opinión de Rank de que yo era el único culpable de la tardanza, así como de las demoras en la aparición del *Journal*. Todo se debía a mi omnímoda intromisión.

En los catorce años transcurridos desde que yo había conocido a Freud, nuestras relaciones personales habían sido excelentes y nunca se vieron enturbiadas por rastro alguno de desacuerdo. Una y otra vez me había hecho objeto de los más finos cumplidos, tanto desde un punto de vista personal como en lo que se refería a mis trabajos. A principios de 1922, con asombro y, por supuesto, con verdadera pena, recibí de él la siguiente carta:

«Querido Jones:

»Me apena saber que usted sigue enfermo, y como yo mismo tampoco estuve bien estas últimas dos semanas, siento una gran compasión por usted.

»Este año último ha traído una decepción difícil de sobrellevar. He tenido que convencerme de que usted no controla sus estados de ánimo y pasiones ni tampoco es bastante constante, sincero y responsable, como yo tenía que esperar de usted y tal cual correspondía a la conspicua posición que ocupa. Y a pesar de haber sido usted mismo quien tuvo la iniciativa de crear el Comité, veo que no se ha abstenido de poner en peligro la armonía entre los miembros del mismo con sus injustas susceptibilidades. Usted sabe que no acostumbro a coartar mis verdaderos juicios en lo que se refiere a las relaciones de amistad y que estoy siempre dispuesto a correr el riesgo que tal actitud comporta.

»Usted tiene razón cuando pide que los amigos se traten entre sí con la misma implacabilidad con que lo hace el destino, pero piense usted cuánto más satisfactorio resulta para un amigo el reconocer o apreciar o admirar al otro, que el perdonarlo...

»Con deseos de un completo restablecimiento de la lealtad y la amistad en 1923 [*sic*].

»Afectuosamente suyo,

»FREUD»

Debo dejar a otros que juzguen si lo que Freud exponía aquí era objetivo y justo o bien una prueba más de la facilidad con que se dejaba sugestionar. Me intrigaban especialmente las alusiones a mis «pasiones», que difícilmente podían tener su origen en Rank, y más aún porque a ellas siguieron, en cartas posteriores, misteriosas alusiones a «aventuras» (que no podían ser sino amorosas) y a lo que significaban como peligro de distraerle a uno de su labor. La explicación llegó unos meses después. Entre los numerosos pacientes que yo enviaba a Freud en esos años, se hallaba una mujer a quien yo había analizado ya parcialmente, de modo que le envié a Freud un informe del caso. La paciente había tomado algunas de las atenciones que yo le mostrara como signos de afecto personal de mi parte y, como lo declaraba yo en mi carta a Freud, «esto condujo a una declaración de amor» de su parte. Freud comprendió mal este párrafo, entendiendo que se trataba de una declaración mía, e incluso llegó a suponer que mantuve relaciones sexuales con ella. Cuando se puso en análisis con él, Freud tuvo la satisfacción de comprobar su error.

Bien pronto llegó a hacerme Freud objeto de críticas más concretas con respecto a mi conducta, que resultaron mucho más fáciles de desvirtuar. El problema esencial implicado en esto era el origen de la indebida demora que sufría la publicación de sus libros en inglés. Cada vez se mostraba más impaciente y surgían dudas en su ánimo acerca de si viviría lo suficiente como para llegar a ver alguno de los tomos.

«Otra rueda de la maquinaria parece estar fallando y me imagino que en medio de todo esto está usted, y está el "ritual" que prescribe su intromisión personal en cada paso del proceso. Es así que se me informa que cada una de las *Korrekturen*[97] ha de pasar por sus manos y, como son cinco o seis las personas que intervienen en la corrección, se me hace fácil comprender cómo recibo apenas una hoja de los manuscritos de *Psicología de las masas* en dos semanas. Es así como no parece haber posibilidad alguna de que yo llegue a ver terminados en vida los dos tristes folletos, *Jenseits* y *Mass*,[98] para no hablar ya de cosas mayores, tales como el *Sammlung*. No puedo comprender por qué se empeña usted en hacerlo todo por sí mismo y verse aplastado por el fárrago de las labores rutinarias... Bastaría con que usted echara un vistazo a la última prueba, la diera por definitiva y dejara las fases inmediatas en manos de otros... Se podrían ahorrar muchos meses si se le pudiera inducir a desprenderse de partes de esta pesada tarea...

»Perdóneme que me entrometa en sus asuntos, pero éstos son de todos nosotros y Rank, por su parte, es bastante débil para oponerse a usted en esas cosas. Mis anchas espaldas son, como usted dice, más apropiadas para soportar esa carga...»

La inocente alusión a Rank, que provocó lo que los novelistas denominan una carcajada homérica, me demostraba que Freud no había visto nunca las prepotentes cartas que constantemente recibía de aquél. En mi respuesta le decía: «...Tenemos que ver también, como usted dice, qué es lo que puede hacerse para apresurar las cosas en este extremo londinense, y en este aspecto le agradecería mucho si me hiciera sugerencias bien definidas. La única que me ha hecho usted, la que se refiere a dejar todas las correcciones, menos la final, en manos de la gente de Viena, es algo que he estado poniendo en práctica hace cosa de dieciocho meses.

»No siento apego alguno a los trabajos minuciosos de esta índole, sino todo lo contrario, y había abrigado el temor de haberme quejado demasiado al expresar mi intenso deseo de verme aliviado de las tareas rutinarias en todos los casos posibles... Las dificultades en que me veo mezclado se deben más bien al hecho de delegar en exceso las tareas (me refiero a las traducciones para el *Journal)*... Como usted ve, mi propia inquietud coincidió con su consejo de liberarme del peso de tanta tarea y no se trata de ningún modo, como lo cree erróneamente Rank, del deseo de controlar todos los detalles. Más me hubiera valido dirigirme a él, describiéndole ampliamente el proceso, tal cual se desarrolla desde la recepción del trabajo hasta su aparición, y pedirle que me sugiriera algunas modificaciones, que yo recibiría con el mayor agrado... Usted sabe cuánto me aflige el ver que sus traducciones no estén más avanzadas, pero éste es otro asunto que vale la pena considerar. Usted se queja con toda razón por los dos folletos, el *Jenseits* y el *Massenpsychologie*. Bien, juzgue usted por ellos. He revisado la traducción del primero hace un año, enviándola a Viena, para su impresión, en *mayo*. Desde entonces no he tenido nada que ver con su existencia, salvo el hecho de recibir en diciembre último los dos primeros *Bogen*[99] y de haber preguntado repetidas veces acerca de la suerte que corrían. Hasta aquí lo que se refiere a mi intromisión en todos los detalles. Lo mismo puedo decir con respecto al *Massenpsychologie*. He dado fin a la revisión en agosto último, y Stranchey lo llevó consigo a Viena. Esta semana he recibido las primeras pruebas.

»Lamento molestar a usted con un informe tan largo, pero el asunto nos interesa a todos y he querido exponerle la verdadera situación, ya que usted ha tenido a bien interesarse tan profundamente por ella. Usted sabe que, esencialmente, es por usted por quien trabajamos y que por ello su inspiración y su aprobación significan tanto para nosotros. Si logro publicar antes de mi muerte una edición completa de sus obras y dejar organizado el *Journal* sobre una base sólida sentiré que mi vida ha valido la pena ser vivida, por más que espero poder hacer aún algo más que esto en pro del psicoanálisis.»

Esta objetiva carta trajo como respuesta una postal: «Le agradezco mucho su amable carta. Temo estar envejeciendo y hacerme gruñón. Se ha abstenido de todas las críticas que yo merecía.» En la carta siguiente me escribió: «Podía haberle escrito esta carta hace algunas semanas, pero... He aliviado mi conciencia, además, con aquella postal en que le confesaba mi error con respecto a usted... Tengo que retirar mi sospecha primitiva de que la culpa era suya y pedirle disculpas. Me he sentido profundamente conmovido ante la afirmación suya de que consideraba la publicación de mis libros en inglés como uno de los objetivos principales de su propia labor, y confío que usted consentirá en juzgar esto como una cariñosa exageración, fruto de un impulso súbito, ya que la parte capital de su obra tiene que tender forzosamente a objetivos más elevados y al margen de mis intereses personales. Aprecio de todos modos sus palabras como expresión de una invariable amabilidad hacia mí, que yo trato en todo momento, como usted muy bien sabe, de retribuir».

Después de esto las críticas de Freud, aunque se repitieron de tiempo en tiempo, se hicieron más suaves, al mismo tiempo que mis relaciones con Rank seguían de mal en peor. En esa época comenzó a censurar mi conducción de los asuntos de la Asociación Internacional, con críticas que habitualmente no era nada difícil desbaratar. Poco después, cuando Abraham se hizo secretario de la Asociación Internacional, Rank, sin informar de ello a ninguno de nosotros dos, se dirigió en carta circular a las diversas sociedades, ocupándose de asuntos que correspondían exclusivamente al Ejecutivo Central. La reacción de Abraham a la actitud de Rank fue mucho más violenta de lo que había sido la mía en cualquier momento y Freud dirigió una carta personal a nosotros dos, en la que defendía a Rank de nuestras supuestas susceptibilidades neuróticas. Los dos nos opusimos, naturalmente, a este planteamiento de Freud.

Los asuntos de la editorial inglesa y de la vienesa empeoraban continuamente. Hiller se había negado a seguir trabajando con Rank y había renunciado a su puesto. Finalmente dejó Viena en marzo de 1923. Sin contar con un representante de habla inglesa en Viena, estaba fuera de cuestión toda posible continuación de las publicaciones en inglés según los planes anteriores, y después de intentar diversos compromisos se convino finalmente en que la editorial inglesa, con la ayuda del Instituto de Psicoanálisis que acababa de ser creado en Londres, habría de tener existencia independiente.

Yo había abrigado la esperanza de que la separación en nuestras relaciones comerciales conduciría a un alivio en el aspecto personal, pero con verdadera sorpresa me encontré con que la hostilidad de Rank hacia mí se hacía cada vez más patente. Esto llegó a su culminación en la última de todas las reuniones de nuestro Comité, hacia finales de agosto de 1923. Ferenczi y Rank habían pasado el mes anterior en Klobenstein y el Tirol, donde trabajaron juntos para dar fin a un libro, *El desarrollo del psicoanálisis*, en el que estuvieron ocupados durante un par de años.

Nos reunimos todos en San Cristoforo, junto al lago Caldonazzo, en los Dolomitas, para poder estar cerca de Freud, quien entonces estaba pasando sus vacaciones en Lavarone, a seiscientos metros más arriba que nosotros.

Freud nos había propuesto que hiciéramos la experiencia de reunirnos para tratar de restablecer la armonía sin su intervención. En caso de acompañarnos el éxito, él se uniría a nosotros más tarde. Parece ser que yo había hecho alguna crítica de Rank —no puedo recordar a quién— y éste no tardó en destacar mi falta de espíritu amistoso. Le pedí disculpas por haber herido su susceptibilidad, pero él se negó a aceptarlas y pidió mi expulsión del Comité. Esto, por supuesto, no fue admitido por los otros miembros y mi defensa fue hecha particularmente por Abraham, pero tuvo lugar una escena muy penosa, durante la cual yo no hice más que asistir, intrigado y en silencio, a un arranque incontrolable de ira de parte de Rank.

A pesar de no haberse logrado el restablecimiento de la armonía esperado, Freud consintió en unirse a nosotros y yo no olvidaré nunca la insistente amabilidad con que él se esforzó hasta donde le fue posible por lograr algún grado de reconciliación entre nosotros.

Después de esto más bien desaparecí de la escena y mi lugar «como perturbador de la tranquilidad» fue ocupado por Abraham. A finales de ese año, 1923, Ferenczi y Rank publicaron en colaboración un libro titulado *Los objetivos del desarrollo del psicoanálisis*. Este libro notable, que habría de desempeñar un papel decisivo en todo este asunto, apareció repentinamente, sin que ningún miembro del Comité, excepto Freud, tuviera noticia alguna al respecto. Bastó este solo hecho para suscitar la sorpresa de los demás miembros, que no pudieron menos que considerarlo como una circunstancia poco propicia, nada acorde con nuestra manera habitual de actuar y, por supuesto, con las mutuas promesas que habíamos hecho. Tratábase de un libro valioso en cuanto ofrecía una exposición brillante de numerosos aspectos de la técnica psicoanalítica, pero había en él párrafos llenos de contradicciones, y todo él parecía estar pregonando algo así como una nueva era del psicoanálisis. Su tema principal era el de la inclinación de los pacientes a vivir sus impulsos inconscientes, llevándolos a la acción. Freud había dedicado un trabajo especial a este tema, subrayando el conflicto entre esta inclinación y la finalidad más analítica de revivir los impulsos infantiles, ahora reprimidos. Este libro señalaba, muy atinadamente, que el análisis del *acting out,* por sí mismo, podría ser de gran valor, y Freud aceptó esta conclusión como una corrección de su actitud y sus técnicas anteriores. En realidad, en los siete años transcurridos desde que había escrito este trabajo, Freud había progresado en su técnica y hacía un uso más activo de las tendencias del *living out* que antes.

Pero había en el libro numerosos párrafos que dejaban traslucir la idea, aunque no fuera en una forma enteramente explícita, de que el análisis de dichas tendencias podría ser suficiente y hacer innecesario el penetrar en las fuentes históricas de las mismas en la infancia. Esto me hacía recordar el reproche que yo había hecho a Jung en el Congreso de

Munich de 1913, en el sentido de que estaba reemplazando el análisis de la infancia por la simple consideración de asuntos actuales, y que ello podría ser aprovechado, en este sentido, por analistas ambiciosos o reaccionarios. También Freud tenía sus dudas, si bien estaba convencido de que esto no se aplicaría a los autores de este libro. Los analistas de Berlín, especialmente Abraham y Rado, no se sentían felices al respecto, y el correr del tiempo no haría más que justificar sus temores.

Freud había leído el libro antes de su aparición y había hecho una serie de sugerencias. Manifestó a Ferenczi, más tarde, que al comienzo se había sentido cautivado por el libro, especialmente por la forma en que destacaba los progresos que él mismo había estado introduciendo en la ténica. Pero a esto agregó que, a medida que transcurría el tiempo, el libro llamaba cada vez menos su atención. No le parecía «sincero». Se escondían tras él las ideas de Rank acerca del trauma del nacimiento y el método de la técnica «activa», de Ferenczi, tendentes tanto aquéllas como éste al acortamiento del análisis, aun cuando ninguna de las dos cosas era explícitamente mencionada en el libro.

El 2 de enero de 1924, Ferenczi leyó un ensayo del libro ante la Sociedad de Viena en presencia de Freud. Cuando luego le preguntó su opinión, Freud le contestó por carta que aquél había producido en el auditorio una curiosa impresión, puesto que Ferenczi no se refirió al tema principal del libro —la tendencia a obrar conforme a los recuerdos, en vez de recordarlos— y sólo trató de su nueva técnica de la «terapéutica activa». Freud también incluyó en esta carta una moderada observación acerca de que no estaba enteramente de acuerdo con todo el contenido del libro.

En una carta de diez páginas, decía Ferenczi que se había sentido «destrozado» por esta observación y hacía acaloradas protestas en el sentido de que él no soñaba jamás apartarse en nada de las teorías de Freud. Freud replicó: «En cuanto a su empeño en mantenerse completamente de acuerdo conmigo, lo valoro como una expresión de su amistad, si bien considero que tal propósito no es necesario ni fácil de lograr. Bien sé que no soy fácilmente accesible y que, por mi parte, me resulta difícil asimilar los pensamientos de los demás que no coinciden con el propio curso de los míos. Se requiere por ello bastante tiempo hasta que yo pueda formularme un juicio acerca de los conceptos ajenos, de modo tal que entretanto me es forzoso abstenerme de todo juicio crítico. Si tuvieran ustedes que esperar tanto en cada caso, ello significaría el fin de toda creación para ustedes. Tal conducta sería, pues, inoperante. La idea de que usted o Rank, en sus lucubraciones propias, puedan algún día abandonar el terreno común del psicoanálisis me parece absolutamente fuera de cuestión. ¿Por qué no habrían de tener ustedes el derecho, entonces, de hacer sus propios intentos de probar si las cosas no han de marchar mejor por un camino diferente del mío propio? Si en algún momento, al proceder así, se apartaran demasiado lejos, ya lo comprobarán ustedes mismos de una manera u otra, o bien yo me tomaré la libertad de señalárselo tan pronto yo mismo esté realmente convencido de ello.»

Todo esto se complicó enormemente por la aparición, en esta misma época —diciembre de 1923—, de un libro de Rank, mucho más intranquilizador, titulado *El trauma del nacimiento.* Ni Freud ni Ferenczi lo habían leído antes de su aparición, si bien estaban enterados de que Rank lo estaba escribiendo, y para todos los demás, por supuesto, el hecho constituyó un motivo de gran sorpresa. Durante mucho tiempo ya había estado pensando Freud que la experiencia del nacimiento, en circunstancias en que la posibilidad de asfixia coloca al recién nacido, inevitablemente, en un peligro mortal, era el prototipo de todos los posteriores accesos de miedo. Ahora Rank, aplicando a este episodio el nombre de «trauma», sostenía que el resto de su vida consistía en complicados esfuerzos tendentes a superarlo o anularlo. La neurosis no sería otra cosa, de paso, que el resultado del fracaso de estos esfuerzos. El libro, mal escrito y confuso, denotaba un estilo hiperbólico, más bien apropiado para el anuncio de un nuevo evangelio. No contenía dato alguno que pudiera ponerse a prueba, y la mayor parte del libro se componía de extravagantes especulaciones en el terreno del arte, la filosofía y la religión. La consecuencia clínica de esto sería que todos los conflictos psíquicos se refieren necesariamente a la relación del niño con la madre y todo lo que pudiera parecer a primera vista conflicto con el padre, incluyendo el complejo de Edipo, no sería más que un enmascaramiento de los conflictos básicos relacionados con el nacimiento. El tratamiento psicoanalítico debería consistir, en consecuencia, en obligar al paciente a repetir en la situación transferencial el drama del nacimiento, y el renacimiento consiguiente representaría la curación.

Estas ideas de Rank habían germinado lentamente. Recuerdo muy bien que en marzo de 1919, cuando me encontré con él y su mujer, entonces embarazada, en Suiza, provocó mi asombro al afirmar, en un tono angustiado, que los hombres no tenían importancia en la vida: la esencia de la vida era la relación entre madre e hijo. El 16 de mayo de 1921 había leído un curioso trabajo en la Sociedad de Viena sobre la relación entre cónyuges. Éstos, según él sostenía, repetían siempre, en esencia, las relaciones entre madre e hijo (por ambas partes y alternativamente). Este trabajo no llamó la atención en aquel momento. Freud, en algunas raras ocasiones, había recurrido al procedimiento de señalar al paciente un término para el análisis, una fecha antes de la cual debía terminarse. Rank retomaba ahora la idea para aplicarla en todos los casos, sin excepción, con lo que se reduciría mucho la duración del análisis. Esto le daba la idea de que un análisis debería consistir en una gigantesca experiencia de volver a vivir hechos del pasado. Poco después, toda esta experiencia tomó la forma de un «renacer».

Rank informó a Freud acerca de sus ideas teóricas —no de las clínicas— en el verano de 1922. La primera observación de Freud fue: «Cualquier otra persona que no fuera usted habría utilizado un descubrimiento como éste para independizarse.» El comentario que hizo a Ferenczi fue: «Yo no sé si lo que en esto hay de cierto es el 66 o el 33 por ciento, pero en todo caso estamos ante el progreso más importante desde el descubrimiento del psicoanálisis.»

Las cambiantes reacciones de Freud frente a la teoría de Rank ilustran en forma interesante la personalidad de aquél, de modo tal que me propongo exponerlas con cierta extensión. La primera reacción fue de desconfianza, y cuatro meses después de la aparición del libro decía que su primera conmoción de alarma —ante la perspectiva de que toda su obra sobre la etiología de la neurosis pudiera desvanecerse ante la importancia asignada al trauma del nacimiento— aún no había desaparecido del todo. Pero bien pronto siguió a esto el placer que le proporcionaba el ver que Rank había hecho un descubrimiento de fundamental importancia, su interés se concentró en el problema de cómo éste podría ensamblarse con toda la estructura anterior del psicoanálisis. Con el correr del tiempo, sin embargo, e influido probablemente por las críticas que llegaban de Berlín —que expresaban los mismos recelos que él trataba de sofocar dentro de sí—, comenzó a dudar cada vez más del valor de la obra. Esta oscilación, con comentarios contradictorios de tanto en tanto acerca de la teoría, hacía difícil, para los demás, el formarse una idea de su opinión al respecto.

En la Navidad de 1923, Sachs estaba en Viena y Freud expresó las dudas que abrigaba acerca de la teoría de Rank. Sachs escribió acerca de esto a Berlín, donde su carta fortaleció la actitud crítica que ya prevalecía allí.

Después de esto Freud se enteró, por Eitingon, de lo que él llamaba la «tormenta» de Berlín, que a su juicio reclamaba su intervención para aplacar un poco los ánimos. Hizo enviar entonces la siguiente carta circular a todos los miembros del Comité:

«Viena, 15 de febrero de 1924

»*Liebe Freunde,*

»Por varios conductos he llegado a saber, no sin cierto asombro, que las recientes publicaciones de Ferenczi y Rank —me refiero a su libro en colaboración y al trauma del nacimiento— han provocado una discusión bastante desagradable y tormentosa. Uno de nuestros amigos[100] me ha rogado que tratara de aclarar entre nosotros este asunto aún no zanjado, en el que él percibe un germen de disensiones. Al acceder a su ruego quiero que usted no piense que estoy tomando una actitud de intromisión. Por mi parte preferiría mantenerme en todo lo posible a la retaguardia y dejar que cada uno de ustedes siga su propio camino.

»Recientemente, cuando Sachs se encontraba aquí, cambiamos algunas ideas sobre el trauma del nacimiento. De ahí proviene la impresión de que yo veo en la publicación de este libro la aparición de una tendencia adversa o de que yo esté absolutamente en desacuerdo con su contenido. Yo tenía motivos para pensar, en realidad, que el hecho mismo de haber aceptado la dedicatoria de la obra tendría que desvirtuar tales sospechas.

»El hecho es éste: ni la armonía que debe reinar entre nosotros ni el respeto que frecuentemente me han demostrado ustedes debería impedir de ningún modo que cada uno de ustedes haga el uso que mejor

le parezca de su propia capacidad creadora. Lo que espero de ustedes no es que trabajen en un sentido que pueda complacerme, sino en la forma más acorde con sus ideas y sus experiencias. Un completo acuerdo sobre los detalles científicos y sobre todo tema nuevo que surja es absolutamente imposible entre media docena de personas de temperamento diferente, y ni siquiera es deseable. La única cosa que hace posible que trabajemos juntos con provecho es que ninguno de nosotros se aparte del terreno común de las premisas del psicoanálisis. Hay aparte de esto otra consideración que ustedes ya deberían conocer bien y que hace que yo resulte especialmente ineficaz en la función de despótico censor constantemente montando guardia. A mí me resulta difícil orientarme debidamente frente al curso de los pensamientos de otros y tengo como norma esperar, en cada caso, a descubrir alguna conexión entre estas ideas y mi propia manera de pensar. De este modo, de proponerse ustedes esperar, frente a cada idea nueva, a que yo pueda darle mi aprobación, correrían el riesgo de envejecer esperando.

»Mi actitud frente a los dos libros en cuestión es la siguiente:

»La obra escrita en colaboración representa para mí una corrección de mi concepto del papel que desempeña la repetición o el *acting out* dentro del psicoanálisis. Yo solía mostrarme receloso frente a tales fenómenos y solía considerar estos acontecimientos —o "experiencias", como las llaman ustedes ahora— como accidentes indeseados. Rank y Ferenczi han llamado la atención sobre el hecho de que estas "experiencias" no pueden evitarse y de que su utilización puede ser provechosa. La descripción que ellos hacen tiene a mi juicio el incoveniente de no ser completa, es decir, no dan cuenta de los cambios de técnica que tanto les preocupan, se conforman con aludirlos simplemente. El hecho de apartarse de nuestra "técnica clásica", tal como la denominó Ferenczi en Viena, no deja de encerrar ciertos peligros, pero esto no significa que los mismos no puedan ser evitados. En la medida en que se trata de una cuestión de técnica, de saber si a los fines prácticos podemos realizar nuestro trabajo en una forma diferente de la actual, considero que el experimento de estos autores se justifica plenamente. Ya veremos con el tiempo cuál será el resultado. En todo caso tenemos que abstenernos de condenar este intento desde el comienzo, a título de herético. De todos modos, no tenemos por qué silenciar ciertos recelos. La "técnica activa" de Ferenczi es una peligrosa tentación para los novicios excesivamente ambiciosos, y difícilmente podremos disponer de algún modo de evitar que realicen tales experimentos. Tampoco quiero ocultarles otra impresión o prejuicio que yo tengo. Durante mi reciente enfermedad aprendí que una barba en una cara recién afeitada tarda semanas en volver a crecer. Han pasado ya tres meses desde mi última operación y todavía estoy sufriendo a consecuencia de los cambios que se operan en el tejido cicatricial. No me resulta fácil creer, por lo tanto, que en un periodo apenas mayor, de cuatro o cinco meses, pueda uno penetrar las capas más profundas del inconsciente y lograr con ello cambios duraderos en la psique de una persona. Así y todo, por supuesto, me inclinaré ante la experiencia. Por mi parte, seguiré realizando análi-

sis "clásicos", dado que, en primer lugar, apenas tomo algún que otro paciente, sino que me ocupo de discípulos para quienes es más importante pasar por todos los procesos íntimos posibles —no se puede manejar los análisis didácticos exactamente en la misma forma que los terapéuticos—, y en segundo lugar, soy de la opinión de que aún tenemos mucho que investigar y todavía podemos basarnos de forma exclusiva, como es necesariamene el caso en los análisis abreviados, en nuestra premisa.

»Y ahora vamos al segundo libro, incomparablemente más interesante, *El trauma del nacimiento* de Rank. No dudo en calificar esta obra de altamente significativa ni en afirmar que me ha dado mucho que pensar y que hasta el momento no he llegado a una conclusión definitiva hacia la misma. Hace mucho tiempo que nos hallamos familiarizados con fantasías uterinas y reconocíamos su importancia, pero con la relevancia que les ha conferido Rank, aquéllas han adquirido una importancia mucho mayor y nos revelan, en un repentino chispazo, el fundamento biológico del complejo de Edipo. Para repetirlo con mis propios términos: es necesario asociar al trauma del nacimiento algún instinto que tiende a restaurar la forma anterior de existencia. Podríamos denominarlo el impulso a la felicidad,[101] entendiendo aquí que el concepto de "felicidad" se usa principalmente en un sentido erótico. Ahora Rank va más allá de la psicopatología y nos señala que los hombres modifican el mundo exterior para ponerlo al servicio de este instinto, en tanto que los neuróticos se ahorran este trabajo, tomando el atajo de las fantasías de retorno al vientre materno. Si a la concepción de Rank se le agrega la de Ferenczi, de que el hombre puede ser representado por sus genitales, tendremos por primera vez una derivación del instinto normal que encaja en nuestra concepción del mundo.

»Y aquí llegamos al punto en que a mi juicio comienzan las dificultades. Obstáculos que son causa de ansiedad y que constituyen otras tantas barreras contra el incesto se oponen a la fantasía de retorno al vientre materno: ahora bien, ¿de dónde provienen? Representan evidentemente al padre, la realidad, la autoridad que prohíbe el incesto. ¿Por qué han erigido estas instancias la barrera contra el incesto? Mi explicación era de carácter histórico y social, filogenética. Yo hacía derivar la barrera contra el incesto de la historia primitiva de la familia humana, viendo así en el padre el obstáculo real que erige cada vez, nuevamente, la barrera contra el incesto. Aquí Rank se aparta de mí. Se niega a considerar la filogenia y la ansiedad que se opone al incesto es simplemente, para él, una repetición de la angustia del nacimiento, de modo que la regresión neurótica se ve esencialmente contrarrestada por la naturaleza misma del proceso del nacimiento. Esta angustia, es cierto, es transferida al padre, pero, según Rank, éste constituye simplemente un pretexto para ello. La actitud frente al vientre o al genital materno es considerada básicamente como ambivalente desde el comienzo. Aquí está la contradicción. Me parece muy difícil decidirlo aquí, ni veo tampoco en qué podrá ayudarnos para ello la experiencia, ya que en el análisis nos topamos siempre con el padre como representante de la pro-

hibición. Pero esto no es, por supuesto, un argumento. Me es forzoso, por el momento, dejar pendiente la cuestión. Como argumento en contra yo podría señalar también que no corresponde a la naturaleza del instinto el ser socialmente inhibido, tal como ocurre aquí con el instinto de regreso a la madre por asociación con el terror provocado durante el nacimiento. Todo instinto, en su tendencia a restaurar una situación anterior, presupone en realidad un trauma como causante del cambio ocurrido y por ello no puede haber instintos ambivalentes, es decir, acompañados de angustia. Naturalmente podría decirse mucho más, y en detalle, acerca de esto, y es mi esperanza que los pensamientos suscitados por Rank se convertirán en el tema de muchas y fructíferas discusiones. Nos vemos aquí no frente a una revuelta, una revolución, un rechazo de aquellos conocimientos que consideramos firmes, sino frente a un interesante aporte nuevo, cuyo valor tendríamos que reconocer tanto nosotros como los demás analistas.

»Si a esto añado que no me resulta claro comprender cómo la interpretación prematura de la transferencia como una fijación con la madre puede contribuir al acortamiento del análisis, les habré dado una impresión leal de mi actitud frente a los dos libros en cuestión. Los valoro altamente, los acepto ya en parte, tengo mis dudas y recelos acerca de ciertas partes de los mismos, espero que la reflexión y la experiencia nos permitan una mayor clarificación en el futuro y recomendaría a todos los analistas que no se formasen un juicio demasiado apresurado, y menos aún si es reprobatorio, acerca de las cuestiones que aquí han surgido.

»Perdóneme la longitud de la carta. Quizá con ello pueda conseguir que ustedes se abstengan de pedir mi opinión sobre asuntos que ustedes mismos pueden juzgar tan bien como yo.

»FREUD»

Esta carta, tal vez demasiado tolerante, no logró disipar los recelos de Abraham. Este no quiso replicar en una carta circular, para no irritar a las dos personas implicadas, de modo que envió una carta privada a Freud diciéndole que advertía signos de un proceso fatal que interesaba a cuestiones vitales del psicoanálisis.

Freud le escribió pidiéndole que especificara de qué peligro se trataba, ya que él mismo no lo podía advertir. Abraham, estimulado por el hecho de ver que Freud estaba dispuestoo a escuchar críticas, aun cuando éstas se dirigieran a sus amigos más cercanos, le manifestó francamente que en los dos libros en cuestión veía los signos de una regresión científica que se asemejaba mucho a la de Jung doce años atrás. La única esperanza que cabía era una franca discusión entre los miembros del Comité, a realizarse antes del próximo Congreso (en abril).

Sachs sentía más simpatía por la innovación de Rank que Abraham, pero señaló una debilidad fatal en la exposición que de su teoría hacía Rank: «El trauma del nacimiento no puede probarse con materiales etnológicos o tomados de la psicología de la religión más de lo que se puede comprobar el complejo de Edipo. La interpretación de los sue-

ños y la teoría de las neurosis son supuestos previos sin los cuales el tótem y el tabú no serían concebibles siquiera.»

Freud se había sentido un poco molesto ante la idea de que, por un momento, Abraham hubiera dudado de su disposición a prestar oídos a una crítica penosa y admitía que las posibilidades entrevistas por Abraham no se hallaban muy lejos de las que él mismo podía ver. Pero, decía, estos dos hombres difieren fundamentalmente de Jung y no los ha movido nada más que el deseo de encontrar algo nuevo. De modo que el único peligro a que se exponían era el de estar equivocados, «cosa que en la labor científica es difícil de evitar». «Pongámonos en un caso extremo, y supongamos que Ferenczi y Rank hayan afirmado directamente que nosotros habíamos estado en un error al haber asentado nuestros cuarteles sobre la idea del complejo de Edipo. El asunto decisivo estaría en el trauma de nacimiento, y todo aquel que no lo hubiera superado terminaría naufragando en la situación edípica. En tal caso, en lugar de nuestra etiología de las neurosis nos encontraríamos con otra, condicionada a accidentes fisiológicos, ya que habrían de hacerse neuróticos o bien los chicos que hubieran pasado por un trauma de nacimiento especialmente grave o los que hubieran llegado al mundo con una constitución especialmente sensible al trauma. Más aún: sobre la base de esta teoría muchos analistas introducirían algunas modificaciones en su técnica. ¿Qué otro daño podría provenir de esto? Podríamos permanecer todos con tranquilidad, bajo el mismo techo, y al cabo de unos pocos años de trabajo se vería clarametne si el caso es que algunos analistas han sobreestimado un hallazgo valioso o más bien otros lo han subestimado. Tal me parece a mí la situación. Por supuesto no puedo negar fundamento, de antemano, a las razones y argumentos que usted pueda adoptar en este asunto, y por ello me siento muy inclinado a la discusión que usted propone.»

Estas dos cartas de Freud —a las que podrían agregarse otras muchas— representan por sí solas un decisivo mentís a la leyenda que algunos autores han inventado acerca de él: que era un hombre nada dispuesto a permitir a ninguno de sus discípulos que tuviera ideas propias o distintas de las suyas.

Evidentemente Freud no había contado con las relaciones de los dos autores. Dos días después de escribir a Abraham, y no con mucho tacto, por cierto, informó a Rank de las sospechas de Abraham sobre su semejanza con Jung, y Rank pasó por supuesto la información a Ferenczi. Se hace difícil decir cuál de los dos se enojó más. Ferenczi escribió denunciando la «ilimitada ambición y envidia» que se ocultaba tras la «máscara de cortesía» de Abraham, declaró que con su acción había señalado el destino del Comité, y pretendió que había perdido el derecho a ser elegido presidente de la Asociación Internacional, lo que se había dispuesto que tuviera lugar durante el próximo Congreso. La cosa ya estaba hecha.

Freud había sido excesivamente optimista al suponer que los cuatro (Abraham, Ferenczi, Rank y yo) habríamos de arreglar fácilmente las cosas por nosotros mismos y evidentemente fue para él una sorpre-

sa nada agradable el encontrarse con la tempestad que él mismo, sin quererlo, había provocado. Se apresuró a asegurar a Ferenczi que tenía la más absoluta confianza en la lealtad de él y de Rank, agregando: «Sería algo triste tener que sentirme desengañado después de convivir durante quince o diecisiete años.» Pero no podía ocultar lo desolado que se sentía ante los hechos ocurridos. «Yo no dudo que los demás miembros de lo que hasta hoy fue el Comité sienten consideración y buena voluntad hacia mí, pero así y todo se me va a dejar en la estacada precisamente ahora, cuando yo soy un inválido, con mi capacidad de trabajo disminuida y en un estado de ánimo que me hace rehuir todo lo que sea una carga y no sentirme capaz de sobrellevar una preocupación grande. No estoy tratando de inducirle con mis lamentos a dar paso alguno en el sentido de conservar la vida del ya perdido Comité. Bien lo sé: lo ido se ha ido y lo perdido, perdido.[102] He sobrevivido al Comité que tenía que haber sido mi sucesor. Quizá sobreviviré a la Asociación Internacional. Es de esperar que el psicoanálisis me sobrevivirá. Pero todo esto contribuye a hacer un sombrío final de mi vida.»

En este estado de ánimo de resignada desesperación, Freud se volvió incluso contra el leal Abraham, a quien hacía responsable ahora de todas las dificultades. Escribió a Abraham una carta en términos duros y no del todo amistosos, en la que le decía: «Por mucho que su reacción frente a Ferenczi y Rank haya sido justificada, su comportamiento no fue por cierto amistoso. Y es esto lo que ha puesto realmente de manifiesto que el Comité ya no existe. Porque ya no existen los sentimientos que puedan convertir a este grupo de personas en un Comité. Creo que es a usted a quien correponde ahora detener toda ulterior desintegración y confío en que Eitingon le sea útil en ello.» En algunas ocasiones, Freud era capaz de ser enteramente injusto, y ésta era una de ellas. Su condena, bastante infundada, de Abraham continuó tal cual, cosa que solía ocurrir con Freud. Pero al referirse al supuesto mal comportamiento de Abraham (y acaso también el mío), manifestaba: «Un poco más o menos de injusticia, cuando uno es arrastrado por la pasión, no es razón valedera para condenar a personas por quienes, por otra parte, se siente afecto.»

Pero Abraham no se dejó arrinconar. En términos amistosos, pero firmes, rechazó toda acusación, y tuvo el coraje necesario para atribuir el cambio de actitud de Freud —con toda razón— al resentimiento que en éste provocaba el hecho de que se le enfrentara con una verdad dolorosa.

A causa de un ataque de gripe, Freud no pudo asistir al Congreso de Salzburgo, en la Pascua de 1924. Ferenczi y Rank se habían negado terminantemente a participar en discusión alguna sobre sus trabajos, de modo que la reunión del Comité, que había sido planeada para la víspera del Congreso, no se celebró. El hecho fue que, diez días antes de esa fecha, Rank envió una circular en la que anunciaba la disolución del Comité, decisión que Ferenczi aceptó con enojo y Freud con pena.

Pero ni el infatigable Abraham ni yo estábamos contentos de dejar las cosas como estaban. Juntos abordamos a Ferenczi en la primera

oportunidad que tuvimos durante el congreso, y Abraham le dijo con toda franqueza que se había iniciado en una senda que habría de alejarle por completo del psicoanálisis. Su lenguaje fue tan absolutamente sincero y objetivo que Ferenczi sólo pudo responder con una sonrisa y protestas tales como ésta: «Usted no puede pensar realmente lo que dice.» A esto siguió una conversación tranquila y de tono crecientemente amistoso. Presente Sachs como mediador entre nosotros, se pudo restablecer un considerable grado de armonía.

Rank, en cambio, se mostró completamente inaccesible y abandonó el congreso en su segundo día, en viaje a Estados Unidos. Más tarde, dijo a Freud que había abandonado tan rápidamente el congreso, antes de la reunión de asuntos administrativos, porque le resultaba imposible presenciar la elección de Abraham como presidente. Los temores que abrigaba Freud acerca de una áspera ruptura durante el congreso resultaron infundados. En el simposio en que debía ser mencionado el tema del trauma del nacimiento, los tres analistas de Berlín que tuvieron que ocuparse de él hablaron con toda moderación y objetividad.

Llegado el momento, fue Ferenczi mismo quien propuso la designación de Abraham como presidente. Al escribirle felicitándole por su designación, le decía Freud: «En cuanto al juicio de los hechos, yo me siento muy cerca de su punto de vista, o más bien me estoy aproximando a él cada vez más, pero en cuanto se refiere a las personas no puedo estar todavía de su parte. Estoy convencido de la corrección de su conducta, pero así y todo pienso que usted debió de haber procedido de otra manera.» Su afecto por Abraham había vuelto a ser plenamente el de antes. En la carta siguiente, le llamaba su «roca de bronce» y le daba explicaciones sobre su actitud anterior. «Para no sentirse disgustado conmigo usted tendría que ponerse (con toda intensidad) en mi caso. Aun cuando se me considera en vías de restablecimiento, abrigo en lo hondo una convicción pesimista de que se acerca el final de mi vida. Esta convicción se alimenta de los tormentos que incesantemente me ocasiona mi cicatriz. Padezco una especie de depresión senil centrada en el conflicto entre un irracional amor a la vida y un sentimiento, más sensato, de resignación... Si estoy equivocado y esto resulta ser apenas un periodo pasajero, seré yo mismo el primero en notarlo y en ese caso, una vez más, arrimaré el hombro al trabajo.»

Su primitivo entusiasmo por el libro de Rank disminuía rápidamente. En esa misma carta escribía: «Cada vez me alejo más y más del *Trauma del nacimiento*. Confío en que "se desinflará" por sí mismo si no se le hace objeto de críticas muy serias y entonces Rank, a quien valoro por su talento y por los grandes servicios prestados, habrá sacado de ello una provechosa lección.»

Durante algunas semanas había tratado de aplicar la teoría de Rank en su labor diaria, interpretando las asociaciones, cada vez que le era posible, en términos de nacimiento, pero sin recibir reacción alguna de sus pacientes ni advertir en ellos ningún otro efecto. Ferenczi, en cambio, había obtenido resultados magníficos aplicando el mismo método y no podía prescindir de él ni en uno solo de los casos.

Ames, entonces presidente de la Sociedad de Nueva York, había invitado a Rank a hacerle una visita de seis meses. Unos tres meses después comenzaron a llegar a Europa informaciones sumamente intranquilizadoras. Sus afirmaciones de que el «viejo» psicoanálisis había sido completamente dejado atrás con sus nuevos descubrimientos y de que un análisis podía realizarse ahora en tres o cuatro meses causaron una considerable impresión. Buena parte de la gente más joven se sintió cautivada por este maravilloso progreso, mientras que los menos impresionables, especialmente Brill, se sintieron simplemente asombrados, y querían saber, naturalmente, qué era lo que Freud tenía que decir al respecto de todo esto. Freud confió al comienzo en que los informes fueran exagerados, si bien entendía que Rank procedía mal al difundir ideas que aún no habían sido puestas debidamente a prueba. Pero unas pocas semanas después llegó una carta sumamente desagradable de Rank. A Freud le resultaba difícil creer lo que estaba leyendo: no parecía de ningún modo el Rank a quien había conocido hasta entonces. Se sintió completamente desconcertado. «Realmente ya no entiendo a Rank. ¿Puede usted hacer algo para aclararme esto? Durante quince años le he conocido como una persona completamente afectuosa, dispuesta siempre a prestar un servicio, discreto, absolutamente responsable, tan capaz de recibir sugerencias nuevas, tan carente de inhibiciones para la elaboración de nuevas ideas propias, que en toda disputa se colocaba siempre de mi parte y esto, según yo creía, sin ninguna compulsión interna para hacerlo... ¿Cuál es el Rank verdadero, el que conocí durante quince años o el que Jones me ha estado señalando en los últimos años?»

Envió una copia a Eitingon. «Abraham, naturalmente, no tiene que enterarse para nada del contenido de la carta de Rank. Los sentimientos en ella expresados son demasiado feos. Hay en ella un tono de malicia y hostilidad que no me permite esperar un buen desenlace.» Rank había reprochado a Freud, evidentemente, lo mal que le había tratado al no aceptar plenamente las nuevas ideas que se le ofrecían. En una carta dirigida a Ferenczi, protestaba Freud: «También yo reclamo el derecho a hacerme mi propio juicio y no me creo obligado a aceptar incondicionalmente las innovaciones de un principiante, ya que por mi parte me he mostrado dispuesto a permitir que cada uno tenga sus propias opiniones, dentro de los límites de nuestro trabajo en común.» Rank daba también como explicación de sus sentimientos de hostilidad el que Freud hubiera prestado oído a las críticas de Abraham. Freud comentó atinadamente que con esto estaba incurriendo en una realmente curiosa venganza contra Abraham, ya que tomaba precisamente el camino que aquél sospechó que tomaría. Freud le había escrito a Rank, no con mucho tacto por cierto, que él no habría escrito el libro de haber sido analizado, por el peligro de proyectar los propios complejos sobre la teoría. (Sin embargo, sólo ocho meses antes había señalado Freud que en los quince años que había conocido a Rank, apenas si se le había ocurrido que éste precisara ningún análisis.) Rank replicó airadamente que por todo lo que él conocía de los analistas preparados por Freud, le parecía una suerte no haberse analizado nunca. Freud hizo el siguiente co-

mentario: «Esto ya sobrepasa toda medida, lo mismo que el pasaje en que califica a Abraham como una persona absolutamente ignorante y un niño que no sabe cuándo debe sujetar la lengua.»

Si bien abrigaba aún alguna esperanza de retorno del hijo pródigo, Freud ya estaba preparado para cualquier emergencia. «Rank es arrastrado a apartarse del psicoanálisis por su descubrimiento, del mismo modo que Adler, pero si se independiza sobre la base de la solidez de ese descubrimiento no tendrá la misma suerte, ya que su teoría contradice el sentido común de los profanos, que se han visto halagados, en cambio, por la lucha adleriana por el poder... Cuando vuelva a recobrar su sensatez habrá llegado el momento, por supuesto, de volver a aprovechar sus extraordinarios servicios y su irreemplazable colaboración y de perdonarle todas sus divagaciones. No me animo a esperar tanto, sin embargo; la experiencia nos enseña que una vez que el diablo se ha puesto en camino no se detiene hasta llegar al fin. Me siento muy mortificado con la idea de que finalmente resultara cierto todo lo que decía Jones.»

La conversación que Abraham y yo mantuvimos con Ferenczi en el Congreso de Salzburgo tuvo probablemente cierto efecto sobre él. Había estado al borde del precipicio y ahora se retiraba de él de una manera absolutamente indudable. Después de leer la dura carta de Rank, escribió a Freud que se apartaba definitivamente de aquél.

A finales de septiembre, recibió Freud otra carta de Rank, escrita esta vez en tono más pausado, pero sin duda más definitiva. Después de recibirla, Freud le consideró definitivamente perdido. Todo este episodio de la curiosa conducta de Rank en Estados Unidos recordaba mucho la visita que a este país había hecho Jung en 1912, y el desenlace final resultó también el mismo.

A su regreso a Viena, al mes siguiente, Rank mantuvo con Freud una conversación de tres horas. Produjo a Freud una impresión confusa y explicó toda su conducta por la provocación que atribuía a Abraham. Este le había dado la idea de que Freud quería deshacerse de él, de modo que tenía que pensar en ganarse la vida en alguna otra parte. La entrevista fue insatisfactoria y no condujo a nada. El rasgo dominante de la misma fueron sus evasivas negaciones. Al final de la conversación, Rank anunció su intención de volver a Estados Unidos. El 19 de noviembre Rank visitó a Freud para despedirse de él. Debió de ser ésta una entrevista penosa y embarazosa. Freud dijo que lo sentía terriblemente por Rank, porque advertía que éste tenía un peso sobre su corazón que le resultaba completamente imposible expresar. No abrigaba muchas esperanzas de volverle a ver nunca más. Ese mismo día recibió Freud una carta de Brill que le causó una profunda impresión. En términos aterradores, éste le informaba de las extraordinarias doctrinas que los discípulos de Rank habían manifestado llenos de gozo: ya no era necesario analizar los sueños ni hacer ninguna interpretación que no fuera la del trauma del nacimiento y se sentían aliviados también de no tener que ocuparse del molesto tema de la sexualidad.

Freud no sentía hacia él resentimiento alguno, por mucho que de-

plorara su pérdida. Tampoco yo. Freud, que creía entonces que Rank había abandonado Viena para siempre, me había escrito sobre la situación: «Como usted ve, se ha evitado una ruptura categórica. Rank mismo no intentó tal cosa, y un escándalo no habría favorecido a nadie. Pero toda relación íntima con él ha terminado... No solamente a mí mismo sino a las otras dos personas presentes en la entrevista, nos resultaba muy difícil considerarle sincero y dar crédito a sus afirmaciones. Lamento mucho tener que decir que usted, querido Jones, finalmente tenía toda la razón.» En una carta posterior, me escribió:

«El asunto Rank está llegando ahora a su fin... No crea usted que la cosa me ha turbado mucho o que ha de tener especiales consecuencias para mí. Esto no deja de ser bastante curioso en realidad, si se tiene en cuenta el papel que ha desempeñado Rank en mi vida durante una década y media. Puedo distinguir tres explicaciones de esta frialdad de mis sentimientos. En primer lugar, puede ser una consecuencia de mi vejez, a causa de la cual las pérdidas ya no me pesan tanto. En segundo lugar, me digo que la relación se ha visto, por así decir, amortizada en estos quince años; no es lo mismo cuando una persona se muestra desleal al cabo de dos o tres años que si esto ocurre después de realizar durante bastantes años una tarea extraordinariamente grande. En tercer lugar, y por cierto no en último orden de importancia, es posible que yo me sienta tan tranquilo porque no puedo advertir en mí absolutamente ningún rasgo de responsabilidad en cuanto a todo este proceso.»

Entonces ocurrió un milagro. Rank prosiguió su viaje solamente hasta París y allí fue presa de un grave ataque de depresión; el último que había sufrido se había producido cinco años antes. Volvió a Viena y fue a ver a Freud en la segunda semana de diciembre. Otra vez estaba cambiado. Aparte de su depresión, parecía tener una clara visión de lo que le afectaba. Para decirlo en las palabras de Freud, acababa de salir de una afección psiquiátrica. Discutió todo el asunto con Freud como si estuviera en un confesionario. Había sido un episodio realmente trágico y que estuvo a punto de desembocar en una tragedia verdadera. Freud se sintió hondamente conmovido y lleno de júbilo por el reencuentro con su viejo amigo y partidario. Escribiendo a Eitingon decía que Rank había «actuado» su neurosis exactamente en la forma que él y Ferenczi describían el caso en su libro escrito en colaboración, y que el contenido de la misma era sumamente similar al de las teorías que Rank había expuesto en su libro sobre el trauma del nacimiento. Rank se sentía ahora abrumado ante la idea de lo que había ocurrido y sólo abrigaba un deseo: el de desvirtuar los males que había causado. Tenía la intención de regresar a Estados Unidos para ello, cosa que a Freud no le parecía nada fácil. Freud señalaba que podía entender bien que nosotros mantuviéramos aún cierta desconfianza, pero que él, por su parte, con un mayor conocimiento de la situación, había dejado de lado toda reserva. A Abraham le manifestó que estaba completamente seguro de que Rank

se había curado de su neurosis mediante la experiencia que había vivido, tal como hubiera ocurrido mediante un análisis en regla.

El optimismo y el alivio que sentía Freud se hallan expresados en una carta de esa misma fecha, dirigida a Joan Rivière: «Usted debe haberse enterado de que aquí hemos tenido un desagradable episodio con el doctor Rank, que fue de todos modos una cosa temporal. Ha regresado a nosotros completamente y nos ha explicado su conducta de una manera que obliga a la tolerancia y el perdón. Ha pasado por un estado neurótico grave, está recuperado ahora, y ve y comprende claramente todo lo ocurrido. Aún no ha superado la depresión, resultado comprensible de esta experiencia.»

Dos rasgos notables pueden señalarse en el optimismo de Freud, que sólo cabe explicar por el intenso alivio que significaba no haber perdido un amigo que durante tantos años había sido de incalculable valor para él. Uno de ellos es el hecho de saber que Rank sufría de una ciclotimia,[103] hecho que ya había comentado años atrás. Freud tenía una formación psiquiátrica y sabía muy bien que la recaída es casi inevitable en este mal, si bien era capaz de reprimir esta obvia consideración. La actual fase de melancolía de Rank, en efecto, fue reemplazada nuevamente por otra de manía, apenas seis meses más tarde, con la habitual alternancia de estas fases en los años sucesivos. El otro rasgo realmente curioso era la aparente aceptación de la herejía que precisamente habíamos estado combatiendo en la teoría, es decir, que el estudio de una experiencia recurrente podía reemplazar a un análisis genético más profundo: que la terapéutica de las vivencias (*Erlebnis)* podía reemplazar al psicoanálisis.

El 20 de diciembre de 1924, Rank envió una circular explicando lo que le había ocurrido y solicitando nuestro perdón. Se disculpaba humildemente ante Abraham y ante mí por lo mal que había procedido con nosotros y expresaba su esperanza de que podríamos reanudar nuestra relación de amistad. Su hostilidad hacia Freud, nos decía, era parte de una neurosis que se había puesto de manifiesto con motivo de la peligrosa enfermedad de aquél. Todos nosotros le contestamos, naturalmente, intentando tranquilizarle y asegurándole nuestra comprensión y simpatía.

Pero en cuanto al Comité, no esperamos a este feliz desenlace con Rank para volver a estrechar sus vínculos internos. Freud ya había sugerido, en efecto, a Ferenczi, que, contando nuevamente con un Comité cuyos miembros podían actuar en armonía (por la salida de Rank), reanudáramos nuestra anterior costumbre de enviarnos mutuamente, y en periodos regulares, circulares.

Todos, naturalmente, respondimos gustosos a esta invitación y aceptamos también la proposición que ya había hecho Abraham de que Anna Freud, que había iniciado su labor psicoanalítica unos años antes, ocupara en el Comité la vacante dejada por Rank.

Rank partió para Estados Unidos el 7 de enero de 1925 y Freud escribió a Brill exponiéndole ampliamente la situación y pidiéndole que ayudara a Rank en la difícil tarea que éste tenía ante sí. Apelaciones como

ésta a la generosidad de Brill nunca fueron hechas en vano. Nos informó que Rank estaba haciendo todo lo que podía, pero que se hallaba en un estado bastante insatisfactorio. Rank permaneció esta vez apenas unas semanas en Nueva York, y regresó a Viena a finales de febrero en un estado lamentable y muy deprimido.

En junio, informó Freud que Rank había salido de su estado de depresión y que los dos mantenían provechosas conversaciones analíticas. Rank leyó un trabajo en el Congreso de Homburg de septiembre de 1925. Era muy confuso y fue leído a una velocidad tal que el mismo Ferenczi, que conocía muy bien las ideas de Rank, no lo pudo seguir. Estaba muy excitado y hablaba de sus amplios planes para el futuro, pero no manifestaba una actitud amistosa hacia ninguno de nosotros. Después del Congreso partió por tercera vez para Estados Unidos. Freud aprobó la resolución de hacer el viaje y aun estaba seguro de que no habría de producirse una repetición de los anteriores brotes.

Pero a su regreso a Viena se mostró muy abstraído y el 12 de abril de 1926 —cosa muy significativa, tres semanas antes de la celebración del septuagésimo cumpleaños de Freud— se presentó por última vez, para despedirse. «Rank partió para París, por ahora, pero probablemente nada más que de paso para Estados Unidos. Puede haber tenido para ello varios motivos... pero lo esencial del caso es que esta vez puso en práctica en un estado de sobriedad, por decir así, la misma cosa que antes intentó realizar en un tormentoso ataque patológico: separarse de mí y de todos nosotros. Dos cosas quedaron absolutamente claras: que no estaba dispuesto a renunciar a ningún aspecto de la teoría en que había colocado su neurosis, y que no dio el menor paso en el sentido de acercarse aquí a la Sociedad. Yo no pertenezco a la clase de personas que exigen a los demás mantenerse encadenados o venderse para siempre por motivos de "gratitud". Se le ha dado mucho y él, en retribución, ha hecho mucho también. Estamos en paz. En su visita final no he visto motivo alguno para expresarle mi especial ternura; me mostré sincero y duro. Pero ya podemos "poner la cruz sobre su nombre". Abraham tenía razón.»

Una de las raras alusiones a Rank que hizo Freud en los años posteriores, fue en 1937. Era sobre el tema de los análisis breves y la dificultad de lograr que éstos pudieran ser eficaces. Refiriéndose al intento de Rank de realizar análisis breves, en pocos meses, concentrándose en el trauma del nacimiento, decía Freud: «No puede negarse que estas ideas de Rank eran audaces e ingeniosas, pero no resistieron las pruebas de un examen crítico. Fueron concebidas bajo la presión del contraste entre la miseria de la posguerra en Europa y la *prosperity* de Estados Unidos y parece que fueron formuladas para acelerar la velocidad de la terapéutica analítica y ponerse así a tono con el precipitado ritmo de la vida en Estados Unidos.»

No nos corresponde ocuparnos aquí de la carrera posterior de Rank, como no lo hemos hecho con respecto a los disidentes anteriores, Adler, Steckel y Jung. Lo único que importaba a Freud era que la labor que ellos realizaban quedara bien diferenciada del psicoanálisis.

Hay ciertas analogías entre la defección de Rank y la de Jung que quizá valga la pena comentar. Los dos comenzaron en medio de un gran secreto y siguieron después con una considerable oscuridad en la exposición de sus respectivas divergencias. Los dos se manifestaron por primera vez en estancias en Estados Unidos, seguidas, en uno y otro caso, por una carta personal de áspero estilo. Después, siguió una disculpa muy pronunciada, pero temporal. Las divergencias, en los dos casos, fueron percibidas por los demás mucho tiempo antes de que Freud admitiera la posibilidad de las mismas. Aun al hacerlo, en ambos casos, Freud realizó toda clase de esfuerzos en pro de la reconciliación, y al fracasar éstos se olvidó del asunto. La diferencia más destacada entre uno y otro caso es, naturalmente, que Jung no padecía ninguno de los trastornos mentales que llevaron a Rank al descalabro, con lo cual pudo llevar a cabo una vida excepcionalmente fructífera y provechosa.

28. Progreso y desdicha (1921-1925)

Contrariamente a sus presagios durante la guerra, la obra y el nombre de Freud se difundían ahora con más amplitud que nunca. Sus libros eran ávidamente buscados y se traducían a diversos idiomas. Hasta en Francia hubo una solicitud de André Gide, uno de los directores de la *Nouvelle Revue Française,* requiriéndole la autorización para publicar sus obras. En Alemania, se fundaban nuevas sociedades en Dresde, Leipzig y Munich. La Asociación Británica para el Progreso de la Ciencia había decidido crear una rama dedicada a la psicología e invitó a Freud a inaugurarla con un discurso, cosa que éste no aceptó.

Desde el punto de vista profesional, estaba plenamente ocupado. Desde entonces en adelante tomó menos pacientes, ya que había muchos discípulos, procedentes principalmente de Estados Unidos y de Inglaterra, deseosos de aprender su técnica. En el mes de julio manifestó que había prometido analizar el doble de personas de las que realmente podría atender al reiniciar su trabajo en octubre. Llegado el momento aceptó diez personas.

A comienzos de año, la editorial publicó un libro de Groddeck, titulado *Der Seelensucher*. Era un libro picante, con algunos pasajes obscenos. Varios analistas, especialmente Pfister, consideraron que no era el tipo de libro para una editorial reconocidamente científica, y la Sociedad Suiza celebró una reunión especial de protesta. A juicio de Freud el libro era muy entretenido y todo lo que dijo en respuesta a las indignadas cartas que incesantemente llovían de Suiza fue: «Estoy defendiendo enérgicamente a Groddeck contra la respetabilidad de ustedes. ¿Qué es lo que ustedes habrían dicho si hubieran sido contemporáneos de Rabelais?»

El 3 de abril nació otro nieto, Anton Walter, hijo de Martin Freud, y el 31 de julio otro más, Stephan Gabriel, el primer hijo de Ernst Freud. El abuelo se quejaba de tener cuatro nietos y ni una sola nieta.

En este momento, las constantes quejas de Freud acerca de que se sentía envejecer tomaron un inusitado cariz: «El 13 de marzo de este año, de forma repentina, he dado verdaderamente un paso hacia la vejez. Desde ese momento no me ha abandonado la idea de la muerte y a veces tengo la impresión de que siete de mis órganos internos están luchando por el honor de poner fin a mi vida. Ningún hecho especial se produjo que pudiera justificarlo, a no ser que ese día Oliver se despidió porque viajaba a Rumanía. Así y todo no he sucumbido a la hipocondría y lo miro todo fríamente, como si se tratara de mis especulaciones de *Más allá del principio del placer.*»

El 15 de julio Freud se dirigió a Badgastein —a la villa Wassing, como de costumbre—, con su cuñada Mina, que también necesitaba ponerse en tratamiento allí. Su esposa y su hija, entre tanto, pasaban unas vacaciones en Aussee, en el Salzkammergut. El 14 de agosto se reunieron todos en Seefeld, un poblado a cerca de mil seiscientos metros sobre el nivel del mar, en el norte del Tirol, cerca de la frontera bávara. Permanecieron allí en la pensión Kurheim. Se quejaba todavía de fatiga del corazón, palpitaciones y otros síntomas cardíacos. Pero pronto se repuso con el aire de la montaña. Era un paraje ideal, donde podía caminar durante horas enteras.

Allí recibió varias visitas. Van Emden, que se encontraba en Salzburgo, fue a verle dos veces, y también Ferenczi pasó un día con él. La visita de mayor importancia fue la de Brill, a quien no había visto desde la guerra, pero después de esto resultó casi imposible lograr que enviara una sola carta. Freud tomaba siempre a mal no recibir contestación a sus cartas, y comenzó a perder la paciencia. A finales de enero envió a Brill una carta muy enérgica, que equivalía a un ultimátum. Le amenazaba con romper totalmente las relaciones con él y le quitó todo nuevo derecho de traducción. Pero aun con esta carta tardó seis meses en contestar. Freud estaba cada vez más irritado y comenzó a pensar que el caso no tenía remedio: «Brill se está comportando de una manera vergonzosa. Hay que deshacerse de él.» Finalmente Brill hizo la cosa más sensata, que yo le estaba reclamando desde hacía algún tiempo: vino a Europa para hablar ampliamente con Freud. Como era de esperar, el resultado fue enteramente satisfactorio: «Brill ha estado conmigo los últimos días. Está muy bien, enteramente dispuesto a ayudarnos, completamente responsable y confiesa sus deficiencias neuróticas. Es una gran adquisición para nosotros.» Esto significó un gran alivio para mí, ya que, dejando aparte los sentimientos personales, había muchas cosas de orden práctico que dependían de poder comunicarme con Brill. Este trató de verme en Inglaterra, pero yo acababa de partir para el continente, de modo que no nos encontramos. Tuvieron que pasar aún tres años para que nos volviéramos a reunir.

Freud salió de Seefeld, en viaje a Berlín, el 14 de septiembre, y de allí se dirigió a Hamburgo, para ver a sus dos nietos. Todos los miembros del Comité nos encontramos con él en Berlín el 20 de septiembre, y viajamos todos juntos a Hildesheim. Teníamos propósito de hacer un viaje de diez días por la región de Harz. Abraham, que la conocía bien, haría de guía. Permanecimos primeramente en Hildesheim y luego en la encantadora y vieja ciudad de Goslar. De ahí subimos a la cima del Brocken, un paraje de especial interés para mí por su relación con brujas, e incluso pude echar un vistazo al famoso espectro de Brocken. Todos los días realizábamos expediciones a pie, y a todos nos impresionaba lo veloz e incansable que se mostraba Freud en tales ocasiones.

Fue ésta una de las raras ocasiones en que todo el Comité pudo reunirse en pleno y la única en que los miembros del mismo pasamos unas vacaciones junto a Freud. Esto era en sí mismo un acontecimiento portentoso. Al final del viaje nos manifestó Freud: «Hemos pasado jun-

tos por algunas cosas, y esto siempre une a los hombres.» Son pocas las ocasiones, sin embargo, en que todo transcurre de un modo perfecto, y la presente experiencia se vio ligeramente turbada por un serio resfriado que nos acometió a todos. El de Freud fue especialmente malo, pero nos aseguró que no le afectaba: «Se trata sólo del hombre exterior.»

En el curso de esos días tuvimos, por supuesto, bastante tiempo para mantener prolongadas conversaciones acerca de diferentes temas científicos de interés común. Freud nos leyó dos trabajos que había escrito especialmente para esa ocasión, que fue la única vez en que ocurrió tal cosa. Uno era sobre telepatía: había comenzado a escribirlo a finales de julio y lo había terminado en tres semanas.

El otro trabajo que nos leyó es más conocido, ya que fue publicado al año siguiente. Freud había anunciado en el mes de enero anterior que repentinamente había alcanzado una profunda comprensión —«hasta la roca viva»— del mecanismo de los celos paranoicos. Esto provenía del estudio de un paciente norteamericano que yo le había enviado, el primero desde la época de la guerra.

Freud regresó a Viena, después de este viaje, el 29 de septiembre, y no pasó mucho tiempo hasta que comenzó a «sentir la nostalgia de Hildesheim y Schiercke como si se tratara de un lejano sueño».

En el mes de diciembre, Freud tuvo la satisfacción de verse designado miembro honorario de la Sociedad Holandesa de Psiquiatras y Neurólogos, y aún más por cuanto su nombre contó con la aprobación del profesor Winckler, un hombre que a menudo había combatido el psicoanálisis. La resolución no fue unánime, pero fue tomada por 50 votos contra 20. Era la primera vez que Freud recibía honores de esta clase y ello señaló el comienzo de un cambio en la estima profesional de su obra. Desde ese momento hubo un reconocimiento común de que parte de la misma, a pesar de sus muchos supuestos «errores», era de gran importancia y que Freud mismo era una eminencia científica.

Este año comenzó con la visita a Viena de varios miembros del Comité. Había en esa época cierto número de personas procedentes de Estados Unidos y de Inglaterra estudiando psicoanálisis con Freud, y éste concibió la idea de ampliar lo que aprendían en sus propios análisis, haciendo que varios analistas de Viena pronunciasen conferencias para ellos sobre aspectos teóricos de la materia. Más tarde, a requerimiento de los mismos interesados, fueron a Viena Abraham, Ferenczi, Róheim y Sachs, en la primera semana de enero, para pronunciar cada uno de ellos un par de conferencias. La iniciativa resultó todo un éxito.

El nombre de Freud estaba convirtiéndose en algo muy habitual en Londres en esa época. En enero apareció una fotografía suya en *The Sphere*, una revista semanal muy en boga. Pero los editores, en general, tenían que cuidarse de la policía. Kegan Paul, que había sido procesado por editar una autobiografía considerada obscena —y en esa época sexualidad y psicoanálisis eran conceptos equivalentes—, decidió que la venta de la traducción del *Leonardo* de Freud, que estaba a punto de editar, debería restringirse a los miembros de la profesión médica, de modo que la gente del arte pudiera mantenerse libre de la contaminación.

Pero, para Freud, su creciente popularidad era más bien un peso: «Lamento no haber contestado su penúltima carta. A veces mi pluma se vuelve pesada. Tengo que atender mucha correspondencia para disuadir a los pacientes de venir a mí, ya que no dispongo del tiempo necesario para atenderlos, y para rechazar halagüeñas ofertas de escribir un artículo para tal o cual publicación. Estos son los inconvenientes de la popularidad. Son pocas las ventajas de la misma que alcanzo a ver.»

Comparando su situación con la época en que por primera vez le visitó Eitingon, escribía: «Mi situación ha cambiado mucho en estos quince años. Me siento aliviado de cuidados materiales, rodeado de la alharaca de una popularidad que para mí es repulsiva y envuelto en empresas que me roban tiempo y energía necesarios para una tranquila labor científica.» He aquí cómo describía, por otra parte, su estado de ánimo a Ferenczi en la misma semana: «Me complace por supuesto el que usted me escriba con tanto entusiasmo, como lo hace en su última carta, acerca de mi juventud y mi actividad, pero cuando me vuelvo hacia el "principio de realidad" sé que no es así y no me siento muy asombrado de que no lo sea. Mi capacidad de sentir interés se agota rápidamente: es decir, se aparta muy gustosa del presente hacia otras direcciones. Hay algo en mí que se rebela contra la obligación de seguir ganando un dinero que nunca es suficiente, y echando mano de los mismos recursos psicológicos que durante treinta años me han mantenido en pie frente al desprecio que siento por la gente y frente a nuestro detestable mundo. Siento surgir en mí extraños y secretos anhelos —quizá sea mi herencia ancestral— que me señalan el Oriente y el Mediterráneo y me hablan de una vida completamente diferente: deseos de la niñez avanzada que nunca se verán realizados y que no concuerdan con la realidad, como si quisieran sugerirme el aflojamiento cada vez mayor de mi relación con la misma. En lugar de todo esto... vamos a encontrarnos en el sobrio Berlín.»

La Universidad de Londres, de acuerdo con la Sociedad Histórica Judía, dispuso la realización de una serie de conferencias sobre cinco filósofos judíos: Filón, Maimónides, Spinoza, Freud y Einstein. La conferencia sobre Freud fue dada por Israel Levine (con mi ayuda). Un año más tarde publicó Levine un libro titulado *El inconsciente*. Fue el primer filósofo que demostró una plena comprensión de las ideas de Freud. Cuando éste leyó el libro, me escribió: «¿Quién es Israel Levine? Nunca me gustó tanto un libro sobre asuntos psicoanalíticos como éste sobre el inconsciente. *Rara avis*, si se trata de un filósofo. Quisiera conocerle mejor.»

Desde 1906 en adelante, Freud había mantenido ocasionalmente correspondencia con el famoso escritor Arthur Schnitzler. Es muy curioso que nunca se hubieran conocido personalmente, si bien se movían en círculos muy allegados y Freud conocía muy bien al hermano de Schnitzler, el distinguido cirujano. El mismo Arthur Schnitzler, en sus tiempos de actividad médica, había comentado la traducción hecha por Freud, en 1893, de *Leçons du Mardi*, las conferencias de Charcot, hecho que registró en su diario. A pesar de su notable intuición psicológica y tam-

bién de su admiración por las obras de Freud, con las que estaba familiarizado desde hacía tiempo, Schnitzler no admitió nunca estar de acuerdo con las conclusiones principales de aquél. Mantuvo muchas discusiones acerca de ellas con Reik, con Winterstein, conmigo y con otros analistas, pero no pudo superar su objeción a las ideas de incesto y de sexualidad infantil.

Este año se había producido en Nueva York una gran agitación con motivo de un incidente en que se vio envuelto Frink, quien siempre habló en términos muy elogiosos de su inteligencia y de lo mucho que prometía. Se había enamorado ahora de una de sus pacientes —que, como él, llevaba una vida matrimonial desdichada— y se proponía lograr el divorcio para casarse con ella. El esposo de la paciente estaba furioso y amenazaba con provocar un escándalo que llevaría a Frink a la ruina. Este no se había hecho estimar mucho a su regreso de Europa y muchos analistas —Brill y Jellife entre los más notables— comenzaron a preocuparse muy seriamente por la situación. Freud aprobaba en realidad el paso que iba a dar Frink; enamorarse es un error, pero ahora no había más remedio que aceptarlo. En Nueva York se difundían los más increíbles rumores: uno de ellos era que Freud mismo estaba dispuesto a casarse con la dama. El resultado final fue que el esposo en cuestión falleció en el momento crítico.

Anna Freud, que había leído un trabajo en la Sociedad de Viena sobre «Fantasías de pegar y sueños diurnos» el 31 de mayo, fue designada miembro de la Sociedad el 13 de junio de 1922, para gran satisfacción de su padre.

Freud no había demostrado ningún entusiasmo, al comienzo, ante la idea de que hubiera una clínica psicoanalítica en Viena. Los otros analistas de Viena, en cambio —especialmente Hitschmann, Helene Deutsch y Federn—, insistieron en la iniciativa, y en junio de 1921 el Ministerio de Educación les ofreció un local en un hospital militar. Finalmente, después de superar numerosas dificultades e interferencias, se inauguró el 22 de mayo de 1922 una clínica, con el nombre de Ambulatorium, en la Pelikangasse. Su director era Hitschmann. Había también allí una amplia sala en la que entonces comenzó a reunirse la Sociedad. Seis meses después, a pesar de todo, las autoridades médicas municipales ordenaron súbitamente su clausura y pasaron tres meses de discusiones hasta que se autorizó nuevamente su funcionamiento.

Durante las vacaciones de verano, Freud recibió la noticia del fallecimiento de su sobrina Cecilia (Mausi), de veintitrés años de edad, con la que estaba muy encariñado. Estando encinta había tomado una dosis excesiva de Veronal. Murió de una neumonía el 18 de agosto. Era la única hija que le quedaba a la hermana favorita de Freud, Rosa, cuyo hijo varón había muerto en la guerra. Freud se sintió «hondamente trastornado» por esta inesperada tragedia.

Ferenczi se hallaba en ese mes de agosto en Seefeld con Rank y allí recibieron la visita de Abraham y Sachs. Fue en esa oportunidad, un poco tardíamente, cuando decidieron fortalecer los lazos de intimidad del Comité llamándonos mutuamente por el nombre de pila y con el tra-

tamiento de «tú». Esto permitió superar, desde luego, cierto embarazo en el trato, dado que antes el tratamiento variaba de uno a otro miembro. Así, por ejemplo, yo tenía el hábito de tratar de «tú» a Ferenczi, Rank y Sachs, pero no así a Abraham o a Eitingon, y así sucesivamente.

Freud nos trataba a todos de «usted». Aparte de los miembros de su familia, las únicas personas que yo sepa que le trataban de «tú» eran el psiquiatra Wagner-Jauregg y el arqueólogo profesor Löwy, ambos amigos suyos de la época estudiantil. Probablemente, lo hacían también otros viejos amigos, tales como el profesor Königstein, Rosenberg y los hermanos Rie, pero no deja de ser curioso que Breuer conservara el viejo trato formal de *Verehrter Herr Professor*. Por lo que yo conozco, las únicas personas que le llamaban por su apellido, sin título alguno, fueron la famosa recitadora francesa y amiga de la familia Yvette Guilbert, el embajador norteamericano W. Bullitt y el novelista inglés H. G. Wells. Freud llamaba, naturalmente, a los miembros del Comité por sus apellidos, tanto en la conversación como en la correspondencia, con excepción de las cartas dirigidas a Eitingon después de julio de 1920, ya que a petición de éste las encabezaba con «Querido Max» *(Lieber Max)*. Es un poco extraño que no haya usado nunca el nombre de pila de Ferenczi. En las cartas dirigidas a éste y a Abraham, escribía siempre «Querido amigo» *(Lieber Freund)*.

El Congreso de Berlín, del 25 al 27 de septiembre de 1922, fue el último congreso al que habría de asistir Freud, si bien éste hizo serios esfuerzos para participar en los dos siguientes. El trabajo que leyó en esta ocasión llevaba por título *Algunas observaciones sobre el inconsciente*. Nunca se publicó. Los nuevos conceptos que aquí exponía fueron tomados de su libro *El yo y el ello*, que apareció poco después. Daban por tierra con su primitiva identificación del inconsciente, propiamente dicho, con los procesos psíquicos en estado de represión. Ahora se ocupaba de los aspectos inconscientes del yo no reprimido. Esto fue el comienzo de la nueva psicología del yo, un progreso fundamental de la teoría psicoanalítica. Los trabajos de Alexander, Abraham, Ferenczi, Hollós, Karen, Melanie Klein, Nunberg, Pfeifer, Rado, Róheim y el que esto escribe, entre muchos otros, demostraron más adelante haber servido de poderoso estímulo. Sobresalían especialmente el de Abraham sobre la *Melancolía* y el de Ferenczi, *Una teoría genital*. En general el nivel científico de este congreso fue más elevado que el de todos los anteriores.

En mi Memoria mencioné el hecho de que el número de miembros de la Asociación se había elevado, en los dos últimos años, de ciento noventa y uno a doscientos treinta y nueve.

Freud se mostró muy satisfecho del éxito del congreso y me felicitó especialmente por mi discurso de sobremesa. Recuerdo el pasaje del mismo que le resultó especialmente divertido y que puede servir para demostrar que los analistas no son tan huérfanos de humor como a menudo se sostiene. Se refería al rumor circulante acerca de que el anónimo donante del Policlínico de Berlín había sido en realidad Eitingon. Y yo dije: «En inglés poseemos dos notables proverbios: "la caridad em-

pieza por casa" y "el crimen ya aparecerá". Si aplicamos a esto los mecanismos de condensación y desplazamiento, llegaremos a la conclusión de que "el crimen comienza por casa", un principio fundamental del psicoanálisis, y "la caridad ya aparecerá", cosa que queda bien ilustrada por la dificultad de mantener en secreto el nombre del generoso donante del Policlínico de Berlín.»

Incluso en Viena, finalmente, el interés por el psicoanálisis estaba alcanzando amplios círculos, y Freud había sido invitado a pronunciar conferencias por el Doktoren-Kollegium, por la Sociedad de Librepensadores y hasta por las más altas autoridades policiales. De más está decir que no accedió a ninguno de estos requerimientos. Su trabajo profesional, más aún por el hecho de que lo estaba haciendo en un idioma extranjero, le resultaba muy pesado y le manifestó a Eitingon que lo estaba reduciendo a ocho horas diarias. A Pfister, que desde mucho atrás le había estado insistiendo en que redujera su ritmo de trabajo, le prometió que nunca más tomaría nueve pacientes a la vez.

En el mes de noviembre, el hijo de un viejo sirviente de Freud hirió de un disparo a su padre —aunque no en forma fatal—, cuando supo que había violado a su hermanastra. Freud no conocía personalmente al joven, pero, con su carácter humanitario, se veía siempre movido a compasión por los jóvenes delincuentes. De modo que contrató por su cuenta los servicios del doctor Valentin Teirich, la autoridad más destacada en ese campo y fundador de una institución destinada a promover la reforma de los procedimientos judiciales en la materia, para defender al joven. Escribió también un memorándum, en el que manifestaba que todo intento de buscar motivaciones más profundas no haría más que embrollar los hechos, bien claros por sí. El profesor Sträussler elevó también un memorándum similar, en el que sostuvo que la excitación del momento había producido en la mente del joven un «cortocircuito» equivalente a una alienación transitoria; este alegato fue aceptado y el joven fue declarado libre de culpa.

El 8 de diciembre nació un quinto nieto. Se trataba de Lucian Michael, hijo de Ernst, y actualmente un distinguido pintor.

1923 fue uno de los años críticos en la vida de Freud, el último de tales periodos. Fue un año en el que las fricciones entre Rank y yo le causaron una gran desazón, por cuanto ponía en peligro la armonía dentro del Comité, en el cual residía su principal esperanza en cuanto a la continuación de su obra después de su muerte. Pero más lúgubres que esto fueron, sin duda, los primeros indicios de la mortal enfermedad que habría de ocasionarle incontables sufrimientos antes de llegar a su fatal culminación. Muchas veces se había imaginado que tenía los días contados, pero esta vez, por lo menos, la temible realidad estaba a la vista.

Los primeros indicios del mal aparecieron en febrero, si bien Freud no hizo nada al respecto sino al cabo de dos meses. Tampoco hizo ninguna mención de ello a familiares ni amigos. La primera noticia que yo tuve al respecto me llegó en una carta fechada el 25 de abril (y escrita en inglés): «Hace dos meses he descubierto una formación leucoplástica en la mejilla y el paladar del lado derecho, que me hice extirpar el día

20. Todavía no estoy en condiciones de trabajar y no puedo tragar alimentos. Me han dado seguridades acerca del carácter benigno del proceso, pero, como usted bien sabe, nadie puede garantizar cómo irá a comportarse en caso de que se le deje crecer. Mi diagnóstico fue de epitelioma, pero fue rechazado. Se indica el tabaco como causante de esta rebelión de los tejidos.» La leucoplasia no es cosa tan siniestra a los sesenta y siete años como lo es a los cincuenta y siete, o más aún a los cuarente y siete, de modo que para mí se trataría solamente de una molestia local, en este momento ya enteramente superada. El único aspecto de la cuestión que despertaba algún recelo en mí era el hecho mismo de que Freud me lo hubiera mencionado. No era su costumbre ocuparse de asuntos referentes a su salud con nadie, excepto con Ferenczi —y aun esto lo ignoraba yo en esa época—, de modo que no dejaba de abrigar alguna duda acerca de si Freud no estaría revelando alguna cosa realmente grave.

Lo que había ocurrido era esto. En la tercera semana de abril, Freud consultó a uno de los más importantes rinólogos, Hajek, a quien conocía de mucho antes: era cuñado de Schnitzler. Hajek manifestó que se trataba de una leucoplasia debida al tabaco, pero al mismo tiempo, y en respuesta a una pregunta que se le formuló, hizo una observación nada tranquilizadora: «Nadie puede esperar que ha de vivir eternamente.» Aconsejó, sin embargo, la remoción del pequeño tumor —«una operación muy fácil»— e invitó a Freud a acudir a su consultorio externo alguna mañana. Unos días antes Freud había recibido la visita de Felix Deutsch por ciertos asuntos privados, y al final de la conversación aquél le pidió que le examinara «cierta cosa desagradable» en la boca, que un dermatólogo había considerado que era una leucoplasia, aconsejándole su extirpación. Deutsch tuvo inmediatamente la evidencia del cáncer y se sintió realmente desazonado cuando Freud le pidió que le ayudara «a abandonar este mundo en actitud decente» si estaba condenado a morir en medio del sufrimiento. Freud le habló luego de su anciana madre, para quien la noticia de la muerte del hijo sería sumamente difícil de sobrellevar. Parece ser que Deutsch vio en estas manifestaciones una amenaza directa de suicidio, seguramente mayor de la que contenían. Ya tendremos ocasión de ver que, llegada la hora crítica, Freud supo soportarla muy bien. En consecuencia, Deutsch se limitó a decirle que se trataba de una simple leucoplasia, y que realmente le convendría someterse a una operación para extirparla.

Al cabo de unos días de reflexión, Freud volvió a la clínica de Hajek sin decir una palabra a nadie en su casa. Cabe aclarar que esta clínica formaba parte de un hospital general de enseñanza, que carecía de habitaciones privadas. Muy pronto la familia tuvo la sorpresa de ser llamada telefónicamente desde la clínica, al objeto de que llevaran algunas cosas que Freud necesitaba para pasar la noche allí. La esposa y la hija corrieron apresuradamente a la clínica, donde encontraron a Freud sentado en una silla de cocina, en un consultorio del servicio externo del hospital, con las ropas cubiertas de sangre. La operación no se había desarrollado tal como se esperaba y la pérdida de sangre había sido tan

considerable que no convenía que el paciente volviera inmediatamente a casa. No había en la clínica ninguna habitación disponible, pero se pudo armar una cama en una pequeña habitación que tuvo que compartir con un enano cretino que se hallaba en tratamiento. La hermana de la caridad hizo que se retiraran las dos mujeres a la hora del almuerzo, durante la cual estaban prohibidas las visitas, asegurándoles que el paciente marcharía perfectamente bien. A su regreso, una o dos horas después, se enteraron de que había tenido una profusa hemorragia y que para pedir ayuda había tocado el timbre, que no funcionaba. Por su parte no estaba en condiciones de hablar ni de llamar a nadie. El enano se mostró muy servicial y corrió en busca de ayuda; después de algunas dificultades, la hemorragia fue detenida. Esta conducta del compañero de habitación posiblemente significó salvar la vida de Freud. Después de esto Anna se negó ya a retirarse y pasó la noche sentada junto a su padre. Este se hallaba debilitado por la pérdida de sangre, semiintoxicado por los medicamentos y sentía fuertes dolores. Durante la noche, Anna y la enfermera se sintieron alarmadas ante este cuadro y salieron en busca del médico interno, quien se negó, empero, a abandonar su lecho. Al día siguiente Hajek mostró el caso a un numeroso grupo de estudiantes, después de lo cual Freud pudo retirarse a su casa.

De esta manera terminó la primera de las treinta y tres operaciones que sufrió Freud antes de alcanzar el descanso final.

El tumor extirpado fue examinado y resultó ser efectivamente canceroso, si bien esto no se le dijo a Freud. El cirujano no tomó tampoco las diversas precauciones necesarias para evitar la contracción del tejido cicatricial, cosa que no se dejó de hacer en todas las intervenciones posteriores. Se produjo por ello una considerable contracción de los tejidos, lo cual redujo en gran medida el orificio bucal. Esto fue causa de grandes y constantes dificultades posteriores.

No es fácil comprender del todo la conducta de Hajek. Es posible que tuviera la impresión de haber hecho todo lo que estaba a su alcance en el caso y de que el tumor no habría de volver a crecer, o bien consideró el caso tan desesperado, desde el comienzo, que no valía la pena tomar ninguna precaución especial. Pero el doctor Holzknecht realizó posteriormente dos tratamientos de rayos X, hecho que no concordaba con el supuesto carácter benigno de la tumoración. Esto fue seguido además por una serie de drásticos tratamientos con cápsulas de radio, a cargo de un ayudante de Hajek de apellido Feuchtinger. Las dosis deben haber sido bastante intensas, ya que Freud sufrió mucho por sus efectos tóxicos. Cuatro meses después escribía que no había tenido una sola hora sin dolor desde la finalización de este tratamiento y agregaba: «Una comprensible indiferencia hacia la mayor parte de las trivialidades de la vida me demuestra que la "elaboración del duelo" se está realizando en lo profundo. Entre estas trivialidades se encuentra la ciencia misma. No se me ocurre ninguna idea nueva y no he escrito ni una sola línea.»

Durante esa misma primavera había ocurrido algo que tuvo un profundo efecto en el ánimo de Freud por el resto de su vida. Su nieto Hei-

nerle (Heinz Rudolf), el segundo chico de Sophie, había estado pasando varios meses en Viena, con la tía Mathilde. Freud sentía un extraordinario cariño por el muchacho, de quien decía que era el chico más inteligente que jamás había conocido. Le habían extirpado las amígdalas más o menos en la misma época de la primera operación de la boca sufrida por Freud, y cuando los dos pacientes se encontraron por primera vez después de esto, el niño preguntó a su abuelo con gran interés: «Yo ya puedo comer corteza de pan. ¿Y usted?» Desgraciadamente el niño era muy delicado de salud, «una bolsa de piel y huesos», y había enfermado de tuberculosis el año anterior, en el campo. Murió de tuberculosis, a los cuatro años y medio de edad, el 19 de junio. Fue la única ocasión en la vida de Freud, que se sepa, en la que que haya derramado lágrimas. Más tarde me manifestó que esta pérdida le había afectado de una forma distinta a la de todas las otras que había sufrido. Estas últimas le habían ocasionado mucho dolor, pero la del nieto había matado algo dentro de él. Esta pérdida debe haber afectado alguna cosa especialmente profunda en sus sentimientos, quizá algo que alcanzaba incluso al recuerdo del pequeño Julius de su primera infancia. Un par de años más tarde manifestó a Marie Bonaparte que después de esa desgracia ya no fue capaz de volver a encariñarse con nadie: sólo conservaba sus afectos anteriores. El golpe le resultó completamente insoportable, más aún que el cáncer. Al mes siguiente escribió que estaba sufriendo la primera depresión de su vida, y apenas cabe dudar de que esto se debía a aquella pérdida, ocurrida tan inmediatamente a continuación de las primeras manifestaciones de su propia y mortal enfermedad. Tres años más tarde, al expresar sus condolencias a Binswanger por la muerte de su hijo mayor, manifestaba que Heinerle representaba para él tanto como todos sus hijos y nietos. Después de esta desgracia no se sentía capaz de gozar de la vida; y agregaba: «Éste es el secreto de mi indiferencia —lo que la gente llama coraje— frente a los peligros que corre mi propia vida.»

Freud vio a Hajek varias veces en el transcurso de los dos meses siguientes, y el cirujano no opuso objeción alguna a que hiciera su habitual viaje trimestral de vacaciones. Pero en el último momento provocó el asombro de Freud al pedirle que le enviara información acerca de su estado de salud cada quince días y que fuera a verle a finales de julio. A mediados de julio Freud escribió desde Gastein para preguntar si realmente hacía falta que regresara a Viena, a lo cual Hajek respondió, después de una demora de quince días, que no era necesario y que podía prolongar su ausencia todo el verano. Esta ambigüedad, o ambivalencia, era una de las cosas que hacían crecer constantemente su desconfianza hacia el cirujano. Un médico de Gastein, que examinó la cicatriz, hizo un buen informe, pero la molestia era, en general, tan grande que, por insistencia de su hija, Freud pidió a Deutsch que le hiciera una visita a Lavarone, donde estaba pasando la mayor parte de las vacaciones con la familia. Deutsch descubrió inmediatamente una reaparición de la tumoración y la necesidad de otra operación, más radical que la anterior. Por varios motivos, sin embargo, se abstuvo de exponerle a Freud la si-

tuación con toda franqueza. Por un lado, estaba la incertidumbre acerca de si Freud consentiría en una operación de esa magnitud o más bien preferiría dejarse morir; por otra parte, influía en el médico el profundo duelo de Freud por la muerte de su nieto, y por último una resistencia a ensombrecer la visita a Roma que Freud se proponía hacer con su hija Anna, y que para él significaba mucho. De modo que Deutsch, acompañado de Anna, viajó a San Cristoforo, donde los miembros del Comité se habían citado para una reunión. Rank ya estaba informado de la gravedad de la situación, y ahora, para nuestra consternación, nos enteramos todos los demás. Nos reunimos entonces con Anna y fuimos a cenar. Durante la comida, por supuesto, fue mencionado el nombre de Freud, a lo cual, Rank, para gran asombro de todos, tuvo un irrefrenable ataque de risa histérica. Únicamente dos años después los sucesos ya relatados en el capítulo anterior hicieron comprensible esta explosión de hilaridad.

Después de esto, Deutsch y Anna volvieron a Lavarone. Durante el viaje, y con objeto de conocer la verdadera opinión del médico, Anna le manifestó que en caso de gustarles la estancia en Roma podrían decidirse a prolongarla un poco más de lo calculado. Ante esto Deutsch se mostró excitado y le hizo prometer seriamente que no haría tal cosa. Fue un indicio bastante elocuente para la agudeza de Anna.

Entre tanto, en la reunión del Comité surgió la conversación sobre cuál podría ser el motivo más potente para decidir a Freud a aceptar la operación. Sachs sugirió que podría ser el pensamiento de Anna, mientras que Rank, calando un poco más hondo, dijo que más bien el pensar en la anciana madre. Yo protesté ante eso, sosteniendo que no teníamos el derecho de arrebatar a Freud la decisión acerca de tal paso, y los otros médicos presentes, Abraham, Eitingon y Ferenczi, estuvieron de acuerdo conmigo. Muchos años más tarde, cuando Freud vivía en Londres, le conté que habíamos estado discutiendo acerca de si debíamos informarle o no, a lo cual contestó, con una penetrante mirada: *«Mit welchem Recht?»* [104] Pero más tarde manifestó a Ferenczi que desde el comienzo estuvo seguro de que la tumoración era concerosa.

Ni aun entonces se le dijo la verdad a Freud. Hajek, por el contrario, y a pesar de haber visto el informe del examen histológico, le aseguró que la tumoración no tenía carácter maligno y que la operación había sido meramente profiláctica. Pero entre tanto se hicieron los preparativos para una gran operación, que habría de realizarse a su regreso a Viena. Freud, pensando para sus adentros que ésta podría ser la última oportunidad que tendría para ello, se decidió a cumplir el proyecto largamente acariciado de mostrar Roma a su hija. Había tomado esa decisión durante la misma semana de su primera operación, en el mes de abril. Pasaron la noche y el día siguiente en Verona, después de lo cual tomaron el expreso nocturno de esta ciudad a Roma. Durante el viaje, una pareja que venía de Cincinnati trabó conversación con ellos, manifestándoles que les agradaba siempre conversar con los «nativos» de cada lugar. En el tren tuvo lugar un sombrío episodio, durante el desayuno. Repentinamente brotó de la boca de Freud un chorro de sangre,

cosa que seguramente se debió a la herida producida por una corteza de pan. No cabe duda acerca de la impresión que esto produjo al padre y a la hija. La visita a Roma fue, con todo, sumamente placentera, y Freud, que era un guía admirable, se deleitaba con las entusiastas reacciones de su hija ante las cosas que le iba mostrando. «Roma estaba realmente encantadora, especialmente durante las dos primeras semanas, hasta que llegó el siroco, que hizo acrecentar mis sufrimientos físicos. Anna estaba magnífica. Entendía y gozaba de todo y yo me sentía muy orgulloso de ella.»

Hallándose en Roma llegó a sus manos un recorte de un diario de Chicago en el que se anunciaba que él estaba «muriendo lentamente», que había abandonado el trabajo y transferido sus alumnos a Otto Rank. El comentario de Freud fue éste: «Esto es muy instructivo acerca del origen de los rumores y de todas las cosas que pueden crecer alrededor de un núcleo de verdad. No se trata de un puro invento. El artículo me alegra por cuanto la muerte no existe a no ser para la gente mala; el autor debe ser de la Christian Science.»

Durante la ausencia de Freud, Deutsch siguió con los preparativos. Convenció al profesor Pichler, el distinguido cirujano oral, para que se hiciera cargo del caso, y con ello hizo una elección realmente excelente y que Freud siempre le agradeció. Realizó además todos los preparativos necesarios para llevar a cabo, en el momento oportuno, la probable intervención quirúrgica, después de lo cual esperó pacientemente el regreso de Freud.

El 26 de septiembre Pichler y Hajek examinaron conjuntamente a Freud y descubrieron una inconfundible úlcera maligna en el paladar óseo, que había invadido los tejidos circundantes, incluso la parte superior de la mandíbula y hasta la mejilla. Pichler decidió inmediatamente que era necesario realizar una intervención radical. Ese mismo día Freud escribió a Abraham, a Eitingon y a mí, agregando: «Ya sabe usted lo que todo esto significa.» Pichler dio comienzo a los preparativos usuales (los dientes, etc.) al día siguiente. Realizó la operación radical en dos etapas, los días 4 y 11 de octubre. En la primera etapa ligó la arteria carótida externa y extirpó las glándulas submaxilares, algunas de las cuales habían aumentado sospechosamente de tamaño. En la segunda etapa, luego de practicar una considerable incisión del labio y la mejilla, el cirujano extirpó todo el maxilar superior y el paladar del lado afectado, operación que por su extensión, naturalmente, dejó unidas la cavidad nasal y la oral. Estas dos terribles operaciones fueron realizadas bajo anestesia local. Después de la segunda el paciente no pudo hablar durante varios días, en el transcurso de los cuales se le debió alimentar, además, a través de un tubo nasal. Se recuperó bien, no obstante; el día 28 de octubre se retiró a su casa. Dos veces escribió Freud durante su estancia en el establecimiento (Auersberger Sanatorium). Una vez fue un telegrama que me envió y en el cual no mencionaba la intervención. La otra fue una carta que apenas una semana después de la misma envió a Abraham, a quien había mandado una de sus misivas más optimistas:

«Mi querido e insuperable optimista:

»Hoy fue renovado el tapón. Levantado de la cama. Lo que ha quedado de mí ha sido vestido. Gracias por todas las noticias, cartas, saludos y recortes periodísticos. Tan pronto como pueda dormir sin inyecciones iré a casa.»

En ese momento comenzaron dieciséis años de molestias, desdicha y dolor, interrumpidos solamente por la recurrencia de trastornos y nuevas operaciones. La gigantesca prótesis —una especie de enorme dentadura u obturador—, destinada a separar la boca de la cavidad nasal, era un horror. Se le denominó «el monstruo». En primer lugar era muy difícil sacarla y volverla a colocar, ya que le era imposible a Freud abrir la boca a tal extremo. Así, por ejemplo, en una ocasión, los esfuerzos combinados de Freud y de su hija fueron insuficientes para colocarla en su lugar a pesar de media hora de lucha, y fue necesario traer al cirujano. Por otra parte, para que la prótesis cumpliera el objetivo de taponar bien el orificio superior e hiciera posible comer y hablar, tenía que estar bien ajustada. Pero esto producía una constante irrritación que daba origen a la formación de puntos dolorosos, con lo que llegaba un momento en que resultaba imposible usarla. Por otra parte, si quedaba fuera de su lugar durante más de unas pocas horas se producirían variaciones en los tejidos y ya la «dentadura» no podría ser colocada nuevamente sin determinados ajustes.

Desde este momento la pronunciación de Freud fue muy defectuosa, si bien cambiaba bastante de una época a otra, según el ajuste de la «dentadura». Tenía una voz nasal y más bien espesa, muy semejante a la voz de los que tienen fisura en el paladar. Alimentarse era también un tormento, y raras veces se animaba a hacerlo en compañía de otros. Por otra parte, el daño producido a la trompa de Eustaquio, a la vez que las constantes infecciones de los tejidos circundantes, le dificultaba grandemente la audición con el oído derecho, hasta que esto llegó a transformarse casi en una completa sordera de ese lado. Como era el lado por el que se comunicaba con los pacientes, tuvo que cambiarse la posición del sofá y también de la silla de su consultorio.

Desde el comienzo de la enfermedad hasta el final de su vida, Freud rehusó tener ninguna enfermera que no fuera su hija Anna. Desde el principio hizo un pacto con ella en el sentido de que habría de ser evitada toda manifestación afectiva; todo lo que fuera necesario hacer debería realizarse de una manera absolutamente fría, con esa ausencia de emoción que caracteriza la labor de un cirujano. Esa actitud, más el coraje y la firmeza por parte de ella, le hicieron posible el cumplimiento del pacto aun en los momentos y situaciones más descorazonantes.

La segunda elección de cirujano fue para Freud realmente afortunada. La reputación de Pichler como cirujano estaba fuera de todo parangón, y además este hombre hizo en el caso todo lo que le fue posible. Tenía apenas una vaga idea de lo que Freud significaba para el mundo, pero no le habría atendido mejor si se tratara de un emperador. Pertenecía al tipo alemán-austríaco más encomiable y era un hombre de in-

superable integridad. Ninguna molestia era excesiva para su elevada conciencia profesional. Era precisamente el tipo de médico que Freud necesitaba, un hombre en quien podía confiar absolutamente, y las relaciones entre ambos fueron excelentes todo el tiempo.

No cabe duda alguna de que Felix Deutsch actuó en todo esto con la mejor inspiración y buena fe. Algunos años después aseguró a Freud que no se arrepentía de nada de lo que había hecho y que en circunstancias similares volvería a hacer exactamente lo mismo, si bien en esto último no consiguió que el paciente pensara como él. Muy sensible siempre a la posibilidad de ser engañado por los médicos, Freud consideraba difícil perdonar el hecho de que no se le hubiera dicho toda la verdad desde el principio, si bien esto último no influyó de ningún modo en sus amistosos sentimientos y en su gratitud hacia Deutsch. Lo que le molestaba especialmente, al parecer, era que se hubiera supuesto que no estaría dispuesto a afrontar valerosamente una verdad dolorosa, ya que precisamente esto constituía una de sus virtudes más destacadas. Deutsch pudo captar esto, por supuesto, de modo que pocos meses después de la operación, una vez que Freud volvió a una existencia más o menos normal, le expresó con toda valentía que lo ocurrido haría imposible en el futuro la completa confianza que es indispensable en la relación entre médico y paciente. Freud admitió esto, lamentándolo, pero se reservó el derecho de llamar a Deutsch en su ayuda en cualquier momento que ello fuera necesario. Una reconciliación completa se produjo más tarde, en enero de 1925.

Después de esta introducción a la épica historia de los sufrimientos de Freud, tenemos que volver a la cronología diaria de la época.

En febrero *L'Encéphale*, la más importante revista francesa de neurología, requirió una fotografía de Freud para publicarla junto con una amplia exposición de su obra. Por otro lado, un excelente libro de Raymond de Saussure, *La méthode psychoanalytique*, había sido prohibido en Francia bajo el pretexto de que el análisis de un sueño hecho por Odier atentaba contra la discreción profesional.

La editorial tenía que negociar ahora una inmensa cantidad de traducciones de las obras de Freud a diversos idiomas. Dos mil ejemplares de la traducción rusa de la *Introducción al psicoanálisis* fueron vendidos en Moscú en un solo mes. En esa época había enorme interés por el psicoanálisis en Rusia: acababa de crearse precisamente otra Sociedad psicoanalítica, esta vez en Kazan. Cuando le llegó el turno a las traducciones al chino, Freud expresó la hipótesis de si en ese idioma no llegaría a ser más comprensible el análisis que en la lengua original.

Fue en esa época cuando se tomó la decisión de editar las obras completas de Freud con el título de *Gesammelte Schriften*. El primer volumen que apareció fue el tomo IV, y en el Congreso de Salzburgo, de abril de 1924, se pudieron exhibir tres volúmenes.

El 22 de febrero de 1923 Romain Rolland escribió a Freud agradeciéndole un elogio que éste había hecho de él en una carta dirigida a Edouard Monod-Herzen, un amigo común. Se trata posiblemente del libro de Rolland *Au dessus de la mêlée*, que poco tiempo antes había cau-

sado bastante sensación. Fue éste el comienzo de una interesante correspondencia entre ambos, de la que se desprende que Freud tenía un alto concepto del escritor francés. Éste manifestó a Freud que había seguido su obra durante veinte años, cosa realmente notable si es así.

Durante el verano recibió una carta de un joven judío llamado Leyens, un entusiasta nacionalista germano que había actuado en el frente durante la I Guerra Mundial y que era un partidario de Hans Blüher. Esperaba de Freud que le aclarara la paradoja de que Blüher, un furioso nacionalista y antisemita, fuera un admirador de Freud. En su respuesta, fechada el 4 de julio de 1923, y que contenía algunas apreciaciones condenatorias de Blüher, Freud escribía: «Yo le aconsejaría a usted que no malgastara sus energías en la estéril lucha contra el movimiento político actual. Las psicosis de las masas resisten toda clase de argumentos. Son precisamente los alemanes quienes tuvieron la ocasión de aprender esto en la última guerra, pero por lo visto son incapaces de ello. Déjelos usted en paz... Dedíquese a las cosas que puedan elevar a los judíos por encima de esta locura, y no tome a mal mi consejo, que es producto de una larga vida. No se muestre tan ansioso de unirse a los alemanes.» En la época de los nazis Leyens emigró a Estados Unidos, desde donde escribió a Freud para reconocer que éste había tenido toda la razón. He aquí la modesta respuesta de Freud, fechada el 25 de julio de 1936: «Espero que usted no crea que me siento orgulloso de haber estado en lo cierto. Tenía razón en mi carácter pesimista contra los entusiastas, de anciano contra un hombre joven. Más me agradaría haber estado equivocado.»

Como antes he mencionado, Freud fue autorizado a volver a su casa después de la operación mayor, el 28 de octubre. Tenía que reanudar su trabajo el 1 de noviembre, pero entonces surgieron algunas complicaciones relacionadas con la cicatriz de la primera operación. En el tejido séptico y necrótico se hallaron rastros de sustancia cancerosa, de modo que Pichler realizó inmediatamente una nueva operación, la tercera, el 2 de noviembre. Esta vez se hizo una amplia extirpación del paladar blando, junto con los tejidos de la vieja cicatriz y el proceso perigoideo. Todo esto fue realizado bajo la acción de una combinación de pantopón y anestesia local, en el Auersberg Sanatorium. Durante la operación se produjo una profusa hemorragia y más tarde hubo efectos secundarios bastante molestos.

El 17 de noviembre se le hizo a Freud una operación de Steinach —ligadura de los conductos deferentes de ambos lados— a requerimiento suyo. Esto fue realizado con la esperanza de que el rejuvenecimiento que se esperaba de esa operación pudiera demorar la reaparición del cáncer. Esta idea provenía de Von Urban, que había trabajado con Steinach y estaba entusiasmado con los resultados que había podido comprobar. Consiguió que Federn insistiera sobre ello ante Freud, quien se dirigió entonces a Von Urban para preguntarle cuáles habían sido sus experiencias al respecto. Dos años más tarde, sin embargo, Freud manifestó a Ferenczi que no había advertido beneficio alguno de esta operación.

El resto del año estuvo colmado de visitas casi diarias a Pichler y cambios constantes introducidos en el «monstruo», en la esperanza de conseguir la suficiente comodidad para hacer posible el habla. Se le hicieron además varios tratamientos de rayos X en la boca durante esos meses. Freud no pudo recibir ningún paciente hasta el Año Nuevo. Durante seis meses no había tenido ingreso alguno, y sus gastos habían sido considerables. Insistió en pagar a Pichler honorarios completos, tal como lo hizo con los demás médicos.

Su producción más importante de ese año fue un libro con el que entraba en un terreno completamente nuevo, *El yo y el ello,* que apareció en la tercera semana de abril. Lo había comenzado en el mes de julio del año anterior, que fue uno de los periodos más productivos de Freud. Había escrito a Ferenczi: «Estoy ocupado con una cosa un tanto especulativa, una continuación de *Más allá de principio del placer*. Lo que saldrá de ello será un pequeño libro, o bien nada.» Freud, posteriormente, escribió a Ferenczi: «Ahora me encuentro bajo la conocida depresión que sigue a la corrección de las pruebas, y me estoy jurando a mí mismo no incurrir nunca más en semejante embrollo. Se me ocurre que después del *Más allá del principio del placer* la curva ha descendido bruscamente. Este trabajo estaba aún lleno de ideas y bien escrito, la *Psicología de las masas* está bien cerca de la trivialidad, y en cuanto a este libro, es decididamente oscuro, está compuesto de una manera artificial y mal escrito... Con excepción de lo que se refiere a la idea básica del "ello" y el esquema acerca del origen de la moral, estoy disconforme realmente con todo lo que contiene este libro.»

Freud escribió durante este año varios artículos, prólogos y otras cosas por el estilo, amén de dos trabajos publicados en enero de 1923 que habían sido escritos el año anterior: *Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños* y *Una neurosis demoníaca del siglo* XVII.

El trabajo más importante que escribió Freud en 1923, realizado en el mes de febrero, fue publicado en el número de abril del *Zeitschrift*. Se titulaba *La organización genital infantil de la libido.*

Este año fue principalmente cubierto por las penosas complicaciones a que dieron lugar las críticas de Abraham a Ferenczi y Rank y los notables cambios operados en la personalidad de este último, a todo lo cual nos hemos referido ya en el capítulo anterior. Freud se había propuesto seriamente asistir al Congreso que se celebraría en abril, si bien le manifestó a Abraham el temor de que el escuchar la lectura de quince trabajos sería un esfuerzo excesivo para él. Freud escuchaba por principio todos los trabajos leídos en cada uno de los Congresos a que asistió, ejemplo que más tarde fue seguido por su hija. Pero en el mes de marzo sufrió un ataque de gripe que le dejó ciertas secuelas en la mucosa de la nariz y de los senos nasales (una vieja afección de Freud), de modo que se vio obligado a tomarse un descanso.

Freud había reanudado su trabajo profesional el día 2 de enero, con seis pacientes, pero la dificultad que tenía para hablar hacía que esto resultara muy cansado. «Usted es de aquellos que se niegan a creer que

ya no soy el mismo hombre de antes. Pero estoy, en realidad, muy cansado y necesitado de descanso, apenas puedo realizar mis seis horas de trabajo analítico y no puedo pensar en hacer ninguna otra cosa. Lo sensato sería renunciar a todo mi trabajo y mis obligaciones y esperar en un tranquilo rincón la llegada del fin natural de todo. Pero la tentación —por no decir la necesidad— de seguir ganando algo, cuando los gastos son tantos, es poderosa.» El «monstruo» era fuente de constantes molestias y tenía que ser modificado cada varios días. Se hizo una segunda prótesis en febrero y otra en octubre, pero sin mucho éxito. Se le permitió fumar, pero para mantener el cigarro entre los dientes tenía que forzar la abertura de la boca con la ayuda de un instrumento.

La noticia de la grave operación de Freud parece haber trascendido en Viena y hubo algunas expresiones de amistad. El *Neue Freie Presse* publicó un artículo elogioso el 8 de febrero; fue escrito por Alfred von Winterstein. Después de esto, el Consejo Municipal, entonces con mayoría demócrata socialista, le confirió el título de ciudadano de honor *(Bürgerrecht)* de Viena, título semejante al de ciudadano honorario inglés. «La idea de que mi próximo 68 cumpleaños pueda ser el último de mi vida parece habérsele ocurrido también a otros, ya que las autoridades de Viena se han apresurado a conferirme en ese día el *Bürgerrecht,* para lo cual se espera habitualmente al 70 cumpleaños». Freud no mencionó esa nueva a Ferenczi, y cuando éste le inquirió al respecto, le contestó: «Es poco lo que cabe decir acerca del *Bürgerrecht* a que usted se refiere. No parece ser esencialmente más que un ritual, algo simplemente para el Sábado.»[105]

También Stekel, movido probablemente por las mismas consideraciones, así como también por una resurrección de su viejo vínculo personal con Freud, le escribió felicitándole y manifestándole sus deseos de verle. Desconozco si llegó a contestar a Stekel. Probablemente no lo hizo, pero de lo que no hay dudas es de que no se entrevistó con él.

El 24 de abril nació el sexto y último de los nietos de Freud, Clemens Raphael.

El octavo Congreso Psicoanalítico Internacional se celebró del 21 al 23 de abril en Salzburgo, sede del primer Congreso celebrado dieciséis años antes. Ocho fueron los miembros que asistieron a uno y otro Congreso: dos de ellos viven aún. Hitschmann y yo. Inmediatamente después del Congreso me dirigí a Viena para visitar a Freud y llevarle mi informe. Permanecí en esa ciudad tres días. Me produjo una fuerte impresión, por supuesto, el cambio operado en su fisonomía y la gran alteración de su voz, amén de que había que acostumbrarse a verle mantener la prótesis en su lugar con el pulgar. A la larga, sin embargo, esto último daba la impresión de concentración filosófica. Inmediatamente se advertía que la inteligencia y la fineza mental de Freud no habían cambiado. También Abraham se había propuesto visitarle, pero el corto visado obtenido para Austria ya había expirado. El y Ferenczi enviaron a Freud amplios informes del Congreso, y Freud se sintió muy aliviado al saber que había transcurrido sin incidentes. Había temido que las críticas de Berlín a Ferenczi y Rank provocaran una escisión mayor.

Romain Rolland visitó a Freud el 14 de mayo. Quien le llevó a su casa fue Stephan Zweig. Pasaron juntos la velada, y Zweig actuó de intérprete. Con su defectuosa pronunciación, le resultaba a Freud bastante difícil, a ratos, hacerse entender en alemán, mientras que el francés estaba enteramente fuera de su alcance. Lo mismo ocurrió dos años más tarde con ocasión de la visita que Freud hizo a Yvette Guilbert en el Bristol Hotel. Dirigiéndose al esposo de Yvette, hizo esta patética observación: «Mi prótesis no habla francés.»

George Seldes ha tenido la gentileza de hacerme conocer los detalles del siguiente incidente ocurrido en esa época. Dos jóvenes, Leopold y Loeb, habían realizado en Chicago lo que ellos describían como un «crimen perfecto». Fueron descubiertos, sin embargo, y el largo proceso que siguió a esto produjo una gran sensación en Estados Unidos. Sus pudientes parientes y amigos hicieron todo esfuerzo posible por salvarles de la pena capital, cosa que finalmente no pudieron lograr. Seldes, que formaba parte de la redacción del *Chicago Tribune*, recibió instrucciones del coronel McCormick para dirigir a Freud el siguiente telegrama: «Ofrecimiento de 25.000 dólares o cualquier otra cifra que disponga, venir a Chicago a psicoanalizarlos [es decir, a los asesinos].» Freud contestó a Seldes, en carta fechada el 29 de junio de 1924:

«Recibí su telegrama con retraso, a causa de un error en la dirección. En respuesta al mismo debo declarar que no se puede pretender que yo esté en condiciones de emitir una opinión autorizada acerca de personas y un hecho de los que sólo tengo informes periodísticos y careciendo de una oportunidad para un examen personal. He tenido que declinar una invitación de la Hearst Press para ir a Nueva York por el tiempo que dure el proceso, por razones de salud.»

Esta última frase se refiere a una invitación de Hearst, de Chicago, para que viajara a Estados Unidos a «psicoanalizar» a los dos delincuentes y presumiblemente demostrar que no debían ser ejecutados. Hearst ofrecía a Freud cualquier suma que quisiera proponer, y habiéndose enterado de que se hallaba enfermo estaba dispuesto a fletar un barco especial para que pudiera realizar el viaje al abrigo de toda molestia.

En el mes de junio, Freud, con todo optimismo, reservó habitaciones para el mes de julio en el Walhaus, Flims, en el cantón Grisones. A menudo había tenido el deseo de pasar unas vacaciones en Suiza, pero siempre ocurría algo que lo hacía imposible. También esta vez se frustró su deseo, ya que la molestia local de la boca le obligó a permanecer al alcance de su cirujano. Alquiló entonces la villa Schüler, en el Semmering, desde donde hacía visitas regulares a Viena.

Entre las noticias que tuve que comunicar a Freud en esa época una era la del éxito obtenido por Sachs en una serie de conferencias que pronunció en Londres ese verano, y otra, más sorprendente, se refería a que en el National Elisteddford de Gales, el bardo máximo había sido premiado por un poema referente al psicoanálisis.

La hija de Oliver Freud, Eva Mathilde, nació el 3 de septiembre.

Era la segunda nieta de Freud, ya que Miriam Sophie, hija de Martin, nació el 6 de agosto de 1924.

Ese año trajo a Freud un serio desengaño personal, comparable apenas al que le produjo el caso de Rank. Frink, de Nueva York, había reanudado su análisis en Viena en abril de 1922 y continuado hasta febrero de 1923, y Freud se había formado de él la más alta opinión. Era, con mucho, según Freud decía, el más dotado de los norteamericanos que había conocido, el único de cuyo talento podía esperar algo. Frink había pasado durante el análisis por una fase psicótica —tuvo que tener a su lado, por un tiempo, a un enfermero—, pero Freud consideraba que la había superado completamente y esperaba verle convertido en el principal psicoanalista de Estados Unidos. Desgraciadamente, a su regreso a Nueva York, Frink se comportó en forma arrogante con los analistas de más edad, especialmente con Brill, diciendo a todo el mundo que ya estaban anticuados. El segundo casamiento de Frink, que tanto escándalo había causado y en el cual había cifrado grandes esperanzas de dicha, resultó ser un fracaso, y la esposa había iniciado un juicio de divorcio. Esto, junto con las reyertas que él mismo provocaba, deben haber sido la causa que precipitó un nuevo ataque. Frink me escribió en noviembre de 1923 que, por razones de salud, tenía que interrumpir su colaboración en el *Journal*, así como su práctica profesional. En el verano siguiente estaba internado como paciente en el Phipps Psychiatric Institute y ya nunca recuperó su salud mental. Falleció en el Chapel Hill Mental Hospital de Carolina del Norte aproximadamente unos diez años más tarde.

Freud se había mostrado impaciente y había manifestado críticas acerca de la lentitud de la traducción de sus obras completas en inglés, sin advertir la inmensa labor que ello significaba si se quería realizar el trabajo con todo cuidado. Pero finalmente comenzaron a aparecer. «La noticia que me envió Mrs. Rivière acerca del primer tomo de la colección resultó un placer y una sorpresa. Confieso que estaba equivocado. Yo subestimaba la duración de mi existencia o la energía puesta por ustedes en la empresa. Las perspectivas que me hace conocer usted en su carta acerca de los volúmenes siguientes me parecen espléndidas.» Más tarde, cuando el primer tomo de los *Colected Papers* llegó realmente a sus manos, escribió: «Veo que ha logrado usted su propósito, asegurando en Inglaterra un lugar para la literatura psicoanalítica, y le felicito por este resultado, al que yo ya había renunciado casi por completo.»

A finales de ese año, Helene Deutsch propuso la creación de un Instituto Didáctico: Bernfeld como vicedirector y Anna Freud como secretaria.

Hacia fin de año, por precaución, Freud fue sometido a varios tratamientos de rayos X, aunque no se había reproducido aún el cáncer.

En 1924 Freud publicó, aparte de algunos prólogos y otras cosas por el estilo, cinco trabajos. Dos de ellos, *Neurosis y psicosis* y *La pérdida de la realidad en las neurosis y psicosis*, representaban una mera extensión de ideas expuestas en su libro *El yo y el ello*.

En abril apareció un trabajo muy importante, *El problema económico del masoquismo*. Lo que sirvió de estímulo para escribirlo fueron ciertos desconcertantes problemas que surgieron como consecuencia de los conceptos expuestos en su libro *Más allá del principio del placer*.

En octubre y noviembre de 1923, aún en plena convalecencia de su operación radical, Freud había escrito, por encargo, una breve noticia sobre psicoanálisis, en parte autobiográfica, para los editores norteamericanos de la *Enciclopedia Británica*. Apareció en ésta en el verano de 1924, bajo el título bastante sensacional de *Psicoanálisis: Explorando los ocultos reductos de la mente*, como capítulo LXXIII de un volumen titulado *Estos años memorables. El siglo* XX *en plena obra, tal como lo ven muchos de sus artífices*. Cuatro años más tarde se publicó en los *Gesammelte Schriften* con el título de *Kurzer Abriss der Psychoanalyse* («Breve reseña del psicoanálisis»).

En el mes de febrero de 1925 Freud informaba que no se le habían ocurrido nuevas ideas en los últimos cuatro meses transcurridos, periodo que era el más largo que podía recordar. Pero esta situación no duró mucho.

Abraham y su esposa proyectaban realizar una visita a Viena durante la Pascua, y Freud estaba tan ansioso como él de que esto se llevara a cabo. Pero justamente entonces Pichler se hallaba empeñado en rehacer la prótesis bucal, cosa que prácticamente privaba a Freud de la capacidad del habla, a la vez que le causaba una gran incomodidad. Muy contra sus deseos, Freud tuvo que prescindir de la visita de Abraham, aun cuando abrigaba la esperanza de verle en el verano. Fue ésta la última oportunidad en que podría haberse reunido con él, ya que durante el verano Abraham se hallaba en plena convalecencia del primer ataque de la enfermedad que le causaría la muerte en diciembre.

En mayo le envié a Freud la siguiente noticia: «Posiblemente habrá visto que lord Balfour, en el discurso pronunciado en Jerusalén,[106] se ha referido, de una manera personalmente amistosa, a los tres hombres que a su juicio han influido más en el pensamiento moderno, judíos los tres: Bergson, Einstein y Freud. En una reciente comida de la Sociedad Anglo-Austríaca, a la que yo asistí, lord Haldane, el huésped de la velada, se ocupó en su discurso de las aportaciones a la cultura hechas por Viena a través de las edades. Los cuatro nombres que destacó para ilustrar su disertación fueron los de Mozart, Beethoven, Bach y Freud.» Freud acababa de recibir ejemplares de su *Autobiografía*, de los que me envió dos para que yo los hiciera llegar a las dos personas en cuestión. Balfour acusó recibo del envío, pero no así Haldane.

El 30 de junio Freud partió para el Semmering, donde había alquilado nuevamente la Villa Schüler. Ese día le había aparecido una telangiectasis[107] en la encía, que fue destruida por el cauterio. Quince días antes le hicieron el curetaje de unos fondos de saco en la herida, bajo anestesia local, por supuesto. Antes de eso le tuvieron que obturar cuatro dientes, previa mortificación de la pulpa. Una semana antes de partir de Viena, en junio, tuvo nuevamente un papiloma y le fue cauterizada la mucosa circundante. Todas estas pequeñas intervenciones no re-

presentaban más que intervalos en la constante lucha por el mejoramiento paulatino de la prótesis, de lo cual se deduce hasta qué punto estaba Freud obligado a mantenerse cerca de su cirujano.

El 20 de junio fallecía Joseph Breuer, a la edad de 84 años. Freud envió a la familia un expresivo pésame y escribió una nota necrológica para el *Zeitschrift*.

De Nueva York llegaron buenas noticias: Brill había reasumido la presidencia de la Sociedad local. Después de desempeñar el cargo durante apenas dos años desde su fundación, lo había transferido a Frink por otros dos años más, después de lo cual realmente no hubo ya ningún dirigente. Brill ocupaba ahora el cargo y lo desempeñaría en los críticos once años que siguieron, durante cinco de los cuales fue también presidente de la Asociación Psicoanalítica Norteamericana. En la época en que abandonó estos dos cargos había regularizado las relaciones entre las dos instituciones, y entre ellas y la Asociación Internacional. En sus cuarenta años de actividad, por su inconmovible adhesión a las verdades del psicoanálisis, su manera amistosa, pero insobornable, de combatir a los enemigos del mismo y su invariable disposición a ayudar a los analistas más jóvenes, prestó al psicoanálisis en Norteamérica mayores servicios que ninguna otra persona. En la época a que nos estamos refiriendo, la lucha por el reconocimiento en Norteamérica era especialmente seria, y no era nada fácil lograr nuevas adhesiones. En 1925, por ejemplo, sólo había un analista al occidente de Nueva York: Lionel Blitzsten, en Chicago.

En Pentecostés, Abraham había pronunciado algunas conferencias en Holanda y volvía de allí con una tos bronquial. La historia que nos contaron entonces era que se había tragado, en un descuido, una espina de pescado, que se le alojó en un bronquio. El mal se resistía a ceder y se creyó que había traído como consecuencia una bronquiectasia crónica. En julio se dirigió a Wengen, luego a Sils Maria, de donde volvió con una ligera mejoría. Pero en el Congreso de Homburg, que él había de presidir, era un hombre enfermo y evidentemente se hallaba bajo la influencia de la morfina con que trataba de contener su tos crónica. De regreso a Berlín, fue tratado de la garganta por Fliess, el antiguo amigo de Freud, manifestando luego su asombro al hallar una estrecha relación entre las fases de su misteriosa enfermedad y los cálculos numéricos de Fliess. Dado que Abraham siempre se había mostrado muy escéptico en cuanto a las ideas de éste, habría que atribuir su conversación a la extrañeza que le producía —y que todos compartían— la imposibilidad de llegar a un diagnóstico razonable de su afección.

El Congreso de Homburg, que tuvo lugar del 2 al 5 de septiembre, había sido un éxito, si bien no alcanzó el nivel científico logrado en el anterior. Habían asistido muchos norteamericanos, y comenzaban a hacerse evidentes las serias divergencias —entre ellos y los grupos europeos— acerca de la zarandeada cuestión del análisis profano. Le sugerí a Eitingon que el Congreso creara una Comisión Didáctica Internacional, cuya función sería la de coordinar en lo posible los métodos y principios de la formación de candidatos a analistas en las diversas Socie-

dades y proporcionar la oportunidad de discusión común de los problemas técnicos del caso. Eitingon se mostró entusiasta y logró que Rado hiciera la necesaria proposición en la reunión administrativa, donde fue inmediatamente aceptada. Esto dio lugar más adelante, por desgracia, a nuevos inconvenientes, cuando el siguiente presidente, Eitingon, que también lo era de la Comisión, sostuvo —con el apoyo, hasta cierto punto, de Freud y Ferenczi— que la Comisión tenía el derecho de imponer en todas partes los mismos principios y reglas de admisión, punto de vista que muchos de nosotros, especialmente los de América, no compartíamos.

Pero el verdadero acontecimiento del Congreso fue la noticia de que Freud había confiado a su hija Anna la lectura de un trabajo que había escrito especialmente para la ocasión. Esta muestra de atención de su parte, así como el contenido del trabajo y la forma en que fue leído, causaron general agrado. El trabajo se titulaba *Algunas consecuencias psicológicas de la diferencia anatómica entre los sexos.*

Durante un corto tiempo Freud no pudo conciliar el sueño a causa del dolor del maxilar inferior izquierdo. Se descubrió que un diente inclinado se había infectado, originando un absceso. El 1 de noviembre la pieza fue extirpada, junto con un quiste dentario. La intervención debe haber sido bastante desagradable, pero lo único que al respecto se le oyó decir a Freud es que había sido hecha con gran elegancia. Una semana después fue expulsado un secuestro óseo.

Freud se estaba convirtiendo en una especie de «atracción» que obligaba a todos los que llegaban a Viena a hacerle una visita. Años más tarde esto llegó a transformarse en una verdadera plaga y Freud, por otra parte, solía discriminar poco en cuanto a los visitantes. El primero de ellos fue el famoso escritor francés Lenormand, quien quería discutir con Freud la obra de teatro sobre Don Juan de la que es autor. Causó en Freud una impresión muy fuerte y simpática, y ambos concordaron en que los escritores que no hacen más que tomar los datos del psicoanálisis para sus creaciones debían ser considerados peligrosos e indignos.

Durante la Pascua recibió varias visitas de analistas: Alexander, Landauer y Pfister. Freud manifestó además que le había resultado excepcionalmente interesante una conversación de dos horas que mantuvo con Brandes, el famoso ensayista danés. En esa época le volvió a visitar también, por dos veces, el conde Keyserling, pero sus entrevistas parecen haber derivado en una consulta, ya que Freud le aconsejó que se pusiera en manos de Abraham.

En diciembre recibió la visita de otros dos conocidos escritores, Emil Ludwig y Stephan Zweig. Freud declaró que el primero de éstos no le había causado ninguna impresión especial, y Ludwig, a juzgar por el sorprendente libro sobre Freud que escribió más de veinte años después, evidentemente le devolvió el cumplido.

Resultaba doloroso consignar que en los últimos meses de vida de Abraham, sus relaciones con Freud fueron menos favorables que en ningún otro momento, si bien esto tenía las características indudables de

algo transitorio. Todo comenzó cuando Samuel Goldwyn, el famoso director cinematográfico, hizo a Freud la oferta de cien mil dólares a cambio de colaborar en la producción de una película que describiría escenas de famosas historias de amor, comenzando con Antonio y Cleopatra. Freud se mostró muy divertido frente a esta ingeniosa manera de explotar la asociación entre psicoanálisis y amor, pero, por supuesto, rechazó la oferta de Goldwyn e incluso se negó a entrevistarse con él. Hans Sachs informó que el telegrama con que Freud rechazó la oferta causó en Nueva York una sensación mayor que la de su obra maestra *La interpretación de los sueños*. En el mes de junio Neumaun, en nombre de la Ufa Film Company, sugirió la producción de una película que ilustrara algunos de los mecanismos del psicoanálisis. Abraham, a quien se le habló al respecto, pidió a Freud su opinión, y por su parte creía que sería mejor realizar una película bajo una supervisión auténtica y no con la ayuda de un analista «silvestre». Freud se negó a autorizarla por sí mismo, pero no hizo ningún intento serio de desalentar a Abraham si éste quería hacer el ensayo. Su objeción principal se basaba en la poca confianza que abrigaba en cuanto a la posibilidad de que, por abstractas, sus teorías pudieran ser presentadas al público en la forma plástica de una película. Si, no obstante, contra lo que él suponía, ello resultaba factible, volvería a considerar la posibilidad de autorizar la película, y en ese caso cedería a la editorial la suma que ingresara por tal motivo.

La película se hizo, y yo la vi en el mes de enero siguiente, en Berlín. La noticia causó bastante consternación, especialmente el hecho de que una película de esa índole fuera autorizada por el presidente de la Asociación Internacional. Los periódicos ingleses, donde en ese momento se registraba una de las muchas olas de insultos al psicoanálisis, aprovecharon ampliamente la ocasión. Manifestaron que Freud, habiendo fracasado en su intento de lograr apoyo para sus teorías en los círculos profesionales, había descendido, en su desesperación, al recurso teatral de hacer la propaganda de sus ideas entre el populacho, mediante la exhibición de una película. Esto no hacía más que reflejar la típica mala voluntad con que se atacaba al psicoanálisis en todas las formas posibles.

En el mes de agosto Freud se quejó de que la compañía filmadora estaba anunciando, sin su consentimiento, que se estaba realizando la película, y que sería exhibida «con la colaboración de Freud». En Nueva York se afirmó que «cada metro de la película *El misterio del alma* habría de ser planeado y vigilado por el Dr. Freud». Por otra parte, Sachs, sobre quien recaía la mayor responsabilidad de la película, a causa de la ininterrumpida enfermedad de Abraham, se quejó de que Stofer, entonces director de la editorial, hacía circular ejemplares de un artículo que había escrito en un periódico y en el que criticaba severamente la película. Bernfeld, entonces, elaboró otro guión cinematográfico, que junto con Stofer ofreció a otras compañías. Trataron incluso de lograr la colaboración de Abraham en dicha empresa, pero éste invocó una importante cláusula del contrato que había firmado, que prohibía patrocinar oficialmente ninguna otra película psicoanalítica, y menos aún con intervención de la editorial, por un periodo de tres años. Esto dio lugar

a una agitada controversia, en el curso de la cual Abraham se formó una pobre opinión de la responsabilidad de los analistas vieneses. A Freud le pareció que esto último era exagerado, pero Abraham le envió una exposición detallada de sus críticas recordándole a la vez cuán acertado había sido su juicio en el caso de Jung y de Rank. Esto más bien molestó a Freud, quien le dijo que no había razón alguna para que estuviera acertado *siempre*, pero con todo, si también esta vez tenía razón, no dejaría de otorgársela nuevamente. La correspondencia quedó interrumpida en esta carta, en la que Freud le expresaba sus mejores deseos de restablecimiento.

Abraham se había mantenido optimista en cuanto a su salud, pero ésta iba empeorando constantemente, sin que los médicos supieran decir a qué se debía. A Freud esto le pareció de mal agüero y comenzó a demostrar gran ansiedad acerca del curso futuro de los hechos. En octubre Abraham informó de una complicación: un hígado inflamado y dolorido. A su juicio se trataba de una molestia de la vesícula, por lo cual insistió en que se le hiciera una intervención, para lo que elegiría una fecha de acuerdo con los cálculos de Fliess. La operación se realizó, sin llegar a aclararse nada, e hizo más mal que bien. En la misma carta transmitía Abraham un mensaje de simpatía a Freud de parte de Fliess. El comentario de Freud fue éste: «Esta expresión de simpatía al cabo de veinte años me deja bastante indiferente.» Esto no deja de dar la impresión de que aún se sentía lastimado por la forma en que Fliess se apartó de él.

La ansiedad continuó, y algunas semanas más tarde, Freud ya había perdido casi toda esperanza de ver restablecido a Abraham. A la luz de los actuales conocimientos médicos no cabe dudar de que la misteriosa enfermedad del caso debe haber sido un cáncer de pulmón, que hizo su inevitable evolución en poco más de seis meses. El 18 de octubre tuve la terrible noticia, en un telegrama de Sachs: «El estado de Abraham es desesperado.» Una semana más tarde, el día de Navidad, se produjo el desenlace. Freud recibió la noticia el mismo día, e inmediatamente redactó la breve nota fúnebre, más tarde complementada por otra más amplia, de carácter biográfico, que hube de escribir yo. Refiriéndose a la frase de Horacio que aquí citaba (*integer vitae, scelerisque purus*),[108] me escribió: «Siempre me parecieron detestables las exageraciones en ocasión de un fallecimiento. He puesto todo cuidado en evitarlas, pero siento que esta cita es realmente justa.» Muchos años antes, mientras presenciaba el acto de descubrir una placa conmemorativa de Fleischl-Marxow, en 1898, había oído esas mismas palabras en boca del profesor Exner, el sucesor de Brücke, a propósito del extinto amigo. Difícilmente pudo Freud haber conocido jamás dos hombres que merecieran más que Fleischl y Abraham semejante elogio.

En la misma carta agregaba: «¡Quién habría pensado, cuando nos hallábamos todos juntos en el Harz, que él habría de ser el primero en abandonar esta vida sin sentido! Tenemos que trabajar y seguir juntos. Nadie puede reemplazar la pérdida personal, pero en el trabajo nadie puede ser considerado irreemplazable. Pronto habré de desaparecer yo

—es de esperar que a los otros les tocará mucho más tarde—, pero la labor debe ser continuada: en relación con ésta todos somos igualmente pequeños.»

El trabajo más importante de Freud en el año 1925 fue su *Autobiografía*, el más extenso de los esbozos de esta índole que habría de producir en diversas ocasiones. Constituye una de las más importantes fuentes para los estudiosos de Freud. Como era de esperar, dada la índole del trabajo, proporciona un relato de su carrera científica, a la vez que una reseña del desarrollo de sus ideas, más que una verdadera exposición de su vida.

Durante las mismas vacaciones escribió otro ensayo, también por encargo, probablemente en el mes de septiembre. Freud había prestado su nombre como miembro del comité de redacción de una revista, la *Revue Juive*, que se publicaba en Ginebra. El director, Albert Cohen, insistía en que le enviara una colaboración, usando como anzuelo la afirmación de que Einstein y Freud eran los dos judíos más distinguidos en ese momento. La colaboración, titulada *Las resistencias al psicoanálisis*, apareció en esa revista en marzo de 1925. Después de una interesante disquisición acerca de la actitud ambivalente hacia cualquier cosa nueva (el miedo a la misma y a la vez su ansiosa búsqueda), Freud exponía razones por las cuales se podía atribuir la oposición al psicoanálisis a motivos afectivos, principalmente basados en la represión de la sexualidad. Dado que la civilización dependía de nuestro dominio sobre los instintos primitivos, las revelaciones del psicoanálisis parecían constituir una amenaza a la solidez de ese dominio. Freud sugería finalmente que los prejuicios de carácter antisemita con respecto a su persona podían ser una razón más de la enorme oposición a sus ideas y del carácter tan desagradable que ella asumía a menudo.

En el mes de enero de 1925 en el *Zeitschrift* apareció un breve trabajo con el curioso título de *A note upon the mystic writing pad.*[109] Los otros dos trabajos de índole clínica publicados en 1925 eran *La negación* y *Algunas consecuencias psicológicas de las diferencias anatómicas de los sexos.*

29. Fama y sufrimiento (1926-1933)

La muerte de Abraham no sólo dejó un vacío irreparable sino también importantes cuestiones por resolver. Estaba ante todo, el problema de sustituirle en el Comité. Dado que Brill se hallaba demasiado lejos para lograr una comunicación asidua con él, sugerí los nombres de James Glover, Van Ophuijsen, Rado y Joan Rivière, pero se resolvió continuar sin cambios. Quedaban, además, dos presidencias vacantes. Ferenczi expuso su pretensión de ser el próximo presidente de la Asociación Internacional, pero Freud, al ser informado de ello, dijo que significaría una seria ofensa para Eitingon, dado que, por ser el secretario, quedaba entendido que le correspondía ser el sucesor de Abraham. No estábamos del todo seguros de si Eitingon aceptaría el pesado cargo, que, entre otras cosas, le impediría continuar con su viejo hábito de tomarse largas vacaciones en el extranjero, en distintas épocas del año. Sin embargo, no sólo expresó estar dispuesto a aceptar el cargo sino que comenzó a mostrar desde ese momento un alto sentido de responsabilidad, lo cual no dejó de ser una sorpresa para muchos. En cambio, rechazó firmemente la idea de ocupar el lugar de Abraham en la presidencia de la Sociedad Alemana. Para ese cargo la elección recayó, después de muchas discusiones, en Simmel, quien por cierto no defraudó tampoco nuestras esperanzas. Anna Freud reemplazó a Eitingon como secretaria de la Asociación Internacional.

Freud, desde su operación mayor, había renunciado a asistir a las reuniones de la Sociedad de Viena, pero se impuso a sí mismo hacer una excepción cuando, el 6 de enero, se celebró el acto de homenaje póstumo a Abraham. El número siguiente debió haber sido dedicado a conmemorar el 70 cumpleaños de Freud, pero éste dio instrucciones a Rado, el activo director de la revista, para que postergara ese homenaje y dedicara el número a las noticias necrológicas de Abraham, que Rado pensaba publicar a fin de año. «No se pueden celebrar festejos antes de cumplir con los deberes de un duelo.»

El 17 y el 19 de febrero Freud sufrió en la calle leves accesos de angina de pecho (estenocardia). No hubo, aparte del dolor, ni disnea ni angustia. Al producirse el segundo de estos episodios se hallaba Freud a pocos pasos de la casa de un conocido médico, amigo suyo, el doctor Braun, hasta donde consiguió llegar. Braun hizo el diagnóstico de miocarditis y aconsejó un tratamiento de quince días en un sanatorio. Freud desoyó el consejo y, siquiera por una vez, se mostró optimista acerca de su afección, que atribuyó, con toda razón, a una intolerancia al ta-

baco. Había estado fumando unos cigarros desnicotinizados, pero aun así acusaba, en cada ocasión, molestias cardíacas. Para él esto era un inquietante presagio de que la abstinencia ya no le resultaba nada dura. Ferenczi estaba convencido de que se trataba de una cosa de índole psicológica y se ofreció a ir a Viena por unos meses, para analizarlo. Freud se sintió conmovido por el ofrecimiento, y después de agradecérselo, agregaba: «Bien puede ser que esto tenga raíz psicológica y es sumamente dudoso que pueda ser dominado por el psicoanálisis; además, cuando uno ya ha llegado a los setenta, ¿no tiene derecho acaso a cualquier forma de descanso?»

Freud se conformó, durante un tiempo, con llevar una vida tranquila y no atender más que tres pacientes por día. Pero la insistencia de Braun, reforzada con una consulta con Lajos Levy, de Budapest, terminó por decidirle a internarse el 5 de marzo, en el Cottage Sanatorium, donde siguió tratando a sus tres pacientes. Su hija Anna dormía en la habitación contigua y actuaba como enfermera de su padre durante medio día, mientras que su esposa y su cuñada se turnaban el resto de la jornada. Nos contó, en broma, que se había tomado unas vacaciones en la Riviera. Volvió a su casa el viernes 2 de abril (Viernes Santo).

Freud estaba tomando ahora más en serio su afección, y escribió acerca de esto a Eitingon:

«Sí, con toda seguridad recibiré al Comité, usted, Ferenczi, Jones y Sachs a comienzos de mayo. Me propongo interrumpir mi trabajo del 6 al 10 de mayo para dedicarme exclusivamente a ustedes, mis huéspedes. Lo hago también porque pienso que bien puede ser éste el último encuentro con mis amigos. Digo esto sin mal ánimo contra el destino, sin tener que hacer esfuerzo alguno de resignación, sino simplemente como un hecho, aunque sé lo difícil que resulta convencer a los demás de que lo veo así. Cuando no se es un optimista, como lo fue nuestro Abraham, se le cree a uno por naturaleza pesimista o hipocondríaco. Nadie puede creer que yo esté preparado para afrontar algo desfavorable por el solo hecho de que sea, según toda probabilidad, lo que va a ocurrir.

»Es cosa bien segura que yo muestro signos de una afección en el miocardio que no puede ser tratada sólo con dejar de fumar. Lo que dicen mis médicos acerca de que es apenas una cosa leve y que pronto habrá una gran mejoría, y cosas por el estilo, no es, por supuesto, más que una historia calculada pensando en que yo no soy un aguafiestas y que me portaré bien y que no he de atentar contra las convenciones establecidas. No me siento nada bien aquí, y aunque realmente esto fuera la Riviera, hace mucho que hubiera vuelto a casa.

»...La cantidad de trastornos corporales que padezco hace que me pregunte por cuánto tiempo más estaré en condiciones de continuar con mi trabajo profesional, especialmente en vista de que la renuncia al dulce hábito de fumar ha tenido como consecuencia una gran disminución de mis intereses intelectuales. Todo esto proyecta una amenazante sombra sobre mi porvenir inmediato. Lo único que me inspira miedo es la

perspectiva de una prolongada invalidez, sin posibilidad de trabajar: para decirlo más claramente, sin posibilidad de ingresos. Y esto es precisamente lo que con más probabilidad ocurrirá. No poseo lo suficiente para seguir viviendo como hasta ahora ni seguir afrontando mis incesantes obligaciones sin ingresos. En última instancia, son estas serias consideraciones de índole personal las que importan.

»Usted podrá comprender que ante este cúmulo de cosas —el peligro de la incapacidad de trabajar por la dificultad para hablar y para oír, por una parte, y por la otra, el agotamiento intelectual— no puedo sentirme descontento con mi corazón, ya que la afección al corazón abre en mí la perspectiva de un final no muy dilatado ni demasiado desdichado... No ignoro, naturalmente, que la incertidumbre en el diagnóstico tiene también el otro aspecto, que puede tratarse solamente de una advertencia momentánea, que la inflamación puede disminuir, etc. Pero, ¿por qué ha de ocurrir todo tan placenteramente a los setenta? Por otra parte, nunca me he conformado con las sobras. Ni siquiera he podido conformarme cuando sólo me quedaba un par de cigarros en mi caja.

»¿Que por qué le estoy contando todo esto? Probablemente para evitarme el hacerlo cuando usted esté aquí. Además, para lograr su ayuda para aliviarme en lo posible de las formalidades y festejos que se acercan... No cometa el error de pensar que estoy deprimido. Considero un verdadero triunfo el mío al mantener siempre un juicio claro cualesquiera que sean las circunstancias y no dejarme engañar por la euforia, como el pobre Abraham. Sé también que, a no ser por esta única preocupación que tengo de que pueda llegar a no poder trabajar, me consideraría un hombre digno de envidia. Luego a una edad tan avanzada, encontrar tanto y tan cálido afecto en la familia y en los amigos, tanta esperanza de éxito —si no el éxito mismo— en una empresa tan azarosa: ¿quién más ha llegado a obtener tanto?»

De regreso a Viena, Freud continuó llevando una existencia de semiinválido. Todas las mañanas, antes de iniciar su trabajo, solía dar un paseo por los suburbios de la ciudad. Esto le dio la oportunidad de conocer la hermosura de los primeros días de la primavera: ¡el tiempo de las lilas en Viena! ¡Qué lástima tener que llegar a viejo y estar enfermo para descubrir esto!

A comienzos del año el ánimo de Freud empezó a alterarse por la proximidad de su 70 cumpleaños. Lo que le perturbaba no era, de ningún modo, el simple hecho de sentir que estaba envejeciendo, sino la idea de los diversos actos a que sin duda daría lugar el acontecimiento. Ya había habido anteriores fiestas de cumpleaños bastante malas, pero ésta tenía perspectivas aún peores.

En un determinado momento pensó huir de todo eso enclaustrándose por una semana en un sanatorio, pero finalmente le pareció que sería una conducta cobarde y demasiado desconsiderada para con todos aquellos que le apreciaban.

Durante varios días hubo una lluvia de cartas y telegramas de felicitación procedentes de todas partes del mundo. Las cartas que más sa-



Freud realizó su primer viaje en avión a los 70 años.

tisfacción le produjeron fueron las de Brandes, Einstein, Yvette Guilbert, Romain Rolland y la Universidad Hebrea de Jerusalén, de la cual él era uno de los directores. Se sintió evidentemente conmovido al recibir una carta de felicitación de la viuda de Breuer.

Todos los diarios de Viena, así como también muchos de Alemania, publicaron artículos especiales, la mayor parte de ellos llenos de apreciaciones favorables. Los mejores fueron los de Bleuler y Stephan Zweig.

Por su parte, el mundo académico de Viena —la Universidad, la Academia, la Sociedad Médica, etc.— ignoraron por completo el acontecimiento. Este comportamiento le pareció sincero a Freud. «Cualquier felicitación que proviniera de ellos me parecería insincera.»

La Logia judía Bnei Brith, de la que Freud era miembro, le dedicó un número especial de su periódico, que contenía una cantidad de artículos amistosamente inspirados. «En su conjunto, eran bastante inofensivos. Yo me considero uno de los más peligrosos enemigos de la religión, pero ellos no parecen tener ninguna sospecha al respecto.» También celebraron una fiesta de homenaje, en la que el profesor Ludwig Braun —el médico de Freud— pronunció un discurso muy brillante. La familia de Freud estuvo presente, pero él no asistió: «Mi presencia hubiera resultado embarazosa, y de mal gusto además. Cuando alguien me insulta, me puedo defender, pero contra el elogio me encuentro indefenso... En general, los judíos me tratan como a un héroe nacional, si bien mi único servicio a la causa judía se reduce al hecho de no haber renegado nunca de mi condición de judío.»

Llegado el día —6 de mayo— se reunieron en la casa de Freud y le hicieron entrega de una donación de 30.000 marcos, importe recolectado entre los miembros de la Asociación. Freud destinó las cuatro quintas partes del dinero a la editorial y lo demás a la Clínica de Viena. Al darnos las gracias, Freud pronunció una alocución de despedida. Una cosa que nos manifestó era que debíamos considerarle ahora retirado de toda participación activa en el movimiento psicoanalítico y que en el futuro sólo deberíamos contar con nosotros mismos. Nos hizo un requerimiento, además, de que fuéramos testigos, ante la posteridad, de cuán buenos amigos había tenido. La parte más enfática de su alocución fue, sin embargo, aquella en que nos pidió que no nos dejáramos engañar por aparentes éxitos, subestimando la importancia de la oposición que aún habría que superar.

Al día siguiente, mantuvo su última reunión con el Comité en pleno. Se prolongó durante siete horas y media —aunque no en forma continuada, por supuesto—, sin que él mostrara signo de cansancio.

El tercer número del *Zeitschrift* de ese año tuvo carácter conmemorativo, en homenaje a Freud, y reproducía un retrato de éste, especialmente hecho para la ocasión por el conocido artista vienés profesor Schmutzer. Cuando Freud se enteró de que Ferenczi había recibido el encargo de hacer la nota introductoria de salutación, le escribió: «Si en lugar del artículo que me tocó hacer cuando usted cumplió cincuenta años me hubiera visto obligado a escribir dos más, habría terminado por

sentirme agresivo contra usted. Yo no quisiera que una cosa así le ocurra a usted ahora, de modo que será bueno tener en cuenta la necesidad de un poco de higiene emocional para el caso.»

El 17 de junio Freud alquiló un alojamiento en la Villa Schüler, en el Semmering, donde permaneció hasta el fin de septiembre. Desde allí realizó frecuentes visitas a su cirujano, en Viena, en su empeño de lograr, mediante sucesivas modificaciones, una mayor comodidad con su terrible prótesis. Sufrió mucho durante ese verano, y sólo un par de meses después mejoró de su afección al corazón. Así y todo, mejoró durante un mes o dos, al final de sus vacaciones, y en ese tiempo estuvo tratando dos pacientes por día.

Ferenczi llegó el 22 de agosto, para permanecer allí una semana antes de partir, el 22 de septiembre, para Estados Unidos. Cuando se dirigía a Cherburgo para embarcarse, se encontró con Rank en París, en una agencia de viajes. Curioso encuentro debió haber sido éste de dos hombres que habían colaborado tan íntimamente apenas dos años antes. Fue una semana muy feliz la que transcurrió en el Semmering, y fue la última ocasión en que habría de sentirse feliz en compañía de Ferenczi. Porque estamos aquí en el comienzo de una historia bien triste en cuanto a las relaciones entre los dos. Hacía un tiempo que Ferenczi se sentía insatisfecho y aislado en Budapest y en primavera tuvo deseos de trasladarse a Viena, cosa que no contó con el apoyo de su mujer. En abril había recibido una invitación de Frankwood Williams para dar una serie de conferencias en la New School of Social Research de Nueva York, y aceptó la invitación, con la aprobación de Freud. Pronunció la primera conferencia el 5 de octubre de 1926, en un acto que presidió Brill. Cierta intuición premonitoria, basada probablemente en las desdichadas consecuencias que habían tenido los viajes similares de Jung y de Rank, me movió a aconsejar a Ferenczi que no aceptara la invitación. Pero él no hizo caso de mi consejo y planeó quedarse seis meses en Nueva York para analizar al mayor número posible de personas. El resultado del viaje no hizo más que justificar mi premonición.

Al regresar de sus prolongadas vacaciones, Freud decidió tomar sólo cinco pacientes, en lugar de los seis que atendía antes, pero como en ese momento aumentó sus honorarios de veinte a veinticinco dólares, la reducción de horas de trabajo no le produjo ninguna pérdida económica. Otra innovación de esa época consistió en que, dado que aún no se sentía en condiciones de dirigir las reuniones de la Sociedad de Viena, consintió en recibir en su casa un reducido número de miembros selectos de la misma, el segundo viernes de cada mes, para realizar con ellos una reunión científica nocturna.

El 25 de octubre, invitado por Rabindranath Tagore, que se hallaba en Viena, Freud le hizo una visita. Tagore no debe haberle causado gran impresión, ya que cuando poco después recibió la visita de otro hindú —Gupta, profesor de filosofía en Calcuta— Freud hizo este comentario: «Por el momento, mis necesidades en cuanto a hindúes están completamente satisfechas.»

Puesto que estoy describiendo, en sus diversas fases, las relacio-

nes personales de Freud con los miembros del Comité, que tanto significaba para él, no puedo dejar de referirme a mí mismo en este aspecto. Durante diez años, a partir de 1922, la relación conmigo no fue excelente, como lo había sido antes y lo sería más tarde nuevamente durante esta década; si bien no me había retirado su afecto y a ratos éste solía expresarse cálidamente, Freud mostró hacia mí una actitud más crítica y menos íntima. Las dificultades comenzaron cuando Rank le predispuso contra mí, y hubo de transcurrir mucho tiempo antes de que Freud abandonara su animadversión contra Abraham y contra mí por todo lo que hicimos para desengañarle respecto a Rank y a sus ideas. Más tarde fue Ferenczi quien desempeñó igual papel. Sin interrupción estuvo expresando ante Freud su animadversión hacia mí, cosa que por cierto yo ignoraba totalmente, ya que no lo he sabido hasta ahora, al leer su correspondencia con Freud. Lo mismo que en el caso de Rank, esta hostilidad era precursora de la que más tarde habría de manifestarse contra el propio Freud. Había, además, algunos tópicos en los que yo no pude estar de acuerdo con él: el tema de la telepatía, el problema de los analistas «profanos» y mi apoyo a la obra de Melanie Klein.

Para Navidad, Freud y su esposa viajaron a Berlín, de donde regresaron el 2 de enero. Fue su primer viaje después de la operación realizada tres años atrás, y habría de ser el último que hacía a esta ciudad simplemente por placer. El objeto del viaje era ver a sus dos hijos, uno de los cuales estaba a punto de partir hacia Palestina para realizar cierto trabajo, y a los cuatro nietos que tenía allí: hasta entonces sólo había visto a uno, y eso cuando apenas tenía un año de edad.

Esta fue la primera ocasión en que Freud se puso en contacto con Einstein. Se encontraba en casa de su hijo Ernst, y allí recibió la visita de Einstein y su mujer. Freud escribió: «Es alegre, seguro de sí mismo y hombre agradable. Entiende tanto de psicología como yo de física, de modo que tuvimos una conversación muy placentera.»

El libro titulado *Inhibición, síntoma y angustia,* que Freud había escrito en el mes de julio anterior y revisado en el mes de diciembre, apareció en la tercera semana de febrero de 1926. El juicio del propio Freud era que «contiene varias cosas nuevas e importantes, revoca y corrige algunas conclusiones anteriores y en general no es bueno».

Esta obra es sin duda la más valiosa contribución clínica que hiciera Freud en el periodo de los años de posguerra. Es esencialmente un amplio estudio de los diversos problemas relativos a la angustia. Constituye un libro más bien dicursivo y lo escribió con toda evidencia para sí mismo, y para tratar de aclarar sus propias ideas, más que para hacer una exposición de las mismas. Como hemos visto, Freud se hallaba lejos de sentirse satisfecho con el resultado, pero la forma en que indicó la complejidad de muchos problemas que habían sido pasados por alto ha parecido muy estimulante a los estudiosos serios. Algunos de esos problemas no se habían solucionado hasta entonces.

El libro es tan rico y sugerente de ideas y conclusiones provisionales, que sólo es posible seleccionar aquí algunas de las más sobresalientes. Freud volvió a una de sus tempranas concepciones, la de «defen-

sa», que durante veinte años había sido reemplazada por la de «represión»; ahora juzgaba que ésta era una más de las diversas defensas utilizadas por el yo. Contrastaba la parte fundamental que desempeña la represión en la histeria con las más características defensas de «reacció-formación», «aislamiento» y «supresión» (una forma de reparación) en la neurosis obsesiva.

Freud admitía que había estado equivocado al mantener que la angustia mórbida es simplemente libido transformada. Ya en 1910, yo había criticado este punto de vista antibiológico, sosteniendo que la angustia debe proceder del propio yo, pero Freud no hizo caso y sólo cambió su opinión cuando se dedicó de lleno al tema dieciséis años después.

Entonces Freud prosiguió la cuestión de la naturaleza del peligro con el que se relaciona la angustia. La situación de «angustia real» difiere de la angustia mórbida en que la naturaleza del peligro es evidente en la primera, mientras que se ignora en la última. En la angustia mórbida, el peligro puede emanar del temor los impulsos del ello, de amenazas desde el superyo, o del miedo al castigo procedente del exterior, pero en los machos es siempre, en definitiva, un peligro de castración, y en las hembras, más característicamente el temor de no ser amadas. Sin embargo, Freud fue capaz de ahondar más profundamente en el problema, distinguiendo entre la vaga sensación de peligro y la auténtica catástrofe final que él denominaba trauma. Este supone una situación de impotencia en la que el sujeto es incapaz de dominar sin ayuda cualquier excitación excesiva; el mismo acto del nacimiento constituye el prototipo de este trauma, pero Freud no estaba de acuerdo con Rank en que los posteriores ataques de angustia eran meras repeticiones de éste y constantes tentativas de resistirlo. En la situación traumática han sido desbordadas todas las barreras protectoras, resultando una impotencia inmersa en pánico, una respuesta que Freud calificaba de inevitable pero inoportuna. La mayoría de los casos clínicos de angustia, sin embargo, pueden calificarse de oportunos, porque constituyen muestras fundamentales de un próximo peligro que en su mayor parte puede entonces evitarse de distintas formas; entre ellas está la acción misma de la represión, que ahora Freud consideraba provocada por la angustia, en vez de ser la causa de la angustia, como antes había pensado.

La definida relación existente entre los síntomas neuróticos y la angustia da origen a otro difícil problema. En su conjunto, Freud los consideraría como defensas parciales destinadas a obviar la angustia, facilitando salidas sustitutivas a los impulsos temidos. Pero la cuestión más escabrosa reside en saber bajo qué condiciones queda retenida la situación original de peligro en toda su fuerza dentro del inconsciente. Por ejemplo, puede acontecer en la vida adulta una curiosa resistencia al miedo infantil a la castración como si existiera una contingencia inminente. El enigma de la neurosis depende de esta fijación. Sin duda, el elemento económico de la cantidad es el decisivo, pero Freud señalaba tres factores que tenían sobre él gran influencia. El primero, o biológico, es la sobresaliente y prolongada falta de madurez de los niños, en contraste con las crías de los animales; esto realza el papel de la dependencia res-

pecto a la madre protectora, cuya ausencia provoca tan asiduamente una angustia alarmante. El segundo factor, histórico o filogenético, lo deducía Freud de la curiosa circunstancia de los dos estadios existentes en el desarrollo libidinal del hombre, que se hallan separados por los años del periodo de latencia. El tercer factor es el psicológico, y se refiere a la peculiar organización de la mente humana con su diferenciación en «ello» y «yo». Debido a los peligros exteriores (castración), el yo ha de considerar determinados impulsos instintivos como si condujeran a un peligro, pero sólo puede hacerles frente a expensas de sufrir serias deformaciones, restringiendo su propia organización, y asintiendo a la formación de síntomas neuróticos, como sustitutos parciales de los impulsos en cuestión.

En junio, Freud empezó a escribir otro libro, *Análisis profano*. La ocasión para ello se la brindó la acusación lanzada contra Theodor Reik basada en la práctica ilegal del psicoanálisis, una acción que no prosperó. Freud definió el libro de «amargo», puesto que cuando lo escribió no estaba de buen talante.

Los acontecimientos más importantes de este año fueron: los primeros indicios de los cambios que se producían en la personalidad de Ferenczi y que habrían de alejarle de Freud, la disputa con los norteamericanos y los holandeses en el Congreso de Innsbruck y el desacuerdo entre Freud y yo acerca del análisis profano y el análisis de niños.

Freud había conocido, hacía algún tiempo, a Stephan Zweig, con quien mantuvo correspondencia durante unos años. En ese momento inició una correspondecia mucho más extensa con Arnold Zweig. Estos dos hombres, a quienes no unía ni el más remoto parentesco, eran además muy distintos entre sí. Stephan, hijo de padres adinerados, actuaba en los círculos intelectuales y artísticos más destacados de Viena. Su vida se deslizaba con facilidad. Escritor fluido y con talento, produjo numerosas biografías históricas, en las que demostró una considerable penetración psicológica. Pero dejaba poco margen a la imaginación del lector, a quien instruye cabalmente acerca de lo que debe sentir ante cada párrafo del relato. Arnold, en cambio, había tenido que sobrellevar una dura existencia, y además fue menos afortunado también por su constitución orgánica. Su prusiano estilo era más pesado, pero más consumado y profundo. La actitud de Freud hacia uno y otro se deduce de la distinta manera de dirigirse a ellos. Stephan era para él *Lieber Herr Doktor* (estimado Doctor); Arnold, en cambio, *Lieber Meister Arnold* (Estimado maestro Arnold). Conocía bien, por supuesto, las primeras obras de Arnold Zweig, pero fue su famosa novela de guerra *El sargento Grischa* lo que aproximó a los dos hombres.

Los analistas de Nueva York, si bien se sentían un tanto ofendidos con Ferenczi por no haberles escrito al aproximarse la fecha de su viaje, le recibieron de manera amistosa y le invitaron a hacer uso de la palabra en la reunión invernal que celebraba la Asociación Psicoanalítica Norteamericana, cosa que hizo el 26 de diciembre de 1926. Brill se mostró cordial con su viejo y respetado amigo, y tuvo otras atenciones con él, le invitó a almorzar, etc.; presidió además la sesión en que Ferenczi

pronunció su primera conferencia en la New School of Social Research. Rank —digamos de paso— estaba desarrollando, simultáneamente, un curso en la Old School of Social Research. A esto siguió un periodo de agasajos y desmedido ensalzamiento de parte de éstos, que produjo en Ferenzci una exaltada explosión de energía. Todos los días recibía alguna invitación para hablar, tanto en privado como en público. Al mismo tiempo comenzó a preparar a ocho o nueve candidatos para el ejercicio del análisis, la mayor parte de ellos no médicos. Se trataba forzosamente de análisis breves, pero el número de los candidatos fue suficiente como para formar un grupo especial de analistas no médicos, que él tenía la esperanza de que sería aceptado por la Asociación Internacional como una Sociedad aparte. Éstas y otras actividades le llevaron a entrar en conflicto con los analistas neoyorquinos, quienes aprobaron, el 25 de enero de 1927, enérgicas resoluciones condenando toda actividad terapéutica de quienes no fueran médicos. A medida que transcurrían los meses las relaciones se hicieron cada vez más tirantes, hasta que llegó el momento en que se vio casi completamente aislado de sus colegas. Cuando, en la víspera de su partida para Europa, el 2 de junio, Ferenczi ofreció una fiesta de despedida, hasta el mismo Brill, tan cordial siempre, se abstuvo de asistir, lo mismo que Oberndorf.

Ferenczi se dirigió primeramente a Inglaterra, donde habló ante la British Psychological Society y la British Psychoanalytical Society. Le recibimos con todo afecto, cosa que, por contraste con lo ocurrido en Nueva York, debe haberle resultado muy grato. Yo ofrecí en su honor una fiesta al aire libre, así como varias recepciones en mi casa, y fue huésped un par de días en mi casa de campo. Tuve la impresión de que nuestra vieja amistad se conservaba intacta, y en realidad conservé esta impresión hasta hace poco, cuando leí su correspondencia con Freud. Pero aun en aquella ocasión, cuando me preguntó si yo había estado en Italia para encontrarme con Brill y yo le dije que no, escribió a Freud diciéndole que estaba convencido de que yo había mentido y que seguramente había estado con Brill en Italia, conspirando juntos en el asunto del análisis profano.

De Londres, Ferenczi se dirigió a Baden-Baden para visitar a Groddeck, luego a Berlín, para ver a Eitingon, después nuevamente a Baden-Baden, y no fue a visitar a Freud hasta después del Congreso de Innsbruck, en septiembre. Freud se sintió molesto por el hecho de que Ferenczi no le fue a ver sino después de tres meses de estancia en Europa. Sospechaba que esto pudiera ser indicio de cierta tendencia a emanciparse. Fue éste el primer síntoma de su gradual alejamiento de Freud. En ese momento Freud no podía tener idea del alcance que esto llegaría a tener, a pesar de lo cual, por alguna razón, hubo algo que les indujo a ofrecerse mutuas seguridades de que su vieja amistad seguiría siempre en pie.

En este año, la preocupación más importante de Freud, de orden organizativo, era la que se refería al problema del análisis profano.

Fue éste el rasgo del movimiento psicoanalítico que, con la posible excepción de la editorial, atrajo más decididamente el interés de Freud,

y ciertamente sus emociones, durante la última fase de su vida. Venía ligado con un problema central para el movimiento psicoanalítico, para el que todavía no se ha hallado solución.

Prescindiendo del hecho de que el psicoanálisis se originó en el campo de la psicopatología, Freud reconocía que los descubrimientos que hizo y la base teórica establecida a partir de ellos tenían unas conexiones generales y extraordinariamente amplias fuera de ese campo. Considerando que supone un conocimiento más profundo de la naturaleza humana, de los motivos y emociones de la humanidad, era inevitable que el psicoanálisis se hallara posibilitado para realizar valiosas y a veces cruciales aportaciones a todos los campos del espíritu humano, y que posteriores investigaciones aumentarían la validez de esas contribuciones hasta un punto nada fácil de delimitar. Por no mencionar más que unos cuantos: el estudio de la antropología, mitología y folklore; la evolución histórica de la humanidad con los varios caminos divergentes por los que ha discurrido; la crianza y educación de los niños; el significado del empeño artístico; el amplio campo de la sociología, con una más penetrante estimación de las distintas instituciones sociales, tales como matrimonio, ley, religión y quizás incluso el Estado. Todas esas posibilidades sin fin se hubieran perdido si el psicoanálisis hubiera terminado confinándose a una pequeña sección del capítulo sobre terapéutica en un libro de texto de psiquiatría que se situara junto a las secciones de sugestión hipnótica, electroterapia, etc. Esto es lo que él preveía que podía muy bien haber sucedido si el psicoanálisis hubiese llegado a considerarse sólo como una rama de la práctica médica.

Posteriormente, Freud se percató de que aunque los analistas podían brindar indicaciones y sugerencias en todos aquellos campos, las únicas contribuciones de valor permanente habrían de ser obra de especialistas en cada uno de ellos, especialistas que también han adquirido un aceptable conocimiento del psicoanálisis recurriendo a una enseñanza autorizada. Una parte esencial de esta formación consiste en la realización de psicoanálisis a aquellos que lo desean. Así, por ejemplo, un antropólogo deseoso de aplicar las doctrinas psicoanalíticas dentro de su especial ámbito habría de convertirse sobre todo, al menos durante un cierto tiempo, en un psicoterapeuta. Cabría suponer que ésta sería una solución verdaderamente satisfactoria de toda la cuestión, pero de hecho quienes venían de otros campos para estudiar el psicoanálisis deseaban convertirse invariablemente en analistas durante el resto de sus vidas, una decisión que forzosamente limita su utilidad a la hora de aplicar sus recién adquiridos conocimientos a sus anteriores esferas de trabajo. A esas personas se las denomina psicoanalistas profanos, o no médicos.

Freud acogió cálidamente la llegada al campo terapéutico de personas de valía procedentes de otras ocupaciones distintas a la médica, y en su opinión era indiferente que los candidatos que se presentaban para la enseñanza psicoanalítica tuvieran o no cualificación médica. Cuando se le pedía consejo, incitaba a esos candidatos a que no gastaran años de estudio en obtener aquella cualificación, sino en avanzar in-

mediatamente en la obra psicoanalítica. Freud deseaba una formación previa más amplia y mejor para en neófito en psicoanálisis. Debería existir un centro especial en el que se dieran clases sobre rudimentos de anatomía, fisiología y patología, biología, embriología y evolución, en mitología y psicología de la religión, y en los clásicos de la literatura.

Por mucho que uno se sintiera cautivado por su enfoque, hemos de tener en cuenta una serie de consideraciones a las que habría primero que prestar atención. Para empezar, Freud insistía con firmeza y buen sentido en que sus analistas profanos no serían en la práctica completamente independientes. Al faltarles formación en todas las materias que encaminaban a un diagnóstico médico, eran incompetentes para decidir qué pacientes eran apropiados para su tratamiento, y Freud sentaba la regla invariable de que los analistas profanos nunca habían de actuar como consejeros; la primera persona que examinase a un paciente debía ser médico, el cual llevaría luego los casos que así lo requirieran al analista. Esto suponía una cooperación plena con la profesión médica, y suscitaba la cuestión de hasta qué punto y bajo qué condiciones podría ser ello posible. Existían algunos países, como Austria, Francia, y algunos de los estados de Norteamérica, en donde la ley prohibía cualquier medida terapéutica adoptada por cualquiera que no se hallara en posesión de un título médico. Había muchos más en donde a los miembros de la profesión médica la ley les prohibía colaborar con los que no eran médicos. Más aún, si la mayoría de los analistas eran legos, había que prever la posibilidad de que el psicoanálisis se fuera divorciando cada vez más de la ciencia de la medicina, con perjuicio tanto de la teoría como de la práctica. Además, su perspectiva de llegar a ser reconocidos como una rama legítima de la ciencia quedaría reducida, quizás, a un punto prácticamente despreciable.

Por lo que a mí me consta, los únicos analistas no médicos que ejercieron antes de la Gran Guerra fueron Hermine Hug-Hellmuth, en Viena, y el reverendo Oskar Pfister en Zurich. La doctora en filosofía Hug-Hellmuth realizó análisis útiles sobre los niños. También se la recuerda por haber trazado la técnica del juego para el análisis de los niños que Melanie Klein habría de utilizar con tanta brillantez tras la guerra. Los dos primeros años de la posguerra, una serie de analistas no médicos comenzaron a practicar en Viena. Otto Rank fue quizás el primero de ellos, aunque me dijo casi apologéticamente entonces que sólo analizaba a niños. Prevalecía por aquel tiempo la ilusión de que los análisis practicados a niños eran una cuestión más fácil que la de los adultos; ése fue el motivo de que cuando la New York Society mostró en 1929 temporalmente su acuerdo de permitir la práctica del análisis profano, la limitara al análisis del niño. A Rank pronto se le unieron Bernfeld y Reik, y en 1923 Anna Freud; más tarde, Aichhorn, Kris, Wälder, y otros. Más o menos por aquella época otros empezaron su labor en Londres, especialmente J. C. Flugel, Barbara Low, Joan Rivière, Ella Sharpe, y mucho antes James y Alix Strachey.

En Viena, muchos de los que iban a analizarse eran americanos, y bastantes se establecieron a su vez como analistas profanos a su regre-

so a América. Este fue el comienzo de una disensión entre analistas americanos y europeos que se mantuvo viva durante muchos años y que no se solucionó hasta después de la última guerra. En la terrible situación de Austria en aquella época, en que era difícil hacer frente a las más urgentes necesidades vitales, no es sorprendente que consideraciones económicas impulsaran a unos cuantos analistas, tanto profanos como médicos, a descuidar las normas generalmente consideradas deseables dentro de la profesión. Por ejemplo, recuerdo haberle preguntado a Rank cómo podía enviar a Norteamérica como analista en ejercicio a alguien que había estado con él escasamente seis semanas, y replicó, con un encogimiento de hombros, «uno tiene que vivir». También hay que recordar que en esa época la «enseñanza» era enteramente individual y no tenía carácter oficial, sin que existieran normas impuestas por una institución, como sucedería en años posteriores.

En 1925, Brill escribió un artículo para un periódico de Nueva York, manifestando su desautorización del análisis profano, y en ese otoño anunció a la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York su determinación de romper las relaciones con Freud si la actitud vienesa hacia Norteamérica continuaba.

En la primavera de 1926 un paciente de Theodor Reik inició una acción judicial contra él basada en un supuesto tratamiento perjudicial, e invocó la ley austríaca contra el curanderismo. Afortunadamente para Reik se demostró que el paciente era un desequilibrado, cuyo testimonio no merecía crédito. Esta circunstancia y la intervención personal de Freud ante un alto funcionario decidieron el caso en favor de Reik. No obstante, esto motivó que Freud escribiera rápidamente durante el mes de julio un librito titulado *Análisis profano*. Estaba dispuesto en forma de un diálogo entre él y un oyente no mal predispuesto, modelado al estilo del funcionario que acabamos de mencionar. La mayor parte del libro es una brillante exposición hecha a un no entendido de lo que es y hace el psicoanálisis, y constituye uno de los mejores ejemplos del arte expositivo de Freud. Va seguido de un ruego, sin duda el ruego más persuasivo que se haya hecho, para granjearse una actitud liberal hacia el análisis profano. Habló a Eitingon de lo bien que se estaban portando los periódicos de Viena en el asunto Reik, y añadía: «El movimiento contra el análisis profano sólo parece ser un nuevo brote de la vieja resistencia contra el análisis en general. Desgraciadamente, muchos de nuestros propios miembros están tan aquejados de miopía, o tan ciegos, por sus intereses profesionales como para sumársele.»

En el otoño de ese año, el Estado de Nueva York aprobó una ley, que según Ferenczi se debió a instigación de Brill, por la que se declaraba ilegal el análisis profano, en tanto que la Asociación Médica Americana publicaba también una advertencia a sus miembros contra cualquier cooperación con aquellos analistas.

Previendo que el tema iba a transformarse en algo de capital interés en el próximo congreso, que se celebraría en Innsbruck el mes de septiembre de 1927, Eitingon y yo organizamos una discusión preliminar en forma de colaboraciones que habían de publicarse en el *International*

Journal y el *Zeitschrift*, órganos oficiales de la Asociación. En ese momento, Ferenczi era la única persona que compartía la postura extrema de Freud. Eitingon, el presidente de la Asociación, era un decidido simpatizante de la postura promédica, más incluso que yo mismo, y, como más de una vez se quejó Freud, «indiferente» respecto al tema del análisis profano. El grupo de analistas profanos de Ferenczi en Norteamérica deseaba entrar en la Asociación Internacional, y Freud consideraba esto como una prueba. Sin embargo, Eitingon se mostraba contrario a aceptarlo, y en la práctica no lo hizo.

En mayo de 1927, la Sociedad de Nueva York aprobó una resolución condenando sin reservas el análisis profano, una acción precipitada que no mejoró la atmósfera para la próxima discusión general. Escribí a Brill con vehemencia rogándole que hiciera algo en el último momento para disminuir la pésima impresión que había causado en Europa, pero era ya demasiado tarde. Y en el Congreso de Innsbruck se debatieron muy acaloradamente, aunque sin llegar a ninguna resolución, las diferencias entre Viena y Nueva York.

Freud se mostró siempre contrario a la posición norteamericana, y me imagino que una de las principales razones para ello fue la siguiente: quizá en ninguna parte del mundo la profesión médica había gozado de una más alta estima que en la Austria de antes de la guerra. Un título universitario, de auxiliar o profesor, constituía el pasaporte para cualquier posición social. Freud nunca comprendió que la situación de la profesión médica pudiese ser completamente distinta en los demás países. No tenía ninguna idea de la dura lucha que hubieron de mantener hace cincuenta años en Norteamérica los médicos, en donde todo tipo de individuos sin cualificación gozaban, por lo menos, de tanta estima, si no de mucha más en ocasiones, que los médicos. Por consiguiente, nunca admitiría que la oposición de los analistas norteamericanos al análisis profano constituía, hasta un punto muy considerable, una parte de la lucha mantenida por varias profesiones doctas de Norteamérica para asegurar el respeto y el reconocimiento al saber del especialista y a la formación precisa para conseguirlo. En la primavera de 1928 comentó a Ferenczi que el «desarrollo interno del psicoanálisis está avanzando por doquier divorciado del análisis profano contrariamente a mis intenciones, y convirtiéndose en una especialidad puramente médica, situación que considero trágica para el futuro del análisis».

La tensión acerca del problema del análisis profano se mantuvo hasta la llegada de la II Guerra Mundial. Cuando ésta hubo concluido, poco había quedado del movimiento psicoanalítico en el continente europeo, y los norteamericanos, que formaban entonces la gran mayoría de los analistas existentes en el mundo, no sólo habían perdido su antigua aprensión hacia la Asociación Internacional, sino que cooperaron también cordialmente con ella, hasta un extremo que nunca antes había sido posible lograr. Nuestra unidad se salvó, por consiguiente, pero al precio de seguir posponiendo el problema, todavía sin resolver, del *status* de los analistas profanos.

A finales de la década de 1930 se había difundido ampliamente una

noticia en Estados Unidos, según la cual Freud había cambiado radicalmente las ideas que tan claramente había expresado en su folleto sobre el análisis profano, opinando ahora que la práctica del psicoanálisis debía limitarse estrictamente en todos los países a los miembros de la profesión médica. A continuación presentamos la respuesta que dio en 1938 a una pregunta sobre aquel rumor: «No puedo concebir cómo puede haber surgido este burdo rumor sobre mi cambio de punto de vista acerca del problema del análisis profano. Lo cierto es que nunca he negado esos puntos de vista, e insisto en ellos incluso con más fuerza que antes frente a la clara tendencia americana a convertir el psicoanálisis en una mera sirvienta de la psiquiatría.»

Después del Congreso de Innsbruck convertimos el Comité en grupo —ya no privado— de dirigentes de la Asociación.

El problema más urgente que había que afrontar era el de las finanzas, siempre difíciles, de la editorial. Las cosas marchaban tan mal que se habían iniciado tratos formales para vender las existencias y transferir la firma a una empresa comercial. A Freud le disgustaba mucho la idea de perder el control de una empresa que siempre había querido de una forma entrañable, de modo que Eitingon siguió afrontando noblemente todas las dificultades. Una donación de cinco mil dólares de parte de la señorita Potter conjuró momentáneamente la crisis.

En septiembre me escribió una extensa carta en la que se quejaba vivamente de que yo estaba realizando una campaña pública contra su hija Anna y acaso, de ese modo, también contra él. El único hecho en que se basaba para su acusación era que yo había publicado, en el *Journal*, un largo informe sobre una discusión que había tenido lugar sobre el tema del psicoanálisis de niños. Era un tópico que durante años había interesado a nuestra Sociedad, en la que había muchas analistas, y que llegó a interesar más aún con la llegada a Inglaterra, un año antes, de Melanie Klein. En una carta que le envié, expliqué todo a Freud, extensa y detalladamente, y recibí de él la siguiente contestación: «Me siento muy feliz, por supuesto, de que me haya contestado usted con tanta calma y de una manera tan amplia, en lugar de sentirse muy ofendido por la mía.» Pero siguió mostrándose escéptico, y probablemente receloso, acerca de los métodos y las conclusiones de Melanie Klein.

Posteriormente sostuve con él varias conversaciones sobre el tema del análisis temprano, pero nunca llegué a convencerle de nada; lo único que logré obtener de él fue el reconocimiento de que no tenía, para orientarse en esto, ninguna experiencia personal.

Tres trabajos escribió en 1927. El primero ellos fue un suplemento al ensayo sobre el *Moisés* de Miguel Angel, que había publicado, en forma anónima, trece años antes. Fue escrito en junio y publicado en *Imago* a fin de año, después de haber aparecido, en verano, en el primer número de la recién fundada *Revue Française de Psychanalyse*. Después escribió —«repentinamente», según dijo— un breve trabajo sobre *Fetichismo*, que quedó terminado en la primera semana de agosto. Hizo esta triste reflexión: «Probablemente esto no dará lugar a nada.»

El mismo día en que despachó este trabajo, anunció que estaba es-

cribiendo uno sobre *El humor*, dado que se hallaba en un buen estado de ánimo porque una vez más acababa de evitarse la bancarrota de la editorial. Su interés por el tema databa de la época en que había escrito el libro sobre *El chiste*, más de veinte años atrás, pero el problema había quedado sin resolver hasta ese momento. Tardó apenas cinco días en escribirlo. Anna Freud lo leyó en el Congreso de Innsbruck, en septiembre.

También publicó un libro ese año, *El futuro de una ilusión*. Este dio origen a numerosas y ásperas controversias, que aún no han terminado. El mismo escribió a Ferenczi lo siguiente: «Ahora ya me parece pueril; básicamente mi pensamiento es distinto; lo considero, desde el punto de vista analítico, tan flojo e inadecuado como una autoconfesión.» Esta frase puede inquietar a mucha gente. Evidentemente se presta a numerosas interpretaciones. Había en esa época una amplia controversia religiosa en Inglaterra, que arrancó de la exposición del obispo de Birmingham sobre el origen antropológico de la creencia en la transubstanciación, de modo que Freud se mostró muy ansioso de ver publicada cuanto antes una traducción inglesa del libro.

El comienzo del año 1928 trajo consigo una gran novedad: la expedición de Róheim al Pacífico y a Australia, que resultó posible gracias a la generosidad y la perspicaz visión de Marie Bonaparte. He aquí algunas sugerencias de Freud acerca del viaje: «Róheim está ardiendo de ansias por "analizar" a sus primitivos aborígenes. Yo creo que sería más urgente observar en lo posible lo que se refiere a la libertad sexual y al periodo de latencia en los niños, a cualquier indicio que hubiera sobre el complejo de Edipo y a todo lo que pudiera haber en cuanto a la existencia de un complejo de masculinidad en la mujer. Pero convinimos en que el programa tendría que adecuarse finalmente a las oportunidades que allí se presentaran.»

Róheim se proponía establecerse, a su regreso, en Berlín, cosa que por entonces hizo. Ferenczi se quejó de que fueran tantos los húngaros que hacían otro tanto, y se sintió muy inclinado a imitarlos. Recabó la opinión de Freud acerca de cómo sería recibido allí, pero Freud le aconsejó que permaneciera en Hungría tanto como le fuera posible con el antisemitismo reinante bajo el régimen de Horthy.

En febrero le pregunté a Freud si estaba enterado de los nuevos esfuerzos que se estaban haciendo para que le concedieran el premio Nobel. Me constentó: «No, no sé nada acerca de los esfuerzos tendentes a procurarme un premio Nobel, y no los encuentro loables. ¿Quién va a ser tan tonto como para mezclarse en este asunto?»

En este mes estuvo afectado de una seria conjuntivitis, que le hacía sumamente difícil la lectura, pero a finales de marzo actuó como testigo en la boda de Ruth Mack y Marck Brunswick. Era el tercer casamiento a que asistía, aparte del suyo propio.

En esa época recibió un librito del filósofo ruso Chestov, que le enviaba Eitingon, amigo y admirador del escritor. Freud dijo que lo había leído de un tirón, pero sin lograr enterarse de cuál era la actitud del autor. «Probablemente no se imagina usted cuán lejos me siento de todos

estos rodeos de los filósofos. La satisfacción que me procuran es el hecho de no participar en este lamentable despilfarro de la capacidad intelectual. No hay duda de que estos filósofos creen contribuir con esta clase de estudios al desarrollo del pensamiento humano, pero detrás de todo esto hay siempre un problema psicológico, o incluso psicopatológico.»

El 72 cumpleaños de Freud fue celebrado en forma muy silenciosa, de acuerdo con los deseos de éste. El siempre fiel Eitingon fue el único de nosotros que estuvo presente.

Freud partió para sus vacaciones el 16 de junio. Gozaba ahora de la compañía de su primera perra pekinesa, que Dorothy Burlingham, que estaba intimando mucho con la familia, le había regalado. Tal como la mayor parte de los judíos de su generación, Freud había tenido poco contacto con animales, pero un par de años antes alguien había regalado a Anna un perro alsaciano, *Wolf*, para hacerle compañía en sus caminatas por los bosques del Semmering. Freud se había interesado considerablemente en observar las costumbres caninas y desde ahora comenzó a cobrar cariño a un perro tras otro, lo cual era evidentemente una sublimación de su enorme afecto a los niños pequeños, que ahora ya no podía verse satisfecho. Esta primera perra, llamada *Lun-Yu*, desgraciadamente no sobrevivió más que once meses. En agosto del año siguiente, Eva Rosenfeld la estaba conduciendo de Berchtesgaden a Viena, cuando se escapó en la estación de Salzburgo, donde, luego de tres días de búsqueda, fue hallada en la vía férrea, muerta bajo las ruedas de un tren. Freud manifestó que el dolor que todos sintieron era de la misma cualidad, aunque no de igual intensidad, que el que produce la muerte de un niño. Pero no tardó en ser reemplazada por una congénere, *Jo-Fie*, que fue su compañera constante durante siete años.

Esa primavera había sido excepcionalmente desdichada para Freud, y en marzo manifestó que su cansancio había alcanzado un grado desusado. Las molestias y el dolor en la boca habían llegado a ser insoportables y, a pesar de los constantes esfuerzos de Pichler, ya estaba perdiendo toda esperanza de hallar alivio. Si hubiera estado en condiciones económicas para ello, dejaría el trabajo. Hacía un año ya que su hijo Ernst le estaba rogando que consultara a un famoso cirujano oral de Berlín, el profesor Schroeder, pero su poca disposición a abandonar a su cirujano le impulsó a dejar de lado esa idea hasta que el propio Pichler le confesó que había llegado al límite de sus posibilidades, y ya no podía hacer nada más por él. Se decidió entonces hacer una consulta entre ambos médicos, y Schroeder fue a ver a Freud el 24 de junio. El resultado fue tan prometedor que Freud consintió en permanecer algún tiempo en Berlín, tan pronto como Schroeder estuviera desocupado. Nos pidió que mantuviéramos en reserva, todo lo posible, esta noticia, porque no quería que nadie llegara a suponer que su resolución pudiera significar desaprobación alguna de su parte en cuanto al cirujano vienés. Se hizo circular entonces la noticia de que iba a visitar nuevamente a sus hijos y nietos en Berlín. Partió acompañado por Anna, el 30 de agosto, y por primera vez se alojaron en el Sanatorio de Tegel. Marie

Bonaparte y Ferenczi le visitaron allí ese mes, pero Freud se hallaba en un estado deplorable, apenas en condiciones de hablar y embargado de incertidumbre acerca del éxito de ese intento. Cuando regresó a Viena, sin embargo, a comienzos de noviembre, la nueva prótesis, aun cuando distaba mucho de ser perfecta, registraba un evidente progreso sobre la anterior, de modo que la vida, nuevamente, se le hizo tolerable. Era mejor que la otra en un 70 por ciento.

Durante los dos años y medio que siguieron el cirujano de Freud fue el doctor Weinmann, un vienés que había estado cierto tiempo con Schroeder, en Berlín, de modo que estaba al tanto del caso de Freud en detalle. Fue Weinmann quien sugirió el uso del ortoformo, integrante del grupo de la novocaína, y que por consiguiente era una adquisición derivada de los primitivos estudios de Freud sobre la cocaína. Esto significó una verdadera dicha para Freud durante algunos años, pero luego, por desgracia, dio origen a irritaciones que condujeron a una hiperqueratosis local, afección de carácter precanceroso. Su uso, después de eso, tuvo que ser considerablemente restringido.

Nada sorprendente resulta que en un año de tanto sufrimiento físico no se registre ningún trabajo suyo que valga la pena citar. Parece ser que no escribió nada en todo el año, cosa que durante un cuarto de siglo por lo menos no podría haberse afirmado de él.

Un ensayo más extenso que los dos anteriores, *Dostoievski y el parricidio*, apareció también en este año. Dos años atrás Freud había sido invitado a escribir una introducción psicológica para una edición erudita de *Los hermanos Karamazov* que estaban preparando F. Eckstein y E. Fülop-Miller. Había comenzado a trabajar en esto en la primavera de 1926. Había mucho que leer y que meditar al respecto, pero comenzó a escribir el ensayo en las vacaciones y leyó el comienzo del mismo a Eitingon cuando éste le visitó en el Semmering a finales de junio de 1926. Pero lo tuvo que dejar a un lado para escribir urgentemente el ensayo sobrer *Análisis profano*, y cuando volvió de la libertad de las vacaciones al yugo del trabajo en Viena, tanto la energía como el interés se habían desvanecido. Luego confesó que la poca disposición que había sentido en todo momento para escribir ese ensayo provino de haber descubierto que la mayor parte de lo que él tenía que decir desde el punto de vista psicoanalítico ya estaba contenido en el librito de Neufeld que la editorial había publicado un poco antes. Pero Eitingon continuó presionándole para que terminara el trabajo, mientras que le iba enviando libro tras libro, incluyendo una colección completa de la correspondencia de Dostoievski, hasta que finalmente el ensayo fue concluido, probablemente a comienzos de 1927.

Esta fue la última y más brillante contribución de Freud a la psicología de la literatura. Freud tuvo en la más alta estima las dotes de Dostoievski. De él decía: «Como autor imaginativo, ocupa un lugar no muy distante al de Shakespeare. *Los hermanos Karamazov* es la mayor novela que se haya escrito jamás; el episodio del gran inquisidor, uno de los mayores logros de nuestra literatura mundial, del que difícilmente puede exagerarse su importancia.» Por otra parte, Freud le consideraba

mucho menos como hombre, y se sentía evidentemente disgustado por el hecho de que quien parecía destinado a conducir la humanidad hacia metas mejores no acabara siendo más que un dócil reaccionario. Observaba que no era una casualidad que las tres obras maestras de todos los tiempos trataran del tema del parricidio: el *Edipo rey* de Sófocles, el *Hamlet* de Shakespeare y *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski. Freud tenía muchas cosas interesantes que decir sobre la personalidad de Dostoievski, sus ataques histérico-epilépticos, su pasión por el juego, etc. Pero acaso la parte más notable del ensayo consiste en las observaciones de Freud acerca de las distintas clases de virtud que él ejemplificaba en la variedad desplegada por Dostoievski.

Theodor Reik escribió una crítica detallada de este ensayo, y en carta de respuesta a él, Freud se mostraba de acuerdo con muchos de los detalles que señalaba, y añadía: «Tiene usted razón al suponer que en realidad no me gusta Dostoievski, a pesar de toda mi admiración por su vigor y altura. Ello se debe a que mi paciencia con respecto a los caracteres patológicos ha quedado agotada por los análisis reales. En el arte y en la vida soy intolerante con ellos. Es una característica perso nal mía en la que no necesito avenirme con el resto de la gente.»

En el invierno de este año la editorial estaba pasando por una de sus periódicas crisis, y fue un gran alivio para Freud el que Marie Bonaparte se ofreciera a salvar la empresa de la bancarrota. En marzo se agregaron otras donaciones: la Sociedad de Budapest recolectó 1.857 dólares, Ruth Brunswick consiguió que su padre donara 4.000 dólares y otros 1.500 llegaron de Brill, 500 de él mismo y 1.000 provenientes de un paciente anónimo.

Marie Bonaparte había estado insistiendo ante Freud para que tomara un médico de cabecera que se ocupara de vigilar el estado general de su salud y se mantuviera a la vez en contacto con los cirujanos. Recomendó para ello al doctor Max Schur, un excelente clínico, que tenía además la ventaja de haber sido también analizado. Freud admitió gustoso la idea. En la primera entrevista con Schur le puso como condición básica el no ocultarle jamás la verdad, por penosa que fuera. La sinceridad de su tono demostraba que lo pensaba literalmente así. Hubo un apretón de manos y Freud agregó: «Tengo mucha capacidad para soportar el dolor y detesto los sedantes, pero confío en que no me hará sufrir sin necesidad.» Más adelante llegó el día en que Freud tuvo que recurrir a Schur para que cumpliera este último deseo. Con excepción de unas pocas semanas en 1939, en los últimos diez años de la vida de Freud se mantuvo Schur en estrecho contacto con él.

Schur tenía una personalidad ideal para médico. Estableció una perfecta relación con el paciente, y su consideración, su paciencia incansable y la riqueza de sus recursos eran insuperables. El y Anna formaban una pareja ideal de guardianes encargados de velar por la salud del enfermo y de aliviar sus múltiples molestias. Con el tiempo, además, se hicieron sumamente competentes los dos para vigilar y sorprender cualquier cambio en la afección local. Este cuidado meticuloso y esta habilidad para detectar los más leves indicios de peligro prolongaron la vida

de Freud, sin lugar a dudas, por varios años. Anna, con su característica falta de ostentación, tuvo que desempeñar diversos papeles: enfermera, médico «personal» leal y de confianza, compañera, secretaria, colaboradora y, como coronación de todo esto, un guardián que le protegía de las intrusiones del mundo externo.

Freud, por su parte, merecía esta extraordinaria atención y este cuidado. Era en todos los sentidos un paciente perfecto, conmovedoramente agradecido por todo alivio que se le procuraba, y además, a lo largo de tantos años, un paciente que no se quejaba. Cualquiera que fuera el grado de sufrimiento, jamás hubo en él un asomo de irritabilidad o de fastidio. Nunca se le oyó rezongar, por mucho que tuviera que soportar.

Una de sus expresiones favoritas era ésta: «De nada sirve pelear con el destino.» Su bondadosa cortesía con el médico, así como su consideración y su gratitud hacia él, no flaquearon en ningún momento.

Ese mismo mes de mayo pude informarle de la consecución de la más dificultosa conquista en la lucha por el psicoanálisis: el informe satisfactorio del comité especial de la British Medical Association, documento que algunas veces se consideró como una «carta de admisión» del psicoanálisis. Durante más de tres años, Glover y yo tuvimos que luchar arduamente contra veinticinco enconados adversarios, pero cuando se encargó a una subcomisión de tres miembros —uno de los cuales era yo— la redacción del informe final, mis posibilidades ya fueron mejores. Una de las cláusulas definía oficialmente el psicoanálisis como labor en que se emplea la técnica de Freud, con lo cual quedaban excluidos todos aquellos que pretendían usar el mismo nombre sin cumplir ese requisito. No creo que esto le haya impresionado mucho, ya que se trataba, después de todo, de un pronunciamiento médico y el objetivo de Freud era independizar el psicoanálisis de la medicina.

A finales de mayo se reunió en París el Comité, recientemente reorganizado, para tratar el difícil problema de las relaciones con los norteamericanos en el Congreso venidero. Hubo acaloradas discusiones entre Anna y Ferenczi, por un lado, y Van Ophuijsen, por el otro —con Eitingon en el papel de conciliador—, pero todos confiábamos en una buena solución. Resolvimos proponer la reelección de Eitingon para la presidencia de la Asociación.

Durante todo el año, Ferenczi continuó exponiendo ante Freud —y no sin éxito— sus acerbas críticas contra mí. Estaba convencido de que yo aprovechaba la cuestión del análisis profano como un pretexto al servicio de mi ambición, con finalidades económicas, para «unificar el mundo anglosajón bajo mi cetro». Yo era «una persona sin escrúpulos y peligrosa, a quien se debería tratar en forma más severa. Habría que librar de mi tiranía al grupo inglés». Ni yo ni ninguna otra persona llegó a enterarse nunca de estos sentimientos de sospecha y hostilidad, que se reservaban exclusivamente para Freud.

El Congreso de Oxford transcurrió en una atmósfera pacífica y agradable.Tal como lo reconoció Freud, la escisión en la Asociación, por la cuestión del análisis profano, se pudo evitar gracias a los esfuerzos desplegados por Brill y por mí, cosa que él nos agradeció calurosamen-

te. Pero Ferenczi, decepcionado por no haber sido designado presidente de la Asociación, comenzó desde ese momento a desentenderse de los asuntos administrativos, para concentrarse exclusivamente en sus investigaciones científicas, y desde esa época más o menos comenzó a desarrollar una orientación propia, que divergía seriamente de la aceptada generalmente en los círculos psicoanalíticos. En el trabajo que leyó en Oxford denunció lo que él llamó unilateralidad del psicoanálisis, en cuanto éste estaría prestando excesiva atención a las fantasías infantiles. Sostuvo, en cambio, que era correcto el primer concepto de Freud sobre la etiología de las neurosis, a saber, que éstas tendrían su origen en ciertos y determinados traumas, especialemente el de la falta de amabilidad o la crueldad de parte de los progenitores. Esto debería remediarse mostrando el analista más afecto al paciente del que Freud, por ejemplo, consideraba conveniente para el caso.

Luego de visitarle en junio, sólo le escribió a Freud una vez, antes de Navidad, hecho que contrastaba grandemente con su conducta de años anteriores, ya que difícilmente dejaba pasar una semana sin escribirle una extensa carta. El mismo atribuyó su silencio actual al gran temor que sentía ante la posibilidad de que Freud no concordara con sus nuevas ideas (situación que no sería capaz de tolerar), así como a la necesidad de procurar a sus teorías una base firme antes de formularlas definitivamente. En su respuesta decía Freud: «No hay duda de que, en los últimos años, en lo externo, usted se ha distanciado de mí. Espero, sin embargo, que no será el anuncio de un intento de creación de un nuevo psicoanálisis disidente por parte de quien ha sido hasta ahora mi paladín y secreto gran visir.»

En 1929 Freud reanudó su actividad literaria y escribió otro libro. Comenzó a hacerlo en julio y terminó el primer borrador al cabo de un mes más o menos. El título que en un comienzo le quiso poner era *Das Unglück in der Kultur (La desdicha en la cultura),* pero luego lo cambió por *Das Unbehagen in der Kultur (El malestar en la cultura).*

Unbehagen fue para nosostros una palabra de difícil traducción, puesto que el término inglés más apropiado, «*Dis-ease*» (desazón), resultaba anticuado. El propio Freud sugirió *Man's discomfort in civilization (El desasosiego del hombre en la civilización),* pero finalmente se tituló *Civilization and its discontents (El descontento en la civilización)* —en la versión castellana *El malestar en la cultura*—. En el plazo de un año se agotó por completo la edición de 12.000 ejemplares, y hubo de reeditarse. No obstante, el mismo Freud quedó muy insatisfecho con el libro. Así lo notificó a Lou Andreas-Salomé: «Su acostumbrada perspicacia le habrá hecho suponer por qué he demorado tanto la respuesta a su carta. Ya le ha dicho Anna que estoy escribiendo algo, y hoy he terminado la última frase, con la que —en cuanto es posible hacerlo así aquí, sin contar con una biblioteca— acaba la obra. Trata ésta de la civilización, *consciencia* de culpabilidad, felicidad y parecidas excelsas cuestiones, y se me antoja, a mi entender con toda la razón, muy superflua en contraposición a mis primeras obras, en las que siempre había un impulso creador. Pero, ¿qué otra cosa podría hacer? No puedo

pasar todo el día fumando y jugando a las cartas, no debo andar demasiado, y la mayoría de lo que hay para leer ya no me interesa. Así que me puse a escribir, y el tiempo transcurría de esta forma muy agradablemente. Al escribir esta obra he descubierto de nuevo las verdades más triviales.»

En *El malestar en la cultura* Freud hacía la más completa exposición de sus ideas en el campo de la sociología, un campo que, tal como dijo en alguna ocasión, «no puede ser otra cosa que una psicología aplicada». El libro comienza con el problema más amplio posible: la relación del hombre con el universo. Su amigo Romain Rolland le describió una emoción mística de identificación con el universo, a la que Freud llamó sentimiento «oceánico». Sin embargo, Freud no podía hacerse a la idea de que esto fuera un elemento primario del espíritu, y lo recondujo al estadio más primitivo de la infancia, a una época en que no se establecía distinción alguna entre el yo y el mundo exterior. Freud planteaba entonces la cuestión del objeto de la vida. En su opinión, este planteamiento no tenía sentido estrictamente hablando, al basarse en premisas no demostradas; como observaba, se trata de un problema que raramente se plantea respecto al mundo animal. Por tanto, se centró sobre la más modesta cuestión de cuál es el fin que pone de manifiesto la conducta humana. Este le parecía, sin discusión, la búsqueda de la felicidad; no sólo de la felicidad en su sentido más limitado, sino así mismo de la dicha, placer, tranquilidad de espíritu y contento: la satisfacción de todos los deseos. La vida se halla sujeta al principio placer-dolor. En su forma más intensa ello sólo tiene lugar como fenómeno episódico; cualquier continuación del principio del placer se experimenta únicamente como un tibio bienestar. La felicidad humana, por tanto, no parece constituir el objeto del universo, y las posibilidades de infelicidad se hallan más a nuestro alcance. El sufrimiento tiene tres fuentes: el corporal, los peligros del mundo exterior y los problemas en nuestras relaciones con nuestros semejantes, acaso los más dolorosos de todos ellos.

A continuación pasaba Freud al tema de las relaciones sociales, el verdadero origen de la civilización. Este tenía lugar merced al descubrimiento de que un cierto número de hombres que fijaban límites a su propia satisfacción eran más fuertes que un hombre solo, por fuerte que éste fuera, pero que se hubiera acostumbrado a gratificar sus impulsos sin restricción. «La fuerza de este cuerpo unido se opone entonces, como "derecho" a la fuerza de cualquier individuo, a la que se condena como "fuerza bruta". La sustitución del poder de un hombre solo por el poder de un grupo unido representa el paso decisivo hacia la cultura. Su carácter esencial reside en la circunstancia de que los miembros de la comunidad han restringido sus posibilidades de satisfacción, mientras que el individuo no reconocía semejantes restricciones. Por consiguiente, el primer requisito de una cultura es el de la justicia, es decir, la seguridad de que una vez establecido un orden jurídico, no será infringido en beneficio de cualquier individuo.»

Esta situación conduce inevitablemente a un interminable conflicto entre las pretensiones de libertad del individuo, para obtener satisfac-

ción personal, y las demandas de la sociedad que con tanta frecuencia se les oponen. Entonces Freud pasaba a discutir la cuestión, tan vital para el futuro de la civilización, de si era o no este conflicto irreconciliable. A este respecto fijaba una lista impresionante de restricciones que pendían sobre la vida sexual del hombre: prohibición de autoerotismo, impulsos pregenitales, incesto y perversiones; limitación a un sexo y en última instancia, a un compañero. «La vida sexual del hombre ha sido seriamente perjudicada, y en ocasiones produce la impresión de ser una función que se halla en proceso de atrofia.» Esas restricciones imponen un duro tributo en forma de neurosis generalizadas que se acompañan de sufrimientos y de la consiguiente reducción de la energía cultural disponible.

¿Por qué la comunidad civilizada no podría consistir en parejas de individuos felices ligados entre sí únicamente por intereses comunes? ¿Por qué necesita además extraer una energía que deriva de una libido cuyo fin está inhibido? Freud halló una clave al interrogante considerando el precepto «amarás al prójimo como a ti mismo» no sólo como poco práctico, sino indeseable por muchos conceptos. Esta gran carga impuesta por la sociedad tiene lugar por el fuerte instinto de crueldad agresiva del hombre. «Debido a esta primordial hostilidad entre los hombres, la sociedad civilizada se ve constantemente amenazada de desintegración. La cultura tiene que recurrir a cualquier esfuerzo que sea necesario para levantar barreras a los instintos agresivos del hombre.» Esta tendencia a la agresión, que en opinión de Freud representaba el obstáculo más formidable a la cultura, es «una disposición humana innata, autónoma e instintiva».

La forma más típica de hacer frente a esta realidad de la agresión consiste en interiorizarla en la parte del yo denominada superyo o conciencia. Esta experimenta entonces la misma tendencia de dura agresividad hacia el yo que al yo le hubiera gustado ejercer contra los demás. La tensión entre los dos constituye lo que se llama el sentimiento de culpabilidad. Un sentimiento de culpa no procede de un sentimiento innato de pecado, sino del miedo a la pérdida del amor. Y cuando el superyo se halla firmemente constituido, entonces el temor a su desaprobación se convierte incluso en más fuerte que el miedo a la desaprobación de las otras personas. La simple renuncia a un acto prohibido no libera ya a la conciencia, como bien saben los santos, porque todavía subsiste el deseo. Por el contrario, la privación, y más todavía la desgracia, intensifican el sentimiento de culpa porque se consideran como merecedores de castigo. Llegados a este punto, Freud adelanta la original idea de que el sentimiento de culpa es la respuesta *concreta* a la agresividad reprimida. Puesto que es hasta tal extremo inconsciente, su expresión aparente constituye un sentimiento de angustia, de malestar general o infelicidad.

Cabe expresar el objeto fundamental del libro, según las palabras de Freud, como la «intención de presentar el sentimiento de culpabilidad como el problema más importante de la evolución de la cultura, señalando que el precio pagado por el progreso de la cultura consiste en

la pérdida de felicidad a que se llega con el aumento del sentimiento de culpabilidad».

En cuanto al futuro de la sociedad, Freud escribió siempre en tono de prudente optimismo. «Cabe esperar que con el transcurso del tiempo se lleven a efecto cambios en nuestra civilización, de manera que sea capaz de satisfacer mejor nuestras necesidades, y no se halle por más tiempo expuesta a los reproches que le hemos formulado. Con todo, quizás nos hayamos de acostumbrar también a la idea de que existen ciertas dificultades consustanciales a la propia naturaleza de la cultura que no cederán a ningún esfuerzo por reformarlas.»

En los dos primeros meses del año la salud mental de Ferenczi llegó a ser muy inquietante. Su estado de sensibilidad condujo a algunas conversaciones francas entre ambos, con resultados muy favorables. Freud le manifestó que tanto su amargura por la forma en que había sido tratado por los norteamericanos como la decepción que le causó el no haber sido designado presidente de la Asociación promovían su simpatía, aun cuando esa designación —destacaba— habría provocado una escisión, pero no podía comprender el porqué de la hostilidad contra él. Ferenczi, entonces, comenzó a invocar hechos del pasado: por qué Freud no había sido más amable con él en Sicilia, veinte años atrás, cuando él estaba en tan mal estado de ánimo, y por qué no había analizado su hostilidad reprimida, en el análisis de tres semanas que le había hecho quince años atrás.

Ferenczi, durante algunos años, ocultó a Freud sus crecientes divergencias científicas y su idea acerca de la «unilateralidad» de Freud, en parte atendiendo al estado de salud de éste y en parte por temor a la reacción que esto provocaría en él el día que se enterara. Las amistosas cartas de Freud tranquilizaron a Ferenczi, y al visitarlo éste el 21 de abril mantuvieron una conversación extensa y satisfactoria, que le dejó convencido de que sus temores de verse desaprobado por aquél habían sido muy exagerados. Pero la susceptibilidad persistió. Cuando en ese mismo año, un poco después, Freud calificó de «muy inteligente» un trabajo de Ferenczi, éste lamentó que en lugar de usar estos términos no hubiera escrito «correcto, probable o siquiera plausible».

Freud había dispuesto todo para ir a Berlín en la tercera semana de abril, para hacerse allí una nueva prótesis, pero, tal como ocurrió tres años atrás en esa misma época del año, tuvo que retirarse, por orden de los médicos, al Cottage Sanatorium, para someterse a un tratamiento de sus afecciones cardíaca y abdominal. Se trasladó al sanatorio el 24 de abril y permaneció allí hasta el 4 de mayo, fecha en que partió para Berlín. Se recuperó rápidamente, «no por efecto de milagro terapéutico alguno sino por un acto de autonomía». Repetidamente se le había manifestado una intolerancia al tabaco y habiendo dejado de fumar se sintió mejor de como había estado mucho tiempo atrás. Pero esta abstinencia no duró más de veintitrés días. Después de ese lapso se autorizó a sí mismo a fumar un cigarro por día, y al cabo de unos meses, dos. Al finalizar el año informaba estar fumando tres o cuatro por día, «con el aplauso de mi médico, Braun».

Fue durante su estancia en Berlín cuando el embajador norteamericano, W. G. Bullitt, persuadió a Freud de que colaborara con él para escribir un estudio psicoanalítico sobre el presidente Wilson. Dieron término al libro, que será publicado en el momento oportuno, y yo he sido la única persona que ha tenido el privilegio de leerlo. Es un estudio completo de la vida de Wilson y contiene algunas revelaciones sorprendentes. Aunque se trata de un trabajo hecho en colaboración, no es difícil distinguir en él las contribuciones analíticas, de uno de los dos autores, de las de carácter político, hechas por el otro.

El embajador Bullitt me hizo conocer una observación que Freud había hecho durante su estancia en Berlín y que revela hasta qué punto confiaba entonces en que los alemanes estaban en condiciones de frenar el movimiento nazi: «No es posible que una nación que ha producido a Goethe pueda marchar hacia el mal.» No tuvo que pasar mucho tiempo para que los acontecimientos le obligaran a revisar radicalmente este juicio.

Eva Rosenfeld y la señora Freud le habían procurado alojamiento en Redenburg, Grundlsee, en el Salzkammergut, un paraje maravilloso a pesar de las constantes lluvias. Fueron las últimas vacaciones que pudo tomarse más allá de los alrededores de Viena. Llegó allí el 28 de julio, y apenas dos días después recibió una carta «sumamente encantadora» en la que le anunciaban que le había sido concedido el premio Goethe de ese año. La carta era de Paquet, un conocido poeta lírico y ensayista, secretario de la comisión encargada de administrar la Fundación en cuestión. La cantidad del premio era de diez mil marcos, suma que cubría exactamente los gastos de su larga estancia en Berlín. El ver su nombre asociado con el de Goethe representaba para Freud un honor especialmente valioso y la distinción le produjo un gran placer. Freud tuvo que redactar una comunicación, cosa que hizo a continuación, en el término de pocos días, y en ella describió, con trazo magistral, la relación entre el psicoanálisis y el estudio de Goethe. Hizo un convincente alegato tendente a justificar el hecho de haber realizado estudios sobre la vida íntima de grandes hombres como Leonardo y Goethe, «de modo tal que si en la otra vida su espíritu me reprocha el haber adoptado la misma actitud frente a él citaré simplemente, en mi defensa, sus propias palabras». Anna Freud lo leyó en una ceremonia realizada, dentro de una atmósfera relevante y digna, en la casa de Goethe de Frankfurt, el 28 de agosto.

Freud desechó inmediatamente mis esperanzas de que Frankfurt pudiera constituir un paso hacia Estocolmo (premio Nobel). Tenía razón, la oposición al psicoanálisis y a su persona se manifestó bien pronto en una avalancha de artículos periodísticos en los que se «lamentaba» que Freud estuviera al borde de la muerte. Esto tuvo por supuesto un pésimo efecto sobre su práctica profesional, que era su único medio de vida. Por lo demás, se divirtió al enterarse de la enorme cantidad de tratamientos que existían para el cáncer.

En ese mismo mes, tan trascendente para Freud, su madre estaba pasando por un estado peligroso. Sufría de gangrena en una pierna y

los dolores consiguientes imponían el uso constante de morfina. Ferenczi consiguió llevarla de Ischl a Viena, donde falleció el 12 de septiembre, a la edad de noventa y cinco años. La gran cantidad de personas que le escribieron en esta ocasión desde las más alejadas regiones del mundo le hizo comprobar —dijo— que la gente, en general, parece más dispuesta a expresar un pésame a los demás que una congratulación. Freud describió a dos de nosotros su reacción ante el suceso de la siguiente manera: «No ocultaré el hecho de que mi reacción a este acontecimiento, en virtud de circunstancias especiales, ha sido curiosa. Por supuesto, no es el caso de hablar[110] de los efectos producidos en planos más profundos, pero en lo superficial sólo puedo descubrir dos cosas: un esfuerzo de mi libertad personal, por cuanto siempre me resultó aterradora la idea de que ella pudiera algún día llegar a enterarse de mi muerte, y en segundo lugar la satisfacción de que finalmente ha alcanzado la liberación a que se hizo acreedora después de tan larga vida. Por lo demás, ningún sentimiento de aflicción, tal como en este momento pesa dolorosamente sobre mi hermano, diez años menor que yo. No estuve en los funerales. Nuevamente, como en Frankfurt, me reemplazó Anna. Difícilmente podría exagerarse lo que representa Anna para mí.» «Este importante acontecimiento me ha afectado de una manera curiosa. Nada de dolor, nada de congoja, cosa que probablemente se explica por las circunstancias, su avanzada edad y el final de toda compasión frente a su estado de impotencia. Junto a esto, un sentimiento de liberación, de alivio, que creo poder entender. No me era permitido morir mientras ella viviera, y ahora sí puedo. De algún modo ha cambiado notablemente, en los planos más profundos, los valores de la vida.»

Eva Rosenfeld me refirió dos incidentes ocurridos durante la estancia en Grundlsee, que paso a relatar en los mismos términos en que lo hizo ella. «Hacia el final del verano la salud del profesor estaba lejos de ser buena, y Ruth Brunswick, olvidando evidentemente la circunstancia de que yo estaba en análisis con él, me confió su ansiedad con respecto a la posible gravedad de los síntomas. Yo quedé muy perturbada y trataba de no revelar nada en el curso de la sesión siguiente. Freud sintió, por supuesto, mi vacilación y, después de arrancarme mi malhadado secreto, me dijo algo que desde entonces he considerado como la más significativa "lección" de técnica psicoanalítica. Fue lo siguiente: "Sólo tenemos una finalidad y una sola lealtad, la que debemos al psicoanálisis. Si usted viola esta regla, daña con ello algo más importante que cualquier consideración que me deba a mí".»

El 10 de octubre, Freud fue sometido a otra operación. Se trataba de una parte de la cicatriz que Schroeder había cauterizado completamente en junio, pero que requería ser cuidadosamente vigilada. Ahora Pichler recortó como cuatro pulgadas y, tal cosa hizo repetidas veces, efectuó allí un injerto de piel tomada del brazo del paciente. La intervención se prolongó por espacio de una hora y media y fue «completamente desagradable, si bien como intervención no se le debe conceder excesiva importancia». Las anotaciones de Pichler proporcionan un cuadro mucho más lúgubre. Una semana más tarde, el 17 de octubre, cayó

con una bronconeumonía y estuvo en cama diez días, aunque se recuperó bien y el 1 de noviembre ya estaba trabajando otra vez con cuatro pacientes.

Hacia fin de año, Freud se sintió por unos días mucho mejor e incluso llegó a creer en las posibilidades de gozar nuevamente de la vida. Era la época en que fumaba tres o cuatro cigarros por día. En los últimos meses había aumentado unos seis kilos de peso.

En enero de 1931 Freud tuvo la gran satisfacción de verse invitado por la Universidad de Londres para pronunciar la conferencia que anualmente se da allí con el nombre de «Huxley lecture». Ningún científico de habla alemana había recibido tal invitación después de Virchow, en 1898. Freud fue un gran admirador de T. H. Huxley, y lamentó no poder aceptar ese honor.

Freud solía expresar, en un tono a medias jocoso, el intenso rechazo que le inspiraba toda clase de ceremonias. Su 75 cumpleaños comenzaba ya a proyectar su sombra. Después de ocuparse con Eitingon de las dificultades que había con Storfer en la editorial, agregó: «La semana pasada se evidenció también el peligro de otra calamidad, aunque ésta, por fortuna, menos temible. La Sociedad Médica nos ha propuesto a mí y a Landsteiner (el ganador del premio Nobel) para ser designados miembros honorarios de la misma, y la cosa pronto será ratificada. Se trata de un gesto cobarde, provocado por la vista del éxito. Es una actitud muy antipática y repelente. De nada serviría el rechazarlo, a no ser crear un revuelo sensacionalista. Resolveré la situación mediante una fría carta de agradecimiento.» Realmente no era cosa fácil saber cómo responder a semejante gesto de parte de gente que durante años no había hecho otra cosa que mofarse desdeñosamente de él.

A todo eso llegó el momento de plantearse el asunto de la celebración de la onomástica de Freud, que para él no dejó de ser nunca un problema. De mala gana había consentido en que se reuniera una suma para esa ocasión, con motivo de la aguda situación económica de la editorial, a la que aquélla sería destinada. Pero encargó a Eitingon que no se requiriera el aporte de ningún analista ni paciente. Después de escribirle esto, se le ocurrió la obvia reflexión —«que debía habérseme ocurrido antes» decía—, de que tampoco había ninguna otra posibilidad que ésa de hacer una colecta, y con ello llegó a lamentar el haber consentido en iniciar todo el asunto.

Con referencia a esto, describió su actitud frente a los regalos en general en una forma que ilustra su penetrante e implacable realismo. «Evidentemente uno no puede aceptar un regalo y negarse a estar presente en el momento de la entrega. Como si uno dijera: "¿Me han traído ustedes algo? Déjenlo allí. Ya lo iré a recoger en el momento oportuno." La agresión ligada a la ternura del donante reclama su gratificación. El beneficiado debe sentirse agitado, incómodo, avergonzado, etc. En ocasiones tales, las personas ancianas, si son débiles, al comprobar con sorpresa hasta qué punto son estimadas por sus contemporáneos más jóvenes, se sienten abrumadas a menudo por un exceso de emoción y se ven sometidas un poco a las consecuencias ulteriores de la misma. Nada

puede uno recibir gratuitamente, y finalmente hay que pagar caro el haber llegado a vivir demasiado.» Eitingon, naturalmente, prometió hacer todo lo que pudiera para no poner a prueba la fortaleza de Freud.

La fortaleza que aún conservaba Freud fue puesta a prueba, de todos modos, por factores que están más allá del poder de los hombres. Los sufrimientos acarreados por la última intervención, la de diciembre, se prolongaron hasta la primavera, y en octubre se puso de manifiesto otro punto sospechoso, que esta vez fue tratado con electrocoagulación. Pero la herida no se curaba bien, y dos meses más tarde informaba Freud que desde el momento de la electrocoagulación no había tenido ni un solo día que no le resultara insoportable. Además, pocos días después de esa intervención, apareció un nuevo punto sospechoso, que Pichler, el cirujano, quería suprimir antes de que se hiciera maligno. Freud y sus dos médicos arguyeron que bien podía ocurrir que apareciera otra área semejante después de la proyectada intervención, o acaso a consecuencia de la misma, y que la intervención le valdría, con toda seguridad, un nuevo periodo de sufrimientos que se prolongaría durante meses. Uno de los médicos, el doctor Schur, sugirió, como un camino posible a seguir para evitar la operación, una consulta con un especialista en tratamientos con radio. Como en Viena no se contaba con nadie que tuviera bastante experiencia en esto, Marie Bonaparte escribió a Rigaud, la más grande autoridad en París y amigo de ella, pero éste opinó que no debía aplicarse radio en un caso como el presente si había posibilidad de que se tratara de un brote canceroso. Como último recurso, consultaron con Holzknecht, el radiólogo, quien estuvo de acuerdo con su colega, y el resultado de todo esto fue que el 24 de abril se le hizo una nueva intervención, y se le escindió un buen trozo de tejido. Esto se había hecho realmente a último momento, cuando ya estaba a punto de hacerse decididamente maligno.

Durante ocho años se había tenido la esperanza de que la primera operación radical de la mandíbula había conducido a una curación definitiva. Ahora se desvanecía esa esperanza y lo único que cabía tener como perspectiva era una constante vigilancia ante posibles recurrencias del mal y la disposición a combatirlas, en tal caso, con la mayor rapidez. Este futuro que ahora debía afrontar se prolongó por espacio de ocho años.

Holzknecht, que a su vez había sido paciente de Freud, era el principal radiólogo de Viena y uno de los pioneros de esa técnica. Como muchos de esos pioneros, era también una víctima y ahora estaba hospitalizado, muriendo de un cáncer que no pudo detenerse con una amputación de su brazo derecho. Falleció pocos meses después. Freud y Schur le visitaron, y en ese momento ni Holzknecht ni ellos abrigaban ilusión alguna acerca del desenlace. En el momento de despedirse, le dijo Freud: «Usted es digno de admiración por la forma en que soporta su destino.» A lo que él replicó: «Usted sabe que sólo a usted se lo tengo que agradecer.»

Freud regresó del sanatorio el 4 de mayo, de modo que, para alivio de la familia, pudo celebrar el cumpleaños en casa. Pero estaba com-

pletamente agotado, tanto por todo lo que había soportado como por los dolores, el efecto de las drogas, una complicación pulmonar (una ligera neumonía) y, sobre todo, por el hambre a causa de no haber podido tragar los alimentos. No era realmente el caso de hablar de ninguna clase de festejos, y fue ésta la primera vez que él dejaba de estar presente en una onomástica de Freud.

Habíamos reunido la suma de 50.000 marcos y ahora se presentaba la cuestión de darles destino. Stormer había adelantado algunas sumas para cubrir préstamos bancarios, y como pronto se iba a retirar, Eitingon, que era la autoridad suprema en cuanto a las finanzas de la editorial, envió a Freud —muy a tiempo— un cheque de 20.000 marcos para que se devolviera a Stormer el dinero adelantado. Propuso, además, que el resto fuera para Freud, en pago de derechos de autor que se le adeudaban desde mucho tiempo atrás. Freud, desde el primer momento, se había negado a aceptar derechos de autor de la editorial por la venta de sus libros, y en ese momento la suma correspondiente había llegado a 76.500 marcos. Con gesto adusto y enérgico se negó a tocar un solo penique de esa suma, y efectivamente nunca llegó a cobrar parte alguna de esos derechos de autor.

Kretschmer, a quien le tocó presidir, el 14 de mayo, el VI Congreso Médico Internacional de Psicoterapia de Dresde, rindió a Freud un tributo realmente gentil con motivo de su 75 cumpleaños. La mayor parte de los trabajos que se leyeron en el Congreso fueron dedicados al tema de la psicología de los sueños.

Una comisión formada en Nueva York preparó un banquete para 200 personas en el Hotel Ritz-Carlton. El discurso principal estuvo a cargo de William A. White; hablaron, además, A. A. Brill, Mrs. Jessica Cosgrave, Clarence Darrow, Theodore Dreiser, Jerome Frank y Alvin Johnson.

Llegaron, por supuesto, montones de cartas y telegramas de felicitación, incluyendo entre los firmantes a Einstein. Esto, amén de «montañas de espléndidas flores». Al agradecerle a Marie Bonaparte un vaso griego que le había enviado, le decía además: «Es lástima que uno no pueda llevárselo a la tumba.» De una manera un tanto extraña, este deseo se cumplió, sin embargo: las cenizas de Freud descansan ahora en ese vaso.

Erdheim había escrito un magistral informe sobre la patología de los tejidos que fueron removidos en el maxilar inferior de Freud en la operación realizada en abril: señalaba como agente causal del caso a la nicotina. Freud se limitó a encogerse de hombros ante lo que él denominó «la sentencia nicotínica de Erdheim». Vale la pena señalar que Freud no dejó nunca de fumar por causa de su cáncer del maxilar ni por sus molestias abdominales, que también parecían relacionadas con el tabaco, sino únicamente por sus complicaciones cardíacas. Estas sí las tomaba en serio.

Al finalizar el mes ya estaba en condiciones de volver a fumar, y en junio partió para sus vacaciones de verano llevando consigo cinco pacientes. Esta vez, por desgracia, no pudo ir más allá de los suburbios.

De hecho, ya no volvió a abandonar Viena hasta llegado el momento en que le tocó huir de los nazis, en 1938.

Después de la época de sufrimiento por la que había pasado, Freud se sintió dispuesto a la indulgencia consigo mismo. Afirmaba que «la abstinencia (del tabaco) no se justifica a mi edad». Más adelante, en relación con esto mismo, y ya cumplidos los setenta y cinco, dijo que ya no habría que prohibirle nada. Dado que no podía fumar nada que pudiera obtenerse en Austria, dependía de los esfuerzos que hiciera Eitingon por encontrar para él, en Alemania, algo que fuera pasable. Pero al final del año, la crisis económica hizo que se dictara una ley prohibiendo la exportación de toda clase de mercancías de Alemania a Austria, de modo que hubo que inventar todo un complicado sistema de contrabando, cuya realización quedaba a cargo de cada uno de los amigos que viajaban de uno a otro país.

Llegamos ahora a un periodo en que los acontecimientos de orden externo comenzaban a ejercer su presión sobre la vida de Freud y sobre el movimiento psicoanalítico en general. La crisis económica mundial, que se había iniciado con la quiebra del Creditanstalt de Viena, estaba en plena expansión en 1931, y pronto hubo de verse cuán desastrosas llegaron a ser sus consecuencias políticas tanto para Alemania como para Austria. En todos los países los analistas estaban sintiendo el impacto de manera bastante seria en su profesión, y llegó a ser muy dudoso el que pudiera reunirse más de un puñado de asistentes para el Congreso que debía celebrarse en otoño. A finales de julio decidimos que era necesario postergarlo durante un año más.

El infernal aparato de prótesis era en ese momento menos satisfactorio que nunca, y en agosto se hizo otro desesperado intento de mejorarlo. Ruth Brunswick había oído decir que el profesor Kazanijan, de Harvard, que era considerado poseedor de un talento mágico, estaba asistiendo a un Congreso Odontológico en Berlín, y todos los días no dejaba de telefonearle rogándole que fuera a ver a Freud. Kazanijan se negó finalmente, pero entonces Ruth Brunswick y Marie Bonaparte —que estaba también en Viena— unieron sus esfuerzos. Ruth consiguió que su padre, el juez Mack, que era miembro del Consejo de la Universidad de Harvard, hiciera valer su influencia mediante un telegrama, y Marie Bonaparte tomó un tren para París, alcanzó al mal dispuesto mago en el viaje de regreso de éste a su casa, y lo llevó de vuelta consigo —arrastrándolo, por decirlo así— junto con el doctor Weimann, que también había asistido al Congreso. El hombre en cuestión cobró a Freud, por este viaje, 6.000 dólares. Trabajó en el aparato de Freud durante veinte días, pero el resultado estaba muy lejos de ser satisfactorio. Las dos señoras habían tenido las mejores intenciones del mundo, pero las consecuencias para las finanzas de la editorial fueron pésimas.

Pero en el mes de octubre se produjo un acontecimiento sumamente satisfactorio. El Consejo Municipal de Friburgo, actualmente Přïbor, decidió honrar a Freud (y honrarse a sí mismo) colocando una placa de bronce en su casa natal. El día de la ceremonia, 28 de octubre, fueron engalanadas las calles y se pronunciaron muchos discursos. Anna Freud

dio lectura a una carta de agradecimiento escrita por Freud al intendente de la ciudad. Este era el cuarto homenaje que se hacía a Freud en este año de su 75 cumpleaños. Pero estos hechos tan halagüeños más bien le envejecían. «A partir del premio Goethe del año pasado, el mundo ha cambiado su actitud hacia mí, pasando a un reconocimiento de mala gana, pero esto apenas ha servido para hacerme comprender lo poco que todo esto importa. ¡Cuán distinto valor tendría para mí una prótesis pasable, por más que ésta no podría tener la pretensión de constituir el objetivo esencial de mi existencia!»

En mayo, Ferenczi envió a Freud una copia del trabajo que se proponía leer en el Congreso y en el cual sostenía haber encontrado una nueva segunda función de los sueños, relacionada con las experiencias traumáticas. Freud le contestó secamente que ésta era también su primera función, tal como él lo había expuesto ya años atrás.

En el mes de octubre, Ferenczi pasó unas vacaciones en Capri , y Freud confió en que este alejamiento de la labor analítica le resultaría beneficioso. En su camino de regreso, Ferenczi pasó dos días en Viena, el 27 y 28 de octubre, y en esta ocasión hablaron francamente acerca de sus divergencias.

La divergencia esencial radicaba en el asunto de la técnica. En relación con sus recientes ideas acerca de la importancia predominante de los traumas infantiles, especialmente la falta de cariño de los padres, Ferenczi había comenzado a introducir cambios en su técnica en el sentido de convertirse él en un progenitor amante, con el objeto de compensar la infelicidad de sus pacientes. Esto traía además como consecuencia el permitir a sus pacientes que, a medida que avanzaba su tratamiento, le analizaran también a él, con el riesgo consiguiente de un mutuo análisis, que quitaba la necesaria objetividad a la situación terapéutica. El papel desempeñado por el padre, así como también el miedo inspirado por éste, quedaban en segundo plano, de manera que, tal como más adelante lo expresó Freud, la situación analítica empezaba a quedar reducida a un agradable juego entre madre e hijo, con sucesivos cambios de papel entre analista y analizado.

Freud le envió ahora una carta importante, que, de paso, ilustra acerca de la forma desprejuiciada en que él enfocaba los asuntos sexuales.

«Me ha complacido mucho recibir su carta, como siempre, pero no puedo decir otro tanto en cuanto al contenido de la misma. Si en esta situación no logra usted imponerse ningún cambio de actitud, es muy poco probable que consiga hacerlo más tarde. Pero esto es, fundamentalmente, asunto suyo. Mi opinión en el sentido de que usted no lleva una orientación prometedora es asunto privado, que no tiene por qué perturbarle.

»Me parece patente que las divergencias entre usted y yo están llegando a su punto culminante a causa de un detalle técnico que bien vale la pena discutir. Usted no ha ocultado nunca el hecho de que besa a sus pacientes y les permite que a su vez hagan lo mismo con usted;

lo he escuchado también de boca de un paciente mío. Ahora bien, si usted se decide a exponer ampliamente su técnica y los resultados de la misma, tendrá que elegir uno de estos dos caminos: o bien usted expone este detalle o lo mantiene oculto. Esto último, como bien puede comprender usted, sería poco honorable. Todo lo que uno hace, en cuanto a técnica, lo debe defender abiertamente. Por otra parte, ambos caminos pronto desembocan en uno solo. Aun cuando se lo ocultara usted a sí mismo, no tardaría mucho en saberse, del mismo modo que yo he llegado a enterarme de esto antes de que usted me lo dijera.

»Por supuesto yo no soy una de esas personas que por mojigatería o llevadas por convencionalismos burgueses habría de condenar alguna que otra gratificación de esta índole. Y estoy seguro también de que en el tiempo de los Nibelungos un beso era un inofensivo saludo ofrecido a cualquier huésped. En mi opinión, por otra parte, el análisis es posible incluso en la Rusia soviética, donde, en lo que al Estado concierne, hay una absoluta libertad sexual. Pero esto no modifica para nada el hecho de que no estamos viviendo en Rusia y que, entre nosotros, un beso representa cierto grado de intimidad erótica. Hasta el presente nos hemos mantenido, en nuestra técnica, fieles al principio de que a los pacientes se les debe negar toda gratificación erótica. Usted sabe, también, que allí donde no existe la posibilidad de gratificaciones más intensas, éstas son muy fácilmente reemplazadas por caricias menos íntimas, tal como ocurre, en determinado momento, en el curso de una aventura amorosa, o como en el caso de una representación teatral, etcétera.

Ahora bien, imagínese usted qué resultado puede tener el que usted haga conocer públicamente su técnica. No hay ningún revolucionario que, en su momento, no sea desalojado a su vez por otro más radical que él. Serían muchos los francotiradores en materia de técnica que se dirían a sí mismos: ¿por qué vamos a detenernos en el beso? Ciertamente se podría lograr más si se recurre al manoseo, que después de todo no va a engendrar un niño. Más tarde llegarán otros, más audaces, que extenderán esas libertades a mirar y mostrar... y pronto veremos la aceptación, en la técnica psicoanalítica, de todas las formas de juegos vigentes en el mundo de la semivirginidad y las caricias, todo lo cual conduciría a un incremento enorme de interés por el psicoanális, tanto de parte de los analistas como de los pacientes. El partidario novel, además, reclamará para sí gran parte de ese interés; a los más jóvenes de nuestros colegas les resultará difícil detenerse precisamente en el punto en que anticipadamente planearon hacerlo, y Dios Padre —Ferenczi—, contemplando este animado cuadro, que él mismo ha creado, tal vez se diga a sí mismo: después de todo, yo debía haberme detenido tal vez en mi técnica de cariño maternal, *antes* de llegar al beso...

»Ningún comentario posterior "acerca de los peligros de la neocatarsis" serviría de gran cosa. Evidentemente, uno no debe dejarse arrastrar a ese peligro. Intencionadamente he dejado de mencionar toda la exacerbación de las calumniosas resistencias contra el análisis que la técnica del beso traería aparejada, si bien me parece que provocarlas no deja de ser una actitud poco responsable.

»En esta advertencia que le dirijo no creo haber dicho nada que usted mismo no sepa. Pero ya que a usted le agrada desempeñar el papel de madre cariñosa con los demás, tal vez pueda usted hacer otro tanto consigo mismo. En ese caso, usted no tendrá más remedio que escuchar una admonición brutalmente paterna. Es por esto por lo que yo he hablado, en mi carta anterior, de una nueva pubertad... y ahora me ha obligado usted a ser enteramente rudo.

»No me asiste la esperanza de hacer en usted impresión alguna. En nuestras relaciones falta la base necesaria para ello. Me parece que su necesidad de absoluta independencia es más fuerte de lo que usted mismo podría reconocer. Por mi parte, al menos, he hecho todo lo que pude en mi papel paterno. Ahora le toca a usted seguir adelante.»

Ferenczi no tomó a bien esta carta. Tal como manifestó él mismo, era ésta la primera vez que realmente tenía una divergencia con Freud. Pero sería mucho pedir que Freud estuviera de acuerdo con él en asuntos tan fundamentales de la técnica, que, después de todo, era la base de toda su obra.

En el número de octubre del *Zeitschrift* aparecieron juntos dos trabajos de Freud. El primero de ellos, *Tipos libidinosos*, distinguía tres tipos principales de personas, que Freud denominó de tipo erótico, obsesivo y narcisista, respectivamente. Existen, además, tres formas compuestas de los mismos. El trabajo, a pesar de su brevedad, constituyó un agregado importante al tema de la caracterología. En el otro trabajo, *Sobre la sexualidad femenina*, Freud afrontaba un tema que, según él mismo confesaba, siempre le había resultado difícil, y en este caso no llegó a exponer más que un par de conclusiones importantes de las que pudiera sentirse seguro.

En el mes de diciembre Freud se comprometió a escribir un trabajo sobre *La conquista y el control del fuego*, que fue publicado un año más tarde.

El primer incidente de 1932 se relacionó con la revista. Wilhelm Reich había enviado, para que se publicara en el *Zeitschrift*, un artículo cuyo tema era la condensación del marxismo con el psicoanálisis, artículo que, según Freud, «culminaba en una afirmación enteramente sin sentido: que lo que habíamos llamado instinto de muerte era un producto de la sociedad capitalista». Este punto de vista era, por cierto, muy diferente del sustentado por Freud, para quien se trataba de una tendencia intrínseca de todos los seres vivientes, animales y vegetales. Su deseo era, naturalmente, agregar un comentario de la revista en el sentido de que el psicoanálisis era ajeno a toda clase de intereses políticos, cosa que por mi parte, como director, yo no habría de vacilar en hacer. Reich mismo estuvo de acuerdo con este procedimiento, pero Eitingon, Jekels y Bernfeld, consultados por Freud, se opusieron, y Bernfeld dijo que esto equivaldría a una declaración de guerra a los soviets. El asunto quedó finalmente resuelto al publicarse el trabajo de Reich, pero seguido por una amplia crítica de Bernfeld.

Mucho más serio que esto fue la verdadera crisis económica de la

editorial, la más alarmante de las muchas que tuvo que superar. La situación económica de todo el mundo, especialmente la de Alemania, había reducido al mínimo la venta de los libros de Freud, de la cual dependía principalmente la supervivencia de aquélla. Las ganancias personales de Freud se redujeron también, y alguno de sus hijos se hallaba sin trabajo. Los ingresos de Eitingon, procedentes de Estados Unidos, y que siempre habían sido la defensa a la que se recurría en última instancia, estaban en tren de franca desaparición, y en el mes de febrero, en efecto, ya no había nada de esto. Eitingon se encontraba ahora ante una situación para él nueva, la de tener que ganarse la vida. Tenía un solo paciente y ninguna perspectiva de que llegaran otros.

En febrero, Freud llegó a la conclusión de que era imposible mantener por más tiempo la editorial sobre una base personal tan endeble y anunció su intención de hacer un llamamiento a la Asociación Psicoanalítica Internacional para que se hiciera cargo de las responsabilidades de la misma en el futuro.

Eitingon sufrió, precisamente en ese momento, una leve trombosis cerebral con parálisis del brazo izquierdo. Había resuelto ya no presentar su candidatura a la reelección como presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional, decisión que adquirió absoluta firmeza después de producirse este incidente cerebral. Entre tanto, tuvo que guardar cama durante varias semanas. Freud, ante la posibilidad de que Eitingon pudiera tener dificultades económicas, se ofreció amablemente a prestarle mil dólares.

Freud era muy pesimista en cuanto al probable efecto de su solicitud de ayuda para la editorial. «No creo que salga nada de esto. Terminará por ser nada más que una divertida muestra de un diferente estilo literario.» A causa de la catastrófica situación económica imperante, las perspectivas parecían bastante lúgubres. «Sería superfluo decir cualquier cosa acerca de la situación general del mundo. Es posible que estemos repitiendo simplemente el acto ridículo de salvar un pajarito encerrado en su jaula en momento en que está en llamas la casa entera.» Pero estaba completamente equivocado, dado que el llamamiento encontró una respuesta inmediata y satisfactoria. Estaba equivocado también, lo mismo que yo, en cuanto al temor de que surgiera la acusación, por parte de algún analista, de que la Internazionaler Verlag tenía una orientación exclusivamente de habla alemana.

Dos tareas se nos presentaron en nuestro empeño de salvar la editorial: afrontar las deudas inmediatas y más que apremiantes, en primer lugar, y luego asegurar una suma anual que pudiera servir de base para la subsistencia de la empresa. La mayor parte de las sociedades, sin embargo, hicieron todo lo que les fue posible. La británica, por ejemplo, aprobó de forma unánime y entusiasta una resolución de apoyo, y en la primera semana llegó a reunir 500 libras. Brill, además de las aportaciones de la Sociedad de Nueva York, envió 2.500 dólares. Edith Jackson envió 2.000 dólares.

Martin Freud tuvo que hacer los mayores esfuerzos para llegar a una transacción con un acreedor tras otro, pero al finalizar el año había

completado esta difícil misión, y la editorial, por el momento, quedaba en pie. En el Congreso de Wiesbaden, en septiembre, se impuso a todos los miembros, con un amplio consentimiento general, la obligación de contribuir con tres dólares por mes, por lo menos durante tres años.

En marzo de 1932 Freud recibió la primera visita de Thomas Mann. Freud intimó con él de inmediato: «Lo que él tenía que decir era muy fácil de comprender; daba la impresión de una buena formación.»

En la primavera, y por primera vez, hubo indicios de disminución espontánea en la clientela psicoanalítica de Freud. «En el verano tendré que escribir algo, dado que tendré pocas personas en análisis. En este momento llegarán a cuatro, a comienzos de marzo sólo tendré tres, y por el momento no se han registrado nuevas solicitudes. Tienen razón los que así proceden; ya soy demasiado viejo, y en cuanto a mi trabajo, es demasiado diferente. Debería no tener necesidad de seguir trabajando. Pero por otra parte es agradable pensar que mi "oferta de trabajo" ha durado más tiempo que la "demanda".» Ese año su cumpleaños transcurrió de forma bastante tranquila. Fue ésta la primera vez que no se hallaba presente ningún miembro del Comité; precisamente entonces Eitingon estaba convaleciente de su ataque. La ausencia de Eitingon dio a Freud la oportunidad de pasar el día de la forma en que «siempre había deseado hacerlo, es decir, exactamente como si se tratara de cualquier otro día de la semana. Por la mañana hice una visita a Kagran, llevando a sus perros. Por la tarde la habitual visita a Pichler; a esto siguieron cuatro horas de trabajo analítico y una inofensiva partida de naipes por la noche. Alguna duda acerca de si uno debiera sentirse contento de haber vivido hasta esta fecha, y luego la resignación».

La emigración hacia Norteamérica continuaba su curso. Alexander dejaba su cargo temporal en Boston para asumir otro, permanente, en Chicago. Sachs había aceptado reemplazarlo en Boston durante el otoño y Karen Horney estaba a punto de viajar a Nueva York.

Todos habíamos dado por entendido que Ferenczi había de suceder a Eitingon en la presidencia de la Asociación. Freud estaba enteramente a favor de esta idea, por más que el alejamiento de Ferenczi con respecto a él le hacía sentirse desdichado.

Fue el propio Ferenczi quien formuló sus dudas acerca de que le correspondiera el cargo. Estando tan absorbido por sus investigaciones terapéuticas, se preguntaba si le quedaría energía suficiente para la pesada labor que debía realizar el presidente de la Asociación. Freud le hizo una sugerencia brillante, en el sentido de que la aceptación del cargo tendría el carácter de una «cura forzada» que habría de arrancarle de su aislamiento, pero Ferenczi se sintió más bien ofendido por esto y negó que hubiera nada que fuera patológico en su aislamiento: estaba simplemente concentrado en su tarea. Ya avanzado el mes de agosto, diez días antes de la fecha en que debía comenzar el Congreso, anunció su decisión de no optar por la presidencia en vista de que sus más recientes ideas se hallaban tan en conflicto con los principios aceptados en psicoanálisis que no sería una actitud honrosa por su parte representar a éste en su cargo oficial. Freud, sin embargo, le presionó todavía

para que aceptara y se negó, a su vez, a aceptar la razón invocada.

Ferenczi pasó entonces a otro terreno. Sostuvo que no pensaba en la creación de una nueva escuela, pero que todavía no estaba seguro de que Freud realmente quisiera que él ocupara el cargo. Visitaría a Freud en el viaje de Budapest a Wiesbaden, y tomaría su decisión en ese momento. En el intervalo envió a Eitingon, el 30 de agosto, un telegrama de último momento, pidiéndole que no iniciara negociación alguna conmigo hasta que él visitara a Freud. Después de ocurrir esto, Freud telegrafió a Eitingon: «Ferenczi inaccesible. Impresión insatisfactoria.» Eitingon, que durante cierto tiempo había sido de la opinión de que, dadas las circunstancias, Ferenczi no era un candidato aceptable, se sintió aliviado e inmediatamente me preguntó si yo estaría dispuesto a aceptar el cargo. En su opinión, mi salud mental era más que suficiente garantía contra todo peligro de iniciar una nueva tendencia. No me era fácil negarme, si bien había abrigado la esperanza de no tener que cargar con semejante peso por algún tiempo, hasta que me fuera más fácil delegar en otros alguno de mis cargos en Londres. Muchos años tuvieron que pasar hasta que se me presentara oportunidad alguna de aliviarme de esa carga, de modo que, sumando los dos periodos, ejercí el cargo durante casi veintitrés años, experiencia que, por suerte, pienso que nadie más estará llamado a afrontar.

Será necesario que digamos algo acerca de esa crítica entrevista, en que los viejos amigos habrían de verse por última vez. Unos días antes de realizarse el encuentro, el 24 de agosto, Freud recibió la visita de Brill. Este había estado en Budapest para visitar a Ferenczi, y la impresión fue desdichada. Se sintió asombrado al oír decir a Ferenczi que no podía adjudicar a Freud más visión de la que tiene un niño.

Se da la circunstancia de que esta misma frase había sido usada por Rank, recuerdo que no podía menos que intensificar los aciagos presentimientos de Freud. Sin pronunciar una palabra de saludo, Ferenczi anunció, al penetrar en la habitación: «Quiero que usted lea mi trabajo para el congreso.» Hacia la mitad de la entrevista llegó Brill y, dado que Ferenczi y él habían hablado recientemente sobre el tema, Freud admitió que continuara con ellos, si bien Brill no participó en la conversación. Evidentemente, Freud hizo todo lo que pudo para lograr algún grado de comprensión, pero fue en vano. Un mes más tarde, Ferenczi le escribió acusándole de haber planeado la aparición de Brill de forma inesperada, para que éste tomara el papel de juez entre ambos, y expresándole además su ira por el hecho de habérsele solicitado que no publicara su trabajo en el término de un año. Freud, en su contestación, manifestaba que esta última sugerencia había sido hecha simplemente por el propio interés de Ferenczi, en la esperanza, a la que él no renunciaba todavía, de que una reflexión ulterior pudiera demostrarle la incorrección de su técnica y de sus conclusiones. Agregaba: «Durante dos años usted ha estado alejándose sistemáticamente de mí y probablemente ha incubado una animosidad personal que va más allá de lo que fue capaz de expresar. Cualquiera de aquellos que en un tiempo estuvieron cerca de mí y luego se apartaron podrían tener más motivos que usted para

hacerme cualquier reproche. (No, en realidad, tan poco motivo como lo tuvo Rank.) Esto no me produce un efecto traumático; me siento preparado y acostumbrado a hechos como éste. Yo podría muy bien señalar, de forma objetiva, los errores técnicos implícitos en sus conclusiones, pero ¿para qué lo voy a hacer? Estoy convencido de que usted se mostraría inaccesible a toda duda. De modo que ya no queda otra cosa que desearle lo mejor.»

En el transcurso del congreso surgió una delicada cuestión. A Freud le pareció que el artículo preparado por Ferenczi no habría de beneficiar la reputación de éste, de manera que le rogó que no lo presentara. Brill, Eitingon y Van Ophuijsen fueron más lejos aún y pensaron que sería escandaloso leer un trabajo así en un congreso psicoanalítico. Eitingon, en consecuencia, decidió prohibírselo firmemente. Yo, por otra parte, pensé que el trabajo era demasiado vago cómo para causar una clara impresión para bien o para mal —y así resultó— y que sería inofensivo para el miembro más distinguido de la Asociación, y verdadero fundador de ésta, decirle que lo que tenía que exponer en el trabajo no valía la pena de ser escuchado y bien podría leerlo o no, lo que podría darle motivo para retirarse encolerizado. Mi consejo fue escuchado y Ferenczi reaccionó cálidamente a la buena acogida que encontró su trabajo al ser leído. Participó, además, en las discusiones de carácter administrativo, demostrando que todavía era uno de los nuestros. Se mostró muy amistoso conmigo y me reveló, no sin cierta sopresa para mí, hasta qué punto se había sentido decepcionado por no haber sido nunca elegido como presidente por un congreso en pleno, ya que el de Budapest era una simple reunión. Me dijo también que sufría además de una anemia perniciosa, pero que tenía esperanzas de mejorar con una terapéutica del hígado. Después del congreso salió de viaje hacia el Mediodía de Francia, pero pasó allí tanto tiempo en cama que decidió acortar estas vacaciones y volver a su casa lo más directamente posible, sin detenerse siquiera en Viena. No cabe duda de que era ya una hombre muy enfermo.

Al escribir a Marie Bonaparte sobre la satisfacción que le producía el éxito del congreso, agregaba Freud: «Ferenczi ya es un trago verdaderamente amargo. Su prudente mujer me ha manifestado que yo debiera tratarle... ¡como a un chico enfermo! Usted tiene razón: la decadencia psíquica e intelectual es mucho más grave que la inevitable decadencia de cuerpo.»

En el mes de noviembre Freud fue víctima de un ataque serio de gripe, con una otitis media. La inflamación consiguiente, que era una de las causas principales de malestar en su herida, se prolongó por espacio de más de un mes. En conjunto, este año fue malo, con cinco operaciones, una de las cuales fue de bastante envergadura.

En marzo, cuando el estado de las finanzas de la editorial era ya desesperado, concibió Freud la idea de procurarle una ayuda escribiendo una nueva serie de capítulos de introdución al psicoanálisis (la *Nueva introducción al psicoanálisis),* lo cual le daría la oportunidad de decir algo acerca del progreso operado en sus ideas a partir de la aparición

de la primera *Introducción*. «Este trabajo responde, por cierto, más a una necesidad de la editorial que a una mía, pero de todos modos uno debiera siempre estar haciendo algo en que pueda ser interrumpido, en lugar de dejarse arrastrar en la pendiente de la holgazanería.»

El año anterior había sido ya bastante desagradable, pero 1933 trajo consigo crisis aún más graves. Freud había abrigado el temor de que la destrucción y los sentimientos de enemistad que acompañaron a la I Guerra Mundial podrían reducir al mínimo el interés por el psicoanálisis o incluso poner fin a ese interés. Ahora las persecuciones desencadenadas por Hitler constituían una renovación de la misma amenaza, y efectivamente cumplieron ésta en cuanto concierne a los países que fueron patria del psicoanálisis: Austria, Alemania y Hungría.

Para Freud la situación comenzaba a ponerse grave. Escribió a Marie Bonaparte: «¡Cuán dichosa es usted al verse enfrascada en su trabajo sin tener que enterarse de las cosas horribles que ocurren alrededor de uno! En nuestros círculos la vacilación ha llegado a ser bastante grande. La gente teme que las extravagancias nacionalistas de Alemania puedan extenderse a nuestro pequeño país. Se me ha aconsejado incluso que huya de inmediato a Suiza o a Francia. Esto no tiene sentido; no creo que exista peligro alguno aquí. Si me matan, bueno. Es una suerte como cualquier otra. Pero probablemente esto no es más que una bravata de poca monta.»

Y diez días más tarde: «Estos son tiempos en que uno no se siente inclinado a escribir, pero no querría perder el contacto con usted.

»Gracias por su invitación a St. Cloud. He resuelto no utilizarla; difícilmente será necesario. Las brutalidades parecen estar disminuyendo en Alemania. La forma en que han reaccionado a ellas Francia y Estados Unidos no ha dejado de producir cierta impresión; pero las calamidades, pequeñas aunque no por ello menos dolorosas, no van a cesar y el sistemático sojuzgamiento de los judíos, a quienes se está despojando de todas sus posesiones, apenas si ha comenzado. No se puede negar la evidencia de que la persecución de los judíos y las restricciones de la libertad individual son los únicos puntos del programa de Hitler que pudieran llegar a realizarse. Todo lo demás es debilidad y utopía...»

Después de su encuentro anterior en el mes de septiembre, Freud y Ferenczi no volvieron más a discutir con respecto a sus divergencias. Los sentimientos de Freud hacia él no cambiaron nunca, y Ferenczi, por su parte, se mantuvo, en apariencia externa al menos, en términos amistosos. Continuaron escribiéndose, y la parte principal de la correspondencia se refería al estado de salud, cada vez más grave, de Ferenczi. El tratamiento médico consiguió mantener a raya la anemia, pero en el mes de marzo ésta —tal como ocurre a veces— atacó la columna vertebral y el cerebro, y en los últimos dos meses de su vida Ferenczi ya no pudo estar de pie ni caminar. Esto exacerbó, sin duda, sus impulsos psicóticos latentes.

Tres semanas después, el incendio del Reichstag en Berlín fue la señal con que se inició el desborde de la persecución nazi. Ferenczi, en una carta que denotaba cierto pánico, emplazó urgentemente a Freud

a que huyera de Austria mientras aún fuera tiempo de escapar del peligro. Le aconsejó que partiera inmediatamente para Inglaterra, junto con su hija Anna, y tal vez con algunos pacientes. Por su parte, si el peligro llegara a aproximarse a Hungría, tenía el propósito de partir para Suiza. Su médico le aseguró que su pesimismo provenía de su estado patológico, pero nosotros, conocedores de ciertos detalles, teníamos que admitir que en su locura había cierto método. He aquí la respuesta de Freud, la última carta que escribió a su viejo amigo:

«Me ha afligido mucho enterarme de que su convalecencia, que había comenzado tan bien, sufrió una interrupción, pero de todos modos estoy más contento con la noticia de su reciente mejoría. Le ruego que se abstenga de trabajar mucho. Su escritura me demuestra claramente lo cansado que usted está todavía. Las discusiones entre nosotros acerca de sus novedades en técnica y en teoría pueden esperar a otro momento. Dejarlas de lado ahora no puede sino beneficiarlas. Para mí es más importante que usted recobre su salud.

»En cuanto al motivo inmediato de su carta, lo que se refiere a huir, me siento contento de poder decirle que no pienso abandonar Viena. No estoy en buenas condiciones de movilidad y dependo demasiado de mi tratamiento, de ciertas cosas que me pueden traer alguna mejoría y comodidad. Además, no quiero dejar lo que poseo aquí. De todos modos, probablemente me quedaría aun si estuviera en pleno goce de mi salud y mi juventud. Hay detrás de esto, por supuesto, una actitud emocional, pero también algunas racionalizaciones. No hay seguridad de que el régimen de Hitler se imponga también en Austria. Ello es posible, ciertamente, pero todo el mundo cree que no alcanzará aquí la crueldad y la brutalidad a que ha llegado en Alemania. No hay peligro personal alguno en cuanto a mí, y cuando usted se imagina que la opresión de nosotros, los judíos, nos depara una vida sumamente desagradable, piense también cuán incómoda sería la vida en el extranjero, ya sea en Suiza o en Inglaterra, que son los países que acogen a los refugiados. En mi opinión la fuga se justificaría solamente por una amenaza directa de muerte; además, si le llegan a matar a uno, esto sería simplemente una forma de morir, como cualquier otra.

»Hace apenas unas horas que ha llegado Ernst[111] de Berlín, después de algunas peripecias desagradables en Dresde y en la frontera. Como él es alemán, no podrá volver. Desde hoy en adelante a ningún judío alemán le será permitido abandonar el país. Supe que Simmel ha salido para Zurich. Confío en que usted podrá quedarse, sin ser molestado, en Budapest, y que pronto me enviará usted buenas noticias acerca de su salud...»

La última carta de Ferenczi, que éste escribió desde la cama el 4 de mayo, consistía en unas pocas líneas referentes al cumpleaños de Freud. La perturbación mental de Ferenczi había hecho rápidos progresos en pocos meses. Escribió que una de sus pacientes norteamericanas, a quien solía dedicar cuatro o cinco horas diarias, le había analiza-

do a él y curado de todos sus trastornos. Recibía mensajes de ella a través del Atlántico... (Ferenczi había creído siempre firmemente en la telepatía.) Además de eso estaban sus delirios acerca de la supuesta hostilidad de Freud.[112] Hacia el final aparecieron violentos accesos paranoicos, e incluso homicidas, que fueron seguidos por el repentino fallecimiento, el 24 de mayo. Tal fue el trágico final de una personalidad brillante, encantadora y distinguida, de una persona que durante un cuarto de siglo fue el amigo más íntimo de Freud. Los demonios agazapados en su interior, y con los cuales Ferenczi había luchado durante años en medio de sus desdichas y con no poco éxito, se impusieron finalmente a él, y una vez más tuvimos la dolorosa experiencia del terrible poder de que están dotados.

Escribí a Freud, por supuesto, para expresarle mi pesar por la pérdida de su amigo, «de esa figura tan inspiradora y que todos habíamos amado tanto. Me siento más contento que nunca de haber logrado, en el último congreso, retenerlo en nuestro círculo». Freud respondió: «Sí, tenemos todas las razones para expresarnos mutuamente nuestra condolencia. Nuestra pérdida es grande y dolorosa; es una parte del constante proceso que va derribando todo lo que existe y haciendo lugar, de este modo, a los nuevos. Ferenczi se lleva consigo una parte de los viejos tiempos; más adelante, cuando me toque partir a mí, comenzará una época que usted todavía alcanzará a ver. Fatalidad. Resignación. Eso es todo.»

En esa época el doctor Roy Winn, de Sydney, propuso a Freud la idea de escribir una autobiografía de carácter más íntimo. Difícilmente podría habérsele ocurrido una cosa que desagradara más a Freud. Pero éste, en una carta encantadora, le replicó con toda tranquilidad: «Su deseo de que yo escribiera una autobiografía íntima no tiene probabilidades de ser satisfecho. Incluso lo que hay de autobiografía (exhibicionismo) en *La interpretación de los sueños,* por más que fue necesario para dicha obra, resultó bastante duro para mí, y no creo que nadie aprenda gran cosa de una obra como la que usted me propone. Personalmente no pido al mundo sino que me deje tranquilo y consagre más bien su interés al psicoanálisis.»

El día de su cumpleaños, Freud fue objeto, como de costumbre, de un examen médico por parte de Schur. La esposa de Schur estaba esperando un hijo, que venía con algunos días de retraso. Freud le insistió vivamente en que volviera a toda prisa junto a su mujer, y en el momento en que el médico partía, dijo con tono meditativo: «Usted está alejándose de un hombre que desea abandonar el mundo para ir al encuentro de un niño que no desea venir a este mundo.»

Con ese gran afecto que Freud siempre sintió por los niños, se tomaba un especial interés en todo nuevo nacimiento. Cuando yo le hice saber que dentro de poco tendríamos un nuevo hijo, me escribió: «La hermosa noticia de lo que ustedes esperan para mayo merece una cordial congratulación por parte de todos, sin demora alguna. Si llegara a ser el último hijo, usted podrá comprobar, por mi propia familia, que el último en llegar no es por eso el que menos vale.» Cuando le anuncié

el nacimiento, hacia la misma época de su propio cumpleaños, hizo las siguientes reflexiones:

«La primera contestación, una vez que ha cedido el aflujo de cartas recibidas, le corresponde naturalmente a usted, ya que en las demás misivas no hay nada tan encantador e importante como lo que hay en la suya y porque ésta es una oportunidad de responder a una felicitación con otra, de más sólido fundamento. En medio de todas las incertidumbres, tan conocidas, de la vida, uno puede envidiar a los padres la alegría y las esperanzas que pronto afloran alrededor de una nueva criatura humana, en tanto que, en lo que se refiere a la gente anciana, bien puede uno conformarse si ve que se equilibran los dos platillos de la balanza: la inevitable necesidad de un descanso final, por un lado, y por el otro el deseo de gozar un poco más del amor y la amistad de la gente que nos es cercana. Creo haber descubierto que el anhelo de un descanso final no es una cosa elemental y primaria, sino la expresión de la necesidad de liberarse del sentimiento de inadecuación que caracteriza a la vejez, especialmente en lo que se refiere a los más pequeños detalles de la vida.

»Usted tiene razón cuando dice que, en comparación con la época en que yo cumplía los setenta, no me siento ansioso en cuanto al futuro del psicoanálisis. Este ya está asegurado y sé que está en buenas manos. Pero el futuro de mis hijos y de mis nietos está en peligro y mi propia impotencia es angustiante.»

La ola de emigración de los judíos de Alemania estaba en su apogeo, y las perspectivas de los analistas que se quedaban eran bastante oscuras. Algunos de los emigrantes hallaban un descanso temporal, durante uno o dos años, en Copenhague, Oslo, Estocolmo, Estrasburgo y Zurich, pero la mayor parte de ellos se iba finalmente a Norteamérica.

Freud no se mostraba nada pesimista respecto a Austria, y lo mismo le sucedía a la mayor parte de la gente, hasta el momento en que Mussolini decidió abandonarla a su suerte. En abril informaba Freud: «Viena, a despecho de los levantamientos, los desfiles, etc., está tranquila, según los diarios, y la vida aquí se desarrolla sin perturbación. Se puede afirmar con seguridad que el movimiento de Hitler se extenderá a Austria —ya está aquí, en realidad—, pero es muy poco probable que esto signifique el mismo peligro que en Alemania. Lo más probable es que sea frenado por la conjunción de las demás fuerzas de derecha. Estamos pasando a una dictadura de la derecha, lo cual significa que la socialdemocracia será reprimida. Esto no será demasiado agradable, y no podrá gustarnos a nosotros los judíos, pero todos pensamos aquí que las leyes de excepción contra los judíos están fuera de cuestión en Austria a causa de las cláusulas contenidas en nuestro tratado de paz, que garantizan expresamente los derechos de las minorías, a diferencia del Tratado de Versalles (para Alemania). Las persecuciones legales a los judíos aquí conducirían inmediatamente a que la Sociedad de Naciones tomara medidas. En cuanto a una unión de Austria con Alemania

—caso en el cual los judíos perderían inmediatamente todos sus derechos —es algo que Francia y sus aliados no permitirían nunca. Austria, además, no es proclive a asumir la brutalidad de los alemanes. Es así como nos mantendremos en una relativa seguridad. De todos modos, estoy decidido a no moverme de mi lugar.»

Dos meses después hacía el siguiente comentario a Marie Bonaparte: «En cuanto a la situación política, ya la ha descrito usted de forma exhaustiva. Creo que ni en la guerra dominaban tanto las escenas de mentiras y frases huecas como lo hacen hoy. El mundo se está convirtiendo en una enorme prisión. Alemania es la celda peor. En cuanto a lo que ha de ocurrir en Austria, es sumamente difícil de prever. Preveo una paradójica sorpresa en Alemania. Han comenzado por enfrentarse al comunismo como a un enemigo a muerte, pero terminarán en algo que será sumamente difícil de distinguir del comunismo, excepto, quizá, en el hecho de que el bolchevismo, después de todo, ha adoptado ciertos ideales revolucionarios en tanto que los del hitlerismo son enteramente medievales y reaccionarios. Tengo la impresión de que este mundo ha perdido vitalidad y está condenado a la perdición. Me alegra pensar que usted aún vive en una bendita isla.»

Tan pronto como Hitler llegó al poder, Eitingon fue a Viena, el 27 de enero, a discutir la situación con Freud. Su principal preocupación era, por supuesto, el futuro del Instituto de Berlín, por el que tanto había hecho él. A su visita siguió una extensa correspondencia con Freud, en la que analizaron las diversas eventualidades posibles. Freud alentaba a Eitingon a que resistiera todo lo que le fuera posible, cosa que por otra parte Eitingon no necesitaba. En una de sus cartas, decía Freud: «No faltan aquí los intentos de crear pánico, pero al igual que usted, abandonaré mi puesto tan sólo a última hora y aun entonces es posible que no lo haga.» Tampoco le perturbó mucho la quema de sus libros en Berlín, cosa que ocurrió a finales de mayo. Hizo este sonriente comentario: «¡Cuánto progresamos! En la Edad Media me hubieran quemado a mí; ahora se conforman con quemar mis libros.» No le tocó saber que aun este progreso era solamente ilusorio, ya que diez años más tarde estarían dispuestos también a quemar su cuerpo.

Eitingon le visitó el 5 de agosto, y más tarde, el 8 de septiembre, hizo un viaje preparatorio a Palestina. Ya había decidido establecerse en este país, y en los dos meses que permaneció en el mismo organizó una Sociedad Psicoanalítica Palestina, que aún hoy lleva una floreciente existencia. El 31 de diciembre abandonó Berlín para siempre.

Al final del año era yo el único miembro antiguo del Comité que quedaba en Europa. Abraham y Ferenczi habían muerto, Rank nos había abandonado, Sachs estaba en Boston y ahora Eitingon se había ido casi tan lejos como él, a Palestina.

30. Los últimos años transcurridos en Viena (1934-1938)

En este año se produjo la fuga de los analistas judíos que aún quedaban en Alemania y la «liquidación» del psicoanálisis en este país. Esta fue una de las cosas realizadas por Hitler con pleno éxito. Echando una ojeada hacia el pasado resulta notable comprobar hasta qué punto el conocimiento de Freud y de su obra, en un tiempo tan extendido por toda Alemania, pudo llegar a ser casi completamente barrido del país, de manera tal que veinte años después se hallaba a un nivel más bajo, digamos, que en Brasil o en Japón. Esto, naturalmente, fue causa de gran desazón para Freud y confirmó sus ideas pesimistas sobre la ubicuidad del antisemitismo.

El primer hecho sintomático fue la quema en público, en Berlín, de las obras psicoanalíticas de Freud y de otros autores, a finales de mayo de 1933, poco tiempo después de la llegada de Hitler al poder. El 17 de abril de 1933 recibió Freud la visita de Boehm en Viena, quien venía a pedirle consejo acerca de la situación creada. El problema inmediato era la reciente orden en el sentido de que ningún judío podía formar parte de un consejo científico. En opinión de Freud, el simple cambio de personas, en esto, no impediría de ningún modo que el gobierno terminara por proscribir el psicoanálisis en Alemania. Así y todo, no consideraba prudente darles el pretexto que significaría abstenerse de realizar el cambio ordenado y fue así como consintió en que Eitingon fuera reemplazado por Boehm en la Comisión. Algunos médicos del hospital de beneficencia redactaron una declaración atacando a la Sociedad Psicoanalítica y al mismo tiempo llegaron rumores de que las cosas seguían empeorando.

En junio de 1933 la Sociedad Alemana de Psicoterapia cayó bajo el control de los nazis y poco después, ya bajo el rótulo de «Sociedad Médica General Internacional de Psicoterapia», fue «reajustada» de acuerdo con los principios de la «Revolución Nacional Alemana». El *Reichsführer* Dr. M. H. Göring hizo saber a todos los miembros de la Sociedad que deberían realizar un estudio intenso del *Mein Kampf* de Hitler, que debería servir de base a sus tareas. Bien pronto Kretschmer renunció a la presidencia y ésta fue ocupada —con igual celeridad— por C.G. Jung. Este fue designado también para dirigir el órgano oficial de la Sociedad, el *Zentralblatt für Psychotherapie*, y en 1936 se le unió, como codirector, el mismo Göring. Jung renunció en 1940. Su función principal consistía en discriminar entre psicología aria y psicología judía y destacar la importancia de la primera. Inmediatamente se escuchó la

protesta de un psiquiatra suizo por esta actitud, que significaba apartarse de la neutralidad científica. Esta conducta de Jung ha sido objeto desde entonces de severas críticas, procedentes de distintos sectores.

En noviembre de 1933 dos psicoterapeutas oficiales nazis se presentaron a Boehm y Müller-Braunschweig para hacerles saber que la única posibilidad de que se autorizara el psicoanálisis en Alemania consistía en que todos los miembros judíos de la Sociedad fueran excluidos de la misma. La presión en este sentido fue en aumento, si bien no acompañada de amenazas.

El proceso de aplicación de una uniformidad total (*Gleichschaltung*) siguió su curso y las diferentes ramas de la ciencia fueron «nacionalizadas» y sometidas a una supervisión única. El doctor Göring, primo del *Reichsführer,* fue designado presidente de la ya citada Sociedad Médica General de Psicoterapia y su función era la de unificar, en todo lo posible, todas las formas de psicoterapia e imbuirlas, también en lo posible, de los objetivos del nacionalsocialismo. Las autoridades nazis exigieron que la Sociedad Alemana —lo que de ella quedaba— cancelara su afiliación a la Asociación Psicoanalítica Internacional, cosa que fue aceptada en una asamblea general realizada el 13 de mayo de 1936. Esta resolución fue registrada en el Boletín de la Asociación, pero más adelante las autoridades anularon su propia decisión.

El 19 de julio de 1936 me reuní en Basilea con Göring, Boehm y Müller-Braunschweig. También fue Brill. Encontré en Göring una persona sumamente amable y dúctil, pero resultó después que no estaba en condiciones de cumplir las cosas que me prometió acerca del grado de libertad de que gozaría el grupo psicoanalítico. No cabe duda de que en el ínterin alguien le informó plenamente sobre el origen judaico del psicoanálisis. Fueron prohibidos los análisis didácticos, aunque todavía se permitieron las conferencias. Göring se impuso —o, alternativamente, su esposa— asistir a estas últimas para asegurarse de que en el curso de las mismas no habrían de usarse términos psicoanalíticos, de manera que había que aludir al complejo de Edipo con un sinónimo. En enero de 1937, Boehm se las arregló para viajar otra vez a Viena. En una entrevista que mantuvo con Freud, éste le propuso que expusiera la situación a un grupo más numeroso, cosa que Boehm hizo al día siguiente. Entre otras personas se encontraban allí Anna y Martin Freud, Federn y Jeane Jampl-de Groot. Boehm habló durante tres horas, hasta que la paciencia de Freud se agotó. Interrumpió la exposición con estas palabras: «¡Basta! Los judíos han sufrido a causa de sus convicciones durante siglos. Ahora ha llegado el momento de que los colegas cristianos sufran también por las suyas propias. No concedo ninguna importancia al hecho de que mi nombre se mencione en Alemania, siempre y cuando mi obra sea presentada allí en una forma correcta.» Después de decir esto se retiró del recinto.

El 28 de marzo de 1936, Martin Freud me telefoneó la desastrosa noticia de que la Gestapo se había apoderado de los bienes de la editorial. Inmediatamente envié un telegrama al jefe de policía de Leipzig, explicándole que la editorial pertenecía a una entidad de carácter interna-

cional, pero esto, por supuesto, no influyó para nada en la situación. De manera que, durante los dos años que siguieron, la editorial tuvo que mantener una triste existencia de organismo mutilado, en Viena. No obstante, gracias a la energía de Martin Freud, la editorial consiguió mantenerse en funciones hasta que los nazis la confiscaron, en marzo de 1938.

Freud tuvo, en ese año, un sinfín de molestias en su afección de la mandíbula. En el mes de febrero se le aplicaron rayos X varias veces, con poco resultado, de modo que hubo que darle aplicaciones de radio en marzo. Se volvieron a hacer varias aplicaciones más en los meses siguientes, con el resultado de que se pudo prescindir de toda operación durante un año entero. Fueron muy frecuentes, sin embargo, los síntomas de dolor y malestares, si bien disminuyeron una vez que el doctor Schloss, formado en el Instituto Curie de París, descubrió que el metal de la prótesis estaba produciendo una radiación suplementaria. Para obviar este inconveniente se hizo un nuevo aparato.

A comienzos de mayo se sintió feliz al poder abandonar su enclaustramiento de la vida de ciudad por un alojamiento de tipo rural. Tuvo en ese verano más suerte que en el anterior, pues encontró una casa con mucho terreno en Grinzing, no lejos de Coblenza (Strassergasse 47, en el distrito 19).

Zweig acababa de escribir una obra sobre Napoleón en Jaffa, en la que criticaba duramente el episodio del fusilamiento de prisioneros. En una carta a Zweig observaba Freud: «De modo que acaba usted de sacar rápidamente a la luz una nueva obra, un episodio de la vida de ese terrible bribón que fue Napoleón, quien, fijado como estaba a sus fantasías de la pubertad, favorecido por una suerte increíble y sin ninguna inhibición, salvo en cuanto a lazos de familia, recorrió atropelladamente el mundo, como un sonámbulo, para terminar finalmente en la megalomanía. Difícilmente ha habido otro genio tan ajeno a todo rastro de nobleza, un anticaballero tan clásico como éste. Pero su estructura era de dimensiones grandiosas.»

Ese año, el Congreso Internacional se celebró en Lucerna, el 26 de agosto. Fue el primero que se celebró sin la presencia de Ferenczi. Fueron aceptadas las nuevas sociedades de Boston, Holanda, Japón y Palestina. Mi primitivo plan de reunir a todas las sociedades de Norteamérica bajo la égida de la American Psychoanalytical Association comenzaba a ponerse finalmente en marcha, después de veintitrés años, si bien había todavía una considerable oposición por parte de los poderosos grupos locales. Este fue el momento en que Wilhelm Reich renunció a la Asociación. Freud había tenido de él, en los primeros tiempos, un alto concepto, pero su fanatismo político condujo a Reich a alejarse de él, tanto en lo personal como en lo científico.

Al parecer, la única cosa que Freud publicó ese año fue un prólogo a la edición hebrea de su *Introducción al psicoanálisis*. Pero fue el año en que concibió sus ideas sobre Moisés y sobre la religión, ideas que le tendrían enfrascado durante el resto de su vida. Esto fue en el verano, dado que lo mencionó a Eitingon y a mí en el mes de agosto. La primera

referencia extensa a ello está contenida en una carta a Arnold Zweig: «No sabiendo qué hacer con mi tiempo libre, me puse a escribir algo, y contra mí primera intención, ocurrió que esto se apoderó de mí de tal modo, que tuve que dejar de lado todas las demás cosas. Ahora bien, no se ponga contento con la idea de que lo va a leer, porque usted no lo hará nunca.

»Aquí estamos viviendo en una atmósfera de estricta fe católica. Se ha dicho que nuestra política es elaborada por un tal Schmidt, que es confidente del papa y, por desgracia, realiza también él investigaciones sobre etnología y religión; en sus libros no oculta su aborrecimiento al psicoanálisis y especialmente de mi teoría totémica... Ahora bien, cabe esperar que una cosa que yo publique atraerá cierta atención y no dejará de llegar a manos de este padre, tan mal dispuesto hacia mí. En ese caso corremos el riesgo de una proscripción total del psicoanálisis en Viena y el cese de todas las demás cosas que publicamos. Si el peligro fuera sólo para mí, poco me impresionaría, pero privar a nuestros miembros de aquí, en Viena, de su fuente de subsistencia es una responsabilidad demasiado grande. Agréguese a esto que yo mismo considero que este trabajo mío carece de una base suficientemente sólida y que no me gusta tanto. De modo que no es ésta la ocasión apropiada para un martirologio. Por ahora *finis.*»

Zweig hizo saber el contenido de la carta a Eitingon, quien preguntó a Freud si había en el libro algo que fuera más fuerte que *El futuro de una ilusión,* que no provocó queja alguna de parte de Schmidt. Freud contestó que difería del libro anterior solamente en cuanto admitía que la religión no estaba íntegramente basada en una ilusión sino que contenía tambien cierto núcleo histórico de verdad, que es lo que le confería su gran eficacia. Agregaba además que no temería a ningún peligro externo si estuviera más seguro de su tesis sobre Moisés. «No les sería difícil a los expertos desacreditarme como ajeno a la materia», cosa que efectivamente han hecho cuando se produjo la ocasión. El libro, agregaba, ya está terminado.

Lo que no satisfacía a Freud era la parte histórica: «No resistirá a mi propia crítica. Necesito más seguridad, y no me gustaría poner en peligro la fórmula final de todo el libro, que me parece válida, si doy la impresión de fundar la motivación del mismo sobre una base de arcilla. De modo que lo dejaremos a un lado.» Al mismo tiempo dijo a Eitingon: «No soy bueno para novelas históricas. Dejémoslas para Thomas Mann.» Pero, como veremos luego, esto no fue de ningún modo el final del asunto Moisés.

En enero de 1935 hizo a Lou Andreas-Salomé una extensa descripción —de varias páginas— de sus ideas sobre Moisés y la religión. Culminaban en esta fórmula: la religión no debe su fuerza a verdad alguna entendida al pie de la letra, sino a la verdad histórica que contiene. Y concluía de este modo: «Ahora, Lou, ve usted que uno no puede publicar esta fórmula, que me ha fascinado a mí, en la Austria de hoy sin correr el riesgo de que las autoridades católicas prohíban oficialmente la práctica psicoanalítica. Y este catolicismo es el que nos protege del na-

zismo. Además, la base histórica de todo lo que se refiere a Moisés no es lo bastante sólida como para servir de base a mis puntos de vista, valiosísimos a mi juicio. De modo que me mantengo en silencio. Me basta con poder creer yo mismo en la solución que propongo al problema. Esta idea me ha perseguido toda la vida.»

El 6 de febrero recibió la visita del famoso arqueólogo francés Lévi-Bruhl, con quien intercambió algunos libros. He aquí el comentario de Freud: «Es un verdadero *savant*, especialmente en comparación conmigo.» En ese mismo mes escribió a Arnold Zweig, que estaba en Palestina: «Su descripción de la primavera me pone triste y despierta mi envidia. Tengo todavía tanta capacidad de goce que no me siento satisfecho con la resignación que se me impone. El único punto luminoso en mi vida es el éxito que obtiene Anna en su trabajo.»

En abril recibió de Norteamérica la carta de una madre desesperada que le pedía su consejo. Reproduzco a continuación la respuesta de Freud, con el consiguiente permiso, como un ejemplo de la bondad con que se disponía a hacer lo que pudiera por una persona extraña, por más que él mismo estaba preocupado por su propio sufrimiento.

«Abril, 9 de 1935

»Querida señora...

»Deduzco de su carta que su hijo es un homosexual. Me impresiona mucho el hecho de que usted no mencione esta palabra en su información sobre él. ¿Puedo preguntarle por qué evita el uso de ese término? La homosexualidad no es, desde luego, una ventaja, pero tampoco es nada de lo que uno deba avergonzarse, un vicio o una degradación, ni puede clasificarse como una enfermedad; nosotros la consideramos como una variante de la función sexual, producto de una detención en el desarrollo sexual. Muchos individuos altamente respetables de tiempos antiguos y modernos, entre ellos varios de los más grandes (Platón, Miguel Ángel, Leonardo da Vinci, etc.) fueron homosexuales. Es una gran injusticia perseguir la homosexualidad como un crimen, y es también una crueldad. Si usted no me cree a mí, lea los libros de Ellis.

»Cuando usted me pregunta si puedo ayudarle, debo suponer que lo que usted me pregunta es si puedo abolir la homosexualidad y hacer ocupar su lugar por la heterosexualidad. La respuesta, en términos generales, es que no podemos prometer semejante éxito. En cierto número de casos conseguimos desarrollar los marchitados gérmenes de heterosexualidad presentes siempre en todo homosexual, pero en la mayor parte de los casos eso ya no es posible. Eso depende de la cualidad y la edad del individuo. No es posible predecir cuál será el resultado del tratamiento.

»Lo que el psicoanálisis puede hacer por su hijo ya es cosa diferente. Si es desdichado, neurótico, si vive desgarrado por sus conflictos e inhibiciones en su vida social, el análisis puede traerle armonía, tranquilidad mental, completa eficiencia, ya siga siendo homosexual o cambie. Si usted se decide a ello, podrá analizarse conmigo. No creo que usted lo haga. Tendría que venir a Viena. No tengo intención alguna de salir

de aquí. No deje, sin embargo, de contestarme al respecto.
»Sinceramente suyo y con los mejores deseos,

»FREUD

»P.S. No he tenido dificultad en leer su escritura. Espero que su dificultad para entender mi letra y mi inglés no sea mayor que la mía con su carta.»

Su cumpleaños, esta vez, pasó bastante tranquilamente, con pocas visitas pero bastantes cartas que contestar. Freud comentó que setenta y nueve «era un número bastante irracional». Pero para él fue una época desdichada. Hubo operaciones en marzo y en abril, y el día de su cumpleaños forcejeó, hasta quedar exhausto, para colocarse el horrible «monstruo» en la boca. Tampoco pudieron hacerlo Schur ni Anna, de modo que llamaron en su auxilio a Pichler.

Ese año hizo Freud, en su correspondencia, numerosas alusiones a su libro sobre Moisés, tema que siempre tenía presente. Comenzó a leer todos los libros que encontraba sobre historia judía. En mayo la noticia que leyó sobre unas excavaciones en Tell-el-Amarna le produjo una gran excitación, pues se había mencionado el nombre de cierto príncipe Thothmes. Se preguntó si ése no era «su» Moisés y hubiera querido disponer de dinero para hacer que continuaran las excavaciones.

En mayo Freud fue designado miembro honorario de la Royal Society of Medicine, por unanimidad. Candorosamente me preguntó si ahora podría añadir detrás de su apellido las letras H.F.R.S.M.

El 1 de agosto Anna Freud se reunió con Eitingon y conmigo en París para tratar asuntos didácticos, lo cual demuestra que Freud se hallaba evidentemente bastante bien como para poder prescindir por un par de días de los cuidados de su hija..., cosa rara en realidad.

Arnold Zweig acababa justamente de escribir su libro *Erziehung vor Verdun,* cuyo tema eran las brutalidades alemanas que él había visto durante la guerra. Freud se sentía extremadamente indignado por la conducta de los alemanes contra los judíos en esa época, y esto es lo que escribió a Zweig después de leer detenidamente el libro: «Es como una liberación que se ha ansiado durante mucho tiempo. Finalmente llega la verdad, la lúgubre y definitiva verdad que uno necesita con urgencia. No es posible entender la Alemania de hoy si no se sabe lo de "Verdún" (y lo que ello representa). Este deshacerse de las ilusiones llega tarde, en verdad también para usted. De ahí el craso anacronismo de que el idilio de Grischa, un libro en el que tampoco puede hallarse de superación de toda ilusión, haya sido posterior a su educación en Verdún. Esto concuerda con el hecho de que, después de la guerra, usted se haya establecido en Berlín e incluso haya edificado allí una casa. Hoy diríamos: "Si yo hubiera deducido las conclusiones correspondientes a mi experiencia en Verdúm, sabría que no es posible vivir con un pueblo como ése." Nosotros creíamos todos que era la guerra y no el pueblo, pero los demás países también tuvieron la guerra y se comportaron de otra manera completamente distinta. Entonces no lo creíamos, pero es cierto lo que los otros han dicho sobre los boches.»

En junio de este año la Fischer Verlag pidió a Freud que escribiera una carta que pudiera publicarse para celebrar el sexagésimo cumpleaños de Thomas Mann. Desde la altura de sus ochenta años, Freud debe haber sonreído ante la idea de esta juvenil celebración. Los editores norteamericanos de su *Estudio autobiográfico,* la casa Brentano, le pidieron que escribiera un suplemento del mismo, cosa que hizo de inmediato. En él expresó su pesar por haber llegado a publicar detalles de su vida privada y aconsejaba a sus amigos no imitarle jamás en eso.

Dos acontecimientos dominan la perspectiva del año 1936: el octogésimo onomástico de Freud y su designación como miembro correspondiente de la Royal Society. Los esfuerzos que acarrearían para él los festejos de su octogésimo cumpleaños venían preocupándole y eran la fuente de angustiosos pensamientos que precedieron durante meses esta fecha. Freud hizo lo posible para reducir al mínimo esos actos. Un año antes yo había concebido el plan de un volumen conmemorativo de ensayos como un regalo adecuado de sus discípulos, cosa que llevaría algún tiempo organizar. Había llegado de algún modo a sus oídos esa idea, por lo cual me escribió: «Y ahora unas palabras de detrás de las bambalinas. Ha llegado hasta mí la información de que usted está preparando una celebración especial para mi 80 cumpleaños. Aparte de la posibilidad de que puede no llegar a ocurrir y de mi convicción de que un telegrama de condolencia sería la única reacción adecuada para un hecho así, soy de la opinión de que ni la situación que impera en los círculos analíticos ni el estado del mundo justifican celebración alguna. Si la necesidad de expresarse no puede ser del todo refrenada en este caso me gustaría orientarla en alguna dirección que no obligara más que al mínimo de molestias, excitaciones o trabajos. Esto podría ser un álbum con las fotografías de los miembros.» Yo temblé ante esta asombrosa proposición, que me hizo el impacto de una idea sumamente impracticable y que no reportaría placer alguno. De modo que le repliqué: «Me siento inclinado, a pesar mío, a creer que usted tiene razón acerca de mi proyecto de "Libro conmemorativo" (*Gedenkbuch*). Sería absolutamente inútil pensar en una proposición que no habría de proporcionarle a usted un placer, y me animo a decir que usted puede imaginar desde ahora los riesgos, ya que, por la envidia que provocaría la selección de los colaboradores, podría dar lugar a considerables celos y sentimientos de malestar. Probablemente tendríamos que volver a la idea de las fotografías, que me parece sumamente interesante y que encierra muchas posibilidades. Afortunadamente para usted, Eitingon ya no será presidente para la época de su cumpleaños. Pienso que usted sabe hasta qué punto yo comparto más su tranquila actitud frente a las ceremonias.» Fue entonces cuando hizo una exposición más completa de sus ideas: «Estoy de acuerdo en que usted tiene razón para sentirse contento de tener en sus manos el timón de la nave psicoanalítica, y ello no sólo por causa del *Gedenkbuch.* Usted ha comprendido de tal modo mis recelos que ahora tengo el coraje de dar un paso más.

»Procedamos entonces a enterrar el *Gedenkbuch* o el *Sammelband* (volumen de homenaje), etc. Vuelvo ahora a mi propia sugerencia res-

pecto a un álbum y confieso que ya me gusta tan poco como la otra idea; básicamente, en realidad, me disgusta. Dejando a un lado las dos objeciones respecto a que implicaría muchas molestias y no significaría para mí garantía alguna de que voy a sobrevivir hasta ese día, está empezando a disgustarme la monstruosidad estética de cuatrocientos retratos de gente sumamente fea de la que desconozco por completo a más de la mitad y de las cuales una buena parte no quiere saber nada de mí. No, los tiempos no son adecuados para una festividad, ni siquiera *"intra Iliacos muros nec extra"*. La única cosa que me parece posible es renunciar a toda acción en común. Dejemos que quien sienta la necesidad de felicitarme lo haga así, y quien no, no tiene por qué temer mi venganza.

»Hay todavía otro argumento. ¿Cuál es el significado secreto de esto de celebrar las cifras redondas de la edad avanzada? Es seguramente una medición del triunfo sobre lo transitorio de la vida, que, como nunca olvidamos, está dispuesto a devorarnos a todos. Uno se regocija entonces con una especie de sentimiento común de que no estamos hechos de un material tan frágil como para impedir que uno de nosotros resista victoriosamente los efectos hostiles de la vida durante 60, 70 o incluso 80 años. Eso es una cosa que uno puede entender y con la que se puede estar de acuerdo, pero la celebración evidentemente tiene sentido solamente cuando el sobreviviente puede, a despecho de todas las heridas y cicatrices, intervenir en ella como persona sana; pierde este sentido cuando se trata de un inválido tal que de ninguna manera se puede hablar de festejos comunes con él. Y dado que éste es mi caso y lo lleva la carga de mi destino por mí mismo, preferiría que mi octogésimo cumpleaños fuera considerado como asunto privado mío... por mis amigos.»

El asunto quedó, por lo pronto, en estos términos, pero a medida que se acercaba la temida fecha la angustia de Freud frente al esfuerzo que se le imponía iba en aumento. Una cantidad de partidarios y gente extraña anunciaron su intención de visitarle, entre ellos Eitingon, Landauer, Laforgue y yo. Marie Bonaparte se ofreció a venir, pero luego, con muy buen criterio, postergó la fecha de su viaje. Antes de eso ya Freud había escrito a Arnold Zweig acerca de las intenciones de los diarios en diversos países y señaló: «¡Qué poco sentido tiene pensar en reparar, con motivo de una fecha tan cuestionable, el mal trato sufrido durante una larga vida! No; más vale que sigamos siendo enemigos.» Se consolaba con la idea de que la celebración solamente duraría unos pocos días, y de que es una de esas cosas que sólo pueden presentarse una vez en la vida; «después de eso habrá un magnífico descanso y ya no podrán perturbarme cacareos ni manifestaciones de ninguna clase».

El día del cumpleaños lo pasó con toda tranquilidad, convertidas sus habitaciones en una verdadera florería. Freud se sentía bastante bien, recuperado ya de su dolorosa operación que le fue hecha en marzo. Pero seis semanas más tarde todavía estaba Freud en plena lucha en medio del montón de felicitaciones, procedentes de todas las partes del mundo, que tenía que contestar.

Esta onomástica dio lugar a un encantador cambio de cartas entre los dos grandes hombres de este siglo. Vamos a reproducir aquí las dos cartas en toda su extensión.

«Princenton, 21-4-1936

»*Verehrter Herr* Freud:

»Me siento feliz de que a esta generación le haya tocado en suerte la oportunidad de expresar su respeto y su gratitud a usted, que es uno de sus más grandes maestros. Seguramente no le fue fácil lograr que la gente profana, escéptica como es, haya llegado a hacerse al respecto un juicio independiente. Hasta hace poco, lo único que me era posible captar era la fuerza especulativa de sus concepciones, a la vez que la enorme influencia ejercida sobre la *Weltanschauung* (concepción del mundo) de nuestra presente era, sin estar en condiciones de hacerme un juicio independiente acerca del grado de verdad que contenía. Pero hace muy poco tuve oportunidad de oír algunas cosas, no muy importantes en sí mismas, que a mi juicio descartan toda interpretación que no sea la que usted ofrece en su teoría de la represión. Me sentí encantado de haber dado con esas cosas, ya que siempre es agradable ver que una grande y hermosa concepción concuerda con la realidad.

»Con mis cordiales deseos y mi profundo respeto,

»Suyo

»A. EINSTEIN

»P. S. Por favor, no conteste usted a esta carta. El placer que me produce la oportunidad que tengo de escribirle ya es suficiente para mí.»

«Viena, 3-5-1936

»*Verehrter Herr* Einstein:

»En vano objeta usted la idea de que yo conteste a su muy amable carta. Realmente tengo que decirle cuán contento me he sentido al comprobar el cambio registrado en su opinión, o al menos el comienzo de un cambio. Siempre he sabido, por supuesto, que usted me "admiraba" por cortesía y creía muy poco en cualquier aspecto de mis doctrinas, si bien me he estado preguntando a menudo qué es lo que en realidad se puede admirar en ellas si no son verdaderas, es decir, si no contienen una gran parte de verdad. De paso, ¿no cree usted que yo hubiera sido tratado mejor si mis doctrinas contuvieran un porcentaje mayor de error y de extravagancias? Yo le llevo a usted tantos años que puedo permitirme la esperanza de contarle entre mis "partidarios" cuando usted haya alcanzado mi edad. Como yo no podré enterarme de ello, estoy saboreando ya esa satisfacción. Usted sabe lo que ahora está cruzando por mi mente: *ein Vorgefühl von solchem Glück geniesse ich,* etcétera.[113]

»*In herzlicher Ergehenheit und unwandelbarer Verehrung,*

»*Ihr*

»FREUD»

Lo que más le gustó —o le molestó menos— en cuanto a la celebración de su cumpleaños fue la visita de Thomas Mann. El 8 de mayo

pronunció Mann un impresionante discurso en la Sociedad Académica de Psicología Médica. Lo repitió en el mismo mes cinco o seis veces, en distintos lugares, y seis semanas más tarde, el domingo 14 de julio, se le leyó a Freud, quien hizo el comentario de que era aún mejor de como él lo conocía por referencia. Pero Freud no se dejó seducir por otras demostraciones: «Los colegas vieneses se unieron también a las celebraciones, pero hubo toda clase de indicios que delataban lo duro que se les hacía. El ministro de Educación me felicitó ceremoniosamente y de una manera muy cortés, pero a los periódicos se les prohibió bajo pena de confiscación, hacer mención alguna de este simpático hecho. En numerosos artículos periodísticos, de aquí y del extranjero, se expresó lisa y llanamente rechazo y odio. Tuve así la satisfacción de ver que la sinceridad aún no ha desaparecido de este mundo.»

Entre los muchos presentes que llegaron figura una declaración firmada por Thomas Mann, Romain Rolland, Jules Romains, H.G. Wells, Virginia Woolf, Stefan Zweig y otras 191 personas, entre escritores y artistas. Mann se la entregó personalmente el día del cumpleaños.

Hubo también muchas visitas, por supuesto. Una de ellas preguntó a Freud cómo se sentía, a lo cual él respondió: «Cómo se siente un hombre de ochenta años no es un tema de conversación.»

Al mismo tiempo Freud fue designado miembro honorario de la Asociación Psiquiátrica Norteamericana, de la Asociación Psicoanalítica Norteamericana, de la Sociedad Psicoanalítica Francesa, de la Sociedad Neurológica Norteamericana y de la Royal Medico-Psychological Association. Por encima de todo esto estaba el reconocimiento más alto de que jamás había sido objeto, y que por eso apreciaba más que ningún otro: la designación de miembro correspondiente de la Royal Society. Su nombre había sido propuesto por un distinguido médico, ex paciente mío, y recuerdo cómo Wilfred Trotter, que entonces formaba parte del consejo de la entidad, me contaba la sorpresa que había causado la proposición. Todos los miembros del consejo habían oído hablar vagamente de Freud, pero ninguno de ellos conocía siquiera uno de sus trabajos. Pero Trotter poseía el don de convencer a cualquier comisión.

Pero ninguna universidad impuso a Freud un título *honoris causa*. El único que había recibido en su vida era el que le confirió la Clark University de Massachussetts, casi treinta años antes.

En mayo Freud y Lou Andreas-Salomé intercambiaron las últimas cartas, dando fin así a una correspondencia que se había prolongado veinticuatro años. Ella falleció en febrero del año siguiente. Freud la había admirado extraordinariamente y estuvo muy encariñado con ella, «lo que no deja de ser curioso, sin muestra alguna de atracción sexual». La describía como el único vínculo real entre el filósofo Friedrich Nietzsche y él mismo.

Freud se sintió contrariado y alarmado al enterarse de que Arnold Zweig se proponía escribir su biografía. Se lo prohibió con toda firmeza, diciéndole que tenía cosas mucho más útiles para escribir. La opinión de Freud acerca de escribir biografías se iba, por cierto, al extremo. «Quien se pone a escribir una biografía se obliga a sí mismo a la men-

tira, al engaño, al ocultamiento, la hipocresía y al adulamiento, e incluso a ocultar la propia falta de entendimiento, dado que el material biográfico no hay manera de obtenerlo, donde lo hubiera no se puede usar. La verdad no es accesible; la humanidad no la merece. ¿Y no tenía razón el príncipe Hamlet cuando se preguntaba quién podría escapar de una azotaina si a cada uno se le tratara según sus méritos? Por mi parte, yo continúo, sin embargo, con mi trabajo a pesar de estas terribles afirmaciones.»

Ahora Freud se sentía cada vez más y más convencido de que el porvenir de Austria estaría en manos de los nazis, si bien las personas en quien pensaba especialmente, en este sentido, eran los nazis austríacos, de quienes esperaba (erróneamente) que habrían de ser más moderados. Decía por ello: «Estoy esperando, cada vez con menos pesar, que la cortina caiga definitivamente para mí.»

En julio Freud fue sometido a dos intervenciones excepcionalmente dolorosas, y por primera vez desde la operación primitiva, de 1923, le fue encontrado, sin lugar a duda alguna, tejido canceroso. Durante los últimos cinco años los médicos habían estado evitando ese desenlace mediante la extirpación de tejidos precancerosos, pero de ahora en adelante ya sabían que estaban frente a frente con el enemigo y que había que estar dispuestos a que se reprodujeran constantemente recurrencias de formaciones malignas.

A esto siguió el Congreso de Marienbad, el 2 de agosto. Esta localidad fue elegida con el objeto de que Anna, en el caso de que el padre la necesitara con urgencia, no estuviera lejos de él. En mi discurso de presidente me referí a Checoslovaquia como una isla de libertad rodeada de Estados totalitarios e hice algunas observaciones acerca de dichos Estados que hicieron que se incluyera mi nombre en la lista negra nazi de los que debían ser liquidados tan pronto como fuera invadida Inglaterra. Eitingon visitó a Freud antes del Congreso —no había podido hacerlo cuando el día del octogésimo aniversario— y yo lo hice poco después del Congreso. Fue ésta la última vez que vi a Freud antes del episodio de su emigración a Londres, que se produjo dieciocho meses más tarde.

El 13 de septiembre, con todo silencio, se celebraron las bodas de oro de Freud. De sus hijos supervivientes vinieron cuatro, es decir, todos menos Oliver. Hizo a Marie Bonaparte una de sus características y sintéticas afirmaciones: «Realmente no ha resultado una mala solución del problema del matrimonio, y mi mujer todavía es tierna, sana y activa.»

Hacia fin de año Freud volvió a pasarlo mal, cuando Anna había detectado otra área sospechosa, que Pichler pensó, equivocadamente, que era carcinomatosa. «El sábado 12 de diciembre me dijo Pichler que se veía obligado a cauterizar otro punto que le parecía sospechoso.[114] Lo hizo así, pero esta vez el examen microscópico demostró que se trataba de un tejido inofensivo, pero la reacción fue terrible. En primer lugar fuertes dolores, y en los días que siguieron, la boca cerraba mal, por lo cual no podía comer nada. Tenía grandes dificultades para beber. "Prosigo con mi trabajo analítico mediante el recurso de aplicar una bol-

sa de agua caliente a la mejilla, que renuevo cada media hora". Logro algún alivio con radioterapia de onda corta, pero la mejoría no dura mucho. Me dicen que debo soportar este estado de cosas una semana más. [115] Me gustaría que usted viera la simpatía que me demustra *Jo-Fi*[115] en mi sufrimiento, como si lo entendiera todo.

»Nuestro ministro de Educación ha emitido un anuncio formal en el sentido de que la época de la labor científica que se realizaba al margen de ciertos supuestos previos —como era el caso en la era liberal— ha pasado ya; desde ahora en adelante, toda ciencia deberá trabajar al unísono con la *Weltanschauung* cristiano-germánica. Esto no deja de prometerme una buena diversión. ¡Ni más ni menos que en la querida Alemania!»

La intervención quirúrgica que acabamos de mencionar fue la única oportunidad, en tantos años de sufrimiento, en que Freud, no sin cierta sorpresa de Pichler, exclamó: «¡Ya no puedo soportar más!» Pero los nervios de acero del cirujano le mantuvieron en condiciones de terminar la operación, y la protesta no pasó de ahí.

En enero de 1937 sufrió Freud una nueva pérdida, la de la perrita a la que se había aficionado tanto en los últimos siete años. Acostumbraba intercambiar confidencias con Marie Bonaparte, otra persona amante de los animales. Apenas un mes antes le había escrito:

«Acaban de llegarme la tarjeta postal y el manuscrito del libro de *Topsy* que usted me envía desde Atenas. El libro me enamora; es conmovedoramente real y cierto. No es, por supuesto, un trabajo analítico, pero la búsqueda que el analista hace de la verdad y el conocimiento puede percibirse muy bien detrás de esta creación. Realmente proporciona las razones por las cuales uno puede amar con tan extraña profundidad a un animal, *Topsy* o *Jo-Fi:* su afecto, desprovisto de toda ambivalencia; la simplicidad de su vida, libre de todos los conflictos casi insoportables de la civilización; la belleza de una existencia completa de sí misma. Y a pesar de la extraña naturaleza de su desarrollo orgánico, un sentimiento de íntima relación —un sentido innegable del pertenecerse mutuamente— existe entre nosotros. Mientras acariciaba a *Jo-Fi* me he sorprendido a veces entonando en voz baja una melodía que, aun siendo yo completamente antimusical, pude reconocer como el aria de *Don Giovanni: "Un lazo de amistad nos une..."*

»Si usted con sus juveniles 54 años no puede dejar de pensar a menudo en la muerte, no podrá sorprenderle que yo, con mis ochenta años y medio, tiemble ante la idea de alcanzar la edad de mi padre y mi hermano y aun la de mi madre, atormentado por el conflicto entre el deseo de descanso y el miedo a los nuevos sufrimientos que la marcha de la vida trae consigo, y por el otro la anticipación del dolor de separarse de todo aquello a lo que uno se siente unido aún.»

Pero *Jo-Fi* tuvo que ser operada de dos grandes quistes ováricos. La operación pareció tener éxito, pero dos días después murió repentinamente. Freud, sintiendo que no podría soportar el estar sin ningún

perro, pidió de vuelta a Dorothy Burlingham otra perrita llamada *Lün*, que había tenido que darle cuatro años antes a causa de los celos de *Jo-Fi*.

En ese mismo mes, ocurrió otro acontecimiento que más tarde tuvo consecuencias para nuestro conocimiento de la personalidad y la obra de Freud. Marie Bonaparte le había hecho saber que había adquirido las cartas que él le había dirigido a Fliess. Freud replicó inmediatamente: «El asunto de la correspondencia con Fliess me ha dado vértigo. Después de la muerte de Fliess la viuda me pidió las cartas que él me dirigiera. Yo asentí incondicionalmente, pero no pude hallarlas. Todavía no sé si las he destruido o más bien, obrando con inteligencia, las he guardado... Nuestra correspondencia era de lo más íntimo que usted pueda imaginar. Sería la cosa más desdichada que esas cartas pudieran caer en manos extrañas. De modo que ha sido una cosa extremadamente amable de parte de usted el adquirirlas y guardarlas de todo peligro. Lo único que me aflige es el gasto que esto ha significado para usted. ¿Puedo ofrecerle costear la mitad? Si el hombre hubiera venido a verme a mí, yo habría tenido que comprarlas. A mí no me gustaría que ninguna de esas cartas llegara a conocimiento de la así llamada posteridad».

El destino que luego corrieron estas importantes cartas ya ha sido descrito.

En marzo comenzó Freud a preocuparse más de la aproximación del nazismo: «La situación política comienza a hacerse cada vez más sombría. Nadie detendrá probablemente la invasión nazi, con sus funestas consecuencias para el psicoanálisis y para todo lo demás. Mi única esperanza es que yo no llegue a vivir lo suficiente para verlo.»

Pichon, un analista francés que resultó ser yerno de Janet, escribió a Freud preguntándole si Janet podría visitarle. He aquí el comentario que Freud hizo a Marie Bonaparte: «No, no veré a Janet. Yo no podría dejar de reprocharle su conducta desleal para con el psicoanálisis y también con mi persona, sin desdecirse en ningún momento. Fue lo bastante tonto como para decir que la idea de una etiología sexual de la neurosis sólo pudo haber surgido en la atmósfera de una ciudad como Viena. Luego, como los escritores franceses comenzaron a hacer circular la calumniosa especie de que yo había asistido a sus clases y le había robado sus ideas, él podía haber puesto fin a esta cháchara con una sola palabra, ya que en realidad no le vi nunca ni he oído su nombre en los tiempos de Charcot: es que nunca dijo esa palabra. Usted puede darse una idea de su nivel científico por esa frase suya según la cual el inconsciente es *une façon de parler*. No, no le veré. Pensé al comienzo ahorrarle esa descortesía mediante la excusa de que no me siento bien o de que ya no puedo hablar en francés, y él, con seguridad, no sabe una palabra de alemán. Pero he decidido no proceder así. No hay razón para que yo haga sacrificio alguno por él. Sinceridad es la única actitud posible: la grosería se justifica.»

Freud partió de Viena (para dirigirse a la misma casa de Grinzing) el 30 de abril, a pesar de que en esa fecha sufría un fuerte ataque de dolores.

En noviembre escribió a Stefan Zweig la siguiente carta:

«Viena, 17-XI-1937

»*Lieber Herr Doktor:*

»Me resulta difícil decir si fue mayor el placer o el dolor que me trajo su amable carta. Sufro, igual que usted, los tiempos que estamos viviendo. El único consuelo que tengo es el de la estrecha unión con algunos pocos, en la seguridad de que las mismas cosas siguen siendo de alto valor para nosotros y los mismos valores siguen siendo incuestionables. Pero —esto en un sentido amistoso— yo puedo envidiarle a usted el hecho de que puede lanzarse a la defensa mediante su valiosa labor. ¡Ojalá tenga más y más éxitos! Me alegro de antemano por su *Magallanes.*

»Tras de mí está mi obra, tal cual usted dice. Nadie puede predecir en qué época se verá convalidada. En cuanto a mí, no estoy tan seguro. La duda es cosa siempre inseparable de la investigación y seguramente yo no he hecho más que desenterrar un fragmento de verdad. El futuro inmediato parece sombrío, aun para mi creación, mi psicoanálisis. De todos modos, ya no experimentaré nada agradable en las semanas o meses que me quedan de vida.

»Enteramente contra mi intención, me he dejado llevar al terreno de las lamentaciones. Lo que yo quería era acercarme más a usted de una manera humana, no ser admirado como una roca en el mar, contra la que en vano van rompiendo las olas. Pero aun así, si mi desafío es silencioso, sigue siendo un desafío, e *¡impavidum ferient ruinae!*

»Abrigo la esperanza de que no me deje esperar mucho sus próximos, hermosos y valientes libros.

»Mit herzlichen Grüssen,

»Ihr alter,

»SIG. FREUD»

31. Londres: el fin (1938-1939)

La invasión nazi de Austria, que se produjo el 11 de marzo de 1938, fue la señal para que Freud abandonara su patria y se dirigiera a un país extranjero, siguiendo así el camino que sus antepasados habían recorrido tantas veces con cansado paso. Pero esta vez se trataba de un país donde sería mejor recibido que en ningún otro. En muchas ocasiones de su vida había pensado en tomar una decisión como ésta, y en muchas otras le habían invitado a hacerlo. Pero había algo profundo en su naturaleza que se había opuesto siempre a una decisión semejante, y aun en este momento final y crítico estaba todavía muy poco dispuesto a tomarla en cuenta.

Sabiendo cuán fuerte era su rechazo, y cuán a menudo había expresado, en el curso de los últimos años, su determinación de pemanecer en Viena hasta el fin, yo no tenía muchas esperanzas sobre el resultado final. No obstante, un par de días después de la invasión hablé por teléfono una vez con Dorothy Burlingham, quien en esta época era casi un miembro de la familia para Freud, y tres veces con Marie Bonaparte, que estaba en París; finalmente, decidí hacer un último esfuerzo para persuadir a Freud de que cambiara de opinión. En ese momento no había aeroplanos que llegaran a Viena, pero el 15 de marzo pude volar hasta Praga y allí encontré un pequeño monoplano con el cual completé el viaje. El espectáculo que encontré al llegar era bastante deprimente. En el aeropuerto había montones de aviones militares alemanes y el aire también estaba lleno de aeroplanos que intimidaban constantemente a los vieneses. Las calles estaban llenas de ruidosos tanques, y también de gente que rugía ¡Heil Hitler!, pero era fácil advertir que la mayor parte eran alemanes importados que habían llegado en los trenes enviados por Hitler con ese propósito. Después de visitar a mi cuñada, lo que me dio oportunidad de ponerme en contacto con Anna, fui, por consejo de ésta, a visitar ante todo las instalaciones de la editorial. Tenía la esperanza de que podría servir de algo el poner de relieve el carácter internacional de la empresa. Las escaleras y las habitaciones estaban repletas de jóvenes de mirada canallesca, armados de puñales y pistolas. Martin Freud estaba sentado en un rincón, arrestado, y las «autoridades» nazis se ocupaban en contar el dinero menudo que hallaron en una caja. Tan pronto como me hice oír fui también arrestado, y las observaciones que entre ellos hacían cuando yo pedí que se me permitiera comunicarme con la embajada británica (para la cual tenía recomendaciones especiales) me demostraron hasta dónde había descendido el prestigio de mi país des-

pués de los triunfos de Hitler. Al cabo de una hora, sin embargo, fui puesto en libertad y me encaminé a la casa de Freud.

Aquí también, entre tanto, tuvo lugar una curiosa escena. La casa de Freud había sido invadida por otra banda de los SA, y dos o tres de ellos se abrieron camino hacia el comedor. La señora Freud, como suele ocurrir en un caso de emergencia, sacó fuerzas del fondo de su corazón. En el más amable tono hospitalario ofreció un asiento al centinela; tal como lo manifestó más tarde, le resultaba desagradable ver a una persona extraña de pie en su casa. Esto causó a los intrusos cierto embarazo, que aumentó con lo que hizo después. Trajo el dinero de que disponía para los gastos de la casa, lo puso sobre la mesa con las palabras tan usuales en ella en la mesa: «¿No quieren los señores servirse algo?» Anna Freud los condujo a otra habitación, donde estaba la caja fuerte, que abrió. El botín alcanzaba a 6.000 chelines austríacos. Estaban debatiendo los planes de mezquino pillaje que la situación reinante les permitía realizar, cuando en el vano de la puerta apareció una figura delgada y frágil: era Freud, atraído por el alboroto. Freud tenía una manera de clavar la mirada y fruncir el entrecejo que le envidiaría cualquiera de los profetas del Antiguo Testamento; el efecto producido por su presencia terminó por desconcertar a los visitantes. Manifestando que volverían otro día, se retiraron con toda premura. Una semana más tarde fue la Gestapo e hizo una cuidadosa inspección de las habitaciones, con el pretexto de buscar documentos políticos antinazis; no penetraron, sin embargo —hecho significativo—, en las habitaciones privadas de Freud. Al retirarse, se llevaron con ellos a Anna. Yo mantuve inmediatamente una conversación con Freud, de una gran franqueza. Tal como yo había temido, él se inclinaba a permanecer en Viena. A mi primer alegato, acerca de que él no estaba solo en el mundo, que su vida era muy cara a mucha gente, me contestó con un suspiro: «¡Solo! ¡Si yo estuviera solo, hace mucho tiempo que ya me habría despedido de la vida!» Pero tenía que admitir la fuerza que encerraban mis afirmaciones, y entonces comenzó a esgrimir el argumento de que estaba demasiado débil para viajar adonde quiera que fuera; que no era capaz ya de subir a un piso alto, y no podría trepar a un tren internacional. Al no aceptar yo este argumento, manifestó que ningún país le daría entrada. Este argumento encerraba ciertamente alguna fuerza; es difícil que una persona de nuestra época actual pueda imaginarse hasta qué punto era ferozmente inhospitalario cualquier país en cuanto a posibles inmigrantes, tan intenso era el problema del desempleo. Francia era el único país que admitía extranjeros con cierta libertad, pero a condición de que no trabajaran allí para ganarse la vida; se les admitía en Francia para morir allí de hambre, si eso era lo que deseaban. Lo único que pude hacer fue pedirle a Freud que me permitiera, a mi regreso a Inglaterra, ver si no podría hacerse una excepción en su caso. Llegó el turno a su última declaración: no podía abandonar el suelo patrio, tal conducta sería como la del soldado desertor. Ya he contado cómo pude tener éxito frente a esta actitud mencionando la semejanza de su situación con la de Lightoller, el segundo oficial del *Titanic*, que en ningún momento abandonó

su barco, sino que éste le abandonó a él. Esto fue lo que terminó por convencerle.

Ésta era apenas la primera dificultad, pero posiblemente la peor. En cuanto a la segunda, el obtener permiso para que Freud pudiera vivir en Inglaterra, yo tenía bastantes esperanzas, y los hechos demostraron que no estaba equivocado. En cuanto a la tercera —persuadir a los nazis de que permitieran salir a Freud —era algo en lo que yo no podía hacer nada, pero los grandes hombres suelen tener más amigos, incluso ubicados en altas posiciones, de los que ellos mismos saben. W.C. Bullitt, a la sazón embajador norteamericano en Francia, era amigo personal del presidente Roosevelt, e inmediatamente envió un cable a éste solicitando su intervención en el caso. El presidente de los Estados Unidos, con la responsabilidad que tiene en el mundo entero, tiene que pensarlo dos veces antes de decidirse a inmiscuirse en los asuntos internos de otro país, pero Roosevelt hizo que su secretario de Estado enviara las debidas instrucciones al encargado de negocios en Viena, mister Wiley, en el sentido de que hiciera en el caso todo lo que fuera posible. Bullitt visitó al conde Von Welczeck, embajador alemán en Francia, y le hizo saber, en términos inequívocos, que el maltratar a Freud, si llegara el caso, produciría un escándalo mundial. Welczeck, que era un austríaco culto y humanitario, no necesitaba que le persuadieran de ello, e inmediatamente dio los pasos necesarios para llevar el asunto ante las más importantes autoridades nazis.

Aparte de eso, me dice Eduard Weiss —que por esa época estaba en contacto con el Duce— que también Mussolini hizo algo, ya sea dirigiéndose al mismo Hitler o a su embajador en Viena. Ése era el momento en que Hitler le estaba realmente agradecido a Mussolini por haberle dado carta blanca para apoderarse de Austria.

De modo que, entre una cosa y otra, los nazis advirtieron que no podían atreverse a negar un permiso de salida a Freud, aunque estuvieran decididos a sacarle previamente su libra de carne...

Los pocos días que pasé en Viena fueron días agitados. Müller-Braunschweig, acompañado por un comisario nazi, vino de Berlín con el propósito de liquidar el movimiento psicoanalítico. Se celebró, sin embargo, una reunión de la comisión de la Sociedad de Viena el 13 de marzo, y en ella se decidió que se fueran todos los que tuvieran la posibilidad de hacerlo y que la sede del psicoanálisis estaría dondequiera se estableciera Freud. Este comentó: «Después de que Tito destruyó el Templo de Jerusalén, el rabí Johanan ben Saccai pidió permiso para abrir una escuela en Jabneh para estudiar la Torah. Nosotros vamos a hacer lo mismo. De todos modos, estamos acostumbrados a la persecución por nuestra historia, por la tradición, y algunos de nosotros por la experiencia personal», y agregó riendo, mientras señalaba a Richard Sterba, «con una sola excepción». Pero Sterba decidió compartir la suerte de sus colegas judíos, y salió para Suiza dos días más tarde; finalmente resistió los halagos de que le hacían objeto todos los analistas para que volviera y se hiciera cargo de la dirección del Instituto y la Clínica de Viena. De modo que a los nazis no les quedó nada concreto de que apo-

derarse, y tuvieron que conformarse con apropiarse de la biblioteca, amén de todos los bienes de la editorial.

El 17 de marzo llegó Marie Bonaparte de París y yo pude ausentarme más tranquilo para la urgente tarea de obtener el permiso para Freud. El secretario de Interior era entonces sir Samuel Hoare (más tarde lord Templewood), con quien yo tenía una pequeña relación por cuanto pertenecíamos los dos a un mismo club de patinaje. Era por esto por lo que en mis cartas a Viena, que debían en parte ser cifradas, me refería a él llamándole «mi amigo el patinador». Pero en asunto tan crítico era preferible no desechar apoyo alguno, y el de la Royal Society, que había honrado a Freud hacía apenas dos años, parecía el de más peso; en las muy contadas ocasiones en que intervinieron en asuntos sociales o políticos se les escuchó con especial respeto. De manera que lo primero que hice al llegar a Londres, el 22 de marzo, fue obtener de Wilfred Trotter, que formaba parte del Consejo Directivo, una carta de recomendación a sir William Bragg, el famoso físico que entonces era presidente de la Royal Society. Le vi al día siguiente e inmediatamente me dio una carta para el ministro del Interior. Quedé asombrado, aunque no por primera vez, del grado a que puede llegar la ingenuidad de un distinguido hombre de ciencia en los asuntos del mundo. Me preguntó: «¿Usted cree realmente que los alemanes no tratan bien a los judíos?» Luego estaban las oficinas del Ministerio del Interior. Para gran alivio mío, y no sin sorpresa, me encontré con que sir Samuel Hoare, sin vacilación alguna, desplegó su habitual filantropía, y me dio carta blanca para llenar permisos, incluyendo la autorización para trabajar, para Freud, su familia, sus servidores, sus médicos personales y un cierto número de discípulos suyos con sus respectivas familias.

Una de las dificultades, por lo tanto, había sido superada, si bien faltaba aún la mayor de todas: obtener de los nazis el permiso para la partida. Siguieron a todo esto tres meses de ansiosa espera, más ansiosa aún, por supuesto, para los que aguardaban en Viena. Freud se valió de un abogado amigo, el doctor Indra, quien lo hizo todo. Por suerte el comisario, doctor Sauerwald, un nazi y ferviente antisemita designado para supervisar las gestiones, incluyendo los complicados asuntos de dinero, resultó ser también útil durante las mismas, y ello por una curiosa razón. Había estudiado química, en la universidad, con el profesor Herzing —uno de los amigos judíos de Freud, amigo de toda la vida— y sentía por él un gran respeto e incluso afecto. Extendió esos sentimientos, según dijo, a Freud. Ocurrió así que cuando a Martin, en el último momento, se le prohibió romper el testamento de su padre, se descubrió en el mismo que aludía a cierta suma de dinero que Freud tenía en el extranjero. Sauerwald, con gran riesgo para él mismo, pasó por alto este hecho hasta que Freud estuvo fuera del país y sus cosas habían sido todas despachadas. Más tarde le fue fácil negarse al requerimiento de los nazis en el sentido de que les enviara ese dinero.

Marie Bonaparte y Anna Freud revisaron todos los papeles y la correspondencia de Freud, quemando montones de cosas que no valía la pena llevar a Londres. Antes de otorgar un *Unbedenklichkeitserklä-*

rumg (salvoconducto) «a cubierto de sospechas» las autoridades nazis exigían grandes sumas de dinero, a título de imaginarios impuestos a los réditos, *Reichtsfluchtsteuer* (impuesto a la emigración), etc., que a Freud le resultaba difícil pagar. Pero le amenazaron, para el caso de no pagar, con confiscar su biblioteca y sus colecciones, de modo que Marie Bonaparte se ofreció a prestar para ello algunos chelines austríacos.

La inquisición procedió con gran prolijidad. Cuando los nazis se enteraron, por ejemplo, de que Martin, por prudencia, tenía un depósito de *Gesammelte Schriften* en un país neutral —Suiza—, insistieron ante ambos, padre e hijo, para que dieran órdenes de traer los libros a Viena, donde fueron, con mayor o menor ceremonia, incinerados. La cuenta bancaria de Freud, por supuesto, fue confiscada.

Mr. Wiley, encargado de negocios norteamericano, prestaba atención a lo que sucedía. Visitó a Freud en la noche del día en que tuvo lugar el *raid* que hemos descrito ya, y en la ocasión en que fue detenida Anna intervino telefónicamente, no sin cierto éxito. Un miembro de la Legación norteamericana viajó con Freud desde de Viena a París. Tampoco en esto sabemos si fue casual o era un acto oficial, pero lo cierto es que hizo lo que pudo para asegurarle la mayor comodidad posible durante el viaje.

Martin Freud era llamado con frecuencia a los cuarteles de la Gestapo para ser interrogado, pero nunca fue retenido por la noche. Más seria resultó la circunstancia en que Anna fue arrestada por la Gestapo y retenida todo el día. Fue sin duda el día más negro de la vida de Freud. La idea de que el ser que le era más caro en el mundo, y también aquel de quien dependía a tal punto, podía estar en peligro de sufrir torturas y deportación a un campo de concentración —como ocurría tan a menudo —le era difícil de tolerar. Freud se pasó todo el día caminando de un lado para otro y fumando interminablemente series de cigarros para calmar su emoción. Cuando, a las siete de la tarde, Anna volvió, ya no era posible reprimirla. En el diario correspondiente a ese día, el 22 de marzo, sólo hay, sin embargo, una indicación lacónica: «Anna en la Gestapo.»

Entre padre e hija se había desarrollado en el curso de estos años una relación notablemente íntima. Ambos eran muy contrarios a todo lo que pareciera sentimentalismo y eran igualmente reservados en cuanto a sus afectos. Entre ellos reinaba una comprensión y simpatía profundas, pero calladas. La comprensión mutua debe haber sido algo extraordinario, una comunicación silenciosa, de cualidad casi telepática, en que un leve gesto bastaba para transmitir los pensamientos y los sentimientos. La devoción de la hija era tan absoluta como la conciencia que de ella tenía el padre y la gratitud que despertaba en él.

Había muchas maneras de matar el tiempo de la agotadora espera. Freud revisó sus libros, seleccionó los que quería llevarse a Londres y se deshizo de aquellos que ya no quería. Éstos se encontraron hace algunos años en una librería y la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York los compró para incorporarlos a su biblioteca. Freud estudió cuidadosamente el mapa de Londres y leyó guías de turismo sobre la ciudad.

Junto con Anna, completó la traducción del libro de Marie Bonaparte, *Topsy*, que Anna había comenzado unos dieciocho meses antes; la terminaron el 9 de abril. Luego Anna Freud tradujo el libro de Israel Levine, *El inconsciente*, y Freud mismo tradujo el capítulo referente a Samuel Butler. Ésta era la primera traducción de esta índole que hacía Freud desde que había traducido a Charcot y Bernheim, tanto tiempo atrás. Además, despachaba su correspondencia. A mí me escribió:

«Dos cartas suyas, para Anna y para mí, llegaron hoy. Su bondad es tan confortante que me induce a escribirle inmediatamente, sin ningún motivo externo, sino únicamente por un impulso interior.

»A veces me perturba la idea de que usted crea que nosotros pensamos que usted sólo quiere cumplir con su deber, y que no apreciamos los sentimientos profundos y sinceros que expresan sus actos. Le aseguro que esto no es así, que reconocemos su amistad, contamos con ella y la retribuimos plenamente. Ésta es una expresión aislada de mis sentimientos, porque entre mis amigos que se quieren mucho debe ser evidente de por sí y quedar por expresar.

»...También trabajo una hora por día en mi *Moisés*, que me atormenta como un "alma en pena". Me pregunto si terminaré alguna vez esta tercera parte a pesar de todas las dificultades externas e internas. En el momento actual no puedo creerlo. Pero, *¿quién sabe?*»[117]

En mayo, cuando las perspectivas de obtener un permiso de salida se estaban volviendo más favorables, Freud escribió a su hijo Ernst en Londres:

«En estos días negros sólo hay dos perspectivas que nos pueden reconfortar: reunirnos con todos vosotros y morir en libertad.[118] A veces me comparo con el viejo Jacob, a quien sus hijos llevaron, ya anciano, a Egipto. Es de esperar que el resultado no será el mismo, un éxodo de Egipto. Es hora de que Ajashverus[119] pueda descansar en alguna parte.

»Queda por ver hasta qué punto podremos nosotros, que ya somos viejos, afrontar las dificultades que tendrá la vida en otro país. Vosotros nos ayudaréis. Nada tiene importancia si se piensa en la liberación. Para Anna, indudablemente, será fácil, y eso es decisivo, porque toda esa empresa no tendría sentido para nosotros tres, que estamos entre los 73 y los 82 años.»

El primer miembro de la familia a quien permitieron viajar fue a Mina Bernays, a quien Dorothy Burlingham llevó desde el sanatorio y acompañó a Londres; partieron de Viena el 5 de mayo. Tanto el hijo mayor de Freud, Martin (cuya mujer e hijos estaban ya en París), como la hija, Mathilde Hollitscher (con su marido), consiguieron escaparse antes que sus padres.

Freud no abandonó su actitud irónica ante las complicadas formalidades que había que cumplir. Una de las condiciones que le impusie-

ron para obtener el visado de salida fue que firmara un documento que rezaba así: «Yo, profesor Freud, confirmo por la presente que después del *Anschluss* de Austria al Reich de Alemania he sido tratado por las autoridades germanas, y particularmente por la Gestapo, con todo el respeto y la consideración debidos a mi reputación científica; que he podido vivir y trabajar en completa libertad, así como proseguir mis actividades en todas las formas que deseara; que recibí pleno apoyo de todos los que tuvieron intervención en este respecto, y que no tengo el más mínimo motivo de queja.» Cuando el comisario nazi llevó el documento, Freud, por supuesto, no tuvo escrúpulos en firmarlo, pero preguntó si le permitirían agregar una frase, que era la siguiente: «De todo corazón puedo recomendar la Gestapo a cualquiera.»

Aun en estos momentos de ansiedad, Freud no dejó de preocuparse por los demás. Cuando Hanna Breuer, la viuda de Robert Breuer, el hijo mayor de Josef Breuer, vino a verle para pedirle que le ayudara a emigrar, Freud inmediatamente le dijo que quería ver a la hija de Hanna, Marie. La recibió con gran bondad y consiguió que Brill extendiera los *affidavits* americanos necesarios para la familia.

La ansiosa espera acabó, por fin, el 4 de junio, cuando Freud, provisto de todos los documentos y permisos de salida necesarios, y acompañado por su mujer y su hija, dijo adiós definitivamente a la ciudad donde había vivido setenta y nueve años y a la que se había sentido tan ligado. Iban con ellos dos sirvientas. Una de ellas era Paula Fichtl, una mujer notable que desde esa época siguió siendo el puntal de la organización doméstica de la familia.

Aquí llega a su término la historia de los largos años pasados por Freud en Viena.

A las tres de la madrugada siguiente cruzaron la frontera con Francia en Kehl, en el Orient Express; y exhalaron un suspiro de alivio al pensar que no volverían jamás a ver otro nazi. El doctor Schur, el médico de Freud, no había podido acompañarles porque había sufrido un inoportuno ataque de apendicitis, pero la doctora Josephine Stross, amiga de Anna, le reemplazó perfectamente en ese viaje tan agotador. En París les esperaban Marie Bonaparte, Harry Freud, que residía allí, el embajador Bullitt y Ernst Freud, quien se había trasladado a París para poder acompañarles en la última etapa del viaje. Pasaron doce horas maravillosas en la hermosa y acogedora casa de Marie Bonaparte, y ella informó a Freud de que su oro estaba a salvo. Después de pasar por la desdichada experiencia de una inflacción total, en la que la moneda había perdido completamente su valor, Freud tuvo la prudencia de guardar una cantidad de monedas de oro en previsión de cualquier desastre futuro. Marie Bonaparte no podía sacarlo del país sin peligro, de modo que consiguió que la embajada de Grecia en Viena lo despachara por correo al rey de Grecia, quien lo transfirió poco después a la embajada de Grecia en Londres.

Durante la noche hicieron la travesía en el *ferry-boat* hasta Dover, y como lord De La Warr, que era entonces lord del Sello Privado, había hecho que se les otorgaran privilegios diplomáticos, no les revisaron el

equipaje ni allí ni en Londres. También lord De La Warr había convenido con las autoridades ferroviarias que el tren que iba a Victoria llegara a una plataforma diferente de la habitual, para eludir la batería de cámaras y la enorme multitud de personas que vendrían a recibirle o sólo por simple curiosidad. Les saludaron y les dieron la bienvenida a su llegada el superintendente del Southern Railways y el jefe de la estación Victoria. Los hijos mayores de Freud, Mathilde y Martin, y, por supuesto, mi mujer y yo le estábamos esperando. El encuentro fue una escena conmovedora. Salimos rápidamente en mi auto, y pasó algún tiempo antes de que los periodistas nos descubrieran; Ernst y Anna quedaron atrás, para recoger el abundante equipaje. Nosotros pasamos en mi automóvil frente al Buckingham Palace y Burlington House, hasta Piccadilly Circus y por la Regent Street; Freud identificaba ansiosamente todos los lugares y se los señalaba a su mujer. El primer lugar en que nos detuvimos fue en el n.º 39 de Elsworthy Road, donde Ernst Freud había alquilado una casa mientras encontraba vivienda permanente.

Freud había resistido el viaje mejor de lo que él esperaba, aunque necesitó varias dosis de trinitrina y estrictina para superarlo.

Durante el viaje nocturno de París a Londres, soñó que estaba desembarcando en Pevensey. Cuando le contó esto a su hijo, tuvo que explicarle que Pevensey era el puerto en que había desembarcado Guillermo el Conquistador en 1066. Esto no es lo que corresponde a un refugiado deprimido, y en realidad era una promisión de los honores casi reales con que fue recibido en Inglaterra.

Freud se recobró bien del esfuerzo del viaje, y pronto estaba en condiciones de dar breves paseos por el jardín. Este jardín lindaba con el Primrose Hill y desde allí se veía Regent's Park y, más lejos, la ciudad. Cuando dio su primer paseo por el jardín, a la llegada, Freud levantó los brazos y me hizo esta famosa observación: «Casi estoy tentado de gritar "Heil Hitler"». Cambiar el encierro a que se había visto obligado en Viena, en su apartamento, durante el largo invierno y la primavera, por esta agradable perspectiva, le producía gran alegría, y en algunos momentos se sintió muy feliz. A esto se agregaba la bienvenida realmente notable de que había sido objeto en Inglaterra, que sin duda le sorprendió un poco. Esto es lo que me escribió dos días después de la llegada: «Aquí hay mucho que contar, la mayor parte de lo cual es agradable, y algunas cosas muy agradables. La gran recepción en Victoria Station y luego en los periódicos de estos días fue sumamente afectuosa, hasta entusiasta. Estamos enterrados en flores. Llegaron cartas interesantes: sólo tres coleccionistas de autógrafos, un pintor que quiere hacerme un retrato cuando haya descansado, etc... Además, salu dos de la mayor parte de los miembros del grupo inglés, algunos hombres de ciencia y sociedades judías; la *pièce de résistance* fue un largo telegrama de cuatro páginas que llegó de Cleveland, firmado por "los ciudadanos de todas las confesiones y profesiones"; una invitación sumamente respetuosa, con toda clase de promesas, para que nos fuésemos a vivir allí (¡Tendremos que contestar que ya hemos desembalado nuestros equipajes!) Finalmente, y esto es algo especial por tratarse de In-

glaterra, numerosas cartas de gente desconocida que sólo desea decir lo feliz que se siente porque hemos venido a Inglaterra y estamos a salvo y en paz. Realmente, como si nuestros problemas fueran también syos. ¡Podría seguir escribiendo cosas como éstas durante horas, sin agotar todo lo que hay que contar!»

Durante varios días los periódicos estuvieron llenos de fotografías y crónicas amistosas de la llegada de Freud, y las revistas médicas publicaron breves editoriales que le daban la bienvenida. El *Lancet* decía: «Sus enseñanzas despertaron, en su época, controversias más agudas y antagonismos más amargos que cualquier otra doctrina después de la de Darwin. Ahora, cuando ha llegado a una edad avanzada, hay pocos psicólogos, de cualquier escuela que sean, que no reconozcan la deuda que tienen con él. Algunas de las concepciones que formuló claramente por primera vez han penetrado en la filosofía corriente contra la tendencia de la empecinada incredulidad que él mismo reconoció como la reacción natural del hombre ante una verdad intolerable.» En el *British Medical Journal* se leía: «La profesión médica de Gran Bretaña se sentirá orgullosa de que su país haya ofrecido asilo al profesor Freud, y de que él haya elegido este país como nueva patria.»

Incluso recibió regalos de antigüedades valiosas que le enviaba gente que evidentemente compartía las dudas del propio Freud sobre la posibilidad de conseguir que le mandaran su colección desde Viena. Los conductores de taxi sabían dónde vivía, y el gerente del banco le saludó diciendo: «Conozco toda su historia.»

Y sin embargo, la felicidad no era completa. Aparte de su preocupación por el grave estado de Mina y por el estado de su propio corazón, había otras emociones que lo perturbaban. El mismo día en que llegó a Londres escribió a Eitingon: «El sentimiento de triunfo por estar liberado está demasiado intensamente mezclado con pena, porque siempre sentí gran cariño por la prisión de la que acabo de salir.» Pero su hijo Ernst era realmente «lo que siempre hemos dicho de él: una verdadera fortaleza».

La observación hecha a Eitingon de su amor por Viena es muy digna de ser notada, ya que, por lo que sé, es la única ocasión de su vida en que admitió este sentimiento. Por el contrario, hay innumerables alusiones al intenso disgusto que le producía. El profundo amor que se mantenía tan oculto debe ser la explicación de su constante negativa a contemplar la posibilidad de irse de Viena.

Freud extrañaba también muchísimo la compañía de su perrita *Lün*. En razón de las estrictas normas británicas para prevenir la hidrofo bia, la pusieron en cuarentena durante seis meses en Ladbroke Grove, en la parte oeste de Londres. Freud la fue a ver cuatro días después de su llegada a Londres, y luego en varias ocasiones. Como sustituto durante esta época de carencia recibió un pequeño pequinés llamado *Jumbo*, que, de acuerdo con los hábitos de su especie, se encariñó casi exclusivamente con Paula, que era quien le daba de comer.

Como no tenía ninguna posibilidad de mantenerlas en Londres, Freud tuvo que dejar en Viena a sus cuatro hermanas mayores, Rosa

Graf, Dolfi Freud, Marie Freud y Paula Winternitz, pero cuando el peligro nazi se hizo más próximo él y su hermano Alexander les dieron la suma de 160.000 chelines austríacos, que les alcanzaría para el resto de su vida —todas ellas tenían más de setenta años— siempre que los nazis no la confiscaran. Hacia finales de ese año Marie Bonaparte intentó llevarlas a Francia, pero no pudo obtener el permiso de las autoridades francesas. Freud no tenía ninguna razón especial para sentir temores por su seguridad, ya que la persecución de los judíos estaba todavía en su etapa inicial. De modo que, afortunadamente para él, no llegó a conocer su destino; fueron incineradas unos cinco años después.

La familia no podía permanecer durante largo tiempo en la casa que habían alquilado temporalmente, de manera que se dispersaron por otros barrios. Freud, su mujer y su hija fueron el 3 de septiembre al Esplanade Hotel, en Warrington Crescent, donde pensaban quedarse hasta que estuviera lista su casa. Pero entre tanto surgió una seria complicación. A mediados de agosto se descubrió un nuevo punto sospechoso en la cicatriz, y Schur sugirió que se hiciera venir a Pichler desde Viena. Freud no quería hacerlo, y consultaron a Exner, que había sido ayudante de Pichler y se encontraba ahora en Londres, y a un radiólogo, Gotthold Schwarz, que aconsejó el doloroso tratamiento de diatermina. Durante un tiempo, sin embargo, Freud se sintió mejor, y siguió tratando a unos pocos pacientes.

Pocos días antes de salir de Elsworthy Road, le dijeron a Freud que aunque el punto inicialmente sospechoso se había disuelto, había aparecido otro. Schur, Exner y un especialista en radioterapia, Carter Braine, convinieron en que era necesaria una nueva operación, y cuatro días después de haberse mudado al hotel, Freud fue trasladado a una clínica quirúrgica. Yo le visité allí esa tarde, y por primera vez le vi afeitado, pues habían decidido abrir la mejilla para lograr un acceso más fácil al lugar afectado. Finalmente habían hecho venir a Pichler desde Viena —fue enseguida en avión— y él llevó a cabo la operación, que duró dos horas y cuarto, a la mañana siguiente, es decir, el 8 de septiembre; al otro día partió de regreso a Viena. En una carta que escribió un mes más tarde, Freud decía que era la operación más seria que había sufrido desde la primera operación radical de 1923. Agregaba que todavía estaba terriblemente débil y cansado, y que le resultaba difícil escribir y hablar. Los médicos le dijeron que mejoraría en el término de seis semanas, tan pronto como se eliminara un secuestro óseo. No obstante, tres meses después esto no había ocurrido aún, y Freud empezaba a pensar que era una invención de los médicos para tranquilizarle. Ni siquiera a finales de noviembre estuvo en condiciones de reanudar su ocupación favorita (escribir), con excepción de unas pocas cartas. En realidad, nunca se recuperó plenamente de los efectos de esta seria operación, y se fue debilitando cada vez más.

La señora Freud y la sirvienta (Paula) se instalaron definitivamente el 16 de septiembre en la casa del n.º 20 de Maresfield Gardens. Freud y Anna se reunieron con ellas el 27 de septiembre, y a Freud le gustó mucho la casa. Dijo que era demasiado linda para alguien que no la ha-

bitaría mucho tiempo, pero que la encontraba realmente hermosa. El bonito jardín le producía gran placer, aunque la perspectiva que se veía desde él no era muy amplia. Era un jardín bastante grande en la parte trasera de la casa; los canteros y los bordes estaban bien provistos de flores y arbustos, y tenía hileras de altos árboles que lo separaban de las casas vecinas. Freud pasaba la mayor cantidad posible de tiempo en este jardín, donde le habían puesto una cómoda silla mecedora, que tenía un toldo para protegerle del sol. La puerta vidriera de su consultorio, lleno de los objetos que amaba, se abría directamente al jardín. Éste era el lugar donde murió un año después. Su hijo Ernst había dispuesto todos los cuadros y los estuches de antigüedades de manera que dejaba libre más espacio de lo que había sido posible en Viena, y la memoria de Paula le permitió volver a colocar los objetos que se encontraban sobre el escritorio de Freud en el orden exacto que les correspondía, de modo que, cuando a su llegada se sentó frente a él, inmediatamente se sintió cómodo. Todos sus muebles, libros y antigüedades habían llegado intactos a Londres el 15 de agosto, y en su amplio consultorio o estudio todo estaba perfectamente dispuesto para obtener el máximo de las posibilidades de cada una de sus amadas posesiones. Arnold Zweig había estado empeñado en otro de sus fracasados intentos —el último de una larga serie— de obtener para Freud el premio Nobel, empeño que éste siempre condenaba, considerándolo una pérdida de tiempo. Esta vez su reproche tomó la siguiente forma: «No se deje usted dominar por la quimera del Nobel. Es absolutamente seguro que no voy a recibir ningún premio Nobel. El psicoanálisis tiene algunos excelentes enemigos entre las autoridades de las que depende la concesión del premio, y nadie puede esperar que yo aguantaré hasta que hayan cambiado de opinión o hayan muerto. En consecuencia, aunque el dinero me vendría bien después del modo en que los nazis me despojaron en Viena y a causa de la pobreza de mi hijo y mi yerno, Anna y yo nos hemos puesto de acuerdo en que uno no puede tenerlo todo, y hemos decidido renunciar, yo al premio y ella al viaje a Estocolmo para traerlo... Volviendo al premio Nobel: es muy difícil esperar que los círculos oficiales se atrevieran a un desafío tan provocativo a la Alemania nazi como sería concederme este honor a mí.»

Entre los visitantes de los primeros días, pueden mencionarse: el sobrino de Freud, Sam Freud, que llegó desde Manchester el 9 de junio; H. G. Wells (el 19 de junio); el profesor Yahuda, el versado historiador judío, quien rogó a Freud que no publicara su libro sobre Moisés; el príncipe Loewenstein; Arnold Höllriegel; R. Bermann; Stefan Zweig; el profesor Malinowski, el famoso antropólogo; y un visitante especialmente bienvenido, Jaim Weizmann, el famoso líder sionista por quien Freud tenía la más alta estima. Wells y Weizmann volvieron a visitar a Freud después de la mudanza a Maresfield Gardens. Malinowski informó a Freud que el Sociological Institute había aprobado una resolución en la que se le expresaba la bienvenida en la reunión del 17 de junio.

Luego, el 23 de junio, hubo una visita muy especial, hecha antes sólo al rey. Tres secretarios de la Royal Society —sir Albert Seward, el

profesor A. V. Hill y el señor Griffith Davies— llevaron el Estatuto oficial de la Society para que Freud lo firmara. Esta reunión le produjo mucho placer. Le regalaron una reproducción del gran libro que contiene, entre otras, las firmas de Isaac Newton y Charles Darwin.

El 19 de julio Stefan Zweig llevó a Salvador Dalí a visitar a Freud, y el famoso pintor le hizo en el acto un boceto, afirmando surrealísticamente que el cráneo de Freud traía a la memoria la imagen de un caracol. Más adelante describió esta visita en su autobiografía e hizo imprimir dos retratos de Freud que había pintado. Al día siguiente Freud escribió a Stefan Zweig:

«Realmente debo agradecerle que haya traído al visitante de ayer. Porque hasta ahora yo me había inclinado a considerar a los surrealistas, que al parecer me han adoptado como su santo patrono, como locos absolutos (digamos en un 95 por ciento, como ocurre con el alcohol). Este joven español, con sus cándidos ojos fanáticos y su innegable maestría técnica, ha logrado cambiar mi valoración. No cabe duda de que sería muy interesante investigar analíticamente cómo llegó a crear ese cuadro.

»En cuanto a su otro visitante, el candidato,[120] tengo ganas de no hacerle las cosas demasiado fáciles, para poner a prueba la intensidad de su deseo y para lograr una medida mayor de sacrificio voluntario. El psicoanálisis es como la mujer, que quiere ser ganada pero sabe que no la valorarán mucho si no ofrece resistencia. Si su J. pasa mucho tiempo reflexionando, puede recurrir después a otro, a Jones o a mi hija.

»Me dicen que usted se olvidó algunas cosas al irse, guantes, etc., usted sabe que esto significa una promesa de volver.»

El 1 de agosto se celebró en París el Congreso Psicoanalítico Internacional; era el último que se reuniría durante varios años. Fue en esta ocasión cuando surgió una neta diferencia de opiniones, esencialmente sobre la cuestión del análisis profano, entre los colegas de Europa y América. Cada uno de los grupos nombró una comisión para encontrar una solución satisfactoria de las diferencias. La comisión europea se reunió en presencia de Freud, en su casa, el 4 de diciembre, cuando él formuló sus bien conocidas opiniones. Se volvió a reunir también con la presencia de Freud, el 20 de junio de 1939, aunque esta vez él estaba demasiado enfermo como para intervenir mucho. Felizmente el problema quedó archivado cuando sobrevino la guerra, ya que las relaciones entre los dos continentes han sido excelentes. Fue el último Congreso en que estuvo Eitingon; se trasladó a Londres para hacer a Freud la que sería su última visita, y luego volvió a Palestina.

A la llegada de Freud a Londres, la comisión del Scientific Institute, conocido generalmente por las iniciales Y.I.V.O., expresó el deseo de presentarle sus respetos;[121] él contestó en seguida:

«Tuve un gran placer al recibir el saludo de ustedes. Sin duda saben que yo reconozco con gusto y orgullo mi judaísmo, aunque mi ac-

titud con respecto a cualquier religión, inclusive la nuestra, es críticamente negativa.

»Tan pronto como me recupere en alguna medida de los recientes sucesos de Viena y del cansancio de mi agotador viaje tendré el gusto de verles.»

Hizo varias tentativas de concertar esta entrevista, pero su salud no se lo permitió hasta el 7 de noviembre de 1938. Jacob Meitlis publicó un relato completo de la conversación. Freud habló extensamente de sus puntos de vista sobre Moisés y el monoteísmo y las advertencias que había recibido de fuentes judías para que no los publicara. Pero para él la verdad era sagrada y no podía renunciar al derecho que tenía, como hombre de ciencia, de darla a conocer. Poco después de esto envió al doctor Meitlis una carta de recomendación para Norteamérica. En otra carta escribió: «Los judíos siempre hemos sabido respetar los valores del espíritu. Conservamos nuestra unidad a través de las ideas y es gracias a ellas por lo que hemos sobrevivido hasta hoy.»

En el siguiente mes de agosto, un mes antes de que Freud muriera, fue invitado a reemplazar al doctor Moses Gaster, que había muerto, como presidente de la YIVO de Londres. Él replicó:

«En razón de la activa oposición que suscitó mi libro *Moisés y el monoteísmo* en los círculos judíos, tengo mis dudas sobre si sería beneficioso para la YIVO poner mi nombre en un cargo como ése ante los ojos del público. Le dejo a usted la decisión.»

A finales de ese año Freud se había restablecido tanto como para poder atender diariamente cuatro análisis, y continuó haciéndolo, con unas pocas interrupciones, hasta que estuvo cerca del fin. Ni siquiera el clima inglés justificó su mala fama en ese otoño y se agregó a la calurosa recepción que había tenido Freud. En noviembre hubo una temperatura propia de junio: 18 °C, y recuerdo a Freud en su jardín diciendo encantado: «Parece mayo.» A finales de diciembre, sin embargo, descendió a 4 °C bajo cero, y hubo una Navidad «blanca» al viejo estilo.

Freud había logrado antes de la operación dar los toques finales a la tercera parte de su libro sobre Moisés y en agosto estaba impreso en Amsterdam; de esa edición en alemán se vendieron unos dos mil ejemplares el verano siguiente.

El otro trabajo de esos últimos años, *Esquema del psicoanálisis,* nunca fue terminado. Freud había pensado, años atrás, escribir una breve introducción como ésta, pero cuando, en 1928, se publicó mi librito titulado *Psicoanálisis,* le gustó tanto que me agradeció que le hubiera ahorrado el trabajo de escribir uno similar. Ahora, no obstante, renacía su primitiva intención, pero principalmente con el propósito de ocupar su tiempo libre; siempre le aguijoneaba el deseo de escribir. Lo comenzó durante la espera de Viena, y en septiembre había escrito setenta y tres páginas; a finales de noviembre no había escrito más que esto. No dejaba de decir cuánto le avergonzaba no escribir más que repeticiones, sin ninguna idea nueva, y pensaba que este trabajo, una vez terminado, no tendría ningún valor. Se publicó en el *Zeitschrift,* un año después de

la muerte de Freud. Es una valiosa serie de ensayos, de mucho más valor de lo que Freud había manifestado.

Un año después de su muerte apareció el artículo *Desdoblamiento del yo en el proceso de defensa*, que Freud había escrito en la Navidad de 1937. Es breve, pero tiene importancia. Freud sostenía que era un error considerar el yo como una síntesis unitaria; a veces podía ocurrir en la primera infancia un desdoblamiento del yo en relación con la actitud frente a la realidad, y este desdoblamiento podía profundizarse en el curso de los años. Refería el fragmento de una historia clínica para ilustrar cómo podía ocurrir esto.

Nos acercamos al fin. Lo que producía inquietud ahora era el hecho de que, en los dos últimos años, las áreas sospechosas ya no eran leucoplasias precancerosas, sino recurrencias directamente malignas del cáncer mismo. En Navidad Schur extrajo un secuestro óseo, aquel sobre cuya existencia Freud tenía dudas, y esto le produjo bastante alivio. Pero al mismo tiempo apareció una hinchazón, que poco a poco llegó a tener un aspecto cada vez más amenazador. A pricipios de febrero Schur estaba seguro de que se trataba de una recurrencia, aunque no podía convencer a Exner de este diagnóstico. Se decidió llamar a Wilfred Trotter, la autoridad máxima de su tiempo en cancerología. Yo le acompañé para presentárselo a Freud, quien le había visto por última vez en el Congreso de Salzburgo, cuarenta y un años atrás. Lo examinó el 10 de febrero, y nuevamente el 21 y el 24 del mismo mes, pero también tenía dudas sobre el diagnóstico y recomendó que se le mantuviera en observación. Schur y Anna estaban desesperados. La observación diaria durante años les había vuelto a ambos más expertos de lo que podía serlo ningún extraño. Schur escribió urgentemente a Pichler, quien respondió el 15 de febrero aconsejando que se aplicara electrocoagulación seguida por tratamiento con radio. Se hizo ir a Londres al profesor Lacassagne, director del Instituto Curie de París, que realizó un examen el 26 de febrero. Sin embargo, no estaba de acuerdo con el tratamiento de radio. Una biopsia había descubierto una recurrencia indudablemente maligna, pero los cirujanos decidieron que era inaccesible y ya no se podía seguir operando. Ahora el caso tenía el título fatal: «cáncer inoperable, incurable». El fin estaba cerca. Sólo quedaba el tratamiento paliativo, y con este propósito se recurrió a la administración diaria de rayos Röentgen. Lacassagne volvió a ir desde París el 12 de marzo para dirigir los preparativos especiales. Los viajes para hacer el tratamiento en casa del doctor Finzi, en Harley Street, eran sumamente agotadores, pero el tratamiento tuvo cierto éxito en el sentido de contener el avance del mal.

Freud informó a Eitingon sobre su estado, y le dijo que el tratamiento le daría algunas semanas de vida durante las cuales podría continuar sus sesiones analíticas. El 20 de abril le escribió su última carta, que consistía en unas pocas líneas.

El 19 de marzo fue a visitar a Freud uno de sus discípulos favoritos, Hartmann. Esta visita era la última. Marie Bonaparte también estuvo en Londres desde el 5 hasta el 18 de febrero, desde el 25 de febrero

hasta el 1 de marzo, y desde el 13 hasta el 19 de marzo. Después de estas visitas, Freud le escribió: «Quiero decirle otra vez cuánto lamento no haber podido dedicarme más a usted mientras usted nos visitó. Tal vez las cosas serán más fáciles la próxima vez que usted venga —si no hay guerra, porque mi dolor ha mejorado últimamente—. El doctor Harmer, que acaba de verme, encuentra que el tratamiento ha tenido una indudable influencia sobre el aspecto de la zona dolorosa.»

Ella volvió a Londres el 31 de marzo, y se quedó hasta el 1 de abril, pero esta visita fue seguida por una carta mucho menos optimista:

«No le he escrito durante un largo tiempo, y sin duda usted sabe por qué; mi letra se lo hará evidente. No me encuentro bien; la culpa es al mismo tiempo de la enfermedad y de los efectos del tratamiento, en una proporción que no puedo determinar. La gente que me rodea ha tratado de envolverme en una atmósfera de optimismo: el cáncer está reduciéndose, las reacciones al tratamiento son temporales. Yo no creo nada de todo esto, y no me gusta que me engañen.

»Usted sabe que Anna no asistirá al Congreso de París porque no puede dejarme.[122] Cada vez dependo más de ella y menos de mí mismo. Sería muy oportuno que se intercalara alguna enfermedad para dar término al cruel proceso. ¿De modo que puedo tener la esperanza de verla en mayo?...

»Con esto la saludo afectuosamente; pienso mucho en usted.»

Ella fue con ocasión del último cumpleaños de Freud y se quedó con él durante tres días, que parecen haber sido más agradables. Freud escribió después: «Todos disfrutamos especialmente de su visita, y la perspectiva de volver a verla pronto es espléndida, aunque no traiga nada de S.[123]... Imagínese, Finzi está tan satisfecho que me ha dado una semana entera de vacaciones del tratamiento. Con todo, yo no he notado el gran progreso y me atrevo a pronosticar que el tumor aumentará otra vez en el intervalo, como ya ocurrió en otra interrupción anterior.»

Marie Bonaparte volvió a Londres el 2 de junio, por un par de días, y después recibió la última carta que le escribiría Freud: «Anteayer estuve a punto de escribirle una larga carta para darle mis condolencias por la muerte de su vieja *Tatoum*[124] y para decirle que en su próxima visita tendría mucho interés en escuchar lo que usted pudiera relatarme de sus nuevos escritos, y agregar una palabra cada vez que me sintiera en condiciones de hacerlo. Las dos noches que siguieron destruyeron cruelmente mis esperanzas. El radio ha comenzado a penetrar otra vez, con dolor y efectos tóxicos, y mi mundo es nuevamente lo que era: una pequeña isla de dolor que flota en un mar de indiferencia... Finzi sigue asegurándome que está satisfecho. La última vez que me quejé me contestó con estas palabras: "Al final estará satisfecho también usted." Así me induce engañosamente, sólo a medias contra mi voluntad, a seguir teniendo esperanzas y, entre tanto, a seguir sufriendo.»

Marie Bonaparte fue a ver a Freud dos veces más: el 29 de junio, por un par de días, y, desde el 31 de julio hasta el 6 de agosto.

Freud estaba muy ansioso de ver, antes de morir, su libro sobre Moisés publicado en inglés, de modo que mi esposa, que lo estaba traduciendo, aceleró el trabajo y el libro se publicó en marzo, dándole una satisfacción a Freud. Escribió a Hanns Sachs: «El *Moisés* no es una despedida despreciable.» Por supuesto, recibió una gran cantidad de cartas que se referían al libro, incluyendo una de H. G. Wells y otra de Einstein.

La Sociedad Psicoanalítica de Inglaterra celebró su vigésimo aniversario, en marzo, con un banquete, y en esta ocasión recibí la última carta que habría de enviarme Freud.

«7 de marzo de 1939

»Estimado Jones:

»Todavía me parece curioso con qué poco presentimiento consideramos los hombres el futuro. Cuando, poco antes de la guerra, usted me habló de fundar una Sociedad Psicoanalítica en Londres, yo no pude prever que un cuarto de siglo más tarde viviría tan cerca de esa Sociedad y de usted y menos aún pude imaginar que fuera posible que, a pesar de estar tan cerca, yo no pudiera participar de esta celebración.

»Pero, como somos impotentes ante el destino, tenemos que aceptar lo que éste nos depara. Así pues, debo contentarme con enviar a la Sociedad que celebra su aniversario —y desde lejos, estando tan cerca— un saludo cordial y los más afectuosos deseos. Los acontecimientos de los últimos años han hecho de Londres la sede principal y el centro del movimiento psicoanalítico. Ojalá la Sociedad que está cumpliendo esta función la desempeñe de la manera más brillante.

»Ihr alter.

»SIGM. FREUD»

La explicación de que haya añadido aquí su nombre de pila a la firma es que se había enterado de que en Inglaterra únicamente los pares del reino firman con el apellido solo; era una de las peculiaridades de Inglaterra que le divertían mucho.

El 20 de febrero había escrito a Arnold Zweig una carta en la que le refería el incierto desarrollo de su enfermedad, y el 5 de marzo le escribió por última vez. Le aconsejaba que emigrara a Norteamérica y no a Inglaterra. «Inglaterra es en muchos sentidos mejor, pero es muy difícil adaptarse a ella, y usted no me tendría a mí presente por mucho tiempo. América me da la impresión de un Antiparaíso, pero tiene tanto espacio y tantas posibilidades, que finalmente uno llega a sentirse parte de ella. Einstein le dijo hace poco a un amigo que al principio América le parecía la caricatura de un país, pero ahora se siente perfectamente cómodo allí... Ya no hay ninguna duda de que tengo una nueva recurrencia de mi querido viejo cáncer con el que he compartido mi existencia durante dieciséis años. En esa época no podíamos predecir cuál de los dos sería más fuerte.»

En abril Freud sufrió un golpe que le resultó difícil sobrellevar. Dependía mucho de su médico personal, Schur, que le atendía diariamente y en cuyas opiniones tenía extrema confianza, además de profesarle gran

afecto. Sin embargo, Schur mismo se veía enfrentado a un doloroso dilema. Había sido incluido en la cuota de inmigración a los Estados Unidos, y si no aceptaba marcharse pondría en peligro su propio futuro y el de sus hijos. Decidió aceptar y hacer un viaje a Norteamérica, donde haría los primeros trámites para ser reconocido como ciudadano naturalizado. Partió el 21 de abril y volvió el 8 de julio. El doctor Samet le reemplazó por un tiempo, y luego el doctor Harmer, con la colaboración de Exner, que tenía a su cargo la atención directa del paciente. Durante su ausencia, Schur recibió, a intervalos regulares, noticias que no traducían una evolución seriamente desfavorable, hasta que volvió.

A su regreso encontró que el estado de Freud había cambiado mucho. Tenía, en general, un aspecto mucho peor, había perdido peso y evidenciaba algunos signos de apatía. Una ulceración cancerosa había atacado la mejilla y la base de la órbita. Hasta su mejor amigo, el sueño imperturbable que durante tanto tiempo le había ayudado, le estaba abandonando. Anna debía continuar su hábito de aplicar localmente ortoformo varias veces en el curso de la noche.

Uno de los últimos visitantes llegó uno de los primeros amigos analíticos de Freud, Hanns Sachs, que fue en julio, sabiendo que daría la despedida final al hombre a quien llamaba su «maestro y amigo». Sachs quedó particularmente impresionado por dos observaciones. Una era la de que, a pesar del sufrimiento causado por la dolorosa enfermedad, Freud no mostraba el más mínimo signo de queja o de irritabilidad; sólo una plena aceptación de su destino, al que se había resignado. La segunda observación era que, aun en ese estado, podía interesarse por la situación en Norteamérica y demostraba estar ampliamente informado sobre las personalidades y los acontecimientos en los círculos analíticos de ese país. Como seguramente deseaba Freud, la despedida final tuvo un tono amistoso pero desprovisto de emoción.

Freud, como todos los buenos médicos, era reacio a tomar fármacos. Como le dijo una vez a Stefan Zweig: «Prefiero pensar en medio del tormento a no estar en condiciones de pensar con claridad.» No obstante, ahora consentía ocasionalmente en tomar una dosis de aspirina, el único calmante que aceptó hasta poco antes del fin. Y de algún modo se las arregló para continuar con su trabajo analítico hasta finales de julio. El 1 de septiembre le visitó por última vez su nieta Eva, la hija de Oliver; Freud tenía especial afecto a esta criatura encantadora, que moriría en Francia cinco años después.

En agosto todo se vino abajo en forma muy rápida. Un síntoma desalentador era el olor desagradable que producía la herida, hasta tal punto que cuando le trajeron a su perra favorita para que le visitara, el animalito se refugió en un extremo distante de la habitación. Fue ésta una experiencia descorazonadora, que reveló al enfermo el extremo al que había llegado. Se estaba debilitando mucho; pasaba el tiempo en su rincón de enfermo, en el estudio, desde donde podía contemplar sus amadas flores del jardín. Leía los diarios y siguió con atención la situación mundial hasta el fin. Cuando resultó inminente la II Guerra Mundial, él confiaba en que significaría el fin de Hitler. El día que estalló hubo un *raid*

aéreo —que resultó una falsa alarma— mientras Freud estaba tendido en su silla en el jardín; no le perturbó en absoluto. Observó con bastante interés el cuidado con que se ponían a salvo sus manuscritos y su colección de antigüedades. Pero cuando una emisión radiofónica anunció que ésta sería la última guerra, y Schur le preguntó si él lo creía, sólo pudo responder: «De cualquier manera, es la última para mí.» Le resultaba casi imposible comer nada. El último libro que pudo leer fue *La piel de zapa* de Balzac, a propósito del cual hizo el siguiente comentario irónico: «Es justamente el libro que necesito. Trata del hambre.» Más bien se refería, en realidad, a ese reducirse gradualmente, volverse más y más pequeño, que el libro describe de un modo tan punzante.

Pero en medio de toda esta agonía no hubo nunca ni el menor signo de impaciencia o irritabilidad. La filosofía de la resignación y la aceptación de una realidad que no se puede modificar triunfaron hasta el fin.

El cáncer se abrió camino a través de la mejilla hasta la cara externa y el estado séptico aumentó. El agotamiento era extremo y el sufrimiento indescriptible. El 19 de septiembre me llamaron para que me despidiera de él y yo le llamé por su nombre, mientras dormitaba. Abrió los ojos, me reconoció y levantó la mano, para dejarla caer luego con un gesto sumamente expresivo en el que estaba encerrado un mundo de significados: saludos, buenos deseos, resignación. Decía de la manera más simple que es posible:«El resto es silencio.» No hubo necesidad de cambiar una palabra. En un segundo volvió a dormirse. El 21 de septiembre Freud dijo a su médico: «Querido Schur, usted recordará nuestra primera conversación. Usted me prometió que me ayudaría cuando yo ya no pudiera soportar más. Ahora es sólo una tortura y ya no tiene ningún sentido.» Schur le apretó la mano y le prometió que le daría sedantes adecuados; Freud se lo agradeció, diciéndole: «Cuéntele a Anna nuestra conversación.» No había ni emoción ni autocompasión; sólo la realidad. Fue una escena inolvidable.

A la mañana siguiente Schur administró a Freud una dosis de morfina. Para una persona que se encontraba en tal grado de agotamiento como Freud, y para quien, además, los sedantes eran tan absolutamente extraños, la pequeña dosis bastaba. Lanzó un suspiro de alivio y se hundió en un pacífico sueño; evidentemente sus reservas estaban llegando al fin. Murió poco antes de la medianoche del día siguiente, el 23 de septiembre de 1939. Su larga y difícil vida había llegado a término; sus sufrimientos habían pasado. Freud murió como vivió: como un realista.

El cuerpo de Freud fue incinerado en Golders Green en la mañana del 26 de septiembre, en presencia de un gran número de personas, entre ellos Marie Bonaparte y los Lampls. Sus cenizas reposan allí en una de sus urnas griegas favoritas. La familia me pidió que pronunciara la oración fúnebre. Stefan Zweig pronunció en esa ocasión un discurso en alemán que sin duda era más elocuente que el mío, pero que no podía haber sido sentido más profundamente.

Notas

1. En castellano en el texto. *(N. del T.)*

2. Recuerdo de poca importancia, al que se recurre en lugar de otro que es importante, y al que está asociado.

3. Resulta asombroso, a la luz de esta confesión, que Freud haya podido escribir, veinte años más tarde, que era casi imposible que un niño sintiera celos de otro más pequeño si cuenta solamente quince meses de edad al nacer el segundo.

4. No deja de llamar la atención la coincidencia (?) de que el niño a quien Freud debió sus primeros conocimientos de índole sexual en el periodo de Friburgo se llamara también Philipp (G.W., II-III, 598; Obr. cpl., t. VII, 286). Parece harto extraño que recordara este nombre, y se tomara también el trabajo de registrarlo, pero fue precisamente gracias a su hermano Philipp como llegó a saber algo del embarazo.

5. El hecho de que Cromwell había hecho volver a los judíos a Inglaterra debe haber sido un factor considerable en esto.

6. Simple chapucería.

7. Estamos tentados de hacer la observación, quizá no muy pertinente, de que es el futuro descubridor del complejo de castración el que se sintió defraudado al no poder descubrir los testículos de la anguila.

8. Se trataba de un médico del ejército, el doctor Theodor Aschenbrandt, quien realizó esas observaciones sobre soldados bávaros, durante las maniobras del otoño precedente. Theodor Aschenbrandt, «Die physiologische Wirkung und die Bedeutung des Cocains», *Deutsche medizinische Wochenschrift,* 12 de diciembre de 1883.

9. El método del cloruro de oro, ideado por él.

10. Los otros dos serían el alcohol y la morfina.

11. Alusión a la historia del anillo en *Natnam der Weise,* de Lessing.

12. Eichendorff, *Das zerbrochene Ringlein.*

13. «¡Ay de quien la toque!», grito de guerra de los reyes de Lombardía al entrar en posesión de la Corona de Hierro.

14. Al final del viaje se produce el encuentro de los amantes. Lo sabe el hijo del sabio (Shakespeare, *Noche de Reyes).*

15. Es decir, suicidándose.

16. El matarife judío que sacrifica las reses de ganado de acuerdo con el ritual hebreo.

17. Ama de casa *(N. del T.)*

18. Baldaquín, dosel sobre estacas que representa el Templo, y bajo el cual se coloca la pareja de contrayentes durante la ceremonia nupcial hebraica.

19. El propio Freud sabía taquigrafía, y la utilizó en el hospital, para sus apuntes con los pacientes, pero no la volvió a emplear después.

20. El famoso *Coloquio de los perros,* una de las novelas ejemplares de Cervantes. El hospital era, en realidad, de Valladolid. *(N. del T.)*

21. En Austria se tenía que «pertenecer» a una determinada confesión religiosa, al margen de las convicciones que se tuviera.

22. Plural de *goi*, no judío, gentil, en acepción un tanto despectiva.

23. «En mi Francia era mejor»: una frase de María, reina de Escocia, que Schiller incluyó en su drama.

24. La aparente coincidencia entre los cumpleaños de la madre de Freud y del emperador Franciscó José tenía un origen similar.

25. Se refiere a la bandera austríaca.

26. Este párrafo es de interés por cuanto demuestra que Breuer no ignoraba las molestias de índole nerviosa que padecía Freud.

27. La moderna encefalitis.

28. Ella fue en realidad la descubridora del método catártico, y por ello, su nombre, que no era ése, sino Bertha Pappenheim (27 de febrero de 1859, 28 de mayo de 1936), merece ser recordado.

29. Meynert, que fue uno de sus principales adversarios, confesó más tarde a Freud, en su lecho de muerte (G.W., II-III, 439; Obr. cpl., VII, 119) que él mismo había sido un ejemplar clásico de histeria masculina, pero que había conseguido siempre evitar que se descubriera. Se sabe, además, que era neurótico y excesivamente inquieto y un gran bebedor. Pequeño consuelo —por supuesto— para Freud.

30. Uno de los incontables casos en que el paciente señala el camino al médico. El método de «limpiar la chimenea» *(«chimneysweeping»)* utilizado durante la autohipnosis (es decir, el método catártico de Breuer) fue en realidad un descubrimiento de la señorita Anna O.

31. «Lo primero de todo: no hacer daño.»

32. Apenas tres meses más tarde F. W. H. daba una reseña de este trabajo que fue publicado en Londres... ¡en junio de 1893!

33. Hay que exceptuar una reseña completa y favorable de Mitchell Clarke en *Brain* (1896, 401-14). Digamos de paso, que el mismo Clarke proporcionó varios años más tarde a quien esto escribe, que ya estaba familiarizado con los trabajos de neurología de Freud, la primera noción acerca de su labor psicopatológica. Dos años más tarde otro escritor inglés, nada menos que Havelock Ellis, hizo, en un artículo sobre la histeria, una reseña del libro de Freud y Breuer, así como también de otras publicaciones del primero sobre este tema.

34. No hay que olvidar que el término original alemán es *Angst*, que se usa en psicoanálisis con un sentido amplio que abarca muchas formas y gradaciones del temor, la aprensión, el miedo intenso e incluso el pánico. La palabra inglesa *anxiety* resulta suave como traducción del vocablo alemán.

35. La palabra alemana *aktual* tiene el significado de «corriente», y las causas de estas neurosis son factores corrientes.

36. También es fascinante encontrar que en su primer escrito sobre la neurosis de angustia (1895) hay un esbozo de la interpretación que daría treinta años después. Es la siguiente: «La psique toma la forma de ansiedad cuando se encuentra a sí misma incapaz de afrontar (mediante una reacción adecuada) una tarea (o peligro) que emerge endógenamente; esto desarrolla la neurosis de angustia cuando se encuentra a sí mismo inepto para la tarea de dominar la excitación (sexual) emergida espontáneamente. Es decir, actúa *como si hubiera proyectado esta excitación hacia el mundo exterior.* De esta manera la psique viene en la historia al principio, a pesar de todos los esfuerzos por reemplazarla por la psicología.

37. Hablando con precisión, no se puede decir que se trataba de una fobia, toda vez que la angustia era soportable y no obligaba a medidas secundarias de protección, como sería, por ejemplo, la de abstenerse de viajar.

38. Este consejo le fue dado ya en 1890.

39. Freud afrontó siempre con invariable valor todo lo que representara un peligro real para su vida, lo cual demuestra que su (neurótico) miedo de morir debía tener algún otro significado, no el literal.

40. El sueño *Non vixit.* Ver capítulo VI, sección F, de *La interpretación de los sueños.*

41. ¡Caso muy grave de amnesia, por cierto! Apenas un año antes (1 de agosto de 1899) había escrito: «Tienes razón en eso de la bisexualidad. También yo me estoy acostumbrando a ver todo acto sexual como algo que ocurre entre cuatro individuos.» Y un año antes de eso había expresado su entusiasmo en estos términos: «He comenzado a dar gran importancia al concepto de bisexualidad, y considero esta idea tuya como uno de los temas de mayor significación para mí, después del de defensa.»

42. *Geschlecht und Charakter,* 1903. (Hay traducción castellana: *Sexo y carácter,* Edit. Losada, Buenos Aires, 1942.)

43. En 1900.

44. Soportar las verdades totalmente desnudas,
Y enfrentar con toda calma las circunstancias,
He aquí la cumbre de la soberanía.

45. Nada humano me es ajeno.

46. Fue la afiliación a esta entidad, que los nazis calificaron de «agrupación política subterránea», lo que utilizaron como pretexto para apoderarse, en marzo de 1938, de la Editorial Psicoanalítica Internacional.

47. Siendo la Universidad dependiente del gobierno, éste debía ratificar todos los nombramientos.

48. La única ocasión en su vida, que se sepa, en que *leyó* un artículo fue en el Congreso de Budapest, en la segunda mitad de septiembre de 1918, inmediatamente antes de terminar la I Guerra Mundial, en un estado de ánimo nada feliz. Su hija le reconvino «por haber roto la tradición familiar», a la que también ella se había adherido fielmente, de pronunciar las conferencias de memoria. Las conferencias de *Introducción al Psicoanálisis,* pronunciadas durante la guerra, a pesar de que fueron previamente escritas, fueron luego confiadas a la memoria.

49. La comprensión de este aspecto, por parte de Freud, proviene del libro de Liébault *Du sommeil provoqué.*

50. Muchos años más tarde, sin embargo, atrajo su atención el libro de un físico, Josef Popper Lynkeus: *Die Phantasien eines Realisten,* publicado en 1899. En un capítulo del mismo titulado «Träumen wie Wachen» se encuentra la sugerencia de que la deformación en los sueños se debe a una censura ejercida sobre pensamientos indeseados, idea que puede considerarse como una anticipación casual de la parte medular de la teoría de Freud.

51. Carta del 20 de junio de 1898. Su hijo Ernst cuenta cómo Freud solía venir a comer, abandonando la glorieta donde estaba escribiendo, «como un sonámbulo», dando la impresión, en todo sentido, de «hallarse en un sueño».

52. «Si no logro conmover a los dioses celestiales, moveré a los del Infierno.»

53. Wittels renunció a la Sociedad en 1910.

54. «Aquel que descifró los famosos enigmas y fue varón muy poderoso.»

55. En 1908 fue sometido a tratamiento en el Burghölzli Mental Hospital de Zurich, donde Jung, después de haberle apartado de su adicción a la morfina, concibió la ambición de ser el primero en curar un caso de esquizofrenia. Trabajó duramente y me contó que una vez la sesión se prolongó durante veinticuatro horas, hasta que las cabezas de ambos quedaron inclinadas como las de los mandarines chinos. Sin embargo, un día, Gross escapó del hospital y al día siguiente envió una nota a Jung, pidiéndole dinero para pagar la cuenta del hotel. En la I Guerra Mundial, se alistó en un regimiento húngaro; antes de que finalizara, su vida acabó con un asesinato y su suicidio.

56. En lugar de *der Schnee*, la nieve.

57. Es decir, «no judío», según la expresión judía corriente.

58. Freud usaba siempre, para referirse al psicoanálisis, la expresión *die Sache*.

59. «Otro acontecimiento de esta época que me causó una sempiterna impresión fue el encuentro con William James, que ocurrió mientras estábamos paseando. Se paró de pronto, me tendió una bolsa que llevaba y me pidió que siguiera paseando, diciendo que me alcanzaría tan pronto como se le pasara un ataque de angina de pecho que estaba a punto de tener. Murió de esta enfermedad un año más tarde, y siempre he deseado poder estar tan exento de miedo como él, frente a la muerte que se aproxima.»— *Un estudio autobiográfico.*

60. Mahler, en alemán, significa «pintor».

61. El término que usaba Freud para referirse a los intestinos.

62. Una jocosa alusión a su afición a adquirir antigüedades.

63. Entre los miembros del Congreso de este año estaba Lou Andreas-Salomé, la gran amiga de Nietzsche, y más tarde gran amiga de Freud.

64. Freud llamó a esto «el primer signo de interés de la vieja y querida Inglaterra».

65. Sir William Osler, a la sazón profesor de medicina de Oxford.

66. Entre él y Jung.

67. Batirá el hierro mientras esté caliente.

68. Yo le había escrito: «Las alusiones al psicoanálisis en revistas populares

son por lo común sumamente favorables, con ese respeto que se tiene por las cosas distantes que muy probablemente se transforma en otra cosa cuando hay que afrontarlas más de cerca.»

69. Se refería a la predicción que yo había hecho a Abraham acerca de Jung.

70. Los dos chicos malos en *Die bösen Buben*, de Wilhelm Busch.

71. En alemán resulta muy fácil esta clase de *lapsus*: basta escribir *ihrer* con mayúscula en vez de minúscula.

72. Ver el próximo capítulo. (*N. del E.*)

73. Dos veces se dirigió Freud a Ferenczi con este apelativo, en parte en broma y en parte en un sentido psicoanalítico.

74. En la época zarista los únicos que no podían visitar Rusia eran los judíos.

75. ¡Otros veintitrés años de vida dura aún por venir!

76. Alusión a sus seis hermanos, que se mostraban buenos con ella y partidarios también de las Potencias Centrales.

77. Abraham, Ferenczi, Rank, Sachs y yo.

78. Psicosis.

79. Se refiere a la predicción que lord Kitchener había hecho, al comienzo de la guerra, de que ésta duraría tres años.

80. No puedo garantizar la absoluta exactitud de que haya sido así.

81. Al objeto de evitar todo posible malententido, aclararé que esto no significa nada que tenga que ver con Ferenczi.

82. Alusión a la sugerencia de Wilson en el sentido de que ambas partes contendientes declararan sus finalidades esenciales en la guerra.

83. Alusión al pasaje final de la extensa disputa religiosa, cuando la reina termina por decir: «Todo lo que puedo decir es que las dos partes son hediondas.»

84. Es una cita de Nietzsche.

85. «El Destino y la Fatalidad.»

86. Flexibilidad.

87. Chapucería.

88. Tal vez deba considerarse como una excepción a esto su hábito de gargajear y escupir, motivado por el catarro crónico y el abuso del tabaco. Sus pacientes occidentales solían sentirse a veces molestos por esto, a lo que Freud respondía reprendiéndoles por sus remilgos.

89. *Der liebe Gott.*

90. *Was will das Weib?*

91. Le acababa de comunicar que mi padre se estaba muriendo.

92. En la guerra.

93. «El círculo invariable de los deberes del soldado», de *Die Piccolomini,* de Schiller, Acto I, Esc. 4.

94 «El dulce hábito de vivir», de *Egmont,* de Goethe, Acto V, Esc. 3.

95. La opinión de Alexander cambió luego.

96. Los prejuicios antigermanos eran, por supuesto, nada más que un aspecto de la oposición general al psicoanálisis, y los años 1921-22, que aquí nos ocupan, fueron particularmente difíciles para nosotros en Londres. Aparecieron montones de «analistas silvestres» y todas sus fechorías fueron adscritas a las iniquidades del psicoanálisis. (Una «Compañía Editora Psicoanalítica» publicó el siguiente anuncio: "¿Desearía usted ganar 1.000 libras por año como psicoanalista? Nosotros le enseñaremos cómo lograrlo. Reciba nuestras ocho clases por correspondencia al precio de ¡cuatro guineas por curso!» L., 11 de febr. de 1921). La prensa desbordaba de relatos acerca de pacientes violadas, que luego eran vendidas al mejor postor, y otras cosas por el estilo. Cuando un maestro estadounidense fue enviado a la prisión y luego deportado por su comportamiento indecente con «pacientes», esto era, una vez más, un ejemplo de nuestra perfidia, y *The Times* se negó a publicar una carta que le enviamos negando toda conexión nuestra con ese individuo. Los periódicos pregonaban estas noticias, con grandes titulares, denunciando a gritos los supuestos peligros del psicoanálisis, y el *Daily Graphic* designó una comisión de abogados y médicos encargada de investigar nuestra actividad profesional. Esta comisión publicaba informes diarios de su labor. El arzobispo de Canterbury designó una comisión encargada de estudiar la ética de la masturbación con motivo de un librito sobre el tema escrito por un clérigo, ex-paciente mío, cosa que me ocasionó bastantes molestias, pues tuve que aparecer como testigo ante la misma. Se clamaba por una resolución en virtud de la cual algún organismo oficial, preferentemente el Consejo Médico General, investigara nuestra labor profesional. Invitado a ello, el Royal College of Physians se negó a intervenir, pero un poco más tarde lo hizo la British Medical Association, con un resultado que nos fue favorable.

97. Prueba de imprenta.

98. *Más allá del principio del placer* y *Psicología de las masas y análisis del yo.*

99. Pliegos.

100. Eitingon.

101. *Glückstrieb.*

102. *Hin ist hin, verloren ist verloren.* Cita de «Lenore», un poema de Bürger.

103. Es decir, psicosis maníaco-depresiva.

104. ¿Con qué derecho?

105. *Man kann Schabbes davon machen.* (En su traducción de esta frase, el Dr. Jones olvida el hecho de que es un libro de carácter irónico. Significa literalmente «Uno puede sacar de él el Sábado», es decir, la comida del Sábado. Pero su verdadero significado es que no sirve para nada en absoluto. *N. del E.*)

106. En el acto de inaguración de la Universidad Hebrea.

107. Un tumor constituido por vasos sanguíneos.

108. «Un hombre de vida recta e intachable».

109. Traducido al castellano con el título de *El block maravilloso.* (*N. del T.*)

110. *There is no saying,* escrito por Freud en inglés.

111. El nieto de Freud.

112. En América algunos de los antiguos alumnos de Ferenczi, especialmente Izette de Forest y Clara Thompson, alimentaron el mito de que Freud había inferido malos tratos a Ferenczi. Mediaron frases tales como «animosidad» y «dura

y acerba crítica», de Freud, afirmándose que había perseguido a Ferenczi con inquina. La correspondencia de Freud, así como sus recuerdos personales, no dejan lugar a dudas de que no existe ni un asomo de verdad en este relato, aunque es muy probable que el mismo Ferenczi, en su estado final, creyera en él y contribuyera a su propagación.

113. «Basta el presentimiento de aquella felicidad sublime para hacerle gozar mi hora inefable» (*Fausto,* Acto V).

114. Esta fue una de tantas veces en que ocurrió tal cosa.

115. Duró, sin embargo, mucho más tiempo.

116. Su perro.

117. Las dos últimas palabras en castellano.

118. Las últimas palabras en inglés (*To die in freedom*).

119. El «judío errante».

120. Edward James, el poeta.

121. El había sido presidente honorario de la Sección de Viena desde 1919.

122. El Congreso de los analistas de habla francesa.

123. Segredakei, que solía vender antigüedades griegas en París.

124. Su perra favorita.

Cronología

1856 6 de mayo: nace Sigmund Freud en Friburgo.

1859 La crisis económica arruina el negocio de su padre, y la familia Freud se instala en Viena con dificultades.

1865 Sigmund comienza sus estudios secundarios con un año de adelanto sobre la edad habitual.

1873 Termina sus estudios con un examen final en el que consigue la calificación *summa cum laude*. Comienza la carrera de medicina en la Universidad de Viena.

1874 En la universidad descubre los prejuicios antisemitas. Sigue los cursos de filosofía de Brentano.

1875 Viaja a casa de su hermanastro Philippe y de su sobrina Pauline, en Manchester, Inglaterra.

1876 Realiza sus primeras investigaciones personales en Trieste sobre las glándulas sexuales de las anguilas. Entra a trabajar en el laboratorio de Brücke, dentro del Instituto de Fisiología.

1877 Publica el resultado de sus trabajos sobre la anatomía del sistema nervioso central de la larva de lamprea.

1878 Durante sus investigaciones, realizadas en el laboratorio de Brücke, está a punto de descubrir la neurona (llamada así por Waldeyer en 1891). Comienza una larga amistad con el médico Josef Breuer, catorce años mayor que él, de quien recibe ayuda moral y material.

1879 Sigue con cierto interés los cursos de psiquiatría de Meynert, atraído especialmente por el aspecto neurológico de la cuestión.

1880 Breuer comienza el tratamiento de Bertha Pappenheim (Anna O.). Freud traduce cuatro ensayos de Stuart Mill (*Sobre la cuestión obrera, La emancipación de las mujeres, El socialismo y Platón*). Escasamente interesado por la práctica médica, decide dedicarse a la investigación o la docencia.

1881 Realiza tardíamente, aunque con éxito, sus exámenes de fin de carrera.

1882 Conoce a Martha Bernays. Breuer comenta con él el caso de Anna O., que había quedado interrumpido desde hacía seis meses.

1884 Encargado de realizar un estudio sobre la cocaína, Freud descubre las propiedades analgésicas de la sustancia y sospecha que posee cualidades anestésicas, pero descuida la investigación en este sentido. Es duramente criticado en círculos médicos por la utilización de la cocaína en la curación de su amigo Fleischl, adicto a la morfina. Comienza a utilizar la electroterapia en el tratamiento de las enfermedades "nerviosas". Consigue poner a punto un método de coloración de los cortes neuronales, y publica un artículo sobre este tema. Publica también una monografía sobre la coca.

1885 Durante breve tiempo, trabaja en una clínica privada, donde emplea ocasionalmente el hipnotismo. Consigue un puesto de profesor agregado en la universidad. Obtiene una beca para un viaje de estudios y decide ir a París para conocer de cerca el trabajo de Charcot. En la Salpêtrière, observa las manifestaciones de la histeria y los efectos del hipnotismo y la sugestión.

1886 Abandona París y viaja a Berlín, donde se interesa por la neuropatología infantil. De vuelta a Viena, trabaja durante una temporada en el Instituto de enfermedades infantiles. Comienza la práctica privada de la profesión. Contrae matrimonio con Martha. Publica su traducción de *Las lecciones sobre las enfermedades del sistema nervioso* (vol. III), de Charcot.

1887 Sin abandonar la electroterapia, empieza a utilizar de nuevo el hipnotismo como tratamiento. Octubre: nace su hija Mathilde. Diciembre: primera carta a Fliess.

1888 Publica la traducción del libro de Bernheim, *La sugestión y sus aplicaciones terapéuticas*. Mayo: en el caso de Emmy von N., aplica por primera vez un método inspirado por Breuer.

1889 Viaja a Nancy para ver a Bernheim y a Liébault. Diciembre: nace su hijo Martin, llamado así en recuerdo de Charcot.

1891 Publica un libro sobre la afasia, en el que critica la teoría de las localizaciones. Nace su hijo Oliver.

1892 Escribe un artículo sobre el tratamiento hipnótico. El caso de una paciente, Elisabeth von R., le sugiere el método de las libres asociaciones. Publica la traducción del segundo volumen de Bernheim. Nace su hijo Ernst.

1893 16 de agosto: muere Charcot. Freud escribe un artículo necrológico sobre él. Publica un artículo sobre las parálisis histéricas en la *Revue de neurologie*. Formula la teoría de la seducción traumatizante, que se verá obligado a abandonar cuatro años después. Nace su hija Sophie.

1894 Publica un artículo sobre las psiconeurosis de defensa. Traduce el libro de Charcot, *Lecciones del martes*.

1895 Publica los libros *Obsesiones y fobias* y *Estudios sobre la histeria*, este último escrito en colaboración con Breuer. Diciembre: nace su hija Anna.

1896 Freud escandaliza a su auditorio con una conferencia sobre la etiología sexual de la histeria. Octubre: muere su padre, Jacob Freud.

1897 Viaja a Italia. Descubre el complejo de Edipo.

1898 Publica *Los mecanismos del olvido* y reúne ejemplos para un estudio sobre los chistes.

1899 Publica sus obras *Recuerdos pantalla* y *La interpretación de los sueños.*

1900 14 de octubre: comienza el caso de Dora.

1901 Se edita *El sueño y su interpretación*, resumen de *La interpretación de los sueños.* Escribe *Sueño e histeria*, obra en la que expone el caso de Dora y que será publicada, con diferente título, en 1905. Sus relaciones con Fliess comienzan a deteriorarse. Publica *Psicopatología de la vida cotidiana.*

1902 Viaja a Nápoles.

1903 Primeros discípulos (Federn, Stekel, etc.).

1904 Viaja a Atenas. Comienza su correspondencia con Eugen Bleuler.

1905 Publica *Tres ensayos sobre la sexualidad, El chiste y su relación con lo inconsciente* y *Fragmento de un análisis de histeria* (caso de Dora).

1907 Febrero: recibe la visita de Jung. Encuentro con Karl Abraham. Publica *El delirio y los sueños en Gradiva de W. Jensen.*

1908 Febrero: visita de Sándor Ferenczi. Abril: Congreso de Salzburgo. Septiembre: segundo viaje a Inglaterra.

1909 Publica *Análisis de una fobia en un niño de cinco años* (el pequeño Hans) y *Observaciones sobre un caso de neurosis obsesiva* (el hombre de las ratas). Viaja a América junto con Jung y Ferenczi. Pronuncia varias conferencias en la Clark University de Worcester, Massachusets.

1910 Congreso de Nuremberg. Fundación de la Asociación Psicoanalítica Internacional, de la que Jung es el presidente. Se publican *Cinco lecciones sobre el psicoanálisis* (recopilación de las conferencias dadas en América) y *Un recuerdo de infancia de Leonardo da Vinci.* A partir de este año, y durante los dos siguientes, publica varios artículos sobre la técnica del psicoanálisis.

1911 Dimisión de Adler. Congresos de Weimar y de Budapest. Publicación de *Observaciones psicoanalíticas sobre la autobiografía de un caso de paranoia.*

1913 Freud rompe su relación con Jung. Congreso de Munich. Se publica *Totem y tabú.*

1914 Se publican *El Moisés de Miguel Angel* y *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico.* Dimisión de Jung.

1915 Escribe varios ensayos sobre metapsicología y publica la primera parte de *Introducción al Psicoanálisis.*

1917 Se publican *La aflicción y la melancolía* y la segunda parte de *Introducción al psicoanálisis.*

1918 Publicación de *El hombre de los lobos: extracto de la historia de una neurosis infantil.*

1919 Se editan *Más allá del principio del placer* y *Se pega a un niño.*

1920 Enero: muere su hija Sophie.

1921 Publicación de *Psicología colectiva y análisis del yo.* Congreso de La Haya.

1922 Anna Freud entra a formar parte de la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Congreso de Berlín.

1923 Se le diagnostica cáncer en la mandíbula y es operado. Publica *El yo y el ello.*

1925 Publica *Mi vida y el psicoanálisis* y *La negación.* Diciembre: muere Karl Abraham.

1926 Publicación de *Psicoanálisis y medicina* e *Inhibición, síntoma y angustia.*

1927 Se edita *El futuro de una ilusión.*

1929 Publica *El malestar en la cultura.*

1930 Recibe el premio Goethe. Su hija Anna le reemplaza en la entrega del premio, en Frankfurt, y lee el discurso de agradecimiento. Colabora con Bullit en la redacción de *Thomas Woodrow Wilson.* Muere la madre de Freud.

1932 Edición de *Nueva introducción al psicoanálisis.*

1933 Mayo: los nazis queman las obras de Freud en Berlín.

1937 Publica *Análisis terminado y análisis interminable.*

1938 Roosevelt y Mussolini intervienen en favor de Freud. Junio: viaja a Londres.

1939 23 de septiembre: muere Sigmund Freud.

1950 Se publica *El nacimiento del psicoanális,* una recopilación de las cartas de Freud a Fliess.

1967 Publicación de *Thomas Woodrow Wilson,* de Bullit y Freud.

Testimonios

Thomas Mann

Freud, el psicólogo del inconsciente, es un verdadero hijo del siglo de Schopenhauer y de Ibsen, a mediados del cual nació. ¡Qué trabazón tan íntima guardan el contenido y la orientación moral de sus revolucionarias teorías con el sistema schopenhaueriano! Su descubrimiento del enorme papel que juega el inconsciente —el «ello»— en el psiquismo del hombre produjo y produce todavía el mismo escándalo en el ámbito de la psicología clásica —que identifica consciencia con psiquismo— que la doctrina sobre la voluntad de Schopenhauer en el de una filosofía basada en la razón y en el espíritu. Sí, creo firmemente que en ese juego que la psicología practica con lo mítico en las novelas emparentadas con el mundo freudiano se encierra el germen de una nueva sensibilidad humana, y estoy absolutamente convencido de que la obra vital de Freud será reconocida algún día como una de las contribuciones más importantes a la emergencia de una nueva antropología, que hoy vislumbramos sólo fragmentariamente, como una aportación al futuro, a la construcción de una humanidad más inteligente y libre. Este psicólogo y médico será considerado —estoy seguro de ello— pionero de un humanismo futuro que hoy apenas entrevemos, de un humanismo enriquecido con numerosos rasgos desconocidos en el pasado: un humanismo que mantendrá con las fuerzas del mundo subterráneo, con el inconsciente, con el «ello», una relación más madura, audaz, libre y relajada que la que se le permite al hombre de nuestro tiempo, atenazado por un miedo neurótico y por el odio que de él se deriva... En una ocasión, Freud definió su doctrina de los sueños como «una parcela de tierra virgen conquistada por la ciencia a la creencia popular y a la mística». El espíritu colonizador y el sentido de la investigación freudiana residen en esa «conquista». «Donde era "ello", ha de ser "yo"», afirmó una vez a modo de programa, y él mismo llegó a calificar el trabajo psicoanalítico de obra civilizadora, comparable a la desecación del Zuiderzee. En fin, para terminar, los rasgos de este hombre memorable que hoy celebramos se confunden ante nuestros ojos con los del anciano Fausto, cuando siente la urgencia de «expulsar de la orilla a ese mar tiránico, restringir las fronteras de su húmeda extensión».
(*Freud y el futuro*, 1936)

Stefan Zweig

Freud ha vuelto a situar la ciencia psicológica abstracta en el centro vital de la intimidad. El ha dramatizado —por primera vez y de un modo casi poético— la estructura de la personalidad humana, ese caos dinámico y apremiante, ubicado en la zona crepuscular que media entre consciente e inconsciente, en la que el estímulo más insignificante es capaz de generar efectos insospechados y donde el pasado se une con el presente en un maridaje fantástico. Es un mundo realmente universal dentro de los reducidos límites del corazón de la vida, un mundo inabarcable en su totalidad, un mundo que se puede considerar una obra de arte

regida por leyes insondables. Estas leyes que gobiernan la personalidad no pueden, sin embargo, ser analizadas —éste es el giro radical de la teoría freudiana— de modo esquemático y abstracto, sino sólo a través de la vivencia, de la convivencia; deben ser revividas y reconocidas con ayuda de la experiencia. Esto es lo único válido. Nunca se podrá comprender la personalidad acudiendo a fórmulas rígidas, sino solamente por su propia configuración determinada por la vivencia de su destino: por eso en Freud la curación, en sentido médico, y la ayuda, en sentido moral, presuponen un conocimiento condescendiente, compasivo y lógicamente penetrante. Precisamente por esto, el respeto profundo por la personalidad, por ese «misterio evidente» que diría Goethe, es para Freud requisito indispensable de la psicología y de la terapia, y él convirtió ese respeto en un precepto ético. Gracias a Freud, innumerables personas han comprendido por primera vez la vulnerabilidad de la psique, sobre todo la infantil; a la vista de las heridas psíquicas puestas de manifiesto por él, se ha empezado a vislumbrar que cualquier presión brusca, cualquier irrupción brutal (¡a veces simplemente una palabra!) pueden torcer el destino de esta materia hipersensible y dotada de una poderosa y funesta capacidad de memoria; gracias a él, se sabe que los castigos, prohibiciones, amenazas o violencias físicas incrementan la carga de responsabilidad del que así obra. Freud injertó en lo más hondo de la conciencia de nuestro tiempo un profundo respeto por la personalidad, incluso en sus rasgos desviados, tanto en la escuela como en la iglesia o en la sala de audiencias —lugares todos ellos caracterizados por la rigidez y la severidad—; y merced a esa comprensión excelente del psiquismo, infundió también en los demás mayores dosis de respeto y de tolerancia. Ningún sistema conceptual de nuestra época ha impulsado tanto como la teoría freudiana de la personalidad el arte de la comprensión mutua, fenómeno básico en el entramado de las relaciones humanas y cada día más imprescindible entre las naciones. La comprensión mutua es lo único que puede ayudarnos a construir una humanidad mejor. Gracias a Freud se ha percatado nuestro tiempo de la importancia del individuo, del valor único e insustituible de cada persona. Todas las personalidades europeas prestigiosas en el ámbito del arte, de la investigación o de la ciencia de la vida han sufrido la fecunda influencia de la esfera ideológica freudiana, ya sea a partir de una postura de aceptación o de rechazo de ésta: Freud ha llegado al centro mismo de la vida, a lo humano.
(*La curación por el espíritu*, 1952)

Ludwig Marcuse

Sólo le separaban de la «auténtica filosofía» sus desmesuradas exigencias. En una época caracterizada por una especulación enérgica, aunque ya sin la ingenuidad de otros tiempos pasados, una «incapacidad constitucional», consecuencia del escepticismo de la era posmetafísica, le impidió tener la seguridad (o al menos adoptarla en apariencia) que en el pasado demostraron Aristóteles, Santo Tomás, Spinoza, Hegel y Schopenhauer. Freud fue un metafísico nacido demasiado tarde, y por tanto frustrado, imposible. Citaba las orgullosas palabras de Mefistófeles: «A decir verdad, soy más inteligente que todos esos fatuos», y también su resignada frase: «Y me di cuenta de que no podemos saber nada». Compendiaba la disposición anímica de los Schnitzler, Hofmannsthal y Zweig en estas escasas líneas: «Ya se sabe que la vida es demasiado difícil y compleja, y hay múltiples caminos para llegar al cementerio...», pero ninguno de ellos nos conduce a Dios ni a la verdad intemporal ni a un consuelo eficaz. Su «incapacidad constitucional» para la «verdadera filosofía» corrió pareja con el destino de una humanidad que había enterrado ya demasiadas creencias infantiles. Freud era un filósofo con las

inclinaciones de los antiguos filósofos... y la mala conciencia de los nuevos tiempos. Se aferraba al caso único para defenderse de su tendencia a la especulación. Al igual que Nietzsche se obligó a la filología para defenderse de la música, Freud también se impuso una severa disciplina que era una penitencia por su desbordante tendencia hacia la reflexión, y al mismo tiempo un síntoma de la desconfianza hacia sí mismo. Su pensamiento fluctuaba entre dos polos: el objeto experimental (el paciente) y la fantasía conceptual, pero fue perdiendo fuerza con el correr de los años. En sus inicios, Freud había entablado un contacto sereno con la ciencia más rigurosa; de su maestro había aprendido que también las fuerzas físico-químicas gobiernan el organismo y que la aplicación a la psicología constituía la «tesis de la constancia de la suma de los estímulos». Esto era lo «científico»: y esta palabra le había tranquilizado al otear ese misterioso continente llamado alma, que tanto le atraía.
(*Sigmund Freud*, 1956)

Herbert Marcuse

Nada hay en Freud que abone la idea de una vuelta a la naturaleza o al hombre natural: el proceso de civilización es irreversible. Si se puede anular la represión del instinto de modo que la relación existente entre trabajo y placer se invierta; si se puede impedir la vieja sublimación de la energía erótica, y por tanto, armonizar, o quizá unificar, sensualidad y razón, esto sólo será posible en la cima de la evolución cultural, en la que las necesidades vitales puedan ser eliminadas por medio de la técnica, y la lucha por la vida ya no sea una lucha por la subsistencia. Freud se mostraba muy escéptico respecto a esta posibilidad, máxime teniendo en cuenta que él captó la profunda relación entre el crecimiento de la productividad y el de la destrucción, entre la dominación de la naturaleza y el sometimiento del hombre, mucho antes de que se inventara la bomba atómica y la de hidrógeno, de que se produjera la movilización total iniciada durante el periodo del fascismo y que no ha llegado aún a su punto culminante. Freud se dio cuenta de que el hombre debe ser apoyado con medios cada vez mejores y más eficaces, sobre todo a medida que aumenta la riqueza social, que debe ser capaz de satisfacer todas sus necesidades dentro de una evolución libre, no manipulada.
(*Freud en la actualidad*, 1956)

Gustav Bally

Freud ha redescubierto, especialmente en la medicina de su tiempo, la trascendencia de la palabra para esclarecer y curar enfermedades humanas. Fue él quien implantó la práctica de una conversación mantenida con exquisito cuidado en el marco de una terapéutica orientada de modo técnico-materialista, que había convertido el enmascaramiento de la corporalidad física del otro, del prójimo, en requisito de su triunfo... Pese a todo, para Freud el diálogo, enmarcado dentro de un encuentro cara a cara con el paciente, es el único instrumento curativo.
(*Freud en la actualidad*, 1956)

Bibliografía

Guía para la lectura de algunas obras fundamentales de Freud

Hay varias ediciones de la traducción castellana de las *Obras completas* de Sigmund Freud (Biblioteca Nueva, Alianza Editorial —ambas idénticas—, Salvador Rueda, Amorrortu).

Una lectura inicial debe ser *Introducción al psicoanálisis*, seguida de *Nuevas aportaciones al psicoanálisis*. Tras ella, *La interpretación de los sueños* pone al lector en contacto con la técnica de detección de procesos inconscientes y su interpretación. *Una teoría sexual* ofrece un campo en donde las aportaciones freudianas son originales y definitivas. Los trabajos contenidos en *Metapsicología* son todos de gran interés, pero destaco *Adición metapsicológica a la teoría de los sueños* y *La aflicción y la melancolía*. Dos trabajos breves pero de sumo interés son *Neurosis y psicosis* y *La pérdida de realidad en la neurosis y en la psicosis*. Como aplicaciones del psicoanálisis, *Psicoanálisis aplicado*, *El porvenir de una ilusión*, *El malestar en la cultura*, *El chiste y su relación con lo inconsciente*. Quien se interese por los aspectos historicobiográficos debe leer de modo imprescindible *El nacimiento del Psicoanálisis*, que comprende las cartas de Freud a Fliess. Existen además recopilaciones de la correspondencia mantenida por Freud con Pfister, Jung y Lou Andreas-Salomé, todas con el título de *Correspondencia*.

Algunas obras sobre Freud

ANDREAS-SALOMÉ, L.: *Aprendiendo con Freud*. Barcelona, Laertes, 1978.

CODERCH, J.: *Psiquiatría dinámica*. Barcelona, Herder, 1975.

EIDELBERG, L.: *Enciclopedia del psicoanálisis*. Barcelona, Espaxs, 1971.

FENOCHEL, O.: *La Theorie psychanalytique des Neuroses*. París, P.U.F., 1953.

FREUD, M.: *Sigmund Freud: mi padre*. Buenos Aires, Hormé, 1966.

LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. B.: *Diccionario de Psicoanálisis*, Barcelona, Labor, 1971.

NUNBERG, H.: *Teoría general de las neurosis basadas en el Psicoanálisis*. Barcelona, Pubul, 1937.

REIK, T.: *Treinta años con Freud*. Buenos Aires, Imán. S/f.

ROAZEN, P.: *Freud y sus discípulos*. Madrid, Alianza, 1978.

—: *Hermano animal. La historia de Freud y Tausk*. Madrid, Alianza, 1973.

ROBERT, M.: *La revolución psicoanalítica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1966.

SCHUR, M.: *Sigmund Freud, enfermedad y muerte en su vida y en su obra*. Buenos Aires, 1980. 2 vols.

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón,** por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel,** por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi,** por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin,** por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia,** por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx,** por Werner Blumemberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill,** por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway,** por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare,** por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie,** por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1),** por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2),** por Ernest Jones.
14. **Dickens,** por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.



Freud

Las aportaciones de Sigmund Freud al conocimiento de la personalidad humana y sus conflictos poseen el carácter fundacional de los hallazgos que abren nuevas vías en la historia de la ciencia y el pensamiento. La obra de Freud constituye uno de los pilares básicos de la cultura contemporánea, ya que –como ha escrito Stefan Zweig– "todas las personalidades europeas prestigiosas en el ámbito del arte, de la investigación o de la ciencia de la vida han sufrido la fecunda influencia de la esfera ideológica freudiana, ya sea a partir de una postura de aceptación o de rechazo de ésta: Freud ha llegado al centro mismo de la vida, a lo humano".

En este segundo volumen de la biografía de Freud escrita por Ernest Jones se abordan los años de madurez del creador del psicoanálisis. Se completa así la exposición de una trayectoria vital e ideológica imprescindible para conocer nuestro tiempo.